JULIO CÉSAR

GUERRA CIVIL

•

AUTORES DEL CORPUS CESARIANO

GUERRA DE ALEJANDRÍA
GUERRA DE ÁFRICA
GUERRA DE HISPANIA

INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE

PERE J. QUETGLAS

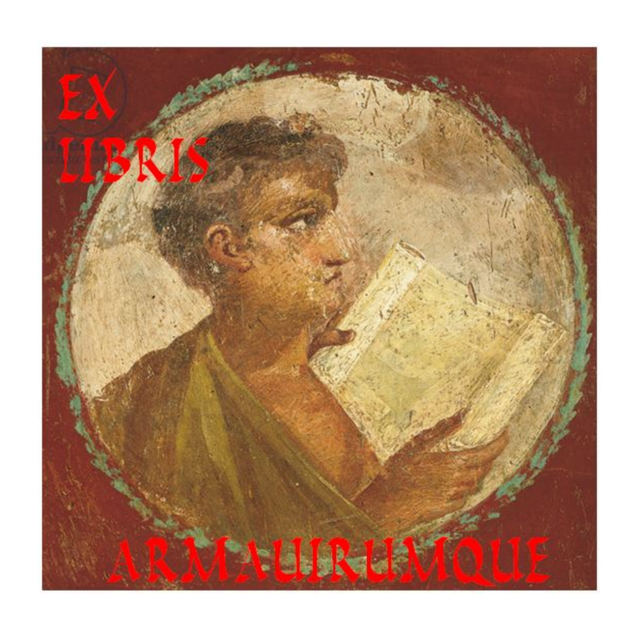
TRADUCCIÓN DE

JULIO CALONGE Y PERE J. QUETGLAS



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 342



Asesores para la sección latina: José Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por Jesús Aspa Cereza.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2005.
www.editorialgredos.com

La Introducción y las notas de este volumen han sido llevadas a cabo por Pere J. Quetglas.

La traducción ha sido realizada por Julio Calonge *(Guerra Civil)* y Pere J. Quetglas *(Guerra de Alejandría, Guerra de África* y *Guerra de Hispania).*

Depósito Legal: M. 37991-2005.
ISBN 84-249-2781-8.
Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2005.
Encuadernación Ramos.

INTRODUCCIÓN

1. EL *BELLVM CIVILE* Y LOS *TRIA BELLA*

Las obras cuya traducción presentamos en este volumen transmiten en su conjunto la actividad desarrollada por Julio César en sus campañas a lo largo y ancho del Mediterráneo entre enero del año 49 —cuando, culminando el largo proceso de desencuentros con el senado y con Pompeyo, cruza el Rubicón y entra en Italia, dando comienzo así a la Guerra Civil— y la última semana de abril del 45 —momento en que el discurso inconcluso pronunciado en Híspalis pone fin a la narración de la campaña de Hispania. Se trata de un conjunto de cuatro obras, una, el *Bellum Ciuile* (*Guerra Civil*), de probada autoría cesariana, y otras tres, recogidas corrientemente bajo la denominación genérica de *Tria Bella*: *Bellum Alexandrinum*, *Bellum Africum* y *Bellum Hispaniense* (o bien en su traducción española, *Guerra de Alejandría*, *Guerra de África* y *Guerra de Hispania*, respectivamente), que no son obra de César o en las que, en todo caso, la autoría de César es muy dudosa.

Por otro lado, estas obras constituyen lo que, en sentido extenso, se puede denominar como *Corpus Caesarianum*

Hispanicum; es decir, se trata de las obras de autoría cesariana o pseudocesariana en las que Hispania tiene un papel relevante. Esta descripción cuadra perfectamente a la mayoría de las obras (*Bellum Ciuile*, *Bellum Alexandrinum* y *Bellum Hispaniense*)[1], con la única excepción del *Bellum Africum*, donde la presencia de Hispania, y más en concreto de sus islas orientales, es más bien anecdótica, aunque se puede adivinar su gran trascendencia a la vista de los acontecimientos subsiguientes[2].

1.1. *Bellum Ciuile*

En el *Bellum Ciuile*, dividido actualmente en tres libros[3], se narran los acontecimientos acaecidos en los años 49 y 48. Constituye, por tanto, el núcleo central de la Guerra Civil, ya que incluye la decisiva batalla de Farsalia y la muerte de Pompeyo. Las primeras operaciones realizadas por César en Italia tras cruzar el Rubicón crean la inquietud y el desánimo en Roma, y fuerzan a Pompeyo a tomar la decisión de embarcarse para Grecia desde el puerto de Brindis.

---

[1] Nos referiremos a ellas con las abreviaturas respectivas de *BC, BAl, BAf* y *BH.* Asimismo, nos referiremos también al *Bellum Gallicum* (*Guerra de las Galias*) con la correspondiente abreviatura: *BG.*

[2] No puede ni debe olvidarse, en efecto, que Gneo Pompeyo dejó África y que, tras recalar en las Baleares, acabó por poner rumbo a Hispania, donde levantó de nuevo la bandera de su padre contra César, propiciando así la campaña narrada en el *Bellum Hispaniense.*

[3] La práctica habitual en César de dedicar cada libro a un año induce a pensar que, en realidad, los dos primeros libros del *BC* constituyeron en principio un único libro. Esta idea viene reforzada por el hecho de que algunos manuscritos no indican separación de libros entre el I y el II, a la par que el comienzo de este segundo libro (*Dum haec in Hispania geruntur*) cuadra mejor con un inicio de capítulo o sección que con un comienzo de libro.

Enterado de la maniobra, César intenta cortarle el paso o, como mínimo, impedirle el embarque, pero fracasa en el intento. En esta situación, como le resultaba imposible seguir inmediatamente la estela de Pompeyo, dado que éste tenía en su poder la totalidad de la flota, puesto en la tesitura de tener que construir una flota nueva, decide aprovechar este espacio de tiempo para trasladar la acción a las dos Hispanias, que eran provincias pompeyanas gobernadas por los legados Afranio, Petreyo y Varrón; simultáneamente, toma posiciones en Cerdeña y Sicilia de cara a iniciar también operaciones en África. Camino de la Hispania Citerior, topa con la negativa de los marselleses a sometérsele, lo cual le obliga a distraer una parte de sus efectivos para poner cerco a la ciudad; no renuncia, sin embargo, a su objetivo, de manera que, tras conseguir que una avanzadilla ocupara con un hábil golpe de mano los pasos pirenaicos, se presenta ante Lérida, donde Afranio y Petreyo habían concentrado sus tropas. Allí intenta repetidamente trabar batalla con los pompeyanos, pero éstos lo rehúyen sistemáticamente, fiados en su superior posicionamiento táctico, pues disponían del control de la ciudad y del puente de acceso, lo que les facilitaba las operaciones de aprovisionamiento, en tanto que las crecidas del río Segre dificultaban a los cesarianos el mantenimiento de la comunicación entre las dos orillas del río y con ello se le impedía abastecerse con facilidad. La situación cambia de manera repentina a partir del momento en que César consigue establecer unos puentes sobre el Segre que le facilitan la maniobrabilidad y, con ello, el aprovisionamiento. Surgidas las dudas entre sus adversarios, intentan éstos cruzar el Ebro para reforzarse en la Celtiberia, región proclive a sus intereses; pero César logra cortarles el paso y dificultarles en gran manera el retorno a Lérida, lo que fuerza la rendición de Afranio y Petreyo. Esta campaña, conoci-

da como la campaña de Lérida o del Segre, es, como otras muchas de César, una operación eminentemente táctica apoyada en un excelente aprovechamiento de la caballería, gracias a la cual César consigue dificultar primero e impedir después la marcha del ejército adversario y, a la postre, bloquearle toda posibilidad de maniobra hasta forzarlo a la rendición. En este sentido, pues, la campaña de Lérida no presenta ninguna batalla decisiva, sin que por ello deje de ser una gran muestra de la pericia militar de César. Con el licenciamiento y la repatriación del ejército pompeyano concluye el libro primero del *Bellum Ciuile.* El período temporal comprendido en esta narración abarca desde el 1 de enero del 49 hasta mediados de agosto del mismo año.

En el libro II encuentran su lugar los acontecimientos que ocupan el resto del año 49 y sólo en parte cuentan con la presencia de César. Éstos se reparten en tres escenarios: en primer lugar, la continuación del asedio de Marsella iniciado en el libro I y que concluirá, tras diversos avatares, con la rendición de la ciudad después de la llegada de César. En segundo lugar, la intervención personal de César en la Hispania Ulterior, donde la difusión del resultado de la campaña de Lérida hará inútiles los esfuerzos de resistencia dirigidos, sin mucha convicción, por el otro legado de Pompeyo, Varrón. Éste, incapaz de frenar la progresiva desafección de la provincia, ve cómo las ciudades le van cerrando una a una sus puertas de manera que, imposibilitado de usar Cádiz como último refugio o vía de escape, no tiene más remedio que acudir a Córdoba a presentar su rendición a César. Tras tomar las disposiciones oportunas para el buen gobierno de la provincia, César se embarca hacia Tarragona con la escuadra que había aprestado Varrón y deja la provincia en manos de Quinto Casio Longino, personaje que será en gran parte responsable de la posterior revuelta de la

provincia y que hará necesaria una nueva intervención cesariana: será la campaña de Córdoba, relatada en el *Bellum Hispaniense*. El tercero y último de los escenarios contemplado en este II libro es el de África, a donde había acudido Gayo Curión desde Sicilia, siguiendo las órdenes de César. Allí, Curión, tras algunos episodios victoriosos, se ve sorprendido cerca de Útica por la acción combinada de Juba, rey de Numidia, y de su lugarteniente Saburra. El resultado del encuentro fue fatal para Curión, quien acabó suicidándose tras perder a todo su ejército.

En el libro III del *BC* se narran los importantes y trascendentales acontecimientos que tienen lugar en el año 48, durante el segundo consulado de César. Con la flota aparejada mientras se encontraba en Hispania, César decide que ha llegado el momento de salir en pos de Pompeyo, quien a su vez también había aprovechado la pausa para reforzar sus efectivos en Grecia y en Asia. El paso del Adriático y el posterior desembarco en el Epiro constituían una operación no exenta de riesgo, dado que toda la costa estaba controlada por los pompeyanos; pero ya fuera por la desidia de éstos o por la proverbial fortuna de César, el desembarco se produjo sin mayores incidentes, lo que forzó el inmediato regreso de Pompeyo quien, confiado en la efectividad de su capacidad de bloqueo, se hallaba despreocupado en el interior de Macedonia en labores de recluta y aprovisionamiento. Al tener noticia Pompeyo de que César se estaba apoderando de algunas ciudades marítimas y de que se dirigía a Durazo, ciudad en la que Pompeyo había situado la base central de su operativo bélico, acudió a marchas forzadas justo a tiempo de interceptar la llegada de César a Durazo. Esto provocó un estancamiento de posiciones, pues, si de un lado César controlaba las ciudades costeras, la escuadra pompeyana controlaba el mar e impedía que la flota, que César, tras

desembarcar, había reenviado de nuevo a Brindis, pudiera transportar al resto del ejército. Acuciado por la necesidad, César insta a su lugarteniente Marco Antonio a completar el traslado de las tropas estacionadas en Brindis, pese a las condiciones adversas; el envite le sale bien y la llegada de este contingente provoca el movimiento simultáneo de César y Pompeyo: el primero, porque quería juntar los dos cuerpos de ejército, y Pompeyo, para dificultar e impedir esta conjunción. Al mismo tiempo, Pompeyo insta a Escipión, que se encontraba en Asia, a que se le una de forma inmediata. En su camino hacia la costa del Adriático, Escipión realizó algunos amagos de enfrentamiento con columnas cesarianas, especialmente la de Domicio, que intentaban extender su área de influencia por Tesalia, Etolia y Macedonia, pero sin llegar en ningún caso a un choque directo.

Emplazados los dos ejércitos principales entre Asparagio y Durazo, César logra por medio de una maniobra de diversión cortar las comunicaciones directas por tierra entre la posición de Pompeyo y Durazo. Y, de forma inmediata y pese a la inferioridad de sus efectivos, intenta rodear con un cinturón fortificado la posición de Pompeyo, quien responde construyendo una contralínea de protección interior. En esta situación se suceden los intentos de forzar el bloqueo por uno y otro lado, al tiempo que se agravan los problemas de abastecimiento por ambos bandos. Finalmente, Pompeyo puede realizar un desembarco de tropas fuera del perímetro de bloqueo cesariano, justo en el punto de la costa opuesto a Durazo, lo que pone en desventaja posicional a César, puesto que hace inútiles sus fortificaciones. En este instante, en una de las habituales disputas por el control de las posiciones fortificadas, un grave error de maniobra del ejército de César le supuso una fuerte derrota y estuvo a punto de hacerle perder la guerra. Salvó mal que bien la situación con

un forzado repliegue hacia el sur, en dirección a Apolonia, que no fue bien aprovechado por Pompeyo. Desde Apolonia los dos ejércitos giran hacia el interior, hacia Macedonia y Tesalia, con la intención de juntarse con los cuerpos de ejército allá destacados: César con el de Domicio y Pompeyo con el de Escipión. Realizada la conjunción de efectivos en uno y otro bando, los dos ejércitos se dispusieron a librar la batalla decisiva, con una clara superioridad numérica y anímica de la parte pompeyana, resultado del combate librado anteriormente, a las que se unía una superioridad posicional, puesto que el ala derecha pompeyana tenía el flanco cubierto por el cauce del río Enipeo. Con esta disposición, el resultado de la batalla dependía básicamente de si el ala derecha de César podría sostener la acometida de los adversarios, habida cuenta de que, carente de toda protección, podía ser rebasada fácilmente por la caballería contraria, manifiestamente superior en número. Sin embargo, a pesar de que todas las circunstancias favorecían a Pompeyo, la batalla la decidió el genio estratégico de César, quien previendo el desarrollo de los acontecimientos había habilitado con efectivos detraídos a las legiones una reserva operativa de tropas para cubrir el sector del frente que flaqueara tras la primera acometida. Y fue esta reserva la que, acudiendo en ayuda del ala derecha, desbarató y puso en fuga a la caballería pompeyana, lo que provocó una caída en cadena de todo el frente adversario. Pompeyo huyó y su ejército, copado en los altos de un monte y carente de suministros y de agua, se vio obligado a rendirse. Acaba así la batalla de Farsalia.

Pompeyo se embarcó y en su huida pasó por Anfípolis, Mitiline, Cilicia y Chipre, camino de Egipto. Aquí la situación era de guerra civil entre Cleopatra y su hermano, Tolomeo XIV, quienes debían gobernar conjuntamente el país según el testamento de su padre. Los allegados al rey, fin-

giendo dar a Pompeyo una acogida cordial, le dan muerte a traición, confiando en ganarse de esa forma el favor de César.

César, por su parte, siguiendo los pasos de Pompeyo llega también a Alejandría acompañado de dos legiones. Allí mismo se entera de la muerte de su rival y, dispuesto a intervenir como cónsul en el problema sucesorio, se hace enviar por tierra otro contingente de tropas. Mientras tanto, la camarilla regia hace que el ejército de Ptolomeo a las órdenes de Aquilas se presente en Alejandría dispuesto a plantarle batalla a César. Éste, que no creía tener suficientes efectivos como para librar una batalla en campo abierto, decide hacerse fuerte en el sector de la ciudad que controlaba. Los egipcios, por su parte, intentaron apoderarse de la flota amarrada en el puerto a fin de cortarle a César toda posibilidad de recibir refuerzos y provisiones, pero no pudieron culminar su intento puesto que César hizo quemar la totalidad de la flota y ocupar simultáneamente el islote en que se encontraba el famoso faro de Alejandría, para controlar así el acceso al puerto. En cuanto a la disputa por la ciudad, César consiguió de momento mantener las posiciones en su sector. En este punto acaba el relato del *Bellum Ciuile* y empieza el *Bellum Alexandrinum*.

1.2. *Bellum Alexandrinum*

Constituye la continuación natural de lo narrado en el *Bellum Ciuile*, a la que se añaden noticias sobre otros hechos contemporáneos y posteriores. Su contenido podemos dividirlo en cinco partes: 1. La lucha por el control de Alejandría y Egipto (de octubre del 48 a marzo del 47). 2. La situación de Asia Menor (contemporáneamente al apartado anterior). 3. La situación del Ilírico (de octubre del 48 a

marzo del 47). 4. La situación de Hispania (de septiembre del 49 a diciembre del 48). 5. Intervención de César en Asia (de mayo a agosto del 47).

1.2.1. *La lucha por el control de Alejandría y Egipto*

César, que, siguiendo a Pompeyo, había llegado a Alejandría con escasas tropas, ve cómo los acontecimientos se tuercen en su contra por la animadversión del pueblo instigado por la camarilla real. Forzado, por tanto, a luchar para mantener su posición, reclama el envío de una flota de socorro procedente de Siria, Grecia y Asia Menor, al tiempo que se apresura a fortificar sus posiciones dentro de la ciudad. Y de la misma forma, los alejandrinos rodean y bloquean el área ocupada por César, a la par que realizan nuevas levas y aumentan la producción de armas. Por otra parte, las disensiones surgidas entre Arsínoe, la hija menor de Ptolomeo XIII, y Aquilas, el comandante del ejército, acaban con la muerte de éste y el subsiguiente traspaso del control del ejército al eunuco Ganimedes, quien toma algunas iniciativas importantes como la de anegar con agua de mar los pozos de los que se abastecía la ciudad. Esta operación crea malestar en muchos de los soldados cesarianos, que abogaban por un reembarco inmediato. La pronta llegada de refuerzos y el hallazgo de agua en pozos excavados en la costa mitigan la apurada situación de César, aunque no por mucho tiempo, puesto que los alejandrinos, insistiendo en su táctica de acorralar a César, se vuelcan en la construcción y reparación de naves con la finalidad de obtener el dominio del mar y así impedir la llegada de más refuerzos y provisiones para César. La complicada situación fuerza a César librar un combate naval del que sale vencedor. Además, para evitar que la situación de bloqueo marítimo pudiera repetirse decide apoderarse de la isla de Faro y del Heptaestadio,

el largo puente que unía la isla con el continente y que, al mismo tiempo, dividía en dos el puerto de Alejandría. De esta forma, César se aseguraría un cierto control sobre los dos sectores del puerto. La toma de Faro se realizó sin contratiempos destacables, que sí se dieron en la operación de ocupación del Heptaestadio, pues cuando las tropas de César acometían, avanzando desde la isla, el bastión que los alejandrinos defendían en la parte más próxima a la ciudad, se vieron sorprendidas por la llegada por mar de un contingente de alejandrinos que, presionándolas por el flanco derecho, acabó por arrojarlas al mar y el propio César tuvo que buscar a nado la salvación.

En esas circunstancias, los alejandrinos enviaron una embajada a César pidiéndole que liberara al rey (Ptolomeo XIV), con la excusa de que si estaba con los suyos sería más fácil llegar a un acuerdo. César, ya fuera engañado, ya fuera porque pensara que iba a obtener otras ventajas con su liberación, dejó marchar al joven monarca, quien se apresuró a ponerse al frente de las operaciones contra César. Éstas consistieron, básicamente, en intentar bloquear de nuevo la llegada de suministros por vía marítima y en interceptar los refuerzos que por tierra llegaban desde Siria al mando de Mitridates de Pérgamo. Sin embargo, tras tomar Pelusio, Mitridates resuelve favorablemente un primer choque con una avanzadilla enemiga, e inmediatamente acude desde Alejandría César para facilitarle la marcha; pero también se presenta el rey para interceptar la confluencia de los dos ejércitos. El enfrentamiento, conocido como la batalla del Nilo, acabó con la derrota de los alejandrinos, el asalto a su campamento y la muerte del rey. De inmediato se dirige César a Alejandría. La ciudad, conocedora de la debacle sufrida por su ejército, se le rinde sin resistencia. César, una vez que dejó ordenados los asuntos de la ciudad y de Egipto, a cuyo

frente puso a Cleopatra y al hermano menor de ésta, Ptolomeo XV, partió para Siria.

1.2.2. *La situación en Asia Menor*

Mientras se desarrollaban los acontecimientos de Egipto (de septiembre-octubre del 48 a febrero del 47) la situación en Asia Menor se había visto alterada por la actitud expansionista de Fárnaces, rey de Crimea, quien aprovechándose de la situación de debilidad propiciada por la Guerra Civil se había apoderado de Armenia Menor y de Capadocia, en un intento de recomponer lo que había sido el imperio de su padre, Mitridates el Grande. Las reclamaciones de Deyótaro, rey de Armenia Menor, fuerzan la intervención de Domicio Calvino, que tenía a su cargo el gobierno de Siria. Aunque Domicio se había tenido que desprender de dos de las tres legiones de que disponía para mandárselas a César que se encontraba en situación apurada en Alejandría, creyó conveniente intervenir para poner freno a la osadía de Fárnaces. Así, con una única legión, pero contando con el apoyo de dos legiones del rey Deyótaro y de otra reclutada en el Ponto, se dirigió al encuentro de Fárnaces. La batalla, librada junto a la ciudad de Nicópolis, supuso un duro revés para Domicio, quien a duras penas logró salvar su legión y retirarse con ella hacia la provincia de Asia. Fárnaces, envanecido por la victoria, ocupó a continuación el Ponto sin encontrar resistencia y dando muestras de una terrible crueldad.

1.2.3. *La situación del Ilírico*

El conflicto civil también tenía a la sazón sus ramificaciones en esta provincia. Por una parte, Quinto Cornificio imponía por tierra el dominio del bando cesariano; por la otra, Marco Octavio se aseguraba con su escuadra el dominio pompeyano en el mar. La proximidad de Macedonia,

donde se habían refugiado los restos del ejército pompeyano tras Farsalia, indujo a César a mandar una expedición de refuerzo al mando de Aulo Gabinio; sin embargo, esta expedición, acuciada por el rigor del invierno, falta de provisiones y agobiada por la presión enemiga, en su marcha hacia Salona sufrió un duro revés, lo que incrementó la confianza de Octavio quien ya se veía con el control de la provincia.

A esta peligrosa situación puso fin el comandante cesariano de Brindis, Vatinio, que improvisó a la desesperada una escuadra de naves ligeras que unió a las naves de guerra de que disponía y embarcó en ellas un importante contingente de legionarios que por circunstancias diversas habían quedado en Brindis; con esta flota, de potencial sensiblemente inferior a la del enemigo por su bajo puntal, marchó al encuentro de Octavio. Lo sorprendió en las inmediaciones de la isla de Tauris y tuvo la suerte de poder trabar combate en un espacio reducido, lo que dificultaba la maniobrabilidad de las naves y reducía sensiblemente la superioridad enemiga; de esa forma, el combate se redujo a una sucesión de abordajes en los que las tropas legionarias de Vatinio lograron imponerse al tiempo que forzaban la huida de Octavio, quien acabó recalando en África, donde los pompeyanos se estaban haciendo fuertes. De esta forma, Vatinio consiguió consolidar el dominio de César en el Ilírico, tras lo cual se retiró con la escuadra a Brindis.

1.2.4. *La situación en la Hispania Ulterior*

En septiembre del 49, César, tras someter la Hispania Ulterior, marchó a Roma dejando como gobernador de la provincia a Quinto Casio Longino con un contingente de cuatro legiones. Los abusos y vejaciones que sufrió la provincia de parte de Longino junto con la existencia de amplios sectores pompeyanos provocó una situación general de

malestar, de la que en principio se mantuvieron al margen las legiones gracias a la obsequiosidad de Longino para con ellas. En esas circunstancias, personajes importantes del entorno provincial organizan un complot para acabar con su vida, que estuvo muy a punto de alcanzar su objetivo aunque finalmente sólo lograron herir, pero no matar, a Casio. Naturalmente, esta acción fue seguida por las acostumbradas represalias, con la peculiaridad de que los implicados pudieron redimir su responsabilidad contra la entrega a Casio de importantes sumas de dinero. Simultáneamente, había ido creciendo el malestar entre el ejército al conocerse la orden de César de que Casio pasara a África con sus legiones. Para cumplir este encargo, Casio recluta una nueva legión, la V; esto aumenta el malestar en la provincia. De las cinco legiones de que Casio disponía, dos, la XXI y la XXX, habían llegado con César y tenían, por tanto, pocos lazos con la provincia. En cambio, la indígena y la V, formadas por ciudadanos provinciales, y la II, por su ya larga permanencia en la Ulterior, se sentían ya muy ligadas al terreno y no veían con buenos ojos la orden de pasar a África. Así pues, dada la orden de marchar hacia el estrecho, se le sublevan dos legiones, la indígena y la II, y parte de la V, que estaba de guarnición en Córdoba, con lo que se le vuelve también en contra la ciudad. Tras una corta etapa de incertidumbre en que los disidentes levantaron la bandera de Pompeyo para dignificar su causa, viendo que esta opción carecía de arraigo, decidieron mantenerse en el bando cesariano y tomar como comandante a Marcelo, cuestor de Casio Longino. Los dos ejércitos estuvieron a punto de enfrentarse, primero en los alrededores de Córdoba y luego en Ulia, posición tomada por Casio y asediada por Marcelo. La llegada del rey Bógudo y de Marco Lépido, gobernador de la Hispania Citerior, a los que Casio había llamado en su ayuda,

podrían haber inclinado la balanza hacia Casio; sin embargo fue Marcelo el que se puso espontáneamente a disposición de Lépido, quien de esta forma se convertía en árbitro de la situación, en perjuicio de Casio, que persistía en mantenerse en sus posiciones. La tregua pactada entre los dos bandos permitió a Casio escapar del asedio, pero le sirvió de poco, pues la llegada de Trebonio, el procónsul que le iba a sustituir en el gobierno de la Ulterior, provocó su huida hacia Málaga. Desde allí se embarcó para Italia, objetivo que no llegó a alcanzar pues murió al naufragar su nave en la desembocadura del Ebro. Era el mes de diciembre del 48.

1.2.5. *Intervención de César en Asia Menor*

Pese a que la situación en Roma requería su inmediata presencia en la ciudad, decidió César retrasar su vuelta hasta dejar solucionado el conflicto provocado por Fárnaces en el Ponto. La campaña destaca especialmente por su rápido desarrollo. En efecto, César, tras poner orden en Siria y Cilicia, se dirige hacia el Ponto. De camino, acepta las disculpas que le presenta Deyótaro, tetrarca de Galogrecia y rey de la Armenia Menor, por haber colaborado por Pompeyo. Sin duda, en la decisión de César pesó mucho la necesidad que tenía de incrementar sus menguadas fuerzas. Mientras tanto, entabla conversaciones con Fárnaces por ver sí conseguía reconducir la situación sin necesidad de combatir; pero, al constatar que éste no pretendía otra cosa que dilatar el proceso, consciente de que el tiempo jugaba en contra de César, que se vería forzado, más pronto que tarde, a volver a Roma, optó por forzar una solución rápida en forma de enfrentamiento directo. En la batalla librada en las inmediaciones de Zela, César salió vencedor gracias al atrevimiento y torpeza de Fárnaces, quien, fiado en la superioridad numérica de sus fuerzas, se atrevió a plantar batalla en un terreno ple-

namente desfavorable para sus tropas. Resueltos los problemas en Asia Menor, pudo regresar César a Roma antes de lo previsto, en agosto del 47.

1.3. *Bellum Africum*

No pudo permanecer César mucho tiempo en Roma tras regresar en agosto del 47 de su campaña contra Fárnaces en el Ponto, sino que ya en diciembre del mismo año 47 tiene que iniciar una nueva expedición; esta vez las operaciones se centrarán en la provincia de África, donde los pompeyanos se habían reorganizado con mucha fuerza bajo el mando de Escipión, el suegro de Pompeyo, y de Catón. Como ya había hecho al cruzar el Adriático, César se decidió a pasar a África desde Sicilia sin tomar demasiadas precauciones y sin poder trasladar de una vez todo el ejército, lo que marcará en cierta manera la campaña al obligarle a adoptar en muchos casos una actitud defensiva a la vista de la inferioridad numérica de su ejército.

Tras desembarcar en las inmediaciones de Hadrumeto y no viendo posibilidades de apoderarse de esta plaza dadas las escasas tropas que habían llegado con él, se traslada hasta Rúspina, localidad en cuyas inmediaciones va a transcurrir la primera etapa de su estancia en África. Desde el campamento allí instalado realiza algunas incursiones para tomar alguna plaza como Leptis y, sobre todo, para hacer acopio de provisiones de las que andaba escaso. Asimismo, pretendía fijar un punto de referencia para que la parte de la flota que se había dispersado durante el viaje pudiera reagruparse y, por tanto, desembarcar al resto de tropas que constituían esta primera expedición. Al mismo tiempo, consciente de la inferioridad numérica de su ejército, no dejará de pedir el envío de refuerzos y provisiones desde Cerdeña y Sicilia.

Durante esta primera etapa, que se prolongará hasta mediados de marzo, César tendrá que conformarse con mantener sus posiciones, retener a su ejército en emplazamientos fortificados, rehuir la batalla en campo abierto y resistir el acoso del adversario. Una vez que César pudo reunir toda la fuerza de la primera expedición, se decidió ya a realizar alguna salida más atrevida en busca de provisiones, pero estuvo a punto de resultarle fatal, pues la llegada imprevista de la caballería pompeyana al mando de Labieno, que utilizaba la táctica númida de acosar y retirarse rápidamente, desconcertó y agotó las tropas de César a las que acabó por rodear; esta difícil situación la solventó César con una hábil maniobra táctica que le permitió iniciar un duro y costoso repliegue hacia su campamento, acosado en todo momento por la caballería enemiga. Esta batalla pudo costarle a César la derrota total e incluso la vida.

Con César confinado en su campamento, la llegada de Escipión procedente de Útica con la infantería legionaria y de su aliado el rey Juba parecía torcer definitivamente la situación a favor de los pompeyanos. Sin embargo, los problemas internos del reino obligaron a Juba a volverse casi de inmediato. Entretanto, le llegan a César peticiones de diversas ciudades para que acuda en su ayuda y, al mismo tiempo, él pide reiteradamente el envío de refuerzos desde Sicilia y manda algunas expediciones en busca de provisiones como la de Salustio a la isla de Cercira. Vista la apurada situación del ejército cesariano, Escipión ofrece en diversas ocasiones a César la posibilidad de librar un combate en campo abierto, a lo que César responde con cambios en el emplazamiento de su campamento y fortificando y atrincherando los accesos al mismo, operaciones que son sistemáticamente dificultadas por los pompeyanos. La llegada de dos legiones de refuerzo (XIII y XIV) palia un poco la situación

de inferioridad de César y le anima a desplazarse hasta Uzita, donde los dos ejércitos forman en línea de combate, aunque ninguno de los dos bandos se decide a iniciar la batalla. La llegada de Juba parece desnivelar de nuevo la situación, pero ésta se equilibra nuevamente porque le llegan a César otras dos legiones (IX y X) y, además, Juba se ve obligado a reexpedir parte de su ejército para hacer frente a los conflictos que tenía en su reino por la sublevación de los getulos. Una vez más, los dos ejércitos forman frente a frente y una vez más parece que todo va a quedar en una mera tentativa, cuando un amago de la caballería númida provoca la respuesta de la caballería y de la infantería ligera cesarianas que sufren un considerable revés. Se vuelve, pues, a la práctica habitual de fortificarse por parte de unos y de contrafortificar y obstaculizar por parte de los otros. Y en este ir y venir, en esta situación de indefinición, llegamos a mediados de marzo, momento en que le llega a César una nueva expedición con otras dos legiones (VII y VIII). A partir de aquí cambia el rumbo de los acontecimientos.

César, considerando que dispone ya de unas fuerzas suficientemente equilibradas con respecto a las del adversario y continuando con las dificultades de aprovisionamiento, empieza a tomar la iniciativa y desplazarse en dirección a Agar, siempre hostigado por la caballería pompeyana. Instala allá su campamento y brinda a Escipión la posibilidad de entablar batalla, pero éste rechaza el envite. Desde allí realiza, con suerte diversa, intentos de tomar el control de algunas ciudadelas que reclamaban su ayuda. Un nuevo intento de librar la batalla decisiva tiene lugar en las inmediaciones de la ciudadela de Tegea, próxima a Agar, cuando César lanzó a su caballería contra el enemigo, intentando provocarlo. Después de esta escaramuza, en parte inducido por la falta de agua, en parte por la renuencia del enemigo a aban-

donar la posición favorable que tenía en las alturas y bajar al llano, decidió César partir de Agar en dirección a Tapso y empezó a asediarla de inmediato. Esto obligó a Escipión a acudir en ayuda de la ciudad y a formar su ejército en línea de combate. César hace lo propio, pero no se decide a dar la orden de ataque; mas en ese instante un corneta, inducido por los soldados, dio la señal y César, incapaz de refrenar el ímpetu de sus propias fuerzas, decidió dar por buena la orden. El resultado fue una derrota total de los pompeyanos. Era el día 6 de abril del 46. Aunque Tapso no se rindió de inmediato, no pudo resistir mucho tiempo tras la avalancha de ciudades que se entregaron a César: Uzita, Hadrumeto, Útica, Zama, Tisdra. Por otra parte, la suerte no les fue propicia a los jefes pompeyanos, muchos de los cuales, incluido el rey Juba, encontraron la muerte en su huida. Relieve especial tiene el suicidio de Catón en Útica. César, a su vez, tras ordenar la situación de la provincia e imponer sanciones a las ciudades, de acuerdo con su potencial económico, embarcó en Útica el día 13 de junio del 46.

Mención aparte debe hacerse de un episodio que, inserto en medio del plan general de la narración, no interfiere directamente en ella, pero que sí tendrá, en cambio, repercusiones posteriores. En los capítulos 22-23 se cuentan los reproches que le hace Catón a Gneo Pompeyo, el Joven, echándole en cara su inactividad. De resultas de ello, el joven Pompeyo intentará, en vano, tomar una ciudad de Mauritania y a reglón seguido se retirará enfermo a las Baleares, desde donde marchará a Hispania para continuar la lucha.

1.4. *Bellum Hispaniense*

La situación en la Hispania Ulterior se había aparentemente calmado tras la huida de Quinto Casio Longino y la

llegada del nuevo gobernador, Trebonio, tal como se narra en el *Bellum Alexandrinum*. Sin embargo, a la vista de lo sucedido es preciso creer que Longino no era la causa de todo el problema y que la provincia no era tan decididamente cesariana como se ha querido ver a menudo. Por ello, no es de extrañar que Gneo Pompeyo, hijo, pensara en esta región para mantener viva la bandera anticesariana. Así pues, tras salir de África a fines del año 47 y pasar un período de convalecencia en las Baleares, llegó a la Hispania Ulterior a mediados del 46, después de la derrota de Tapso, y le bastó poco tiempo para darle la vuelta a la situación, de manera que a la llegada de César, a fines del 46, había logrado someter a sangre y fuego a una buena parte de la provincia.

El teatro de operaciones que encuentra César es el siguiente: Córdoba, la ciudad más importante, estaba en manos de Sexto, el hijo menor de Pompeyo Magno, mientras su hermano con el grueso del ejército se encontraba asediando y a punto de tomar *Vlia* (Montemayor), una de las pocas plazas proclives a los cesarianos. La táctica de César se encaminó a evitar la caída de esta plaza y tuvo dos escenarios: por una parte, hizo llegar refuerzos a los asediados y, por otra, realizó un intento de tomar Córdoba, con lo que logró que el hijo mayor de Pompeyo levantara el asedio de Ulia y acudiera en ayuda de su hermano; la confluencia de los dos ejércitos junto a Córdoba dio paso a que se produjeran diversas escaramuzas por el control del puente que facilitaba el acceso a la ciudad. Visto que los pompeyanos no parecía que tuvieran intención de presentar batalla en campo abierto, César decide forzar la situación y pone sitio a la importante plaza de Ategua. Pompeyo lo sigue y en un primer momento la caballería cesariana se ve sorprendida y sufre un notable revés. Sin embargo, en ningún momento Pompeyo hace un intento real por impedir la toma de la pla-

za y se limita a cambiar la ubicación de su campamento para evitar que quedara cortada su línea de aprovisionamiento con respecto a Córdoba. El resultado final es la entrega de Ategua que tiene lugar el 19 de febrero del 45. A partir de este momento se invierte el sentido de la guerra, de manera que si hasta este momento era Pompeyo quien se movía en función de César, ahora será al revés. La línea de movimientos pasa por Ucubis, Soricaria, Espalis y Carruca, y siempre va acompañado de encontronazos, alguno importante, como el habido junto a Soricaria. Finalmente, el teatro de operaciones se traslada a los alrededores de Munda, donde Pompeyo, en buena medida inducido por las voces que hablaban de su cobardía, se decide a formar su línea de combate, apoyando su retaguardía en la ciudad y en la elevación del terreno. César hace lo propio en la llanura contigua, pensando que los pompeyanos tenían la intención de bajar a luchar; pero visto que esta maniobra no se produce, las tropas de César se deciden a subir por la pendiente pese al riesgo que ello conllevaba. El resultado final fue la derrota y la desbandada del ejército pompeyano, cuyos restos se refugiaron en la plaza de Munda. Llegada la noticia a Córdoba, Sexto Pompeyo huye de la ciudad; por su parte, Gneo Pompeyo escapa en dirección a Carteya, donde es acogido amistosamente, pero enseguida se ve obligado a huir de allí al surgir disensiones entre la población sobre la conveniencia de entregarlo. Perseguido por tierra y mar, capturado y ejecutado, su cabeza es enviada a César.

Mientras tanto, César se va haciendo con el control de las diferentes plazas: Córdoba, Híspalis, Hasta, Cádiz, Munda. La obra termina con el discurso de reconvención que dirige César a los provinciales reunidos en Híspalis.

2. EL PROBLEMA DE LA AUTORÍA

Si situamos sobre un eje cronológico las obras recogidas en este volumen, tal como representamos a continuación:

Eje cronológico →	*BC*	*BAl*	*BAf*	*BH*
Autoría de César	+	±	–	–

resulta sencillo dividir las cuatro obras en tres grupos distintos en cuanto a la autoría cesariana se refiere, en una progresión de más a menos. Es decir, en un extremo tendríamos la obra más indudablemente cesariana, el *BC*, mientras que en el otro quedarían las dos obras de carácter marcadamente no cesariano y además ordenadas, ya que el *BH* es menos cesariano que el *BAf.* Justo en el centro quedaría el *BAl*, la obra que más controversias ha suscitado.

Pero vayamos por partes. En lo que se refiere al *BC*, no existe en la actualidad ninguna teoría más o menos sostenible que defienda que César no es su autor[4], y respecto a las obras situadas en el otro extremo, tampoco se sabe de nin-

[4] El más destacado defensor de negarle a César la paternidad del *BC* hay que buscarlo a mediados del siglo XIX: H. MOSNER, *Quaestio habetur num Caesar bellum ciuile scripserit*, Kulmbach, 1865. Más éxito tuvieron en su momento las teorías que señalaban que muchos capítulos en el *BC* (especialmente los referentes al asedio de Marsella) eran interpolados; es el caso de R. MENGE (*De auctoribus Commentariorum de Bello civili, qui Caesaris nomine feruntur*, Progr. Weimar, 1873 y *Emendationes Caesarianae*, Halle, 1894) y de su hijo P. MENGE (*Ist Cäsar der Verfasser des Abschnittes über Kurios Feldzug in Afrika*?, Progr. Landesschule Pforta, I-II, 1910-1911).

guna teoría que defienda sólidamente que sean obra de César. Las causas de que esto sea así hay que buscarlas en el estilo radicalmente diferente de las tres obras y en los testimonios antiguos. Por supuesto que las cuestiones referentes al estilo hay que tomarlas con muchísima precaución; pero hay cosas tan obvias y tan claras que no admiten discusión alguna. En efecto, si comparamos el *BC* con el *BAf* y con el *BH* se observa, en primer lugar, que están redactadas con una concepción diferente del espacio narrativo, que es global en el caso del *BC* y muy parcial en el caso del *BAf* y, todavía más, en el del *BH*. Ello se plasma en que en un caso encontramos que la obra refleja una visión amplia y general del conflicto bélico que se corresponde con la de quien debía de tener en su cabeza la situación geoestratégica general y una previsión clara de las consecuencias de cada operación. En el extremo opuesto, en cambio, lo que encontramos es una sucesión de algo que podrían ser muy bien partes de guerra de las unidades orgánicas y que, por tanto, reflejan aspectos muy parciales del conflicto ya que, por ceñirse a un ámbito muy limitado, no pueden hacer otra cosa que recoger las nimiedades del día a día, algo que queda muy lejos de los objetivos o los intereses de un general en jefe[5]. A este rasgo de carácter global se suman las numerosas diferencias morfológicas, léxicas y sintácticas que separan una obra de otra y que han sido puestas de manifiesto por investigaciones filológicas muy detalladas[6]. Citemos, a guisa de ejem-

---

[5] Cf., por ejemplo, *BH* 27, 5, donde se informa de la muerte a bastonazos de un soldado que había degollado a su hermano. Éste es un episodio importante en el día a día de una unidad, pero no tiene ninguna relevancia en la marcha general de las operaciones.

[6] Además de las ediciones de Andrieu, Bouvet, Diouron, Fabre, Klotz, Pascucci y de la información bibliográfica complementaria que aportan, deben tenerse en cuenta los estudios comparativos de L. Canali,

plo, la exagerada tendencia del *BAf* al uso reiterativo de fórmulas de transición: *interim* (ochenta y cinco casos), *subito* (veintidós), *praeterea* (diecisiete), etc.; o en el caso del *BH* y como muestra de su propensión al uso de formas propias del latín vulgar, la aparición del que pasa por ser el primer ejemplo de oración completiva con *quod*, dependiendo de verbos declarativos: *renuntiauerunt quod Pompeium in potestate haberent* (*BH* 36, 1)[7].

En lo que se refiere a los testimonios antiguos, hay que destacar por encima de cualquier otro el de Suetonio, quien, escribiendo a una distancia de ciento cincuenta años, confiesa su ignorancia sobre el autor de los *Tria Bella*, apuntando como posibilidad los nombres de Opio e Hircio, lo que equivale, indirectamente, a negarle de forma clara e indudable la paternidad a César[8].

Pero una vez establecido que el *BC* es obra de César y el *BAf* y el *BH* no lo son, se acaba prácticamente todo atisbo de consenso. En el caso del *BH*, la carencia de datos positivos ha conducido la investigación por una curiosa senda, en la que más que identificar al autor se pretende ubicarlo den-

---

«Osservazioni sul Corpus Cesariano», *Maia* 18 (1966), 115-137; R. Frese, *Beiträge zur Beurteilung der Sprache Cäsars mit besonderer Berücksichtigung des* Bellum Ciuile, Diss. Munich 1900; A. Klotz, *Cäsarstudien*, Leipzig 1910; y P. Militerni della Morte, *Struttura e stile del Bellum Africum*, Nápoles, [1996].

[7] Cf. P. Cuzzolin, «Sulle prime attestazioni del tipo *dicere quod*», *Archivio Glottologico Italiano* 76 (1991), 26-78; y *Sull'origine della construzione 'dicere quod': aspetti sintattici e semantici*, Florencia, 1994.

[8] Suetonio, *César* 56, 1: *Nam Alexandrini Africique et Hispaniensis incertus auctor est: alii enim Oppium putant, alii Hirtium qui etiam Gallici belli nouissimum imperfectumque suppleuerit.* «Pues de las guerras de Alejandría, de África y de Hispania el autor no es seguro: unos las atribuyen a Opio y otros a Hircio, que al menos completó también el último e inacabado libro de la guerra de las Galias» [trad. de A. Ramírez de Verger, Madrid, Gredos, 1992].

tro del ejército. Así, encontramos, siempre con escasos indicios, quien defiende que el autor era un *praefectus equitum* (Storch), un miembro de la X legión (Pascucci), un integrante de la V legión en la batalla de Munda (Klotz), un simple soldado (Adcock), un oficial de grado medio (Diouron); incluso hay quien se atreve a más y avanza los nombres de *Arguetius*, comandante de la caballería cesariana (Kohl), o *Fabius Maximus* o *Pedio*, integrantes del estado mayor de César (Van Hooff). Ése es, en nuestra opinión, uno de los casos en que la filología debería hacer acto de contrición, reconocer su impotencia y admitir que con la documentación disponible no hay forma de saber quién pudo escribir el *BH*[9].

No corre mejor suerte el *BAf*, aunque cuenta con la ventaja de que han sido nombres ilustres los que se han propuesto como responsables de su elaboración. Y efectivamente, si fuera por los nombres de los supuestos autores, el *BAf* ocuparía un lugar mucho más destacado en la historia de la literatura latina. Así, a la atribución que ya en la antigüedad hacía Suetonio a Hircio u Opio, se han añadido otros nombres no menos destacables: Asinio Polión (Landgraf), Munacio Planco (Koestermann, Pallavisini), Salustio (Pötter, W. Schmidt) y Trogo el Voconcio (Harmand)[10]. Pero tam-

[9] F. E. Adcock, «Caesar's Dictatorship». En *Cambridge Ancient History*, Cambridge, 1955, pág. 703; N. Diouron, *Pseudo-César, Guerre d'Espagne*, Paris, 1999, pág. xvii; A. J. L. Van Hooff, «The Caesar of the *Bellum Hispaniense*», *Mnemosyne* 27 (1974), 125-138; A. Klotz, *Kommentar zum* Bellum Hispaniense, Leipzig, 1927, pág. 96; J. Kohl, «Der Verfasser des Kriegstagesbuchs vom *Bellum hispaniense*», *Bayerische Blätter für das Gymnasial-Schulwesen* 60 (1924), 38-42; G. Pascucci, *[C. Iulii Caesaris], Bellum Hispaniense*, Florencia, 1965, págs. 26 y 326; R. H. Storch, «The Autor of the *De Bello Hispaniensi*: a Cavalry Officer?, *Acta Classica* 20 (1977), 201-204.

[10] G. Landgraf, *Untersuchungen zu Caesar und seinen Fortsetzern insbesondere über Autorschaft und Komposition des* Bellum Alexandri-

poco aquí tenemos más certidumbres que en el caso anterior y sin duda es difícil tenerlas, si consideramos que Suetonio, mucho más cercano a los acontecimientos que nosotros, citaba como supuestos autores a Hircio y a Opio, cuando sabemos positivamente que ninguno de los dos pudo serlo, ya que no participaron ni en la campaña de África ni en la de Hispania, siendo así que los dos textos exigen internamente la participación directa de sus autores en los hechos narrados. Por lo que se refiere a los demás autores que se han propuesto, hay que convenir que argumentos como el que sostiene la candidatura de Munacio Planco sobre la base de que éste es el único legado de César cuyo nombre se menciona en la campaña (Koestermann) difícilmente pueden ser probatorios en uno u otro sentido. Y acerca de los argumentos estilísticos que apuntaban a Asinio Polión o a Salustio, nos quedaríamos con la aguda ironía de Bouvet, editor del *BAf* (pág. XXII): «La critique a eu aisément raison de ces hypothèses hasardeuses dont le moins qu'on puisse dire est qu'elles n'étaient flatteuses ni pour Asinius Pollion, ni pour Salluste». Hoy en día, la postura más extendida, y también la más prudente, es la que se limita a defender que los dos textos fueron escritos a petición de Hircio, quien pensaba servirse de ellos para redactar la continuación de las guerras

num *und* Africanum, Munich, 1888; J. HARMAND, «Des Gaulois autour de César», *Rivista Storica dell'Antichità* 2 (1972), 158-165; E. KOESTERMANN, «*L. Munatius Plancus* und das *Bellum Africum*», *Historia* 22 (1973), 48-63; A. PALLAVISINI, «Il capitolo 22 del *Bellum Africum* e la propaganda augustea», en *Propaganda e persuasione occulta nell'antichità. Contributi dell'Istituto di Storia Antica*, Milán, 1974, págs. 107-114; H. PÖTTER, *Untersuchungen zum* Bellum Alexandrinum *und* Bellum Africanum. *Stil und Verfasserfrage*, Leipzig, 1932; W. SCHMID, *Frühschriften Sallusts im Horizont des Gesamtwerks*, Neustadt-Aisch, 1993, págs. 137-188.

civiles. Su inesperada muerte en el 43 le habría impedido cumplir sus objetivos[11].

El *BAl* quedaba en el esquema anterior en una posición intermedia y, en consecuencia más comprometida, ya que en su caso la autoría de César ni es indiscutible como sucedía con el *BC* ni es del todo descartable, como acaecía con el *BAf* y el *BH*. Aumenta así la complicación. Con todo, existe un punto en que la crítica está totalmente de acuerdo: el autor del *BAl* ni puede coincidir con el del *BAf* ni con el del *BH*, dado que muestra un dominio muy superior de los recursos estilísticos o, lo que es lo mismo, está como autor mucho más cerca de César que de los autores del *BAf* y del *BH*. En estas circunstancias, a la hora de determinar quien pudo ser su autor, ha jugado un papel destacado la carta proemio que Aulo Hircio situó al comienzo del libro VIII del *Bellum Gallicum*, libro que habría redactado él para completar las gestas de César enlazando el *BG* con el *BC*.

De la carta proemio a Balbo nos interesan especialmente dos párrafos. En el primero, con independencia de que se acepte o no la conjetura de Constans[12], el texto explicita de forma concisa dos cosas: 1) Hircio ha completado el *BG* y

[11] Esta tesis fue propuesta por primera vez por C. Nipperdey, *Quaestiones Caesarianae*. Introducción a *C. Iulii Caesaris commentarii cum supplementis A. Hirci et aliorum*, Leipzig, 1847, pág. 34; fue seguida y notablemente ampliada por K. Barwick, «Probleme zu den *Commentarii* Caesars und seiner Fortsetzer», *Forschungen und Fortschritte* 15 (1939), 130-181.

[12] El texto que ofrecen mayoritariamente los manuscritos es el siguiente: *Caesaris nostri commentarios rerum gestarum Galliae non conparantibus superioribus atque insequentibus eius scriptis contexui nouissimumque inperfectum ab rebus gestis Alexandriae confeci usque ad exitum non quidem ciuilis dissensionis, cuius finem nullum uidemus, sed uitae Caesaris*. L. A Constans en su edición de la *Guerra de la Galias* (*César, Guerre des Gaules*, París, 1926) propuso la lectura *conparentibus suppleui rebus* en lugar de *conparantibus superioribus*.

lo ha enlazado con el comienzo del *BC*; y 2) ha completado (así, en pasado: *confeci*) el relato del resto de las gestas a partir de la actuación en Alejandría hasta llegar a la muerte de César. En el segundo párrafo[13] precisa Hircio un nuevo elemento, 3) que esta labor la llevó a cabo a pesar de que no estuvo presente ni en Alejandría ni en África. De estos textos se extraen varias conclusiones: 1.ª) Que Hircio es autor del libro VIII del *BG*; 2.ª) Que es autor del *BAl*, *BAf* y *BH*. Dejemos aparcada de momento la primera de las conclusiones y centrémonos en la segunda. La autoría de Hircio aplicada al *BAf* entraña una contradicción con lo que hemos dicho más arriba, cuando dejamos establecido fuera de toda duda que el autor del *BAf* tuvo que estar presente en las operaciones, circunstancia que el propio Hircio admite que no se produjo (prescindimos del caso del *BH*, porque Hircio no lo menciona expresamente, aunque sabemos que tampoco participó en aquella guerra). La incuestionabilidad del argumento objetivo de la necesaria presencia del redactor en el teatro de operaciones, combinado con la también incuestionable ausencia de Hircio en el lugar, ha hecho, con toda razón, que los filólogos se esforzaran por justificar el uso de los perfectos de acción acabada usados por Hircio (*supplevi*, *contexui*, *confeci*), aduciendo la justificación de que la composición de la carta proemio pudo haber sido previa a la labor de redacción, de manera que habría que interpretarla como una carta de intenciones que, desgraciadamente, la muerte de Hircio impidió que pudieran llevarse a término. Admitiendo que esto fuera así, seguimos teniendo el mismo problema que antes: sabemos que el *BH* y el *BAf* no son de

---

[13] *Mihi ne illud quidem accidit, ut Alexandrino atque Africano bello interessem; quae bella quamquam ex parte nobis Caesaris sermone sunt nota, tamen aliter audimus ea quae rerum nouitate aut admiratione nos capiunt, aliter quae pro testimonio sumus dicturi.*

Hircio, pero no sabemos qué pensar del *BAl*, ya que en este caso ni la concepción de la obra (no exige la presencia del redactor sobre el terreno) ni su estilo (evidencia una calidad literaria superior a las otras dos) nos impide negarle la paternidad a Hircio. Pero claro está, como tampoco sabemos hasta dónde llegó en la realización de sus objetivos o dónde los empezó exactamente, no hay forma de decidir si el *BAl* es obra suya, de César o de otros autores. Por otra parte, los detalladísimos estudios comparativos del léxico y de los elementos estilísticos del *BAl*, del libro VIII del *BG* y del llamado César auténtico (*BG*, *BC*) denotan la existencia de coincidencias cruzadas entre una y otra obra, pero también discrepancias notables entre ellas; en suma: no prueban que el latín del *BAl* sea más próximo al de Hircio que al de César[14].

Así las cosas, no puede extrañar que hayan proliferado teorías de lo más dispar y muy detalladas para solucionar el problema. Entre los partidarios de adjudicar la autoría a Hircio se puede citar, aparte del ya mencionado Nipperdey, a Petersdorff y a Schiller, quienes, no obstante, pensaban que Hircio no había hecho más que copiar palabra por palabra los informes que le llegaban; y de la misma opinión se muestra Klotz, aunque en ese caso la base de su teoría reside

[14] Así, por ej., C. Nipperdey (*Quaestiones Caesarianae.* Introducción a *C. Iulii Caesaris commentarii cum supplementis A. Hirti et aliorum*, Leipzig, 1847) creía que el léxico y el estilo el *BAl* apuntaban a Hircio, mientras que L. Vielhaber («C. Iulii. Caesaris commentarii de bellis gallico et civili», *Zeitschrift für die österreichischen Gymnasien* 20 [1869], 541-576), E. Fischer (*Das 8. Buch vom Gallische Kriege und das* Bellum Alexandrinum, Progr. Passau, 1880) y F. Fröhlich («Realistisches und Stilistisches zu Caesar und dessen Fortsetzern», *Festschrift des philologischen Kränzchens in Zürich*, Zúrich, 1887, págs. 1-55) creyeron que este mismo estilo y léxico lo alejaban de Hircio. Un análisis detallado de los estudios comparativos se puede ver en la edición del *BAl* de J. Andrieu.

en los problemas que presenta la obra en el manejo del lenguaje técnico militar[15].

Con todo, son mayoría los que apuestan por repartir la autoría entre César e Hircio. En primer lugar cabe citar a Landgraf, quien, aun admitiendo que la recopilación es de Hircio, piensa que éste usó notas de César para la redacción de los capítulos 1-33, mientras que la fuente habrían sido las notas de Asinio Polión en el caso de los caps. 48-64. Zingerle atribuye a César los caps. 1-21 y el resto a Hircio. Opinión con la que coincide parcialmente Dahms, para quien son obras de César los caps. 1-21, y el resto se los reparten Hircio, los caps. 22-33 y 65-78, y Pompeyo Macro, los caps. 34-64. Con Dahms coincide Pötter en la segmentación, pero difiere en el reparto: 1-21 y 65-78 para César y 22-64 para Hircio, aunque los caps. 34-64 se basarían en informes ajenos[16].

El tema de la autoría se ha mantenido durante largo tiempo sin grandes cambios hasta que la aparición en 1993 de un artículo de L. Canfora[17] ha introducido nuevas pers-

---

[15] R. Petersdorff, «Die Quellenfrage zu Caesars *bel. Gal. lib.* VIII, *bel. Alex.*, *bel. Afric.* und *bel. Hispan.*», *Zeitschrift für das Gymnasial-Wesen* 34 (1880), 215-219; H. Schiller, «Zur Hirtiusfrage», *Zeitschrift für das Gymnasial-Schulwesen* 16 (1880), 246-252; A. Klotz, *Cäsarstudien*, Leipzig, 1910, 149-157.

[16] G. Landgraf, *Untersuchungen zu Caesar und seinen Fortsetzern, insbesondere uber Autorschaft und Komposition des «Bellum Alexandrinum» und «Africum»*, Hildesheim, 1972 (= Erlangen, 1888); J. Zingerle, «Zur Frage nach der Autorschaft des *Bellum Alexandrinum*, und dessen Stellung im *Corpus Caesarianum*», *Wiener Studien* 14 (1892), 75-119; W. Dahms, *Curae Hirtianae*. Progr. Berlín (Diss. Rostock), 1906; H. Pötter, *Untersuchungen zum «Bellum Alexandrinum» und «Bellum Africum». Stile und Verfasserfrage*, Leipzig, 1932.

[17] L. Canfora, «La 'lettera a Balbo' e la formazione della racolta cesariana», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* 23, Serie 3 (1993), 79-103.

pectivas. La tesis central de Canfora parte de considerar que la carta proemio a Balbo es una falsificación tardía elaborada sobre la base del texto de Suetonio. Las consecuencias son importantes, pues la figura de Hircio pierde su principal base de sustentación y desaparece incluso su candidatura como autor del libro VIII del *BG*.

3. EL PROBLEMA DE LA IDENTIFICACIÓN DE LOS TOPÓNIMOS

Posiblemente uno de los aspectos que más llama la atención a quien se acerca al escenario geográfico de la larga guerra civil entre César y Pompeyo sea el de la identificación de los topónimos antiguos. Tras lo fructíferos intentos del coronel Stoffel[18] y de Heuzey[19] es mucho lo que se avanzó en su momento, pero todavía quedan algunos puntos clave por dilucidar y éstos se refieren básicamente a las campañas de Hispania[20]. Y dentro de este ámbito geográfico

[18] STOFFEL, *Histoire de Jules César. Guerre Civil.* I-II, París, 1887.

[19] L. HEUZEY, *Les opérations militaires de César étudiées par la mission de Macédoine*, París, 1886.

[20] Evidentemente, los problemas no afectan sólo a Hispania. Para las cuestiones geográficas referidas a África pueden consultarse: H. H. ABDULWAHAB, «La 'Vaga' du *Bellum Africum*», *Les Cahiers de Tunisie* 8, 31 (1960), 19-23; L. FOUCHER, «César en Afrique: autour d'Aggar», *Les Cahiers de Tunisie* 8, 31 (1960), 11-17; *idem*, *Hadrumetum*. Publications de l'Université de Tunis, Faculté des Lettres, 1ère série, Architecture, histoire, vol. X. París, 1964; *idem*, «Localisation de la ville de Vaga mentionnée dans le *Bellum Africum*», *Mélanges d'archéologie et d'histoire offerts à A. Piganiol*, París, 1966, págs. 1205-1210; St. GSELL, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*. VIII, París, 1928; G. VEITH, en J. KROMAYER-G. VEITH, *Antike Schlachtfelder: Bausteine zu einer antiken Kriegsgeschichte*. III: *Antike Schlachtfelder in Italien und Africa*, Berlín, 1912.

son dos las localidades que más quebraderos de cabeza han proporcionado a filólogos e historiadores, Otogesa y Munda.

3.1. *El caso de Otogesa*

El nombre de *Octogesa*, asociado a la campaña de Lérida (*BC* I 61, 68 y 70), es la lectura corriente con que se designa la localidad en que los pompeyanos decidieron construir un puente de barcas para cruzar el río Ebro en la marcha que tenían el proyecto de realizar hacia Celtiberia. Dos son las cuestiones que se suscitan respecto a este topónimo: la forma del topónimo en sí y la identificación de su emplazamiento.

En efecto, las lecturas de los manuscritos no son en absoluto concluyentes, puesto que ofrecen formas como *octogesma*, *toto gesma*, *toto gesima*, *octogesam*, *otogesam*, *octogesmam* u *octogensam*. Así las cosas, los editores, siguiendo a Fabre, han optado mayoritariamente por *Octogesa*. Sin embargo, Klotz y Schulten, en su edición de los *Fontes*[21], considerando una posible influencia del numeral *octo*, se habían inclinado anteriormente por la reducción *Otogesa*. Los editores hispanos (Morató y Calonge[22]), en cambio, a partir de la edición de Mariner, se inclinan por *Otobesa*, sobre la base de una conjetura formulada por Vallejo[23]. Es, por tanto, este estudio el que hemos que tomar como punto de referencia. La argumentación de Vallejo nos parece impeca-

[21] A. SCHULTEN, *Fontes Hispaniae antiquae* V: *Las guerras del 72-19 a. de J.* Edición y comentario, Barcelona, 1940.

[22] De hecho, Calonge en la primera edición de 1947 opta por *Octogesa*, para cambiar a *Otobesa* a partir de la aparición de la edición de Mariner.

[23] J. VALLEJO, «Sobre la Otogesa de César, *Bell. Ciu.* 61, 68, 70», *Emerita* 14 (1946), 259-272.

ble en su primera parte en la que, partiendo de argumentos de crítica textual, concluye que el primer elemento formativo del topónimo tiene que ser *Oto-* y no *Octo-*, con lo que acaba coincidiendo con la lectura de Klotz y Schulten. Sin embargo, la segunda parte de su artículo es mucho más cuestionable. En efecto, sin entrar en el contenido, toda su argumentación se basa en una cuestión de principio no demostrada: la localidad ribereña del Ebro de la que nos ocupamos habría dispuesto de una ceca en la que se habrían acuñado monedas ibéricas cuya lectura e interpretación apoyaría su tesis a favor de una lectura de la parte final del topónimo como: *-besa* < *-gesa*. Pero, si resulta, como veremos a continuación, que el *oppidum* de referencia no tenía entidad ni capacidad para acuñar moneda, la argumentación desarrollada por Vallejo no es de aplicación en este caso. Por todo ello nos inclinamos por *Otogesa*.

Mucha más polémica todavía ha levantado la ubicación de este enclave. Se lo ha querido identificar con Mequinenza (Stoffel[24]) Flix (Schneider[25]), Ribarroja (Ramorino[26]) y Almatret (von Göler[27]), pero la información suministrada por César y la realidad geográfica del terreno nos impide aceptar cualquiera de ellas. Empezando por la última, la de Almatret, una observación directa del terreno obliga a su descarte inmediato, pues la altura de la población con respecto al cauce del Ebro presenta un importantísimo desnivel

---

[24] *Op. cit.* en nota 18, I, págs. 58-61.

[25] R. Schneider, «Ilerda. Aportación a la historia de las guerras romanas» [traducción de J. Sans Siscart, Berlín, 1886], *Ilerda* 14 (1950), 117-154.

[26] F. Ramorino, *Cesare, De bello ciuili.* Commento e note di —, Turín, 1945 (reimpresión de la 5.ª edición de 1924), pág. 87.

[27] A. von Göler, *Caesars gallischer Krieg und Theile seines Bürgerkriegs nebst Anhängen über römische Kriegswesen und über römische Daten*, Tubinga, 1880.

en un terreno muy abrupto, lo que lo convierte en un obstáculo imposible de superar para un gran ejército de no ser a costa de disminuir de forma muy notable la velocidad de marcha y de situarse en una posición netamente desfavorable para un enemigo que pudiera venir en su persecución. Establecido esto, parece poco o nada relevante que la distancia a la que se encuentra Almatret de Lérida se avenga mejor con las XX millas en que César establece la separación de *Ilerda* y *Otogesa*. Las opciones de Flix y de Ribarroja deben asimismo descartarse también por motivos geográficos, aunque de índole diferente. El motivo básico para descartar estas poblaciones deriva del simple análisis del texto cesariano y del papel referencial otorgado al Montmeneu. Efectivamente, el Montmeneu es un monte de 491 m de altura y de aspecto cónico que se eleva de forma muy destacada sobre todo su entorno y que, sin lugar a dudas, debe identificarse con el *montem qui erat in conspectu omnium excelsissimus*, del que habla César (*BC* I 70, 4). Recordemos la situación en que se encontraban los ejércitos. El ejército pompeyano intenta llegar al Ebro a través de unos desfiladeros, pero su marcha es copada por una hábil maniobra de César. Como alternativa inmediata a esta posibilidad frustrada, intentan los pompeyanos llegar al río a través de unas alturas cercanas al Montmeneu. Pues bien, la distancia que media entre los desfiladeros que conducen a Ribarroja y Flix y el Montmeneu convierte en absolutamente imposible que la segunda opción pompeyana se desarrolle en las inmediaciones del Montmeneu si la primera tentativa ha tenido lugar en el desfiladero de Ribarroja, ya que la distancia entre los dos puntos hace inviable que uno de ellos sea escenario alternativo inmediato de una operación desarrollada en el otro. Por tanto, forzosamente tenemos que concluir que ni Flix ni Ribarroja son buenas candidatas para

ser identificadas con *Otogesa*. Y nos queda, finalmente, Mequinenza, población situada en la confluencia del Segre con el Ebro, a la derecha del primero y a la izquierda del segundo. Es la candidata que ha gozado de mayor aceptación desde que la propuso Stoffel y por ella parece inclinarse, aunque con reparos, Mariner[28]. Y cito concretamente a este autor porque en su edición puso el dedo en la llaga acerca del problema de la identificación de *Otogesa* con Mequinenza al afirmar[29]:

> La lectura sin prejuicios del texto cesariano lleva a pensar de modo natural que Otobesa estaba no a la derecha del Ebro, como Flix y Ribarroja, ni al otro lado del Segre, como Mequinenza, sino en el lado izquierdo de aquél [del Ebro] y después de su confluencia con el Segre, cf. cap. 68, donde se habla de «caminos que llevaban a Otobesa», sin aludir al paso del Ebro, aunque se mencione el río; y cap. 70, donde se habla de «ganar Otobesa por las crestas», aquí sin citar el río ni su paso.

No parece posible exponerlo con mayor claridad y concisión, pero la realidad es ésta: tampoco Mequinenza es una buena candidata. A Mariner sólo le faltó entrar a matar para culminar una excelente faena. Veamos si nosotros podemos conseguirlo. La situación de Mequinenza, la antigua Mequinenza, no muy alejada del emplazamiento actual, resulta, a la vista del razonamiento de Mariner, un emplazamiento in-

[28] Sin embargo, el propio Mariner como complemento del vol. I de su edición se limita a reproducir el plano de Schulten que sitúa *Octogesa* en Ribarroja. Por otro lado, ya en el siglo XVIII Ch. Guischard (*Mémoires critiques sur plusieurs points d'antiquités militaires*, Berlín, 1773, II, p. 82) se había pronunciado claramente contra la identificación de *Otogesa* con Mequineneza, partiendo de criterios parecidos.

[29] S. Mariner Bigorra, *G. Julio César, Memorias de la Guerra Civil*, vol. II, pág. 203.

adecuado porque, caso de estar ubicada en ella *Otogesa*, el ejército pompeyano hubiera tenido que cruzar primero el Segre y luego el Ebro, operación que, aún en la distancia e incluso para un ejército bien preparado, se nos antoja demasiado complicada. A ello debemos añadir la ausencia en sus inmediaciones de restos arqueológicos romanos que puedieran avalar su candidatura[30]. Restos que sí se encuentran, en cambio, en una zona próxima a Mequinenza, a la izquierda del Ebro —la situación requerida por Mariner— en el paraje conocido como Els Castellets[31]. Claro está que la identificación de *Otogesa* con Els Castellets requiere una recomposición de todo el panorama, empezando por la categoría del emplazamiento que no tendría por qué ser una ciudad grande ni famosa. Y, de hecho, César no dice en absoluto lo contrario pues califica a *Otogesa* de *oppidum*; y este término, traducido por fortín o destacamento militar, se avendría perfectamente con la realidad de lo que pudieron ser Els Castellets. Por otro lado, la ubicación del paraje explica a la perfección lo que hubieran debido ser los movimientos del ejército pompeyano. Situémonos nuevamente en el teatro de operaciones. El ejército pompeyano, pretendiendo cruzar el Ebro, reúne en un lugar indeterminado de su curso, en Oto-

---

[30] Téngase en cuenta que la antigua población de Mequinenza desapareció casi en su totalidad bajo las aguas del pantano del Ribarroja.

[31] Acerca del emplazamiento véase J. I. Royo Guillén-A. Ferreruela Gonzalvo, «Noticia preliminar sobre la necrópolis de inhumación e incineración de los Castellets (Mequinenza, Zaragoza), Museo de Zaragoza, *Boletín* 2 (1983), 211-219; *idem*, «El poblado y necrópolis tumular de Los Castellets (Mequinenza, Zaragoza). Estudio preliminar de los materiales depositados en el Museo Provincial de Zaragoza», *XVII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 1985, págs. 393-417. Un claro y útil compendio de las investigaciones sobre este yacimiento puede verse en *Arqueología 92* [*Catálogo y guía de la Exposición*], Zaragoza, Museo de Zaragoza, 1992, 230-233.

gesa, todas las barcas disponibles para construir con ellas un puente. La marcha no la realizan siguiendo el curso del Segre, sino por el interior de la planicie e instalan un primer campamento cerca del pueblo de Maials. Desde allí pretendían alcanzar la orilla del río a través de los desfiladeros situados a unas cinco millas del campamento (*BC* I, 65, 3-4). Estos desfiladeros no pueden ser otros que el desfiladero del Aiguamoll y, en todo caso, el desfiladero de Els Castellets. César, como hemos señalado antes, les corta el paso hacia esos desfiladeros y ellos, como alternativa, intentan, también en vano, llegar hasta el río por las crestas de los montes que unen el Montmeneu con el Ebro, la llamada Sierra de Campells (*BC* I 70, 4). Hablando con propiedad no se trata de crestas, pues la realidad es que la Sierra de Campells presenta en su cima una meseta perfectamente practicable. Pues bien, como cabía esperar, las dos rutas confluyen en el recinto fortificado de Els Castellets, que, obviamente, proponemos identificar con la *Otogesa* cesariana. El poblado presenta señales de ocupación permanente desde la época del Bronce Medio hasta el siglo I a. C., época en que fue abandonado, si bien en sus cercanías se han hallado restos de un yacimiento de época altoimperial[32].

3.2. *Los topónimos de la Hispania Ulterior. El caso de Munda*

El problema de *Otogesa* queda como un problema secundario o insignificante cuando lo comparamos con la situación que presenta la actual Andalucía, pues allí no es uno sino que son muchos los casos en que la identificación de los topónimos antiguos con los actuales está todavía lejos

---

[32] Agradecemos muy profundamente la ayuda recibida de D. Josep Carbonell que nos acompañó gentilmente en nuestro deambular por los lugares cesarianos y que nos aleccionó sobre la existencia de Els Castellets.

de alcanzar un consenso generalizado. Lugares como, *Aspauia*, *Bursauo*, *Carruca*, *Soricaria* o *Ventippo* están todavía a la espera de hallar una ubicación definitiva. Y, sin duda, no es ajeno al problema el sistema de agricultura extensiva practicado en la región, pues ha convertido en zonas cultivables lo que habían sido ciudades y fortalezas. En este sentido, los emplazamientos conservados y claramente identificables, como *Ategua*, *Corduba*, *Vlia* o *Vcubis* son casi la excepción. Sin embargo, por encima de todos ellos destaca el problema que representa el fijar el emplazamiento de *Munda*, la localidad que da nombre a la crucial batalla entre César y el joven Gneo Pompeyo.

El problema de la identificación de la plaza de *Munda* y del *Campus Mundensis*, donde tuvo lugar la definitiva batalla, así como la de muchos emplazamientos cesarianos, tiene una larga historia que, por suerte, podemos afirmar que está alcanzando la buena senda. A este positivo cambio de orientación podríamos decir que ha contribuido la conjunción de dos líneas investigación: la que se ocupa de leer e interpretar lo que dicen exactamente los textos y la línea arqueológica en dos de sus vertientes, por un lado, la que se ocupa del estudio de las vías romanas de la Bética y, por otro, la de la vía arqueológica más estricta y tradicional, que se ocupa del estudio de los materiales. Sobre la importancia de esta última no es preciso insistir. En cambio, se hace necesario resaltar que el estudio de las vías es importante porque ha llamado la atención sobre un hecho del que apenas somos conscientes cuando hablamos del desplazamiento de tropas: los ejércitos para moverse entre poblaciones hacían en la Antigüedad lo mismo que hoy en día, seguir los caminos y evitar el campo a través. Este aspecto es especialmente relevante en el caso de la campaña de la Ulterior porque en el *BH* se describen movimientos de tropas bastante precisos,

de manera que la fijación exacta de la ruta seguida puede permitir la fijación del origen y destino del movimiento[33].

El interés por la determinación exacta del emplazamiento de *Munda* y del *Campus Mundensis* tiene una larga y profusa historia en cuyos detalles no vale la pena que nos extendamos[34]. Atrás dejamos en el tiempo por su escaso interés las propuestas que situaban *Munda* en Ronda la Vieja (Málaga)[35] o en Monda (Málaga)[36], y nos centraremos en las dos propuestas que han atraído mayoritariamente la atención de los investigadores partir del siglo XIX. En primer lugar tenemos la que ha sido casi hasta hoy mismo la postura oficial y generalizada, la que identifica *Munda* con Montilla (Córdoba) y el *Campus Mundensis* con los llanos de Vanda. Esta identificación, propuesta por Ceán Bermúdez

---

[33] Sobre las vías de la Bética en relación a la campaña de Córdoba hay que contar básicamente con los trabajos de P. SILLIERS, *Les voies de communication de l'Hispanie Méridionale*, París, 1990 y de E. MELCHOR GIL, *Vías romanas de la provincia de Córdoba*, Córdoba, 1995.

[34] Puede verse una sistemática y bien documentada exposición en V. DURÁN RECIO y M. FERREIRO LÓPEZ, «Acerca del lugar donde se dio la batalla de Munda», *Habis* 15 (1984), 113-135, y también en M. FERREIRO LÓPEZ, «Munda», *Julio César y Corduba: tiempo y espacio en la Campaña de Munda (49-45 a.C.)*, Córdoba, 2005, págs. 381-396. Se pueden complementar con las notas adicionales de la edición del *Bellum Hispaniense* de N. DIOURON, págs. 116-119.

[35] J. y M. OLIVER HURTADO, *Munda Pompeyana. Memoria escrita por — y premiada por votación unánime de la Real Academia de la Historia en el concurso de 1860*. Madrid, 1861, págs. 341-342. Trabajo que recoge asimismo la retahíla de propuestas anteriores. Con todo, uno de los autores, José Oliver, se retractó posteriormente de esta identificación en *Viaje arqueológico emprendido en el mes de mayo de 1864 de orden de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1866, pág. 70,

[36] Es la propuesta de J. F. de MASDEU, *Historia de España*. IV, Madrid, 1787 y TH. MOMMSEN, «Zum *Bellum Hispaniense*», *Hermes* 28 (1893), 607-614.

en 1832[37], se mantuvo viva entre los generalistas españoles del XIX [38] y fue la adoptada por el coronel Stoffel[39], sin duda el autor más influyente por lo que al estudio de las campañas de César se refiere. No es de extrañar, pues, que las ideas de Stoffel se generalizaran y fueran adoptadas por los principales autores que se han ocupado del estudio de la campaña de Córdoba. Así, siguiendo los pasos de Stoffel, la identificación de *Munda* con Montilla aparecerá de forma generalizada y preponderante en las principales ediciones y traducciones del *Bellum Hispaniense* (Klotz, Schulten, Pascucci, Icart) y, luego, en otras muchas obras de divulgación hasta llegar a mediados de la década de los ochenta del siglo XX. Es en este instante en que se produce lo que para nosotros constituye el sesgo fundamental en la investigación con la presentación de la tesis doctoral de Manuel Ferreiro[40], que cambiará radicalmente el panorama. La propuesta de Stoffel estaba fuertemente condicionada, aparte de por la similitud nominal, por la creencia, sin duda a considerar desde el punto de vista militar, de que Pompeyo no pudo alejarse demasiado de Córdoba, su base central de operaciones. Pero con esto, evidentemente, no basta. El mérito de Ferreiro reside en haber sabido desprenderse de esta atadura geográfica y de haber sabido aprovechar la conjunción de elementos indiciarios que avalan su teoría. Es cierto que la propuesta de

---

[37] J. A. CEÁN-BERMÚDEZ, *Sumario de las Antigüedades Romanas que hay en España*, Madrid, 1832, pág. 321.

[38] Así M. CORTÉS Y LÓPEZ, *Diccionario geográfico-histórico de la España antigua,* vol. II, Madrid, 1835, págs. 203-204, y P. MADOZ, *Diccionario Geográfico-estadístico de España y sus posesiones de Ultramar*. Vol. XI, Madrid, 1848, pág. 50.

[39] Cf. nota 18.

[40] M. FERREIRO LÓPEZ, *César en España*. Tesis doctoral, Universidad de Sevilla, 1986. Publicada en microficha por la Universidad de Cádiz, 1988.

Ferreiro de ubicar Munda en los alrededores de Osuna no es radicalmente nueva y que tiene antecedentes, incluso algunos muy alejados en el tiempo[41], pero también es cierto que no existe coincidencia entre ellos a la hora de precisar con exactitud el lugar. A la identificación de *Munda* con el Alto de las Camorras y del *Campus Mundensis* con los Llanos del Águila, la teoría de Ferreiro, se habían acercado mucho, hasta incluso coincidir con ella, Engel, Corzo y Didierjean[42]; sin embargo, quedaron en buena medida olvidados hasta que Ferreiro les dio forma y difusión[43], de modo que sus ideas han calado y han influido profundamente en las dos

---

[41] Entre los partidarios de situar Munda en los alrededores de Urso (Osuna) hay que citar a J. Ortíz y Sanz (*Disertación histórico-geográfica, acerca del parage de la célebre ciudad de Munda, junto a la cual venció Julio César a los hijos de Pompeyo*, Madrid, 1862), A. Fernández-Guerra y Orbe (*Munda pompeyana. Informe*, Madrid, 1866), J. Oliver Hurtado (*Viage arqueológico emprendido en el mes de mayo de 1864, de orden de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1866), y, ya más modernamente, A. Engel («Une fortresse ibérique à Osuna (fouilles de 1903)», *Nouvelles Archives des Missions scientifiques et littéraires* 13 [1906], 357-491), T. R. Holmes (*The Roman Republic and the Founder of the Empire*, Oxford, 1923), R. Corzo Sánchez («Munda y la vías de comunicación en el *Bellum Hispaniense*», *Habis* 4 [1973], 241-252), A. Caruz Arenas («La última campaña de César en la Bética: Munda», *Actas del I Congreso de historia de Andalucía, diciembre de 1976. Fuentes y Metodología, Andalucía en la Antigüedad*, Córdoba, 1978, págs. 143-157) y F. Didierjean («Enceintes urbaines antiques dans la province de Séville», *Prospections aériennes. Les paisages et leur histoire. Cinq campagnes de la Casa de Velázquez en Espagne* [1978-1982], París, 1983, 73-80), V. Durán Recio (*La batalla de Munda*, Córdoba, 1984, págs. 12-16).

[42] Cf. nota anterior.

[43] Son diversos los artículos en que ha insistido sobre el tema, véanse, entre otros, «Munda y el Campus Mundensis», *Anales de la Universidad de Cádiz*, 3-4 (1986-1987), 123-135 (artículo reproducido con algunas variantes en *Homenaje al profesor Antonio Blanco Freijeiro*, Madrid, 1989, 187-196) o «El emplazamiento de Munda», *Actas del I Congreso sobre historia de Écija*, Écija, 1989, págs. 271-278.

ediciones del *BH* aparecidas con posterioridad, la de José Castro (1992) y la de Nicole Diouron (1999).

En nuestra opinión, el mérito de esta propuesta estriba en que se encuentra respaldada por las tres líneas de investigación a las que antes nos referíamos. En primer lugar, responde a una lectura cabal de los textos ya que la orografía de los Llanos del Águila se corresponde bien con lo que exige *BH* 29, 1-2: una llanura de unos siete kilómetros y medio, recorrida al pie del montículo en que se ubicaba la plaza de Munda por un riachuelo (el arroyo Salado, de Jarda o de Calderón) que al desbordarse en época de lluvias solía empantanar los terrenos colindantes. Asimismo, el Alto de las Camorras (*Munda*) se encuentra a una distancia prudencial de Osuna (*Urso*), unos diecisiete kilómetros, lo que justifica que los cesarianos que asediaban Urso acudieran a Munda en busca de la madera precisa para las obras y fortificaciones y que no se podía encontrar en un radio de nueve kilómetros alrededor de Urso (*BH* 41, 5); sin duda la concentración de material compensaba la mayor distancia a recorrer. Por otro lado, los diecisiete kilómetros que separan las dos poblaciones explican también que los cesarianos no tuvieran necesidad de ir a buscar el agua a Munda, dado que la tenían a su disposición más cerca, a doce kilómetros (*BH* 41, 4).

En el aspecto arqueológico, el estudio con fotografía aérea realizado por Didierjean[44] revela la existencia de un recinto amurallado en el Alto de las Camorras, la ubicación propuesta para *Munda*. Asimismo, en este emplazamiento son frecuentísimos los hallazgos de balas bicónicas de plomo con la inscripción CN.MAG.IMP[45].

---

[44] Véase nota 41.

[45] Véase F. Fernández Chicarro, *Catálogo del Museo Arqueológico de Sevilla*, Madrid, 1969, pág. 60). Para nosotros resulta absolutamente

Finalmente y en tercer lugar, detrás del emplazamiento de *Munda* y a corta distancia de la misma corría la llamada Vía del Estrecho y que llegaba hasta *Carteia*, localidad en la que se refugió Gneo Pompeyo al escapar de la derrota[46].

4. MANUSCRITOS E HISTORIA DEL TEXTO

A diferencia de *Bellum Gallicum,* que tiene una historia textual particular, el *Bellum Ciuile* y los *Tria Bella* tienen una historia textual concordante, puesto que han sido transmitidos de manera conjunta por unos mismos manuscritos. En efecto, la fijación del texto de las cuatro obras se realiza en la crítica textual moderna tomando como base ocho manuscritos:

L *Louaniensis*, siglo XI/XII (British Museum de Londres, Additional Ms. 10084),

M *Mediceus* siue *Laurentianus*, siglo X/XI (Biblioteca Medicea Laurenziana de Florencia, Plut. Lat. 68.8,

N *Neapolitanus*, siglo XI (Biblioteca Nazionale de Nápoles, IV, c. 11),

R *Riccardianus*, siglo XII (Biblioteca Riccardiana de Florencia 541),

---

irrelevante que el pasador de plata con la inscripción *A. VARO* (uno de los comandantes del ejército pompeyano), hallado por V. Durán (*La batalla de Munda*, Córdoba 1984, págs. 14 y 17) y que constituía uno de los soportes de la que podríamos llamar teoría Ferreiro-Durán, se haya demostrado falso (véase *CIL* II2/5, 327), pues era una prueba espectacular y llamativa, pero en absoluto esencial. De hecho, en su último artículo M. Ferreiro (cf. nota 34) ya admite la falsedad del pasador.

46 Véase M. Corzo Sánchez, «Munda y las vías de comunicación en el *Bellum Hispaniense*», *Habis* 4 (1973), 241-252.

S *Laurentianus Ashburnhamensis*, siglo x (Biblioteca Medicea Laurenziana de Florencia, Ashburnhamensis 33),
T *Thuaneus*, siglo XI (Bibliothèque Nationale de París, Parisinus Latinus 5764),
U Vrsinianus, siglo XI/XII (Biblioteca Apostolica Vaticana, Vaticanus Latinus 3324),
V Vindobonensis, siglo XII (Österreichische Nationalbibliothek de Viena 95).

Todos ellos contienen el *Bellum Gallicum*, el *Bellum Ciuile*, el *Bellum Alexandrinum*, el *Bellum Africum* y el *Bellum Hispaniense* con una única excepción: el *Louaniensis* no contiene el *Bellum Hispaniense.* A partir de la edición del *Bellum Ciuile* de P. Fabre[47], los ocho manuscritos se dividen en dos ramas, la β (M, R, T, U, V) y la σ (L, N, S). Sin embargo, con posterioridad han surgido discrepancias acerca del establecimiento del *stemma*, que han dado como resultado la minusvaloración de los códices L, N y R, al considerarse que son copias: L y N de S, y R de U[48].

5. BIBLIOGRAFÍA

En las circunstancias actuales en que existe la posibilidad ilimitada de realizar a través de Internet búsquedas bibliográficas en los catálogos de bibliotecas o en páginas especializadas, resulta con frecuencia prolijo y poco operativo

---

[47] P. FABRE, *César, La guerre civile,* I, París, 1936.

[48] Todo lo referente a la crítica textual está perfectamente expuesto en la obra de V. BROWN, *The Textual Transmisión of Caesar's Civil War*, Leiden, 1972. Especialmente claro e ilustrativo es el estado crítico de la cuestión que realiza N. DIOURON, *Pseudo-César, Guerre d'Espagne*, París, 1999, págs. LXXXIV-LXXXVI.

ofrecer en impresión sobre papel largas listas bibliográficas; no obstante, no se puede fiar todo en las posibilidades que ofrece la red, entre otros motivos, por el peligro real de saturación de la capacidad de discernimiento del lector que puede verse literalmente –la posibilidad no es ni baladí ni inusitada– sepultado bajo toneladas de información. Por eso, más que nunca, es necesario que las ediciones aporten indicaciones críticas precisas que orienten y guíen al lector en medio de una selva que puede ser inextricable y procelosa. Por ello, son de gran utilidad los repertorios bibliográficos, ya que, como mínimo, ofrecen una clasificación temática de los estudios existentes. En este campo son de importancia capital, aparte de la bibliografía recogida en las ediciones y traducciones que se citan más adelante, las recopilaciones siguientes:

J. H. COLLINS, «A Selective Survey of Caesar Scholarship since 1935», *The Classical Word* 57 (1963), 45-51 y 81-88.

J. KROYMANN, «Caesar und das Corpus Caesarianum in der neueren Forschung: Gesamtbibliographie 1945-1970», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt.* I, 3, Berlin-Nueva York, 1973, págs. 457-487. Contiene una *addenda* referida a los años 1971-1972.

H. OPPERMANN, «Probleme und heutiger Stand der Caesarforschung». En D. RASMUSSEN (ed.), *Caesar*, Darmstadt, 1980[3], págs. 485-522.

M. RAMBAUD, *L'art de la déformation historique dans les Commentaires de César*, París, 1953, págs. 375-395.

—, «Bilan des études césariennes». En *Présence de César. Hommage au Doyen M Rambaud*, Paris 1985, 7-24. Reproducido también en *Autour de César*, Lyon, 1987, 9-65.

En España debemos tener también presente por su claridad la selección contenida en

G. LAGUNA MARISCAL y A. RAMÍREZ DE VERGER, *Bibliografía selecta de autores latinos*, Madrid, 1997, págs. 47-49.

5.1. *Ediciones y traducciones*

Llama en principio la atención que un autor tan importante como César, cuya obra y personalidad han sido objeto de infinidad de estudios, haya atraído tan parcamente la atención de los filólogos modernos a la hora de realizar ediciones críticas de su obra. Existen, es verdad, infinidad de ediciones del texto de César, pero la mayoría de ellas no son trabajos originales sino copia de unas pocas. Entre las ediciones de la obra completa hay que seguir contando hoy en día con la de

R. DU PONTET, *C. Iuli Caesaris Commentariorum pars prior qua continentur libri VII De Bello Gallico cum A. Hirti supplemento. Pars posterior qua continentur libri III De Bello Ciuili cum libris incertorum auctorum De Bello Alexandrino, Africo, Hispaniensi.* Recensuit breuique annotatione instruxit —, Oxford, 1900. Con múltiples reimpresiones.

5.1.1. *Bellum Ciuile*

J. CALONGE RUIZ, *César, Guerra Civil.* Libros I-II – Libro III, Madrid, 1986-1989 (Segunda reimpresión de la segunda edición de 1979).

P. FABRE, *César, La guerre civile.* I (Livres I et II). Texte établi et traduit par —. Neuvième tirage revu et corrigé par A. BALLAND, París, 1997[9].

J. F. GARDNER, *Caesar, The Civil War together with The Alexandrian War, The African War and The Spanish War by other Hands.* Translated with an introduction by —, Londres, 1967.

A. KLOTZ-W. TRILLITZSCH, *C. Iuli Caesaris Commentarii.* Edidit A. Klotz. Vol. II: *Commentarii belli ciuilis.* Editio stereotypa correctior editionis alterius. Addenda et corrigenda collegit et adiecit W. TRILLITZSCH, Leipzig, 1957.

S. Mariner Bigorra, *G. Julio César, Memorias de la Guerra Civil*. Texto revisado y traducido por —. I-II, Barcelona 1959-1961.

J. M. Morató, *G. Juli César, Comentaris de la Guerra Civil*. I-II, Barcelona, 1973-1978.

A. Pennacini, G. *Giulio Cesare, Opera omnia*, a cura di —; traduzione di A. La Penna e A. Pennacini; commenti di M. Faraguna, A. Garzetti e D. Vottero, Turín, 1993.

A. G. Peskett, *The Civil War*, Londres-Cambridge (Mass.), 1957 (= 1914).

M. Rambaud, *C. Iulius Caesar, De bello civili. Liber Primus*. Édition, introduction et commentaire de —, Paris, 1962.

V. A. Sirago, *Cesare, Opere* II: *La guerra civile, Guerra di Alessandria, Guerra di Africa, Guerra di Spagna*, a cura di —, Nápoles, 1973.

E. Valentí Fiol, *Cayo Julio César, Guerra Civil*. Libro primero. Introducción, comentario y vocabulario por —, Barcelona, 1941.

5.1.2. *Tria bella:*

J. Andrieu, *César*, *Guerre d'Alexandrie*. Texte établi et traduit par —, París, 1954.

A. Bouvet, *Pseudo-César, Guerre d'Afrique*. Texte établi et traduit par —. Revu, corrigé et augmenté par J.-C. Richard, París, 1997.

J. Castro Sánchez, *Anónimo, La guerra de Hispania*, Madrid, 1992.

N. Diouron, *Pseudo-César, Guerre d'Espagne*. Texte établi et traduit par —, París, 1999.

J. F. Gardner, *Caesar, The Civil War together with The Alexandrian War, The African War and The Spanish War by other Hands*. Translated with an introduction by —, Londres, 1967.

J. Icart, [*G. Juli César*], *Guerra d'Alexandria*. Text revisat i traducció de —, amb la col·laboració de M. Dolç, Barcelona, 1987.

—, [*G. Juli César*], *Guerra d'Àfrica, Guerra d'Hispània*. Text revisat i traducció de —, amb la col·laboració de M. Dolç, Barcelona, 1988.

A. Klotz, *C. Julius Caesar, Commentarii*. Edidit —. Vol III: *Commentarii Belli Alexandrini, Belli Africi, Belli Hispaniensis. Accedunt C. Iuli Caesaris et A. Hirti fragmenta*. Stuttgart-Leipzig, 1993 (Editio stereotypa editionis primae 1927).

G. Pascucci, [*C. Iulii Caesaris*], *Bellum Hispaniense*. Introduzione, testo critico e commento a cura di —, Florencia, 1965.

A. Pennacini, G. *Giulio Cesare, Opera omnia*, a cura di —; traduzione di A. La Penna e A. Pennacini; commenti di M. Faraguna, A. Garzetti e D. Vottero, Turín, 1993.

R. Schneider, *Bellum Africanum*. Herausgegeben und erklart von —, Berlín, 1962^{2}.

—, *Bellum Alexandrinum*, Berlín, 1962^{2}.

A. Schulten, *Fontes Hispaniae Antiquae. Vol. V: Las guerras de 72-19 a. de J.C.* Edición y comentario por —, Barcelona, 1940. Contiene en apéndice la traducción de E. Valentí Fiol del *Libro de la guerra de España* (págs. 281-300).

V. A. Sirago, *Cesare, Opere* II: *La guerra civile, Guerra di Alessandria, Guerra di Africa, Guerra di Spagna*, a cura di —, Nápoles, 1973.

A. G. Way, *Caesar, Alexandrian, African and Spanish wars*, with an English Translation by —, Cambridge (Mass.)-Londres, 1978 (= 1955).

6. LA TRADUCCIÓN Y LA ANOTACIÓN

Las traducciones que aquí se ofrecen obedecen a momentos y circunstancias diferentes: La del *Bellum Ciuile*, debida a Julio Calonge, remonta al año 1947, en plena posguerra, y está basada en la edición del propio Calonge, a la que acompaña. Pese al respeto que nos merece esta traducción, hemos creído oportuno actualizarla en aquellos pasajes

en que la crítica textual moderna ofrece soluciones radicalmente diferentes del texto en el que se basó el traductor en su momento; todas ellas se indican oportunamente en las correspondientes notas a pie de página.

Por lo que se refiere a los *Tria Bella*, el texto tomado como base ha sido el de la edición de J. Andrieu para el *Bellum Alexandrinum*, la de A. Bouvet para el *Bellum Africum* y la de N. Diouron para el *Bellum Hispaniense*. Como en el caso anterior, se indican también en nota los casos en que la traducción toma como base una edición diferente.

Por lo que se refiere a la traducción de estas tres últimas obras debemos también señalar que no nos ha parecido oportuno, y quizá tampoco sería lícito, hermosear un original que en muchos casos no lo es; por ello, hemos optado por mantener la inmensa mayoría de la veces una correspondencia única entre la forma latina y forma castellana, aunque el resultado pueda ser, de hecho es, en algunos casos de una notable y pesada reiteración, que, por otro lado, es exactamente la que ofrece el texto latino. Esta circunstancia se da de manera especial en la traducción del *Bellum Africum*, pues no en balde el original presenta, como ya hemos señalado antes, múltiples ejemplos de reiteración en el uso de las fórmulas de transición: más de ochenta veces aparece, para citar un ejemplo, la fórmula de transición *interim*, casi una por capítulo.

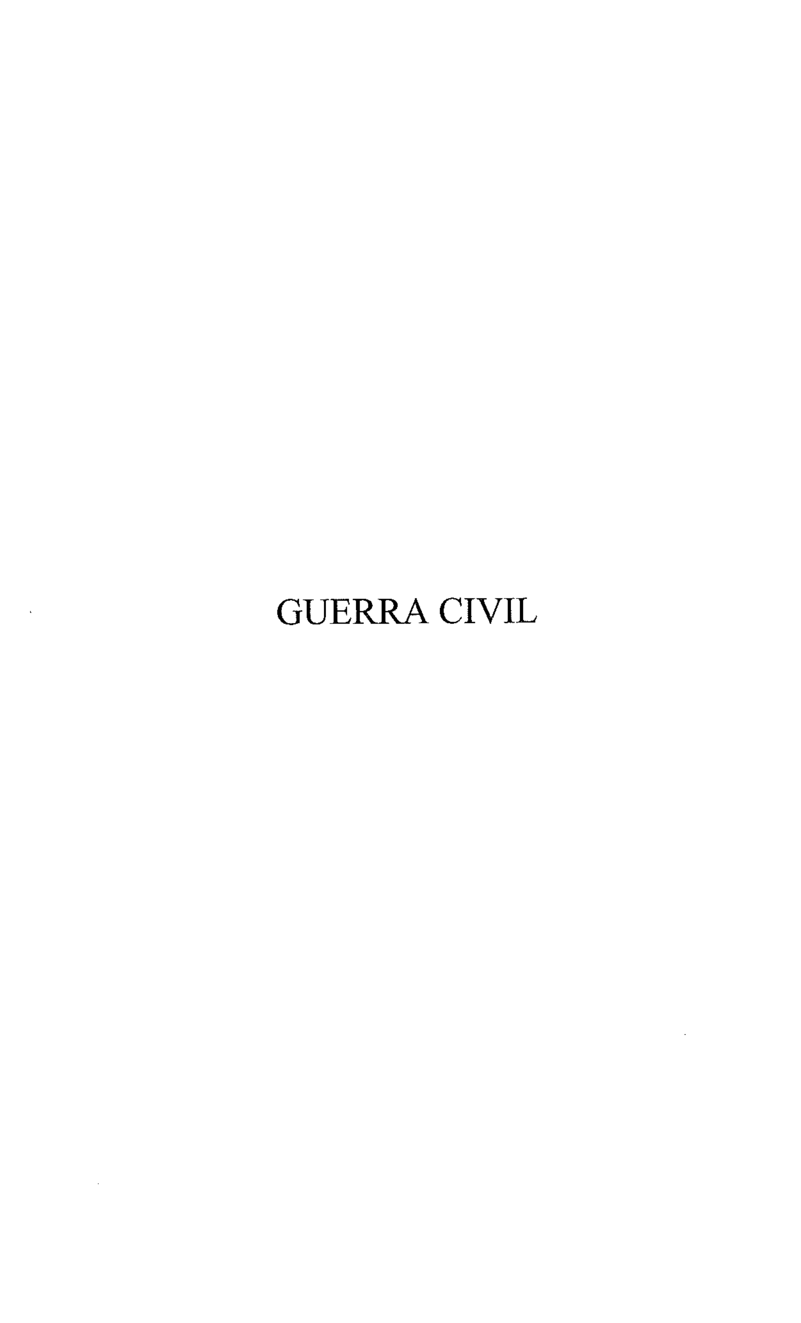
En lo que se refiere a las notas, hemos procurado facilitar la labor del lector situándolo en cada momento en las coordenadas que afectan a los antecedentes, a los personajes, al lugar y al tiempo. Respecto a este último aspecto, conviene poner de manifiesto que el calendario romano presentaba en la época de la Guerra Civil, y seguramente a causa de ésta, un desfase que en el año 46 alcanzaba la nada despreciable cifra de sesenta y siete días como consecuencia

de que en algunos años no se había añadido el correspondiente mes intercalar. El problema lo resolvió César a finales del año 46 incrementando en 67 días la duración de este año y estableciendo la conocida reforma del calendario[49]. Esta reforma entró en vigor con el comienzo del año 45, por lo cual los acontecimientos de este año, referidos básicamente a la «Guerra de Hispania» ya se encuentran cronológicamente normalizados. En cambio, los acontecimientos anteriores a este año y muy en particular los que afectan a la «Guerra de África» del 46 están plenamente afectados por el citado desfase. Por ello y para facilitar al lector la situación dentro de la sucesión ordinaria de las estaciones hemos optado en este caso por facilitar en nota la fecha oficial prejuliana acompañada de la fecha que correspondería en el caso de que aplicáramos retrospectivamente la reforma; así, el lector podrá saber fácilmente en qué momento del año ordinario debe situar los acontecimientos.

P. J. QUETGLAS

---

[49] La fijación del desfase en sesenta y siete días se debe a los cálculos realizados por Le Verrier a petición de Napoleón III e incorporados por STOFFEL en la *Histoire de Jules César. Guerre Civile.* II, París 1887, págs. 299-304 y Apéndice A, págs. 387-418, desde donde se han generalizado. No son, sin embargo los únicos existentes, ya que la historiografía alemana ha optado preferentemente por los cálculos de P. Groebe (W. DRUMANN-P. GROEBE, *Geschichte Roms in seinem Übergange von des republikanischen zur monarchischen Verfassung.* I-VI, Berlín-Leipzig 1899-1929; III, págs. 759-825), quien supone que el desfase acumulado llega a los 90 días.



GUERRA CIVIL

LIBRO PRIMERO

SINOPSIS

Año 49

1-6. Deliberaciones del senado sobre las propuestas de César.
7. César arenga sus tropas.
8-13. César entra en Italia. Intercambio de mensajes entre César y Pompeyo. César ocupa diversas plazas de la costa adriática.
14. Temor y desconcierto en Roma.
15-23. Avance triunfal de César. Toma de Piceno, Firmo, Sulmona, Corfinio. Llega a Apulia.
24-28. Pompeyo ordena reunir todos sus efectivos en Brindis. César bloquea la ciudad. Nuevo intento de negociación. Pompeyo logra romper el bloqueo y embarcar a su ejército.
29-31. Mientras se prepara una flota para seguir a Pompeyo, César decide intervenir en Hispania y tomar posiciones en Cerdeña, Sicilia y África.
32-33. César en Roma. Justificación de su comportamiento. Falla un nuevo intento de enviar emisarios a Pompeyo.
34-37. Camino de Hispania, los marselleses le cierran las puertas de la ciudad. Preparativos para el asedio. Él continúa su

marcha hacia Hispania y envía a Gayo Fabio como avanzadilla.

38-39. Recuento de los efectivos pompeyanos y cesarianos.

40-47. Operaciones y fortificaciones en torno a Lérida.

48-55. Una crecida del Segre crea problemas de comunicación y de abastecimiento en el ejército de César. Construcción de un puente de barcas y reequilibrio de la situación.

56-58. Victoria naval cesariana junto a Marsella.

59-70. César cierra alianzas con diferentes pueblos y asegura sus líneas de aprovisionamiento. El desconcierto cunde entre los pompeyanos que deciden pasar a Celtiberia. César logra vadear el río e interceptarlos.

71-72. César rechaza la posibilidad de librar un combate abierto.

73-77. Indecisión y problemas de aprovisionamiento de los pompeyanos. Confraternización de los dos ejércitos. Reacciones contrapuestas de Afranio y Petreyo.

78-83. Decididos, Afranio y Petreyo, a regresar a Lérida, ven dificultada su marcha por la presión de César.

84-87. Cortadas todas sus líneas de suministro y profundamente desmoralizados, los pompeyanos capitulan y sus tropas son licenciadas.

Entregada a los cónsules[1] la carta de César[2], se consi- 1
guió de ellos con mucha dificultad y gran esfuerzo de los tribunos de la plebe[3] que se leyera en el senado; pero no se pudo conseguir que se propusiera al senado una deliberación sobre el contenido de la carta. Los cónsules ponen a delibe- 2
ración la situación general de la república. El cónsul Lucio Léntulo[4] promete no abandonar al senado y a la república, si los senadores se deciden a dar su opinión con energía y valor; pero si tienen en cuenta a César y buscan su amistad, 3
como lo habían hecho anteriormente, él tomaría las decisiones por sí mismo sin obedecer al senado; también él tenía

[1] Se trata de Lucio Cornelio Léntulo Crus y de Gayo Claudio Marcelo, quienes precisamente aquel día (el 1 de enero del 49 a.C.) tomaban posesión de su cargo.

[2] La carta fue llevada a Roma desde Ravena, donde se encontraba César, por Gayo Escribonio Curión, quien acababa de terminar su mandato como tribuno de la plebe. Véase cap. 12. En esta carta César se ofrecía a licenciar su ejército siempre y cuando Pompeyo hiciera lo mismo con el suyo y se produjera una desmovilización general en Italia. César, con esta propuesta, se ponía en una situación de paridad con el poder establecido que resultaba inaceptable para el senado. A Curión, perteneciente en principio al partido de los optimates, logró César atraérselo a su causa mediante soborno.

[3] Los tribunos de la plebe eran Marco Antonio y Quinto Casio Longino.

[4] El cónsul Lucio Cornelio Léntulo era un decidido anticesariano, a quien César presenta como egoísta, violento y cobarde. Tras la derrota de Farsalia trató de refugiarse en Rodas y Egipto, donde murió asesinado.

4 acceso al favor y amistad de César. En el mismo sentido
habla Escipión[5]: que era intención de Pompeyo no abandonar a la república si le seguía el senado; pero si éste dudaba en sus decisiones y obraba con debilidad, en vano imploraría su ayuda si la solicitaba después.

2 Como la sesión del senado se celebraba en la ciudad y
Pompeyo estaba en los alrededores[6], parecía que el discurso
2 de Escipión había salido de la misma boca de Pompeyo. Algunos hicieron proposiciones más suaves, como por ejemplo, en un principio Marco Marcelo[7], que, al empezar su intervención, dijo que no era conveniente proponer al senado una decisión sobre este asunto antes de que se hicieran levas en toda Italia y se alistaran ejércitos, con cuya protección el senado se sentiría fuerte para decidir con seguridad y liber-
3 tad lo que quisiera; como Marco Calidio[8], que proponía que

---

[5] Quinto Cecilio Metelo Pío Escipión, hijo de Publio Cornelio Escipión Nasica, había sido adoptado por Quinto Cecilio Metelo Pío; sin embargo, César se refiere siempre a él como Escipión. Suegro de Pompeyo, por el matrimonio de éste con su hija Cornelia, estos lazos familiares le llevaron a compartir parcialmente con Pompeyo el consulado del año 52. Se manifestó siempre como un convencido defensor del partido pompeyano. Como tendremos ocasión de ver, participó en la batalla de Farsalia y tuvo el mando general de las tropas pompeyanas en las operaciones descritas en el *Bellum Africum*.

[6] En estos instantes Pompeyo en su calidad de gobernador de las dos Hispanias estaba revestido del *imperium*, lo que le impedía entrar en la ciudad, si no renunciaba antes a él, cosa que, cabe suponer, no le interesaba en absoluto.

[7] Marco Claudio Marcelo, cónsul en el 51 a. C., era un destacado partidario de Pompeyo. Con todo, después de la batalla de Farsalia, consiguió el perdón de César y pudo así volver a Italia. Cicerón alabó la actitud de César en el *En defensa de Marcelo*.

[8] Marco Calidio, pretor en el 57 a. C., favoreció el retorno de Cicerón del exilio, a lo que éste correspondió alabando sus dotes de orador (*Bruto* 274).

Pompeyo marchase a sus provincias[9] a fin de que no hubiera
motivo de guerra; explicaba su opinión diciendo que César
temía que Pompeyo conservara y retuviera en las pro-
ximidades de Roma, con el propósito de dirigirlas contra él,
las dos legiones que le habían sido arrebatadas[10]; como 4
Marco Rufo[11], que seguía poco más o menos la opinión de
Calidio. Todos estos eran amedrentados por los ataques del
cónsul Lucio Léntulo. Éste se negó en absoluto a poner a 5
votación la proposición de Calidio. Marcelo, atemorizado
por estos ataques, abandonó su opinión. Así muchos arras- 6
trados por las voces del cónsul, por el temor del ejército cer-
cano y por las amenazas de los amigos de Pompeyo, se
adhieren a la proposición de Escipión, coaccionados y con-
tra su voluntad; el contenido de la proposición era éste: que
César licenciara su ejército en una fecha determinada[12]; si
no lo hacía se le consideraría enemigo de la república. Po- 7
nen el veto los tribunos de la plebe Marco Antonio y Quinto

[9] Las dos Hispanias, la Citerior y la Ulterior, en las que todavía no había puesto los pies en esta ocasión.

[10] En el año anterior el senado había exigido a César y a Pompeyo que se desprendieran de una legión cada uno con la finalidad de enviarlas a Oriente. César cedió una de la suyas y Pompeyo también, sólo que en su caso la legión escogida era la que en el año 53 le había cedido a César para reforzar la campaña de las Galias, con lo que, de hecho, era César el que había perdido dos legiones. Además, en base a pretextos diversos, las dos legiones no habían marchado a Oriente y seguían estacionadas en Italia y, por tanto, bajo la influencia de Pompeyo.

[11] Marco Celio Rufo, tribuno de la plebe en el 52, defendido por Cicerón en el *Pro Caelio*, era un decidido partidario de César, de quien, sin embargo, se apartó en el 48 a. C. al ver frustradas sus aspiraciones políticas.

[12] Esta fecha en cualquier caso rompería los acuerdos entre los triunviros que en principio habían decidido que César no abandonaría el mando de las legiones hasta alcanzar de nuevo el consulado en el año 48. Era lo mismo que pedirle a César la rendición incondicional.

Casio[13]. Inmediatamente se consulta al senado sobre el veto
8 de los tribunos. Se hacen proposiciones violentas, y a medi-
da que cada uno se expresa con más dureza y crueldad es
más alabado por los enemigos de César.
3 Se levanta la sesión del senado al anochecer; entonces
Pompeyo convoca a todos los senadores[14]. Alaba a los deci-
didos y les anima para el futuro; amonesta y anima a los in-
2 decisos. Se reenganchan por doquier muchos soldados de
los antiguos ejércitos de Pompeyo, con la esperanza de con-
seguir premios y ascensos; son llamados muchos de las dos
3 legiones que fueron entregadas por César[15]. La ciudad, la
rampa del Capitolio y el comicio[16] se llenan de tribunos, de
4 centuriones, de reenganchados. Todos los amigos de los
cónsules, los familiares de Pompeyo y todos los que tenían
arraigada enemistad contra César se reúnen en el senado;
5 con su aglomeración y gritos se atemorizan los débiles, se
animan los indecisos y se priva a muchos de la facultad de
6 decidir libremente. El censor Lucio Pisón[17] e igualmente el

---

[13] Marco Antonio es el lugarteniente de César y, luego, rival de Octavio en la lucha por el poder que siguió al asesinato del dictador. Por su parte, Quinto Casio Longino es hermano de Gayo Casio, uno de los principales promotores del complot contra César. Aparece de nuevo en el *Bellum Alexandrinum* (49 y ss.) como gobernador cesariano de la Hispania Ulterior.

[14] Las sesiones del senado estaban enmarcadas legalmente por la salida y la puesta del sol. El texto deja entrever, por tanto, cierta ilegalidad en la convocatoria de Pompeyo. Por otra parte, es dudoso si Pompeyo convocó a todo el senado o solamente a los senadores que estaban a su favor.

[15] Cf. nota 10.

[16] Partimos de la lectura adoptada por Mariner: *Completur urbs, cliuus, comitium, tribunis, centurionibus, euocatis*. El comicio era una explanada situada al norte del foro, delante de la curia; era el lugar indicado para la reunión de las asambleas del pueblo.

[17] Lucio Calpurnio Pisón Cesonino había sido cónsul en el año 58 y era suegro de César.

pretor Lucio Roscio[18] se comprometen a ir a César para informarle de estas decisiones; piden seis días para llevar a cabo esta misión[19]. Algunos proponen también que se envíen emisarios a César para exponerle la decisión del senado.

Los discursos del cónsul, de Escipión y de Catón[20] 4
hacen resistencia a todas estas proposiciones y se oponen a todos. Incitan a Catón su antigua enemistad contra César y el resentimiento de su fracaso. Impulsan a Léntulo la magni- 2
tud de sus deudas, la esperanza de mandar un ejército y gobernar provincias y los regalos de los que deseaban obtener el título de rey; se gloría ante los suyos de llegar a ser otro Sila que obtendría el mando absoluto[21]. Estimula a Escipión 3
la misma esperanza de gobernar una provincia y de mandar ejércitos, que espera compartir con Pompeyo a causa de su parentesco[22]; al mismo tiempo, el temor de un proceso, la

[18] Lucio Roscio Fabato, legado de César en las Galias (*BG* V 24, 2; 53, 6), desempeñaba el cargo de pretor urbano en este año 49 a. C.

[19] Era el tiempo en que se estimaba un viaje de ida y vuelta de Roma a Ravena.

[20] Marco Porcio Catón, llamado de Útica, biznieto de Catón el Censor; su conservadurismo republicano le llevó a oponerse tanto a César como a Pompeyo; de hecho en las elecciones para el consulado del año 51 a. C. había sido derrotado por los dos candidatos pompeyanos Marco Claudio Marcelo y Servio Sulpicio Rufo. Sin embargo, los avatares de la disputa entre los dos líderes le llevó a inclinarse por la causa de Pompeyo en la medida en que ésta estaba más próxima a los ideales republicanos encarnados por el senado y, luego, por lo que se verá en el *BAf*, como única forma de luchar contra las tendencias absolutistas de César.

[21] Lucio Cornelio Sila es el célebre dictador que lideró la causa de los optimates contra Mario, representante de los populares, en las guerras civiles de principios del siglo I a. C. Su férrea y sangrienta dictadura (82-79 a. C.) acabó, sin embargo, con un inusual caso de renuncia del propio dictador.

[22] Cf. nota 5.

propia ostentación y la adulación de los poderosos, que tenían entonces gran influencia en la república y en los tribu-
4 nales. El propio Pompeyo, incitado por los enemigos de César y porque no quería que nadie le igualara en dignidades, se había apartado totalmente de su amistad y se había reconciliado con los enemigos comunes, gran parte de los cuales se los había creado a César el mismo Pompeyo en la época
5 de su parentesco[23]; al mismo tiempo, movido por la mala reputación que le creaba el haber desviado a las dos legiones de su destino a Siria y Asia en provecho de su ambición de poderío y dominio[24], deseaba que la cuestión se decidiera por las armas.

5 Por estas razones se hace todo con apresuramiento y confusión. No se concede tiempo a los parientes de César para informarle, ni se permite a los tribunos de la plebe la posibilidad de evitar con sus ruegos el peligro que les amenaza, ni tampoco la de conservar el supremo derecho de ve-
2 to que Sila les había dejado, sino que se ven precisados a pensar en el peligro de su vida en un término de siete días, peligro que aquellos turbulentísimos tribunos de la plebe de tiempos pasados solían considerar con temor solamente al
3 cabo de los ocho meses de su acción[25]. Se recurre a aquel grave y supremo decreto del senado al cual nunca había llegado antes la audacia de los senadores, a no ser en el inminente peligro de incendio de la ciudad y de la vida de todos

---

[23] Antes de casarse con Cornelia, hija de Escipión, Pompeyo había estado casado con Julia, la hija de César, muerta de parto en el 54 a. C.

[24] Cf. nota 10.

[25] Es decir, que los tribunos de la plebe temían ya por sus vidas tan solo tras siete días de ejercer el cargo, cuando lo habitual era que no empezaran a temer represalias por el ejercicio de su potestad de veto hasta ocho meses después de ejercer el cargo, que era cuando empezaban a celebrarse nuevas elecciones, que podían otorgar el poder a sus rivales políticos.

los ciudadanos[26]: procuren los cónsules, pretores, tribunos
de la plebe y los procónsules que estén en las afueras de
Roma, que la república no sufra ningún detrimento. Estas 4
órdenes fueron dadas por decreto del senado el siete de ene-
ro. Así pues, en los cinco primeros días en los que pudo re-
unirse el senado desde que Léntulo tomó posesión del con-
sulado, exceptuados los dos días dedicados a los comicios[27],
se toman muy graves y muy duras decisiones sobre el man-
do de César y sobre tan importantes magistrados como los
tribunos de la plebe. Huyen éstos inmediatamente de la ciu- 5
dad y se dirigen a César. Estaba en aquel tiempo César en
Ravena y esperaba la respuesta a sus moderadas peticio-
nes[28], por si una cierta equidad de sus enemigos podía con-
ducir la situación a la paz.

En los siguientes días se reúne el senado fuera de la ciu- 6
dad[29]. Pompeyo trata los mismos puntos que ya había dado
a conocer por medio de Escipión; alaba el valor y firmeza
del senado; enumera sus fuerzas: dice que tiene preparadas
diez legiones; además sabe con seguridad que los soldados 2
de César no le son adictos y que no les puede persuadir a
que le defiendan o al menos le sigan[30]. Se presentan al se- 3

---

[26] El *senatus consultum ultimum* era el procedimiento formal por el cual se atribuían poderes extraordinarios a los cónsules o a otros magistrados en caso de máximo peligro para el estado.

[27] El día tres y el día cuatro, en tanto que reservados para la reunión de los comicios, no pudieron celebrarse reuniones del senado.

[28] Evidentemente, la valoración cambia según el punto de vista. Lo que para César son «peticiones moderadas», para Cicerón (*Fam.* XVI 11, 2) resulta ser una carta «amenazante y durísima».

[29] Sesiones celebradas el 8 y 9 de enero, precisamente fuera de Roma para permitir la presencia de Pompeyo.

[30] Esta creencia obedecía a una intoxicación informativa promovida por los oficiales superiores de las dos legiones sustraídas a César (cf. Plutarco, *César* 29, 4; *Pompeyo* 57, 4; Apiano, *Guerras civiles* II 30).

nado otras proposiciones: que se hagan levas en toda Italia, que se envíe a Mauritania al propretor Fausto Sila[31]; que se
4 den a Pompeyo fondos del erario. Se propone también que el rey Juba sea declarado aliado y amigo[32]; Marcelo dice que de momento él no permitirá esto[33]. El tribuno de la ple-
5 be Filipo[34] pone el veto al nombramiento de Fausto. Se redactan decretos del senado sobre los restantes asuntos. Se asignan provincias a particulares, dos consulares, las otras pretorias. Corresponden Siria a Escipión; la Galia a Lucio Domicio[35]. Filipo[36] y Cota[37] son preteridos por acuerdo de
6 unos pocos y no entran a sorteo. Se envían pretores a las demás provincias. Y no esperan, como había sucedido en años anteriores, a que se dé cuenta de su mando al pueblo, y a que, una vez hechos los sacrificios, partan revestidos con
7 el manto militar[38]. Los cónsules, lo que no había sucedido

---

[31] Lucio Cornelio Sila Fausto unía a su condición de yerno de Pompeyo la de ser hijo del dictador Lucio Cornelio Sila (cf. nota 21). Su misión consistiría en atraer al partido pompeyano a los reyes Boco y Bógudo de Mauritania, hasta entonces aliados de César.

[32] Juba, rey de Numidia, estuvo siempre de parte de Pompeyo, con quien le ligaban antiguos lazos de amistad familiar: su padre, Hiémpsal II, había obtenido el reino gracias a Pompeyo.

[33] Gayo Claudio Marcelo era el colega de Léntulo en el consulado y partidario también de Pompeyo. Hermano del Marco Claudio Marcelo mencionado en I 2, 2.

[34] Obsérvese cómo en este caso el veto del tribuno de la plebe Lucio Marcio Filipo no parece despertar ningún recelo especial.

[35] Lucio Domicio Enobarbo había desempeñado el consulado en el año 54 a. C.

[36] Este Lucio Marcio Filipo es el padre del tribuno Filipo al que se hace referencia en 6, 4. Había sido cónsul en el 56 a. C.

[37] Lucio Aurelio Cota había sido cónsul en el 65 a. C. y elegido censor al año siguiente.

[38] Detrás de las críticas de César se encuentra la *lex Pompeia de prouinciis ordinandis*, promulgada por Pompeyo en el año 52 a. C. Antes de esta ley los magistrados, cónsules o pretores, que cesaban en un cargo

hasta entonces, salen de la ciudad[39], y personas particulares
tienen lictores en la ciudad y en el Capitolio, contra toda
costumbre anterior[40]. Se hacen levas en toda Italia, se man- 8
da entregar armas, se exige dinero a los municipios, se quita
de los templos, se trastornan todas las leyes divinas y hu-
manas.

Al tener conocimiento de estos hechos, César arenga a 7
sus soldados[41]. Les relata las injurias que, en todo tiempo, le
han hecho sus enemigos; se queja de que Pompeyo haya si-
do inducido y arrastrado por ellos por envidia y resentimien-
to de su gloria, mientras que el propio César siempre había
favorecido y ayudado a Pompeyo en sus cargos y dignida-
des. Se lamenta de que se haya sentado un precedente en la 2
república al perseguir y oprimir con las armas el derecho de
veto de los tribunos que había sido restablecido en años an-
teriores. Sila, que había despojado de todas las prerrogativas 3

---

pasaban de forma automática a regir una provincia, de forma que no dejaban de tener el *imperium* (mando militar) en ningún momento. Con la modificación de Pompeyo las provincias pasaban a asignarse a los magistrados que hubieran cesado en el cargo cinco años antes, de manera que, al haber perdido el *imperium* en el período intermedio, éste debía serles renovado por la asamblea del pueblo. En suma, César critica que ni siquiera se aplique con rigor la *Lex Pompeia*, que ya de por sí le era adversa, al otorgarse gobiernos provinciales a Escipión y a Domicio, que todavía no habían cumplido con el período de cinco años de carencia, al tiempo que se excluía de esta posibilidad a Cota y a Filipo, padre, que sí tenían derecho a que se les adjudicara una provincia. El manto militar de color rojo (*paludamentum*) era la insignia del mando militar o *imperium*.

[39] No está nada claro a qué se refiere César, pues no sabemos de ninguna norma que impidiera la salida de los cónsules de la ciudad.

[40] Se trata de los procónsules y propretores a los que se les acababan de adjudicar los gobiernos provinciales. Estos cargos electos, al no haberse sometido todavía al refrendo de la asamblea del pueblo, no eran para César más que simples ciudadanos privados.

[41] Esta arenga debió de tener lugar en Rímini y no en Ravena, como se quiere hacer desprender del texto.

a la potestad tribunicia, sin embargo le había dejado el libre
4 derecho del veto; Pompeyo, con la apariencia de haberles
restituido lo perdido, les había arrebatado incluso los dere-
5 chos que antes poseían. Cuantas veces se había decretado
que los magistrados procurasen que la república no sufriera
ningún daño, fórmula y decreto del senado con que se llama
a las armas al pueblo romano, se había hecho con motivo
de leyes peligrosas, de violencia por parte de los tribunos, de
división del pueblo en bandos, habiéndose apoderado de los
6 templos y lugares elevados; y les muestra que estos hechos
de tiempos pasados fueron expiados con la muerte de Satur-
nino y de los Gracos[42]. En aquella circunstancia no se había
producido ni siquiera pensado nada semejante; no se había pro-
mulgado ninguna ley; no se había tratado de agitar al pue-
7 blo; no se había producido ninguna escisión. Les exhorta a
que defiendan contra sus enemigos el prestigio y la dignidad
del general bajo cuyo mando habían servido felizmente a la
república durante nueve años, habían librado muchos com-
bates victoriosos y pacificado toda la Galia y Germania[43].
8 Gritan unánimemente los soldados de la legión XIII que se
encontraba allí (pues la había llamado al principio de aquel
movimiento: las restantes aún no habían llegado): que esta-
ban dispuestos a defender a su general y a los tribunos de la
plebe, de las injurias de sus enemigos.

---

[42] Tiberio Graco ocupó el Capitolio en el año 133 a. C.; su hermano Gayo Graco ocupó el Aventino en el 133; y, finalmente, Apuleyo Saturnino se apoderó también del Capitolio en el 100 a. C. A los tres intentos sediciosos respondió el senado con un *senatus consultum ultimum* que desembocó en la muerte de los tres reformadores.

[43] Si bien es cierto que en sus nueve años de campaña (58-50 a. C) César había logrado el sometimiento de las Galias, es, en cambio, exagerado pretender la conquista de la Germania, que no llegó a producirse ni en los momentos más felices del Imperio.

Conocida la disposición de ánimo de los soldados, se di- 8
rige a Rímini con aquella legión y allí encuentra a los tribu-
nos de la plebe que habían ido a refugiarse junto a él; llama
a las demás legiones de los cuarteles de invierno y ordena
que le sigan[44]. Llega allí Lucio César el Joven, cuyo padre 2
era legado de César[45]. Terminada la misión que le había lle-
vado allí[46], informa a César que tenía para él instrucciones
de carácter particular de parte de Pompeyo: que quiere éste 3
justificarse ante César para que no considere como un agra-
vio personal lo que Pompeyo había hecho en bien de la re-
pública. Que él siempre había considerado superior el bien
de la república a las obligaciones particulares. También Cé-
sar, por su propia dignidad, debía abandonar en beneficio de
la república su propósito y su ira, y no irritarse tan grave-
mente contra sus enemigos que, al intentar perjudicarlos,
perjudicase a la república. Añade algunas razones más en el 4
mismo sentido, justificando a Pompeyo. El pretor Roscio

---

[44] César disimula en este episodio un hecho trascendental: el paso del río Rubicón, que marcaba la frontera entre la Galia Cisalpina e Italia, puesto que Rímini es la primera ciudad italiana que se encuentra tras cruzar el río. Mientras César se mantuviera más allá del río, estaría dentro de la legalidad; en cambio, el mismo hecho de poner los pies en la ribera italiana suponía actuar al margen de la ley. Consciente de ello, César difumina su acción intentando presentarla como la única salida que le quedaba vista la actuación del senado, cuando parece evidente que ya había iniciado las operaciones antes de conocer lo que decidirían los senadores o, quizá, presuponiéndolo exactamente. La llegada de César a Rímini se sitúa en el día 12 de enero del 49 a. C., día que puede considerarse con precisión como el del comienzo de la Guerra Civil.

[45] De los dos Lucio Julio César, el padre había sido cónsul en el 64 a. C., fue legado de César en la Galia (52-49), pero se mantuvo al margen de la guerra civil; el hijo, en cambio, fue un decidido pompeyano que participó activamente en la campaña de África (cf. II 23, 3-4).

[46] Esta misión no era otra que la de comunicar a César las decisiones tomadas por el senado.

trata con César aproximadamente lo mismo y con las mis-
mas palabras, y le indica que Pompeyo se lo había encar-
gado.
9 Aunque esta misión no parecía servir de nada para ate-
nuar las injurias, sin embargo, César, disponiendo de perso-
nas adecuadas para informar a Pompeyo de lo que deseaba,
pidió a ambos que, puesto que le habían llevado a él las ins-
trucciones de Pompeyo, tuvieran a bien ser, del mismo mo-
do, mensajeros de sus peticiones, por si con un pequeño tra-
bajo podían evitar grandes desavenencias y tranquilizar a
2 toda Italia. Para él siempre la dignidad había sido lo primero
y más importante que la propia vida. Le causaba dolor que
los enemigos le arrebataran afrentosamente el beneficio
concedido por el pueblo romano y quitándole seis meses de
mando se viera obligado a regresar a Roma, a pesar de que
el pueblo había decidido que fuera tenida en cuenta su can-
didatura en los próximos comicios, aun estando ausente[47].
3 Sin embargo, había soportado con ecuanimidad este menos-
cabo de su honor por la república. Había enviado una carta
al senado pidiendo que todos resignaran el mando de los
4 ejércitos y ni siquiera había conseguido esto[48]. Se hacían le-
vas en toda Italia, eran retenidas las dos legiones que le
habían sido quitadas con pretexto de una guerra contra los
partos, la ciudad estaba en armas. ¿Adónde se dirigía todo

[47] Insiste César en lo que es el meollo legal de la cuestión: la pérdida del paraguas protector que le suponía el tener un ejército a su mando o el ejercicio de una magistratura. En efecto, el entramado de los acuerdos pactados en Luca por los triunviros en el 56 a. C. se venía abajo si César tenía que abandonar el ejército con anterioridad al 1 de julio del 49 a. C. (fecha en que comenzaban los comicios) para poder participar en las elecciones al consulado del año siguiente, cuando un plebiscito votado en el 52 a. C. le autorizaba a presentar su candidatura *in absentia*, mientras continuaba sus campañas en las Galias. Cf. Introducción.

[48] Cf. cap. 1 y nota 2.

esto sino a su perdición? Sin embargo, él estaba dispuesto a 5
ceder en todo y a sufrirlo todo por la república. Que marche
Pompeyo a sus provincias[49], que licencien ambos sus ejérci-
tos, que todos abandonen las armas en Italia, que cese el te-
rror en la ciudad, que la libertad de los comicios, la plena
administración del Estado se entreguen al senado y al pue-
blo romano. Para que esto se cumpla más fácilmente, con 6
determinadas condiciones y quede asegurado por un jura-
mento, o que Pompeyo se dirija a donde él está o permita
que César vaya allí; todas las diferencias se podían arreglar
con una entrevista.

Recibidas estas instrucciones, Roscio y Lucio César se 10
dirigen a Capua y allí encuentran a los cónsules y a Pompe-
yo[50]; les comunican las peticiones de César. Ellos, después 2
de haber deliberado, envían a César por medio de los mis-
mos mensajeros la respuesta escrita, cuyo contenido funda-
mental era el siguiente: que César volviese a la Galia, se re- 3
tirara de Rímini, licenciara sus ejércitos; si cumplía estas
condiciones, Pompeyo iría a Hispania[51]. Hasta que hubiese 4

---

[49] Las dos Hispanias, la Citerior y la Ulterior.

[50] Cicerón (*Ático* VII 14, 1) precisa que el encuentro tuvo lugar el 23 de enero en Teano y no en Capua. Sin embargo, la resolución sí se toma en Capua, dos días después.

[51] La concisión, sin duda querida por César, parece que esconde algunos de los términos de la respuesta. En este sentido, Cicerón llega a hacerse pesado en su insistencia por reiterar que a César se le había ofrecido por parte de Pompeyo un segundo consulado y, además, el triunfo (*Ático* VII 15, 2-3; 18, 1; 26, 2; VIII 9, 2; 11d, 7; 12, 2). Asimismo, resulta también claro que César no sólo se había apoderado de Rímini, sino también de otras ciudades como Pisauro, Fano, Ancona y Arretio (Arezzo); de todas ellas exigía el senado que se retirase (Cicerón, *Ático* VII 14, 1; *Fam.* XVI 12, 3). Con todo, importa señalar que no existe diferencia de enfoque con respecto a la obligación de licenciar al ejército, el único punto en el que César no estaba dispuesto a ceder.

seguridad de que César cumpliría lo que prometía, los cónsules y Pompeyo no cesarían de hacer levas.

11 Era una condición injusta pedir que César abandonara Rímini y volviera a su provincia, mientras que Pompeyo ocupaba provincias y retenía legiones que no eran suyas; exigir que César licenciara su ejército y al mismo tiempo
2 Pompeyo hacer levas; prometer irse a su provincia y no determinar la fecha de la marcha, de tal manera que, si no había ido al cumplirse el plazo del mando de César, no que-
3 daría tachado de haber faltado a su promesa. El no fijar una fecha para una entrevista y no hacer ninguna indicación de que se acercaría a César no hacía concebir ninguna esperan-
4 za de paz. Así pues, César envía a Marco Antonio con cinco cohortes desde Rímini a Arretio; él permanece en Rímini con dos y decide hacer allí una leva; ocupa con sendas cohortes Pisauro, Fano y Ancona[52].

12 Informado mientras tanto de que el pretor Termo[53] ocupaba Iguvio[54] con cinco cohortes y fortificaba la ciudad, pero que todos los habitantes de Iguvio eran muy adictos a él, envió allí a Curión[55] con tres cohortes que tenía en Pisauro y
2 Rímini[56]. Al conocer su llegada, Termo, que no tenía confianza en la adhesión del municipio, sacó las cohortes de la

[52] En realidad, las ciudades aquí citadas ya habían sido ocupadas antes por César, entre el 12 y el 15 (cf. nota 51); sin embargo, el relato quiere dar a entender que la ocupación se produjo tras recibir la embajada de Roscio y Lucio César, quienes no pudieron llegar ante Julio César antes del 23 de enero.

[53] Quinto Minucio Termo había sido tribuno de la plebe en el 64 a. C. y gobernador de Asia entre el 52 y el 50.

[54] Actual Gubbio, al nordeste de Peruggia, en el interior, en la zona de influencia de la *Via Flaminia*.

[55] Cf. nota 2.

[56] Tanto Pisauro (actual Pésaro) como Rímini son localidades costeras del Adriático.

ciudad y huyó. Los soldados le abandonaron en el camino y
se fueron a sus casas. Curión se apoderó de Iguvio con gran 3
alegría de todos los habitantes. Al tener noticia de estos
acontecimientos, César, confiando en la adhesión de los mu-
nicipios, sacó de las guarniciones las cohortes de la legión
XIII y se dirigió a Áuximo[57]; ocupaba esta ciudad con algu-
nas cohortes Atio[58], que estaba haciendo una leva en todo el
Piceno[59], enviando a los senadores por toda la comarca.

Al conocer la llegada de César los decuriones[60] de 13
Áuximo, acuden en gran número a Atio Varo; le declaran
que la cuestión no les corresponde decidirla a ellos; pero
que ni ellos ni sus conciudadanos podían permitir que se
impidiese la entrada en la muralla y en la ciudad al general
Gayo César, benemérito de la república y que había conse-
guido tan grandes victorias; por consiguiente, que tuviera en
cuenta lo que iba a suceder y el peligro que le amenazaba.
Asustado Varo por estas palabras, sacó de la ciudad la guar- 2
nición que había establecido y huyó. Algunos soldados de la 3
vanguardia de César le alcanzaron y le obligaron a detener-
se. Entablado el combate, Varo fue abandonado por los su- 4
yos; una parte de los soldados se marchó a sus casas; el res-
to se unió a César y junto con ellos fue llevado prisionero

---

[57] Actual Osimo, al sur de Ancona.

[58] Publio Atio Varo, miembro distinguido del partido pompeyano, puso al servicio de Pompeyo la experiencia adquirida como gobernador de África. Volveremos a encontrarlo en las operaciones de África (*BC* II, 23-26, 33-36 y 41-44; *BAf* 45) y de Hispania (*BH* 27, 31).

[59] El Piceno es la región situada entre los Apeninos y el Adriático, en torno a Ancona, su puerto principal.

[60] Los decuriones eran los miembros del consejo que gobernaba las colonias y municipios de ciudadanía romana o latina. Su número variaba según la importancia de la ciudad y su condición era vitalicia e irrenunciable.

Lucio Pupio, centurión primipilo[61] que anteriormente había
tenido este mismo cargo en el ejército de Gneo Pompeyo.
5 César alabó a los soldados de Atio y dejó en libertad a Pu-
pio, dio las gracias a los habitantes de Áuximo y les prome-
tió que tendría presente lo que habían hecho.

14 Al conocerse en Roma estos acontecimientos[62], se produ-
jo de repente un terror tan grande que, habiendo ido el cónsul
Léntulo a abrir el erario para entregar a Pompeyo el dinero,
según decreto del senado, apenas abierto huyó de la ciudad;
pues corría el falso rumor de que César estaba a punto de lle-
2 gar y que su caballería ya estaba allí[63]. Siguieron a Léntulo su
colega Marcelo y muchos magistrados. Gneo Pompeyo se
3 había alejado de Roma el día anterior[64] y se dirigía a tomar el
mando de las legiones cedidas por César que había estableci-
do en los cuarteles de invierno en Apulia[65]. Se interrumpen
4 las levas en los alrededores de Roma; todos consideran que

[61] El primipilo era el centurión que comandaba la primera centuria de la primera cohorte y representaba el grado más alto entre los centuriones de cada legión.

[62] Resulta un hecho constatado que el pánico en Roma se produjo a consecuencia del paso del Rubicón (11-12 de enero) y no de la toma de Áuximo (3 de febrero). Sólo así se explica que Pompeyo saliera de Roma el día 17 de enero y los cónsules el día 18. En consecuencia es sumamente creíble la conjetura que sitúa el capítulo 14 tras el 11, y ambos intercalados entre el 9 y el 10. Esta transposición, buscada o no, permite disimular el hecho de que César continuara la ofensiva mientras había negociaciones abiertas.

[63] En el erario se guardaba el producto del impuesto del 20 por ciento sobre la liberación de esclavos; constituía la última reserva de Roma, a la que sólo se acudía en casos de extrema necesidad. El episodio está sujeto a controversia, si consideramos que Apiano *(Guerras civiles* II 41) y Floro (IV 2, 21) acusan a César de ser él quien violentó el erario para apoderarse de su contenido.

[64] El 17 de enero.

[65] Es la región correspondiente al sudeste de Italia, actual Puglia.

no hay ninguna seguridad al norte de Capua[66]. Sólo en Capua
empiezan a perder el miedo y recobran sus ánimos, y deciden
hacer una leva entre los colonos que habían sido establecidos
en Capua por la ley Julia[67]; Léntulo lleva al foro a los gladia-
dores que César tenía en un centro de entrenamiento, les ani-
ma con la esperanza de concederles la libertad, les asigna ca-
ballos y les ordena que le sigan[68]; amonestado por los suyos,
porque todos censuraban este hecho, los repartió después en- 5
tre los grupos de esclavos de la comunidad de Campania para
que fueran custodiados.

Partiendo de Áuximo, César recorre todo el campo Pi- 15
ceno. Todas las prefecturas de esta región le reciben con
mucho agrado y ayudan a su ejército con todos los medios.
Incluso de Cíngulo[69], ciudad que había organizado Labie- 2
no[70] y había acabado de construir a su costa, vienen legados
a comunicarle que es su mayor deseo hacer lo que él ordene.
Pide soldados; los envían. Mientras tanto la legión XII al- 3
canza a César. Con estas dos legiones[71] se dirige a Ásculo
Piceno[72]. Ocupaba esta ciudad con diez cohortes Léntulo

---

66 Capital de la Campania, al norte de Nápoles.

67 La *Lex Iulia agraria* había sido aprobada en el año 59 a propuesta de J. César. En virtud de esta ley se repartió el terreno público de Campania entre veteranos de Pompeyo

68 No hay que descartar la posibilidad de que los pompeyanos consideraran peligroso tener una agrupación de gladiadores, propiedad de César, en el interior del territorio que controlaban.

69 Actual Cíngoli, al sudoeste de Ósimo.

70 Tito Acio Labieno es el principal lugarteniente de César en la campaña de las Galias. Ligado con Pompeyo por lazos de clientela, se pasó al bando de éste el 24 de enero (Cf. CICERÓN, *Ático* VII 13b, 3; 16, 4; *Fam.* XVI 12, 4).

71 La XII y la XIII. La legión XII, estacionada en la Galia, había sido reclamada por César antes del paso del Rubicón.

72 Actualmente Ascoli Piceno, era una plaza que permitía un control estratégico sobre la Vía Salaria que unía Roma con el Adriático.

Espínter[73], quien al conocer la llegada de César huye de la
ciudad, y, al intentar llevar consigo las cohortes, es abando-
4 nado por gran parte de los soldados. Habiéndose quedado en
el camino con unos pocos, encuentra a Vibulio Rufo[74], que
había sido enviado por Pompeyo al Piceno para mantener la
adhesión de los habitantes. Informado Vibulio por Léntulo
de lo que sucede en el Piceno, se incorpora las tropas de éste
5 y le deja irse. Igualmente recoge en las regiones vecinas las
cohortes que puede de las levas hechas por Pompeyo; entre
otras tropas se incorpora a Lucilio Hirro[75], que huía de Ca-
merino[76] con cinco cohortes que había tenido allí de guarni-
6 ción; reunidas todas formó diecinueve cohortes[77]. Con ellas
se dirige a marchas forzadas a Corfinio[78], para reunirse con
Domicio Enobarbo y le anuncia que César está a punto de
7 llegar con dos legiones. Domicio, por su parte, había reclu-
tado unas veinte cohortes en Alba,[79] el territorio de los mar-
sos y pelignos[80] y en las regiones vecinas.

[73] Publio Cornelio Léntulo Espínter había sido pretor en el 60 y cónsul en el 57; en el 59 ejerció de propretor en la Hispania Citerior.

[74] Abnegado pompeyano al que César no consiguió unir a su causa pese a haberlo hecho prisionero y liberado en dos ocasiones (cf. 23 y 38).

[75] Gayo Lucilio Hirro había sido tribuno de la plebe en el 53; a él se debió en primera instancia la propuesta de nombrar a Pompeyo cónsul único en el 52.

[76] Al noroeste de Ascoli.

[77] Sobre el número de cohortes, nos acogemos al texto propuesto por Michel Rambaud.

[78] Antigua capital de los pelignos, su emplazamiento sobre la Vía Valeria le confería un importante valor estratégico al dominar el acceso a Roma desde el este.

[79] Actual Massa d'Albe, al norte de Avezzano, en la ruta de Corfinio a Roma.

[80] Los marsos ocupaban la parte montañosa de la Italia central situada al sur del lago Fucino; y los pelignos, cuya capital era Corfinio, el valle del río *Aternus*.

Después de la toma de Firmo[81] y de la huida de Léntulo, 16
César ordena recoger a los soldados que habían abandonado
a Léntulo y hacer una leva; se detiene allí un solo día para
abastecerse y se dirige a Corfinio. Al llegar aquí, cinco co- 2
hortes enviadas por Domicio desde la ciudad ocupaban un
puente sobre el río que distaba de la ciudad aproximada-
mente tres mil pasos[82]. Entablado combate con las tropas 3
avanzadas de César, los soldados de Domicio fueron recha-
zados del puente rápidamente y se retiraron a la ciudad. Cé- 4
sar pasó sus legiones al otro lado del río, hizo alto cerca de
la ciudad y colocó su campamento junto al muro.

Advertida la situación, Domicio envía a Pompeyo, que 17
estaba en Apulia, mensajeros conocedores de la región, a los
que promete una gran recompensa; llevaban una carta y su
objeto era pedir y suplicar a Pompeyo que le socorriera, di-
ciendo que se podía fácilmente con dos ejércitos cercar a
César, por las dificultades del lugar, e impedirle el abaste-
cimiento. Si Pompeyo no le socorría, él se encontraría en un 2
gran peligro con más de treinta cohortes y muchos senado-
res y caballeros romanos[83]. Mientras tanto exhorta a sus 3
soldados, coloca máquinas de guerra en los muros y asigna
a cada uno partes determinadas para la defensa de la ciudad;
reúne a los soldados y les promete tierras de sus propieda-

---

[81] Actual Fermo, junto a la costa, al norte de Ascoli.

[82] Se trata del río *Aternus*, llamado actualmente Pescara. Tres mil pasos equivalen a 4,5 Km.

[83] Evidentemente César carga las tintas para dejar entrever que Pompeyo abandona a los suyos. Sin embargo, desde el punto de vista pompeyano la cosa no es tan simple, si consideramos que Domicio, en realidad, se está resistiendo a obedecer las órdenes de Pompeyo de retirarse a Apulia para reagrupar sus fuerzas, tal como se recoge en dos cartas dirigidas por Pompeyo a Domicio y recogidas en el epistolario de Cicerón (*Cartas a Ático* VIII 12b y 12c).

des, quince yugadas a cada uno y en proporción a los centuriones y reenganchados [84].

18 Mientras tanto llega a conocimiento de César que los habitantes de Sulmona, que dista de Corfinio siete mil pasos[85], deseaban ponerse bajo su obediencia, pero que se lo impedían el senador Quinto Lucrecio y Atio Peligno[86], que ocupaban la ciudad con una guarnición de siete cohortes.
2 César envía allí a Marco Antonio con cinco cohortes de la legión XIII. Tan pronto como los de Sulmona vieron nuestras enseñas abrieron las puertas, y todos, ciudadanos y soldados, salieron al encuentro de Antonio, manifestándole su
3 alegría. Lucrecio y Atio se descolgaron del muro. Llevado Atio a presencia de Antonio pidió ser llevado a César. Antonio regresa con las cohortes y con Atio el mismo día que
4 había salido[87]. César incorporó aquellas cohortes a su ejército y dejó en libertad a Atio. En los primeros días César decidió fortificar el campamento con grandes obras, transportar a él trigo desde los municipios próximos y esperar la
5 llegada de las restantes tropas. En los tres primeros días lle-

---

[84] Traducimos a partir de la conjetura de Fabre, *quina dena...iugera*, en lugar del *quaterna... iugera* adoptado por Calonge.

Domicio había conseguido hacerse con importantísimas posesiones en tiempos de Sila (Dión Casio, XLI 51). La yugada era una medida de superficie correspondiente al terreno que podía arar una yunta de bueyes en un día. La equivalencia actual de la yugada sería de 25 áreas; por tanto, las quince yugadas del donativo equivaldrían a poco menos de cuatro hectáreas.

[85] A unos 10,5 Km al sudeste de Corfinio, Sulmona constituía una posición estratégica importante para Domicio, puesto que su pérdida le cortaba la línea de escape hacia las posiciones de Pompeyo e impedía la llegada de refuerzos.

[86] Poco sabemos de estos dos pompeyanos: Atio Peligno era seguramente un caballero de la región y Quinto Lucrecio (Vespilón) puede ser el mismo personaje que alcanzó el consulado en el año 19 y que en el año 48 comandaba una parte de la flota de Pompeyo (cf. III 7, 1).

[87] El 16 de febrero.

gó a él la legión VIII, veintidós cohortes de las nuevas levas
hechas en la Galia y unos trescientos jinetes enviados por el
rey de Nórica[88]. A la llegada de estos refuerzos coloca otro
campamento al otro lado de la ciudad, pone al frente de él a
Curión[89]. En los días siguientes decide rodear la ciudad con 6
una estacada y torres. Terminada ya una gran parte de esta
obra de fortificación, regresan los mensajeros enviados a
Pompeyo.

Leída la carta de Pompeyo, Domicio, disimulando, anun- 19
cia en el consejo que Pompeyo vendrá rápidamente en su
ayuda, y les exhorta a que no se desanimen y a que preparen
todo lo que sea útil para la defensa de la ciudad. Pero secre- 2
tamente habla con algunos amigos y decide emprender la
huida. Como la expresión del rostro de Domicio no estaba 3
de acuerdo con sus palabras y obraba con más temor y des-
confianza que en los días precedentes, como conferenciaba
frecuentemente en secreto con los suyos para aconsejarse, lo
que no hacía habitualmente, y como evitaba los grupos y
reuniones, la verdad no pudo encubrirse y ocultarse más tiem-
po. En efecto, Pompeyo le había contestado que no estaba 4
dispuesto a llevar la situación a un grave peligro y que él no
le había dado ni el consejo ni la orden de encerrarse en Cor-
finio; por consiguiente, si encontraba alguna posibilidad, que
se uniera a él con todas sus tropas[90]. Era imposible cumplir 5
esta orden por el asedio y cerco de la ciudad.

Divulgado el propósito de Domicio, los soldados que es- 20
taban en Corfinio se amotinan al atardecer y por boca de los
tribunos, centuriones y soldados más distinguidos, hablan de

[88] Reino que ocupaba una parte de la Austria actual, al sur del Danubio.

[89] En estos momentos César contaba ya con un contingente de unos 40.000 soldados.

[90] Cf. nota 83.

2 este modo: que estaban cercados por César, que las obras de
fortificación estaban casi terminadas, que su jefe Domicio,
en quien tenían puesta su esperanza y confianza, traicionan-
do a todos, tenía el propósito de huir[91], también ellos debían
3 pensar en salvarse. Al principio los marsos están en des-
acuerdo con éstos y ocupan la parte de la ciudad que parecía
mejor fortificada, y se produce tal disensión entre ellos que
4 intentan venir a las manos y acudir a las armas; sin embar-
go, al poco tiempo, por medio de mensajeros enviados de
una a otra parte, se informan del propósito de huida de Do-
5 micio, que ignoraban. Así pues, todos de común acuerdo,
sacan a Domicio, le rodean y custodian, y de entre ellos
mismos envían legados a César y le dicen: que están dis-
puestos a abrir las puertas, a cumplir sus órdenes y a entre-
garle vivo a Domicio.

21 Al tener conocimiento de esto, César, aunque considera-
ba de gran importancia apoderarse cuanto antes de la ciudad
e incorporar a su ejército las cohortes que la ocupaban, no
fuera a ser que cambiara su determinación por dádivas, por
haberse reanimado o por recibir falsas noticias (porque con
frecuencia en la guerra pequeñas causas producen grandes
2 efectos), sin embargo, temiendo que la ciudad fuera saquea-
da al aprovechar los soldados la ventaja de entrar de noche,
felicita a los que habían venido, los envía de nuevo a la ciu-
3 dad y les ordena que guarden puertas y muros. Coloca los
soldados en las obras que había hecho, pero no a intervalos
determinados, como acostumbraba en días anteriores, sino
en una línea continua de puestos y centinelas de forma que
4 estén en contacto entre sí y cubran toda la fortificación; en-
vía de unos puntos a otros a los tribunos militares y prefec-

[91] Una versión diferente la proporcionan SÉNECA (*Sobre los beneficios* III 24) y PLUTARCO (*César* 45) que mantienen que Domicio intentó suicidarse.

tos[92] y les exhorta no solamente a que vigilen las salidas en
grupo, sino también a que presten atención a las evasiones
de personas aisladas. Y ciertamente no hubo nadie de espíri- 5
tu tan débil e indolente que fuera capaz de dormir aquella
noche. Era tan grande la expectación por el resultado de los 6
acontecimientos, que su espíritu se debatía en diferentes su-
posiciones sobre la suerte de los corfinienses, de Domicio,
de Léntulo y los demás, y sobre la fortuna que correría ca-
da uno.

Aproximadamente al amanecer, Léntulo Espínter habla 22
desde el muro con nuestros centinelas y puestos, pidiendo
que se le permita entrevistarse con César. Concedido el 2
permiso, se le deja salir de la ciudad, pero sin abandonarle
los soldados de Domicio hasta dejarle en presencia de Cé-
sar. Trata con éste de su propia vida; pide y suplica que le 3
perdone, le recuerda su antigua amistad y los grandes bene-
ficios que había recibido de César: por él había entrado en el 4
colegio de los pontífices, por él había obtenido la provincia
de Hispania al terminar su cargo de pretor, había sido ayu-
dado por él en su candidatura al consulado[93]. César inte- 5
rrumpe su discurso diciendo que él no había salido de su
provincia para hacer daño a nadie, sino para defenderse de
las afrentas de sus enemigos, para restituir en su dignidad a
los tribunos de la plebe expulsados de Roma por esta dispu-
ta y para devolver la libertad a sí mismo y al pueblo roma-
no, oprimido por un grupo. Animado por estas palabras, 6
Léntulo pide que le permita regresar a la ciudad, manifes-
tándole que el haber conseguido su perdón alentaría la espe-

[92] Cada legión contaba con seis oficiales superiores, los tribunos militares, que constituían una especie de plana mayor, pues no tenían asignado el mando de unidades inferiores como las cohortes. Por su parte, los prefectos eran los oficiales superiores de las alas o escuadrones de caballería.

[93] Cf. nota 73.

ranza de los demás, pues algunos estaban tan atemorizados
que se sentían impulsados a atentar contra su propia vida[94].
Concedido el permiso, se marcha.
23 Al amanecer, César ordena que sean llevados a su pre-
sencia todos los senadores, hijos de senadores, tribunos mi-
2 litares y caballeros romanos. Estaban allí los siguientes se-
nadores: Lucio Domicio, Publio Léntulo Espínter, Lucio
Cecilio Rufo, Sexto Quintilio Varo, cuestor, y Lucio Ru-
brio[95]; además, el hijo de Domicio y otros muchos jóvenes y
gran número de caballeros romanos y decuriones que Domi-
3 cio había llevado de los municipios. Llevados todos a su
presencia, les protege de los insultos y afrentas de los solda-
dos; les dirige algunas palabras reprochándoles que no ha-
yan correspondido a los grandes beneficios que les había
4 hecho; y después deja a todos en libertad. Seis millones de
sestercios que Domicio había traído y depositado en el teso-
ro público, cantidad que le había sido entregada a César por
los duúnviros de Corfinio, la devolvió a Domicio, temiendo
que se le considerara más moderado en perdonar la vida que
en apoderarse del dinero, aunque sabía con certeza que
aquella cantidad era del Estado y que Pompeyo la había en-
5 tregado para pagar a los soldados[96]. Hizo prestar juramento

---

[94] Posible alusión al intento de suicidio de Domicio (cf. nota 91).

[95] En el texto de Calonge se lee erróneamente *L. Vibullius Rufus* en lugar de *L. Caecilius Rufus*, que es el texto transmitido por los manuscritos y adoptado por los editores. De los dos personajes no aparecidos hasta ahora, Lucio Cecilio Rufo y Lucio Rubrio, carecemos de datos sobre este último; en lo que atañe a Cecilio Rufo sabemos que había sido tribuno de la plebe en el 63 y pretor en el año 57; tenía una larga trayectoria anticesariana cuyo episodio más destacado fue su oposición a la ley agraria propuesta por César en el año 59.

[96] Cicerón (*Ático* VIII 14, 3), sin embargo, se hace eco de un rumor que corría precisamente en sentido contrario: no se le había devuelto el dinero a Domicio.

ante él a los soldados de Domicio, y aquel mismo día levantó el campamento, caminó una etapa ordinaria[97], después de haberse detenido en total siete días en Corfinio[98], y llegó a Apulia a través del territorio de los marrucinos, frentanos y larinates[99].

Al conocer Pompeyo lo sucedido en Corfinio, se dirige 24
desde Luceria a Canusio, y desde allí a Brindis[100]. Ordena 2
que se le junten las tropas alistadas en todas partes en las nuevas levas; arma a los esclavos y pastores, y les da caballos; forma con ellos unos trescientos jinetes. El pretor Lu- 3
cio Manlio[101] huye de Alba con seis cohortes, el pretor Rutilio Lupo[102], de Tarracina[103] con tres; estas tropas, al ver de lejos a la caballería de César, mandada por Vibio Curio[104], abandonan al pretor, transfieren sus enseñas a Curio y se pasan a él. Igualmente en las marchas siguientes algunas co- 4

[97] En torno a los 30 Km.

[98] Del 15 al 21 de febrero.

[99] El orden en que se citan estos tres pueblos da a entender que César ganó el Adriático a través del territorio de los marrucinos, y desde allí, siguiendo la costa, alcanzó la Apulia, cruzando por el territorio de los frentanos y los larinates, pueblos de la misma etnia, aunque separados políticamente.

[100] En realidad la partida de *Luceria* (actual Lucera) tuvo lugar el 18 de febrero y, por tanto, antes de la capitulación de Corfinio, que se produjo el día 20; asimismo, Pompeyo partió de *Canusium* (actual Canosa) el 21, que es el mismo día en que César partió de Corfinio. La llegada a Brindis se sitúa en el día 25. Brindis era el punto final de la Vía Apia, el puerto natural de embarque para Grecia.

[101] A Lucio Manlio Torcuato, pretor en el 49, lo encontraremos de nuevo en Farsalia. Era amigo de Cicerón, poeta y orador famoso (Cicerón, *Bruto* 265).

[102] Publio Rutilio Lupo había sido tribuno de la plebe en el 56.

[103] Actual Terracina, a unos 100 Km al sur de Roma, sobre la Vía Apia.

[104] Posiblemente se trate del mismo personaje del que se burlaba Cicerón por esconder su edad (Quintiliano, *Instituciones Oratorias* VI 3, 75).

hortes se topan con el grueso del ejército de César, otras con su caballería. Es llevado a su presencia, hecho prisionero en el camino, Numerio Magio, de Cremona, prefecto de las tropas de ingenieros de Gneo Pompeyo. César lo envía de nuevo a Pompeyo con la misión de decirle que, como hasta aquel momento no había habido posibilidad de entrevistarse y él mismo tenia el propósito de ir a Brindis, era de interés para la república y para la paz general, que él conferenciara con Pompeyo, pues no se consigue el mismo resultado cuando se hacen las proposiciones a gran distancia por medio de emisarios, que cuando se trata frente a frente de todas las condiciones.

25 Entregadas estas instrucciones, se dirige César a Brindis con seis legiones[105], tres veteranas y las restantes formadas con la nueva leva y completadas en el camino, pues había enviado inmediatamente desde Corfinio a Sicilia las cohor-
2 tes de Domicio. Se entera de que los cónsules han marchado a Durazo[106] con gran parte del ejército y que Pompeyo per-
3 manece en Brindis con veinte cohortes; y no podía saberse con certeza si se había quedado allí para retener Brindis en su poder y dominar así más fácilmente todo el mar Adriático desde las costas de Italia y la región opuesta de Grecia y poder hacer la guerra desde ambas partes, o si se había queda-
4 do por falta de naves[107]; temiendo César que Pompeyo pen-

---

[105] La llegada de César a Brindis se sitúa en el 9 de marzo.

[106] *Dyrrachium* (actualmente Durrës, en Albania); era el principal puerto de entrada en Grecia desde Italia.

[107] Es interesante la opinión expresada por Dión Casio (XLI 12) quien considera que Pompeyo envió por delante a los cónsules para evitar que acabaran aceptando las propuestas de César y que, al destacar un contingente importante de tropas para que los acompañaran, él en persona se había encontrado falto de navíos para realizar la travesía.

sara no abandonar Italia decidió cortar la salida y el tráfico
del puerto de Brindis. El proyecto de las obras era el si- 5
guiente: en la parte más estrecha de la boca del puerto iba
colocando un dique de tierra partiendo de ambas orillas,
pues el mar era allí vadeable. Al progresar la obra y no po- 6
der continuarse el terraplén por la profundidad del agua, co-
locaba en el extremo de cada uno de los diques balsas de
treinta pies de lado[108]. Las sujetaba por los cuatro ángulos 7
con cuatro anclas para que no fueran movidas por las olas.
Terminadas y colocadas éstas, les unía a continuación otras 8
balsas de igual magnitud. Cubría estas balsas con tierra y 9
material a fin de facilitar el rápido acceso para defenderlas;
protegía el frente y ambos lados con zarzos y manteletes;
cada cuatro balsas levantaba torres de dos pisos para defen- 10
derlas más fácilmente contra los ataques de las naves y los
incendios.

Para hacer frente a esto Pompeyo equipaba grandes na- 26
ves de carga que había encontrado en el puerto de Brindis.
Construía en ellas torres de tres pisos y llenándolas de mu-
chas máquinas de guerra y de toda clase de armas arrojadi-
zas, las lanzaba contra las obras de César a fin de romper la
línea de balsas e interrumpir los trabajos. Así pues, se lu-
chaba diariamente por ambas partes desde lejos con hondas,
saetas y demás dardos. César llevaba a cabo estas operacio- 2
nes sin pensar en abandonar las negociaciones de paz; y
aunque le extrañaba mucho que no se le hubiera enviado de
nuevo a Magio, a quien había enviado con una misión para
Pompeyo, y aunque la repetición de estas tentativas retarda-
ba su impulso y sus planes, sin embargo pensaba que debía
perseverar en este intento por todos los medios. Así pues, 3

[108] Treinta pies equivalen a unos 9 m.

envía al legado Caninio Rébilo[109], amigo y pariente de Es-
cribonio Libón[110], a conferenciar con éste; le encarga que
exhorte a Libón a interesarse en la paz; pide especialmente
4 que se le concierte una entrevista con Pompeyo; le indica
que él tiene gran confianza en que, si esta entrevista tiene
lugar, terminará la guerra con un tratado justo; gran parte de
la gloria y alabanza de este hecho recaería sobre Libón, si
5 por su iniciativa y mediación se abandonan las armas. Al
terminar de hablar con Caninio, Libón se dirige a Pompeyo.
Poco después le contesta que los cónsules están ausentes y
6 que sin ellos no se puede tratar sobre la paz. Así pues, ha-
biendo intentado en vano tantas veces la misma cosa, César
decide abandonarla de una vez y hacer la guerra.

27 Casi terminada ya la mitad de la obra de César e inverti-
dos en ella nueve días[111], vuelven a Brindis, enviadas por
los cónsules desde Durazo, las naves que habían transporta-
2 do allí la primera parte del ejército. Pompeyo, bien atemori-
zado por las obras de César, bien porque desde un principio
hubiera decidido abandonar Italia, a la llegada de las naves
3 empezó a preparar la marcha; y para retardar con más facili-
dad la entrada de César y evitar que sus soldados irrumpie-
ran en la ciudad en el mismo momento de su marcha, obs-
truye las puertas, levanta obras en calles y plazas, construye
fosos transversales en las calles y clava en ellos estacas y
4 palos puntiagudos; los disimula con zarzos poco consisten-

---

[109] Gayo Caninio Rébilo había sido legado de César en la campaña contra Vercingetórix en el año 52. Participará luego activamente en las campañas de África (cf. *BAf* 86) y llegará a ser *consul suffectus* (sustituto) en el año 45.

[110] Lucio Escribonio Libón había sido tribuno de la plebe en el año 56. Casó a una hija suya con Sexto, el hijo menor de Pompeyo. Cicerón le atribuye la autoría de una obra histórica (*Ático* XIII 30, 3; 32, 3; 44, 3).

[111] Nos encontramos en el 17 de marzo.

tes cubiertos de tierra; además interrumpió los accesos y los
dos caminos que llevaban al puerto desde extramuros con
grandes estacas puntiagudas clavadas en tierra. Una vez pre- 5
parado todo esto, ordena embarcar en silencio a los soldados, coloca en el muro y en las torres, a grandes intervalos, algunos soldados sin bagaje elegidos entre los reenganchados, arqueros y honderos. Acordó llamarlos con una señal 6
convenida cuando todos los soldados hubieran embarcado y les dejó naves ligeras en un lugar conveniente.

Los habitantes de Brindis, inducidos por las injurias de 28
los soldados pompeyanos y las afrentas del mismo Pompeyo, eran partidarios de César. Así pues, al conocer la marcha 2
de Pompeyo, cuando aún los soldados andaban de un lado para otro y estaban ocupados en los preparativos de marcha, hicieron señales por todas partes desde los tejados. Informado por ellos, César manda preparar las escalas y tomar las armas para no perder aquella ocasión. Pompeyo se hace a la 3
mar al anochecer. Los soldados que habían sido dejados para la custodia del muro son llamados con el signo convenido y por caminos conocidos se dirigen corriendo a las naves. Los soldados de César, colocando las escalas, pasan el mu- 4
ro, pero, advertidos por los habitantes de Brindis de que tengan cuidado con la estacada oculta y los fosos, se detienen, y, conducidos por ellos, dando un gran rodeo, llegan al puerto y con lanchas y barcas alcanzan y se apoderan de dos naves llenas de soldados que habían quedado detenidas en los diques hechos por César.

Aunque César consideraba lo más conveniente para ter- 29
minar la guerra, reunir naves, atravesar el mar y seguir a Pompeyo antes de que éste pudiera reforzarse con tropas del otro lado del mar, sin embargo temía el retraso y la gran cantidad de tiempo que exigía este plan, porque Pompeyo, al llevarse todas las naves, le había quitado la posibilidad de

2 seguirle en aquel momento. Le quedaba el recurso de esperar la llegada de naves de las alejadas regiones de la Galia, Piceno y el estrecho de Mesina. Dada la estación del año, 3 esto parecía largo y difícil. Además no quería que durante su ausencia se alentara al antiguo ejército pompeyano[112] y a las dos Hispanias (una de las cuales estaba unida a Pompeyo por los grandes beneficios recibidos)[113], que se organizaran refuerzos y caballería y que se intentara una acción sobre la Galia e Italia[114].

30 Así pues, abandona de momento el propósito de seguir a Pompeyo y decide dirigirse a Hispania; ordena a los duunviros de todos los municipios que procuren naves y se en-
2 carguen de llevarlas a Brindis. Envía a Cerdeña con una legión al legado Valerio[115], a Sicilia con tres legiones al propretor Curión; ordena a éste que después de ocupada Sicilia pase inmediatamente el ejército a África. Gobernaba Cerdeña Marco Cota[116], Sicilia, Marco Catón; según lo de-
3 cidido por sorteo, debía gobernar África Tuberón[117]. Los caralitanos[118] tan pronto como tuvieron noticia de que se les enviaba a Valerio, cuando aún no había partido de Italia,

---

[112] El ejército pompeyano estacionado en Hispania y comandado por los legados Petreyo, Afranio y Varrón.

[113] En el año 72, Pompeyo había culminado con éxito la guerra contra Sertorio, quien había establecido una especie de república independiente en la Hispania Citerior.

[114] Fracasado César en su tentativa de cortarle la retirada a Pompeyo, justifica su renuncia a perseguir de forma inmediata a Pompeyo por la necesidad de asegurar su retaguardia.

[115] Se trata de Quinto Valerio Orea.

[116] Marco Aurelio Cota, gobernador pompeyano de Cerdeña, no debe confundirse con el cesariano Lucio Aurelio Cota mencionado en I 6, 5.

[117] Quinto Elio Tuberón, gobernador de África en el 49, militaba en el bando pompeyano, si bien, con posterioridad, se reconcilió con César. Fue un reputado jurista que también destacó como historiador.

[118] Los habitantes de la capital de Cerdeña, la actual Cagliari.

expulsan a Cota de la ciudad por propia iniciativa. Atemori-
zado éste, porque sabía que toda la provincia estaba de
acuerdo, huye de Cerdeña a África. En Sicilia Catón repara- 4
ba las naves de guerra viejas y mandaba construir otras a las
ciudades. Se entregaba a esta ocupación con todo afán. Por
medio de sus legados hacía levas de ciudadanos romanos en
Lucania y Brutio[119] y exigía a las ciudades de Sicilia deter-
minado número de jinetes e infantes. Cuando casi estaban 5
terminados estos preparativos, se entera de la llegada de Cu-
rión y se queja en la asamblea de que había sido abandona-
do y traicionado por Pompeyo que, sin haber hecho prepara-
tivo alguno, había emprendido una guerra innecesaria y que,
al preguntarle en el senado él y los demás senadores, había
asegurado que tenía dispuesto y preparado todo para la gue-
rra. Habiendo expuesto estas quejas en la asamblea, huyó de
la provincia[120].

Encontrando Valerio abandonada por su gobernador Cer- 31
deña y Curión, Sicilia, entran en ellas con sus ejércitos. Tu- 2
berón a su llegada a África encuentra en el gobierno de la
provincia a Atio Varo, que después de haber perdido sus
cohortes en Áuximo, como ya hemos dicho[121], huyó direc-
tamente a África y al encontrarla sin mando la había ocupa-
do por su propia iniciativa[122]; por medio de una leva había
formado dos legiones, encontrando facilidades para sus in-
tentos por el conocimiento de personas y lugares y la expe-
riencia en el gobierno de aquella provincia, pues la había

---

119 Regiones costeras del sur de Italia, en la parte más cercana a Sicilia.

120 Cicerón (*Ático* X 16, 3) sitúa la fecha de la partida de Catón en el 23 de abril.

121 Cf. cap. 13, 1-4.

122 El propretor Gayo Considio Longo, a quien le había correspondido el gobierno en el año 50, ya se había ido, y Quinto Elio Tuberón, el gobernador del 49, todavía no había llegado.

gobernado pocos años antes al terminar su cargo de pretor. Al llegar Tuberón a Útica[123] con sus naves, le prohíbe la en-
3 trada en el puerto y en la ciudad y ni siquiera consiente que desembarque su hijo que estaba enfermo, sino que le obliga a levar anclas y abandonar aquel lugar.

Terminadas estas acciones, César reparte sus soldados
32 en los próximos municipios para que descansaran algún tiempo. Él mismo marcha a Roma. Reunido el senado,
2 expone las injurias de sus enemigos[124]. Dice que él no ha buscado ningún cargo extraordinario, sino que, habiendo esperado el plazo legal para solicitar el consulado, se había contentado con lo que estaba permitido a todos los ciudadanos. Con gran oposición por parte de los enemigos, y espe-
3 cialmente de Catón, que según su tradicional costumbre había empleado varios días en exponer su opinión, los diez tribunos de la plebe habían propuesto que se tuviera en cuenta la candidatura de César aun en su ausencia; este debate había tenido lugar siendo cónsul el mismo Pompeyo: si éste lo desaprobaba ¿por qué permitió que se hiciera la proposición?, y si lo aprobaba, ¿por qué le impedía disfrutar el beneficio concedido por el pueblo?[125]. Les hace ver su pa-
4 ciencia al solicitar por propia iniciativa el licenciamiento de los ejércitos, con lo que llegaba a sacrificar su dignidad y honor[126]. Expone el ensañamiento de sus enemigos que se
5 niegan a hacer ellos lo que le exigen a él y prefieren trastor-

[123] La capital de la provincia de África, era por entonces el puerto más importante de la región. Hoy se encuentra tierra a dentro, a unos 30 Km al noroeste de Túnez.

[124] Para permitir la presencia de César, que al tener mando militar no podía entrar en la ciudad, el senado se reunió fuera de Roma: era el día primero de abril y la convocatoria la habían realizado los tribunos de la plebe Marco Antonio y Quinto Casio Longino.

[125] Cf. nota 38.

[126] Cf. nota 2, cap. 9, 3, y nota 48.

nar todo antes que abandonar su poder y licenciar los ejércitos. Manifiesta la injusticia cometida al arrebatarle las legiones[127], la crueldad y la insolencia al limitar las funciones 6
de los tribunos de la plebe[128]; recuerda las condiciones que él había propuesto, las entrevistas que había pedido y que le habían sido denegadas[129]. Por estas razones exhorta y pide a los senadores que tomen a su cargo el gobierno de la repú- 7
blica y lo administren juntamente con él. Pero si el temor se lo impide, él soportará esta carga y gobernará por sí mismo el Estado. Añade que es conveniente enviar legados a Pompeyo para intentar un acuerdo; pues no le preocupa lo que 8
poco antes había dicho Pompeyo en el senado: que el enviar legados supone atribuir autoridad a aquéllos a quienes se les envía y temor por parte de quienes los envían. Estas ideas parecen propias de un espíritu débil y apocado. Pero él, que 9
ha procurado sobresalir en las obras, desea también ser superior en justicia y equidad.

El senado aprueba la proposición de enviar legados; pero no se encontraba a quién enviar; especialmente por temor 33
todos procuraban rehuir el encargo de la embajada. En efecto, Pompeyo al abandonar Roma había dicho en el senado 2
que consideraría igual a los que se hubieran quedado en Roma y a los que estuvieran en el campamento de César. Así se pasan tres días en disputas y excusas. E incluso los enemigos de César inducen al tribuno de la plebe Lucio Me- 3
telo a que entorpezca esta proposición y vete cualquier cosa que César intente[130]. Conocido el propósito de Metelo y
4

[127] Cf. 2, 3, nota 10 y cap. 9, 4.

[128] Cf. 2, 8 y 5, 4-5.

[129] Cf. 9, 3 y 6, 24, 5 y 26, 2-6.

[130] Lucio Cecilio Metelo era un caso extraño entre los tribunos de la plebe al no ser favorable a César. Según el testimonio de CICERÓN (*Ático*

perdidos inútilmente algunos días, César, para no dejar pasar más tiempo, sale de Roma sin haber llevado a cabo lo que se había propuesto y se dirige a la Galia Ulterior[131].

34 Aquí supo que había sido enviado por Pompeyo a Hispania Vibulio Rufo, al que pocos días antes él había dejado libre después de haberle hecho prisionero en Corfinio[132];
2 igualmente supo que Domicio había marchado para ocupar Marsella con siete naves ligeras recogidas a particulares en Igilio[133] y el Cosano[134], a las que había equipado con sus es-
3 clavos, libertos y colonos[135]; también que habían sido enviados anteriormente a su patria unos legados de Marsella, jóvenes nobles a los que Pompeyo al salir de Roma había exhortado a que los recientes beneficios de César no les hicieran olvidar los que habían recibido de él con anteriori-
4 dad[136]. Con estas instrucciones los marselleses cerraron las puertas a César; llamaron en su ayuda a los albicos, gente bárbara que desde hacía mucho tiempo estaban bajo su protección y que habitaban los montes que dominan Marsella;
5 transportaron a la ciudad el trigo de las regiones próximas y

X 4, 8), se habría opuesto a que César se apoderara del contenido del erario público (cf. nota 63).

[131] La salida de Roma tuvo lugar el 7 de abril.

[132] Cf. 23, 1-3.

[133] Pequeña isla, actualmente denominada Giglio, situada en la costa de Etruria enfrente del promontorio del Monte Argentario.

[134] Territorio dominado por la ciudad de Cosa, puerto importante del mar Tirreno, emplazado en los aledaños del actual Orbetello.

[135] César deja entrever que Domicio actúa como un particular, cuando, de hecho, estaba en ejercicio del proconsulado de las Galias, cargo en el que había substituido al propio César (cf. 6, 5).

[136] Pompeyo había favorecido a los marselleses en el año 71 cuando retornaba de su campaña en Hispania, en tanto que César los había beneficiado en los años en que se había ocupado de la conquista de la Galia: 58-50.

de todos los fuertes, establecieron en ella fábricas de armas y estaban reparando los muros, las puertas y la escuadra.

César llama a su presencia a los quince ciudadanos más 35
importantes de Marsella[137]. Trata con ellos de que no inicien
las hostilidades; debían seguir el ejemplo de toda Italia más
bien que obedecer a una sola persona[138]. Les expone todo lo 2
que juzga conveniente para hacerles ver la razón. Los lega- 3
dos comunican a la ciudad su petición y en su representa-
ción contestan a César que ellos sabían que el pueblo roma-
no estaba dividido en dos bandos. No era de su arbitrio ni
correspondía a sus fuerzas determinar cuál de las dos partes
defendía la causa más justa. Ciertamente los jefes de los dos 4
bandos eran Gneo Pompeyo y Gayo César, patronos de su
ciudad[139], uno de los cuales les había concedido pública-
mente los campos de los volcas arecómicos y de los hel-
vios[140], el otro les había entregado las ciudades de la Galia
sometidas en la guerra[141] y había aumentado sus rentas. Por 5
consiguiente, a iguales beneficios debían responder con
igual agradecimiento, no ayudar a ninguno de ellos contra el
otro, ni permitirles la entrada en la ciudad ni en el puerto.

---

[137] Marsella contaba con un senado de quinientos miembros entre los cuales se escogía un grupo de quince que ejercía el poder ejecutivo.

[138] César distorsiona la realidad, puesto que Pompeyo no actuaba en solitario, sino que contaba con el apoyo de gran parte del senado y de los cónsules.

[139] Las ciudades se ponían bajo el patronato de algún ciudadano influyente de quien se esperaba que defendiera los intereses de la ciudad ante el senado.

[140] Pueblos que habitaban las llanuras situadas entre el Ródano y los Pirineos.

[141] Incorporamos la conjetura de Rambaud: *bello uictas urbes Galliae*, en lugar de la conjetura generalmente aceptada de Glandorp y que es la adoptada por Calonge: *bello uictos Sallyas*.

36 Mientras tratan esto entre ellos, llega Domicio a Marse-
lla con las naves y es recibido por los marselleses que le en-
tregan el mando de la ciudad y la dirección suprema de la
2 guerra. Bajo su mando envían la escuadra a todas partes y
llevan al puerto las naves mercantes que apresan donde
pueden; usan para armar y reparar las restantes aquellas que
3 estaban mal provistas de clavazón, madera y aparejos; lle-
van al depósito público el trigo que encuentran y reservan
las otras mercancías y abastecimientos para el caso de que la
4 ciudad sea cercada. Impulsado César por estas injurias, lleva
tres legiones a Marsella[142]; ordena hacer torres y manteletes
para el asalto de la ciudad y construir doce naves de guerra
5 en Arles. Fueron construidas y equipadas en treinta días a
partir de la corta de la madera y, llevadas a Marsella, pone
al frente de ellas a Décimo Bruto[143] y deja al legado Gayo
Trebonio[144] con la misión de atacar Marsella por tierra[145].

37 Mientras se hacían estos preparativos, envía por delante
a Hispania al legado Gayo Fabio[146] con tres legiones[147] que
estaban alojadas para invernar en Narbona y sus alrededo-
res; le ordena ocupar rápidamente los pasos de los Piri-

[142] Se trata de las legiones VI, X y XIV que iban de camino hacia Italia desde su emplazamiento al norte de la Galia.

[143] Décimo Junio Bruto Albino era el comandante de la flota de César desde el año 57. Acabaría participando en el complot contra César.

[144] Gayo Trebonio fue tribuno de la plebe en el 55; alcanzaría luego la pretura en el 48 y el consulado en el 45. También acabó participando en la conjura contra César.

[145] La marcha de César se sitúa en el 5 de junio. La concisión esconde una vez más la realidad: César intentó en vano tomar Marsella antes de tomar la decisión de partir hacia Hispania.

[146] Gayo Fabio fue gobernador de Asia los años 58-57 y legado de César en la Galia a partir del 54.

[147] Se trata de la VII, de la IX y la XI.

neos[148], que por entonces estaban ocupados con guarnicio-
nes del legado Lucio Afranio[149]. Ordena que le sigan las 2
otras legiones que invernaban más lejos. Fabio, según se le 3
había ordenado, con la mayor rapidez desaloja del puerto la
guarnición de Afranio y se dirige a marchas forzadas contra
su ejército.

A la llegada de Vibulio Rufo, al cual se ha indicado que 38
Pompeyo había enviado a Hispania[150], Afranio, Petreyo[151] y
Varrón[152], legados de Pompeyo, de los que el primero ocu-
paba con tres legiones la Hispania Citerior, Petreyo con dos
legiones la Ulterior desde el desfiladero de Cazlona[153] hasta
el río Anas[154], y Varrón, también con dos legiones, la Lusi-

---

[148] No está claro si se trataba del puerto de la Percha, en la Cerdaña, o del Pertús.

[149] Lucio Afranio tenía un largo historial militar y político: había sido legado de Pompeyo en Hispania durante la guerra contra Sertorio, cónsul en el 60 y, de nuevo, legado pompeyano en Hispania a partir del 55, cuando se le adjudicaron estas provincias a Pompeyo, quien en esta ocasión se abstuvo de visitarlas.

[150] Cf. 34, 1.

[151] Marco Petreyo, anticesariano declarado, tenía en su haber la victoria sobre Catilina en Pistoya; en el año 59 apoyó a Catón en su oposición a la ley agraria propuesta por César. Entre el 55 y el 52 actuó, junto con Afranio, en calidad de legado de Pompeyo en Hispania. Tras la campaña de Lérida pasó a África, donde tuvo un destacado papel, tal y como se recoge en *BAf* 18 y ss.

[152] Marco Terencio Varrón —más conocido por su faceta literaria como autor de innumerables obras, de las que sólo nos han llegado un tratado de agricultura y, parcialmente, un tratado gramatical sobre la lengua latina— participó sin demasiado éxito en la campaña de Hispania en el bando pompeyano. Reconciliado con César, éste lo puso al frente de su proyecto de crear una gran biblioteca pública en Roma.

[153] En Sierra Morena.

[154] El Guadiana.

tania y el territorio de los vetones[155] desde el Anas, reparten
2 éstos sus funciones, de modo que Petreyo se dirija con todas
sus tropas desde Lusitania, por el territorio de los vetones[156],
a reunirse con Afranio y que Varrón guarde con sus legiones
3 toda la Hispania Ulterior. Tomada esta determinación, Pe-
treyo exige a toda Lusitania jinetes y tropas auxiliares,
Afranio hace lo mismo con los celtíberos, cántabros y todos
4 los bárbaros que habitan en la costa del Océano. Una vez
reunidas estas tropas, Petreyo se dirige rápidamente al en-
cuentro de Afranio por el territorio de los vetones. Deciden
de común acuerdo hacer la guerra en las proximidades de
Lérida por las ventajas de este lugar.

39 Como se ha dicho antes, Afranio tenía tres legiones, Pe-
treyo, dos; disponían, además, de unas cuarenta[157] cohortes,
armadas con escudo las procedentes de la provincia citerior
y armadas con rodela[158] las procedentes de la Hispania Ulte-
rior, y de, aproximadamente, cinco mil jinetes de ambas
2 provincias. César había enviado a Hispania seis legiones,
tropas auxiliares de infantería en número de seis mil, tres
mil jinetes —estas tropas habían servido con él en todas las
guerras anteriores— e igual número de jinetes procedentes
de la Galia, que él había pacificado; hizo esta recluta esco-
giendo individualmente a los más nobles y valerosos de to-
das las ciudades; además, dos mil hombres del valiente pue-

[155] El territorio de los vetones ocupaba aproximadamente las provincias de Salamanca, Cáceres y Badajoz.

[156] Es evidente que tiene que existir una confusión, quizá atribuible al propio César, en virtud de la cual se habrían intercambiado los territorios adjudicados a Petreyo y a Varrón.

[157] Nos acogemos a la conjetura propuesta por Mariner, por ser la forma más simple de resolver la muy improbable, por excesiva, cifra de *LXXX* que dan los manuscritos.

[158] El escudo tiene forma rectangular y cubre casi todo el cuerpo y, en cambio, la rodela es un pequeño escudo redondo.

blo de Aquitania y montañeses que limitan con la provincia de la Galia. Tenía noticia de que Pompeyo con las legiones 3
se dirigía a Hispania por Mauritania y que llegaría inmediatamente. Al mismo tiempo tomó dinero prestado de los tribunos militares y centuriones, y lo distribuyó entre el ejército, con lo cual consiguió dos fines: asegurarse con el prés- 4
tamo la fidelidad de los centuriones y ganarse con su liberalidad la adhesión de los soldados[159].

Fabio trataba de atraerse por cartas y mensajeros la adhesión de las ciudades próximas. Había establecido en el río 40
Segre dos puentes distantes entre sí cuatro mil pasos[160]. Por estos puentes enviaba a forrajear, porque en los días precedentes había consumido lo que existía a este lado del río. Casi lo mismo y por el mismo motivo hacían los jefes del ejército pompeyano y se libraban frecuentemente entre ellos 2
combates de caballería[161]. En cierta ocasión en que dos legiones de Fabio, según la costumbre cotidiana, habían salido 3
como guarnición de los forrajeadores y habían pasado el río por el puente cercano[162] y les seguía el bagaje y toda la caballería, de repente la violencia del viento y la gran cantidad de agua cortó el puente y dejó cerrado al resto de la caballería. Al enterarse Petreyo y Afranio por el material que arras-
4

[159] Todo el capítulo presenta dificultades en lo que respecta a la fijación de los diferentes contingentes de tropas; por tanto, todas las cifras deben tomarse con gran prudencia.

[160] Unos 6 Km.

[161] Hay que entender que los dos campamentos, el de Fabio y el de Afranio, así como la propia ciudad de Lérida, se encontraban en la margen derecha del Segre; el de Afranio en las inmediaciones de la ciudad (en la colina de Gardeny) y el de Fabio más alejado río arriba. También río arriba y separados por varios kilómetros estarían los dos puentes construidos por Fabio; en cambio el puente utilizado por Afranio sería el puente de piedra contiguo a la ciudad.

[162] Debía estar instalado en la actual Vilanova de la Barca.

traba la corriente, con rapidez Afranio hizo pasar cuatro le-
giones y toda la caballería por el puente próximo a la ciudad
y a su campamento[163], y fue al encuentro de las dos legiones
5 de Fabio. Al tener noticia de su llegada, Lucio Planco[164],
que mandaba las legiones, obligado por la necesidad, ocupa
una altura[165] y forma su línea en dos frentes para evitar ser
6 rodeado por la caballería. Habiendo entablado combate con
número inferior de tropas, resiste los fuertes ataques de las
7 legiones y de la caballería. Durante el combate ecuestre ven
ambas partes a lo lejos las enseñas de dos legiones que Fa-
bio había enviado en auxilio por el puente más lejano[166],
sospechando que sucedería lo que realmente sucedió, que
los jefes enemigos aprovecharían la ocasión y el beneficio
de la Fortuna para atacar a los nuestros. A la llegada de es-
tas legiones se suspende el combate y cada uno vuelve sus
legiones al campamento.
41 A los dos días[167] llegó César al campamento con nove-
cientos jinetes que se había reservado para escolta. El puen-
te que había sido cortado por el temporal casi estaba repara-
2 do; ordenó que fuera terminado por la noche. Reconocido el
terreno, deja todo el bagaje y seis cohortes[168] para custodia

---

[163] Se trata, obviamente, del puente de piedra dominado por los pompeyanos.

[164] Lucio Munacio Planco era el comandante de la VII legión, si bien en estos instantes tenía a su mando todo el grupo que había salido a forrajear. En estos momentos se encontraba en los inicios de una brillante carrera política que coronaría con el cargo de censor en el año 22.

[165] La que sirve de asiento a la población de Alcoletge.

[166] Debía estar situado en las cercanías de Térmens.

[167] El 22 de junio.

[168] Cada legión se dividía en 10 cohortes, cada una de las cuales contaba con 600 soldados (6 centurias); si las cohortes estuvieran al completo de efectivos, hablaríamos de 3.600 hombres. Sin embargo, debe tenerse presente que ni las legiones ni las cohortes solían alcanzar el número máximo de efectivos, ya fuera por la merma de las sucesivas campañas y

del puente y campamento, y al día siguiente[169] se dirige a Lérida con todas las tropas formadas en triple línea, se detiene frente al campamento de Afranio y, manteniéndose allí algún tiempo sobre las armas, ofrece la posibilidad de luchar en campo llano. Ante esta situación Afranio saca sus tropas y las forma junto al campamento a la mitad de la colina.
Cuando César advirtió que dependía de Afranio el que no se 3
entablara combate, decide establecer el campamento a unos
cuatrocientos pasos[170] de distancia de la falda del monte, y 4
para evitar que los soldados fuesen amedrentados mientras construían la fortificación por un repentino ataque enemigo y se interrumpieran los trabajos, prohibió que se hiciera estacada, que forzosamente habría de sobresalir y ser vista a distancia[171], sino que ordenó abrir un foso de quince pies[172]
frente al enemigo. La primera y segunda línea continuaba 5
sobre las armas como en un principio; detrás de ellas la tercera línea hacía la fortificación sin ser vista. Así toda la fortificación quedó terminada antes de que Afranio advirtiera
que se estaba construyendo el campamento. Al anochecer, 6
César coloca las legiones detrás de este foso y pasa allí aquella noche sobre las armas.

Al día siguiente[173] mantiene todo el ejército al lado de 42
acá del foso y, como era preciso ir a buscar lejos los mate-

---

marchas, ya fuera porque sus generales las prefirieran con efectivos más reducidos para ganar en movilidad, opción esta última que se le suele atribuir a César.

169 El 23 de junio.

170 A unos 600 m.

171 La estacada o empalizada que rodeaba el campamento se construía sobre el terraplén formado con la tierra extraída al cavar el foso que también rodeaba el campamento, de forma que podía alcanzar unos cinco metros de altura.

172 Unos 4'5 m de anchura.

173 El 24 de junio.

riales, continúa de momento el mismo plan de trabajo; asig-
na a cada legión un lado del campamento para fortificarlo y
ordena que los fosos se hagan del mismo tamaño; mantiene
sobre las armas frente al enemigo las restantes legiones sin
2 bagaje. Afranio y Petreyo, para atemorizar a nuestros solda-
dos e impedir los trabajos, adelantan sus tropas hasta el pie
de la colina y hostigan a los nuestros, pero César no inte-
rrumpe por ello la obra, confiado en el apoyo de las tres le-
3 giones y en la protección del foso. Aquéllos, sin detenerse
mucho tiempo ni alejarse demasiado de la falda de la colina,
4 vuelven sus tropas al campamento. Al tercer día[174] César
fortificó el campamento con una estacada y ordenó que se le
incorporaran las cohortes y el bagaje que había dejado en el
anterior campamento.

43 Había entre la ciudad de Lérida y la colina próxima,
donde tenían su campamento Petreyo y Afranio, una llanura
de trescientos pasos[175] aproximadamente y casi en medio de
2 ella un cerro de cierta elevación[176]; César confiaba en que, si
lo ocupaba y fortificaba, aislaría a los enemigos del puente
de la ciudad y del abastecimiento que habían reunido en
3 ella. Con esta esperanza saca tres legiones del campamento
y, habiendo formado la línea de combate en un lugar conve-
niente, ordena a los soldados que precedían a las enseñas
4 avanzar a la carrera y ocupar el cerro. Al advertirlo el ene-
migo, son enviadas rápidamente a ocupar este mismo lugar,
por un camino más corto, las cohortes de Afranio que esta-
5 ban de guardia en el campamento. Se entabla combate y,
como los soldados de Afranio habían llegado antes al cerro,
rechazan a los nuestros y, con el envío de nuevos refuerzos

[174] El 25 de junio.
[175] Unos 450 m.
[176] Se trata del Puig Bordell.

enemigos, les obligan a volver la espalda y a replegarse hacia las enseñas de las legiones.

El modo de combatir de aquellas tropas era salir corriendo al principio con gran ímpetu, apoderarse audazmente de un lugar, no conservar su formación cuidadosamente y 44
luchar aislados y dispersos; si el enemigo les acosaba no 2
consideraban vergonzoso retroceder y abandonar el lugar, por estar acostumbrados a tal modo de lucha por sus enfrentamientos con los lusitanos y demás bárbaros; porque suele suceder que los soldados se habitúen al género de lucha de
los países donde han estado mucho tiempo. Esta manera 3
de combatir trastornó a los nuestros que no estaban acostumbrados a ella; pues creían que iban a ser rodeados por el lado derecho[177] al verlos avanzar corriendo uno a uno; por parte, otra creían que era necesario guardar sus puestos, no apartarse de las enseñas ni abandonar sin grave motivo el
lugar que habían ocupado. Así pues, desordenados los sol- 4
dados que precedían a las enseñas, la legión que estaba en aquella ala no pudo mantener su puesto y se retiró a la próxima colina.

César, viendo atemorizada casi toda su formación contra 45
su esperanza y la costumbre de sus tropas, exhorta a los suyos y envía en socorro la novena legión; detiene al enemigo, que perseguía a los nuestros audaz y denodadamente, le obliga a volver la espalda, a retirarse a la ciudad de Lérida y
acogerse bajo la protección de la muralla. Pero los soldados 2
de la novena legión, impulsados por el ardor del combate, y queriendo resarcirse de la pérdida sufrida, siguen temerariamente a los fugitivos, avanzan hasta un lugar desventajoso y llegan junto al monte donde estaba construida la ciudad

[177] El ala derecha de una formación siempre es su punto débil, puesto que sus soldados no tienen la protección del escudo por el lado derecho.

3 de Lérida. Cuando quieren retirarse de allí, nuevamente los
enemigos presionan a los nuestros desde un punto más ele-
4 vado. El lugar era escarpado, cortado a pico por los dos
lados y de una extensión tal que sólo cabían en él tres cohor-
tes formadas[178] y ni podían enviarse refuerzos por los flan-
cos, ni la caballería podía prestar ayuda a los que estaban en
5 peligro. Pero desde la ciudad una pendiente suave descendía
6 en una longitud como de cuatrocientos pasos[179]. Por allí po-
dían retirarse los nuestros, que habían avanzado temeraria-
mente hasta aquel punto llevados por su ardor; se luchaba en
este lugar desfavorable por la angostura y porque nuestros
soldados estaban situados al mismo pie del monte de modo
que ningún dardo se arrojaba inútilmente contra ellos. Sin
embargo, resistían por su valor y su paciencia y soportaban
7 todas las heridas. Aumentaban las tropas enemigas y conti-
nuamente eran enviadas cohortes desde el campamento a
través de la ciudad, de modo que las tropas de refresco rele-
8 vaban a los ya cansados. César se veía obligado a hacer lo
mismo, enviar cohortes a aquel punto y retirar a los solda-
dos agotados.

46 Después de haber luchado ininterrumpidamente en estas
condiciones durante cinco horas y estando gravemente aco-
sados los nuestros por la multitud enemiga, agotados ya
todos los dardos, nuestros soldados empuñan las espadas,
atacan a los enemigos monte arriba, derriban a algunos y
2 obligan a los demás a retirarse. Rechazadas las cohortes ene-
migas hasta la muralla y llevados algunos por su miedo has-
ta el interior de la ciudad, se ofrece a los nuestros una fácil

---

[178] Es difícil establecer el frente que pueden cubrir tres cohortes formadas una al lado de la otra, pues la distancia puede variar sensiblemente según el número de soldados que integren cada línea; el margen de variación va de los 200 a los 400 metros.

[179] Unos 600 m.

retirada. Además, nuestra caballería, aunque estaba situa- 3
da en un lugar más bajo y dominado, se esfuerza con gran
valor en alcanzar la cima por los dos lados y, corriendo
entre las dos formaciones, proporciona a los nuestros una re-
tirada más fácil y segura. Se luchó con suerte variable. En el 4
primer encuentro cayeron unos setenta de los nuestros, entre
ellos Quinto Fulginio, centurión del manípulo de *hastati* de
la primera cohorte de la decimocuarta legión, que por su ex-
traordinario valor había llegado a aquel puesto desde grados
inferiores[180]; fueron heridos más de seiscientos. De las tro- 5
pas de Afranio murieron el centurión *primopilo* Tito Ceci-

---

[180] En la época de César la división de los soldados en tres categorías, *hastati*, *principes* y *triarii*, que antiguamente se correspondía con diferencias en el armamento y en la experiencia, había desaparecido y se mantenía únicamente como una división administrativa. Cada cohorte legionaria estaba dividida en tres manípulos: manípulo de *hastati*, manípulo de *principes* y manípulo de *triarii*; cada manípulo constaba de dos centurias, la *prior* y la *posterior*. La carrera de un centurión empezaba por el grado inferior de la décima cohorte hasta llegar a la primera. Dentro de cada cohorte el orden inverso de categoría era el siguiente: *hastatus posterior*, *princeps posterior*, *pilus posterior*, *hastatus prior*, *princeps prior* y *pilus prior*; el centurión *pilus prior* además de mandar la primera centuria de la cohorte, tenía el mando de toda la cohorte. Obsérvese, además, que las centurias de *triarii* se denominaban *pilus*. Por otro lado, y pese a lo dicho anteriormente, no había auténticas diferencias de categoría entre las cohortes excepto en lo que se refiere a la primera, que era donde tenía lugar la auténtica promoción entre los centuriones. La primera cohorte tenía únicamente cinco centurias, pero sus efectivos eran el doble que el de las restantes cohortes, y además carecía de la centuria *pilus posterior*; de resultas de ello, el primer centurión de la primera cohorte se denominaba *primus pilus*, y era el grado más alto en el centurionado. Dada esta organización, hay que deducir que Quinto Fulginio ocupaba el tercer lugar (en todo caso, el quinto) en el rango de centuriones de la XIV legión.

lio[181], otros cuatro centuriones y más de doscientos sol-
dados.
47 La impresión que unos y otros manifiestan sobre el
combate de aquel día es la de que ambos habían resultado
2 vencedores: los soldados de Afranio porque, aunque a juicio
de todos eran considerados inferiores, habían resistido tan
largo tiempo el combate cuerpo a cuerpo, habían soportado
el ataque de los nuestros, habían mantenido desde el princi-
pio el cerro que había dado motivo al combate y habían
obligado a nuestros soldados a volver la espalda en el pri-
3 mer encuentro; los nuestros por su parte, porque habían sos-
tenido el combate durante cinco horas luchando en un lugar
desfavorable y contra mayor número de tropas, porque ha-
bían subido monte arriba empuñando las espadas, porque
habían obligado a volver la espalda al enemigo que ocupaba
una posición dominante y le habían rechazado hasta el in-
4 terior de la ciudad. Los enemigos fortificaron con grandes
obras el cerro por el que se había luchado, y pusieron en él
una guarnición.
48 Además, a los dos días de esta acción sucedió otro con-
tratiempo inesperado[182]. Se produjo una tempestad tan gran-
de que nunca se había visto en aquellos lugares mayor can-
2 tidad de agua. Además, se fundió entonces la nieve de todas
las montañas y el río se desbordó y cortó en el mismo día
3 los dos puentes que había hecho Gayo Fabio. Este accidente
ocasionó grandes dificultades al ejército de César. Pues, co-
mo ya se ha dicho[183], el campamento estaba entre los ríos

---

[181] Atendiendo a lo dicho en la nota anterior, Tito Cecilio era el centurión más importante de su cohorte, al tiempo que su comandante.

[182] Nos situamos ya en el 28 de junio.

[183] Nos encontramos ante una remisión falsa, pues en ningún momento ha precisado César con anterioridad su ubicación entre los dos ríos, por

Segre y Cinca, que distaban entre sí treinta millas[184]; ningu-
no de los dos ríos podía atravesarse y todas las tropas esta-
ban encerradas necesariamente en este estrecho espacio. Las 4
ciudades que habían hecho amistad con César no podían
transportar el trigo, ni los que se habían alejado para forra-
jear podían regresar, cerrado el paso por los ríos; tampoco
podían llegar al campamento los grandes abastecimientos
que venían de Italia y la Galia. Además, la época era muy 5
difícil, porque no había trigo en los graneros y faltaba poco
para que madurara en los campos[185]; las ciudades estaban
exhaustas porque Afranio había acopiado en Lérida casi to-
do el trigo antes de la llegada de César y, si algo había que-
dado, lo había consumido el mismo César en los días prece-
dentes; las ciudades vecinas habían alejado por temor a la 6
guerra el ganado, que podía haber sido otro recurso para es-
ta escasez. Los que habían salido para hacer forraje o apro- 7
visionamiento de trigo eran perseguidos por los lusitanos
armados a la ligera y por los soldados de la Hispania Cite-
rior, armados de rodela, que conocían muy bien aquellas re-
giones y a quienes era muy fácil pasar el río por ser costum-
bre de todos ellos no salir de campaña sin odres[186].

El ejército de Afranio, por el contrario, tenía gran abun- 49
dancia de todo. Había hecho provisión y acopio de gran can-
tidad de trigo en el tiempo precedente; se le suministraba en
gran cantidad de toda la provincia; tenía gran abundancia de

---

más que así fuera en realidad; pero el detalle no se convierte en relevante hasta que se desencadena la tempestad.

[184] Unos 45 Km. Naturalmente, la distancia depende del sitio en que se considere, dado que los dos ríos acaban confluyendo.

[185] Hay que considerar que los hechos se sitúan a finales del mayo astronómico y que en estas latitudes la siega del trigo se realiza a finales de junio.

[186] Era habitual entre los pueblos bárbaros la utilización de los odres como flotadores.

2 forraje. La posibilidad de todas estas cosas la suministraba,
sin peligro alguno, el puente de Lérida y los lugares del otro
lado del río que no habían sufrido daño, y cuyo acceso era
totalmente imposible a César.

50 Esta crecida se mantuvo durante varios días. Intentó Cé-
sar rehacer los puentes, pero ni lo permitía la magnitud de la
crecida ni consentían que se llevara a cabo las cohortes
2 enemigas colocadas en la orilla; con facilidad podían impe-
dirlo, tanto por la naturaleza del río y la gran cantidad de
agua, cuanto porque los enemigos arrojaban dardos desde
toda la orilla opuesta sobre un solo espacio de poca exten-
3 sión; era difícil, dada la velocidad de la corriente, llevar a
cabo las obras y evitar los dardos al mismo tiempo.

51 Se comunica a Afranio que está detenido junto al río un
gran convoy que se dirigía a César. Venían en él arqueros de
Rutenia[187], jinetes de la Galia, con muchos carros y bagaje,
2 según costumbre gálica. Venían, además, unos seis mil hom-
bres de todas clases, con sus esclavos y libertos; pero no lle-
vaban ningún orden, ningún jefe determinado, cada uno iba
a su propio arbitrio y todos caminaban sin temor, con la in-
3 disciplina de jornadas anteriores. Había allí muchos jóvenes
nobles, hijos de senadores y personas pertenecientes al or-
den ecuestre; embajadas de las ciudades; legados de César.
Todos éstos estaban detenidos por la crecida de los ríos.
4 Afranio sale de noche con tres legiones y toda la caballería
para aniquilarlos, y, enviando por delante la caballería, les
ataca por sorpresa. Sin embargo, rápidamente los jinetes ga-
5 los se despliegan y entablan combate. Mientras pudieron pe-
lear con armas iguales, resistieron aunque eran pocos a gran
cantidad de enemigos; pero cuando empezaron a aproxi-

[187] Los rutenos se localizaban en torno a la actual ciudad de Rodez, en el valle del río Aveyron, al noroeste de la Provenza.

marse las enseñas de las legiones se retiraron a los montes
próximos con pocas pérdidas. El tiempo que duró este com- 6
bate fue de gran importancia para la salvación de los nues-
tros; pues aprovechando este tiempo se retiraron a lugares
elevados[188]. Se perdieron en este día unos doscientos arque-
ros, pocos jinetes y un número no considerable de acemile-
ros y bagaje.

Con todo esto aumentó el precio del trigo; lo que suele 52
suceder no sólo por la escasez actual, sino también por el
temor del futuro. Había llegado la carestía a que un modio[189] 2
costara cincuenta denarios[190]; las fuerzas de los soldados
disminuían por la escasez de trigo y cada día aumentaban
las dificultades; se había producido tal cambio de circuns- 3
tancias en tan pocos días y la fortuna se había inclinado de
tal manera, que los nuestros estaban agobiados por una gran
escasez de lo más imprescindible y los enemigos tenían gran
abundancia de todo y eran considerados superiores. Como 4
no había trigo suficiente, César reclamaba ganado a las ciu-
dades que habían hecho amistad con él; enviaba a los acemi-
leros a ciudades más alejadas; él mismo intentaba mitigar la
escasez presente por todos los medios a su alcance.

Petreyo, Afranio y sus amigos describían esta situación, 53
exagerada y aumentada, a los de su partido en Roma. Con
los rumores se imaginaban más reveses de manera que pare-
cía que la guerra estaba casi terminada. A la llegada de estas 2
cartas y mensajeros a Roma, las gentes se dirigían en gran
número a casa de Afranio y se congratulaban grandemente;
muchos partían de Italia para reunirse con Gneo Pompeyo,
unos para ser los primeros en llevarle la noticia, otros para

---

188 Seguramente la sierra de Almenara.

189 Medida de capacidad equivalente a 8'75 l.

190 El precio ordinario del modio de trigo era de un denario.

no parecer que habían esperado el resultado de la guerra o que eran los últimos en llegar.

54 Cuando la situación estaba en este grado de dificultad y todos los caminos se encontraban ocupados por los soldados y jinetes de Afranio y no podían repararse los puentes, César ordena a los soldados que construyan naves de la clase que la experiencia en Bretaña le había enseñado en los años
2 anteriores[191]. La quilla y armazón se hacían de madera ligera; el resto del casco, hecho de mimbre trenzado, se cubría
3 con pieles. Una vez terminadas, las conduce durante la noche en carros unidos a veintidós mil pasos del campamento[192]; en estas naves transporta al otro lado del río a los soldados y ocupa de improviso una colina próxima a la orilla.
4 La fortifica rápidamente antes de que lo advierta el enemigo. Después lleva allí una legión y, trabajando desde ambas
5 orillas, consigue terminar un puente en dos días[193]. De este modo recoge con seguridad el convoy y a los que habían marchado para buscar trigo, y empieza a facilitar el abastecimiento.

55 Aquel mismo día transporta al otro lado del río gran parte de la caballería. Ésta ataca a los forrajeadores que estaban desprevenidos y esparcidos sin ningún temor, se apodera de gran número de animales y personas, y a la llegada de las cohortes de soldados armados con rodela enviadas en socorro, se distribuye hábilmente en dos partes: una para guardar el botín capturado, otra para resistir y rechazar a los que ve-

[191] Cf. *BG* III 13; IV 29; V 1.

[192] A unos 33 Km, en los alrededores de Sant Llorenç de Montgai. Aunque esta hipotética ubicación es muy lejana, quizás se pueda explicar por la necesidad de encontrar un emplazamiento adecuado al nuevo tipo de puente y mantenerse fuera del alcance inmediato de las tropas enemigas.

[193] El 11 y 12 de julio, aproximadamente. Las fechas, a partir de aquí, deben tomarse con suma prudencia.

nían; rodean y aniquilan, después de haberla separado de las 2
demás, a una cohorte que había avanzado temerariamente
ante las otras y se había apartado de la línea de combate; sin
haber recibido daño vuelven al campamento, por el mismo
puente, con gran cantidad de botín[194].

Mientras sucede esto en Lérida[195], los marselleses, por 56
consejo de Domicio, preparan diecisiete naves de guerra,
once de las cuales eran cubiertas. A éstas agregan muchas 2
naves pequeñas para atemorizar a nuestra escuadra por el
número. Embarcan en ellas gran cantidad de arqueros y gran
cantidad de los albicos de que hemos hablado[196], y los inci-
tan con premios y promesas. Domicio reclama para sí una 3
cantidad determinada de naves y las llena de los colonos y
pastores que había llevado consigo. Equipada la escuadra de 4
todo lo necesario, avanzan con gran confianza contra nues-
tras naves, que mandaba Décimo Bruto. Se hallaban éstas
ancladas en la isla que está frente a Marsella[197].

La escuadra de Bruto era muy inferior en número; pero 57
César había asignado para ella a hombres valerosos elegidos
entre todas las legiones, centuriones y soldados que prece-
dían a las insignias, que habían solicitado este servicio. És- 2
tos habían preparado garfios de hierro y arpones, y se ha-
bían equipado con gran número de picas y jabalinas y demás
armas arrojadizas. Al conocer la llegada del enemigo, sacan
sus naves del puerto y entablan combate con los marselle-
ses. Se luchó por ambas partes con mucho valor y encarni- 3
zamiento; los albicos, hombres rudos de las montañas, habi-

---

[194] Si la situación del puente es la que se ha indicado antes, resulta sumamente difícil realizar todas estas operaciones en un solo día.

[195] Continúa la narración de lo sucedido en Marsella retomando la situación tal como se dejó en el cap. 36.

[196] Cf. 34, 4.

[197] La isla de Ratonneau.

tuados a combatir, no eran inferiores en valor a los nuestros;
4 y como acababan de separarse de los marselleses, conserva-
ban viva en su ánimo la reciente promesa de aquéllos; los
pastores de Domicio, animados por la esperanza de alcanzar
la libertad, deseaban probar su esfuerzo ante los ojos de su
dueño.

58 Los marselleses por su parte, confiados en la rapidez de
sus naves y en la destreza de sus pilotos, eludían a los nues-
tros, burlaban sus ataques y, en cuanto les era posible exten-
der su línea en un espacio amplio, intentaban rodear nuestras
naves o atacar con muchas a una sola o, si podían, quebrar
2 los remos de las naves rozándolos al pasar; cuando no po-
dían evitar un encuentro, dejando la pericia y maniobra de
3 los pilotos, recurrían al valor de los montañeses; era un in-
conveniente para los nuestros emplear remeros poco ejerci-
tados y pilotos poco diestros, que habían sido llevados de
repente desde las naves mercantes y aún desconocían los
nombres de los aparejos; también por otra parte la pesadez y
falta de celeridad de las naves, pues, construidas rápidamen-
4 te con madera aún verde, no tenían la misma rapidez. Así
pues, cuando se presentaba la oportunidad de luchar cerca,
exponían sin temor una nave contra dos enemigas y, echa-
dos los garfios y sujetas ambas naves, luchaban por las dos
partes y abordaban las naves enemigas. Y, después de haber
matado gran número de albicos y pastores, hundieron parte
de las naves, apresaron algunas con la tripulación y rechaza-
5 ron al puerto a las restantes. Aquel día perdieron los marse-
lleses nueve naves, contando las capturadas.

59 Primero se anuncia a César en Lérida esta victoria y al
mismo tiempo, terminado el puente[198], cambia rápidamente
2 la fortuna. El enemigo, atemorizado por el valor de nuestros

[198] Cf. 54, 4.

jinetes, hacía sus salidas con menos libertad y audacia; unas
veces, se alejaban poco del campamento para poder acoger-
se a él rápidamente y forrajeaban en un espacio reducido;
otras veces, daban un largo rodeo y evitaban así a los centi-
nelas y los puestos de caballería, o bien por haber sufrido
algún daño o ver de lejos a la caballería, huían abandonando
su bagaje en el camino. Finalmente, habían decidido no fo- 3
rrajear durante muchos días o, contra la costumbre general,
forrajear de noche.

Mientras tanto, los oscenses y los calagurritanos[199], que **60**
eran tributarios de los oscenses, envían legados a César y le
prometen obediencia. Hacen lo mismo los tarraconenses, ja- 2
cetanos[200] y ausetanos[201] y, pocos días después, los ilurga-
vonenses que habitan junto al Ebro[202]. Pide a todos estos 3
que le ayuden con trigo. Lo prometen y, requisando por do-
quier todas las bestias de carga, llevan trigo al campamento.
Además, se pasa a él una cohorte de ilurgavonenses que, al 4
conocer la decisión de su ciudad, cambia de bando cuando
está montando guardia. Se produce un rápido cambio de si- 5
tuación: la terminación del puente, la alianza de cinco gran-
des ciudades[203], el abastecimiento de trigo, la extinción de
los rumores referentes a las legiones de refuerzo que se de-
cía que venían con Pompeyo a través de Mauritania; por

---

[199] Se trata del pueblo que habitaba en torno a la ciudad de *Calagurris Fibularensis*, actual Loarre. No se debe confundir con *Calagurris Nassica*, la actual Calahorra.

[200] Pueblo que habitaba la zona de Jaca.

[201] Ocupaban la plana de Vic.

[202] Los ilurgavonenses habitaban en la cuenca baja del Ebro, desde su confluencia con el Cinca hasta el delta: su capital era Dertosa, la actual Tortosa.

[203] No se cuentan los calagurritanos en la medida que eran estipendiarios de los oscenses.

consiguiente, muchas ciudades más alejadas abandonan a Afranio y buscan la alianza de César.

61 Puesto que los enemigos estaban amedrentados con es-
tos sucesos, César, queriendo evitar el largo rodeo que siem-
pre tenía que dar la caballería por el puente, decide hacer, en
lugar apropiado, varias fosas de treinta pies de anchura[204]
para desviar por ellas una parte del Segre y conseguir un
2 vado en este río[205]. Cuando ya estaban casi terminadas estas
fosas, se apoderó de Afranio y Petreyo un gran temor de que
se les cortara totalmente el abastecimiento de trigo y forraje,
porque la caballería de César era muy poderosa. Así pues,
deciden abandonar aquellos lugares y hacer la guerra en
3 Celtiberia[206]. Apoyaba también esta determinación el hecho
de que, de los dos bandos contrarios en la anterior guerra
contra Quinto Sertorio[207], las ciudades vencidas temían el
nombre y el poder de Pompeyo aun en su ausencia, y las
que habían estado en su alianza le eran muy adictas por
haber recibido grandes beneficios; sin embargo, el nombre
4 de César era menos conocido entre los bárbaros. Allí espe-
raban encontrar grandes refuerzos de caballería e infantería
y pensaban prolongar la guerra hasta el invierno en lugares
5 ventajosos. Tomada esta decisión, ordenan buscar naves en

---

[204] Unos 9 m.

[205] El vado habría que situarlo en el actual Parque Municipal de la Mitjana.

[206] Celtiberia se corresponde con parte de la meseta central superior, abarcando, en todo o en parte, las provincias de Guadalajara, Soria, Burgos, La Rioja, Teruel, Cuenca y Zaragoza.

[207] El enfrentamiento contra Sertorio —antiguo lugarteniente de Mario que se había hecho fuerte en el nordeste de Hispania y que cuestionaba la autoridad de Roma— se extendió del año 80 al 72 y era, por tanto, bastante reciente.

todo el río Ebro y conducirlas a Otobesa[208]. Esta ciudad es-
taba junto al Ebro y distaba veinte mil pasos[209] del campa-
mento. A esta altura del río mandan hacer un puente con 6
barcas unidas, pasan dos legiones al otro lado del río Segre
y fortifican el campamento con una estacada de doce pies[210].

Informado por los exploradores de esta tentativa, César, 62
con gran esfuerzo de los soldados y habiendo continuado
día y noche la obra de desviar el río, había conseguido
ya que los jinetes pudieran y se atrevieran a pasar el río,
aunque con mucha dificultad y trabajo; pero la profundidad 2
del agua, y más aún el ímpetu de la corriente, impedían el
paso a los soldados de infantería a los que el agua cubría
hasta los hombros. Pero, sin embargo, la noticia de que los 3
enemigos tenían poco menos que terminado un puente en el
Ebro llegó casi al mismo tiempo en que se conseguía un va-
do en el Segre[211].

---

[208] Mantenemos la forma adoptada por J. Calonge a partir de la segunda edición pese a nuestra preferencia por la forma *Otogesa* (cf. lo dicho en la introducción, págs. 37-42). La identificación de la ciudad de Otobesa, denominada también Octogesa u Otogesa por otros autores, constituye uno de los temas pendientes de solución en lo que a la campaña de César en Hispania se refiere. Se ha propuesto ubicarla en Flix, Ribarroja, Mequinenza, Almatret o Utxesa, aunque ninguna de las propuestas se adecua con la realidad del terreno. Nuestra propuesta es identificarla con el emplazamiento de Els Castellets, cercano a Mequinenza y en la margen izquierda del río (cf. asimismo la introducción).

[209] Unos 30 Km.

[210] Unos 4 m.

[211] Esta circunstancia es básica para la comprensión de la táctica de uno y otro bando. Los pompeyanos confiaban en que César, para ir en su persecución, tuviera que ir 30 Km río arriba hasta su puente, lo que les daba prácticamente dos jornadas de ventaja, ya que ellos habían cruzado por el puente de piedra controlado desde la ciudad de Lérida. Sin embargo, al lograr cruzar César por el vado situado a menos de 5 Km de Lérida, todas las expectativas de los pompeyanos se vienen abajo.

63 Petreyo y Afranio pensaban ya que debían apresurar aún
más su marcha. Así pues, dejan dos cohortes auxiliares para
guarnición de Lérida, pasan todas las tropas al otro lado del
Segre y establecen contacto con las dos legiones que habían
2 pasado el río días antes. No le quedaba a César más recurso
que molestar y hostigar con la caballería a la columna ene-
miga. Pues su puente requería un gran rodeo, de manera que
los enemigos podían llegar al Ebro por un camino mucho
3 más corto. Los jinetes enviados por César cruzan el río y,
aunque Petreyo y Afranio habían levantado el campamento
después de media noche, aparecen de repente sobre su reta-
guardia y, extendiéndose ampliamente, empiezan a retardar
e impedir la marcha.

64 Al amanecer[212], se veía desde las alturas inmediatas al
campamento de César[213] que las últimas tropas de la colum-
na enemiga eran acosadas insistentemente por el ataque de
nuestra caballería, algunas veces la retaguardia se detenía y
suspendía la marcha toda la columna, otras veces atacaban
y los nuestros eran rechazados por el ímpetu en masa de las
cohortes; después, cuando otra vez habían iniciado la mar-
2 cha, nuevamente los nuestros les perseguían. En el campa-
mento de César los soldados hacían grupos en todas partes y
se dolían de que el enemigo se les escapara de las manos
y de que la guerra se prolongara sin necesidad; van al en-
cuentro de los centuriones y tribunos militares y les suplican
que informen a César de que no trate de evitarles trabajo ni
peligro alguno; que estaban dispuestos, podían y tenían áni-
mo para pasar el río por donde lo había pasado la caballería.
3 Estimulado César por estas manifestaciones de valor, aun-
que temía exponer el ejército a un río de tal magnitud, juz-

---

212 Del 26 de julio.

213 Seguramente en las colinas del Malpas.

ga, sin embargo, que es preciso intentarlo y hacer una prue-
ba. En consecuencia, ordena seleccionar a los soldados más 4
débiles de todas las centurias, cuyos ánimos o vigor pare-
cían incapaces de este esfuerzo. Los dejó, con una legión de 5
guarnición en el campamento; saca las demás legiones sin
bagaje, coloca gran número de bestias de carga, curso arriba
y curso abajo del río[214], y pasa el ejército. Algunos solda- 6
dos, arrastrados por la corriente, son recogidos y ayudados
por la caballería; pero ninguno muere. Pasado el ejército sin
ninguna pérdida, César ordena sus tropas y empieza a avan-
zar en formación de batalla en tres líneas. Y fue tanto el 7
afán de los soldados que, a pesar de haber dado un rodeo
que prolongaba el camino en seis millas y de la gran pérdida
de tiempo producida por el paso del río, alcanzaron antes de
la hora novena[215] a los que habían salido después de la me-
dia noche.

Cuando Petreyo y Afranio los vieron a lo lejos y los re- 65
conocieron, asustados por la sorpresa, se detuvieron en un
lugar elevado y formaron la línea de combate. César da des- 2
canso al ejército en la llanura, para que no vaya cansado al
combate. Pero cuando nuevamente los enemigos intentan
avanzar los persigue y retarda su marcha. Petreyo y Afranio 3
se ven obligados a poner el campamento antes de lo que
habían decidido[216]. Pues había cerca unos montes y a cinco
mil pasos[217] de allí empezaban caminos estrechos y difíci-
les. Deseaban penetrar en estos montes para evitar la caba- 4
llería de César, colocar guarniciones en los desfiladeros,

[214] Unas para cortar la corriente y las otras para formar una barrera que recogiera a los arrastrados por la fuerza de las aguas.

[215] Antes de las dos y media. Seis millas equivalen a unos 9 Km.

[216] Instalan el campamento en la Serra Grossa, a unos 7 Km al norte de Maials, en las ruinas de Adar.

[217] A unos 7 u 8 Km.

impedir el paso a nuestro ejército y llevar sus tropas al otro
5 lado del Ebro, sin peligro ni temor. Debieron haberlo intentado y llevado a cabo por todos los medios; pero, cansados por la lucha de todo el día y por la fatiga del camino, lo aplazaron para el día siguiente. También César pone su campamento en una colina próxima.

66 Hacia media noche[218] son apresados por nuestros jinetes unos soldados enemigos que se habían alejado de su campamento para hacer provisión de agua; por ellos se informa César de que los jefes enemigos están sacando en silencio sus tropas del campamento. Al saberlo, César ordena dar la señal de marcha con las trompetas y que se den las voces
2 para recoger el bagaje al modo militar. El enemigo, al oír este clamor, temiendo verse obligado a entablar combate durante la noche y bajo el peso del equipaje o ser sorprendido en los desfiladeros por la caballería de César, suspende la
3 marcha y retiene las tropas en el campamento. Al día siguiente[219] sale Petreyo ocultamente con algunos jinetes para explorar los lugares. Igualmente desde el campamento de César es enviado Lucio Decidio Saxa[220] con un grupo para
4 examinar la naturaleza del terreno. Ambos vuelven con las mismas noticias: los cinco mil pasos primeros[221] eran de terreno llano; desde allí empezaban lugares escarpados y montañosos; el que primero ocupara estos desfiladeros impediría fácilmente el paso al enemigo.

[218] Del 26 al 27 de julio.

[219] El 27 de julio.

[220] Lucio Decidio Saxa era un celtíbero que logró por sus méritos militares que César le concediera el derecho de ciudadanía, lo que le permitió alcanzar la dignidad senatorial y el tribunado de la plebe en el año 44.

[221] Unos 7'5 Km.

En consejo de guerra se delibera por parte de Petreyo y 67
Afranio la fijación de la hora conveniente para emprender la marcha. Proponían muchos que se hiciera el camino de noche, porque se podía llegar a los desfiladeros antes de que el enemigo lo advirtiera. Otros apoyaban su opinión de que no 2
era posible salir ocultamente en el hecho de que la noche anterior se había dado la señal de marcha en el campamento de César. Decían que por la noche se desplegaba la caballe- 3
ría de César y que amenazaba todos los lugares y caminos; además debían evitarse los combates de noche, porque en una guerra civil el soldado atemorizado suele obrar más por su temor que por el juramento prestado. Pero la luz del día 4
por sí misma produce gran pudor al encontrarse delante de todos y también produce mucha vergüenza la presencia de los tribunos militares y centuriones; todo esto suele sujetar a los soldados y mantenerlos en el cumplimiento de su deber. Por lo cual es preciso por todos los medios salir de día; aun- 5
que se sufra alguna pérdida, sin embargo, la mayor parte del ejército puede llegar sin daño al lugar propuesto. Prevalece 6
en el consejo esta opinión y deciden emprender la marcha al amanecer del día siguiente[222].

César, conocido ya el terreno, al amanecer saca todas 68
sus tropas del campamento y, sin ninguna dirección determinada, conduce su ejército dando un gran rodeo. Pues los caminos que conducían al Ebro y Otobesa estaban ocupados por tener los enemigos colocado allí el campamento. Tenía 2
que atravesar valles profundos y de difícil paso, en muchos lugares impedían el camino rocas escarpadas, hasta el punto de que era preciso pasarse las armas de mano en mano y que

[222] El 28 de julio.

los soldados hicieran la mayor parte del camino sin armas y
3 ayudados unos por otros. Pero nadie rehusaba este trabajo
porque creían que constituiría el fin de todas sus fatigas si
podían impedir al enemigo la llegada al Ebro y cortarle el
abastecimiento.

69 Al principio los soldados de Afranio salían contentos del
campamento para verlos y acompañaban a los nuestros con
palabras afrentosas diciendo que, obligados por la falta del
alimento necesario, huían y se volvían a Lérida. En efecto,
la ruta era distinta de la propuesta, parecía que se caminaba
2 en dirección opuesta. Ciertamente sus jefes se alababan de
haber tomado la decisión de mantenerse en el campamento;
contribuía mucho a fortalecer su creencia el hecho de que
veían que se había iniciado la marcha sin bestias de carga ni
bagaje, de manera que se ratificaban en que no se podía sos-
3 tener más tiempo la escasez. Pero cuando vieron que la co-
lumna torcía lentamente hacia la derecha y advirtieron que
ya los primeros habían rebasado la línea de su campamento,
no hubo nadie tan tardo ni perezoso que no estimara preciso
4 salir inmediatamente del campamento e ir a su encuentro. Se
da la voz de tomar las armas y, dejando unas cohortes de
guarnición en el campamento, salen todas las tropas y se di-
rigen al Ebro en línea recta.

70 La decisión de la lucha estaba colocada en la rapidez pa-
ra ser los primeros en ocupar los desfiladeros y montes; las
dificultades del camino retardaban la marcha del ejército de
César, pero la caballería de éste, persiguiéndolas, detenía a
2 las tropas de Afranio. Sin embargo, los afranianos se habían
puesto fatalmente en esta situación: si eran los primeros en
ocupar los montes a donde se dirigían, ciertamente evitaban
el peligro, pero no podían salvar el bagaje de todo el ejército
ni las cohortes dejadas en el campamento, que, aisladas por
el ejército de César, no podían en modo alguno recibir auxi-

lio. César llega el primero y, encontrando a la salida de gran- 3
des rocas una llanura[223], forma en ella su línea de combate
cara al enemigo. Afranio, al ver su retaguardia acosada por
la caballería y al enemigo ante su vanguardia, alcanza una
colina y allí se detiene. Desde allí envía cuatro cohortes de 4
rodeleros a un monte altísimo[224] que era visible por todos.
Les ordena que lo ocupen lanzándose a la carrera con el
propósito de dirigirse él mismo allí con todas las tropas y,
cambiando el itinerario, llegar a Otobesa por las cumbres[225].
Cuando se dirigían allí, por camino oblicuo, les vio la caba- 5
llería de César y los atacó; los rodeleros no pudieron soste-
ner ni un momento el impulso de los jinetes y, rodeados por
ellos, fueron muertos todos a la vista de ambos ejércitos.

Era la ocasión de alcanzar la victoria. En efecto, César 71
veía claramente que el ejército, aterrorizado por haber sufri-
do a su vista tan grave daño, no podría resistir, especialmen-
te al ser rodeado por todas partes por la caballería y enta-
blándose combate en un lugar llano y en campo abierto; por
todas partes los soldados le pedían que atacara. Iban a él los 2
legados, centuriones, tribunos militares a pedirle que no du-
dara en entablar combate; que el ánimo de todos los solda-
dos estaba muy dispuesto; por el contrario, los afranianos 3
habían dado muchas muestras de su temor: no habían soco-
rrido a los suyos, no abandonaban la colina, apenas hacían
frente a las incursiones de nuestra caballería y, agrupando
todas las enseñas en el mismo lugar, estaban apiñados y no
guardaban sus formaciones ni sus puestos. Que si temía la 4
desventaja del lugar, encontraría posibilidad de combatir en

[223] La llanura que se extiende al sudoeste de Maials.

[224] El Montmeneu.

[225] Efectivamente, desde el Montmeneu la sierra de Campells forma una meseta estrecha y serpenteante, pero perfectamente practicable hasta llegar al Ebro.

algún otro terreno, porque inevitablemente Afranio tendría
que abandonar aquel punto, pues no podría estar sin agua.

72 César había concebido la esperanza de terminar la gue-
rra sin combate y sin daño para sus tropas, puesto que había
2 cortado a los enemigos el abastecimiento; ¿por qué, enton-
ces, iba a perder a algunos de los suyos, aun en un combate
victorioso? ¿por qué iba a permitir que fuesen heridos sol-
dados a los que debía agradecimiento? ¿por qué, finalmente,
iba a tentar a la fortuna?, sobre todo cuando no es menos
propio de un general vencer por habilidad que por las armas.
3 Le inducía también la conmiseración por los ciudadanos que
habrían de morir; prefería obtener la victoria dejándolos sa-
4 nos y salvos. La mayoría desaprobaba esta decisión de Cé-
sar; incluso los soldados hablaban abiertamente entre ellos
diciendo que, puesto que se dejaba escapar tal ocasión de
conseguir la victoria, ellos no lucharían cuando César lo or-
denase. Pero él persevera en su opinión y se retira un poco
5 de aquel lugar para aminorar el temor de los enemigos. Pe-
treyo y Afranio aprovechan esta ocasión y se vuelven al
campamento. César coloca puestos en los montes, impide
todo paso hacia el Ebro y establece su campamento lo más
cerca posible del campamento enemigo.

73 Al día siguiente[226] los jefes enemigos, que se encontra-
ban confusos por haber perdido toda esperanza de abaste-
cerse de trigo y de alcanzar el río Ebro, deliberaban sobre la
2 decisión que debían tomar. Si querían volver a Lérida tenían
un camino; otro, si se dirigían a Tarragona. Mientras delibe-
raban les anuncian que nuestra caballería atacaba a los que
3 hacían provisión de agua. Al tener conocimiento de ello co-
locan a pequeños intervalos puestos de caballería y de co-
hortes auxiliares entre los cuales intercalan cohortes legio-
narias y empiezan a construir una trinchera desde el cam-

[226] El 29 de julio.

pamento hasta el agua, a fin de poder abastecerse de ella sin
temor, al abrigo de una fortificación y sin necesidad de es-
tablecer puestos. Petreyo y Afranio se reparten esta obra y 4
para llevarla a cabo se alejan del campamento

A su marcha, aprovechan los soldados la posibilidad de 74
hablar libremente, salen en masa y cada uno busca y llama
al conocido o paisano que se encontraba en el campamento
de César. En primer lugar, dan todos las gracias porque el 2
día anterior les habían perdonado la vida cuando estaban
aterrorizados; por consiguiente vivían por su beneficio. Des-
pués se informan del respeto de su general a la palabra em-
peñada y si harían bien entregándose a él; se lamentan de no
haberlo hecho al principio y de haber combatido con amigos
y parientes. Animados con estas conversaciones, piden la 3
garantía del general sobre la vida de Petreyo y Afranio, para
que no pareciera que habían concebido un crimen y traicio-
nado a los suyos. Al recibir esta garantía, aseguran que pa-
sarán al momento sus enseñas y envían a César, como lega-
dos para tratar de la paz, a los centuriones de más categoría.
Entre tanto, unos llevan a sus amigos al campamento para 4
invitarlos y otros son llevados al campamento de César por
sus amigos, de manera que ya parecía que de los dos cam-
pamentos se había hecho uno solo; muchos tribunos milita-
res y centuriones vienen a César y se encomiendan a él; lo 5
mismo hacen los príncipes hispanos a quienes Petreyo y
Afranio habían llamado y tenían consigo en el campamento
como rehenes. Cada uno de estos buscaba al conocido o
huésped por cuyo medio pudiera llegar a César. Incluso el 6
hijo adolescente de Afranio trataba con César sobre su vida
y la de su padre por medio del legado Sulpicio[227]. Todo era 7

[227] Publio Sulpicio Rufo, legado de César en la guerra de las Galias (*BG* IV 22, 6; VII 90, 7), continuaba contando con la confianza de César. Era el comandante de la VIII legión.

alegría y agradecimiento por parte de los que habían evitado
tan gran peligro y de los que creían haber dado fin a tan
gran empresa, sin ningún daño; a juicio de todos, César con-
seguía un gran fruto de su anterior moderación y todos apro-
baban su decisión.

75 Al enterarse Afranio de lo que sucedía, deja la obra em-
pezada y vuelve al campamento, preparado, según parecía, a
soportar con ecuanimidad y paciencia cualquier desgracia
2 que sucediera. Pero Petreyo no se desanima. Arma a sus es-
clavos; con ellos y con la cohorte pretoria de soldados ar-
mados con rodela y con unos pocos jinetes bárbaros, favore-
cidos por él, a los que solía llevar como escolta, se presenta
de improviso en la trinchera, corta las conversaciones de los
soldados, expulsa a los nuestros del campamento y mata a
3 los que coge. Los demás, aterrorizados por el peligro repen-
tino, se agrupan, envuelven el brazo izquierdo con el man-
to[228], empuñan las espadas y de este modo se defienden de
los rodeleros y de los jinetes, confiados en la proximidad del
campamento a donde se retiran siendo protegidos por las
cohortes que estaban de guardia en las puertas.

76 Después de esto, Petreyo recorre llorando los manípulos,
llama a los soldados y les conjura a que no pongan en ma-
nos del enemigo para la muerte, ni a él mismo, ni a Pompe-
2 yo, su general ausente. Rápidamente se forma una aglome-
ración en el pretorio[229]. Pide que todos juren no abandonar
ni traicionar al ejército ni a los jefes, ni tomar ninguna deci-
3 sión aparte de los demás. Él mismo jura el primero esta
fórmula; obliga a Afranio a hacer el mismo juramento; si-
guen los tribunos militares y centuriones; los soldados, avan-

[228] Para suplir el escudo que habían dejado en su campamento.

[229] El pretorio era en sentido estricto la tienda del comandante en jefe del cuerpo de ejército. Por extensión, se denominaba también así la plaza que se trazaba delante del mismo para la celebración de las asambleas.

zando por centurias, juran lo mismo. Se da la orden de que 4
quien tenga consigo un soldado de César lo entregue; matan
en el pretorio a la vista de todos a los soldados entregados.
Pero muchos ocultan a los que habían recibido y de noche
les dejan salir por la trinchera. Así, el terror suscitado por 5
los jefes, la crueldad del castigo y la renovación del jura-
mento, disiparon por el momento la esperanza de entrega,
cambiaron el pensamiento de los soldados y restablecieron
la anterior situación de la guerra.

César ordena buscar con gran diligencia y dejar en liber- 77
tad a los soldados enemigos que habían ido a su campamen-
to durante las conversaciones. Pero se quedaron con él 2
voluntariamente algunos de los tributos militares y centu-
riones, a quienes después tuvo en gran estimación; devolvió
a los centuriones sus anteriores grados y a los caballeros
romanos la dignidad de tribunos[230].

Se encontraban los afranianos agobiados por la falta de 78
forraje y se proveían de agua con dificultad. Los legionarios
tenían alguna cantidad de trigo, porque se les había ordena-
do sacar de Lérida trigo para ocho días, pero los soldados
armados de rodela y las tropas auxiliares carecían de él,
pues sus recursos eran escasos para adquirirlo y sus cuerpos
estaban desacostumbrados a llevar peso[231]. Así pues, dia- 2
riamente pasaba al campo de César un gran número de ellos.
Tal era la gravedad de la situación. Pero de los dos proyec-
tos propuestos parecía más practicable regresar a Lérida,
porque allí habían dejado algo de trigo. Confiaban en pla-

[230] En la época de César la mayoría de tribunos militares eran caballeros. Cf. nota 92.

[231] En el ejército romano eran los propios soldados quienes con su paga debían adquirir las provisiones de boca. Por otro lado, sólo los legionarios estaban entrenados para llevar un equipaje cuyo peso en ocasiones podía rondar los 50 Kg.

3 near allí el futuro. Tarragona estaba más lejos y compren-
dían que en este camino podrían sufrir muchos daños. Apro-
4 bado este proyecto, salen del campamento. César envía de-
lante la caballería para hostigar la retaguardia y retrasar su
marcha y sigue él mismo con las legiones. No pasaba un
instante sin que las últimas filas enemigas combatieran con
nuestra caballería.

79 El modo de combatir era éste. Cerraban la columna co-
hortes ligeras y muchas de ellas hacían frente en los lugares
2 llanos. Si había que subir un monte, la misma naturaleza del
lugar evitaba fácilmente el peligro, pues los que iban delante
3 protegían desde la altura a los que ascendían; pero cuando
se presentaba un valle o un lugar cuesta abajo y los que pre-
cedían no podían ayudar a los rezagados y, además, nuestra
caballería arrojaba sus dardos desde posición ventajosa con-
tra el enemigo que estaba de espaldas, entonces la situación
4 era muy grave. Sólo quedaba el recurso, cuando se aproxi-
maban a tales lugares, de ordenar detenerse a las legiones y
rechazar con gran ímpetu a la caballería y, una vez rechaza-
da ésta, de repente descender todos al valle a la carrera y
habiéndolo pasado de este modo, detenerse de nuevo en las
5 alturas. Pues lejos de recibir ayuda de su caballería, de la
que disponían en gran cantidad, a ésta, atemorizada por los
combates anteriores, la recogían y protegían en medio de la
columna: ninguno de ellos podía apartarse de la formación
sin ser alcanzado por la caballería de César.

80 Luchando así se avanza lenta y paulatinamente, hay que
detenerse a menudo para auxiliar a los compañeros, como
2 sucedió entonces. En efecto, después de avanzar cuatro mil
pasos[232] duramente hostigados por nuestra caballería, ocupan

[232] Unos 6 Km.

un monte elevado[233] y en él fortifican el campamento en un
solo frente cara al enemigo y no descargan los jumentos.
Cuando advirtieron que estaba establecido el campamento 3
de César, montadas las tiendas y que los jinetes habían sido
enviados a forrajear, se pusieron en marcha de improviso
hacia la hora sexta[234] de aquel día y emprendieron el camino
con la esperanza de que se demorara su persecución por la
ausencia de nuestros jinetes. César, al observarlo, les sigue 4
con las legiones ya descansadas y deja pocas cohortes para
guarnición del bagaje; ordena a éstas que le sigan a la hora
décima[235] y que se llame a los forrajeadores y jinetes. Rápi-
damente la caballería vuelve a su cotidiana función durante
la marcha. Se lucha duramente en la retaguardia hasta el 5
punto de que casi emprenden la huida los enemigos; muchos
soldados e incluso algunos centuriones son muertos. La co-
lumna de César estaba muy cerca y amenazaba con la totali-
dad de sus tropas.

Entonces no hallando posibilidad de explorar un lugar 81
favorable para campamento ni de avanzar, se ven obligados
a detenerse y colocan el campamento en un lugar alejado del
agua y poco conveniente[236]. Pero César, por las mismas ra- 2
zones que se han indicado antes[237], no les ataca y no permite
colocar las tiendas aquel día[238] a fin de que todos estuviesen

[233] Seguramente la Serra Grossa.

[234] Entre las 11 y las 12 del mediodía.

[235] Entre las 4 y la 5 de la tarde.

[236] Tradicionalmente, a partir de Stoffel, se ubica este emplazamiento entre los valles de Utxesa y Burgebut. Evidentemente, la configuración del terreno ha cambiado sustancialmente por la presencia de embalses de manera que ilustra poco sobre cómo debía ser exactamente la realidad. Sin embargo, extraña que pueda ser ésta la situación en este momento por la cercanía del Segre, que ni se encontraba lejos ni tenía difícil acceso.

[237] Cf. 72, 1-3.

[238] El 29 de julio.

más preparados para perseguir al enemigo, bien emprendie-
3 ra la marcha de noche bien de día. Ellos, al advertir el defecto de su campamento, durante toda la noche adelantan las fortificaciones y cambian el emplazamiento del campamento. Esto mismo hacen al día siguiente[239] desde el amanecer,
4 y emplean en ello todo el día. Pero cuanto más adelantaban en sus obras y llevaban más adelante el campamento, tanto más se alejaban del agua y remediaban el presente mal con
5 otros males. Durante la primera noche nadie sale del campamento para hacer provisión de agua; al día siguiente dejan una guarnición en el campamento y sacan todas las tropas para hacer provisión de ella, pero nadie es enviado a forra-
6 jear. César prefería que sufrieran estos males y se vieran obligados a entregarse antes que presentarles batalla. Intenta, sin embargo, cercarlos con una estacada y un foso para evitar todo lo posible sus repentinas salidas, recurso al que
7 juzgaba que habían de acudir necesariamente. Los enemigos, obligados por la escasez de forraje y a fin de estar más libres para la marcha, ordenan dar muerte a todas las bestias de carga.

82 En estos trabajos y proyectos se emplean dos días; al tercero[240] gran parte de la obra de César había salido adelante. Ellos, para impedir su continuación, dan la señal hacia la hora novena[241], sacan las legiones y forman la línea de com-
2 bate junto al campamento. César retira a sus legiones de las obras de fortificación, ordena reunir toda la caballería y forma la línea de combate; pues le causaba gran desprestigio parecer que había evitado el combate contra la opinión de
3 sus soldados y de todos. Pero las mismas causas ya conoci-

[239] El 30 de julio.
[240] El 1 de agosto.
[241] Entre las dos y las tres de la tarde.

das[242] le movían a no querer combatir; y tanto más cuanto que, incluso puestos en fuga los enemigos, la poca extensión del terreno no podía ayudar mucho a una victoria decisiva.
En efecto, la distancia entre los dos campamentos no era de 4
más de dos mil pies[243]; las dos formaciones ocupaban dos terceras partes de este terreno; la otra quedaba libre para la
acometida y choque de las tropas. Si se entablaba combate, 5
la proximidad del campamento daba a los vencidos una rápida retirada en su huida. Por esta razón había determinado resistir si le atacaban, pero no iniciar el combate.

La formación de Afranio compuesta de cinco legiones 83
estaba dividida en dos líneas; las cohortes auxiliares en re-
serva ocupaban la tercera línea; la formación de César era 2
de tres líneas; constituían la primera cuatro cohortes de cada una de las cinco legiones; a éstas seguían tres en la segunda línea y otras tres en la tercera, pertenecientes a cada una de las legiones[244]; los arqueros y honderos se encontraban en
medio de la formación y la caballería cubría las alas. Con tal 3
formación era evidente que ambos bandos mantenían su propósito: César el de no entablar combate excepto si se veía obligado; los enemigos el de impedir las fortificaciones de César. Esta situación se prolonga y las formaciones de combate se mantienen hasta la puesta del sol; entonces unos
y otros se retiran al campamento; al día siguiente[245] César se 4
dispone a terminar las fortificaciones empezadas; ellos a
buscar un vado en el Segre, por si podían atravesarlo. Al 5
advertirlo César pasa al otro lado del río a los germanos ar-

[242] Cf. 72, 1-3.

[243] Unos 600 m.

[244] Es decir, veinte cohortes en la primera línea y quince en la segunda y en la tercera.

[245] El 2 de agosto.

mados a la ligera y parte de la caballería y coloca en las ori-
llas numerosas guarniciones.

84 Finalmente, asediados por todas partes, sin haber sacado
a forrajear durante tres días a los animales, sin agua, sin le-
ña, sin trigo, piden una entrevista, si es posible, lejos de los
2 soldados. Al rechazar César esta condición y conceder, si
quieren, una entrevista pública, le entregan como rehén al
3 hijo de Afranio. Se reúnen en el lugar designado por César.
Ante ambos ejércitos habla Afranio; dice que no se deben
indignar contra ellos ni contra los soldados porque hayan
deseado conservar la fidelidad a su general Gneo Pompeyo.
4 Pero que ya habían cumplido suficientemente su deber y
habían soportado bastantes sufrimientos; habían padecido la
carencia de todo; incluso ahora cercados casi como fieras se
les priva de agua, se les priva de movimientos, y su cuerpo
5 no puede soportar el dolor ni su ánimo la ignominia. Así
pues, se confiesan vencidos; suplican encarecidamente, si
queda algún lugar para la clemencia, no verse obligados a
llegar al último sufrimiento. Expone estas razones con la
mayor humildad y sumisión posibles.

85 A estas palabras respondió César que a nadie menos que
a Afranio convenían estas lamentaciones y peticiones de
2 clemencia. Pues todos los demás habían cumplido con su
deber; el mismo César, que no había querido entablar com-
bate incluso en condiciones ventajosas, en lugar y tiempo
favorables, con el fin de que todo estuviera lo más dispuesto
para la paz[246]; su ejército, que, a pesar de la injuria recibida
y de la muerte de los suyos, había guardado y protegido a
los que tenía en su poder; finalmente, los soldados del ejér-
cito de Afranio, que por su propia cuenta habían entablado
negociaciones de paz en las que pensaron que debían procu-

[246] Cf. 72, 1-3; 81, 2; 82, 3.

rar la salvación de todos los suyos[247]. Así, las acciones de 3
todos se habían basado en la clemencia. Únicamente los ge-
nerales habían rehuido la paz; no habían guardado las leyes
de las negociaciones, ni de las treguas, y habían dado muerte
cruelmente a hombres desprevenidos y confiados en las con-
versaciones[248]. Así, pues, les había sucedido lo que general- 4
mente suele suceder a los hombres excesivamente tercos y
arrogantes, que recurren y desean ardientemente lo que poco
antes han despreciado. Ciertamente él no pretendía ahora 5
aumentar sus propias fuerzas por verlos humillados y tener
una ocasión favorable, sino que quería que se licenciaran los
ejércitos que durante muchos años habían mantenido contra
él. Pues, en efecto, no por otra razón habían sido enviadas a 6
Hispania seis legiones y se había alistado allí la séptima, se
habían preparado tan grandes escuadras y enviado generales
expertos en la guerra. Ninguna de estas medidas se destina- 7
ba a pacificar las Hispanias ni a las necesidades de la pro-
vincia, que no requería ningún auxilio por la larga duración
de la paz. Desde hacía mucho tiempo todo esto se preparaba 8
contra él; contra él se establecían mandos de nueva crea-
ción, de modo que la misma persona dirigía la política de la
Ciudad en las puertas de Roma y tenía durante tantos años
el mando de dos provincias muy belicosas, estando ausente
de ellas[249]. Contra él se habían cambiado los derechos de 9
las magistraturas, de modo que no obtuvieran el mando de las
provincias, como siempre, los que salían de los cargos de
pretor y cónsul, sino los aprobados y elegidos por unos po-

[247] Cf. 74, 3-6.

[248] Cf. 75-76.

[249] Manifestación irónica: acaba de decir que las provincias no necesitaban ejércitos por disfrutar de un largo periodo de paz. Asimismo no tiene sentido que un general esté ausente de su provincia, si ésta está verdaderamente alzada en armas. Naturalmente, el referente es Pompeyo.

cos[250]; en su perjuicio no se admitía la exención por la edad,
puesto que generales probados en anteriores guerras eran
10 llamados al mando de los ejércitos[251]; sólo contra él no se
mantenía lo que siempre se había concedido a todos los ge-
nerales, a saber, que después de una campaña victoriosa
volvieran a Roma con algún honor o, al menos, sin ignomi-
11 nia y licenciaran su ejército. Que, sin embargo, él había so-
portado pacientemente todas estas medidas y las seguiría
soportando; y ahora no procuraba retener el ejército del que
les privaba, lo que sin embargo no le sería difícil, sino que
12 ellos no lo pudieran utilizar contra él. Por lo tanto, como ya
había dicho, que salieran de las provincias y licenciaran el
ejército; si se hacía esto, él no dañaría a nadie. Ésta era la
única y última condición de paz.

86 Esto fue muy agradable y alegre para los soldados, como
pudo advertirse por sus manifestaciones, pues, cuando espe-
raban un justo castigo, conseguían inesperadamente el pre-
2 mio de su licenciamiento. En efecto, cuando se inició la dis-
cusión sobre el lugar y tiempo para ello, todos empezaron a
manifestar con palabras y gestos, desde la trinchera donde
estaban, que se les licenciara inmediatamente y que ninguna
promesa podría garantizarles si se difería para más tarde.
3 Después de haber discutido en pocas palabras sobre una y
otra opinión, se llega a la conclusión de que los que tuvieran
domicilio o posesiones en Hispania, sean licenciados inme-

[250] Cf. nota 38. Al dejar de ser automática la adjudicación de las provincias a los cónsules y pretores salientes, no dependía de la voluntad del pueblo que era el que había escogido a los magistrados, sino que el ámbito de decisión pasaba al senado, que tenía que escoger entre los magistrados que hiciera cinco o más años que hubieran ejercido el cargo.

[251] Se hace referencia a Vibulio Rufo (cf. 84).

diatamente; los demás al llegar al río Varo[252]; César garanti- 4
za que ninguno de ellos recibirá daño ni será obligado con-
tra su voluntad a alistarse.

César promete abastecerles de trigo desde entonces has- 87
ta que lleguen al río Varo. Añade, además, que lo que cada
uno de ellos haya perdido en la guerra y esté en poder de sus
soldados, les sea restituido a quienes lo perdieron; paga a
sus soldados en dinero el valor de estas cosas después de
hacer una justa estimación. En todas las controversias que 2
tuvieron después los soldados entre sí, se sometieron espon-
táneamente al juicio de César. Las legiones, casi en rebeldía, 3
pidieron a Petreyo y Afranio su estipendio; ellos decían que
aún no había llegado el plazo; así pues se pidió que César
juzgara; y ambas partes quedaron contentas con su decisión.
Licenciada aproximadamente la tercera parte del ejército en 4
los dos días siguientes, ordenó César que dos legiones suyas
precedieran a los pompeyanos y les siguieran las restantes,
de modo que establecieran el campamento a poca distancia
unos de otros; puso al frente de esta misión al legado Quinto
Fufio Caleno[253]. Siguiendo esta orden suya se hizo la mar- 5
cha desde Hispania hasta el río Varo y allí fue licenciado el
resto del ejército.

---

[252] Llamado actualmente Var, es el río que desemboca en las inmediaciones de Niza. En este momento constituía la frontera entre la Provincia romana y la Galia Cisalpina.

[253] Quinto Fufio Caleno había sido tribuno de la plebe en el 61, pretor en el 59. Fue también legado de César en las Galias. Alcanzó el consulado en el 47.

LIBRO SEGUNDO

SINOPSIS

AÑO 49 (CONTINUACIÓN)

1-2. La situación y las defensas de Marsella. Dispositivos de Gayo Trebonio en el asedio de la ciudad.

3-7. Los marselleses animados por la llegada de una flota pompeyana se deciden a librar otro combate naval del que salen nuevamente malparados.

8-11. Los cesarianos construyen una torre y a su amparo inician labores de zapa bajo las murallas de Marsella.

12. Los marselleses, asustados, piden una tregua y se ofrecen a entregar la ciudad a la llegada de César.

13-16. Aprovechando la relajación de los cesarianos, los marselleses realizan varias salidas y destruyen e incendian parte de las obras de asedio. Reposición de éstas y continuación del asedio.

17-18. Disposiciones de Varrón en la Hispania Ulterior ante la temida llegada de César.

19-21. César convoca en Córdoba a los representantes de la provincia. Las continuas defecciones obligan a Varrón a renunciar a todo intento de defensa y a entregar la provincia. César pone orden en la provincia y marcha con la flota de Varrón rumbo a Marsella.

22. Rendición de Marsella.
23-26. Curión, enviado por César, desembarca en África procedente de Sicilia. Decidido a tomar Útica, obtiene algunas victorias.
27-32. Acampado junto a Útica, se producen deserciones en su ejército. Curión reúne a su consejo y arenga a los soldados.
33-35. Conseguida la adhesión de sus tropas, un conato de combate se salda con una escaramuza de nuevo favorable a Curión.
36-42. Curión pone cerco a Útica, pero se ve obligado a levantarlo ante las noticias de la llegada del rey Juba. Llegadas falsas noticias de la retirada del rey, Curión realiza con éxito una incursión nocturna contra la avanzadilla de las tropas reales. Creyendo que eran el grueso del ejército se empeña en perseguirlas; pero el cansancio de su ejército y la llegada del resto del ejército de Juba lo llevan a una derrota sin paliativos, por lo que opta por el suicidio.
43-44. Huida y reembarque de los restos del ejército. Crueldad de Juba.

Mientras sucede esto en Hispania[1], el legado Gayo Tre- 1
bonio, a quien César había dejado para dirigir el sitio de
Marsella[2], decide estrechar el cerco de la ciudad por dos
partes con un terraplén, manteletes y torres. Una de ellas es- 2
taba próxima al puerto y a los astilleros, la otra junto a la
puerta por donde se entra, viniendo de la Galia e Hispania,
por la parte del mar próxima a la desembocadura del Ródano.
Pues Marsella está bañada por el mar casi por tres partes; a 3
la otra cuarta parte se tiene acceso desde tierra. Además, la
parte de este espacio próxima a la ciudadela, defendida por
su posición natural y un profundo valle, exige un cerco lar-
go y difícil. Para llevar a cabo estos trabajos, Trebonio reú- 4
ne de toda la provincia gran cantidad de animales y hom-
bres; ordena transportar mimbres y madera. Preparado todo
esto, construye un terraplén de ochenta pies de altura[3].

Pero había en la ciudad desde hacía mucho tiempo tan- **2**
tos preparativos de todas clases para la guerra y tanta canti-
dad de máquinas, que ningún género de manteletes de mim-
bre podía resistir su potencia. Pues vigas de doce pies de 2
longitud[4] provistas de hierro en su punta y arrojadas por

---

[1] Los acontecimientos que se narran en la primera parte del libro II son simultáneos con los acaecidos en Lérida. La acción retoma la situación del asedio de Marsella tal como la habíamos dejado en I 58.

[2] Cf. I 36, 5.

[3] Unos 24 m.

[4] Unos 3'5 m.

grandes ballestas se clavaban en tierra después de haber
3 atravesado cuatro capas de zarzos. Así pues, uniendo made-
ros de un pie de espesor[5], se construían galerías y por allí
4 pasaban el material de mano en mano. Les precedía para
allanar el lugar una tortuga[6] de sesenta pies[7] hecha igual-
mente de maderos fortísimos y recubierta con todo lo que
pudiera dejar sin efecto los proyectiles incendiarios y las
5 piedras[8]. Pero la magnitud de las obras, la altura del muro y
de las torres y la cantidad de máquinas de guerra de que dis-
6 ponía el enemigo retardaban la ejecución del trabajo. Ade-
más, valiéndose de los albicos, hacían frecuentes salidas de
la ciudad y arrojaban fuego en el terraplén y las torres; fá-
cilmente los nuestros rechazaban estos ataques y además
hacían volver a la ciudad con grandes daños a los que ha-
bían hecho la salida.

3 Entretanto, enviado por Gneo Pompeyo con una escua-
dra de dieciséis naves, entre las que pocas tenían las proas
de bronce, en auxilio de Lucio Domicio y de los marselle-
ses, Lucio Nasidio[9] pasa por el estrecho de Sicilia, sin ad-
2 vertirlo ni sospecharlo Curión[10], y llega a Mesina; a causa
del repentino terror, los jefes y el senado[11] huyen de allí y
3 Nasidio se apodera de una nave del arsenal. Unida ésta a las
demás, continúa rumbo a Marsella, envía ocultamente una

[5] Unos 30 cm.

[6] Se trata de una galería móvil y cubierta para facilitar el trabajo de los zapadores, pero de mayor tamaño que los manteletes. No debe confundirse con la formación defensiva que adoptan las unidades legionarias sobreponiendo los escudos sobre las cabezas y que recibe el mismo nombre.

[7] Unos 18 m de longitud.

[8] Normalmente se recubrían de arcilla, pieles y sacos mojados.

[9] Carecemos de otras informaciones sobre este comandante pompeyano.

[10] Cf. I 30-31.

[11] Hay que entender que se trata del senado de la ciudad.

navecilla e informa de su llegada a Domicio y a los marse-
lleses y les exhorta vivamente a que entablen de nuevo
combate contra la escuadra de Bruto contando con los re-
fuerzos que él lleva.

Los marselleses, después de la anterior derrota[12], habían 4
sacado del arsenal y reparado un número de naves viejas
igual al que habían perdido; las habían pertrechado con gran
diligencia (disponían de gran cantidad de remeros y pilotos);
además de éstas, habían incorporado naves de pesca prote- 2
gidas de modo que los remeros estuvieran al resguardo de
los dardos; las llenaron de arqueros y máquinas de guerra.
Equipada la escuadra de este modo y animados por el llanto 3
y los ruegos de los ancianos, las madres de familia y las jó-
venes a que socorrieran a la ciudad en una situación tan crí-
tica, embarcan en las naves con no menos ánimo y esperan-
za que en el anterior combate. Pues sucede por defecto 4
común de la naturaleza humana que tengamos más confian-
za y también sintamos más terror ante las situaciones im-
previstas y desconocidas, como entonces sucedió. En efecto,
la llegada de Lucio Nasidio había producido en todos los
ciudadanos una gran esperanza y deseo de combatir. Apro- 5
vechando un viento favorable salen del puerto y se unen a
Nasidio en Tauroenta[13], fuerte de los marselleses; allí orde-
nan sus naves, y de nuevo se animan a combatir y se parti-
cipan sus proyectos de combate. Se asigna el ala derecha a
los marselleses; la izquierda, a Nasidio.

Al mismo punto se dirige Bruto, aumentado el número 5
de sus naves. Pues a las construidas por orden de César en
Arles[14] había añadido seis capturadas a los marselleses, que
en los días anteriores había reparado y provisto de todo lo

[12] Cf. I 58.

[13] Se ha identificado con Le Brusq y con Tarente.

[14] Cf. I 36, 4.

2 necesario. Así pues, lleno de confianza y decisión se dirige contra los adversarios, después de exhortar a los suyos a que desprecien como vencido a un enemigo al que habían derro-
3 tado cuando aún no había sufrido pérdida. Desde el campamento de Trebonio y desde todos los lugares elevados era fácil observar la ciudad y ver cómo toda la juventud que había quedado en ella y todos los de edad más avanzada, acompañados de sus hijos y esposas, tendían las manos al cielo en los lugares públicos, en los puestos de guardia o desde la muralla, o bien iban a los templos de los dioses inmortales y postrados ante sus imágenes les suplicaban la
4 victoria. No había ninguno que no juzgara que de la suerte
5 de aquel día dependía el futuro de la fortuna de todos, pues los jóvenes más nobles y las personas más importantes sin distinción de edad habían sido llamados nominalmente y se les había rogado que embarcaran, de modo que si sucedía alguna desgracia veían que no les quedaba posibilidad ni siquiera de hacer una nueva tentativa; si vencían, confiaban en salvar la ciudad, bien con sus propios recursos bien con ayuda exterior.

6 Entablado el combate[15], los marselleses desplegaron todo su valor, pues teniendo presentes las exhortaciones que poco antes habían escuchado a los suyos, peleaban con tal ánimo que parecía que no tendrían otra ocasión para luchar y creían que los que caían en la batalla no se adelantaban mucho al destino de los demás ciudadanos que habrían de
2 sufrir la misma suerte una vez tomada la ciudad. Al separarse poco a poco nuestras naves unas de otras, se daba la posibilidad de que el enemigo usara la habilidad de sus pilotos y la movilidad de sus naves, y, si alguna vez los nuestros encontraban la ocasión de sujetar una nave con los garfios,

[15] Posiblemente el 31 de julio.

por todas partes socorrían a los suyos que estaban en peligro. Mezclados con los albicos combatían bien cuerpo a 3 cuerpo y no eran muy inferiores a los nuestros en valor. Al mismo tiempo, lanzando a distancia desde naves pequeñas gran cantidad de dardos, causaban muchas heridas a los nuestros, sorprendidos e impedidos para defenderse. Ha- 4 biendo visto dos trirremes la nave de Décimo Bruto, que se podía conocer fácilmente por la enseña, se lanzaron contra ella por las dos partes. Vista la maniobra, Bruto se empeñó tanto en acelerar la velocidad de su nave que se adelantó un poco. Lanzadas aquéllas una contra otra, chocaron tan vio- 5 lentamente que ambas quedaron maltrechas a consecuencia del encuentro e incluso una, rota la proa, se abrió completamente. Al advertirlo las naves de la escuadra de Bruto que 6 estaban próximas a aquel lugar, las atacaron sin que pudieran defenderse y hundieron ambas rápidamente.

Las naves de Nasidio no fueron de ninguna utilidad y 7 rápidamente se retiraron del combate: en efecto, ni la patria presente ni las exhortaciones de los parientes las obligaban a llegar hasta el final. Así pues, ninguna de aquellas naves se 2 perdió; de la escuadra de los marselleses cinco fueron hundidas, cuatro apresadas, una huyó con las de Nasidio; todas éstas se dirigieron a la Hispania Citerior. Enviada a Marsella 3 una de las restantes para llevar esta noticia, al aproximarse a la ciudad, toda la multitud se precipitó para conocer la noticia, y al conocerse se produjo tanto dolor que parecía que la ciudad había sido tomada por el enemigo en aquel mismo momento. Sin embargo, los marselleses no dejaron de hacer 4 los demás preparativos para la defensa de la ciudad.

Los soldados legionarios, que trabajaban en el lado de- 8 recho de la fortificación, advirtieron, a causa de las frecuentes salidas del enemigo, que podía servirles de gran defensa si construían junto al muro una torre de ladrillo a modo de

fuerte y refugio. Primeramente la hicieron pequeña y baja
2 contra los ataques repentinos. Allí se refugiaban; desde allí
se defendían si les atacaban fuerzas mayores; desde allí partían para rechazar y perseguir al enemigo. Esta torre tenía treinta pies de lado, pero el espesor de las paredes era de
3 cinco pies[16]. Después, como la experiencia es maestra de todas las cosas, añadida además la inteligencia humana, se descubrió que podía ser de gran utilidad si la torre se hacía más elevada. Se hizo de este modo.

9 Cuando la altura de la torre llegó al entablado, encajaron a éste en las paredes, de manera que la parte exterior de éstas cubriera los extremos de las vigas para que no sobresaliera
2 nada donde pudiese prender el fuego enemigo. Por encima de este maderamen siguieron construyendo en ladrillo hasta donde lo permitió la protección del parapeto móvil y de los manteletes, y al llegar a esta altura, colocaron dos vigas de muro a muro cerca de la superficie exterior, para colocar sobre ellas el maderamen que serviría de techo a la torre; sobre estas dos vigas y transversalmente a ellas, colocaron
3 viguetas de muro a muro y las sujetaron con tablas. Hicieron estas viguetas un poco más largas, de modo que sobresalieran de la superficie exterior de las paredes de la torre, a fin de poder colgar de ellas las cortinas de protección que evitaran y rechazaran los proyectiles, mientras edificaban las pa-
4 redes bajo la protección de aquel techo; cubrieron dicho techo con ladrillos y barro para que no pudiese causar daño el fuego arrojado por el enemigo y encima pusieron colchados para que los proyectiles arrojados por máquinas no rompieran las tablas, ni las piedras lanzadas por catapultas desmo-
5 ronaran el ladrillo. Además, hicieron tres esteras de cable de

[16] Se trataba, por tanto, de una torre cuadrada de nueve metros de lado, con paredes de metro y medio de espesor.

ancla de la anchura de las paredes y de cuatro pies de altura[17] y las sujetaron alrededor de la torre, de modo que quedaran colgando de las viguetas sobresalientes por las tres partes que miraban al enemigo; éste era el único género de protección que habían experimentado en otros lugares, que no podía ser atravesado por ningún dardo, ni aun por los
lanzados por máquinas. Cuando aquella parte de la torre que 6
estaba ya terminada quedó cubierta y protegida contra toda clase de proyectiles, retiraron los manteletes a otras obras; por medio de alzaprimas empezaron a suspender y levantar, desde el primer piso, el techo de la torre independientemen-
te. Cuando lo habían levantado tanto como permitía la altura 7
de las esteras, ocultos y amparados dentro de esta protección, seguían construyendo las paredes con ladrillo y otra vez con una nueva maniobra de alzaprima se facilitaban el
espacio para seguir construyendo. Cuando parecía llegado 8
el momento de colocar otro piso, ponían como la primera vez las vigas cubiertas por la estructura exterior de las paredes y desde este nuevo piso elevaban otra vez el techo y las
esteras. Así, con seguridad y sin herida alguna ni peligro, 9
construyeron seis pisos, y, mientras edificaban, dejaron en los lugares que creyeron convenientes ventanas para arrojar proyectiles por medio de máquinas.

Cuando tuvieron la seguridad de que desde aquella torre 10
podían proteger las obras que hicieran alrededor, decidieron construir una galería de sesenta pies[18] de longitud hecha con vigas de dos pies[19] de espesor, que condujera desde la torre de ladrillo hasta el muro y torre enemigos; ésta era la forma
de la galería. Primeramente colocan en el suelo dos vigas de 2

[17] 1'2 m.

[18] Unos 18 m.

[19] Unos 60 cm.

igual longitud a cuatro pies[20] de distancia una de otra y em-
3 potran en ellas columnas de cinco pies[21] de altura. Unen és-
tas entre sí por caballetes de suave inclinación para colocar
sobre ellos los maderos destinados a proteger la galería. So-
bre los caballetes colocan vigas de dos pies[22] y las sujetan
4 con tablas y clavos. En el borde del techo de la galería y de
las vigas laterales clavan listones de cuatro dedos[23] de an-
chura para sujetar los ladrillos que se coloquen sobre la ga-
5 lería. Así construido el tejado ordenadamente y dotado de
inclinación a ambos lados, a medida que las vigas eran co-
locadas en los caballetes, cubrían la galería con ladrillos y
barro para que quedara protegida del fuego que se arrojara
6 desde el muro. Sobre los ladrillos colocan pieles para evitar
que el agua lanzada por conductos pudiera disgregar los la-
drillos. Además, para que a su vez las pieles no sean des-
truidas por el fuego y las piedras, las cubren con colchados.
7 Acaban toda esta obra junto a su propia torre bajo la protec-
ción de los manteletes y repentinamente, sin que el enemigo
lo esperara, con el procedimiento usado para las naves, co-
locando debajo rodillos, la llevan hasta la torre enemiga de
modo que quede en contacto con la construcción.

11 Amedrentados los sitiados por este peligro repentino,
aproximan con la ayuda de palancas piedras de gran tamaño
que dejan caer desde el muro y rodar sobre la galería. La
firmeza de la madera resiste el golpe, y lo que cae se desliza
2 por la pendiente del techo de la galería. Al ver esto, cambian
de propósito: prenden fuego a toneles llenos de resina y pez,
y desde el muro los dejan rodar sobre la galería. Dando
vueltas caen por ambos lados y son separados de la obra con

[20] Un metro y 20 cm, aproximadamente.

[21] 1'5 m.

[22] Unos 60 cm.

[23] Unos 7 cm.

pértigas y horcas. Mientras tanto, bajo la protección de la 3
galería, los soldados arrancan con palancas las piedras infe-
riores de la torre enemiga que formaban los cimientos. Los
nuestros, con dardos y proyectiles lanzados por máquinas,
defienden la galería desde la torre de ladrillo; obligan a reti-
rarse al enemigo del muro y de las torres; no se le da posibi-
lidad de defender el muro. Cuando ya habían sido quitadas 4
muchas piedras de la torre enemiga que estaba junto a la ga-
lería, de repente una parte de dicha torre se vino abajo, la
otra parte contigua amenazaba ruina; entonces los enemigos,
atemorizados ante la idea del saqueo de la ciudad, se lanzan
todos fuera de la puerta desarmados y con las bandas de su-
plicantes[24] y tienden las manos hacia los legados y el ejér-
cito.

Ante esta nueva situación cesan todas las operaciones de 12
guerra, y los soldados, dejando el combate, son arrastrados
por el deseo de oír y saber. Cuando los enemigos llegaron 2
hasta los legados y el ejército, se postraron todos a sus pies
y rogaron que se esperara la llegada de César. Decían que 3
ellos veían su ciudad tomada, las obras de asedio termina-
das, su torre derribada; por consiguiente, abandonaban la de-
fensa. Que no podía evitarse que la ciudad fuera saqueada al
momento si cuando llegara César no cumplían sus órdenes a
una simple señal. Hacen saber que si la torre cae completa- 4
mente, no podría evitarse que los soldados irrumpieran en la
ciudad por la esperanza del botín y la destruyeran. Pronun-
cian estas palabras y otras semejantes como hombres doc-
tos[25], excitando la clemencia y acompañadas de gran llanto.

---

[24] Cintas de lana blanca o roja con las que se cubrían la cabeza y las manos los sacerdotes y los suplicantes.

[25] Era proverbial la cultura de los marselleses, como era de suponer en una antigua colonia griega fundada en torno al 600 a. C.

13 Movidos los legados por estas razones, retiran a los sol-
dados de los trabajos empezados, abandonan el cerco y de-
2 jan guardias en las obras. Hecha una especie de tregua por
misericordia, se espera la llegada de César. No arrojan nin-
gún dardo desde el muro ni tampoco los nuestros: como si la
guerra hubiera terminado, todos disminuyen su cuidado y
3 diligencia. En efecto, César había recomendado por carta
con gran interés a Trebonio que no permitiera que la ciudad
fuera tomada al asalto para evitar que, irritados gravemente
los soldados por la defección de los marselleses, por el des-
precio de que habían sido objeto y por el continuo trabajo,
4 dieran muerte a todos los adultos como amenazaban; con di-
ficultad se pudo impedir entonces que irrumpieran en la ciu-
dad, lo que llevaron con gran disgusto, porque parecía que
dependía de Trebonio el que no se hubieran apoderado de la
ciudad.

14 Pero los enemigos, sin lealtad, buscan tiempo y ocasión
para una traición y engaño, y pasados algunos días, cuando
los nuestros estaban descuidados y con menos tensión de
ánimo, y unos se habían alejado, otros, en las mismas obras,
se entregaban al descanso del continuo trabajo, incluso to-
das las armas estaban guardadas y enfundadas, de repente,
al mediodía, se lanzan fuera de las puertas y, favorecidos
2 por un fuerte viento, prenden fuego a las obras. De tal ma-
nera lo propagó el viento, que al mismo tiempo se prendie-
ron el terraplén, los manteletes, la tortuga, la torre y las má-
quinas, y todo esto se consumió antes de que pudiera ad-
3 vertirse de qué modo había sucedido. Asustados los nuestros
por esta repentina desgracia, toman las armas que pueden y
algunos se lanzan fuera del campamento. Atacan a los ene-
migos, pero se ven impedidos de perseguirles en la huida
4 por los proyectiles arrojados desde el muro. Ellos se acogen
a la protección del muro y allí incendian impunemente la ga-

lería y la torre de ladrillo. Así acabó en un momento la obra
de muchos meses por la perfidia del enemigo y la violencia
del temporal. Al día siguiente los marselleses intentaron lo 5
mismo. Favorecidos por el mismo viento, hicieron una sali-
da con mayor confianza, lucharon junto a la otra torre y te-
rraplén y prendieron fuego en muchos lugares[26]. Pero así 6
como los nuestros en los días anteriores habían disminuido
la vigilancia cuidadosa de la época precedente, del mismo
modo, advertidos por la desgracia del día anterior, habían
preparado todo para la defensa. Así pues, habiendo dado
muerte a muchos, rechazaron a los demás al interior de la
ciudad sin que hubieran conseguido su objetivo.

Trebonio decidió, ayudado por un afán mucho mayor de 15
los soldados, organizar y reparar las obras que se habían
perdido, pues cuando vieron que sus trabajos tan grandes y
sus preparativos habían sido inútiles y que las treguas ha-
bían sido violadas por la traición, se dolieron de que su es-
fuerzo sirviera para burla, porque no había ningún lugar de
donde se pudiera llevar material, pues habían sido cortados 2
y transportados todos los árboles en los alrededores de Mar-
sella; decidieron construir un terraplén de un género nuevo
y desconocido, formado por dos muros de ladrillo de seis
pies[27] de espesor, cuyo piso tenía aproximadamente la mis-
ma altura que había tenido el terraplén de madera amonto-
nada. Cuando la separación entre los muros o la debilidad 3
del material parecían requerirlo, colocaban en medio pilas-
tras, y encima ponían vigas de lado a lado que pudieran ser-
vir de refuerzo; la parte techada se cubría con zarzos, y so-
bre los zarzos se echaba barro. Protegidos los soldados por 4
el techo, a derecha e izquierda por cada muro y de frente

[26] Tal como se indica en el cap. I 1, el ataque a Marsella se realizaba desde dos puntos diferentes.

[27] 1'8 m, más o menos.

por el mantelete, transportan sin peligro los materiales necesarios para la obra[28]. Se ejecuta ésta rápidamente; el ingenio y el valor de los soldados repara en poco tiempo el fracaso de un largo esfuerzo. En los puntos en que parece conveniente, dejan puertas en el muro para hacer salidas.

16 Cuando los enemigos vieron que con el trabajo de pocos días habían sido reparadas las obras que ellos esperaban que no podrían serlo en mucho tiempo, de tal modo que no quedaba ninguna posibilidad de traición ni de ataque, ni medio alguno de dañar a los soldados por las armas o a las obras
2 por el fuego; cuando advirtieron que por el mismo procedimiento podía ser cercada con un muro y con torres toda la ciudad por la parte que daba a tierra, de tal modo que no les fuera posible permanecer en sus fortificaciones, pues veían que las obras habían sido hechas por nuestro ejército casi junto a sus propios muros y que los dardos podían ser arro-
3 jados a mano; cuando se dieron cuenta de que la utilidad de sus máquinas de guerra, en las que habían puesto grandes esperanzas, había quedado anulada por la poca distancia, y que, puestos en iguales condiciones de lucha desde el muro y las torres, no podían igualarse a los nuestros en valor, volvieron de nuevo a las mismas condiciones de capitulación.

17 En la Hispania Ulterior Marco Varrón[29], conocidos los acontecimientos de Italia, al principio desconfiando de la situación de Pompeyo, hablaba de César muy amistosamente:
2 decía que él estaba comprometido por ser legado de Gneo Pompeyo, que estaba sujeto por el juramento, pero que su amistad con César no era menor; que él no ignoraba cuál era la obligación de un legado que desempeñaba una misión de confianza, cuáles eran sus fuerzas y cuál la disposición de áni-

[28] Hay que entender que se trata de la continuación de la obra de minado o de la construcción de una nueva torre.

[29] Cf. I 38.

mo de toda la provincia para con César. Pronunciaba estas 3
palabras en todas las conversaciones, sin inclinarse a ninguna de las dos partes. Pero después, cuando supo que César 4
estaba detenido en Marsella, que se habían unido las tropas de Petreyo con el ejército de Afranio, que habían llegado grandes refuerzos, que se esperaba y se daba por segura la llegada de otros y que toda la provincia citerior estaba de acuerdo; cuando recibió noticias de lo que había sucedido después, esto es, la escasez de víveres del ejército de César en Lérida, además de que Afranio le escribía estas noticias aumentadas y exageradas, él también empezó a moverse según la inclinación de la fortuna[30].

Hizo una leva en toda la provincia; añadió aproximada- 18
mente treinta cohortes auxiliares a dos legiones completas. Reunió gran cantidad de trigo para enviarlo a los marselleses y a Petreyo y Afranio. Ordenó a los gaditanos que construyeran diez naves de guerra, además procuró que se hicieran varias en Híspalis[31]. Llevó a la ciudad de Cádiz todo el 2
tesoro y todos los ornamentos del templo de Hércules[32]; envió allí para guarnición seis cohortes de la provincia y dio el mando de la ciudad de Cádiz a Gayo Galonio, caballero romano amigo de Domicio que había ido allí enviado por éste para administrar una herencia; hizo llevar todas las armas públicas y particulares a la casa de Galonio. Él mismo pro- 3
nunció graves arengas contra César. Con frecuencia dijo pú-

[30] Obsérvese, sin embargo, que Varrón, pese a las vacilaciones que le imputa César, había actuado en plena colaboración con Petreyo y Afranio (I 38).

[31] La actual Sevilla.

[32] Situado en la isla de Sancti Petri, a unos 20 Km al sur de Cádiz, era uno de los templos más famosos de la Antigüedad. En realidad era un templo dedicado al dios fenicio Melkaart, al que se había sobrepuesto el culto de Hércules.

blicamente desde su tribunal que César había sufrido derrotas y que gran número de sus soldados se había pasado a Afranio; que él sabía esto por mensajeros seguros, por per-
4 sonas bien informadas. Obligó a los ciudadanos romanos de esta provincia, alarmados por estas noticias, a prometerle para la administración de su gobierno dieciocho millones de sestercios, veinte mil libras[33] de plata y ciento veinte mil
5 modios[34] de trigo. Exigía mayores contribuciones a las ciudades que creía partidarias de César, colocaba en ellas guarniciones y autorizaba los juicios contra los particulares; confiscaba los bienes de los que hubieran pronunciado discursos contra la república. Obligaba a toda la provincia a ju-
6 rarle fidelidad a él y a Pompeyo. Al conocer los acontecimientos que se desarrollaron en la Hispania Citerior se preparaba militarmente. Sus planes consistían en ir con dos legiones a Cádiz y concentrar allí todo el trigo y las naves; pues sabía que toda la provincia ayudaba al partido de César. Juzgaba que no era difícil prolongar la guerra teniendo dispuesta en la isla[35] la escuadra y el abastecimiento de tri-
7 go[36]. Aunque muchas y muy importantes razones reclamaban a César en Italia, sin embargo había decidido no dejar en Hispania foco alguno de guerra porque conocía los gran-

[33] Siendo la equivalencia de la libra de 327 g, el total alcanza los 6.540 Kg de plata.

[34] Un modio equivale a unos 8'78 litros; por tanto, algo más de 1.050.000 litros.

[35] Según Schulten, el primitivo emplazamiento de Cádiz se encontraba en la isla de San Sebastián, lugar donde se produjo el asentamiento fenicio. La Cádiz romana, en el emplazamiento actual, es una fundación de Lucio Cornelio Balbo y no se remonta más allá del año 20 a. C.

[36] No sin razón se ha resaltado frecuentemente el carácter irónico con que se refiere César a estos planes de Varrón, quien en ningún caso parece que se planteara la posibilidad real de hacerle frente.

des beneficios hechos por Pompeyo y la gran clientela de
éste en la provincia citerior.

Así pues, envió dos legiones a la Hispania Ulterior con 19
el tribuno de la plebe Quinto Casio; él se adelantó con seis-
cientos jinetes a marchas forzadas y envió previamente un
edicto fijando el día en el que quería que los magistrados y
jefes de todas las ciudades se presentaran a él en Córdoba.
Divulgado este edicto en toda la provincia, no hubo ciudad 2
que no enviara en la fecha fijada parte del senado a Córdoba
ni ciudadano romano de algún renombre que no se presenta-
ra aquel día. Al mismo tiempo la corporación de Córdoba 3
cerró por sí misma las puertas a Varrón, colocó puestos y
centinelas en las torres y el muro y retuvo para defender la
ciudad dos cohortes llamadas colónicas[37] que habían ido allí
por casualidad. Por la misma fecha los habitantes de Car- 4
mona, ciudad que es con mucho la más fuerte de toda la
provincia, expulsaron por sus propios medios a tres cohortes
que Varrón había colocado de guarnición en la ciudadela y
cerraron las puertas.

Por este motivo Varrón se apresuraba más a llegar lo an- 20
tes posible a Cádiz con las legiones, temiendo que se le ce-
rrara el camino por tierra o por mar: tanta y tan firme era la
adhesión de toda la provincia a César. Cuando ya había 2
avanzado algo le entregaron una carta de Cádiz informándo-
le de que, tan pronto como se había tenido conocimiento del
edicto de César, los jefes gaditanos se habían puesto de
acuerdo con los tribunos de las cohortes que estaban allí
de guarnición para expulsar a Galonio de la ciudad y custo-
diar la ciudad y la isla para César. Que después de que ha- 3
bían tomado esta decisión, le habían comunicado a Galonio
que saliera espontáneamente de Cádiz, mientras le fuera po-

[37] Llamadas así por estar formadas por habitantes de una colonia.

sible hacerlo sin peligro; que, si no lo hacía, ellos tomarían una determinación. Inducido por este temor, Galonio había
4 salido de Cádiz. Al conocer esta noticia, una de las dos legiones, la llamada vernácula[38], abandonó el campamento de Varrón en su presencia y a su vista, se retiró a Híspalis y se
5 instaló en el foro y los pórticos sin dañar a nadie. Los ciudadanos romanos de esta corporación dieron tal aprobación a este hecho que los alojaron gustosamente en sus casas.
6 Alarmado por estos acontecimientos, Varrón, cambiando la dirección, había enviado mensajeros anunciando que iría a Itálica[39], pero fue informado de que habían sido cerradas las
7 puertas. Entonces, sin tener otro camino, envió mensajeros a César diciendo que estaba dispuesto a entregar la legión a quien él mandara. César envió a Sexto César[40] y ordenó que
8 a éste le fuera entregada la legión. Entregada dicha legión, Varrón fue a Córdoba al encuentro de César y presentándole con lealtad las cuentas públicas le entregó el dinero que tenía en su poder y le indicó la cantidad de naves y trigo que tenía y el lugar donde se hallaban.

21 En una arenga pronunciada en Córdoba, César dio las gracias a todas las clases: a los ciudadanos romanos, porque habían procurado tener la ciudad en su poder; a los hispanos, porque habían expulsado las guarniciones; a los gaditanos, porque habían hecho fracasar los intentos enemigos y habían reivindicado su libertad; a los tribunos militares y centuriones que habían ido allí como guarnición, porque con su

---

[38] Legión formada por ciudadanos nacidos en una provincia o, simplemente, por provinciales que pretendían alcanzar la ciudadanía a través del servicio militar.

[39] Actual Santiponce, a unos 8 Km de Sevilla.

[40] Sexto Julio César, sobrino segundo del dictador, tras participar en la campaña de Hispania, fue cuestor en el 48 y luego, siendo gobernador de Siria, murió asesinado en el 46.

valor habían asegurado las determinaciones de aquéllos. Perdonó las cantidades que los ciudadanos romanos habían 2 prometido a Varrón para el erario; restituyó los bienes a aquellas personas que sabía que habían sido privadas de ellos porque habían hablado libremente. Habiendo concedi- 3 do premios a algunas ciudades y a particulares, llenó de esperanzas a los demás para el porvenir, después de una estancia de dos días en Córdoba, se dirige a Cádiz; ordena que se lleven nuevamente al templo de Hércules las riquezas y ofrendas que habían sido reunidas en una casa particular[41]. Pone al frente de la provincia a Quinto Casio; le asigna cua- 4 tro legiones. César, con las naves que había construido Marco Varrón y las que los gaditanos habían hecho por orden del mismo Varrón, llegó en pocos días a Tarragona[42]. Allí esperaban su llegada embajadas de casi toda la provincia citerior. Del mismo modo que en Córdoba, concedió honores 5 a algunas ciudades y a particulares, salió de Tarragona y se dirigió por tierra a Narbona y desde allí a Marsella. Allí tuvo noticia de que había sido propuesta una ley para la creación de un dictador y que él mismo había sido nombrado dictador por el pretor Marco Lépido[43].

Los marselleses, agotados por toda clase de desgracias, 22 reducidos a la máxima escasez de trigo, vencidos dos veces en combates navales[44], rechazados en frecuentes salidas, afli-

---

[41] Todas estas medidas son la réplica a las disposiciones tomadas por Varrón y de las que se da cuenta en el cap. 18.

[42] Se calcula que llegó a Tarragona el dia 1 de octubre.

[43] Existe un punto de irregularidad en este nombramiento, por cuanto un dictador debía ser nombrado por un cónsul a través de un senadoconsulto. Es posible que la ley propuesta otorgara la facultad del nombramiento a un pretor en ausencia de los cónsules. Marco Emilio Lépido es el futuro triúnviro y *magister equitum* de César. Cónsul en el 46, alcanzará un primer lugar en la política romana a partir de la muerte de César.

[44] Cf. I 56-58 y II 3-7.

gidos además por una grave peste a consecuencia del largo
encierro y de la alteración de los alimentos (pues se alimen-
taban todos de panizo pasado y de cebada corrompida que,
preparados desde hacía tiempo para situaciones semejantes,
habían almacenado en el granero público), derribada la to-
rre, arruinada gran parte de la muralla, perdida toda espe-
ranza de socorro de las provincias y los ejércitos que sabían
que habían caído en poder de César, decidieron entregarse
2 sin engaño[45]. Pero unos días antes Lucio Domicio, al cono-
cer la intención de los marselleses, equipó tres naves, de las
cuales asignó dos a sus amigos: él embarcó en la otra y par-
3 tió aprovechando una violenta tempestad. Al verle las naves
que por orden de Bruto hacían guardia en el puerto diaria-
4 mente, levaron anclas y empezaron a seguirle. Sólo la nave
de Domicio se esforzó y perseveró en la huida y con el auxi-
lio de la tempestad se perdió de vista; las otras dos, atemori-
zadas por la presencia de nuestras naves, se refugiaron en el
5 puerto. Los marselleses sacaron de la ciudad las armas y
máquinas de guerra, como se les ordenó; llevaron las naves
fuera del puerto y de los astilleros, entregaron el dinero del
6 erario[46]. Cumplidas estas condiciones, César no destruyó la
ciudad, más por su nombre y antigüedad, que por los méri-
tos para con él; dejó en ella dos legiones de guarnición y
envió las demás a Italia; él se dirigió a Roma.

23 Por esta misma época, Gayo Curión partió de Sicilia pa-
ra África[47] y despreciando ya desde el principio las tropas de

---

[45] Cf. II 14.

[46] La entrega de Marsella debió de producirse el 10 de octubre, en tanto que César no llegó a la ciudad hasta el 25 de octubre.

[47] La partida se sitúa en el 5 de agosto y la campaña no dura más de quince días, del 10 al 25 del mismo mes; por tanto, la simultaneidad indicada por el texto no se refiere precisamente a la rendición de Marsella, sino a la campaña de Hispania y al asedio de Marsella en sentido lato.

Atio Varo, llevaba quinientos jinetes y dos legiones de las
cuatro que César le había entregado[48], e invirtiendo en la
navegación dos días y tres noches, desembarcó en el lugar
llamado Anquilaria[49]. Este punto dista de Clúpea veintidós 2
mil pasos[50] y ofrece en verano un puerto bastante bueno y
está colocado entre dos elevados promontorios. Esperaba su 3
llegada junto a la costa de Clúpea[51], Lucio César, hijo, con
diez naves de guerra; Publio Atio había procurado reparar
para esta guerra estas naves, sacadas a tierra en Útica después de la guerra de los piratas[52]; Lucio César, temiendo el
gran número de naves enemigas, había huido de alta mar y,
tomando tierra en la costa próxima con una trirreme cubierta
que abandonó en la orilla, huyó por tierra hasta Hadrumeto[53]. Defendía esta ciudad Gayo Considio Longo[54] con una 4
legión de guarnición. Las otras naves de Lucio César, al conocer la huida de éste, se retiraron a Hadrumeto. Le persi- 5
guió el cuestor Marcio Rufo[55] con doce naves que Curión
había llevado desde Sicilia para protección de las naves de
carga; cuando vio abandonada la nave en la orilla, la arrastró a remolque y volvió junto a Curión con la escuadra.

Curión envía delante a Marcio con las naves a Útica; él 24
se dirige al mismo punto con el ejército y después de una

---

[48] Cf. I 30-31. Obsérvese cómo en I 30, 2, a Curión se le asignan tres y no cuatro legiones.

[49] No se ha logrado identificar esta ciudad con exactitud.

[50] Unos 32 Km.

[51] Actual Kelibia. Al sudeste del cabo Bon.

[52] Operaciones llevadas a cabo por Pompeyo en el año 67.

[53] Souza, en la actualidad.

[54] Partidario de Pompeyo: ya había gobernado como propretor la provincia de África en el año 50.

[55] Este cuestor de Curión quizá sea el hijo de Quinto Marcio Rufo, legado de Craso en la guerra contra Espartaco.

marcha de dos días, llega al río Bagrada[56]. Deja allí al lega-
do Caninio Rébilo con las legiones y él se adelanta con la
caballería a explorar el Campamento Cornelio[57], pues este
3 lugar se consideraba muy adecuado para campamento. Es
un promontorio abrupto que domina el mar, por ambos la-
dos escarpado y áspero, pero con una pendiente más leve
4 por la parte que mira a Útica, de la que dista en línea recta
poco más de mil pasos[58]. Pero en este camino hay un arroyo
donde el mar penetra bastante y lo inunda en gran extensión;
si se quiere evitar es preciso dar un rodeo de seis mil pa-
sos[59].

25 Después de reconocer este lugar, Curión observa el cam-
pamento de Varo, unido al muro de la ciudad junto a la
puerta llamada Bélica[60] y extraordinariamente protegido por
la naturaleza del lugar; de una parte, por la misma ciudad de
Útica; de otra, por el teatro, que está delante de la ciudad,
construcción cuya parte inferior es de gran fortaleza; el ac-
2 ceso al campamento es difícil y estrecho. Al mismo tiempo,
advirtió que de todas partes se transportaban, y ocupaban
completamente los caminos, las muchas cosas que se suelen
llevar de los campos a la ciudad por el miedo repentino de
3 una guerra. Envió allí la caballería para saquearlos y hacer
botín; al mismo tiempo, para protegerlos, Varo envió desde
la ciudad seiscientos jinetes númidas y cuatrocientos infan-
tes que pocos días antes había enviado a Útica el rey Juba
4 como refuerzo. Unían a éste, desde tiempos de su padre, la-

[56] Actualmente Medjerda.

[57] Promontorio que debe su nombre a que Publio Cornelio Escipión el Africano colocó en él su campamento en el curso de la Segunda Guerra Púnica.

[58] 1'5 Km, aproximadamente.

[59] Unos 9 Km.

[60] Por el nombre del dios fenicio Bel o Baal.

zos de hospitalidad con Pompeyo[61] y tenía enemistad con Curión porque siendo éste tribuno de la plebe había propuesto una ley por la que se confiscaba el reino de Juba[62].
Se produjo el encuentro de los jinetes y los númidas no pu- 5
dieron resistir ni el primer ataque de los nuestros, sino que se retiraron al campamento junto a la ciudad habiendo tenido aproximadamente ciento veinte muertos. A la llegada de 6
las naves de guerra, Curión ordena que se anuncie a las naves mercantes que estaban en Útica, aproximadamente en número de doscientas, que consideraría como enemigo al que no llevara inmediatamente las naves al Campamento Cornelio. Hecha esta proclama, al instante todas levan an- 7
clas, abandonan Útica y se dirigen al punto ordenado, lo cual procuró al ejército gran abundancia de todas las cosas.

Después de estas acciones Curión se retira al campa- 26
mento del Bagrada y por aclamación de todo el ejército es proclamado *imperator*[63], y al día siguiente conduce el ejército a Útica y establece el campamento cerca de la ciudad. Aún no terminada la fortificación del campamento anuncian 2
los jinetes desde su puesto de guardia que grandes refuerzos de infantería y caballería enviados por el rey se dirigen a Útica; al mismo tiempo se veía a lo lejos una gran nube de

[61] Pompeyo había favorecido el acceso al trono de Numidia al padre de Juba, Hiémpsal, en el año 81.

[62] Esta propuesta remontaba al año anterior, el 50, y era por tanto muy reciente.

[63] El título de *imperator* 'general victorioso' era una distinción más o menos espontánea con que los soldados distinguían a su comandante tras una gran victoria. Reservada en principio para el comandante en jefe, durante la Guerra Civil se otorgó corrientemente a los simples legados. Es evidente que el alcance de una victoria no siempre es diáfano para los soldados que bien pueden quedar impresionados por algún aspecto muy especial; así parece suceder en esta ocasión en que la magnitud de la victoria se ve sobredimensionada por la gran rapidez demostrada por Curión.

polvo y en aquel mismo instante la vanguardia estaba ya a la
3 vista. Alterado por esta situación inesperada, Curión envía delante la caballería para que haga frente al primer ataque y retrase la marcha; él mismo retira rápidamente las legiones
4 de las obras y forma la línea de combate. Entablan combate los jinetes y, antes de que las legiones pudieran desplegarse completamente y ocupar sus puestos, ponen en fuga a todas las tropas del rey, imposibilitadas para defenderse y desordenadas porque habían hecho el camino sin ninguna formación y sin temer un ataque[64]; y, aunque toda la caballería quedó casi incólume porque se retiró rápidamente a la ciudad por la orilla del mar, murió gran número de infantes.

27 En la noche siguiente, dos centuriones marsos se pasaron con veintidós soldados de su manípulo del campamento
2 de Curión al de Atio Varo. Éstos, bien porque lo creyeran cierto, bien por halagar a Varo (pues lo que deseamos lo creemos gustosamente y esperamos que los demás sientan lo que nosotros sentimos), aseguran firmemente que todo el ejército es hostil a Curión y que es preciso colocar el ejérci-
3 to frente a frente y dar posibilidad de comunicarse. Inducido Varo por esta opinión, al amanecer del día siguiente saca las legiones del campamento. Lo mismo hace Curión y ambos forman sus tropas separadas solamente por un pequeño valle.

28 En el ejército de Varo estaba Sexto Quintilio Varo, del que ya hemos dicho que estuvo en Corfinio[65]. Dejado en libertad entonces por César, había ido a África; por otra parte, Curión había llevado las legiones que en tiempo anterior César había incorporado en Corfinio, de modo que las formaban las mismas centurias y manípulos, cambiados sola-

---

[64] Tenemos aquí un ejemplo más de la importancia de la disciplina y la formación en la guerra antigua.

[65] Cf. I 23, 2-3.

mente unos pocos centuriones[66]. Aprovechando esta opor- 2
tunidad de dirigirse a ellos, Quintilio empezó a recorrer la formación de Curión y a suplicar a los soldados que no abandonaran el recuerdo de su primer juramento que habían prestado ante Domicio y ante él mismo como cuestor y que no llevaran las armas contra los que habían sufrido la misma suerte y habían padecido lo mismo durante el cerco[67], ni lucharan por aquéllos que por afrenta les llamaban desertores.
Añadió a estas palabras otras pocas para excitar su esperan- 3
za en las recompensas que debían alcanzar de su liberalidad si le seguían a él y a Atio. Pronunciado este discurso, el ejército de Curión no dio señales en un sentido ni en otro, y así cada uno volvió sus tropas al campamento.

Pero en el campamento de Curión un gran temor se apo- 29
deró de todos los ánimos. Este temor aumentó rápidamente por los diferentes rumores; pues cada uno se forjaba sus opiniones y a lo que había oído a otro añadía algo de su
propio temor. Cuando la opinión de uno se había extendido 2
a muchos y había pasado de uno a otro, parecían muchos sus autores ***[68].

Por estas razones Curión convocó un consejo de guerra 30
y puso a deliberación la situación general. Algunos parece- 2
res expresados proponían que por todos los medios había que hacer un esfuerzo y asaltar el campamento de Varo, porque pensaban que el ocio era lo más pernicioso para si-

[66] Es decir, que eran tropas que pocos meses antes servían en el bando de Pompeyo.

[67] Se trata naturalmente del cerco de Corfinio (cf. I 16-23).

[68] El resto del capítulo está profundamente deturpado. En general el sentido del texto va en la línea de comentar las peculiaridades de una contienda civil, continuos cambios de bando, pueblos divididos, dobles dependencias, favores recibidos y la inquietud de los mandos por la deserción y la indisciplina.

tuaciones de esta clase; decían que en último término era
preferible probar con valor la fortuna de la guerra en un
combate que sufrir la muerte abandonados y traicionados
3 por los suyos. Algunos proponían que después de media no-
che debían iniciar la retirada al Campamento Cornelio para
que con más tiempo se sosegaran los ánimos de los solda-
dos; además, si sucedía algo grave, la retirada a Sicilia se
presentaba más segura y fácil por la gran cantidad de na-
ves[69].

31 Curión desaprobaba ambos proyectos diciendo que el
valor que le sobraba al uno le faltaba al otro; unos propo-
nían una huida vergonzosa, otros creían que se debía luchar
2 incluso en lugar desfavorable. «¿En qué confiamos, decía,
para poder tomar un campamento fortificadísimo por su po-
3 sición natural y por sus obras de defensa? ¿Qué ganamos si
después de sufrir un grave daño abandonamos el ataque al
campamento? ¡Como si el éxito de las operaciones no atra-
jera la adhesión del ejército a los jefes y las derrotas el odio!
4 Por otra parte, ¿qué significa el cambio de campamento sino
la huida vergonzosa, la pérdida de toda esperanza y la des-
afección del ejército? Pues no conviene que los buenos sol-
dados sospechen que se confía poco en ellos ni que los ma-
los sepan que se les teme, porque nuestro temor aumenta la
5 audacia de unos y disminuye la diligencia de los otros. Por-
que si ya hemos investigado lo que se dice respecto a la po-
ca adhesión del ejército, cosa que yo creo o completamente
falsa, o al menos menor de lo que se cree, ¿no es mejor di-
simularlo y ocultarlo que confirmarlo nosotros mismos?
6 ¿Acaso no se ha de ocultar la debilidad del ejército como las
heridas del cuerpo para no aumentar la esperanza de los
7 enemigos? Pero añaden además que nos pongamos en cami-

[69] Cf. 25, 6-7.

no a media noche, quizá, creo yo, para que tengan mayor li-
bertad los que desean faltar a su deber. Pues las acciones de
este género se cohíben por la vergüenza y el miedo, senti-
mientos que no surgen durante la noche. Por lo cual, ni soy 8
tan temerario como para proponer que se debe atacar el
campamento enemigo sin ninguna esperanza, ni tan tímido
que yo mismo pierda el ánimo: considero que antes debe-
mos probar todo y confío en que junto con vosotros podré
enseguida formarme, a grandes rasgos, un juicio sobre la si-
tuación».

Terminado el consejo manda reunir a los soldados. Les 32
recuerda cuánta fue su adhesión a César en Corfinio y cómo
por sus servicios y su ejemplo había hecho suya gran parte
de Italia. «En efecto, después, todos los municipios os si- 2
guieron a vosotros y a vuestra acción y no sin motivo César
os juzgó muy amistosamente y los enemigos, muy severa-
mente. Pues Pompeyo, sin haber sido vencido en combate, 3
abandonó Italia desanimado por el precedente de vuestra ac-
ción; César confió a vuestra lealtad no sólo a mí, su muy
preciado amigo, sino también las provincias de Sicilia y
África, sin las que no es posible defender Roma e Italia. Al- 4
gunos os exhortan a que nos abandonéis, porque ¿qué más
pueden desear sino perdernos a nosotros y al mismo tiempo
cargar sobre vosotros un crimen nefando?[70], ¿y qué peor
sentimiento pueden abrigar en su ira que el de que traicio-
néis a los que creen que os deben todo y caigáis en poder de
quienes os juzgan causa de su perdición? ¿No han llegado a 5
vuestros oídos los éxitos de César en Hispania: dos ejércitos
deshechos, dos generales vencidos, dos provincias someti-
das? y todo esto en cuarenta días a partir de aquél en que

[70] El crimen nefando sería la traición, que en este caso no existiría, pues según el derecho de guerra vigente en la antigüedad los soldados no tenían obligación de obediencia para con un general vencido.

6 César se puso frente al enemigo[71]. ¿Acaso los que no han
podido resistir antes de sufrir pérdida alguna podrían resistir
ya derrotados? Además, vosotros que seguisteis a César
cuando la victoria estaba indecisa ¿vais a seguir al vencido
cuando ya se ha decidido la fortuna y debierais recoger el
7 premio de vuestros servicios? Dicen que los habéis abando-
nado y traicionado y os recuerdan vuestro anterior juramen-
8 to. Pero, ¿abandonasteis vosotros a Domicio, o fue Domicio
el que os abandonó a vosotros? ¿No os dejó él cuando esta-
bais dispuestos a sufrir la suerte más desgraciada? ¿No bus-
có la salvación en la huida sin vuestro conocimiento? ¿No
conservasteis la vida, después de su traición, por beneficio
9 de César? ¿Cómo hubiera podido obligaros a mantener el
juramento cuando, abandonadas las fasces y perdido el *im-
perium*[72], él mismo, ya un simple particular y, más aún, pri-
10 sionero, había caído en poder de otro?[73]. Existe aún una
manera nueva de lealtad, la de que olvidéis el juramento al
que estáis sujetos y os sintáis sujetos por el que fue anulado
por la entrega del general y la pérdida de sus derechos de
11 ciudadanía. Pero, supongo que, contentos con César, no es-
táis satisfechos de mí. No voy a exponer mis méritos para
con vosotros que hasta ahora ciertamente son menores que

---

[71] Parece evidente que la cronología no cuadra puesto que la campaña de Curión tiene lugar entre el día 5 y el 20 de agosto, de manera que cuando pronunció este discurso no podía tener conocimiento de la campaña desarrollada por César en la Hispania Ulterior que no dio por acabada hasta el 25 de septiembre; es decir, más de un mes después del discurso de Curión.

[72] Las fasces, manojos de varas que llevaban en su centro un hacha y que eran portadas por los lictores, eran el símbolo del mando (*imperium*) asociado a determinadas magistraturas.

[73] Cf. nota 69.

mis deseos y que vuestras esperanzas; sin embargo, siempre
los soldados han pedido el premio de sus servicios con el re-
sultado de la guerra, del cual ni siquiera vosotros dudáis.
¿Por qué he de callar mi diligencia o mi fortuna al menos en
lo que he alcanzado hasta ahora? ¿Acaso lamentáis que haya 12
transportado el ejército salvo e incólume sin perder ni una
sola nave?, ¿que a mi llegada haya puesto en fuga al primer
ataque la escuadra enemiga?, ¿que haya vencido en combate
ecuestre dos veces en dos días?, ¿que haya sacado doscien-
tas naves de carga del interior del puerto enemigo y haya
colocado a éste en situación de no poder recibir víveres ni
por tierra ni por mar? ¿Abandonáis esta fortuna y estos ge- 13
nerales y vais a seguir la ignominia de Corfinio, la huida de
Italia, la entrega de las dos Hispanias y estos primeros resul-
tados de la guerra de África? Ciertamente yo he querido que 14
se me llamara soldado de César, vosotros me proclamasteis
imperator. Si os arrepentís de ello, os devuelvo vuestro be-
neficio; devolvedme vosotros mi nombre para que no parez-
ca que me habéis concedido un honor por afrenta».

Conmovidos los soldados por este discurso, incluso inte- 33
rrumpieron frecuentemente a Curión mientras hablaba, de
modo que parecía que soportaban con gran dolor la sospe-
cha de deslealtad; es más, cuando se retiró de la asamblea,
todos le exhortaron a que tuviera gran confianza y no dudara
en entablar combate y probar su lealtad y valor. Cambiados 2
por este hecho los sentimientos y opiniones de todos, decide
con la aprobación general entablar combate tan pronto como
se presente ocasión y al día siguiente saca a los soldados del
campamento y forma la línea de combate en el mismo lugar
en que había acampado los días anteriores. Atio Varo tam- 3
poco vacila en sacar sus tropas para no perder la oportuni-
dad, si se presenta la ocasión de atraerse a los soldados o de
luchar en posición ventajosa.

34 Como ya se ha dicho[74] había entre los dos ejércitos un
valle no muy grande, pero de pendiente escarpada y difícil.
Cada uno de ellos esperaba que las tropas enemigas intenta-
ran atravesarlo, para entablar combate en posición favorable
2 ***[75]. Al mismo tiempo por el ala izquierda de Publio Atio
se veía descender al valle toda la caballería y, mezcladas
3 con ella, muchas tropas ligeras. Curión envió contra ellos la
caballería y dos cohortes de marrucinos; los jinetes enemi-
gos no pudieron resistir el primer ataque, sino que huyeron a
rienda suelta; abandonadas por éstos, las tropas ligeras que
habían avanzado con ellos iban siendo cercadas y muertas
4 por los nuestros. Todo el ejército de Varo vuelto hacia allí
veía la huida y muerte de los suyos. Entonces Rébilo, legado
de César a quien Curión había traído consigo desde Sicilia,
porque conocía su pericia militar, dijo: «Curión, ves aterro-
rizado al enemigo, ¿por qué dudas en aprovechar esta oca-
5 sión?» Entonces Curión, diciendo solamente a los soldados
que tuvieran presente lo que le habían prometido el día ante-
rior, ordena que le sigan y avanza delante de todos. Era el
valle tan áspero que los primeros no podían apenas subir si-
6 no ayudados por los suyos. Pero, ofuscado el ánimo de los
soldados de Atio por el temor, la huida y la matanza de
los suyos, no pensaban en hacer frente y todos se creían ya
rodeados por la caballería. Así pues, antes de que se pudiera
arrojar un dardo o que los nuestros se aproximaran, toda la
formación de Varo volvió la espalda y se retiró al campa-
mento.

35 Durante la huida, Fabio Peligno, uno de los centuriones
de grado inferior[76] del ejército de Curión, alcanzando la

---

[74] Cf. cap. 27, 3.

[75] El texto presenta una pequeña laguna en este punto.

[76] Perteneciente, por tanto, a cualquier cohorte, excepto la primera (cf. libro I, nota 180).

vanguardia de los fugitivos, a grandes voces llamaba a Varo
por su nombre de modo que parecía que era uno de sus sol-
dados y que quería decirle o advertirle algo. Al oír su nom- 2
bre repetidas veces Varo volvió la cabeza, se detuvo y le
preguntó quién era y qué quería; entonces trató de herirle
con la espada en el hombro descubierto y poco faltó para
que lo matara; Varo evitó este peligro levantando el escudo
para parar el golpe. Fabio, rodeado por los soldados próxi-
mos, fue muerto. Las puertas del campamento quedaron 3
ocupadas por la multitud desordenada de fugitivos y el ca-
mino obstruido, y en aquel lugar murieron más sin heridas
que en el combate y en la huida; faltó poco para que fueran
expulsados también del campamento y algunos sin detener-
se se dirigieron a la ciudad. Pero la posición natural y la for- 4
tificación del campamento impedían el acceso a éste, ade-
más de que los soldados de Curión, que habían salido para
combatir, carecían de los pertrechos necesarios para asaltar
el campamento. Así pues, Curión retiró el ejército a su cam- 5
pamento sin ninguna pérdida, excepto Fabio; de los enemi-
gos murieron aproximadamente seiscientos y quedaron heri-
dos mil; todos éstos después de la marcha de Curión y
muchos además que simulaban estar heridos se retiraron,
por temor, del campamento a la ciudad. Al advertir esto Va- 6
ro y conocer el terror del ejército, dejó en el campamento a
un trompeta[77] y unas pocas tiendas para apariencia y en la
tercera vigilia[78] llevó en silencio el ejército a la ciudad.

Al día siguiente Curión decide cercar a Útica y rodearla 36
con una estacada. Había en la ciudad una multitud deshabi-
tuada a la guerra por la larga duración de la paz; los habitan-
tes de Útica tenían la mejor disposición de ánimo para César

[77] Para dar los toques reglamentarios del cambio de vigilia y dar así una sensación de normalidad.

[78] Entre la medianoche y las dos de la madrugada.

por algunos beneficios recibidos de él; la comunidad de ciudadanos romanos estaba compuesta de elementos diversos; el miedo era grande a consecuencia de los últimos comba-
5 tes. Así pues, todos hablaban ya abiertamente de la entrega y trataban con Publio Atio para evitar que con su obstina-
6 ción trastornara la suerte de todos. Cuando se llevaban a cabo estas negociaciones, llegaron unos mensajeros enviados por el rey Juba para anunciar que aquél estaba a punto de llegar con grandes tropas y para exhortarlos a que custodiaran y defendieran la ciudad. Este mensaje tranquilizó los ánimos aterrorizados.

37 Comunicaban estas mismas noticias a Curión, pero durante algún tiempo no podía darles crédito; tan gran con-
2 fianza tenía en su fortuna. Ya se extendían por África, por medio de cartas y mensajeros, los triunfos de César en Hispania. Engreído con todo esto, no creía que el rey osara na-
3 da contra él. Pero cuando supo de fuente segura que las tropas del rey estaban a menos de veinticinco mil pasos[79] de Útica, abandonó las fortificaciones y se retiró al campamen-
4 to Cornelio. Allí empezó a acopiar trigo, a fortificar el campamento, a transportar madera, y enseguida envió órdenes a Sicilia para que le fueran enviadas las dos legiones y el resto
5 de la caballería[80]. El campamento era muy apropiado para hacer una guerra defensiva, por la naturaleza del lugar, las fortificaciones, la proximidad del mar y la abundancia de agua y sal, de la que había allí gran cantidad llevada de las
6 salinas próximas. No podía faltar madera por la gran cantidad de árboles, ni trigo, del que estaban llenos los campos. Así pues, con el asentimiento de todos los suyos Curión se

[79] Unos 37 Km, lo que equivale a una jornada de marcha.
[80] Cf. 23, 1.

disponía a esperar las restantes tropas y mantenerse a la defensiva.

Dispuestos estos preparativos y aprobados los planes, 38
oye decir a algunos desertores de la ciudad que Juba, requerido por una guerra fronteriza y por las disputas de los leptitanos[81], se había quedado en su reino, y que Saburra, su lugarteniente, enviado con escasas tropas, se aproximaba a
Útica. Dando crédito temerariamente a estos informadores, 2
cambia su proyecto y decide entablar combate. Favorecía mucho esta decisión su juventud, su ímpetu, los éxitos ante-
riores y su confianza en la victoria. Impulsado por estos mo- 3
tivos, envía al anochecer toda la caballería al campamento enemigo en el río Bagrada, al frente del cual estaba Saburra, de quien antes se había oído hablar; pero el rey iba detrás con todas las tropas y había acampado a seis mil pasos[82] de
Saburra. Los jinetes enviados hacen el camino durante la 4
noche y atacan a los enemigos sin que éstos lo advirtieran ni lo sospecharan. En efecto, los númidas por cierta costumbre propia de los bárbaros, habían acampado dispersos sin orden
alguno. Los atacan en pleno sueño y diseminados; matan 5
gran número de ellos y muchos huyen aterrorizados. Después de esta acción los jinetes vuelven a reunirse con Curión y le llevan los prisioneros.

Curión había salido con todas las tropas al amanecer, de- 39
jando cinco cohortes para guarnición del campamento. Cuando había avanzado seis mil pasos se reunió con los jinetes; supo lo sucedido; preguntó a los cautivos quién mandaba el
campamento de Bagrada; le respondieron, que Saburra. En 2

[81] Habitantes de *Leptis Minor*; la actual Lemta (o Lamta), a 39 Km al sur de Monastir.

[82] Unos 9 Km; distancia suficiente para no ser detectado por los que iban a atacar el campamento de Saburra.

su afán de acabar la marcha, dejó de hacer otras averigua-
ciones, y volviéndose hacia los próximos manípulos, dijo:
«¿no veis, soldados, que las palabras de los prisioneros es-
tán de acuerdo con las de los desertores? El rey no está; han
sido enviadas escasas tropas que no han podido hacer frente
3 a unos pocos jinetes. Por tanto, id rápidamente al botín, a la
gloria, que empecemos ya a pensar en vuestra recompensa y
4 en mostraros nuestro agradecimiento. Era grande de suyo lo
que habían hecho los jinetes, sobre todo si se comparaba su
pequeño número con tan gran multitud de númidas. Sin em-
bargo, narraban esto exageradamente, porque los hombres
5 suelen hablar con gusto de sus glorias. Además llevaban
muchos despojos, conducían infantes y jinetes prisioneros,
de modo que el tiempo que transcurría hasta el combate pa-
recía retrasar la victoria. Así, el afán de los soldados no era
6 menor que la esperanza de Curión. Ordena a los jinetes que
le sigan y acelera la marcha para poder atacar al enemigo,
aún aterrorizado a consecuencia de la reciente fuga. Pero los
jinetes, agotados por la marcha de toda la noche, no podían
seguirle y se iban deteniendo cada uno en un sitio. Ni si-
quiera esto aminoraba la esperanza de Curión.

40 Informado Juba por Saburra del combate nocturno, en-
vió a Saburra dos mil jinetes hispanos y galos que solía tener
cerca de sí para su custodia personal, y la parte de infantería
en la que tenía mayor confianza; él seguía más lentamente
2 con el resto de las tropas y sesenta elefantes. Sospechando
Saburra que al enviar delante la caballería se presentaría Cu-
rión en persona, forma sus tropas de caballería e infantería y
les ordena que, simulando temor, cedan poco a poco y se re-
tiren; que él dará la señal de combate cuando sea necesario
3 y ordenará lo que la situación exija. Añadida la impresión
de la situación presente a su esperanza anterior, Curión, cre-

yendo que el enemigo huye, lleva sus tropas desde las alturas al campo llano[83].

Cuando había avanzado bastante a partir de aquellas al- 41
turas, agotado el ejército por la fatiga de una marcha de dieciséis mil pasos[84], se detuvo. Saburra da la señal a los su- 2
yos, forma la línea de combate y empieza a recorrer las formaciones y arengarlas; pero utiliza la infantería solamente de lejos para apariencia y envía los jinetes al combate. Curión responde a la situación y exhorta a los suyos a que 3
pongan toda la esperanza en el valor. Tampoco falta ardor y valor en el combate a los infantes, aunque cansados, ni a los jinetes, aunque pocos y agotados por la fatiga; pero éstos no eran más que doscientos; los restantes se habían ido quedando en el camino. Por donde atacaban, obligaban a los 4
enemigos a retroceder, pero ni podían perseguir a distancia a los fugitivos ni forzar demasiado a los caballos. En cambio 5
la caballería enemiga empieza a rodear nuestra formación por ambos lados y arrollar a los nuestros por la espalda. Cuando algunas cohortes se adelantaban a la formación, los 6
númidas descansados evitaban el ataque de los nuestros con su rapidez y de nuevo los rodeaban y los separaban de la formación cuando se retiraban a sus puestos. Así, no parecía seguro ni mantenerse en su puesto y conservar la formación, ni avanzar y afrontar la suerte. Las tropas enemigas aumen- 7
taban con los refuerzos enviados por el rey continuamente; a los nuestros, de puro cansados, les faltaban las fuerzas; además los heridos no podían salir de la formación ni retirarse a un lugar seguro, porque toda la línea estaba rodeada

[83] El campo de batalla hay que situarlo en el valle del río Medjerda, en los alrededores de la ciudad de Djedeida.

[84] 23,5 Km.

8 por la caballería enemiga. Perdiendo la esperanza de salvar-
se, como suelen hacer los hombres en sus últimos momen-
tos, o lamentaban su muerte o encomendaban sus padres a
los que la fortuna pudiera salvar de aquel peligro. Todo era
terror y lamentos.

42 Curión, cuando comprendió que, por estar todos aterro-
rizados, no eran oídas sus exhortaciones ni sus ruegos, pen-
sando como en caso desesperado que sólo quedaba una es-
peranza de salvación, ordena ocupar las próximas colinas[85]
y que todos se dirijan allí. Pero la caballería enviada por Sa-
2 burra las ocupa antes. Entonces ya los nuestros pierden
completamente la esperanza, y unos son muertos por la ca-
ballería al intentar huir y otros se tiran a tierra sin herida al-
3 guna. Gneo Domicio[86], prefecto de la caballería, que rodea-
ba a Curión con unos pocos jinetes, le exhorta a que busque
la salvación en la huida y se dirija al campamento, y le pro-
4 mete no apartarse de su lado. Pero Curión, asegurando que
jamás volverá a presencia de César habiendo perdido el
ejército que aquél había confiado a su lealtad, muere pe-
5 leando. Muy pocos jinetes consiguen retirarse del combate;
pero los que se ha dicho que se habían quedado en la reta-
guardia para dar descanso a los caballos, al advertir de lejos
la fuga de todo el ejército, se retiran sin daño al campamen-
to. Los soldados de infantería fueron muertos en su tota-
lidad.

43 Al conocer lo sucedido, el cuestor Marcio Rufo, que ha-
bía sido dejado por Curión en el campamento[87], exhorta a

[85] Los altos de Chaouat.

[86] Este Gneo Domicio no debe ser confundido con el pompeyano Lucio Domicio Enobarbo, al que ya hemos visto participar en los sitios de Corfinio (I 15-23) y de Marsella (I 34-36; 56-58; II 3 y 22).

[87] Cf. cap. 39, 6.

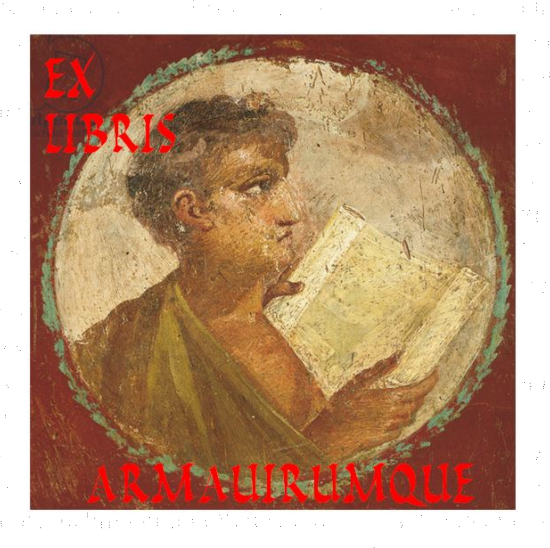
los suyos a que no pierdan los ánimos. Ellos le suplican encarecidamente que se les reembarque para Sicilia en las naves. Se lo promete y ordena a los capitanes de las naves que al anochecer tengan preparadas todas las lanchas junto a la costa. Pero fue tanto el terror de todos, que unos decían que 2
estaban llegando las tropas de Juba; otros, que se aproximaba Varo con las legiones y que ya veían el polvo levantado por los que caminaban (no sucedía absolutamente nada de esto); otros, sospechaban que la escuadra enemiga llegaría rápidamente. Así pues, atemorizados todos, cada uno miraba por su propia salvación. Los que estaban en la escuadra se 3
apresuraban a partir. La huida de éstos incitaba a los capitanes de las naves de carga; unos pocos barquichuelos se dirigían a cumplir su deber y ejecutar la orden dada. Pero 4
por estar completamente llena la orilla, era tanta la lucha por quiénes conseguirían embarcar entre tan gran número, que algunos de estos barcos se hundieron por el peso de la multitud; los demás, por temor de que les sucediera lo mismo, no se atrevían a aproximarse.

A consecuencia de ello, sucedió que unos pocos solda- **44**
dos y padres de familia, por amistad o por compasión o porque pudieron alcanzar las naves a nado, fueron embarcados y llegaron a Sicilia incólumes. Las restantes tropas, por la noche, enviaron sus centuriones como embajadores a Varo y se entregaron a él. Al día siguiente Juba vio a los soldados 2
de estas cohortes delante de la ciudad y, diciendo públicamente que eran botín suyo, ordenó matar a gran parte de ellos y envió a su reino a unos pocos escogidos, y aunque Varo se quejaba de que éste violara su promesa, no se atrevía a oponerse. Juba entró a caballo en la ciudad acompaña- 3
do de muchos senadores, entre los que se encontraban Ser

vio Sulpicio y Licinio Damasipo[88], y en Útica decidió y ordenó en pocas palabras lo que quería que se hiciera, y pocos días después se retiró a su reino con todas las tropas[89].

[88] Carecemos de más información sobre Servio Sulpicio; en cambio, a Licinio Damasipo volveremos a encontrarlo en la campaña de África (*BAf* 89 y 96).

[89] La victoria de Juba fue acogida con gozo por Pompeyo y por el senado reunido en Macedonia que se apresuraron a nombrarlo amigo y aliado del pueblo romano. César, en cambio, lo declaró enemigo público.



LIBRO TERCERO

SINOPSIS

Año 48

1-2. César toma en Roma medidas económicas y judiciales y se dirige a Brindis. Composición de sus fuerzas.

3-5. Las fuerzas de Pompeyo.

6-9. César embarca en Brindis y tras burlar la vigilancia enemiga logra desembarcar en la costa opuesta. Escaramuzas navales y terrestres.

10-13. Nuevos intentos negociadores de César. Se apodera de diversas ciudades costeras. Pompeyo marcha hacia Durazo.

14-19. Dificultades cesarianas para transportar al resto del ejército. Algunos comandantes pompeyanos promueven tácticas dilatorias con el pretexto de querer negociar. Fracasan los intentos de negociación.

20-22. El pretor Celio Rufo provoca alteraciones en Roma y en Italia.

23-30. La escuadra pompeyana intenta bloquear el puerto de Brindis. César reclama el envío de refuerzos. La escuadra cesariana logra, con dificultades y fortuna, burlar a la escuadra adversaria y desembarcar un nue-

vo contingente de tropas. Pompeyo no logra impedir la conjunción de los dos cuerpos de ejército.

31-33. Actividades de Escipión en Siria. Acude a la llamada de Pompeyo.

34-38. Disputas por el control de Etolia y Macedonia entre los legados de César y Pompeyo. Conatos de enfrentamiento entre Domicio y Escipión.

39-40. Acciones de Gneo Pompeyo, hijo, en Órico y Liso.

41-54. Guerra de posiciones en torno a Durazo, centro de operaciones pompeyano. César bloquea con fortificaciones la posición de Pompeyo y lo aísla de Durazo. Contramedidas de Pompeyo. Dificultades de aprovisionamiento en ambos ejércitos. Escaramuzas diversas.

55. El legado cesariano Quinto Caleno toma el control de Acaya.

56-57. Los dos ejércitos siguen en sus posiciones anteriores. Vanas tentativas de entablar un combate en campo abierto. Intento de negociación de César.

58-72. La información suministrada por unos desertores alóbroges le permite a Pompeyo romper el cerco y poner en grave aprieto a César, que sufre una clara derrota. Euforia pompeyana.

73-81. César arenga a sus tropas y se retira hacia Asparagio y Apolonia. Pompeyo sale en su persecución. César cambia de planes y marcha hacia el interior para reunirse con el ejército de Domicio. Unidos los dos cuerpos de ejército, entran en Tesalia y se apoderan de Golfos y Metrópolis.

82-83. Pompeyo llega a Tesalia y une su ejército con el de Escipión. Continúa la euforia entre los pompeyanos.

84-89. Prolegómenos de la batalla de Farsalia. Arengas. Composición y disposición de los dos ejércitos.

90-94. Batalla de Farsalia. Error táctico de Pompeyo, victoria de Césár y huida de aquél.

95-99. Aprovechamiento del éxito y claudicación de los restos del ejército pompeyano. Balance de la batalla.

100-101. Nuevo intento de bloquear Brindis. Golpe de mano pompeyano contra Sicilia. Efectos de la noticia de Farsalia.

102-104. Itinerario de Pompeyo en su ruta hacia Egipto. Asesinato de Pompeyo a manos de la camarilla real.

105-106. César en Asia. Continúa su marcha hacia Egipto. Problemas en Alejandría.

107-108. César reclama el envío de refuerzos y decide intervenir en el problema dinástico egipcio. Descripción de la situación político-administrativa de Egipto.

109-112. Movimientos del ejército real y fracaso de un intento de negociación. Composición del ejército egipcio. Aquilas, comandante del ejército real, inicia las hostilidades. Lucha por el control de Alejandría. César se apodera de la isla de Faro. Empieza la Guerra de Alejandría.

Presidiendo César los comicios en su calidad de dictador[1], fueron elegidos cónsules Julio César y Publio Servilio[2]. Precisamente éste era el año en que las leyes permitían que César fuera cónsul[3]. 2 Terminados los comicios, puesto que el crédito andaba bastante escaso en toda Italia y no se satisfacían las deudas, determinó que se nombrasen árbitros y que éstos hicieran una tasación de lo que antes de la guerra costaban las propiedades y objetos, y que esta tasación se la entregasen a los acreedores. 3 Juzgó que esto era lo más conveniente para quitar o reducir el temor de nuevas tablas de cancelación de deudas, temor que de manera general suele seguir a las guerras y a los disturbios internos; y también para proteger el crédito de los deudores. 4 Igualmente restituyó en su totalidad, bajo propuesta hecha al pueblo por los pretores y tribunos de la plebe, a algunos condenados por

[1] Recordemos que en II 21 alude César a la propuesta —por lo demás irregular, por cuanto lo legal sería que la propuesta proviniera de un cónsul— del pretor Marco Lépido para nombrarle dictador.

[2] Publio Servilio Isáurico, pretor en el 54, hombre de orientación política vacilante, fue partidario de Catón, luego de César; tras la muerte de éste se relacionó con Cicerón, para a continuación restablecer relaciones con Marco Antonio y con Octavio Augusto, bajo cuyo amparo repitió consulado en el año 41.

[3] Estos comicios tienen lugar en el mes de noviembre del año 49, y los cónsules electos lo son para el año siguiente, el 48. De esta forma ya habían transcurrido los diez años reglamentarios desde el primer consulado de César en el año 59.

cohecho con arreglo a la ley Pompeya[4], en aquellos tiempos
en los que Pompeyo había tenido en Roma una guarnición
de sus legiones (estos juicios eran concluidos en el mismo
día, pero eran distintos los jueces que oían la causa de los
que pronunciaban la sentencia). Estas personas se habían
ofrecido a César al principio de la guerra civil por si quería
utilizar en ésta su ayuda, y puesto que se habían ofrecido,
5 César obró como si realmente hubiera usado de ellos. Había
decidido que la restitución de éstos debía ser por decisión
del pueblo, y no que pareciese un beneficio suyo, temiendo
que se le juzgase o ingrato en la devolución del favor o
arrogante al apropiarse un beneficio del pueblo.

2 Dedicó once días[5] a estos asuntos, a la celebración de
las Ferias Latinas[6] así como a la de todos los comicios[7].
2 Abdicó la dictadura, salió de Roma y llegó a Brindis[8], pues
había ordenado que se reunieran en este punto doce legiones
y toda la caballería. Encontró, sin embargo, tan pocas naves
que estrechamente pudieron transportarse quince mil solda-
dos legionarios y seiscientos jinetes. Solamente la escasez
de naves impidió a César la rápida terminación de la guerra.
3 Incluso estas mismas tropas embarcan bastante incompletas,

---

[4] La *Lex Pompeia de ambitu* fue propuesta por Pompeyo en el año 52, cuando era cónsul único, para poner freno a la práctica de sobornos electorales. Por otra parte, el propio Pompeyo había conseguido que el senado le autorizara a disponer de una guarnición armada en Roma.

[5] Del 13 al 24 de diciembre del 49.

[6] Las Ferias Latinas, celebraciones instituidas por Tarquinio el Soberbio en honor de Júpiter Lacial, en cuanto patrono de la Liga Latina, tenían lugar tradicionalmente en el Monte Albano, donde, bajo la presidencia de las máximas autoridades se ofrecía un sacrificio a la divinidad, con la característica específica de que las libaciones se hacían con leche y no con vino.

[7] Celebradas ya las elecciones al consulado, se trataba de elegir entonces a los ediles, cuestores y pretores.

[8] Véase I 24.

porque muchos soldados habían caído en las numerosas guerras en la Galia; el largo camino desde Hispania había producido gran número de bajas, y el duro otoño, pasado en Apulia y en las cercanías de Brindis por una tropa aclimatada a las sanísimas regiones de la Galia e Hispania, había minado la salud de todo el ejército[9].

Pompeyo, habiendo conseguido un año para preparar sus 3
tropas, tiempo que había transcurrido sin guerra y en el que había estado libre de enemigo, había reunido una gran escuadra de Asia, de las islas Cícladas[10], de Corcira[11], de Atenas, del Ponto, de Bitinia, de Siria, de Cilicia[12], de Fenicia y de Egipto; había procurado construir entre todos los lugares otra semejante. Cobró, a título de contribución, grandes can- 2
tidades a Asia, Siria y a todos los reyes, régulos y tetrarcas, y pueblos libres de Acaya[13], y obligó a las sociedades (de publicanos) de aquellas provincias que detentaba a que le entregaran una gran suma.

Había logrado nueve legiones de ciudadanos romanos: 4
cinco que pasó de Italia; una veterana procedente de Sici-

---

[9] Suponiendo que la cifra de 15.000 hombres sea correcta y considerando que en III 6 César señala que embarcó siete legiones, lo que representa unos 2.100 soldados por legión, hay que concluir que estas legiones tenían muy mermados sus efectivos, ya que el contingente orgánico de una legión era de unos 6.000 soldados.

[10] Archipiélago del mar Egeo constituido, entre otras, por las islas de Amorgos, Andros, Ceos, Delos, Naxos, Melos, Miconos, Paros, Siros y Tera.

[11] La actual isla de Corfú, en el mar Jónico, enfrente del Epiro.

[12] Ponto, Bitinia, Asia, Cilicia y Siria son, de arriba a bajo, los nombres de las provincias costeras de Roma en Asia Menor, las cuales enlazan por el sur con Fenicia y Egipto.

[13] Se trata de las ciudades que tras la conquista romana se mantuvieron como autónomas y estaban libres de pagar tributo. Acaya se corresponde con la península del Peloponeso.

lia[14], a la que, por estar compuesta de dos, llamaba gemela; una reclutada en Creta y Macedonia, compuesta de soldados veteranos, que, licenciados por sus anteriores generales, se habían establecido en estas provincias; dos de Asia que
2 había alistado el cónsul Léntulo. Además, como suplemento, distribuyó en las legiones gran número de soldados de Tesalia, de Beocia, de Acaya y de Epiro[15]. Entre éstos había
3 mezclado a los soldados del vencido Antonio[16]. Además de estas tropas, estaba esperando dos legiones de Siria con su general Escipión. Tenía tres mil arqueros de Creta, Lacedemonia, el Ponto y Siria y restantes naciones; dos cohortes de honderos de seiscientos hombres; siete mil soldados de caballería. De este número, Deyótaro[17] había llevado consigo seiscientos gálatas, Ariobarzanes[18], quinientos capadocios, y un contingente similar de tracios le proporcionó Coto[19],
4 quien además envió a su hijo Sádala. Tenía doscientos ma-

---

[14] Esta es la traducción que corresponde a la lectura unánime de los manuscritos, sin embargo, entre los editores modernos se está imponiendo la conjetura *Cilicia*. Cf. 88, 3.

[15] Algunas de las regiones más importantes de Grecia.

[16] Se trata de Gayo Antonio, hermano menor de Marco Antonio. Estando al frente de las operaciones en el Ilírico había caído con quince cohortes en una emboscada en la isla de Curicta (actual Veglia) en el Adriático.

[17] Tetrarca de Galacia y rey de Armenia Menor, títulos concedidos por el senado de Roma, fue siempre un fiel aliado de los romanos frente a los deseos expansionistas de Mitridates. Partidario decidido de Pompeyo, quien le había hecho nombrar rey en el 59. Tras la batalla de Farsalia se reconcilió con César (cf. *BAl* 67-68). A la muerte de César se puso de parte de Bruto, pero justo antes de la batalla de Philippos se pasó al bando de los triunviros. Murió de muerte natural en el año 40.

[18] Se trata de Ariobarzanes III, rey de Capadocia. Después de Farsalia acató también la autoridad de César.

[19] Rey de Tracia.

cedonios a quienes mandaba Rascípolis[20], hombre de gran valor; Pompeyo hijo[21] había traído en la escuadra quinientos galos y germanos de Aulo Gabinio, que estaban en Alejandría, y que Gabinio había dejado al rey Tolomeo como escolta[22]; había reunido de sus siervos y pastores ochocientos; Tarcundario Castor[23] y Donilao[24] le proporcionaron trescien- 5
tos de Galogrecia[25], uno de ellos había venido con las tropas y el otro envió a su hijo; Comageno Antíoco[26], a quien Pompeyo concedió grandes premios, envió desde Siria doscientos, de los que la mayor parte eran arqueros a caballo. Añadió 6
a éstos dárdanos y besos[27], bien mercenarios, bien reclutados por su prestigio militar o por amistad, e igualmente macedonios, tesalios y de las restantes razas y ciudades; y así completó aquel número ya indicado.

---

[20] Comandante macedonio, aunque algunos lo hacen tracio.

[21] Gneo Pompeyo, hijo mayor de Pompeyo Magno. Tiene una notable participación en el *BH*.

[22] Aulo Gabinio había sido tribuno de la plebe en el año 67 y de él toma nombre la Ley Gabinia propuesta en este año por la que se concedió a Pompeyo el mando supremo en la lucha contra los piratas. Posteriormente, fue cónsul en el 58 y procónsul de Siria en el 57. En el 55 restituyó en el poder a Tolomeo XIII Auletes, dejándole como protección las tropas de las que aquí se habla.

[23] Yerno del rey Deyótaro, gobernaba el pequeño territorio de Gorbeo en Galacia. Envía al frente de sus tropas a su hijo Castor, quien posteriormente acusará a Deyótaro de deslealtad ante César, lo que finalmente redunda en perjuicio de su padre Tarcundario al que Deyótaro quitará el reino y la vida.

[24] Uno de los tetrarcas de Galacia.

[25] Galogrecia o Galacia se denomina el territorio central de Asia Menor en torno a Ancira (la actual Ankara).

[26] Hijo de Mitridates, fue el primer rey de la región siria de Comagena por decisión de Pompeyo.

[27] Los dárdanos eran los habitantes de la actual Serbia y los besos eran un pueblo tracio que poblaba las riberas del curso superior del río Hebro (actual Maritza).

5 Había preparado una gran cantidad de trigo procedente
de Tesalia, Asia, Egipto, Creta y Cirene[28], y de las restantes
2 regiones; había decidido invernar en Durazo, Apolonia[29] y
en todas las demás ciudades de la costa, para impedir a Cé-
sar pasar el mar; con este motivo había colocado la escuadra
3 por todo el litoral. Pompeyo hijo mandaba las naves egip-
cias; Décimo Lelio y Gayo Triario[30], las asiáticas; Gayo Ca-
sio[31], las de Siria; Gayo Marcelo y Gayo Coponio[32], las de
Rodas; Escribonio Libón y Marco Octavio[33], la escuadra
4 de Liburnia[34] y Acaya. Sin embargo, estaba puesto al frente

[28] Cirene (actual Barka) es la ciudad capital de lo que luego sería la provincia Cirenaica, en Libia.

[29] Ciudad costera situada al sur de Durazo y que posiblemente se pueda identificar con el actual monasterio de Poiani.

[30] Décimo Lelio, destacado pompeyano, había sido tribuno de la plebe en el 54. Tras la batalla de Farsalia se reconcilió con César. Compartiendo el mando de la escuadra siria con Gayo Valerio Triario, consiguen apoderarse del puerto de Órico y bloquear Brindis, acontecimientos de los que se habla a continuación.

[31] Gayo Casio Longino, tribuno de la plebe en el 49, tras la batalla de Farsalia se reconcilió con César, lo que le permitió alcanzar la pretura en el 44; enfrentado de nuevo a César, fue uno de los organizadores del complot que acabo con la vida de éste. No debe confundirse con sus hermanos, Lucio y Quinto, ambos cesarianos; especialmente destacable éste último como desencadenante del descontento de la Hispania Ulterior (cf. I 2, nota 13 y *BAl* 49 y ss.).

[32] Gayo Coponio había ejercido el cargo de pretor en el 49. Sobre Gayo Marcelo véase I 6, 4, nota 33.

[33] Sobre Lucio Escribonio Libón, véase I 26, 3, n. 110. Al comandante de la escuadra Marco Octavio volveremos a encontrarlo en *BAl* 42-47.

[34] La escuadra libúrnica estaba formada por naves ligeras de ataque –seguramente algún tipo de falucho– que recibían este nombre por ser de uso corriente entre los liburnos del Ilírico.

de toda la acción marítima Marco Bíbulo[35] y a éste co-
rrespondía el mando supremo.

César, cuando llegó a Brindis, exhortó a los soldados di- 6
ciendo que, puesto que se había llegado casi al fin de los
trabajos y peligros, dejasen tranquilamente en Italia los es-
clavos y el bagaje; y que embarcasen en las naves ellos
mismos desembarazados a fin de que pudiese embarcarse
mayor número de soldados; y que esperasen todo de la vic-
toria y de su liberalidad; todos gritaron a un tiempo que
mandase lo que quisiese; que cualquier cosa que mandase
ellos lo harían con ánimo sereno; levó anclas el día anterior
a las nonas de enero (4 de enero), embarcando siete legio- 2
nes, como ya se ha dicho[36]. Al día siguiente tocó tierra. En- 3
contró un desembarcadero libre de tormentas entre las peñas
de Ceraunio[37] y otros lugares peligrosos; temiendo arribar a
cualquier puerto, pues juzgaba que el enemigo los ocupaba
todos, desembarcó en las proximidades de un lugar que se
llama Paleste[38], sin haber sufrido daño ninguna nave.

Estaban en Órico[39] Lucrecio Vespilón y Minucio Rufo[40] 7
con dieciocho naves asiáticas que mandaban por encargo de

---

[35] Marco Calpurnio Bibulo, pese a haber sido colega de César —o tal vez por ello— en el ejercicio de la edilidad (año 65), de la pretura (62) y del consulado (59), se convirtió en un decidido enemigo de César y partidario de Pompeyo. No debió de ser tampoco ajeno a esta tendencia su matrimonio con Porcia, hija de Catón.

[36] Cf. 2, 2.

[37] Los editores vacilan entre las lecturas *Ceraunionum* y *Germiniorum*. En cualquier caso se trata de una zona escabrosa de la costa del Epiro.

[38] Se trata de una conjetura asumida de forma general por los editores en vez de la lectura *Pharsalia* que ofrecen todos los códices. La lectura *Palaeste* está basada en LUCANO, *Farsalia* V 469. *Paleste* se corresponde con la actual Paliassa.

[39] Actual Palaeocastro, en la bahía de Valona.

[40] De estos dos comandantes sólo tenemos noticias de Quinto Lucrecio Vespilón. Es dudosa su identificación con el Quinto Lucrecio al que CICE-

Décimo Lelio; Marco Bíbulo con ciento diez naves, en Cor-
2 cira. Pero ni éstos se atrevieron a salir del puerto confiados en sus fuerzas, aunque César llevaba de protección doce naves de guerra en total, entre las que cuatro eran cubiertas, ni Bíbulo acudió al debido tiempo por no estar las naves en condiciones y hallarse dispersos los remeros, porque César fue visto junto a la costa antes de que el rumor de su venida llegase en absoluto a aquellas regiones.

8 En aquella misma noche, después de desembarcadas las tropas, César envió de nuevo las naves a Brindis para que las restantes legiones y la caballería pudiesen ser transporta-
2 das. El legado Fufio Caleno estaba al frente de esta misión, quien debía poner gran rapidez en el transporte de las legiones. Pero salidas las naves de tierra demasiado tarde y no hallando viento durante la noche, al volver sufrieron daño.
3 Pues informado Bíbulo en Corcira de la llegada de César y esperando poder dar alcance a alguna parte de las naves cargadas, las encontró ya vacías y cogiendo unas treinta descargó en ellas la ira del dolor producido por su descuido y las incendió todas; marineros y patronos de las naves murieron en el incendio de éstas, esperando Bíbulo desalentar a
4 los demás por la magnitud de este castigo. Hecho esto, ocupó a lo largo y a lo ancho con sus naves todos los desembarcaderos y la costa desde Sasona[41] al puerto de Órico, y colocando las guardias más cuidadosamente, él mismo vigilaba en las naves durante un invierno durísimo, no evitando trabajo alguno, ni desdeñando ningún oficio, ni esperando ayuda si llegaba a trabar combate con César, ***[42].

RÓN (*Ático* VIII 4, 3) hace responsable de la entrega de Sulmona (cf. I 18, nota 86).

[41] La actual isla de Sáseno, en la prolongación de la península y macizo de Acroceraunio.

[42] Empieza aquí una laguna de extensión considerable.

Después de la marcha de las naves libúrnicas de Iliria, 9
Marco Octavio vino a Salona[43] con las naves que tenía. Allí, incitando a los dálmatas y a otros bárbaros, separó la isla de Isa[44] del partido de César; pero, no pudiendo mover al conse- 2
jo de ciudadanos romanos de Salona ni con promesas ni con la advertencia del peligro que corrían, decidió atacar la ciudad. Está la ciudad protegida por su situación natural y por una colina. Pero los ciudadanos romanos, construyendo rá- 3
pidamente torres de madera, se fortificaron en ellas y, siendo demasiado débiles para resistir por la escasez de hombres, disminuidos además por las heridas, acudieron a un recurso extremo: dieron la libertad a todos los esclavos jóvenes y, cortando los cabellos de todas las mujeres, hicieron cuerdas. Cuando conoció Octavio la decisión de éstos, rodeó 4
la ciudad con cinco campamentos y empezó a estrecharlos, sitiando y atacando al mismo tiempo. Aquéllos, dispuestos a 5
sufrir todo, lo pasaban muy mal, sobre todo por la falta de trigo. Por lo cual, enviando mensajeros a César, le pedían auxilio; las restantes penalidades las aguantaban como podían. Habiendo transcurrido largo tiempo, cuando la prolon- 6
gación del ataque había hecho más negligentes a los soldados de Octavio, encontrando una oportunidad a la hora del mediodía por la marcha de los de Octavio, colocaron, en el muro a las mujeres y a los niños, a fin de que no se notase nada anormal, y ellos, haciendo formación con aquellos a los que habían dado la libertad recientemente, atacaron el más próximo campamento de Octavio. Conquistado éste, 7
con el mismo ímpetu atacaron otro, después el tercero y el cuarto, y, finalmente, el último; expulsaron a los enemigos de todos los campamentos y obligaron al propio Octavio y a

[43] Localidad de la costa dálmata a unos 5 Km al norte de Split.

[44] Isla situada en frente de Salona, actualmente Lisa.

las restantes tropas a huir a las naves, tras causarles gran
8 número de bajas. Éste fue el resultado del ataque. El invier-
no iba a entrar y Octavio, después de haber sufrido tan gran
derrota, habiendo perdido toda esperanza de atacar la ciu-
dad, se retiró a Durazo junto a Pompeyo.

10 Ya se ha dicho[45] que Lucio Vibulio Rufo, prefecto[46] de
Pompeyo, había caído dos veces en poder de César y que
fue puesto en libertad por éste: la primera vez en Corfinio,
2 la segunda en Hispania. César, por este beneficio, lo juzgó
apropiado para enviarle con una misión cerca de Pompeyo;
sabía también César que éste gozaba de gran prestigio ante
3 Pompeyo. El contenido fundamental de la misión era éste:
ambos debían poner fin a su obstinación, dejar las armas y
4 no probar más la fortuna. Por ambas partes ya se habían re-
cibido daños bastante importantes, que podían ser conside-
rados como enseñanza y aviso para que temiesen las demás
5 eventualidades. Pompeyo había sido expulsado de Italia,
había perdido Sicilia, Cerdeña, las dos Hispanias y 130 co-
hortes de ciudadanos romanos en Italia e Hispania. El mis-
mo César había sido advertido por la muerte de Curión y el
desastre del ejército de África[47] y también por la entrega del
6 ejército de Antonio en Curicta[48]. Por consiguiente, que no se
causasen más daños ni a sí mismos ni a la república. Ellos
mismos ya eran bastante prueba, por sus propios desastres,
7 de cuánto poder tiene la fortuna en la guerra. Ésta era la
única ocasión para tratar de la paz, mientras ambos confia-
ban en sus fuerzas y se consideraba igual su poder; si la for-
tuna ayudaba nada más un poco a uno de los dos, el que se

---

[45] Cf. I 15, 4; 34, 1; 38, 1.

[46] Era *praefectus fabrum*, es decir, comandante del cuerpo de ingenieros.

[47] Cf. II 36-44.

[48] Cf. n. 16.

considerase superior no admitiría condiciones de paz ni se consideraría satisfecho con una parte el que confiara en poder poseerlo todo. Puesto que antes no habían podido llegar 8
a un acuerdo, las condiciones de paz debían ser pedidas en Roma al senado y al pueblo romano. Mientras tanto, era pre- 9
ciso que la república y ellos mismos estuviesen de acuerdo en que ambos jurasen en la asamblea que ellos licenciarían el ejército en los tres días siguientes; depuestas las armas y 10
desechadas las otras ayudas en las que ahora confiaban, necesariamente uno y otro se contentarían con la decisión del senado y el pueblo. Para que Pompeyo pudiese aceptar más 11
fácilmente esto, él licenciaría todas sus tropas y las guarniciones de las ciudades ***[49].

Después de haber expuesto esto César, Vibulio conside- *11*
ró no menos importante informar a Pompeyo de la repentina llegada de César, a fin de que pudiese tomar una decisión respecto a ella antes de que se empezara a tratar de su misión. Así pues, caminando día y noche y cambiando de caballos para mayor rapidez, se dirigió a Pompeyo para anunciarle que César había llegado con todas las tropas. Pompeyo se encontraba en esta época en Candavia[50] y se di- 2
rigía desde Macedonia a los cuarteles de invierno de Apolonia y Durazo. Pero, alterado por esta noticia, empezó a acelerar la marcha con jornadas mayores, temiendo que César ocupase las ciudades del litoral. César, el mismo día del 3
desembarco, se dirigió a Órico. Al llegar allí encontró que Lucio Torcuato, quien por orden de Pompeyo mandaba en la ciudad y tenía allí una guarnición de partinos[51], intentó ce-

---

[49] Se ubica aquí una nueva laguna.

[50] Región montañosa situada al este de Durazo: la cruzaba la *Via Egnatia*.

[51] Pueblo del Ilírico que ocupaba la región intermedia entre Durazo y Candavia. A continuación, César se refiere a ellos llamándolos «griegos».

4 rrar las puertas y defenderla. Al dar orden a los griegos de
que subieran al muro y tomaran las armas, éstos se negaron
a luchar contra el pueblo romano; los habitantes de la ciu-
dad, por su parte, intentaban recibir a César. Así pues, Tor-
cuato, perdida la esperanza de recibir auxilios, abrió las
puertas y se entregó a César con la ciudad. César no le hizo
daño alguno.

12 Después de su entrada en Órico y sin pérdida de tiempo,
César se dirigió a Apolonia. Cuando supo la noticia de su
llegada Lucio Estaberio[52], que estaba al frente de la ciudad,
empezó a hacer provisión de agua en la fortaleza, a fortifi-
2 carla y a exigir rehenes a los habitantes. Éstos se negaron a
darlos y a cerrar las puertas de la ciudad al cónsul, manifes-
tando que no tomarían ninguna decisión contra lo que toda
3 Italia y el pueblo romano habían decidido. Estaberio, al co-
nocer el estado de ánimo de éstos, huyó ocultamente de
Apolonia. Éstos envían mensajeros a César y le reciben en
4 la ciudad. La misma decisión toman los bulidenses, aman-
cianos[53], las restantes ciudades limítrofes y todo el Epiro y,
enviando mensajeros a César, le prometen hacer lo que
mande.

13 Al saber Pompeyo lo sucedido en Órico y Apolonia, te-
miendo lo mismo en Durazo, se dirigió allí caminando día y
2 noche. Al mismo tiempo se decía que César se aproximaba,
y se apoderó tanto terror del ejército, pues caminaban día y
noche sin interrumpir la marcha, que casi todos los del Epi-
ro y regiones próximas abandonaron la formación, muchos
arrojaron las armas y la marcha del ejército parecía una hui-
3 da. Cuando acampó Pompeyo cerca de Durazo y dio orden

---

[52] Personaje conocido únicamente por este episodio.

[53] Habitantes de la ciudad de *Byllis* y de *Amantia*, situadas tierra adentro entre Apolonia y Órico. *Byllis* se corresponde con el pueblecito de Hekalj y *Amantia* se situaría en los alrededores de la actual Pljoca.

de medir el campamento, estando aún el ejército aterroriza-
do, Labieno se adelantó el primero y juró que él no le abando-
naría y que experimentaría la misma suerte que la fortuna
diese a Pompeyo. Los restantes legados hicieron el mismo 4
juramento; a éstos siguieron los tribunos militares y centu-
riones y todo el ejército juró lo mismo. César, al encontrar 5
ocupado el camino hacia Durazo, detuvo su marcha y puso
el campamento junto al río Apso[54] en el territorio de Apolo-
nia, a fin de que estuvieran garantizadas estas ciudades be-
neméritas con guarniciones y fortificaciones; decidió esperar
allí la llegada de Italia de las restantes legiones e invernar en
tiendas de campaña. Lo mismo hizo Pompeyo, colocó el 6
campamento al otro lado del río Apso y llevó allí todas las
tropas.

Caleno embarcó en Brindis las legiones y caballería, se- 14
gún le había ordenado César, y levó anclas con las naves
que tenía, pero a poca distancia del puerto recibió una carta
de César en la que le informaba que los puertos y todo el li-
toral estaban ocupados por la escuadra enemiga. Con esta 2
noticia se retiró al puerto e hizo volver a todas las naves.
Una de éstas que continuó y no obedeció la orden de Cale-
no, porque en ella no iban soldados y se regía por mando
particular, puso rumbo a Órico y fue atacada por Bíbulo; és- 3
te mató a todos los siervos y libres, incluso a los niños. Así
pues, la salvación de todo el ejército dependió de un corto
tiempo y de una gran casualidad.

Como se ha indicado[55], Bíbulo estaba con la escuadra en 15
Órico, y si por una parte cerraba a César el mar y los puer-
tos, por otra él no podía usar la tierra de estas regiones; en 2

---

[54] Llamado actualmente Semeni.

[55] De lo dicho en 15, 6 y 34, 1 se deduce que Bíbulo patrullaba por el mar, pero en ninguna parte del texto conservado se nos habla de que estuviera apostado enfrente de Órico.

efecto, César colocó guardias y era dueño de todo el litoral,
no permitiéndole ni hacer provisiones de agua y leña, ni lle-
3 var las naves a tierra. La situación era muy difícil y carecían
de las cosas más necesarias, hasta el punto de que se veían
obligados a traer en naves desde Corcira, no sólo el abaste-
4 cimiento general, sino también la leña y el agua; sucedió in-
cluso en una ocasión que, sufriendo fuertes tempestades, se
vieron obligados a recoger el rocío de la noche de las pieles
5 que cubrían las naves. Sin embargo, sufrían estas dificulta-
des paciente y resignadamente y no pensaban en abandonar
6 los puertos ni desguarnecer el litoral. Estando en esta situa-
ción que acabo de decir, y uniéndose Libón con Bíbulo,
hablan ambos desde las naves con los legados Marco Acilio
y Estacio Murco[56] (aquél mandaba las tropas del muro de la
ciudad y éste las tropas terrestres), y dicen que ellos quieren
hablar con César de una cuestión importantísima, si se les
permite. Dicen además algunas cosas para confirmarlo, de
7 manera que pareciese que iban a tratar de la paz. Piden que
8 mientras tanto haya tregua, y lo consiguen de éstos. Pues pa-
recía muy importante lo que proponían, y sabían Acilio y
Murco que César deseaba mucho esto y se creía que algo se
había conseguido con la misión de Vibulio.

16 César había ido en esta época con una legión a ocupar
otras ciudades y a procurarse abastecimiento de trigo, del
2 cual escaseaba; estaba en Butroto[57], frente a Corcira. Infor-
mado allí por cartas de Acilio y Murco de las peticiones de
3 Libón y Bíbulo, dejó la legión y se volvió a Órico. Cuando
llegó allí, llamó a la entrevista a aquéllos. Acudió Libón, y
excusó a Bíbulo diciendo que era un hombre muy iracundo

[56] Se trata, evidentemente, de los comandantes cesarianos. Marco Acilio Canino aparece en 39, 1 y 40, 1 intentando impedir la toma de Órico por parte de Gneo Pompeyo.

[57] Actual Vutsindro.

y que mantenía, además, una enemistad particular con César, adquirida cuando fueron ediles y pretores[58]; por esta razón había evitado la entrevista, temiendo que por su ira no se llevase a efecto una cuestión de gran utilidad y en la que
todos tenían puestas sus esperanzas. Dijo que siempre había 4
sido y era deseo suyo llegar a un acuerdo y abandonar las armas; pero que él, personalmente, no tenía ninguna atribución sobre este asunto, puesto que por acuerdo del consejo habían dado a Pompeyo la dirección de la guerra y de todos
los asuntos. Pero que, conocidas las peticiones de César, 5
ellos las remitirían a Pompeyo y que éste obraría por su cuenta con los consejos de ellos. Mientras tanto, que continuase la tregua, hasta que los emisarios pudiesen regresar de Pompeyo, y que no se dañasen unos a otros. Añadió, además, algunas palabras sobre su causa y sobre sus tropas.

César ni juzgó conveniente entonces responder a estas 17
palabras ni ahora hay motivo para escribirlo. Pedía César que 2
se le permitiera enviar sin peligro legados a Pompeyo, y que ellos tomasen a su cargo que esto fuera así, o bien que, recibiendo ellos mismos a los legados, los condujeran a
Pompeyo. En lo que se refería a la tregua, era tal la situación 3
de la guerra que ellos con su escuadra le impedían navegar y traer refuerzos, y él, por su parte, no les permitía a ellos ir a
tierra ni abastecerse de agua. Si querían que esto cesara, que 4
dejasen también ellos de vigilar el mar; pero si querían seguir teniéndolo, él también retendría lo suyo. Sin embargo, sin que ninguno de ellos abandonase sus posiciones, era posible tratar de la paz, pues esta situación no producía im-
pedimento. Libón ni aceptaba los mensajeros de César ni les 5

[58] Cf. n. 35. Del resentimiento que había provocado en Bíbulo la estrella brillante de César se hace eco Suetonio, *César* 10 y 20, 4. Cuenta, a propósito del consulado del año 59, que en Roma circulaba el chisme de que los cónsules no eran Bíbulo y César, sino Julio y César.

garantizaba su seguridad, sino que lo dejaba todo en manos
de Pompeyo. Sólo insistía y ponía todo su interés en una so-
6 la cosa: en la tregua. Cuando comprendió César que toda
esta entrevista había sido preparada para evitar el peligro
presente y la escasez de víveres, y que no llevaba ni condi-
ciones ni esperanza alguna de paz, volvió su pensamiento a
la prosecución de la guerra.

18 Bíbulo, no pudiendo desembarcar durante muchos días y
habiendo caído gravemente enfermo a consecuencia del frío
y el trabajo, no pudiendo tampoco cuidarse y no queriendo
abandonar la misión aceptada, no pudo resistir la violencia
2 de la enfermedad. Una vez muerto éste, no se dio a nadie el
mando supremo de las naves, sino que cada uno separada-
3 mente y según su juicio mandaba su escuadra. Vibulio, una
vez calmada la perturbación que había producido la repenti-
na llegada de César, en cuanto la situación le pareció ade-
cuada, empezó a tratar de la misión confiada por César, lle-
vando consigo a Libón, Luceyo y Teófanes[59], con los que
Pompeyo acostumbraba a deliberar los asuntos importantes.
4 Apenas empezó a hablar, Pompeyo le interrumpió y le pro-
hibió seguir hablando. Dijo Pompeyo: «¿Qué me importa a
mí la vida o la ciudad si se ha de creer que la tengo por be-
neficio de César?; esta creencia no podrá ser borrada, puesto
que se creerá que por él he sido restituido a Italia, de donde
5 salí». César, después de terminada la guerra, supo esto por
boca de aquellos que oyeron estas palabras. Sin embargo, in-

[59] Lucio Luceyo era amigo íntimo de Cicerón y también de Pompeyo; carecemos de datos sobre su carrera política. Teófanes de Mitilene era también amigo de Pompeyo y además su historiógrafo.

tentó tratar de la paz por otros medios, por medio de entrevistas[60].

Entre los dos campamentos de Pompeyo y de César so- 19
lamente mediaba el río Apso; los soldados dialogaban frecuentemente entre sí, y no se arrojaban mientras tanto nin-
gún dardo por convenio de los que hablaban. César envió al 2
legado Publio Vatinio[61] a la orilla misma del río, para que tratase aquellas cosas que más pareciesen convenir a la paz; le ordenó que dijese frecuentemente y en alta voz si se les daba permiso a los ciudadanos para enviar legados a los ciudadanos para tratar de la paz, cosa que incluso a los fugitivos del Pirineo[62] y a los piratas[63] se les había permitido, especialmente cuando se trataba de que los ciudadanos no
luchasen contra los ciudadanos. Vatinio dijo muchas cosas 3
en tono suplicante, como convenía a la salud suya y de todos, y fue oído en silencio por los soldados de ambos lados.
De la otra parte respondieron que Aulo Varrón[64] prometía 4
acudir a conversar al día siguiente y que al mismo tiempo vería de qué modo los legados podrían venir con seguridad y exponer lo que quisieran; se fija un tiempo determinado
para este coloquio. Al día siguiente se reunió allí de ambas 5
partes una gran multitud, pues había gran expectación y los

---

[60] De lo que se dirá a continuación se deduce que César se está refiriendo a entrevistas tenidas en presencia de los dos ejércitos como forma de aumentar su presión sobre el adversario.

[61] Publio Vatinio, cuestor en el 62, tribuno de la plebe en el 59, pretor en el 55, cónsul en el 47. Volveremos a encontrarlo en 90, 1 y 100, 2 al mando de la defensa de Brindis.

[62] Referencia a las tropas sertorianas refugiadas en los Pirineos por la presión de Pompeyo en el año 72.

[63] Pompeyo había obtenido uno de sus éxitos más recordados en la campaña contra los piratas de Cilicia en el año 67.

[64] Aulo Terencio Varrón Murena es otro amigo de Cicerón, de quien recibió elogios en el *En defensa de Aulo Cecina* 25.

6 ánimos de todos parecían dispuestos a la paz. De entre la
multitud avanzó Labieno y empezó a hablar de la paz en to-
7 no soberbio y a discutir con Vatinio. En medio de la discu-
sión son interrumpidos por una multitud de flechas arrojadas
repentinamente de todas partes, que no dañaron a Vatinio
por haber sido protegido con las armas de los soldados; sin
embargo muchos fueron heridos; entre ellos Cornelio Balbo,
Marco Plotio y Lucio Tiburcio[65], algunos centuriones y sol-
8 dados. Entonces Labieno dijo: «Cesad ya de hablar de la
paz, pues para nosotros no puede existir ninguna paz si no
se nos trae la cabeza de César».

20 En esta época en Roma el pretor Celio Rufo[66], habiendo
tomado a su cargo la defensa de los deudores, al principio
de su magistratura colocó su tribunal junto a la silla del pre-
tor urbano, Gayo Trebonio, prometiendo auxiliar a quien
apelase sobre la estimación que se hacía por medio del árbi-
tro y sobre los pagos, según César había decidido, cuando
2 estuvo en Roma. Sucedía, por la justicia del decreto y la be-
nignidad de Trebonio, quien pensaba que en estas circuns-
tancias se había de aplicar el derecho con clemencia y mo-
deración, que no se encontraba nadie que formulase una
3 apelación. Pues aun excusarse por pobreza o quejarse de las
calamidades propias o de las que traen los tiempos y presen-
tar dificultades en la venta, ya es propio de un espíritu me-
diocre; pero retener íntegros sus bienes los que confiesan
que son deudores, ¿de qué espíritu es propio o qué desver-

---

[65] De estos tres oficiales cesarianos solamente tenemos información cierta sobre Lucio Cornelio Balbo el Joven; de origen hispano y cesariano convencido, pese a sus pretensiones literarias, adquirió mayor fama como constructor en Roma del teatro que lleva su nombre.

[66] Marco Celio Rufo (cf. I 2, 4, nota 11), como *praetor peregrinus* se oponía, por demasiado blanda, a la política sobre cancelación de deudas desarrollada por César y aplicada por Gayo Trebonio.

güenza requiere? Así pues, no se encontró nadie que pidiese 4
esto. Se consideró a Celio más radical que aquellos cuyo
beneficio procuraba. Con este principio y para que no pare- 5
ciese que había emprendido en vano una torpe causa, pro-
mulgó una ley en virtud de la cual las deudas se pagarían sin
usura en seis años.

El cónsul Servilio se opuso, e igualmente los demás ma- 21
gistrados; consiguiendo Celio menos de lo que esperaba y,
para atraerse la adhesión de las gentes, retiró la ley anterior
y promulgó dos: una por la que concedió no pagar las rentas
de las habitaciones durante un año, y la otra sobre nueva 2
cancelación de deudas; la multitud se arrojó sobre Trebonio
y Celio lo arrojó del tribunal, resultando algunos heridos. El 3
cónsul Servilio comunicó al senado este desmán, y el sena-
do decidió apartar de los cargos públicos a Celio. En virtud
de este decreto el cónsul no le permitió asistir al senado y lo
expulsó de la tribuna cuando intentaba hablar al pueblo. Ce- 4
lio, indignado por su incapacitación y movido por el dolor,
fingió en público dirigirse a César, pero ocultamente envió
legados a Milón[67], quien, por haber matado a Clodio[68], esta-

[67] Tito Anio Milón, yerno de Sila, había sido tribuno de la plebe en el 57 y pretor en el 55; en el año 54 se arruinó con la organización de unos vistosísimos juegos de cara a conseguir el consulado del 52, empresa en la que fracasó. Como cabecilla de la banda de gladiadores que defendía los intereses del partido de los optimates fue condenado a muerte por el asesinato de Clodio a principios del año 52. Se libró de la condena con su exilo en Marsella, donde se encontraba entonces.

[68] Publio Clodio Pulcro, miembro de una familia patricia, se pasó al bando de los populares haciéndose adoptar por un plebeyo y vulgarizando su nombre de *Claudius* en *Clodius*. Fue cuestor en el 61 y tribuno de la plebe en el 58; notable demagogo, en el ejercicio de esta última magistratura consiguió que se condenara a Cicerón por su actuación en la represión de la conjuración de Catilina. Estaba al frente de las bandas populares y en uno de sus enfrentamientos con las bandas optimates de Milón encontró la muerte.

ba condenado por este delito, y llamándole a Italia lo unió a su causa, porque, al haber dado grandes espectáculos de gladiadores, tenía de su parte lo que quedaba de las bandas de gladiadores; y le envió al campo turino[69] para atraerse a los
5 pastores. Celio, habiendo llegado a Casilino[70] y habiendo sido apresadas al mismo tiempo sus enseñas militares y armas en Capua[71], a la par que se hacían notar en Nápoles las bandas de gladiadores que preparaban la entrega de la ciudad, descubiertos ya sus propósitos, apartado de Capua y temiendo el peligro, porque el consejo de ciudadanos había tomado las armas y le consideraba enemigo, abandonó su propósito y desistió de dirigirse a esta ciudad.

22 Mientras tanto, Milón envió cartas a los municipios, diciendo que lo que hacía lo hacía por indicación y orden de Pompeyo y que éste se lo había comunicado por medio de Vibulio; procuraba atraerse a los que creía asediados por las
2 deudas. En vista de que no conseguía nada entre éstos, abrió algunas cárceles y empezó a atacar a Cosa, en el campo turino[72]. Allí, como por el pretor Quinto Pedio[73] con una le-
3 gión ***[74] herido con una piedra desde el muro, murió. Ce-

---

[69] Perteneciente a la ciudad de *Thurii*, en el golfo de Tarento; construida junto a las ruinas de la antigua *Sibaris*, fue posteriormente colonizada de nuevo por los romanos con el nombre de *Copiae*. Se encuentra junto a la actual Terranova.

[70] Ciudad de Campania, ubicada donde la Capua moderna.

[71] Actualmente Santa Maria di Capua Vetere.

[72] Esta traducción corresponde a la lectura de los manuscritos; sin embargo, Veleyo Patérculo (II 68) indica que Milón murió *ad Compsam in Irpinis*, lo que ha llevado a los editores modernos a corregir el texto de César en este sentido, es decir, interpretando «en Compsa, en el territorio de los Hirpinos».

[73] Quinto Pedio, sobrino de César, fue su legado en las Galias en el año 58; posteriormente fue edil en el 54 y en el año de la acción, el 48, era pretor. Luego fue legado de César en Hispania en el 45, y cónsul en el 44.

[74] La transmisión textual presenta en este punto una pequeña laguna.

lio, dirigiéndose a César, según decía continuamente, llegó a Turios, donde, al intentar atraerse a algunas gentes de aquel municipio y prometer dinero a algunos jinetes galos e hispanos de César que habían sido enviados allí como guarnición, fue muerto por éstos. De este modo tuvieron rápido y 4
fácil fin acontecimientos graves en su principio, que tenían a Italia soliviantada a causa de la actividad de los magistrados y la dificultad de los tiempos.

Salió Libón de Órico con las cincuenta naves de la es- 23
cuadra que mandaba, vino a Brindis y ocupó la isla que está frente al puerto de esta ciudad, porque creía que era más conveniente dominar este solo lugar, por donde necesariamente tenían que salir los nuestros, que cerrar todos los puertos y vigilar todo el litoral. Con su repentina llegada 2
apresó e incendió algunas naves de carga y se llevó una cargada de trigo, además del gran temor que infundió a los nuestros; durante la noche desembarcó soldados y arqueros, expulsó a la guarnición de caballería, y hasta tal punto aprovechó la posición del lugar que envió una carta a Pompeyo diciendo que, si quería, podía mandar retirar y reparar todas las demás naves, pues él, con su escuadra, cerraría el paso a todos los refuerzos de César.

En esta circunstancia estaba en Brindis Antonio[75], quien, 24
confiado en el valor de los soldados, cubrió unas sesenta lanchas de las naves grandes con zarzos y corazas; embarcó en ellas soldados elegidos y las colocó en varios lugares separados de la costa; hizo salir a la boca del puerto, con el pretexto de ejercitar a los remeros, a dos naves trirremes que había mandado hacer en Brindis. Cuando las vio Libón 2
avanzar audazmente, esperando poder capturarlas, envió a su encuentro cinco cuatrirremes. Cuando éstas se aproxima-

[75] Marco Antonio.

ron a nuestras naves, nuestros veteranos se retiraron al puerto y aquéllas las siguieron incautamente por el deseo de
3 apoderarse de ellas. Súbitamente las lanchas de Antonio, a una señal dada, se lanzaron desde todas partes contra el enemigo; en su primer ataque apresaron una cuatrirreme con remeros y soldados y obligaron a huir vergonzosamente a
4 las restantes. Se añadió a este fracaso el que los jinetes colocados por Antonio a lo largo del litoral les impedían hacer provisión de agua. Libón, impulsado por esta necesidad y dolido por la vergüenza, se retiró de Brindis y abandonó el cerco de los nuestros.

25 Habían pasado ya muchos meses[76] y el invierno iba a terminar, pero no venían desde Brindis las naves ni las legiones. Creía César que habían sido desaprovechadas algunas ocasiones de pasar, porque, en efecto, con frecuencia habían soplado vientos favorables y creía que hubiera sido
2 preciso aprovecharlos. Cuanto más avanzaba el tiempo más cuidadosamente vigilaban los que mandaban las escuadras e iban cobrando mayor confianza de impedir el paso. Además, eran amonestados frecuentemente por cartas de Pompeyo diciéndoles que no permitiesen pasar al restante ejército de César, ya que no habían impedido en un principio el paso al mismo César; esperaban que con vientos más suaves cada día el tiempo fuera más difícil para transportar las tropas.
3 Preocupado César por esta situación, escribió severamente a los suyos a Brindis, diciéndoles que aprovecharan un viento favorable y no perdieran la ocasión de navegar, si podían dirigir el rumbo al litoral de Apolonia y lanzar allí las naves[77].

---

[76] En realidad no llegaba a tres meses, pues había desembarcado en enero y la acción se desarrolla en la segunda quincena de marzo, según el calendario no reformado.

[77] De hecho, algunos autores (Plutarco, *César* 38; Suetonio, *César* 58; Apiano, *Guerras civiles* II 56-58; Lucano, V 497-702) hablan inclu-

En efecto, estos lugares eran los menos vigilados por la es- 4
cuadra enemiga, porque no se atrevía a alejarse mucho de
los puertos.

Los de Brindis, cobrando audacia y valor, bajo la direc- 26
ción de Marco Antonio y Fufio Caleno y a ruego de los
mismos soldados, que no recusaban peligro alguno por Cé-
sar, aprovechando un viento del sur, levaron anclas; al día
siguiente pasaron delante de Apolonia y Durazo. Al ser vis- 2
tos desde tierra, Gayo Coponio, que mandaba la escuadra
rodia en Durazo, sacó las naves del puerto, y, cuando ya se
aproximaba a los nuestros por haber cedido el viento, de
nuevo se incremento el viento del sur y fue la salvación
de los nuestros[78]. Sin embargo, aquél no abandonó su inten- 3
to por esta causa, sino que esperaba poder vencer la violen-
cia del temporal con el esfuerzo y perseverancia de los ma-
rineros; los siguió incluso después de haber pasado Durazo,
y a pesar de la gran violencia del viento. Los nuestros, apro- 4
vechando el beneficio de la fortuna, temían, sin embargo, el
ataque de la escuadra, si por casualidad cedía el viento. Al-
canzaron un puerto que se llama Ninfeo[79], tres mil pasos
más allá de Liso[80], y entraron en él (este puerto estaba pro-
tegido del viento sudoeste, pero no del viento sur); conside-
raron mucho más leve el peligro de la tempestad que el de la
escuadra enemiga. Apenas entraron en el puerto, con increí- 5

so de un intento de César por embarcarse en una nave ligera de reconocimiento para ir en busca de las tropas dejadas en Italia.

[78] En el desarrollo de estas maniobras debe tenerse en cuenta que las naves cesarianas son naves de carga y que, por tanto, se mueven propulsadas por el viento, en tanto que las naves de los pompeyanos son naves de guerra que cuentan además con la fuerza de los remos.

[79] Actualmente San Giovanni di Medua.

[80] Actual Ljesch en la desembocadura del Drin. El avance de la costa ha dejado la ciudad tierra adentro.

ble oportunidad, el viento del sur, que había soplado durante
dos días, se convirtió en viento sudoeste.

27 Entonces fue posible ver un súbito cambio de la fortuna.
Los que un momento antes temían por sí quedaban resguar-
dados en un puerto segurísimo, y los que habían puesto en
peligro a nuestras naves se veían obligados a temer por su
2 propio peligro. Así pues, cambiando el tiempo, los nuestros
quedaron a cubierto, y las naves rodias en difícil situación,
de modo que sin excepción todas las naves cubiertas, en
número de dieciséis, se estrellaron y se perdieron en el nau-
fragio, y de un gran número de remeros y soldados una parte
murió al ser lanzados por el mar contra las rocas y la otra
fue recogida por los nuestros; a todos ellos César les envió a
su casa sin daño alguno.

28 Dos naves nuestras que se retrasaron y a las que sor-
prendió la noche, ignorando el lugar en que habían tomado
2 tierra las demás, echaron anclas frente a Liso. Otacilio Cra-
so, que mandaba en Liso, envió barcas y muchas naves pe-
queñas y se disponía a apoderarse de ellas; al mismo tiempo
trataba de su rendición y prometía no hacer daño a los que
3 se entregasen. Una de estas dos naves llevaba doscientos
veinte soldados de una legión recién alistada; la otra, algo
4 menos de doscientos de una veterana. Entonces pudo cono-
cerse cuánto ayuda a los hombres la fortaleza de ánimo.
Pues los recién alistados, atemorizados por el gran número
de naves y agotados por el mareo, aceptaron el juramento
dado de que los enemigos no les harían daño alguno y se en-
tregaron a Otacilio; todos ellos, llevados ante él, fueron
muertos cruelmente en su presencia contra la observancia
5 del juramento dado. Los soldados de la legión veterana,
igualmente agotados por la tempestad y el olor del fondo de
la nave, juzgaron que no debían ceder lo más mínimo en su
valor; tratando las condiciones y simulando entregarse gana-

ron la primera parte de la noche y obligaron al piloto a arrojar la nave a tierra[81] y allí pasaron el resto de la noche, 6
habiendo ocupado un lugar conveniente; al amanecer, Otacilio envió contra ellos la caballería que guardaba aquella parte del litoral, aproximadamente cuatrocientos jinetes, a los que siguieron algunos soldados de la guarnición, pero los nuestros se defendieron y, habiendo dado muerte a algunos enemigos, se retiraron sin daño al grueso de las tropas de Antonio.

Hecho esto, el consejo de ciudadanos romanos que go- 29
bernaba Liso, ciudad que habían recibido de César y que éste había cuidado de fortificar, recibió a Antonio y le ayudó con todos los medios. Otacilio, temiendo por sí mismo, huyó de la ciudad y se dirigió a Pompeyo. Desembarcadas todas las 2
tropas, cuyo total era de tres legiones veteranas, una recientemente alistada y ochocientos jinetes, Antonio envió la mayor parte de las naves a Italia para el transporte de la restante infantería y caballería; pero se reservó en Liso una 3
especie de naves galas llamadas «pontones»[82], con el propósito de que, si Pompeyo, juzgando a Italia indefensa, transportaba a ella su ejército, opinión ya bastante extendida, César tuviese alguna posibilidad de perseguirlo; Antonio envió rápidamente mensajeros a César diciéndole en qué lugar había desembarcado el ejército y cuántas tropas había transportado.

César y Pompeyo conocieron este desembarco casi al 30
mismo tiempo. Pues habían visto pasar las naves por Apo-

---

[81] Hay que entender que se trata de una nave de carga requisada y que, en consecuencia, el timonel, que incluso podría ser el capitán o propietario de la nave, no vería con buenos ojos el interés de los veteranos por embarrancarla.

[82] ISIDORO DE SEVILLA (*Orígenes* XIX 1, 24) define los *pontones* como barcazas impulsadas a remo que se utilizaban en la navegación fluvial.

lonia y Durazo y ambos habían emprendido la marcha por tierra siguiendo la dirección de ellas. Pero no sabían en los primeros días a qué punto de la costa habrían ido a parar.
2 Cuando lo supieron, tomaron los dos una decisión distinta: César unirse lo antes posible con Antonio, Pompeyo oponerse en el camino a los que venían, por si podía atacarlos
3 desprevenidos por medio de una emboscada[83]. El mismo día uno y otro sacan el ejército de los campamentos permanentes, alejándose del río Apso; Pompeyo de noche y oculta-
4 mente; César de día y a la vista de todo el mundo. Éste tenía que recorrer un camino más largo dando un gran rodeo curso arriba del río para vadearlo; Pompeyo se dirigió a marchas forzadas hacia Antonio, pues tenía el camino libre y no
5 necesitaba atravesar el río; cuando supo que Antonio estaba cerca, ocupando un lugar conveniente, dispuso allí sus tropas y las retuvo dentro del campamento, prohibiendo hacer
6 hogueras, a fin de que su llegada pasara inadvertida. Antonio supo enseguida la llegada de Pompeyo por medio de los griegos[84]. Envió mensajeros a César y se mantuvo un día en
7 el campamento; al día siguiente César se unió a él. Al conocer la llegada de César, Pompeyo, temiendo ser rodeado por dos ejércitos, abandonó este lugar y con todas las tropas se dirigió a Asparagio[85] en el territorio de Durazo, donde puso el campamento en un lugar apropiado.

31 En esta época Escipión se había dado el título de *imperator* a pesar de algunos desastres sufridos cerca del monte

[83] Pompeyo se encontraba en la orilla derecha del río y, por tanto, más cerca de las tropas recién desembarcadas.

[84] Se trata de los partinos citados anteriormente; cf. cap. 11, 3.

[85] Ciudad del Ilírico, situada unos 40 Km al sur de Durazo, en la ribera del río *Genusus* (actual Scumbi). Se la ha identificado con las actuales Subzoti, Rogozina y Bastova.

Amano[86]. Después de esto impuso grandes tributos a las ciu- 2
dades libres y a los tiranos, igualmente exigió a los publica-
nos de su provincia los tributos adeudados de dos años y a
éstos mismos les cobró por adelantado, a título de préstamo,
los tributos del año siguiente. Ordenó también una leva de
caballería en toda la provincia. Una vez hecha ésta, dejando 3
tras de sí en la misma frontera a los enemigos partos, que
recientemente habían dado muerte al general Marco Craso[87]
y cercado a Marco Bíbulo[88], sacó de Siria las legiones y la
caballería; la provincia se sumió en gran ansiedad y temor 4
de guerra con los partos, oyéndose algunas voces de solda-
dos que decían que si se les llevaba contra el enemigo irían,
pero que no tomarían las armas contra un ciudadano y cón-
sul. Escipión llevó las tropas a los cuarteles de invierno en
Pérgamo[89] y otras ciudades riquísimas; hizo grandes dádivas
a su ejército, y para asegurarse la adhesión de los soldados
les entregó ciudades para que las saquearan.

Mientras tanto se exigían durísimamente contribuciones 32
en toda la provincia[90]; además, cada día se imaginaban más
medios para satisfacer la avaricia. Se imponían tributos por 2
cada persona libre o esclava; se exigían contribuciones so-
bre las columnas, las puertas, el grano, los soldados, los re-
meros, las armas, las máquinas y los transportes; si se podía
encontrar el nombre de un tributo, ya esto era suficiente pa-
ra imponerlo. Se nombraban jefes militares no sólo en las 3

[86] Actual Alma-Dagh, en la cordillera del Tauro, que separa Cilicia de Siria. Escipión seguía ejerciendo como gobernador de Siria, provincia que le había correspondido en el año 49.

[87] Marco Licinio Craso, miembro del primer triunvirato, había muerto en el año 53 luchando contra los partos en la batalla de Carras.

[88] Mientras ejercía el proconsulado de Siria en los años 51-50.

[89] Capital de Misia, en la provincia de Asia, en la parte oriental de Asia Menor. Era famosa en la antigüedad por sus riquezas.

[90] Hay que entender la provincia de Asia.

ciudades, sino incluso en las aldeas y castillos. El que de éstos obraba más dura y cruelmente era considerado como un
4 hombre de valor y un excelente ciudadano. Toda la provincia estaba llena de lictores y de mandos militares, exuberante de prefectos y de recaudadores, quienes, además de exigir las contribuciones, procuraban también por su peculio propio. Decían continuamente que ellos, al vivir expulsados de su casa y de su patria, carecían de las cosas indispensables, para, de este modo, cubrir con una honesta apariencia una
5 acción vergonzosa. A estos males se añadían grandes usuras[91], lo que generalmente suele suceder en la guerra, puesto que se imponían contribuciones a todo el mundo; en estas circunstancias la demora de un día en el pago se consideraba ya como una dádiva. Por consiguiente, las deudas de la pro-
6 vincia se multiplicaron en aquellos dos años sin que dejaran de imponerse por esta causa tributos a los ciudadanos romanos de aquella provincia, sino que se imponían determinadas cantidades a cada consejo y a cada ciudad. Decían que exigían estos empréstitos por decreto del senado[92] y, como habían hecho en Siria[93], tomaron adelantada a los publicanos la recaudación del año siguiente.

33 Además Escipión mandó que se quitaran del templo de Diana, en Éfeso[94], las riquezas depositadas allí desde tiempo

---

[91] Cicerón (*Ático* V 21, 12) habla de un interés del 48%.

[92] Senadoconsulto al que se alude en I 6, 3 y I 14, 1 por el cual se autorizaba a Pompeyo a realizar levas y a hacer frente a los gastos necesarios con los réditos de los impuestos.

[93] Seguimos la lectura del manuscrito M2 y adoptada de forma general a partir de Estienne: *ut in Syria fecerant*. P. Fabre conjetura: *ut ii sortem fecerant*, es decir, 'puesto que habían amasado capitales con la intención de darlos en préstamo.'

[94] Ciudad principal de Lidia, en la provincia de Asia. El templo de Ártemis (Diana para los romanos) se consideraba una de las siete maravillas del mundo antiguo.

remoto. Fijado un día determinado para esto, cuando iba a
dirigirse al templo en compañía de muchos senadores que
había llamado Escipión, le fue entregada una carta de Pom-
peyo que decía que César había pasado el mar con las legio-
nes, que viniese a él rápidamente con el ejército y que aban-
donase todo lo demás. Al recibir esta carta despidió a los 2
que había llamado y empezó a preparar su marcha a Mace-
donia, y pocos días después se puso en camino. Este hecho
fue la salvación de los tesoros de Éfeso.

César, después de incorporársele el ejército de Antonio 34
y de retirar la legión que había colocado en Órico para la de-
fensa del litoral, creyó que era la ocasión de explorar la vo-
luntad de las provincias y proseguir su marcha. Llegaron a 2
él mensajeros de Tesalia y Etolia[95], quienes le prometieron
que, si enviaba una guarnición, todos aquellos pueblos obe-
decerían sus órdenes; envió con una legión recientemente
alistada, que era designada con el número XXVII, a Lucio
Casio Longino[96] hacia Tesalia y le dio además doscientos
jinetes; envió igualmente a Etolia, con cinco cohortes y unos
pocos jinetes, a Gayo Calvisio Sabino[97]; exhortó especial-
mente a ambos a ocuparse del aprovisionamiento de trigo,
puesto que eran regiones próximas. Ordenó a Gneo Domicio 3
Calvino[98] que marchara con las legiones XI y XII, y con

---

95 Regiones de la Grecia continental situadas al norte del golfo de Corinto.

96 Hermano menor de Gayo y Quinto Casio Longino (Cf. I 2, 7; II 19, 1; 21, 4; III 5, 3, y 101, 1-7).

97 Este oficial cesariano seguirá posteriormente la carrera política y alcanzará el consulado en el año 39; al año siguiente, en el 38, comandará la flota dirigida contra Sexto Pompeyo.

98 Había sido tribuno de la plebe en el 59, pretor en el 56 y cónsul en el 53. Volveremos a encontrarlo en *BAl* 9, 34 y 65.

4 quinientos jinetes, a Macedonia; Menedemo[99], príncipe de aquellas regiones, enviado como legado por aquella parte de esta provincia que se llamaba Libre[100], le prometía gran adhesión de todos los suyos.

35 De estos, Calvisio, a su llegada, fue recibido con la mejor disposición por parte de todos los etolios y, una vez expulsadas las guarniciones adversarias de Calidón y Naupac-
2 to[101], se apoderó de toda Etolia. Casio llegó a Tesalia con la legión. La disposición de ánimo de los ciudadanos estaba dividida aquí por existir dos facciones: Hegesareto, hombre que poseía un poder tradicional, apoyaba al partido de Pompeyo; Petreo, joven de gran nobleza, se esforzaba en ayudar a César con sus recursos propios y los de los suyos[102].

36 En esta misma época llegó también Domicio a Macedonia y empezaron a llegar a él constantes embajadas de las ciudades; entonces corrió la noticia de que llegaba Escipión con las legiones, teniendo todos una gran estimación de su prestigio, pues generalmente, en las novedades, la fama ex-
2 cede a la realidad. Escipión no se detuvo en ningún lugar de Macedonia, sino que con gran ímpetu se dirigió hacia Domicio y, cuando no distaba de él más que veinte mil pasos, repentinamente cambió de dirección y fue a Tesalia en bus-
3 ca de Casio Longino. Hizo esto con tanta rapidez, que la noticia de su venida y la de que ya llegaba se anunciaron al mismo tiempo; para caminar sin estorbo dejó a Marco Fa-

---

[99] Premiado con la ciudadanía romana, tras la muerte de César se convertirá en chivo expiatorio de los enemigos del dictador.

[100] La parte occidental de Macedonia.

[101] Ciudades etolias situadas en la ribera del golfo de Corinto. Naupacto se corresponde con la actual Epaktos.

[102] De estos personajes sabemos poco más que lo que se dice aquí. Respecto al nombre del segundo, partimos de la conjetura *Petraeus*, propuesta por Ciacconius y seguida por Fabre y Mariner.

vonio[103] junto al río Haliacmón[104], que sirve de frontera en-
tre Macedonia y Tesalia, con ocho cohortes para protección
del bagaje de las legiones y le ordenó que fortificase allí un
fortín. Al mismo tiempo se presentó rápidamente, junto al 4
campamento de Casio, la caballería del rey Coto, que solía
estar en los alrededores de Tesalia. Entonces Casio, asusta- 5
do al saber la llegada de Escipión y ver la caballería que
creía de éste, se retiró a los montes que rodean Tesalia, y
desde aquí tomó el camino hacia Ambracia[105]. Pero llegó a 6
Escipión, cuando se esforzaba en seguirle, una carta de Mar-
co Favonio diciéndole que Domicio se aproximaba con las
legiones, y que él, sin el auxilio de Escipión, no podría de-
fender la posición que tenía a su cargo. Al recibir esta carta, 7
Escipión cambia de decisión y de ruta; deja de perseguir a
Casio y procura llevar auxilio a Favonio. Así, pues, marchan- 8
do de día y de noche, llegó junto a él, con tanta oportunidad,
que al mismo tiempo se distinguía el polvo que levantaba el
ejército de Domicio y se veían las tropas de vanguardia de
Escipión. Así, la habilidad de Domicio salvó a Casio y la ra-
pidez de Escipión a Favonio.

Escipión se detuvo dos días en el campamento junto al 37
río Haliacmón, que corría entre su ejército y el de Domicio.
Al amanecer el tercer día, pasó el ejército por un vado,
acampó allí durante la noche, y, en la mañana del día si-
guiente, ordenó sus tropas delante del campamento. Domi- 2
cio juzgó que no debía dudar en entablar combate, sacando
sus legiones. Había entre los dos un campo aproximadamen-

[103] Edil en el 53 y pretor en el 49. Participará en la batalla de Farsalia y su nombre figurará en la lista de proscripciones que se dictaron a la muerte de César.

[104] Llamado en la actualidad Vistritza.

[105] Ciudad del sur del Epiro, actual Arta.

te de tres mil pasos[106]; Domicio colocó sus tropas en línea al
lado del campamento de Escipión, pero éste perseveró en no
3 apartarse de la estacada. Sin embargo, no se entabló comba-
te, por retener Domicio a sus soldados que querían atacar, y
especialmente, porque el río, de orillas difíciles, que estaba
junto al campamento de Escipión, impedía el avance de los
4 nuestros. Al saber Escipión el deseo de luchar de los nues-
tros y sospechando que al día siguiente se vería obligado a
combatir contra su voluntad o que se mantendría en el cam-
pamento con gran desdoro, puesto que había venido con tan
gran expectación, avanzando temerariamente, tuvo un final
vergonzoso. Por la noche pasó el río sin dar siquiera el to-
que para la recogida del bagaje, y se volvió al mismo sitio
de donde había venido, donde puso el campamento cerca del
5 río en un lugar elevado. Unos días después colocó una em-
boscada de jinetes en el lugar donde los nuestros acostum-
braban a forrajear casi todos los días anteriores. Siguiendo
la costumbre diaria, Quinto Varo[107], prefecto de la caballería
de Domicio, vino a aquel lugar y súbitamente aquéllos salie-
6 ron de la emboscada. Pero los nuestros resistieron con forta-
leza el ataque, cada uno se incorporó rápidamente a su pues-
to y todos atacaron al enemigo sin recibir orden para ello.
7 Los nuestros se retiraron al campamento con la pérdida de
dos soldados y aquéllos fueron puestos en fuga después
de haber tenido ochenta muertos.

38 Después de estas acciones, Domicio, esperando poder
atraer a Escipión al combate, simuló que levantaba el cam-
pamento, impulsado por la escasez de trigo; dando la señal

---

[106] Unos 4'5 Km. Esta traducción responde a una conjetura de Loriti, seguida por Fabre, en substitución de la lectura VI que ofrecen los manuscritos y que ya Stoffel desechó por no ajustarse a la realidad del terreno.

[107] Quinto Atio Varo había sido con anterioridad prefecto de la caballería de César en la campaña de las Galias del 51.

de marcha, avanzó tres mil pasos[108], y dispuso todo el ejército y la caballería en un lugar apropiado y oculto. Escipión, 2
dispuesto a seguirle, envió por delante gran cantidad de caballería para conocer y explorar el camino seguido por Domicio. Cuando ya habían avanzado y las primeras secciones 3
habían entrado dentro del campo de la emboscada, sospecharon por el relincho de los caballos, y empezaron a retirarse hacia los suyos; los que les seguían, advirtiendo la rápida retirada de éstos, se detuvieron. Los nuestros, viendo 4
que el enemigo ya había advertido la emboscada y temiendo esperar en vano a los demás, sorprendieron a dos secciones que tenían a su alcance (de sus componentes fueron muy pocos los que lograron huir hacia su campo; entre ellos estaba Marco Opimio, prefecto de la caballería)[109], y a todos los demás de estas secciones o bien los mataron o los llevaron prisioneros a la presencia de Domicio.

Como ya se ha dicho[110], César retiró todas las guarnicio- 39
nes del litoral, pero dejó tres cohortes en Órico para defender la ciudad, a las que encargó también la custodia de las naves de guerra que había traído de Italia. Estaba al frente de esta misión y al mando de la ciudad el legado Acilio Canino[111]. Éste colocó nuestras naves en el puerto interior, de- 2
trás de la ciudad, y las amarró a tierra; en la boca del puerto colocó una nave de carga sumergida, y junto a ésta, puso otra, sobre la cual construyó una torre y la colocó en la misma entrada del puerto; la llenó de soldados y les confió la defensa contra todos los ataques repentinos.

---

[108] Unos 4,5 Km.

[109] Seguimos la lectura propuesta por Duebner y seguida por Mariner. No poseemos más datos sobre este personaje.

[110] Cf. 34, 1.

[111] Cf. 15, 6.

40 Una vez conocido esto, Gneo Pompeyo hijo, que mandaba la escuadra egipcia, vino a Órico y arrastró a remolque la nave hundida, tirando de ella con muchos cables; atacó con numerosas naves a la que había sido colocada por Acilio para la defensa del puerto; en estas naves había construido torres de la misma altura, y, luchando desde un lugar ventajoso, enviando continuamente relevos a los que ya estaban cansados y atacando las murallas de la ciudad por todas partes, desde tierra con escalas, y desde el mar con la escuadra, para dividir las tropas enemigas, venció a los nuestros por el esfuerzo de la pelea y la gran cantidad de flechas; expulsados los defensores, que huyeron todos en barcas, se apoderó
2 de aquella nave. Al mismo tiempo, por la otra parte, ocupó un saliente que casi forma una isla frente a la ciudad y pasó cuatro birremes al puerto interior, poniendo debajo cilindros
3 de madera y moviéndolas con palancas. Así, pues, atacando por ambas partes a las naves de guerra que estaban amarradas a tierra y sin soldados, se llevó cuatro de ellas e incen-
4 dió las demás. Habiendo llevado a cabo esta acción, dejó allí a Décimo Lelio, sacado para este fin de la escuadra asiática[112], quien impedía que entrara en la ciudad el abasteci-
5 miento de Bílide y Amancia[113]. Pompeyo hijo se dirigió a Liso, y atacando dentro del puerto, incendió treinta naves de carga dejadas allí por Marco Antonio[114]; intentó también apoderarse de Liso, pero ante la defensa de los ciudadanos romanos de aquel consejo y de los soldados que había enviado César para guarnecerla, se retiró de allí sin resultado,

---

[112] Cf. 5, 3.

[113] Ciudades del Epiro, situadas tierra adentro en las orillas del río Aous (actual Voïoutza). Corresponden aproximadamente a las actuales localidades de Hekalj y Pljoca, respectivamente.

[114] Cf. 29, 3.

después de haber estado tres días y haber sufrido algunas bajas.

César, cuando supo que Pompeyo estaba junto a Asparagio, se dirigió también allí con el ejército, habiendo tomado en el camino una ciudad de los partinos[115] en la que Pompeyo tenía una guarnición; al tercer día llegó cerca de Pompeyo y allí puso su campamento; al día siguiente sacó todas sus tropas en línea de combate y presentó batalla a Pompeyo. Cuando advirtió que éste se mantenía en el campamento, volvió su ejército al suyo, y decidió tomar otra resolución. Así pues, al día siguiente[116], dando un gran rodeo y por un camino difícil y estrecho se dirigió a Durazo con todas las tropas en la esperanza de que incitaría a Pompeyo a ir a Durazo o que le podría cerrar el camino de esta ciudad, en donde había almacenado todo el abastecimiento y los pertrechos de guerra; y así sucedió. Pues Pompeyo, en un principio, ignoraba el propósito de César, porque le veía emprender un camino distinto del que conduce a aquella región, y creía que se marchaba obligado por la escasez de víveres[117]. Después, informado por los exploradores, al día siguiente levantó el campamento, esperando poder alcanzarle por un camino más corto. César sospechó esto y exhortó a los soldados a que llevasen pacientemente aquel trabajo, y sin interrumpir la marcha más que un corto tiempo de la noche, al amanecer se presentó en Durazo, cuando la vanguardia del ejército de Pompeyo se distinguía a lo lejos, y allí puso su campamento.

Pompeyo, encontrándose cerrado el camino de Durazo y no pudiendo mantener su propósito, tomó otra resolución y

---

[115] Cf. 11, 3.

[116] El 11 de abril, según los cálculos de Stoffel.

[117] César, en lugar de dirigirse hacia el norte, se dirige hacia el interior, hacia el este.

fortificó su campamento en un lugar elevado llamado Petra[118], que tiene mediano acceso para las naves y las protege
2 de algunos vientos[119]. Mandó que fueran allí algunas naves de guerra y que el trigo y el abastecimiento fuese llevado de
3 Asia y de todas las regiones que dominaba. César, pensando que la guerra se alargaría más y no teniendo ninguna esperanza en la llegada de abastecimientos desde Italia porque los pompeyanos vigilaban todo el litoral con gran diligencia y viendo también que las escuadras que había mandado construir en el invierno en Sicilia, Galia e Italia se retardaban, envió al legado Lucio Canuleyo y a Quinto Tilio[120] al Epiro para que procurasen abastecimiento de trigo; y, puesto que estas regiones distaban mucho, estableció graneros en lugares determinados y señaló a las ciudades vecinas la con-
4 ducción de trigo. Igualmente mandó acopiar en Liso el trigo que hubiera en el territorio partino y en todos los fuertes.
5 Había muy poca cantidad por la naturaleza de este campo, pues por tratarse de comarcas montuosas, usan generalmente trigo importado; también porque Pompeyo había previsto esto y había saqueado en los días anteriores el territorio de los partinos y requisando todo el trigo, desvalijando y excavando las casas de éstos, lo había transportado por medio de la caballería.

43 Al darse cuenta de esta situación, César tomó la decisión que aconsejaba la naturaleza del lugar. Había alrededor del campamento de Pompeyo muchas colinas elevadas y áspe-

[118] Actual Chkam, promontorio rocoso situado 7 Km al sudeste de Durazo.

[119] Con esta posición Pompeyo se aseguraba la comunicación marítima con Durazo y, por tanto, la línea de aprovisionamiento. Recuérdese que César se había quedado prácticamente sin flota en este sector.

[120] Oficiales cesarianos conocidos básicamente por su participación en esta misión.

ras. Primeramente las ocupó con guarniciones y construyó castillos. Después, según lo permitía la naturaleza de cada 2
sitio, iba llevando la fortificación de fortín a fortín, decidido a cercar a Pompeyo. Tenía este propósito en razón de su di- 3
fícil situación de abastecimiento y también porque Pompeyo poseía una gran fuerza de caballería con la que podía abastecer al ejército de trigo y víveres con escaso peligro; al mismo tiempo para impedir a Pompeyo que su caballería forrajeara y hacerla inútil para el combate; en tercer lugar, para disminuir el prestigio de Pompeyo, en el que parecía apoyarse especialmente entre las naciones extranjeras, al extenderse por toda la tierra la fama de que estaba cercado por César y que no se atrevía a entablar combate[121].

Pompeyo no quería alejarse del mar ni de Durazo, pues- 44
to que tenía colocado allí todo su aparato militar: flechas, armas y máquinas de guerra, y además abastecía de trigo al ejército por mar; tampoco podía impedir que César siguiera fortificando si no entablaba combate, lo que precisamente en aquella época había decidido no hacer. Le quedaba el re- 2
curso de ocupar el mayor número de colinas, sujetándose a la situación estratégica del momento y conseguir la mayor extensión posible estableciendo guarniciones y dispersando las tropas de César todo lo posible; lo que realmente sucedió[122]. Construyó veinticuatro fortines, encerrando un espa- 3
cio de quince mil pasos[123] en el que se forrajeaba; había además dentro del terreno muchos sembrados, en los cuales, entre tanto, pastaban los animales. Y así como los nuestros 4

[121] Del hecho da cuenta una carta de Dolabela a Cicerón (*Fam.* IX 9, 2) en la que se pregunta si la situación en la que se encontraba Pompeyo le había acaecido antes a algún otro general romano.

[122] Asistimos aquí a un interesantísimo juego de acción y reacción táctica.

[123] Unos 22 Km.

tenían fortificaciones continuas llevadas de fortín a fortín a
fin de que por ningún lugar penetrasen los pompeyanos y
los atacasen por la espalda, así también aquéllos iban ha-
ciendo por líneas interiores fortificaciones continuas a fin de
que los nuestros no pudiesen entrar en ningún lugar y ro-
5 dearles por la espalda. En la ejecución de las obras llevaban
ventaja ellos porque disponían de mayor número de solda-
dos y porque tenían que fortificar un circuito menor al obrar
6 por líneas interiores. Aunque Pompeyo había decidido no
luchar con todas sus tropas, sin embargo enviaba arqueros y
7 honderos a los lugares que César iba a tomar; tenía gran
número de ellos y muchos de los nuestros resultaban heri-
dos; además se había producido un gran temor a las flechas
y casi todos los soldados se habían hecho protecciones de
colchados o cuero para evitar los dardos.

45 Por ambas partes se ponía gran interés en ocupar pues-
tos; César, con objeto de encerrar a Pompeyo en el espacio
más reducido posible; Pompeyo, a fin de ocupar el mayor
número de colinas y el espacio más amplio posible; por esta
2 razón los combates eran muy frecuentes. En uno de ellos, al
ocupar cierto puesto la legión novena de César y cuando
empezaba a fortificarla, Pompeyo ocupó una colina próxima
enfrente de este lugar, y empezó a impedir la fortificación a
3 los nuestros; como la colina tenía por una parte un acceso
casi llano, envió primero a los arqueros y honderos, después
una gran multitud de infantería ligera, colocó máquinas de
guerra y así impedía que los nuestros fortificaran, pues cier-
4 tamente era difícil luchar y fortificar al mismo tiempo. Cé-
sar, al ver que los suyos eran heridos desde todas partes, les
ordenó retirarse y abandonar el lugar. La retirada era cuesta
5 abajo. Aquéllos atacaban más duramente y no permitían que
los nuestros se retiraran, pues creían que abandonaban el lu-
6 gar impulsados por el miedo. Se dice que en aquella oca-

sión, gloriándose ante los suyos, Pompeyo dijo que no le
importaba que se dijese que era un general inepto si la le-
gión de César se retiraba sin haber sufrido un grave que-
branto de aquel lugar a donde temerariamente había avan-
zado.

César, temiendo por la retirada de los suyos, mandó ade- 46
lantar unos zarzos en dirección al enemigo hasta el fin de la
colina, colocarlos de frente y que, al abrigo de éstos, se
abriera una fosa de mediana anchura y también que aquel
lugar se llenara todo lo posible de obstáculos en todas par-
tes. Colocó en lugares apropiados a los honderos para que 2
sirvieran de defensa a los nuestros que se retiraban. Hecho
esto, ordenó que la legión retrocediera. Los pompeyanos, al 3
verlo, empezaron a atacar y estrechar a los nuestros con más
insolencia y audacia, y, para atravesar los fosos, arrollaron
los zarzos colocados como defensa. Cuando César lo advir- 4
tió, temiendo que pareciera que no se retiraban, sino que
eran expulsados y que se sufriese mayor daño, exhortó a los
suyos a la mitad del camino, aproximadamente, por medio
de Antonio que mandaba la legión y ordenó que se diera la
señal y que se atacara al enemigo. Los soldados de la nove- 5
na legión, animados súbitamente, lanzaron sus dardos y,
avanzando a la carrera desde la parte inferior hacia la cum-
bre, hicieron descender a los pompeyanos y les obligaron a
volver la espalda; los zarzos derribados, las estacas opuestas
y los fosos causaron gran impedimento a éstos para retirar-
se. Los nuestros, que consideraban suficiente retirarse sin 6
daño, se volvieron con toda tranquilidad, habiendo matado a
muchos enemigos y teniendo sólo cinco bajas propias, y ha-
biendo ocupado otras colinas un poco del lado de acá de
aquel lugar, terminaron las fortificaciones.

Se trataba de un procedimiento de guerra nuevo e inusi- 47
tado, no sólo por el gran número de fuertes, por el amplio

espacio abarcado, por tan grandes obras de fortificación, y en resumen, por el modo peculiar del cerco, sino también
2 por otras razones. Pues los que intentan cercar a otro, cercan a enemigos abatidos y débiles, que ya han sido vencidos en combate o que están desmoralizados por algún desastre, superándoles además los sitiadores en infantería y caballería; por otra parte, la causa de un cerco suele ser, generalmente,
3 impedir al enemigo el abastecimiento. Pero en aquella ocasión César, con número inferior de tropas intentaba cercar a un ejército completo y que no había sufrido derrota: teniendo además los enemigos gran abundancia de todo, pues diariamente llegaban de todas partes gran número de naves que transportaban el abastecimiento y no podía soplar viento alguno que no hiciese la navegación favorable desde alguna
4 parte. Sin embargo, César se hallaba en la mayor escasez
5 por haber consumido todo el trigo de los alrededores. No obstante, los soldados aguantaban estas dificultades con singular paciencia. Pues recordaban que el año anterior habían sufrido en Hispania la misma escasez, y sin embargo, por su trabajo y paciencia, habían ganado una guerra muy importante[124]; se acordaban de que, después de haber sufrido gran falta de abastecimientos en Alesia[125], y mucho mayor aún en
6 Avárico[126], habían vencido a grandes pueblos. No rechazaban, cuando se les daba, ni la cebada ni las legumbres; incluso tenían por muy buen alimento el ganado, del que había gran abundancia en Epiro[127].

[124] Cf. I 48 y 52.

[125] Ciudadela gala (actual Alise-Sainte Reine) donde se produjo la capitulación del caudillo galo Vercingetórix; cf. *BG* VII 68-90.

[126] La actual Bouges, también presenció los apuros de César en temas de aprovisionamiento; cf. *BG* VII 17, 2-8.

[127] También en *BG* VII 17, 3 se hace referencia a la utilización del ganado como sustituto alimentario de los cereales.

Existe también una raíz llamada alcaravea[128], descubier- 48
ta por los soldados que habían estado en las tropas auxilia-
res, la cual, mezclada con leche, aliviaba mucho la escasez.
La preparaban igual que el pan. Había gran abundancia de 2
ella. Cuando en las conversaciones los pompeyanos echaban
en cara a los nuestros el hambre, los nuestros para desespe-
ranzarlos les tiraban panes hechos de esta raíz.

Ya empezaban a madurar los trigos y la misma esperan- 49
za de que ya pronto tendrían abundancia, les ayudaba a so-
portar la escasez; incluso se oía decir frecuentemente a los
soldados en las guardias y en las conversaciones de bando a
bando, que antes comerían las cortezas de los árboles que
dejar escapar de sus manos a Pompeyo. Además, oían con 2
agrado a los desertores que los caballos de los enemigos

[128] No parece que sea la alcaravea o hinojo de prado (*Carum carvi*) la planta a la que se refiere César con el nombre de *chara*, según se desprende de las investigaciones de O. Mattirolo («A quale pianta corresponde la 'Chara' ricordata da Giulio Cesare nei Commentari: 'de Bello Civili' (lib. III, XLVIII)», *Memorie della Classe di Scienze Fisiche della Academia Nazionale dei Lincei* 7, serie 6.ª [1938-1939], 429-452), ni tampoco el *arum esculentum* (español: taro) propuesto por L. Heuzey (*Les opérations militaires de Jules César étudiées sur le terrain par la mission de Macédoine*, París, 1886, págs. 79-82) ya que en el caso de la alcaravea no se ha podido demostrar que su raíz o sus tubérculos sean panificables, en tanto que el taro es una planta propia de ambientes tropicales o subtropicales. Es probable que Heuzey propusiera por error el *arum esculentum* en lugar del *arum italicum* (español: aro o alcatraz, catalán: sarriassa) o de su variedad el *arum maculatum*, plantas muy comunes en la zona y cuyos tubérculos presentan una capacidad de panificación notable, puesta a prueba con éxito por el propio Mattirolo, quien considera que es este *arum italicum*, muy abundante en la zona albanesa de Durazo, el mejor candidato a ser identificado con la *chara* cesariana. Sin embargo, J. André (*Léxique des termes de botanique en latin*, París, 1956, *s.u.*) se inclina por la *crambe tatarica*, planta llamada en algunas lenguas «planta del pan tártaro», aunque su hábitat no se aviene demasiado bien con el de la zona en la que tienen lugar los acontecimientos narrados por César.

apenas resistían y que las demás bestias de carga habían
muerto; que incluso las personas tenían mala salud, no sólo
por la naturaleza del lugar, el olor fétido de la multitud de
cadáveres y los trabajos diarios a los que no estaban acos-
3 tumbrados, sino también por la gran escasez de agua. En
efecto, César había desviado o cegado con grandes obras to-
dos los ríos y arroyos que iban al mar. Como el lugar era
montañoso y había hondonadas profundas como grutas, ce-
rró éstas, clavando estacas y amontonando tierra para dete-
4 ner las aguas. Así pues, aquellos se veían obligados, nece-
sariamente, a buscar lugares profundos y pantanosos, y a
cavar pozos, añadiendo este trabajo a los que ya tenían cada
día; sin embargo, estos pozos estaban lejos de algunos pues-
5 tos y además se secaban pronto con el calor. Por el contra-
rio, el ejército de César no sólo gozaba de excelente salud y
tenía gran cantidad de agua, sino que también tenía abun-
dancia de toda clase de abastecimientos, excepto trigo; pero
veían los soldados que cada día se presentaba mejor tiempo
para esta dificultad y mayor esperanza por la madurez de los
trigos.

50 En un nuevo método de guerra, unos y otros encontra-
ban nuevas tácticas de combate. Habiendo observado los
enemigos, por las hogueras, que de noche nuestras cohortes
hacían guardia en las fortificaciones, atacando todos en si-
lencio, arrojaban sus flechas sobre el grupo e inmediatamen-
2 te se retiraban hacia los suyos. Enseñados por la experien-
cia, los nuestros encontraron el remedio para estos ataques,
hacer hogueras en un lugar y la guardia en otro ***[129].

[129] El texto presenta en este punto una laguna de extensión indeterminada en la que se debía de narrar la maniobra de Pompeyo consistente en enviar una parte de la caballería por mar a Durazo, el movimiento de César hacia los alrededores de esta ciudad a fin de evitar la salida de las tropas pompeyanas y, finalmente, el intento de romper el bloqueo de la posi-

Mientras tanto, informado Publio Sila[130], a quien César 51
había dado el mando del campamento durante su ausencia, vino con dos legiones en auxilio de la cohorte, y a su llegada, los pompeyanos fueron rechazados fácilmente. No resis- 2
tieron el ataque, ni aun la presencia de los nuestros y, una vez rechazados los primeros, los demás volvieron la espalda y abandonaron el lugar. Temiendo que se alejaran demasia- 3
do en la persecución de los enemigos, Sila hizo volver a los nuestros. Muchos creen que aquel mismo día hubiera podido terminarse la guerra si se hubiera decidido Sila a perseguirlos vigorosamente. No parece que deba censurarse su decisión. Son distintas las atribuciones de un legado y las de 4
un general: el legado debe obrar en todo con arreglo a las órdenes recibidas; el general, deliberar libremente sobre la dirección de la guerra. Dejado por César al mando del cam- 5
pamento, Sila se limitó a salvar a los suyos y no quiso entablar combate, lo que quizá hubiera producido algún desastre, para que no se creyera que se apropiaba funciones del general. La situación presentaba gran dificultad para la reti- 6
rada a los pompeyanos. Pues, habiendo avanzado desde un lugar más bajo, se habían colocado en la cumbre: si se retiraban cuesta abajo, temían que los nuestros les persiguieran desde arriba; faltaba poco para la puesta del sol, pues con la esperanza de terminar el combate lo habían prolongado hasta entrada la noche. Así pues, impulsado por la necesidad y 7

ción de Petra que realiza Pompeyo lanzando cuatro legiones contra la línea de fortificación en el punto defendido por una cohorte que resiste bravamente hasta la llegada de los refuerzos de los que se habla al comienzo del capítulo siguiente. De estos hechos tenemos noticia a través de los relatos de Dión Casio, XLI y L 3-4; Floro, II 13 y 40; y Suetonio, *César* 68.

130 Publio Cornelio Sila es sobrino del dictador; implicado en la conjuración de Catilina, fue defendido por Cicerón. Militaba en el bando de César, a diferencia de su primo, Sila Fausto, hijo del dictador, que lo hacía en el bando de Pompeyo (cf. I 6, nota 31).

tomando la decisión que aconsejaban las circunstancias, Pompeyo ocupó una altura que distaba lo suficiente de nuestro fuerte para que no pudiera llegar un dardo disparado por una máquina. Acampó en este lugar, lo fortificó y mantuvo en él todas sus tropas.

52 Se luchó al mismo tiempo en otros dos lugares: pues para dispersar nuestras fuerzas Pompeyo había atacado a la vez varios fuertes para que no se pudiera llevar socorro des-
2 de las guarniciones próximas. En uno de estos lugares Volcacio Tulo[131], con tres cohortes, sostuvo el ataque de una legión y la expulsó de allí; en el otro, los germanos, haciendo una salida de nuestras fortificaciones, volvieron incólumes, habiendo dado muerte a muchos enemigos.

53 Librados en un solo día seis combates, tres en Durazo y tres junto a las fortificaciones, al hacer un recuento de todos ellos encontramos que habían muerto unos dos mil pompeyanos, muchos centuriones y soldados notables reenganchados. Entre ellos Valerio Flaco, hijo de Lucio que, como pretor, había gobernado Asia[132]; se recogieron seis insignias
2 militares enemigas. En todos los combates no murieron más
3 de veinte de los nuestros. Pero en el fuerte no hubo en absoluto ningún soldado que no fuera herido, y cuatro centurio-
4 nes de una misma cohorte perdieron los ojos[133]. Queriendo aportar una prueba de su esfuerzo y del peligro, contaron ante César unas treinta mil saetas arrojadas al fuerte y, llevando a su presencia el escudo del centurión Esceva, se en-
5 contraron en él ciento veinte agujeros. Como era acreedor

[131] Oficial cesariano conocido únicamente por este episodio.

[132] El *Pro Flacco* de Cicerón estaba dedicado a la defensa Lucio Valerio Flaco de la acusación de concusión subsiguiente al ejercicio de su propretura en Asia.

[133] Se trata de la cohorte que defendía el fuerte atacado por cuatro legiones pompeyanas (cf. nota 128).

del agradecimiento de César y de la república, le gratificó con doscientos mil sestercios y le ascendió de centurión de la octava cohorte a primer centurión de la primera cohorte[134], pues constaba que en buena parte por su esfuerzo se había salvado el fuerte; después gratificó espléndidamente a la cohorte con doble paga, trigo, vestido, alimento y condecoraciones militares.

Pompeyo, haciendo grandes fortificaciones durante la 54
noche, en los días siguientes levantó torres y, elevadas las
obras hasta quince pies de altura[135], cubrió con manteletes
aquella parte del campamento; pasados cinco días, aprove- 2
chando otra noche nublada, obstruyó todas las puertas del
campamento, colocó obstáculos para impedir la entrada y,
después de media noche, sacó el ejército en silencio y volvió a las antiguas posiciones.

En todos[136] los días siguientes, César adelantó su ejérci- 55
to en formación de combate a un lugar llano por si Pompeyo
quería combatir, colocándolo de manera que las legiones ca-
si tocaban el campamento de Pompeyo, distando su primera
línea de la empalizada enemiga sólo lo suficiente para que
no pudiera ser alcanzada por un tiro de dardo. Por su parte, 2
Pompeyo, para conservar el crédito y autoridad que disfrutaba entre las gentes, colocaba su ejército delante del campamento de manera que la tercera línea estuviese junto a la estacada, y todo el ejército formado quedase protegido por las flechas arrojadas desde la empalizada.

Recibida la sumisión de Etolia, Acarnania y Anfiloquia, 56
por medio de Casio Longino y Calvisio Sabino, como ya se

[134] El grado jerárquico máximo entre los centuriones; cf. libro I, nota 180.

[135] Unos cinco metros.

[136] Los manuscritos presentan este capítulo y el siguiente en orden inverso.

ha indicado[137], creía César que debía hacer una tentativa en
2 Acaya[138] y avanzar más adelante. Así pues, envió allí a Fufio Caleno y le agregó como auxiliares a Sabino y Casio con
3 sus cohortes. Al conocer su llegada, Rutilio Lupo[139], que gobernaba Acaya en nombre de Pompeyo, decidió fortificar
4 el Istmo para cerrar a Fufio el paso hacia Acaya. Caleno se apoderó de Delfos, Tebas y Orcómeno[140] por voluntad de estos pueblos; tomó algunas ciudades por la fuerza y, enviando embajadas, trataba de atraer por amistad a los demás pueblos al partido de César. Poco más o menos, en estas ocupaciones se encontraba Fufio.

57 Siendo ésta la situación en Acaya y en Durazo y sabiéndose ya que Escipión había llegado a Macedonia, César, perseverando en su antigua determinación, envió a Escipión al amigo común de ambos, Aulo Clodio[141], quien, presentado y recomendado en un principio por Escipión, era considera-
2 do por César como uno de sus íntimos amigos. Le dio una carta e instrucciones verbales, cuyo contenido fundamental era el siguiente: que él había experimentado todos los medios para llegar a una paz, y que hasta ahora no había conseguido nada, y creía que esto se debía a ineptitud de aquellos que había elegido como intermediarios, porque temían llevar sus proposiciones a Pompeyo en circunstancias poco
3 convenientes. Pero que Escipión tenía tal prestigio, que podía no sólo exponer a Pompeyo libremente lo que le parecie-

---

137 Cf. caps. 34-36. Sin embargo, en estos capítulos no hay referencia alguna a Acarnania ni a Anfiloquia, regiones limítrofes por el norte con Etolia.

138 En la península del Peloponeso.

139 Cf. I 24, 3.

140 Ciudad de la Fócide la primera, y de Beocia las otras dos, se encuentran en el camino hacia el istmo de Corinto.

141 Por supuesto, no debe confundirse con el demagogo Publio Clodio, del que se habla en el cap. 21.

ra acertado, sino incluso en gran parte amonestarle y dirigir-
le si se equivocaba; además, mandaba con independencia de
Pompeyo un ejército, de manera que, aparte de su prestigio,
disponía también de fuerzas para obligarle. Que si hacía es- 4
to, todos le atribuirían a él solo la obtención de la tranquili-
dad de Italia, la paz de las provincias y la salvación del im-
perio. Clodio le comunica estas instrucciones, y oído al 5
parecer con agrado los primeros días, después no fue admi-
tido a audiencia por haber amonestado Favonio a Escipión,
según se supo después de terminada la guerra; y Clodio vol-
vió a César sin haber llevado a efecto su misión.

César, para encerrar más fácilmente la caballería pom- 58
peyana en Durazo e impedirle forrajear, fortificó con gran-
des obras dos accesos muy angostos, según se ha dicho[142], y
puso en ellos fuertes. Cuando vio Pompeyo que de nada le 2
servía la caballería, dejando pasar pocos días, la embarcó y
la volvió de nuevo a las fortificaciones donde él estaba. Ha- 3
bía gran escasez de forraje, hasta el punto de que daban de
comer a los caballos hojas de los árboles y raíces tiernas
de caña machacadas. Habían consumido el trigo que se ha-
bía sembrado dentro de las fortificaciones, y se veían obli- 4
gados a transportar el forraje desde Corcira y Acarnania,
efectuando una larga navegación, y, debido a la escasez, au-
mentar el pasto con cebada, y por estos medios sustentar los
caballos. Pero cuando no sólo faltó la cebada, el pasto y la 5
hierba cortada, sino también las hojas de los árboles, debili-
tados ya los caballos por la delgadez, Pompeyo estimó que
debía intentar una salida.

---

[142] La referencia debía encontrarse en los pasajes perdidos que siguen al capítulo 50. Durazo se encontraba situada en una península que se cerraba hacia el sur formando una laguna interior alimentada por un estrecho brazo de mar que se superaba con un puente. Así, los dos accesos serían este puente y el istmo situado al norte de la laguna.

59 Había entre los jinetes de César dos hermanos alóbro-
ges[143], Roucilo y Ego, hijos de Abducilo, que había sido mu-
chos años primer magistrado en su ciudad, hombres de extra-
ordinario valor, de cuya excelente y valerosa ayuda César se
2 había servido en todas las guerras gálicas. Por este motivo les
había dado las más altas magistraturas en su patria, había pro-
curado que se les nombrara senadores en su nación como
concesión especial, les había asignado en la Galia campos
tomados al enemigo y dado grandes premios en dinero, ha-
3 ciéndoles de pobres, ricos. Por su valor, no sólo eran honra-
dos por César, sino que también tenían la estimación del ejér-
cito; pero, confiados en la amistad de César y envanecidos
por su necia y bárbara arrogancia, despreciaban a los suyos y
defraudaban el sueldo de los jinetes, y se llevaban a su casa
4 todo el botín. Los jinetes, inducidos por tales motivos, se pre-
sentaron todos ante César y se quejaron abiertamente de estas
injurias y añadieron a lo anterior que declaraban falso número
de jinetes para quedarse con su sueldo.

60 César, juzgando que aquél no era tiempo oportuno para
castigarlos y teniendo en cuenta su valor, difirió la cuestión;
los amonestó en secreto porque consideraban a los jinetes
como un negocio y les aconsejó que esperasen todo de su
amistad y tuvieran confianza en el futuro con arreglo a los
2 beneficios que ya habían recibido de él en el pasado. Sin
embargo, esto les produjo gran enemistad y desprecio entre
todos, y ellos mismos se daban cuenta, no sólo por echárselo
en cara los demás, sino también por la opinión de sus fami-
3 liares y por su propia conciencia. Inducidos por esta ver-
güenza y creyendo que quizá no se libraban del castigo, sino
que quedaba para más tarde, decidieron separarse de noso-

[143] Los alóbroges ocupaban la región situada entre los ríos Ródano e Isara, los Alpes y el lago Lemán.

tros, probar nueva fortuna y experimentar nuevas amistades. Comunicándoselo a algunos clientes suyos a quienes se atre- 4
vían a confiar tan gran delito, intentaron primeramente, como se supo después de la guerra, matar al prefecto de la caballería Gayo Voluseno para presentarse ante Pompeyo con algún mérito. Cuando les pareció que esto era demasiado di- 5
fícil y que no se presentaba oportunidad de llevarlo a cabo, tomaron a préstamo la mayor cantidad de dinero que pudieron, como si quisieran devolver lo robado y pagar a los suyos, pero, habiendo comprado muchos caballos, se pasaron a Pompeyo con los partícipes de su traición.

Como habían nacido de familia ilustre, se habían presen- 61
tado magníficamente equipados, con gran acompañamiento y muchas caballerías, se les consideraba excelentes guerreros, habían disfrutado de la estimación de César y era un acontecimiento nuevo y desacostumbrado, Pompeyo los paseó y exhibió por todos los puestos. Pues hasta entonces 2
ningún soldado ni jinete se había pasado de César a Pompeyo, a pesar de que casi diariamente había deserciones del bando de Pompeyo al de César; incluso continuamente se pasaban en masa los soldados alistados en Epiro y Etolia y los de las regiones que estaban en poder de César. Los aló- 3
broges, que conocían toda nuestra situación: qué fortificaciones no estaban terminadas, qué imperfecciones pudieran notarse por los técnicos militares, los momentos en que se hacía cada cosa, las distancias de los puestos y el distinto celo con que se hacían las guardias según el temperamento y diligencia de los que estaban al frente, comunicaron todo esto a Pompeyo.

Al conocer todos estos pormenores Pompeyo, que según 62
se ha indicado[144] ya había tomado antes la decisión de hacer

[144] Cf. 58, 5.

una salida, manda hacer a los soldados coberturas de mim-
2 bre para los yelmos y acopiar material. Una vez preparado
esto, embarcó durante la noche en esquifes y naves de remo
gran número de soldados armados a la ligera y de arqueros y
todo el material, y poco después de media noche llevó se-
senta cohortes, sacadas del campamento mayor y de las
guarniciones, a la parte de las fortificaciones que estaba jun-
to al mar y que se encontraba más distante del campamento
3 mayor de César. Envió también allí las naves llenas de sol-
dados ligeros y material que hemos indicado y las de guerra
que tenía en Durazo y ordenó lo que cada uno debía hacer.
4 Al frente de estas fortificaciones César había puesto al cues-
tor Léntulo Marcelino con la novena legión. Como no dis-
frutaba de buena salud, le había enviado como adjunto a
Fulvio Póstumo[145].

63 Había en aquel lugar un foso de quince pies[146] y, miran-
do al enemigo, una empalizada de diez pies de altura[147], cu-
yo terraplén tenía una anchura similar. A unos seiscientos
pies detrás de nuestras líneas[148], había otra estacada de me-
2 nor altura en dirección contraria a la anterior. En efecto, en
los días precedentes, César, temiendo que los nuestros fue-
sen rodeados por tropas desembarcadas, había hecho en aquel
punto doble parapeto, a fin de poder resistir en caso de tener
3 que combatir en doble frente. Pero la magnitud de las obras
y el continuo trabajo diario, puesto que había abarcado con
la fortificación diecisiete mil pasos en circunferencia[149], no
4 daban tiempo para terminarlas. Así, pues, aún no estaba
acabado el parapeto transversal que, de cara al mar, debía

[145] No tenemos otras referencias sobre estos dos oficiales cesarianos.
[146] Unos 5 m.
[147] Unos 3 m.
[148] Unos 200 m.
[149] Unos 26 Km.

unir estas dos fortificaciones. Pompeyo conocía esta situa- 5
ción por los desertores alóbroges, y ello causó gran daño a
los nuestros. Pues cuando se retiraron las cohortes de la no- 6
vena legión que habían hecho guardia junto al mar[150], al
amanecer se presentó súbitamente el ejército pompeyano;
al mismo tiempo los soldados, llevados en naves, arrojaban
dardos contra el parapeto exterior, llenaban las fosas de ma-
terial y los legionarios pompeyanos, acercando escalas, ate-
rrorizaban a los defensores de la fortificación interior con
proyectiles arrojados por máquinas o dardos de todas clases;
y por una y otra parte se iba extendiendo una gran multitud
de arqueros. Además, las protecciones de mimbre colocadas 7
en los yelmos les protegían mucho del golpe de las piedras,
única arma arrojadiza que tenían los nuestros. Así pues, 8
agobiados los nuestros por tantas circunstancias y resistien-
do difícilmente, advirtieron los enemigos el defecto de la
fortificación que hemos indicado y, habiendo desembarcado
entre los dos parapetos en el lugar en que la fortificación no
estaba terminada, atacaron a los nuestros por la espalda, y,
expulsándoles de las dos fortificaciones, les obligaron a
huir.

Al anunciarle esta situación, Marcelino envió desde el 64
campamento algunas cohortes a los nuestros que estaban en
peligro; viendo éstas huir a los nuestros, ni pudieron asegu-
rarlos con su llegada ni ellas mismas resistieron el ataque
enemigo. Así pues, cualquier refuerzo que se enviaba, con- 2
tagiado por el miedo de los que huían, aumentaba el terror y
el peligro, pues el gran número de hombres impedía la reti-
rada. Siendo herido gravemente en este combate el portador 3
del águila y sintiéndose sin fuerzas, al ver a nuestros jinetes,

[150] Seguimos en este punto el texto de Mariner, que se basa en una adición de Hartz.

dijo: «Durante muchos años he defendido con gran diligen-
cia en vida esta águila, y ahora, al morir, se la devuelvo a
César con la misma fidelidad. Os lo ruego: no permitáis que
se sufra un deshonor militar, lo que nunca ha sucedido en el
4 ejército de César; llevádsela incólume». Por este hecho se
salvó el águila, habiendo encontrado la muerte todos los
centuriones de la primera cohorte, excepto el de la primera
centuria de los príncipes[151].

65 Los pompeyanos se aproximaban ya, con gran matanza
de los nuestros, al campamento de Marcelino, habiendo pro-
ducido gran terror en las demás cohortes, cuando Marco An-
tonio, que mandaba una guarnición próxima, al serle anun-
ciada esta situación, apareció con doce cohortes bajando de
2 una colina. Su llegada contuvo a los pompeyanos y confir-
mó a los nuestros de manera que se rehicieron de su gran
3 temor. Algún tiempo después, César, dada la señal de fortín
a fortín con humo, según costumbre anterior, vino a aquel
mismo lugar con algunas cohortes sacadas de las guarnicio-
4 nes. Al conocer el daño sufrido y advertir que Pompeyo,
fuera ya de las fortificaciones, construía su campamento en
la línea del mar de tal manera que podía forrajear libremente
y tener acceso para las naves, puesto que no había logrado
su propósito, cambió César su estrategia y mandó que se
hiciera el campamento junto a Pompeyo[152].

66 Terminada esta fortificación, los exploradores de César
observaron que algunas cohortes, aproximadamente una le-
gión, estaban detrás del bosque y se dirigían al antiguo cam-
2 pamento. La situación del campamento era ésta. Días pasa-

---

[151] Es decir, el centurión que ocupaba el segundo lugar en la cadena de mando de la cohorte (cf. I 46, nota 180).

[152] Reconoce César aquí que Pompeyo ha logrado salir del muro de contención y que, por tanto, ha hecho inútiles todas las obras de cerco de los cesarianos.

dos la novena legión de César, cuando se opuso a las tropas
pompeyanas e intentaba rodearlas con obras de fortificación,
como ya se ha dicho[153], colocó el campamento en este lugar.
Estaba junto a un bosque y distaba del mar unos trescientos 3
pasos[154]. Después, habiendo cambiado de propósito por al- 4
gunas causas, César llevó el campamento un poco más allá,
y al cabo de algunos días lo ocupó Pompeyo; pero como te-
nía la intención de colocar allí más legiones, conservando el
parapeto interior amplió la fortificación. Así pues, encerrado 5
el campamento menor dentro del mayor, venía a ser como
fuerte y ciudadela. Igualmente hizo una trinchera, de aproxi- 6
madamente cuatrocientos pasos[155], desde el ángulo izquier-
do del campamento hasta el río[156], a fin de que los soldados
hiciesen provisión de agua sin ningún peligro. Pero también 7
Pompeyo, cambiando de propósito por algunas razones que
no es necesario citar, había abandonado este lugar. Así pues,
el campamento había estado vacío durante varios días; sin
embargo todas sus fortificaciones estaban íntegras.

Los exploradores anunciaron a César que las insignias 67
de una legión habían entado en aquel campamento. Confir-
maron esta noticia igualmente desde algunos fuertes eleva-
dos. Distaba este lugar del nuevo campamento de Pompeyo
aproximadamente quinientos pasos[157]. Esperando César po- 2
der sorprender a esta legión y deseando resarcirse de las
pérdidas de aquel día, dejó en las obras de fortificación de
su propio campamento dos cohortes para que diesen la sen-
sación de que se seguía fortificando; él mismo, por otro ca- 3
mino y lo más ocultamente que pudo, sacó del campamento

---

[153] Cf. caps. 45-46.

[154] Unos 450 m.

[155] Unos 600 m.

[156] El *Palamnus*, actual Lesnikia.

[157] Unos 750 m.

en doble línea[158] las treinta y tres cohortes restantes, entre
las que estaba la novena legión, que había perdido muchos
centuriones y había visto reducido el número de sus solda-
dos, y las condujo contra la legión de Pompeyo y el campa-
4 mento menor. No se equivocó en su primera intención. Pues
llegó antes de que Pompeyo pudiera advertirlo, y, aunque
eran grandes las fortificaciones del campamento, sin embar-
go, atacando rápidamente a los pompeyanos por el ala iz-
quierda, donde él mismo estaba, los expulsó de la trinche-
5 ra[159]. Estaba colocada en la puerta una máquina de guerra
llamada erizo[160]. Aquí se luchó algún tiempo al intentar los
nuestros entrar y defender los pompeyanos el campamento,
luchando valientemente en este puesto Tito Puleyón[161], cuya
intervención, se ha dicho, propició la entrega del ejército de
6 Gayo Antonio[162]. Sin embargo, los nuestros vencieron por
su valor y, roto el erizo, irrumpieron primeramente en el
campamento mayor, después incluso en el castillo que esta-
ba dentro de este campamento mayor, y, como la legión ven-
cida se había refugiado allí, mataron a algunos que hacían
resistencia.

---

158 La disposición de las tropas en dos líneas, en lugar de las tres habituales, responde a la necesidad de ampliar el frente de la formación de forma que pudiera rodear el campamento mayor.

159 César hace notar su presencia en este sector por ser el más expuesto al contraataque de Pompeyo que partiera del campamento principal de éste.

160 Consistía básicamente en una gruesa viga de madera de la que salían perpendicularmente barras de hierro puntiagudas. Era una forma corriente de defender las entradas de los campamentos que carecían propiamente de puertas de cierre.

161 Este centurión ya se había labrado una fama luchando en las Galias (*BG* V 44); con todo, se pasó después al bando pompeyano.

162 El pasaje de referencia se ha perdido.

Pero la Fortuna, que puede mucho en todo, y especialmente en la guerra, produce un gran cambio de circunstancias en breves momentos, como entonces sucedió. Las 68
cohortes del ala derecha de César, al buscar la puerta, por desconocimiento del lugar, siguieron la fortificación que, como hemos dicho antes, iba desde el campamento al río[163], creyendo que correspondía al campamento. Al advertir que estaba unida al río, rompiendo la fortificación sin que nadie la defendiera, la atravesaron y toda nuestra caballería siguió a estas cohortes.

Mientras tanto, Pompeyo, después de esta larga demora y conocida la situación, sacó la quinta legión de las obras de fortificación y la llevó en socorro de los suyos; al mismo tiempo su caballería se aproximaba a nuestros jinetes; nuestros soldados, que habían ocupado el campamento, veían su línea de combate formada y todas las circunstancias variaron súbitamente. La legión pompeyana, animada con la esperanza de rápido socorro, intentaba resistir en la puerta decumana[164] e incluso atacaba a los nuestros espontáneamente. La caballería de César, dado que ascendía por los terraplenes en un camino estrecho, temiendo por su propia retirada, empezaba a huir. El ala derecha, que estaba separada de la izquierda, al advertir el terror de los jinetes y a fin de no ser arrollada dentro, se retiraba por aquella parte de la fortificación que había roto, y muchos de ellos, para no caer en aquel espacio estrecho, se precipitaban en las fosas desde el

[163] Cf. 66, 6.

[164] Era la puerta posterior del campamento y estaba situada en el lado opuesto de la puerta pretoria, que era la que quedaba situada frente al enemigo. Recibe este nombre porque era la que quedaba más cerca del lugar de acampada de las décimas cohortes de las legiones.

parapeto de diez pies de altura[165]; arrollados los primeros,
sobre sus cuerpos se procuraban los demás salida y salva-
4 ción. Los soldados del ala izquierda, viendo desde la estaca-
da que Pompeyo se aproximaba y que los suyos huían, te-
miendo quedar encerrados en aquella estrechura y teniendo
al enemigo dentro y fuera[166], se ponían a salvo aprovechan-
do para retirarse el mismo camino por donde habían venido;
todo era confusión, temor, huida, hasta el punto de que, al
ordenarles César detenerse tomando por su propia mano las
insignias de los fugitivos, unos, dejando los caballos, prosi-
guieron la carrera; otros, por miedo, incluso perdieron las
insignias, y absolutamente ninguno se detuvo[167].

70 En circunstancias tan graves, evitó la destrucción de to-
do el ejército el hecho de que Pompeyo, temiendo una em-
boscada —según creo—, puesto que todo esto había sucedi-
do sin que lo esperara, y poco antes había visto a los suyos
huir del campamento, no se atrevió durante algún tiempo a
aproximarse a las fortificaciones, y su caballería quedaba
entorpecida en la persecución por la estrechura del espacio
2 ocupado además por las tropas de César. Así, circunstancias
poco importantes tuvieron gran transcendencia para ambas
partes. Pues la fortificación que iba desde el campamento
hasta el río impidió, cuando había tomado el campamento de
Pompeyo, la victoria segura de César, y esta misma circuns-
tancia, al retardar a los perseguidores, salvó a los nuestros.

---

[165] Unos tres metros y medio, a los que habría que añadir, al menos al principio, otros tres metros correspondientes a la profundidad del foso.

[166] Una parte de los pompeyanos se mantenía todavía en el campamento interior y desde el exterior llegaba Pompeyo con las cinco legiones.

[167] De hecho, sabemos por PLUTARCO (*César* 39, 4) y APIANO (*Guerras civiles* II 62) que César estuvo a punto de morir pisoteado por la desbandada de sus tropas.

En los dos combates de este día, César perdió novecien- 71
tos sesenta soldados y a los notables caballeros romanos Tuticano Galo, hijo de un senador, Gayo Fleginate de Placentia, Aulo Granio de Puteolos, Marco Sacrativiro de Capua[168], a
cinco tribunos militares y a treinta y dos centuriones[169]. Pero 2
gran parte de ellos murió sin herida alguna en los fosos, fortificaciones y en las orillas del río, aplastados en el terror de la huida general; se perdieron treinta y dos enseñas milita-
res. En este combate Pompeyo fue aclamado *imperator*[170]. 3
Aceptó este título y permitió posteriormente que se le saludara con él, pero no lo usó en las cartas que acostumbraba a
escribir ni colocó en las fasces la insignia de laurel[171]. La- 4
bieno por su parte, habiendo conseguido de Pompeyo que le entregara los prisioneros, al parecer por ostentación y a fin de conseguir mejor la confianza que puede alcanzar un desertor[172], llamando compañeros de armas a todos los que fueron llevados a su presencia, les preguntó en términos afrentosos si acostumbraban a huir los veteranos, y les dio muerte en presencia de todos.

---

[168] A los cuatro sólo los conocemos por este desenlace. En el caso de Tuticano Galo, su nombre no se ajusta a las pautas habituales, lo que ha inducido a pensar que no debía de tratarse de un caballero sino de un jinete galo (el *Gallus* que sigue a su nombre no sería más que un adjetivo étnico), hijo de un miembro distinguido de esta nación.

[169] Se cuestionan todos los números de este capítulo. El recurso a otras fuentes tampoco añade mayor claridad; así, Plutarco cifra en una ocasión el número de bajas en 1.100 (*César* 41), y en otra lo eleva hasta las 5.200 (*Pompeyo* 65).

[170] Cf. II 26, n. 62.

[171] El general victorioso podía colocar una corona de laurel sobre las fasces que llevaban los lictores como símbolo de su poder.

[172] Aunque hablando con propiedad no se puede tildar a Labieno de desertor, César no puede olvidar que había servido a sus órdenes en la campaña de las Galias.

72 Con esta victoria aumentó de tal manera la confianza y
ánimo de los pompeyanos que ya no pensaban en el modo
2 de hacer la guerra, sino que creían haber vencido. No pen-
saban que las causas de su victoria habían sido el poco nú-
mero de nuestros soldados, las malas condiciones en que,
después de ocupado el campamento,se encontraban las tro-
pas de César por la estrechura del lugar y el terror producido
por la amenaza del enemigo dentro y fuera de la fortifica-
ción, la división del ejército en dos partes sin que se pudie-
3 ran ayudar unos a otros. No añadían a estas causas que su
victoria no procedía de un encuentro violento ni de un com-
bate librado con las tropas formadas, sino de que, encerra-
dos en un espacio estrecho en relación con su número, nues-
tros soldados se habían causado mayor daño a sí mismos
4 que el que habían recibido del enemigo. Finalmente, no re-
flexionaban en los comunes accidentes de la guerra; con
cuánta frecuencia pequeñas causas, como una falsa sospe-
cha, un terror repentino o un escrúpulo que se presenta, han
producido grandes desastres; cuántas veces se ha experi-
mentado un grave daño en el ejército por culpa de un gene-
ral o el error de un tribuno; sino que, como si hubiesen ven-
cido por su valor y no hubiese ya lugar a un cambio de las
circunstancias, celebraban por toda la tierra, de palabra y
por escrito, su victoria de aquel día.

73 Impedido César para realizar su anterior propósito, cre-
2 yó que debía cambiar toda la estrategia. Por consiguiente,
retiró al mismo tiempo todas las guarniciones, abandonó el
cerco y, reuniendo al ejército en un lugar, pronunció una
arenga ante los soldados y les exhortó a que no llevasen con
dolor lo sucedido ni se atemorizasen por ello, ni diesen el
mismo valor a un combate adverso de poca importancia que
3 a muchos victoriosos. Que había que dar gracias a la Fortu-
na porque habían tomado Italia sin pérdida de importancia;

porque habían pacificado las dos Hispanias, habitadas por
hombres muy aguerridos que además estaban mandados por
jefes muy capacitados y experimentados[173], porque habían
puesto bajo su dominio las provincias cercanas, muy ricas
en trigo[174]; finalmente, debían recordar con qué facilidad
habían sido transportados todos ellos incólumes entre las es-
cuadras enemigas, que custodiaban no sólo los puertos, sino
también el litoral. Si no todo era favorable, había que ayudar 4
a la Fortuna con el esfuerzo. El daño sufrido debía atribuirse
a cualquier causa antes que a él mismo. Pues él había pro- 5
porcionado un campo adecuado para combatir, había con-
quistado el campamento enemigo, había expulsado y vencido
a los que resistían. Pero bien la confusión de ellos mismos,
bien algún error o la misma Fortuna, le habían quitado una
victoria que ya era suya y segura; todos debían procurar re-
sarcir con su valor el daño recibido. Si lo hacían así, este 6
mismo daño se convertiría en bien, como había sucedido en
Gergovia[175], y se ofrecerían espontáneamente al combate los
que antes habían temido pelear.

Pronunciada esta arenga, notó de infamia a algunos por- 74
taenseñas, y los degradó. A consecuencia del desastre fue 2
tanto el dolor de todo el ejército y tanto el deseo de resarcir
el desdoro que nadie necesitaba órdenes de tribuno o centu-
rión, y cada uno se imponía como castigo mayores trabajos;

---

[173] Recordemos que las dos Hispanias estaban en principio en manos de Pompeyo quien las gobernaba en la distancia en calidad de procónsul a través de sus legados Varrón, Afranio y Petreyo, a los que César había derrotado y expulsado (cf. I 36-87 y II 17-21).

[174] Seguramente Sicilia y Cerdeña (cf. I 25, 1 y 30-31); sin embargo, dado el relativismo del término *finitimae* 'cercanas', se puede referir también a Tesalia, Etolia y Macedonia (cf. 34-35).

[175] Ciudadela de los arvernos, emplazada en las inmediaciones de Clermont-Ferrand, donde César sufrió un importante revés (cf. *BG* VII 36-53).

al mismo tiempo, todos ardían en deseo de combatir, juz-
gando algunos oficiales de alta categoría, inducidos por ra-
zones militares, que se debía permanecer allí y entablar
3 combate. Por el contrario, César no tenía suficiente confian-
za en los soldados atemorizados y pensaba que se les debía
dar algún tiempo para reponer los ánimos; además, al aban-
donar las fortificaciones tenía gran temor respecto al abaste-
cimiento de trigo.

75 Así, pues, sin más pérdida de tiempo que la necesaria
para atender a los heridos y enfermos, envió delante, en si-
lencio, a primera hora de la noche, todo el bagaje desde el
campamento a Apolonia, y ordenó que no se descansara
hasta haber dado fin al camino. Envió como escolta del ba-
2 gaje una legión. Después de esto, retuvo en el campamento
dos legiones, y por el mismo camino envió al amanecer las
restantes, sacándolas por varias puertas, y al cabo de un cor-
to tiempo, a fin de seguir las normas militares y de que se
conociese su marcha lo más tarde posible, mandó dar la se-
ñal de levantar el campo, y saliendo inmediatamente y si-
guiendo a la retaguardia, se alejó rápidamente de la vista del
3 campamento. Pero tampoco Pompeyo, al conocer su propó-
sito, demoró lo más mínimo la persecución, sino que sacó el
ejército del campamento por si podía por el mismo camino
alcanzar a aquellas tropas atemorizadas e impedidas en la
marcha, y envió delante la caballería para retrasar la reta-
guardia, pero no pudo conseguirlo, porque César le llevaba
mucha ventaja marchando por un camino libre de impedi-
4 mentos. Pero cuando llegó al río Genuso[176], cuyas orillas
eran de gran altura, alcanzando la caballería pompeyana a la
5 retaguardia, retrasaba su marcha. César enfrentó a sus jine-
tes con la caballería enemiga y mezcló entre ellos cuatro-

[176] Actual Chkumbi.

cientos soldados escogidos de los que iban delante de las insignias[177], que dieron tanto resultado que, al entablarse el combate ecuestre, rechazaron a los enemigos y mataron a muchos, retirándose ellos sin daño a la formación.

Hecho el camino que se había propuesto para aquel día y 76
habiendo atravesado el ejército el río Genuso, César se colocó en su antiguo campamento frente a Asparagio[178], retuvo a todos los soldados dentro del parapeto y ordenó que volviera rápidamente por la puerta decumana la caballería que había sido enviada con el pretexto de forrajear. Del mis- 2
mo modo Pompeyo, al dar fin a su jornada de aquel día, hizo alto en su antiguo campamento junto a Asparagio. Sus 3
soldados, como estaban libres de trabajo de fortificación por estar ya completas las obras, unos se alejaban para hacer provisión de leña y de forraje; otros, como se había dado repentinamente la orden de partir y habían dejado gran parte del bagaje, queriendo recogerlo, inducidos por la proximidad del antiguo campamento, dejaban las armas en la tienda y abandonaban la estacada. Impedidos para seguirle, lo que 4
ya César había previsto que sucedería, dando la señal de marcha hacia la hora del mediodía, sacó el ejército y, duplicando la marcha de aquel día, avanzó ocho mil pasos desde aquel lugar[179]; Pompeyo no pudo seguirle por la marcha de sus soldados.

Al día siguiente, César, en la primera hora de la noche, 77
envió por delante igualmente el bagaje, y al amanecer se puso en marcha él mismo a fin de hacer frente a cualquier circunstancia repentina, con el ejército dispuesto si se presentaba la necesidad de combatir. Hizo lo mismo en los restantes días. Con estas medidas consiguió no sufrir ningún 2

[177] Eran soldados de especial valor que actuaban como batidores.
[178] Cf. 41, 1.
[179] Unos 12 Km.

3 daño, aunque pasó ríos profundos y caminos difíciles. Pues
Pompeyo, después del retraso del primer día, aunque se es-
forzó en vano los demás días y alargó sus marchas deseando
alcanzar a los que le precedían, desistió de la persecución al
cuarto día y pensó que debía tomar otra resolución.
78 César tenía necesidad de ir a Apolonia para dejar a los
heridos, pagar el estipendio al ejército, confirmar los ánimos
2 de sus aliados y dejar guarniciones en las ciudades. Dedicó
a esto solamente el tiempo que le permitía su apresuramien-
to; temiendo que Domicio fuera sorprendido por la llegada
3 de Pompeyo, se dirigía hacia aquél con toda rapidez. Con-
cebía todo su plan de manera que si Pompeyo se dirigía allí
mismo, le obligara a combatir con él en iguales condiciones
estratégicas, una vez separado del mar y de las tropas que
tenía reunidas en Durazo y privado del trigo y del abasteci-
miento general; si pasaba a Italia, César, uniendo su ejército
con el de Domicio, marcharía por Iliria en socorro de Italia,
y si intentaba atacar Apolonia y Órico y cortarles las comu-
nicaciones con el litoral, entonces atacaría César a Escipión
y obligaría a Pompeyo necesariamente a acudir en auxilio
4 de los suyos. Así pues, envió César mensajeros a Gneo Do-
micio y le escribió diciéndole cuáles eran sus disposiciones,
y dejando cuatro cohortes como guarnición en Apolonia,
una en Liso y tres en Órico, y dejando colocados a los heri-
5 dos, emprendió la marcha por Epiro y Atamania[180]. También
Pompeyo, conjeturando sobre el propósito de César, pensa-
ba dirigirse apresuradamente hacia Escipión para auxiliarle
si César se dirigía allí; si no quería apartarse del litoral y
de Órico, porque esperaba tropas y caballería procedentes de
Italia, entonces él atacaría a Domicio con todas sus tropas.

---

[180] Región suroriental del Epiro.

Por estas razones, uno y otro procuraban darse prisa, ya 79
para auxiliar a los suyos, ya para no perder la ocasión de
acabar con el enemigo. El haber ido a Apolonia había apar- 2
tado a César del camino directo, mientras Pompeyo tenía el
camino libre a Macedonia por Candavia[181]. Se produjo ade- 3
más de improviso otro inconveniente: que Domicio, que
había tenido su campamento próximo al de Escipión durante
muchos días, se había separado de él para buscar abasteci-
miento de trigo, y se había encaminado a Heraclea[182], que
está próxima a Candavia, de tal manera, que parecía como
que la misma Fortuna se lo entregaba a Pompeyo. En aquel 4
tiempo César desconocía esta situación. Al mismo tiempo,
Pompeyo envió cartas por todas las provincias y ciudades
dando noticia del combate librado junto a Durazo, y al pasar
la noticia de boca en boca, se había aumentado y exagerado
mucho más de lo que el combate había sido en realidad, co-
rriendo la voz de que César huía vencido, habiendo perdido
casi todas sus tropas. Esta fama había hecho que todos los
caminos fueran peligrosos para César, y había apartado de
su amistad algunas ciudades. Por esto, sucedió que los men- 5
sajeros enviados por diferentes caminos de César a Domicio
y de Domicio a César no pudieron llegar de ningún modo.
Pero unos alóbroges compañeros de Roucilo y Ego, de quie- 6
nes ya hemos dicho que se habían pasado a Pompeyo[183], en-
contraron a los exploradores de Domicio y, bien por su anti-
gua amistad, puesto que habían hecho juntos la guerra en la
Galia, bien por vanagloria, les contaron todo como había

[181] Siguiendo la *Via Egnatia*.

[182] Se trata de *Heraclia Lyncestis*, emplazada sobre la *Via Egnatia* e identificada bien con la actual Monastir, bien con la actual Florina. Sin embargo, César se confunde y habla de *Heraclia Sentica*, ciudad del este de Macedonia, muy alejada de la *Via Egnatia*.

[183] Cf. 59-61.

sucedido y les informaron de la marcha de César y la llega-
7 da de Pompeyo. Con esta información, Domicio, que lleva-
ba una ventaja de cuatro horas de marcha, evitó el peligro
gracias al propio enemigo, y encontró a César que iba hacia
él junto a Eginio[184], ciudad próxima a Tesalia.

80 Unidos ambos ejércitos, César fue a Gonfos[185], que es la
primera ciudad de Tesalia viniendo del Epiro; este pueblo
había enviado espontáneamente mensajeros a César pocos
meses antes diciéndole que podía usar de todos sus recursos;
2 además, había solicitado de él una guarnición. Pero ya había
llegado allí la noticia del combate de Durazo, de que hemos
3 informado, exagerada en muchos aspectos. Así, pues, An-
dróstenes, magistrado supremo de Tesalia, prefiriendo ser
partícipe de la victoria de Pompeyo a ser aliado de César en
la derrota, congregó en la ciudad a todos los hombres libres
y esclavos de los campos, cerró las puertas y envió mensaje-
ros a Escipión y Pompeyo, diciendo que fueran en su ayuda,
que tenía confianza en las fortificaciones de la ciudad si se
les socorría rápidamente, pero que no podría sostener un
4 largo asedio. Escipión había llevado sus legiones a Larisa[186]
al conocer la retirada de los ejércitos de Durazo; Pompeyo
5 estaba aún lejos de Tesalia. César, una vez establecido el
campamento, mandó hacer escalas y máquinas[187] para un rá-
6 pido ataque y preparar zarzos. Dispuesto esto, exhortando a
los soldados los informó de cuán útil sería, para remediar la
escasez, apoderarse de una ciudad repleta y opulenta, inspi-

[184] Estaba situada cerca de la actual Kalabaka.

[185] Actual Paleo-Episkopi.

[186] Ciudad de Tesalia emplazada en la ribera del río *Peneus* (actual Salamvria).

[187] César habla en realidad de *musculi*, galerías de madera cubiertas, construidas sobre ruedas y que, adosadas a los muros, permitían la labor de minado de los zapadores.

rar terror a las demás ciudades con el ejemplo de ésta y atacarla con rapidez antes de que pudieran acudir socorros. Así
pues, gracias a la excelente disposición de los soldados y 7
aunque empezó después de las tres de la tarde el ataque a la ciudad de altísimas murallas, la tomó el mismo día de su llegada antes de la puesta del sol; la entregó a los soldados para que la saquearan, e inmediatamente levantó el campamento y se dirigió a Metrópolis[188], de tal manera, que llegó antes que la noticia de la toma de Gonfos.

Los metropolitas, inducidos por los mismos rumores so- 81
bre la derrota de César, tomaron al principio la misma decisión, cerraron las puertas y llenaron de soldados los muros; pero después de conocer lo sucedido en la ciudad de Gonfos por los cautivos que César había procurado aproximar a la
muralla, abrieron las puertas. Puso gran cuidado César de 2
que no sufrieran daño alguno, y al comparar la suerte de los metropolitas con la desgracia de los gonfeses, no hubo ciudad de Tesalia, excepto Larisa, que estaba ocupada por grandes ejércitos de Escipión, que no obedeciera a César y
cumpliera sus órdenes. Ocupando un lugar conveniente en 3
campos cuyo trigo estaba casi ya maduro, decidió esperar allí la llegada de Pompeyo y desarrollar su plan de campaña.

Pocos días después[189] llegó Pompeyo a Tesalia, y en una 82
arenga ante todo el ejército dio gracias a los suyos y exhortó a los soldados de Escipión a que, conseguida ya la victoria, fueran partícipes del botín y los premios, y, habiendo reunido todas las legiones en un solo campamento, comparte su honor con Escipión, manda que también ante él se dé el to-

[188] Actual Paleokastro; estaba situada al sudeste de Gonfos y mucho más próxima que Larisa.

[189] El 1 de agosto.

que de trompeta[190] y dispone que se le prepare otro pretorio.
2 Aumentadas las tropas de Pompeyo por la reunión de dos grandes ejércitos, se asegura la antigua opinión de todos y aumenta de tal manera la esperanza en la victoria, que parecía que cualquier demora retrasaba la vuelta a Italia, y, si alguna vez Pompeyo procedía con reposo y reflexión, decían que era cuestión de un solo día, pero que él se deleitaba con el mando y con tener como esclavos a consulares y pretores.
3 Disputaban ya entre sí sobre premios y sacerdocios y asignaban por años sucesivos el consulado; otros reclamaban las casas y bienes de los que estaban en el campamento de Cé-
4 sar[191], y hubo en el consejo una gran controversia sobre si convenía tener presente en los próximos comicios pretorios a Lucio Hirro, ausente porque había sido enviado contra los partos por Pompeyo; implorando sus parientes que Pompeyo cumpliera lo que le había reconocido al marcharse, para que no pareciera engañado por su autoridad; rechazando los demás el hecho de que prevaleciera uno, siendo igual para todos el trabajo y el peligro[192].

83 Sobre la sucesión en el sacerdocio de César[193], llegaron abiertamente a graves afrentas verbales en sus diarias disputas, Domicio, Escipión y Léntulo Espínter; pues Léntulo hacía valer el mérito de su edad, Domicio alegaba el crédito que gozaba en la ciudad y Escipión confiaba en el parentes-

---

[190] En los campamentos militares existían toques de ordenanza asociados a la presencia del oficial de mayor grado, que en este caso era Pompeyo. Así pues, constituía un honor hacer extensivo este toque a la persona de Escipión.

[191] La veracidad de estos hechos viene corroborada por CICERÓN, *Ático* XI 6, 2, y 6, 6.

[192] La ley Pompeya del año 52 establecía la presencia obligatoria de los candidatos en Roma durante la celebración de los comicios.

[193] César era Pontífice Máximo desde el año 63.

co con Pompeyo[194]. También Acutio Rufo[195] acusó ante 2
Pompeyo a Lucio Afranio de la entrega del ejército, que era lo que en su opinión había sucedido en Hispania[196]. Y Lucio 3
Domicio propuso en el consejo que después de terminada la guerra se entregaran tres tablillas a los senadores que habían estado en la guerra junto con ellos, para que pronunciaran sentencias sobre cada uno de los que se habían quedado en Roma y de los que habían estado dentro de las líneas de Pompeyo, pero no le habían prestado ayuda militar: por una tablilla se absolvería, por otra se condenaría a muerte y por la tercera se impondrían multas. Finalmente, todos trataban 4
de adquirir magistraturas o ventajas económicas o de perseguir a sus enemigos, pero no pensaban cómo podrían vencer, sino cómo debían aprovecharse de la victoria.

Preparado el abastecimiento de trigo, reanimados los 84
soldados y habiendo transcurrido ya desde los combates de Durazo un tiempo bastante largo para tener suficientemente probado el ánimo de los soldados, decidió César explorar la intención de combatir que tenía Pompeyo. Así pues, sacó el 2
ejército del campamento y formó la línea de combate primeramente en su propio campo y a cierta distancia del campamento de Pompeyo; pero en los días siguientes se iba alejando de su campamento y colocando su formación junto a las colinas pompeyanas. Esta táctica iba haciendo cada día más animoso su ejército. Sin embargo, conservaba en la ca- 3
ballería la formación establecida anteriormente[197]; esto es, puesto que era notablemente inferior en número, mandaba luchar entre los jinetes a los más jóvenes y ágiles de los sol-

[194] Léntulo Espínter había sido cónsul en el 57, Domicio en el 54 y Escipión en el 52; Escipión, por su parte, era suegro de Pompeyo.

[195] Personaje conocido únicamente por este episodio.

[196] Cf. I 84.

[197] Cf. 75, 5.

dados escogidos que precedían a las insignias, dotándoles
además de armas que les permitieran mayor rapidez; tales
soldados, con la costumbre diaria, habían adquirido la prác-
4 tica de esta clase de combate. Por este medio se consiguió
que mil jinetes, incluso en lugares despejados, fueran capa-
ces de sostener el ataque de siete mil pompeyanos, cuando
había necesidad, y que no se aterrorizaran por la multitud
5 enemiga. Incluso por aquellos días libró un combate victo-
rioso con la caballería y mató con algunos otros a uno de los
dos alóbroges que hemos indicado más arriba que se habían
pasado a Pompeyo[198].

85 Pompeyo, que tenía su campamento en una colina[199],
formaba su línea de combate en la parte inferior de la ladera,
esperando siempre, al parecer, que César se colocara en un
2 lugar desfavorable. Juzgando César que no había forma de
inducir a Pompeyo a entablar combate, creyó que su mejor
estrategia consistía en levantar el campamento de aquel pun-
to y estar siempre en marcha, esperando que, al mover con-
tinuamente el campamento y pasar por muchos lugares, en-
contraría mejor abastecimiento de trigo y al mismo tiempo
hallaría en el camino alguna ocasión de combatir y fatigaría
con marchas diarias al ejército pompeyano poco acostum-
3 brado al trabajo[200]. Decidido este plan, dada ya la señal de
marcha y recogidas las tiendas, advirtieron poco antes de sa-
lir que la formación de Pompeyo se había alejado de la esta-
cada contra su costumbre diaria, de manera que parecía que
4 se podía entablar combate en lugar conveniente. Entonces,
cuando ya estaban las tropas a punto de salir, dijo César: «es
preciso por el momento aplazar la marcha y pensar en com-
batir como siempre hemos deseado. Tengamos el ánimo

---

198 Cf. 59-60.

199 Seguramente, las alturas de Karadja-Ahmet.

200 Cf. 77, 3.

dispuesto para la lucha; difícilmente encontraremos después
otra ocasión»; y al momento, sacó las tropas dispuestas.

También Pompeyo, como se supo después, había deci- 86
dido combatir a petición de todos los suyos[201]. Incluso había
dicho en el consejo, en los días anteriores, que, antes de que
se encontraran las formaciones, sería derrotado el ejército de
César. Como muchos se admiraran al oírlo, dijo: «sé que 2
prometo algo casi increíble, pero escuchad mi plan para que
vayáis al combate con ánimo más firme. He persuadido a 3
los jinetes —y me han asegurado que lo harán— de que
cuando ambos ejércitos se aproximen, ataquen el ala dere-
cha de César por el flanco desprotegido[202] y, rodeado el
ejército por la espalda, le pongan en fuga antes de que noso-
tros lancemos un solo dardo. Así, sin peligro de las legiones 4
y casi sin daño, pondremos fin a la guerra. Ciertamente esto
no es difícil dada nuestra superioridad en caballería». Al 5
mismo tiempo les previno que tuviesen el ánimo dispuesto
para el futuro y, puesto que se presentaba la ocasión de pe-
lear, como continuamente habían pedido, no defraudasen
sus esperanzas ni las de los demás.

Después de Pompeyo tomó la palabra Labieno y, des- 87
preciando las tropas de César y ensalzando con grandes ala-
banzas el plan de Pompeyo, dijo: «No creas, Pompeyo, que
éste es el ejército que conquistó la Galia y Germania. Estuve 2
presente en todos los combates y no afirmo al azar una cosa
desconocida. Queda una mínima parte de aquel ejército,
pues la mayoría pereció, como es natural que sucediera en

201 Circunstancia confirmada por el testimonio de APIANO (*Guerras civiles* II 66-67) y de PLUTARCO (*César* 42, 1-2 y *Pompeyo* 68, 1).

202 El flanco derecho de todo ejército estaba siempre más desprotegido que el izquierdo dado que los soldados que integraban la última hilera no podían cubrir con el escudo su costado derecho, justo al contrario de lo que les acaecía a los soldados que ocupaban el ala izquierda.

tantísimos combates; la insalubridad del otoño en Italia hizo perecer a muchos; muchos marcharon a sus casas; muchos
3 se han quedado en Italia[203]. ¿Acaso no habéis oído que se han formado unas cohortes en Brindis con los que se queda-
4 ron allí por enfermedad? Estas tropas que veis están formadas de las levas de estos años en la Galia Citerior[204] y muchos son de las colonias del norte del Po. Sin embargo, el núcleo más fuerte de este ejército desapareció en los dos
5 combates de Durazo». Después de haber pronunciado estas palabras, juró que no volvería al campamento sino como vencedor y exhortó a los demás a que hicieran lo mismo.
6 Pompeyo, alabando esta determinación, juró igualmente; y
7 nadie hubo entre los demás que dudara jurar lo mismo. Después de tratarse esto en el consejo, se disolvieron con gran esperanza y alegría de todos; y ya disfrutaban de la victoria en su interior, porque les parecía que un general tan experimentado nada podía asegurar sin motivo sobre un asunto tan importante.

88 Al aproximarse al campamento de Pompeyo, César ad-
2 virtió que su línea estaba formada de este modo. Estaban en el ala izquierda las dos legiones entregadas por César, según decreto del senado, al principio de la discordia[205]; una de ellas se llamaba primera, otra tercera[206]. En aquel lugar esta-
3 ba Pompeyo. Mandaba el centro de la formación Escipión con las legiones de Siria. La legión de Cilicia[207], unida a las

[203] Sobre los problemas derivados de las enfermedades y las dificultades de embarque cf. 2, 3; 6, 1 y 14, 1.

[204] La Galia Citerior o Cisalpina era la que se extendía al sur de los Alpes.

[205] Cf. I 2, 3; especialmente nota 10.

[206] La numeración de las legiones podía cambiar según el ejército en el que se integraran; así, la I legión de Pompeyo había sido la VI de César y la III de Pompeyo, la XV de César.

[207] Cf. 4, 1.

cohortes hispanas que, como dijimos, trajo Afranio[208], esta-
ba colocada en el ala derecha. Pompeyo creía que éstas eran 4
sus tropas más fuertes. Había distribuido las restantes fuer-
zas entre el centro de la línea y las alas, y había completado
ciento diez cohortes. Sumaban estas tropas cuarenta y cinco 5
mil hombres, y aproximadamente dos mil reenganchados,
soldados distinguidos procedentes de anteriores ejércitos,
que se le habían agregado y que él había repartido por toda
la línea. Había colocado las restantes siete cohortes como
guarnición del campamento y de los próximos fuertes. Un 6
río, de elevadas orillas, protegía su ala derecha[209] y por este
motivo había colocado en el ala izquierda toda la caballería
y todos los arqueros y honderos.

César, conservando la misma formación que en comba- 89
tes anteriores, había colocado la décima legión en el ala de-
recha y la novena en la izquierda; como esta última había
quedado muy reducida en los combates de Durazo[210], colocó
a su lado la octava, de manera que formó casi una de dos le-
giones y les ordenó ayudarse mutuamente. Tenía formadas 2
en su línea ochenta cohortes con un total de veintidós mil
hombres. Había dejado como guarnición del campamento
siete cohortes[211]. Había dado el mando del ala izquierda a 3
Antonio, del ala derecha a Publio Sila y del centro de la lí-
nea a Gneo Domicio. Él se colocó frente a Pompeyo. Al 4
mismo tiempo, advertidas las circunstancias que hemos de-

---

[208] No se hace referencia a ellas en ningún otro pasaje, ya sea porque el texto se ha perdido, ya sea por un error memorístico de César.

[209] Se trata seguramente del río Enipeo. Con esta disposición Pompeyo conseguía mantener cubierto su flanco derecho, a diferencia de lo que le sucedía a César; cf. 86, 4 y nota 202.

[210] Cf. caps. 45, 62 y 67–69.

[211] El número de siete cohortes se impone frente a la lectura de los manuscritos que dan II cohortes, a fin de concordar el número de efectivos con los dos mil hombres que señala Apiano (*Guerras civiles* II 75).

tallado, temiendo que su ala derecha fuera rodeada por la caballería, sacó rápidamente una cohorte de cada una de las legiones que constituían la tercera línea, y formó con ellas una cuarta línea que enfrentó a la caballería enemiga; les dio instrucciones y les advirtió que la victoria de aquel día resi-
5 día en el valor de aquellas cohortes. Al mismo tiempo, ordenó a la tercera línea y a todo el ejército que no avanzaran sin su orden, pues él daría la señal de ataque con la bandera cuando lo juzgara conveniente.

90 Exhortando al ejército al modo militar y ensalzando sus beneficios para con ellos en todo tiempo, recordó especialmente que él podía poner a los soldados como testigos de con cuánto afán había buscado la paz, de lo que había tratado en las conversaciones de bando a bando por medio de Vatinio[212], de la misión de Aulo Clodio para Escipión[213]; de cómo se había esforzado en Órico con Libón para que se
2 enviaran legados de uno a otro ejército[214]. Que él jamás había abusado de la sangre de los soldados, ni había querido
3 privar a la república de ninguno de los dos ejércitos. Pronunciado este discurso y a petición de los soldados, que ardían en deseo de combatir, dio la señal con la trompeta.

91 Había en el ejército de César un soldado reenganchado de extraordinario valor llamado Crastino, que el año ante-
2 rior había sido primopilo de la décima legión[215]. Al darse la señal, éste dijo: «seguidme, vosotros que fuisteis soldados de mi manípulo y servid a vuestro general como tenéis costumbre. Sólo nos queda este combate; terminado el cual, no-
3 sotros recobraremos nuestra libertad y él su dignidad». Al mismo tiempo, volviendo la mirada a César, dijo: «yo haré

---

[212] Cf. 19, 2.
[213] Cf. 57, 1.
[214] Cf. 16-17; 19, 2 y 57, 1.
[215] Cf. I 46, nota 180.

hoy, mi general, que vivo o muerto me debas agradecimiento». Dicho esto, avanzó el primero del ala derecha y le si- 4 guieron unos ciento veinte voluntarios escogidos de la misma centuria.

Quedaba sólo entre los dos ejércitos el espacio suficiente 92 para correr a su mutuo encuentro. Pero Pompeyo había ad- 2 vertido a los suyos que resistieran el ataque de César sin moverse de su puesto y dejaran que la formación enemiga se dispersara; se decía que había ordenado esto por consejo de Gayo Triario, a fin de quebrantar el primer ataque, de que las líneas enemigas se extendieran y de que sus soldados, en perfecta formación, atacaran a los enemigos diseminados; esperaba que, si los soldados no se movían de su puesto, los 3 dardos les herirían con menos fuerza que si corrían a su encuentro; al mismo tiempo sucedería que, al correr doble camino, los soldados de César se fatigarían y llegarían agotados por el cansancio. Nos parece que Pompeyo obró así sin 4 ninguna razón, porque hay cierta agitación y viveza de ánimo naturalmente innata en todos los hombres que se excita con el deseo de combatir. Los generales no deben reprimir- 5 la, sino fomentarla; y con razón quedó establecido desde tiempos antiguos que se tocaran instrumentos por todas partes y que todos los soldados levantaran gran clamor, con lo cual creían incitar a los suyos y aterrorizar a los enemigos[216].

Dada la señal, nuestros soldados iniciaron la carrera con 93 los dardos preparados y advirtieron que los pompeyanos no corrían a su encuentro; aleccionados por la experiencia y ejercitados por anteriores combates, contuvieron por sí mismos la carrera y se detuvieron aproximadamente a mitad de

---

[216] Pese a la crítica de César hacia la actitud de Pompeyo, el pasaje no hace sino reflejar la existencia de dos posibilidades tácticas igualmente válidas tal como pone de manifiesto APIANO (*Guerras civiles* II 79).

camino para no llegar cansados; habiendo descansado corto
tiempo, iniciaron de nuevo la carrera, arrojaron sus dardos y
rápidamente empuñaron las espadas, según había ordenado
2 César. No fueron inferiores los pompeyanos en esta acción.
Recibieron la descarga de los dardos, resistieron el ataque
de las legiones, conservaron sus líneas y, lanzando sus dar-
3 dos, empuñaron las espadas[217]. Al mismo tiempo avanzaron
en bloque los jinetes del ala izquierda de Pompeyo, como
había sido ordenado, y se desparramó toda la multitud de
4 arqueros. Nuestra caballería no pudo sostener su ataque, si-
no que cedió un poco y los jinetes pompeyanos empezaron a
estrecharlos más violentamente, a desplegarse en escuadro-
nes y a rodear nuestra formación por el flanco derecho.
5 Cuando César advirtió esto dio la señal a las seis cohortes
6 con las que había formado la cuarta línea[218]. Éstas avanza-
ron rápidamente y atacaron con tanta violencia a los jinetes
de Pompeyo que ninguno resistió, sino que volviendo todos
la espalda, no sólo abandonaron el lugar, sino que, lanzados
7 a la fuga, llegaron hasta los montes más altos. Retirada la
caballería, todos los arqueros y honderos, sin apoyo, sin ar-
8 mas, sin defensa, fueron muertos. Con el mismo ímpetu
nuestras cohortes rodearon el ala izquierda y atacaron por la
espalda a los pompeyanos que aún luchaban y resistían sin
perder la formación.

94 En este momento, César ordenó avanzar a la tercera lí-
nea, que hasta entonces había estado en su puesto e inactiva.

---

[217] Repite César, como había hecho en I 85, 2, elogios para la actitud de las tropas pompeyanas en contraposición a las críticas que dirige a sus mandos.

[218] Cf. 89, 4. Dando por bueno el número de seis, restituido por una conjetura de Orsini, esto implicaría que César no retiró cohorte alguna de las dos legiones situadas en el flanco derecho, debido seguramente a que se encontraban ya muy mermadas de efectivos.

Y así, al relevar a los que ya estaban fatigados nuevas tropas 2
de refresco y atacar otro grupo a los enemigos por la espalda, los pompeyanos no pudieron resistir y todos emprendieron la huida. No se equivocó César cuando dijo, exhortando 3
a los soldados, que la victoria surgiría de aquellas cohortes que había colocado en la cuarta línea para enfrentarlas a la caballería enemiga. En efecto, ellas rechazaron la caballería, 4
acabaron con los arqueros y honderos, rodearon por el flanco izquierdo el ejército pompeyano y provocaron su huida.
Pompeyo, cuando vio rechazada su caballería y advirtió que 5
estaba llena de terror la parte de su ejército en que había puesto toda su confianza, no teniendo esperanza ya en el resto, abandonó el campo de combate y se dirigió a caballo rápidamente al campamento; en voz clara, de manera que los soldados pudieran oírle, dijo a los centuriones que estaban de guardia en la puerta pretoria[219]: Guardad el campamento y defendedlo con valor si llega a suceder algo grave. Yo voy a recorrer las otras puertas y a animar la guarnición del campamento». Después de pronunciar estas palabras se 6
dirigió a su tienda, desconfiando de la victoria y, sin embargo, esperando los acontecimientos.

Llevados los pompeyanos dentro de su propia estacada a 95
consecuencia de la huida, creyó César que era conveniente no darles tiempo alguno para rehacerse, ya que estaban aterrorizados, y exhortó a sus soldados a que aprovecharan el favor de la Fortuna y atacaran el campamento. Éstos, dis- 2
puestos a todos los trabajos, obedecieron la orden, aunque estaban fatigados por el gran calor, pues el combate se había prolongado hasta el mediodía[220]. El campamento era defen- 3
dido afanosamente por las cohortes que habían quedado en

---

[219] La que quedaba frente al enemigo.

[220] La batalla tenía lugar el 9 de agosto, correspondiente al 29 de junio del calendario juliano reformado.

él de guarnición, y mucho más duramente por los tracios y
4 fuerzas auxiliares bárbaras. Pues los soldados que habían huido del combate, aterrorizados y agotados por el cansancio, abandonando muchos las armas y las enseñas militares, pensaban más en seguir huyendo que en defender el cam-
5 pamento. Pero tampoco pudieron resistir mucho tiempo la gran cantidad de dardos los que se habían quedado en la estacada defendiendo el campamento, sino que, agotados por las heridas, abandonaron el campo e inmediatamente todos huyeron a unos montes elevados que estaban junto al campamento, guiándoles en la huida los centuriones y tribunos militares.

96 Se encontraron en el campamento de Pompeyo recintos hechos con enramadas, gran cantidad de plata por todas partes, tiendas alfombradas con césped recién cortado, e incluso las tiendas de Lucio Léntulo y algunos otros recubiertas con yedra; además, otras muchas cosas que demostraban un excesivo lujo y confianza en la victoria, de donde fácilmente se podía deducir que no habían temido el resultado del combate de aquel día quienes buscaban placeres innecesarios.
2 Pero estos mismos acusaban de excesivo lujo al misérrimo y sufridísimo ejército de César, al que había faltado siempre
3 incluso lo más necesario[221]. Cuando ya los nuestros andaban dentro de la estacada, Pompeyo, tomando un caballo y quitándose las insignias de comandante en jefe[222], salió del campamento por la puerta decumana[223], e inmediatamente, es-
4 poleando al caballo, se dirigió a Larisa. Tampoco se detuvo allí, sino que con la misma rapidez, recogiendo unos pocos fugitivos de los suyos, y sin interrumpir la marcha durante

[221] Cf. Suetonio, *César* 67.

[222] Básicamente el manto rojo llamado *paludamentum*.

[223] La situada en la parte opuesta a la pretoria y, por tanto, en la parte trasera del campamento, la más alejada del frente enemigo.

la noche, llegó al mar[224] con una comitiva de treinta jinetes y embarcó en una nave de transporte de trigo, quejándose continuamente, según se decía, de haberse equivocado tanto que casi parecía traicionado por haber iniciado la huida aquellos mismos hombres de los que esperaba la victoria[225].

Una vez apoderado del campamento, César procuró que 97
los soldados no perdieran la ocasión de completar la victoria
por entretenerse en hacer botín. Conseguido este propósito, 2
decidió rodear el monte con una fortificación. Los pompeyanos, descontentos con esta posición porque el monte no tenía agua, lo abandonaron y empezaron a retirarse todos
hacia Larisa por las cumbres. Al advertir la retirada, César 3
dividió sus tropas y ordenó que una parte de las legiones permaneciera en el campamento de Pompeyo y envió otra parte al suyo; llevó consigo cuatro legiones, y yendo por un camino más transitable, salió al encuentro de los pompeyanos y, cuando hubo avanzado seis mil pasos[226], formó su lí-
nea de combate. Al advertirlo, los pompeyanos se detuvie- 4
ron en cierto monte. Bañaba la falda de este monte un río[227]. César exhortó a sus soldados y, aunque estaban agotados por el continuo trabajo de todo el día y ya anochecía, sin embargo, separó el río del monte con una fortificación, para que los pompeyanos no pudieran aprovisionarse de agua du-
rante la noche. Una vez terminada esta obra, los pompeya- 5
nos enviaron legados y empezaron a tratar de su rendición.

[224] A la desembocadura del río Peneo, a unos 80 Km de Farsalia en línea recta.

[225] Plutarco (*Pompeyo* 73) señala que le acompañaron en el viaje Publio y Cornelio Léntulo, Favonio y el rey Deyótaro.

[226] Unos 9 Km.

[227] Puede tratarse del mismo río Enipeo, que limitaba el campo de batalla.

Unos pocos senadores que estaban entre ellos huyeron durante la noche.

98 Al amanecer, César ordenó que todos los que estaban en
2 el monte bajaran a la llanura y entregasen las armas. Obedecieron sin resistencia y, extendiendo las manos y arrojándose a tierra, le pidieron llorando que les conservara la vida; César, consolándoles, ordenó que se levantaran y, hablándoles brevemente de su clemencia para disminuir su miedo, perdonó a todos[228] y recomendó a sus soldados que no les causaran el menor daño ni les despojaran de objeto
3 alguno. Tomada esta prevención, ordenó que vinieran a él desde el campamento otras legiones y, a su vez, que volvieran y descansaran las que había llevado consigo, y aquel mismo día llegó a Larisa.

99 No perdió en este combate más de doscientos soldados, pero murieron unos treinta centuriones de extraordinario va-
2 lor. Murió también, luchando valerosamente, Crastino, de quien hemos hablado antes[229], al recibir en la cara una heri-
3 da de espada. Y no resultó falso lo que había dicho al ir al combate. En efecto, juzgaba César que el valor de Crastino en aquel combate había sido extraordinario y que le había
4 hecho un gran servicio. Del ejército pompeyano parece que murieron unos quince mil[230] y se entregaron más de veinticuatro mil (pues también las cohortes que estaban de guarnición en los fuertes se rindieron a Sila), además muchos huyeron a las ciudades próximas; fueron llevadas a César del campo de batalla ciento ochenta enseñas militares y nue-

---

[228] En cambio, Dión Casio (XLI 62, 2) precisa que hizo pasar por las armas a los integrantes del orden senatorial y ecuestre.

[229] Cf. 91, 1.

[230] Apiano (*Guerras civiles* II 83, 345) recoge el testimonio de Asinio Polión, testigo presencial de los hechos, quien fija la cifra de muertos en 6.000.

ve águilas[231]. Al huir al monte desde el campamento, faltán- 5
dole ya las fuerzas por el cansancio, Lucio Domicio fue
muerto por nuestros jinetes.

Por esta misma época Décimo Lelio fue a Brindis con la 100
escuadra y por el mismo procedimiento que lo había hecho
Libón, según indicamos antes, ocupó la isla que está enfren-
te del puerto[232]. Igualmente[233] Vatinio, que tenía el mando 2
en Brindis, cubriendo y aparejando pequeñas barcas, atrajo
hacia ellas a las naves de Lelio y se apoderó, en la misma
boca del puerto, de una quinquerreme que se había adelan-
tado demasiado, y de dos naves menores; igualmente de-
cidió impedir el aprovisionamiento de agua a la escuadra
enemiga, por medio de jinetes colocados a intervalos. Pero 3
Lelio, aprovechando una estación del año más ventajosa pa-
ra la navegación, transportaba para los suyos el agua en na-
ves desde Corcira y Durazo, y ni desistía de su propósito ni
pudo ser expulsado del puerto e isla, ni por la vergüenza de
la pérdida de las naves, ni por la escasez de lo más indispen-
sable, hasta que tuvo noticia del combate librado en Tesa-
lia[234].

Más o menos por la misma época, Casio[235] fue a Sicilia 101
con la escuadra de Siria, Fenicia y Cilicia; la escuadra de
César estaba dividida en dos partes: mandaba una el pretor
Publio Sulpicio, en Vibón[236], cerca del estrecho; la otra,

---

[231] Las águilas eran las enseñas propias de las legiones.

[232] Cf. 23, 1.

[233] Referencia a la táctica usada por Antonio frente a Libón; cf. cap. 24.

[234] César no menciona nunca el nombre de Farsalia.

[235] Por supuesto, se trata del pompeyano Gayo Casio Longino; cf. cap. 5, nota 31.

[236] Actual Bivona, ciudad situada a unos 60 Km al norte del estrecho de Mesina.

Marco Pomponio[237], en Mesina[238]; Casio se dirigió con sus naves a gran velocidad a Mesina, antes de que Pomponio
2 tuviera noticia de su llegada; le cogió desprevenido, sin que tuviera establecidos puestos de guardia ni formada su escuadra, y, aprovechando un viento favorable de gran violencia, lanzó contra la escuadra de Pomponio unas naves de carga llenas de resina, pez, estopa y otras materias incendiarias, y prendió fuego a las treinta y cinco naves que compo-
3 nían la escuadra, de las cuales veinte eran cubiertas. Con esta acción se produjo tan gran temor que, aunque había una legión de guarnición en Mesina, la ciudad se defendió con dificultad, y muchos juzgaban que se hubiera perdido si en aquel mismo tiempo no hubieran llegado ciertas noticias de la victoria de César por medio de jinetes que se relevaban a
4 intervalos. Pero al llegar las noticias con tanta oportunidad, la ciudad fue defendida y Casio se dirigió desde allí a Vibón, contra la escuadra de Sulpicio; nuestras naves estaban arrimadas a la orilla por el temor de lo sucedido en Mesina, pero aprovechando un viento favorable, del mismo modo que antes, lanzó naves de carga preparadas para incendiar las nuestras, que eran aproximadamente cuarenta, y prendiendo la llama por los dos extremos, ardieron cinco naves.
5 Como el fuego se iba extendiendo cada vez más por la violencia del viento, los soldados convalecientes de las legiones veteranas, que habían sido dejados para guarnición de
6 las naves, no soportaron la afrenta, sino que espontáneamente se embarcaron, salieron del puerto, atacaron a la escuadra de Casio y apresaron dos quinquerremes, en una de las cuales estaba Casio, que huyó en una barca; además fueron hun-
7 didas dos trirremes. No mucho después llegó la noticia del

[237] Este comandante de la flota cesariana había estado con anterioridad al mando de una escuadra de Pompeyo en la guerra contra los piratas.

[238] La ciudad que da nombre al estrecho que separa Sicilia de Italia.

combate librado en Tesalia, de modo que ya los mismos pompeyanos le dieran crédito; pues hasta entonces creían que era una invención de los legados y amigos de César. Al conocer esta noticia, Casio se retiró con la escuadra de aquellos lugares.

César consideró que debía posponerlo todo y perseguir a 102
Pompeyo a dondequiera que huyera, a fin de que no pudiera reclutar otras tropas y reanudar la guerra; y, por consiguiente, avanzaba cada día todo lo que podía caminar la caballería y ordenó que le siguiera una legión a marcha más moderada.
Se había publicado en Anfípolis[239] un edicto de Pompeyo 2
ordenando que todos los jóvenes de aquella provincia, griegos y ciudadanos romanos, vinieran a prestar juramento. Pe- 3
ro no se podía averiguar si Pompeyo lo había publicado para evitar la sospecha de su huida y ocultar el mayor tiempo posible su propósito de seguir huyendo, o si intentaba ocupar
Macedonia con nuevas levas, si nadie le perseguía. Pasó una 4
noche en una nave anclada, llamó a su presencia a los huéspedes de Anfípolis y pidió el dinero para los gastos indispensables, pero al conocer la llegada de César, abandonó
aquel lugar, y a los pocos días llegó a Mitilene[240]. Retenido 5
dos días por una tempestad y aumentando el número de sus naves con otras ligeras, llegó a Cilicia y desde allí a Chipre.
Supo que todos los antioquenses y ciudadanos romanos que 6
negociaban allí habían tomado las armas, por acuerdo común, para no permitirle la entrada, y que habían enviado mensajeros a todos los que en su huida se habían retirado a

[239] Ciudad de Macedonia, actual Néochori, situada en la desembocadura del rio Estrimón.

[240] Capital de la isla de Lesbos. Al comienzo de las hostilidades había enviado allí a su mujer Cornelia y a su hijo Sexto. Según Plutarco (*Pompeyo* 73–74) Pompeyo no llegó a desembarcar, sino que hizo subir a bordo a su mujer.

las próximas ciudades, previniéndoles que no se dirigieran a Antioquía[241], y que, si lo hacían, corrían peligro de muerte.
7 Lo mismo le había sucedido en Rodas a Lucio Léntulo, que había sido cónsul el año anterior, al consular Publio Léntulo y a algunos otros que, siguiendo en su huida a Pompeyo, habían llegado a esta isla, se les había negado la entrada en el puerto y en la ciudad, y conminado, por medio de mensajeros, a que se alejaran de aquellos lugares; por consiguien-
8 te, tuvieron que hacerse a la mar contra su voluntad. Ya entonces, se iba extendiendo por las ciudades la noticia de la llegada de César.

103 Al tener conocimiento de esta situación, Pompeyo abandonó el propósito de ir a Siria, recogió el dinero de la sociedad de publicanos, lo tomó prestado de algunos particulares, embarcó en las naves gran cantidad de cobre para las necesidades militares y se dirigió a Pelusio[242] con dos mil hombres armados, algunos de los cuales había escogido entre los gladiadores de las sociedades de publicanos y otros los había reunido de entre los esclavos de los traficantes, precisamente aquéllos a los que su dueño juzgaba más aptos para
2 la milicia. Se daba la circunstancia de que se encontraba en Pelusio el rey Tolomeo, niño de poca edad, haciendo la guerra con gran número de tropas a su hermana, a la que pocos meses antes había expulsado del reino valiéndose de sus parientes y amigos; a poca distancia de su campamento estaba
3 el de Cleopatra[243]. Envió Pompeyo mensajeros al rey, pidién-

[241] Capital de la Siria romana, actual Antakia.

[242] Ciudad de Egipto, al este del delta del Nilo; actual Tine.

[243] Se calcula que, en el año 48, Tolomeo XIV tenía unos trece años y su hermana Cleopatra unos veinte. Ambos habían heredado *pro indiviso* el reino de Egipto a la muerte de su padre, Tolomeo Auletes (Tolomeo XIII), acaecida en el año 51. La situación a la llegada de Pompeyo era la de una

dole que, por los lazos de hospitalidad y la amistad que le había unido con su padre[244], le permitiera la entrada en Alejandría y le protegiera en la desgracia con sus recursos. Pero 4
los mensajeros, una vez cumplida su misión, hablaron con más libertad con los soldados del rey y les exhortaron a que prestaran ayuda a Pompeyo y no despreciaran su fortuna. Había entre ellos muchos soldados de Pompeyo que Gabinio 5
había recogido en Siria del ejército pompeyano y había llevado a Alejandría, y al terminar la guerra los había dejado con Tolomeo, padre del entonces reinante[245].

Al conocer estas circunstancias, los amigos del rey, que 104
por la edad de éste administraban el reino[246], ya fuera por temor, como dijeron después, de que Pompeyo, atrayéndose el ejército real, ocupara Alejandría y Egipto, ya fuera por desprecio de su infortunio (como suele suceder en la desgracia, que los amigos se convierten en enemigos), respondieron en público amablemente a los mensajeros de Pompeyo y le invitaron a que fuera junto al rey; pero ocultamente 2
tomaron otro acuerdo y enviaron, con el fin de matar a Pompeyo, al prefecto regio Aquilas, hombre de gran audacia, y al tribuno del ejército Lucio Septimio[247]. Pompeyo fue 3
saludado cortésmente por éstos y, confiado en cierto conocimiento de Septimio, porque había sido centurión de su ejército en la guerra de los piratas, embarcó en una navecilla con unos pocos de los suyos; allí fue muerto por Aquilas y

lucha entre los dos hermanos, después que Tolomeo y sus partidarios hubieran apartado del poder a Cleopatra.

[244] En el año 55 Pompeyo había ayudado a Tolomeo XIII a recuperar el reino a través de la expedición de Aulo Gabinio, gobernador de Siria.

[245] Cf. cap. 4, 4.

[246] La camarilla del rey la integraban su tutor, Potino, el comandante en jefe del ejército, Aquilas, y el rétor, Teódoto.

[247] Era tribuno militar de las tropas dejadas en Egipto por Aulo Gabinio para protección de Tolomeo XIII.

Septimio[248]. Igualmente Lucio Léntulo fue apresado por el
rey y muerto en la prisión.
105 Cuando llegó a la provincia de Asia[249], supo César que
Tito Ampio[250] había intentado apoderarse del tesoro del
templo de Diana, en Éfeso, y con este motivo había llamado
a todos los senadores de la provincia para que fueran testi-
gos del recuento de las riquezas, pero había huido estorbado
2 por la llegada de César. Así pues, en dos ocasiones, César
3 salvó el tesoro de Éfeso ***[251]. Constaba que en el templo
de Minerva, en Élide[252], la estatua de la Victoria que estaba
colocada ante la estatua de Minerva y mirando hacia ella, se
había vuelto hacia las puertas y umbral del templo, y,
habiéndose hecho el cálculo de los días, se halló que coinci-
4 día con el de la victoria de César. Y en el mismo día en An-
tioquía de Siria se oyó por dos veces tanto clamor de solda-
dos y sonido de cornetas que la ciudad armada corrió a
5 colocarse en las murallas. Esto mismo sucedió en Tolemai-
da[253]. En Pérgamo, en lo más oculto y recóndito del templo,
que los griegos llaman *ádyta* (inaccesible), donde no está
permitido entrar sino a los sacerdotes, sonaron tambores.
6 Igualmente en Trales[254], en el templo de la Victoria, donde

---

[248] El 28 de septiembre.

[249] La provincia de Asia comprendía la parte occidental de Asia Menor.

[250] Tito Ampio Balbo había sido tribuno de la plebe en el 63, seguramente pretor en el 58 y procónsul de Asia en el 57.

[251] Se supone la existencia de una laguna en este punto. El paso de las tropas de César de Italia al Epiro había frustrado indirectamente un intento anterior de Escipión; cf. cap. 33.

[252] Capital de la región homónima situada al noroeste del Peloponeso.

[253] Ciudad de Fenicia, al sur de Tiro. Recibió en la época de las cruzadas el nombre de San Juan de Acre y se corresponde con la actual Akka.

[254] Ciudad de Caria, en Asia Menor, emplazada al norte del río Meandro.

habían consagrado una estatua de César, se mostraba que por aquellos días había salido una palma entre la unión de las piedras del pavimento[255].

César se detuvo pocos días en Asia y, al oír que Pompe- 106
yo había sido visto en Chipre, conjeturando que se dirigía a
Egipto por sus relaciones en aquel reino y otras ventajas de
aquella comarca, llegó a Alejandría[256] con una legión, a la
que había ordenado seguirle desde Tesalia, otra que había
hecho venir desde Acaya donde la mandaba el legado Quin-
to Fufio, y con ochocientos jinetes y con diez naves de gue-
rra de Rodas y unas pocas de la provincia de Asia. Había en 2
estas legiones tres mil doscientos hombres; los demás no
pudieron seguirle por las heridas recibidas en los combates
o por la fatiga de marchas tan largas. Pero César, confiado 3
en la fama de su triunfo, no temía avanzar aun con pocas
tropas, pues creía estar seguro en todas partes. En Alejan- 4
dría tuvo conocimiento de la muerte de Pompeyo[257], y allí
mismo, en el momento de desembarcar, oyó el griterío de
los soldados que el rey había dejado en la ciudad como guar-
nición, y vio que se producía un tumulto junto a él porque le
precedían las fasces[258]. La muchedumbre exclamaba que
con ello se rebajaba la majestad real. Apaciguado este tu- 5
multo, se produjeron en los días siguientes frecuentes albo-
rotos por la agitación de la multitud y murieron muchos sol-
dados en diferentes partes de la ciudad.

---

255 Cf. Plutarco, *César* 47, 1.

256 En torno al 4 de octubre.

257 Cuenta Plutarco que al desembarcar César le fue ofrecida la cabeza cortada de Pompeyo y que él tuvo que apartar la vista por el asco que le daba la presencia del individuo, Teódoto, que le hacía este repugnante obsequio. Sin embargo, Lucano, *Farsalia* X 1038-1043 acusa a César de no haber hecho más que teatro.

258 Símbolo del poder consular.

107 Al darse cuenta de la situación, ordenó que vinieran de Asia otras legiones que había formado de los soldados pompeyanos rendidos. Pues los vientos etesios[259], que impiden
2 navegar desde Alejandría, no le permitían salir. En este intervalo, juzgando que correspondía arreglar las disputas de los reyes al pueblo romano y a él mismo, porque era cónsul, y más aún porque en su anterior consulado se había establecido la alianza con Tolomeo padre, por medio de una ley y un decreto del senado[260], propuso que el rey Tolomeo y su hermana Cleopatra licenciaran sus ejércitos y que defendieran ante él su causa en justicia, más bien que entre sí mismos por las armas.

108 Regentaba el reino por la menor edad del rey, su ayo, el eunuco Potino. Comenzó éste primeramente a quejarse con indignación, entre los suyos, de que el rey fuera citado a de-
2 fender su causa; posteriormente, hallando entre los amigos del rey algunos partícipes de su propósito, ordenó que el ejército viniera ocultamente de Pelusio a Alejandría y dio el mando de todas las tropas al mismo Aquilas, de quien ya
3 hemos hecho mención[261]. Le informó de sus intenciones por medio de cartas y mensajeros, incitándole con sus promesas
4 y halagándole con las del rey. En el testamento de Tolomeo padre, habían sido designados herederos el mayor de sus dos
5 hijos y la mayor de sus dos hijas[262]. En el mismo testamento, Tolomeo conjuraba al pueblo romano por todos los dioses y por los tratados que había hecho en Roma, a que se cumplie-

---

[259] Vientos del noroeste.

[260] Durante el consulado de César del año 59, Tolomeo XIII Auletes había sido declarado «aliado y amigo del pueblo romano».

[261] Cf. 104, 2.

[262] Los dos hijos eran Tolomeo Dionisio (Tolomeo XIV) y Tolomeo el Joven (Tolomeo XV); las dos hijas, Cleopatra y Arsínoe. Una tercera hija, mayor que la otras dos, Berenice, había muerto en el 55.

ra su voluntad. Unas tablas de este testamento habían sido 6 llevadas a Roma por sus legados para que fueran depositadas en el erario[263] (como los trastornos públicos impidieron que se depositaran allí, fueron entregadas a Pompeyo); otras, con el mismo contenido, quedaron selladas y expuestas en Alejandría.

Mientras César trataba este asunto y ponía su mejor vo- 109 luntad en arreglar las disputas de los reyes como árbitro y amigo común, se anunció repentinamente que el ejército real y toda la caballería marchaban a Alejandría. Las tropas de 2 César no eran tantas como para confiar en ellas si era necesario luchar fuera de la ciudad. Le quedaba el recurso de mantenerse en sus posiciones dentro de la ciudad y tratar de conocer el propósito de Aquilas. Sin embargo ordenó que 3 todos los soldados estuvieran sobre las armas y exhortó al rey a que enviara a Aquilas mensajeros de máxima confianza, escogidos entres sus amigos, para comunicarle cuál era su voluntad. Envió el rey a Dioscórides y Serapión, que 4 habían sido legados en Roma y habían disfrutado de la confianza de Tolomeo padre[264]; éstos se presentaron a Aquilas. Cuando estuvieron en su presencia, antes de oírlos y de in- 5 formarse del motivo de su misión, Aquilas ordenó que fueran apresados y muertos; uno de ellos recibió una herida, fue recogido por los suyos y retirado como muerto; el otro murió. Ante este hecho, César procuró tener al rey en su po- 6 der, juzgando que la autoridad real era muy respetada entre los suyos y con el propósito de que pareciera que la guerra había sido emprendida por decisión de unos pocos malvados más bien que por resolución real.

---

[263] Emplazado en el templo de Saturno y Opis. Además de funcionar como depósito del tesoro público, hacía también las veces de archivo documental.

[264] Los dos habían sido ministros de Tolomeo XIII Auletes.

110 Las tropas de Aquilas no eran despreciables ni por su
número, ni por su calidad, ni por su experiencia militar.
2 Pues tenía en armas veinte mil hombres. Se componían estas
tropas de soldados de Gabinio que se habían acostumbrado
ya al libertinaje de la vida alejandrina, habían olvidado el
nombre y disciplina del pueblo romano, se habían casado
3 con mujeres de Alejandría y muchos tenían hijos. Aumenta-
ban este número un conjunto de piratas y ladrones de las
provincias de Siria y Cilicia y regiones vecinas. Además se
habían reunido allí muchos desterrados y condenados a
4 muerte. Alejandría era un refugio seguro para todos nuestros
esclavos fugitivos, y les ofrecía, además, un medio seguro
de vida, a condición de que se alistaran como soldados; si
alguno de ellos era cogido por su dueño, era liberado violen-
tamente por los soldados que corrían a su socorro, quienes
defendían a su compañero como si se defendieran a sí mis-
5 mos, puesto que todos eran reos del mismo delito. Por cierta
inclinación arraigada en el ejército alejandrino, acostumbra-
ban a pedir la muerte de los amigos del rey, a saquear los
bienes de los ricos para aumentar su estipendio, a sitiar el
6 palacio real y a deponer unos reyes y nombrar otros. Había,
además, dos mil jinetes. Todas estas tropas se habían hecho
veteranas en las numerosas guerras de Alejandría. Habían
restaurado en el reino a Tolomeo padre, habían matado a
los dos hijos de Bíbulo[265] y habían hecho la guerra contra los
egipcios. Ésta era su experiencia militar.

[265] En el año 50 los dos hijos de Marco Calpurnio Bíbulo fueron muertos en el curso de una embajada que rendían en Egipto en nombre de su padre a la sazón gobernador de Siria. No están claras las causas que indujeron a los egipcios a cometer este crimen, VALERIO MÁXIMO (IV 1, 15) deja entrever la posibilidad de que fuera por la hostilidad demostrada por Bíbulo a la reposición en el trono de Tolomeo Auletes.

Confiado en estas tropas y despreciando el poco número 111
de soldados de que disponía César, Aquilas ocupaba Alejandría, excepto aquella parte en la que estaba César con sus soldados[266]; intentó irrumpir, en su primer ataque, en el edificio ocupado por César, pero éste resistió, habiendo distribuido por las calles sus cohortes. Al mismo tiempo se luchó 2
en el puerto y esta acción dio lugar a un gran combate. Pues 3
al mismo tiempo que, divididas nuestras tropas, se luchaba en varias calles, una gran multitud de enemigos intentaba ocupar las naves de guerra, de las cuales cincuenta habían sido enviadas a Pompeyo, pero habían vuelto a Alejandría después de librarse el combate de Tesalia; todas ellas eran trirremes o quinquerremes, aparejadas con todo lo necesario y dispuestas para navegar; además de éstas, otras veintidós, todas cubiertas, que solían estar de guarnición en Alejandría; si los enemigos ocupaban estas naves, dominarían el 4
puerto y el mar, dejarían a César sin escuadra y le impedirían la llegada de refuerzos y abastecimiento. Así pues, se 5
luchó con el empeño que es de suponer al considerar los alejandrinos que de esta acción dependía su rápida victoria y los nuestros veían puesta en ella su salvación. Pero César 6
obtuvo la victoria e incendió todas aquellas naves y otras que estaban en los astilleros[267], puesto que no le era posible custodiar tan larga extensión con tan pocas fuerzas, e inmediatamente desembarcó sus soldados en Faro[268].

---

[266] El sector ocupado por César era más pequeño y en él se encontraban el teatro y el palacio real; en contrapartida, contaba con la circunstancia favorable de dominar una parte del puerto.

[267] El *BAl* 12, 3, precisa que se quemaron 110 naves. Por otro lado, en el incendio desapareció también la célebre biblioteca con sus cuarenta mil volúmenes; cf. Dión Casio, XLII 38; Plutarco, *César* 49.

[268] Isla que cerraba el puerto de Alejandría y en cuyo extremo más oriental se encontraba el famoso ingenio que servía de guía a las embarcaciones y que tomó el nombre de «faro» del lugar en que estaba ubicado.

112 Faro es una torre de gran altura y de magnífica construc-
2 ción, colocada en una isla de la que recibe el nombre. Esta isla, situada frente a Alejandría, forma un puerto; pero los anteriores reyes colocaron en el mar moles en una longitud de novecientos pasos y así está unida con la ciudad por un
3 camino estrecho y un puente[269]. Hay en esta isla casas de los egipcios formando un barrio de la extensión de una ciudad; y cuando algunas naves por desconocimiento del lugar o impulsadas por la tempestad se apartan algo de su rumbo,
4 suelen saquearlas como piratas. Por la estrechez de la boca del puerto, las naves no tienen acceso contra la voluntad de
5 los que ocupan Faro. Temiendo esto César entonces, mientras los enemigos estaban ocupados en la lucha, desembarcó sus tropas, se apoderó de Faro y puso allí una guarnición.
6 Con esta acción logró que se pudiesen transportar hasta él con seguridad por mar trigo y refuerzos. Pues envió mensa-
7 jeros a todas las provincias próximas y pidió refuerzos. En las otras partes de la ciudad se combatió de manera que la lucha resultó equilibrada y ni unos ni otros fueron rechazados (sucedía esto a consecuencia de la angostura del lugar), muriendo pocos de ambas partes; César incluyó en su campo los lugares más estratégicos y los fortificó durante la no-
8 che. En este barrio de la ciudad estaba una pequeña parte del palacio real, a la que habían llevado a César a su llegada para alojarlo; unido a la casa estaba el teatro que hacía oficio de ciudadela y tenía acceso al puerto y a otros estaciona-
9 mientos de naves. En los días siguientes aumentó las fortifi-

[269] Esta vía de acceso se llamaba *Heptastadium* a causa de su longitud (siete estadios = 1.400 m.) y tenía, al menos en los extremos, forma de puente para facilitar el paso de los barcos de uno a otro lado del puerto. Dividía el puerto en dos mitades, a la izquierda la parte llamada *Eunostos*, y a la derecha el *Portus Magnus*, que era la parte a la que tenía acceso César desde su sector.

caciones de estos lugares para tener una especie de muro y no verse obligado a luchar contra su voluntad. Entre tanto, la hija menor del rey Tolomeo[270], esperando poder ocupar el trono por estar vacante, se pasó desde el palacio real al ejército de Aquilas y comenzó a dirigir la guerra juntamente con él. Pero enseguida se produjo entre ellos una disputa sobre el poder, lo cual aumentó las dádivas a los soldados, porque cada uno procuraba atraérselos con grandes dispendios. Mientras sucedía esto en el campo enemigo, Potino, [ayo del niño y gobernador del reino, que se encontraba en la parte de la ciudad que ocupaba César,][271] envió mensajeros a Aquilas y le exhortó a que no abandonara la empresa ni se desanimara, pero denunciados y apresados los mensajeros, fue muerto por César. Así empezó la guerra alejandrina[272].

---

270 Arsínoe.

271 Probable interpolación.

272 Esta última frase debe entenderse como un añadido posterior, puesto para enlazar con el comienzo del *Bellum Alexandrinum*.

ÍNDICE DE NOMBRES

GUERRA DE ALEJANDRÍA

SINOPSIS

AÑOS 48-47

1-3. Preparativos de los romanos y de los alejandrinos.
4-9. Muerte de Aquilas. Ganimedes toma el poder y contamina los pozos de agua que utilizaban los romanos. Temor entre los soldados. Contramedidas de César.
10-11. César se embarca para guiar el rumbo de las naves que le llevaban refuerzos y, atacado por una flota enemiga, logra regresar victorioso a Alejandría.
12-13. Ganimedes rehace la flota perdida. Fuerzas navales de los dos bandos.
14-16. Batalla naval y derrota de los alejandrinos.
17-18. César se apodera de la isla de Faro y de su población.
19-22. El intento cesariano de tomar el control del Heptaestadio acaba en fracaso y César salva la vida huyendo a nado. Fortaleza de ánimo de los romanos.
23-24. Los alejandrinos piden a César que libere al rey Tolomeo y César accede. El rey, pese a las promesas de fidelidad hechas a César, toma el mando de la lucha contra los romanos.
25. Los alejandrinos deciden bloquear las líneas de aprovisionamiento marítimo y la flota de César se les opone.
26. Mitridates de Pérgamo llega con refuerzos desde Siria. Se apodera de Pelusio.

27. Configuración del delta del Nilo. Los alejandrinos intentan interceptar la marcha de Mitridates. Victoria de éste.

28-31. El ejército de César y el de Tolomeo confluyen en las inmediaciones del campamento de Mitridates. Batalla del Nilo. Muerte del rey.

32-33. César se hace con el control total de Alejandría y dirime la cuestión sucesoria.

34. En Asia Menor, el rey del Bósforo Cimerio, Fárnaces, estaba invadiendo los territorios de Armenia Menor y Capadocia. Ante las protestas de Deyótaro, rey de Armenia Menor, Domicio, a quien César había puesto al frente de los asuntos de Siria, acude con un ejército mermado a causa de los refuerzos enviados a César en Alejandría.

35-36. Astucias de Fárnaces.

37-41. Batalla de Nicópolis y derrota de Domicio. Fárnaces devasta el Ponto.

42-43. Situación del Ilírico. Gabinio, enviado por César para reforzar la provincia, sufre un grave revés en su marcha hacia Salona.

44-47. Vatinio improvisa en Brindis una escuadra para acudir en ayuda de la provincia. Topa junto a Tauris con la flota del pompeyano Octavio y lo derrota. Octavio huye en dirección a África y Vatinio regresa a Brindis.

48-51. En la Hispania Ulterior, el gobernador Quinto Casio Longino reprime y esquilma la provincia amparándose en el ejército. La leva de una nueva legión y la orden de pasar a África aumenta el odio entre los provinciales.

52-55. Fracasa una conjura para asesinar a Longino. Se subleva parte del ejército. Venganza de Casio.

56-59. La inminencia de la partida hacia África y nuevas levas aumentan el descontento. Camino del estrecho se le insubordinan dos legiones. También se subleva Cór-

doba. Casio marcha contra Córdoba y devasta la campiña.

60-61. Tras alguna escaramuza, Marcelo, comandante de los sublevados, traslada el campamento; esto fuerza a Longino a replegarse hacia Ulia. Marcelo cerca Ulia.

62. Llegada del rey de Mauritania Bógudo en ayuda de Casio.

63. Llega como árbitro Marco Lépido, gobernador de la Hispania Citerior. Marcelo se pone a su disposición. Casio duda y pone condiciones.

64. Huida y muerte de Casio.

65-66. César ordena los asuntos de Siria, Cilicia y Capadocia.

67-68. Reconciliación con el rey Deyótaro.

69-71. César llega al Ponto. Balance de sus efectivos. Dilaciones y falsas promesas de Fárnaces.

72-76. Situación de Zela. Disposición de los dos ejércitos. Maniobra temeraria de Fárnaces. Batalla de Zela y victoria de César.

77-78. César, de camino hacia Roma, pone orden en los asuntos de las diversas provincias.

Tras estallar la guerra de Alejandría[1], César hizo traer 1
toda la escuadra de Rodas, de Siria y de Cilicia; de Creta mandó llamar una fuerza de arqueros y otro tanto hizo con la caballería de Malco, rey de los nabateos[2]; asimismo, manda hacer acopio por todas partes de máquinas de guerra, que se le hagan envíos de trigo y aportaciones de tropas auxiliares.
Entretanto, las obras de fortificación se ven potenciadas 2
por el trabajo diario y los tramos del sector que parecen menos resistentes se refuerzan con testudos y manteletes[3]; por

---

[1] Con estas palabras el autor pretende dar paso a la continuación del *Bellum Ciuile*, que precisamente acaba con la frase *Haec initia belli Alexandrini fuerunt*. Con todo, esta frase tiene la apariencia de ser un añadido destinado, precisamente, a poner de manifiesto el engarce y la estrecha relación entre las dos obras.

[2] Como justificación de la ayuda prestada por este pueblo de la Arabia Pétrea, instalado en el suroeste de la península del Sinaí, se tiene que hacer referencia a la tradicional enemistad que mantenían los nabateos con los egipcios, a la que habría que añadir el hecho de que pocos años antes, en el 63 y 60 a. C., Pompeyo el Grande y su lugarteniente Emilio Escauro habían forzado la sumisión del rey Aretas, predecesor de Malco.

[3] Los testudos y los manteletes son dos ingenios bélicos de características similares. Consistían básicamente en una galería cubierta que iba montada sobre ruedas, a fin de facilitar su aproximación a las murallas enemigas, donde servía de protección a los soldados encargados de las labores de zapa. Se diferenciaban por el tamaño —los manteletes eran más pequeños— y porque el testudo llevaba incorporado un ariete. Sin embargo, en el contexto en que el *Bellum Alexandrinum* se refiere a estos ingenios, habría que pensar más bien en una función defensiva de los mismos,

otra parte, a través de los butrones que abren los arietes se entra en las casas colindantes y se hace avanzar la línea de fortificación tanto por las zonas derruidas como por los lu-
3 gares tomados por la fuerza[4]. Y eso era factible gracias a que Alejandría en lo que se refiere a los incendios es una ciudad casi libre de peligro, ya que en la construcción de los edificios no se usan vigas de madera, sino que su estructura es de obra y a base de arcos, y las cubiertas son de hormigón
4 y ladrillo. César se ocupaba especialmente de cómo separar su sector del resto de la ciudad, a base de obras y de construir manteletes, por la parte que resultaba más estrecha de-
5 bido a la interposición de una laguna en dirección sur[5]. Esta actuación, al dejar la ciudad dividida en dos partes, tenía como finalidad, en primer lugar, que todas las fuerzas se aplicaran a un único objetivo y con un mando único; en segundo lugar, que se pudiera socorrer a los que se encontraran en dificultades y llevar ayuda desde la otra parte de la ciudad; y, sobre todo, conseguir una provisión abundante de agua y forraje, pues tenía una disponibilidad limitada de agua y absolutamente nula de forraje; la laguna podía abastecer en abundancia de los dos.

---

en substitución de las murallas. Tampoco debe confundirse, por supuesto, este testudo con la formación defensiva que adoptaban los soldados levantando y juntando los escudos sobre sus cabezas, a modo de caparazón.

[4] Hay que considerar que César, dadas las escasas fuerzas con que contaba —sólo dos legiones (cf. *BC* III 106)—, únicamente pudo ocupar al principio una parte limitada de la ciudad de Alejandría, no más de una cuarta parte del perímetro total, si bien en este sector estaba incluido el palacio real.

[5] Se trata de la laguna Mareotis. Parece, sin embargo, que en esta ocasión no logró César su objetivo, según se desprende de lo que se dirá en el cap. 8, donde César se ve abocado a buscar el aprovisionamiento de agua en otro lugar.

Por su parte, los alejandrinos ni vacilaban ni se demora- 2
ban en ejecutar su tarea, pues a todas las regiones por donde
se extiende el reino de Egipto habían enviado legados y re-
clutadores con la misión de hacer levas, habían transportado
a su sector gran cantidad de armas arrojadizas y de maqui-
naria bélica, y habían reunido un contingente innumerable
de tropas. Asimismo, habían hecho construir en la ciudad 2
enormes fundiciones de armas; y, además, habían armado a
los esclavos adultos, y a éstos los propietarios más ricos les
suministraban a diario la pitanza y les abonaban una solda-
da. Con el despliegue de esta multitud quedaban protegidas 3
las partes más retiradas de la ciudad; en cambio, mantenían
de retén a las cohortes de veteranos en los lugares más po-
blados de la ciudad para que, dondequiera que estallase la
lucha, pudiesen aportar el apoyo de sus fuerzas intactas.
Habían bloqueado todas las calles y callejones con una tri- 4
ple barricada (construida con sillares y que no tenía menos
de cuarenta pies[6] de altura), y las zonas más bajas de la ciu-
dad las habían fortificado con torres de diez pisos. Además, 5
habían construido otras torres móviles del mismo número de
pisos y las habían provisto de ruedas en la parte de abajo, y,
sujetándolas con cuerdas, con la ayuda de bestias de carga,
las trasladaban por las calles rectilíneas de la ciudad hacia
cualquier parte que les pareciera oportuno[7].

La ciudad, extremadamente rica y bien abastecida, aco- 3
metía todo tipo de preparativos. Sus propios habitantes, ha-
bilidosos y muy ocurrentes, imitaban con tanta habilidad lo
que nos veían hacer que daba la impresión de que eran los
nuestros los que imitaban su actividad; y, además, inventa-

---

[6] Unos 13 m.

[7] Hay que recordar que el plan urbanístico de Alejandría, obra del arquitecto Dinócrates de Rodas, presentaba un trazado regular en cuadrícula, circunstancia que favorecía la maniobrabilidad de los ingenios bélicos.

ban de manera natural nuevas estratagemas, y, al mismo tiem-
po que atacaban nuestras fortificaciones, defendían también
2 las suyas. Asimismo, en consejos y asambleas los notables
de la ciudad aducían que el pueblo de Roma había tomado
3 ya por norma el irse apoderando de su reino poco a poco; que
pocos años antes Aulo Gabinio[8] se había instalado en Egipto
con su ejército; que Pompeyo[9] en su huida había buscado
refugio allí; que César se había presentado con sus tropas; y
que ni con la muerte de Pompeyo se había logrado impedir
4 que César prolongara su estancia entre ellos; de modo que,
si no lograban expulsarlo, su reino se convertiría en provin-
cia; y que era preciso actuar inmediatamente, pues ahora
César, dada la época del año, se encontraba aislado por los
temporales y sin posibilidad de recibir auxilio de ultramar[10].

4 Entretanto surge la disputa entre Aquilas[11], que comandaba el ejército de los veteranos, y Arsínoe, hija menor del rey Tolomeo[12], tal y como se ha explicado antes[13]. En medio del acoso mutuo y mientras los dos pretendían alcanzar el mando supremo, Arsínoe toma la delantera, sirviéndose

---

[8] Aulo Gabinio fue cónsul en el 58 y procónsul de Siria en el 57. En el año 55 recibió del senado el encargo de restablecer en el trono de Egipto a Tolomeo XIII Auletes. Cumplido su objetivo, dejó en Egipto una legión con la misión de proteger al rey. Cf. caps. 42 y 43, y *BC* III 4 y 103.

[9] Tras la batalla de Farsalia. Acerca de su asesinato, véase *BC* III 104.

[10] César llega a Alejandría a principios del mes de octubre (es decir, en torno al 19 de agosto) del año 48 y la situación meteorológica a la que se alude corresponde a los temporales que por el cambio de estación sacuden habitualmente el Mediterráneo en esa época.

[11] Aquilas era el mayordomo de Arsínoe, comandante en jefe del ejército de Tolomeo XIV y asesino de Pompeyo (cf. *BC* III 104).

[12] Tolomeo XIII Auletes tuvo tres hijas: Berenice, Cleopatra y Arsínoe, y dos hijos: Tolomeo XIV y Tolomeo XV. En su testamento dejó el reino de Egipto a Cleopatra y a Tolomeo XIV.

[13] Cf. *BC* III 112. Tenemos aquí una nueva muestra de la voluntad de continuación del *Bellum Ciuile*.

para su propósito del eunuco Ganimedes[14], su mayordomo,
y hace matar a Aquilas. Una vez muerto éste, ella lograba 2
hacerse con todo el poder sin la sombra de ningún socio ni mentor. El ejército es puesto a las órdenes de Ganimedes. Éste, tras asumir su cargo, aumenta las dádivas al ejército y se ocupa con similar diligencia de lo demás.

Alejandría se encuentra minada casi en su totalidad, pues 5
dispone de unos canales subterráneos, que se extienden desde el Nilo, y a través de los cuales se hace llegar hasta las casas particulares un agua que de forma progresiva, con-
forme pasa el tiempo, sedimenta y se aclara. Los dueños de 2
las casas y su servidumbre tienen por costumbre servirse de esta agua, pues la que lleva el río Nilo es tan cenagosa y turbia que causa muchos y diferentes tipos de enfermedades; pero la inmensa mayoría del pueblo no tiene más remedio que conformarse con ella, puesto que en toda la ciudad no se encuentra fuente alguna. Sin embargo, el principal canal de distribución se encontraba en el sector de la ciudad que es-
taba en poder de los alejandrinos. Esta circunstancia hizo 3
que Ganimedes se diera cuenta de que podía cortarles el agua a los nuestros, ya que éstos, distribuidos por los barrios con la finalidad de proteger las fortificaciones, usaban agua extraída de los canales y de los pozos de las casas particulares.

Aprobado el plan, Ganimedes acomete una empresa de 6
gran calado y llena de dificultades. En efecto, una vez cegados los canales subterráneos y aislada la parte de la ciudad que estaba en su poder, se pone a extraer por medio de ruedas y máquinas una gran cantidad de agua de mar que hacía correr ininterrumpidamente desde los lugares más elevados

[14] El escoliasta de Lucano en el comentario a X 521 precisa que posteriormente Ganimedes fue hecho prisionero y que, como tal, figuró junto a Arsínoe en el desfile triunfal de César en agosto del 46.

2 hacia la parte de la ciudad ocupada por César. Por este motivo el agua que se extraía de las casas más cercanas era algo más salada que de costumbre y hacía que nuestros hombres se preguntaran llenos de admiración cómo podía suceder esto; y no acababan de creérselo, cuando los que estaban situados más abajo afirmaban que su agua tenía la misma calidad y sabor que antes, y hacían públicamente comparaciones entre ellos y a base de degustaciones iban tomando conciencia de cuánto difería el agua de uno y otro
3 lugar. Pero, al poco tiempo, el agua de la zona más cercana no podía beberse en absoluto y la de la parte inferior se presentaba ya más pútrida y salada.

7 Este hecho disipó todas las dudas y dio paso a un miedo tan grande que, creyéndose todos abocados a un peligro extremo, unos decían que César se demoraba en dar la orden de embarcar y otros consideraban un riesgo mucho mayor no poderles ocultar a los alejandrinos los preparativos de la huida, dado que los separaba una distancia muy corta y que en estas circunstancias, al estar aquéllos al acecho y prestos a perseguirlos, no tendrían ninguna posibilidad de alcanzar
2 las naves. Por otra parte, en el sector controlado por César había una gran cantidad de ciudadanos a los que no había desalojado de sus domicilios, porque proclamaban públicamente su fidelidad a los nuestros y aparentaban haberse separado de los suyos. Si me tocara en suerte defender a los alejandrinos, no resultarían pérfidos ni volubles y se mal-
3 gastaría un amplio discurso[15]. Sin embargo, cuando a un tiempo se conoce a este pueblo y su manera de ser, nadie puede dudar de que son una gente muy dada a la traición.

---

[15] El texto latino de esta frase está muy corrompido y no parece que se haya logrado sanar satisfactoriamente, si bien el sentido no cambia de una edición a otra. La actitud desconfiada del narrador ante los alejandrinos se ve corroborada en 24, 1.

César intentaba aplacar el miedo de los suyos consolándolos y razonando. Así pues, afirmaba que si se abrían pozos podría encontrarse agua dulce, ya que todas las costas presentan de forma natural venas de agua dulce. Pero que si se daba el caso de que la costa de Egipto tuviera una configuración diferente de todas las demás, puesto que ellos tenían libre acceso al mar y los enemigos no disponían de flota[16], no existiría ningún impedimento para salir a diario en busca de agua con las naves, ni hacia la parte izquierda, la del Paratonio, ni hacia la parte derecha, la de la isla[17]; y que, al tener opciones tan opuestas, la posibilidad de navegar nunca se vería obstaculizada por la presencia de vientos contrarios. Por otro lado, era absolutamente nula la posibilidad de orquestar un plan de fuga, lo mismo para los que ponían antes que nada la dignidad que para los que no pensaban en otra cosa que no fuera su vida; pues sólo a costa de

8 2 3 4

[16] CÉSAR en *BC* I 111, 6 da cuenta del incendio de la flota y de la destrucción de los astilleros alejandrinos. Sin embargo, a partir del testimonio de DIÓN CASIO (XLII 38 y 40) y del propio autor del *BAl* (10 y 12) parece desprenderse que los alejandrinos siguieron contando con algunas unidades navales.

[17] Es una desmesura creer que como punto de referencia se pueda considerar la ciudad de *Paretonium* situada en la costa de Libia a más de 200 Km de Alejandría. Más verosímil es creer que se trata de una barrio de la propia Alejandría, correspondiente a la *Paraetonia urbs*, denominación con la que LUCANO (X 9) se refiere a la ciudad. Tal denominación podría derivar del nombre de uno de los dos brazos del río, según testimonio de FLORO (II 21, 9): *utraque Aegipti cornua, Paraetonium atque Pelusium*. La necesaria corrección de *Paratonio*, lectura de los manuscritos, en *Paraetonio* no supone un obstáculo insalvable.

En cuanto a la isla, no puede tratarse de la isla de Faro, ya que propiamente se encontraba tanto a un lado como a otro, con respecto al elemento divisor quer era el Heptaestadio; quizás habría que pensar más bien en la isla de *Antirrhodos*, que al estar en frente de palacio, debía estar muy presente en la consideración de todos.

grandes esfuerzos podían sostener desde las fortificaciones
los ataques frontales del enemigo; de forma que si las aban-
donaban no podrían equipararse al enemigo ni por la posi-
5 ción ni por el número. Y había que añadir el engorro y la di-
ficultad que suponía embarcar, especialmente si se hacía
desde botes; por el contrario, los alejandrinos contaban con
su gran rapidez de movimientos y con su conocimiento del
6 lugar y de los edificios. Ellos, estimulados por lo favorable
de la situación, se adelantarían y ocuparían las posiciones
más elevadas y los edificios: y así impedirían que los nues-
tros huyeran y se embarcasen; y que, en consecuencia, se
olvidaran de este plan y que sólo pensaran en vencer por to-
dos los medios.

9 Tras pronunciar esta arenga ante sus soldados y levantar
así el ánimo de todos, encarga a los centuriones que inte-
rrumpan las demás obras y concentren todo su esfuerzo en
cavar pozos, sin interrumpir ni por un instante el trabajo du-
2 rante la noche. Acometida esta tarea y centrado ardorosa-
mente en el trabajo el ánimo de todos, en una sola noche se
encontró agua dulce en cantidad. Así, con una obra de corta
duración se contrarrestaron las laboriosas estratagemas de
3 los alejandrinos y sus extraordinarios esfuerzos. A los dos
días, la legión XXXVII, constituida por soldados pompeya-
nos que se habían rendido, embarcada por Domicio Calvino
junto con un cargamento de trigo, armas, dardos y maquina-
ria de guerra, arribó a la costa de África, algo más allá de
4 Alejandría[18]. El viento de levante, que llevaba muchos días
soplando sin parar, impedía que las naves pudieran alcanzar
el puerto; y pese a que toda aquella zona reúne condiciones
excelentes para fondear, al verse retenidos demasiado tiem-

[18] La flota se encontraba junto al cabo de Quersoneso, situado a unos doce Km al oeste de Alejandría.

po y acuciados por la falta de agua, envían una chalupa para
comunicarle a César su situación.

César, a fin de tomar personalmente la decisión de lo 10
que convenía hacer, embarcó en una nave y ordenó que le
siguiera toda la escuadra, pero sin hacerse acompañar de
ninguno de nuestros soldados, pues al tener que alejarse bas-
tante, no quería desguarnecer las fortificaciones. Tras llegar 2
al lugar llamado Quersoneso y habiendo hecho desembarcar
a unos remeros para hacer acopio de agua[19], como quiera
que algunos de éstos, entregados al pillaje, se alejaran de-
masiado, fueron capturados por jinetes enemigos. A través 3
de aquéllos tuvieron conocimiento de que César, en persona,
había venido con la escuadra y de que no había ningún sol-
dado a bordo de las naves. Esta información les hizo creer
que la fortuna les brindaba una gran ocasión para llevar a
buen fin su empresa. Así pues, llenaron de combatientes to- 4
das las naves capaces de navegar que tenían[20] y salieron al
encuentro de César que estaba ya de regreso con su escua-
dra. Éste tenía dos buenas razones para no querer luchar ese 5
día: una, porque en las naves no había ningún soldado; y
dos, la acción iba a desarrollarse después de las cinco de la
tarde, y en tales circunstancias tenía la impresión de que

---

[19] Esta maniobra carece de sentido, pues César podía haber cargado agua en el puerto. Por ello los editores suelen considerar la posibilidad de que exista una contaminación entre dos episodios diferentes.

[20] Se plantea aquí una contradicción con lo señalado en *BC* III 11, 6 y en *BAl* 8, donde se habla de la destrucción de la flota alejandrina. Sin embargo, la contradicción es sólo aparente, ya que en el capitulo 8 se reproduce un discurso de César con el que intenta animar a sus hombres y para ello insiste en que al enemigo ya no le quedan barcos. En cambio, en el presente capítulo se adopta el punto de vista de los alejandrinos que, en una situación propicia para dar un golpe de mano definitivo, reúnen lo que había quedado de su flota de guerra y, seguramente, algunos navíos de menor porte y de uso comercial.

la noche aportaría mayor seguridad a quienes ya de por sí
confiaban en su conocimiento del lugar; y, además, él se ve-
ría privado de la posibilidad de arengar a los suyos, pues no
es en absoluto adecuada una arenga si con ella no se puede
6 destacar el valor y condenar la indolencia. Por estos moti-
vos, César acercó a tierra[21] los navíos que pudo en un lugar
al que creía que los enemigos no lo seguirían.

11 En el ala derecha de la flota cesariana había una nave
rodia situada lejos de las demás. Al verla, los enemigos no
pudieron contenerse y con gran empuje la acometieron cua-
tro naves provistas de puente y muchas otras descubiertas.
2 César se sintió forzado a prestarle ayuda para no sufrir una
afrenta vergonzosa a la vista del enemigo, aunque conside-
raba que si algo de gravedad les sucedía a los rodios, se lo
3 tendrían bien merecido. El combate se entabló con gran
energía de parte de los rodios, quienes, habiendo destacado
en todas las luchas por su pericia marinera y por su valor,
precisamente en aquellas circunstancias no rehuían sostener
todo el peso de la lucha, para que no pareciera que se había
4 recibido un revés por su culpa. Así, el combate les resultó
muy favorable. Fue capturada una cuatrirreme enemiga y
una segunda fue hundida; otras dos fueron vaciadas de las
tropas de marinería; y, además, en las restantes naves fue
5 muerta una gran cantidad de combatientes. Y si la noche no
hubiera puesto fin al combate, César se hubiese apoderado
6 de toda la escuadra enemiga. Los enemigos quedaron aterro-
rizados por este desastre y César, favorecido por la menor
intensidad con que soplaba el viento contrario, pudo condu-
cir las naves de carga a Alejandría remolcándolas con sus
navíos victoriosos.

[21] El texto latino (*naues ad terram... detrahit*) sugiere más bien la idea de sacar las naves a tierra; sin embargo, la secuencia de los acontecimientos que se producen a continuación abona la interpretación que ofrecemos.

A tal punto se sintieron los alejandrinos abatidos por es- 12
ta pérdida, puesto que eran conscientes de que no habían si-
do vencidos por el valor de los combatientes, sino por la pe-
ricia de la marinería que ***[22] y eran favorecidos por su
posición más elevada, de forma que podían defenderse des-
de los edificios y amontonaban en frente toda la madera en
el temor de que un ataque de nuestra escuadra pudiese llegar
también hasta tierra. Sin embargo, estos mismos alejandri- 2
nos, después que Ganimedes dio garantías en la asamblea de
que repondría las naves perdidas y de que incluso aumenta-
ría su número, con gran fe y confianza se aplicaron a reparar
las viejas naves poniendo gran afán y dedicación en esta la-
bor. Y aunque habían perdido en el puerto y en los astilleros 3
más de ciento diez naves de guerra, no renunciaron a su de-
signio de rehacer la flota. Veían, efectivamente, que no le 4
podían llegar a César ni tropas de socorro ni provisiones, si
ellos disponían de una escuadra poderosa; además, ellos,
hombres de mar, de una ciudad y de una región marítimas,
ejercitados desde niños por la actividad de cada día, desea-
ban recurrir a una práctica que les era natural y propia, y se
daban cuenta de lo muy provechosas que les resultaban sus
pequeñas embarcaciones[23]; así pues, se consagraron con to-
da su alma a aprestar la flota.

En todas las bocas del Nilo había barcas para controlar 13
el pago del peaje; en los recovecos más ocultos de los asti-
lleros reales se encontraban naves vetustas que no se usaban
para navegar desde hacía muchos años: a éstas las restaura-

[22] El texto presenta aquí una laguna de notable extensión, en la que se conjetura que se describía la situación del puerto de Eunostos, situado a la izquierda del Heptaestadio y que se hallaba en poder de los alejandrinos.

[23] Por el testimonio de Dión Casio (XLII 38) sabemos que los alejandrinos se servían de dos canales abiertos debajo del Heptaestadio para hostigar continuamente a los romanos. Para evitar el problema César los cegó.

2 ban, a aquéllas las hacían regresar a Alejandría. Si faltaban remos, deshacían los pórticos, los gimnasios y los edificios públicos; las tablas hacían el papel de remos; unas cosas las proveía su habilidad natural, otras, la riqueza de la ciudad.
3 Al fin y al cabo no se preparaban para una navegación de larga duración, sino que se ajustaban a las necesidades del momento presente, pues veían que el combate se iba a diri-
4 mir en el propio puerto. De esa forma, en el espacio de pocos días y contra las expectativas de todo el mundo, acondicionaron veintidós cuatrirremes, cinco quinquerremes; y a éstas añadieron muchos navíos menores y sin cubierta, y, habiendo ejercitado con los remeros en el puerto lo que podía dar de sí cada embarcación, las llenaron de soldados experimentados y se aprestaron a combatir por todos los me-
5 dios. César disponía de nueve naves rodias (pues de las diez que se le habían enviado, una había naufragado en las costas de Egipto), ocho del Ponto, *** de Siria, cinco de Cilicia[24] y doce de Asia. Entre ellas había *** quinquerremes[25] y diez cuatrirremes; las demás eran de tamaño inferior y muchas
6 sin cubierta. Sin embargo, fiado en el valor de sus soldados y conocedor de las tropas del enemigo, se preparaba para la lucha.

14 Después que se llegó al punto de que a cada uno no le quedaba más que confiar en sus propias fuerzas, César rodea

[24] Se considera que el texto transmitido por los manuscritos (*Lycias V*) recoge un salto de ojos del copista, basándose en que la aportación náutica de Licia es inusitada, ya que no se convirtió en provincia romana hasta el año 43 d. C., durante el gobierno de Claudio. En cambio, Siria y Cilicia, regiones geográficamente limítrofes, suelen aparecer juntas como en el cap. 1, 1. La corrección de Schneider (⟨*Syrias****, *Ci*⟩*licias V*), aceptada generalmente, no alcanza a rellenar el hueco del número de naves aportadas por Siria.

[25] Falta el número de quinquerremes. Se ha conjeturado que su número fuera de 5, 10 u 11.

con su flota la isla de Faro[26] y dispone sus naves en frente del enemigo: coloca en el ala derecha las naves rodias y en el ala izquierda, las del Ponto; entre ambas formaciones deja un espacio de cuatrocientos pasos[27], que le parecía suficiente para el despliegue de la flota. Detrás de esta primera línea 2 dispone como refuerzo al resto de las naves; decide y ordena qué nave debe seguir y auxiliar a cada una de la anteriores[28]. Sin vacilación alguna, los alejandrinos hacen salir su escua- 3 dra y la sitúan en orden de combate; colocan en primera línea veintidós naves y sitúan a las restantes en una segunda línea de apoyo. Además, ponen en acción un gran número 4 de pequeñas embarcaciones y esquifes con dardos encendidos y antorchas, por si la propia multitud, el estruendo y las llamas podían causar algún temor entre los nuestros. Había 5 entre las dos escuadras unos bajíos que sólo dejaban un estrecho paso entre ellos; forman parte del territorio de África (pues, según se dice, la mitad de Alejandría corresponde a África)[29]; las dos escuadras estuvieron bastante tiempo a la expectativa de cuál de ellas sería la primera en acometer el paso, puesto que se consideraba que la que se aventurase en los bajíos tendría mayores dificultades para desplegarse e incluso para retirarse, si se producía un revés importante.

---

[26] La rodea de este a oeste, partiendo del *Portus Magnus*, que estaba en su poder, para atacar de fuera a dentro a la escuadra egipcia que se formaba en el *Portus Eunostos*.

[27] Unos seiscientos metros.

[28] Interesante precisión táctica que pone de relieve la existencia de movimientos coordinados entre los barcos de la flota y que introduce la idea de apoyo táctico entre sus integrantes.

[29] Era corriente entre los geógrafos antiguos incluir Egipto en el continente asiático, que para ellos se extendería precisamente hasta el Nilo; de resultas de ello, la ciudad de Alejandría quedaría dividida entre Asia y África.

15 Al frente de la agrupación rodia estaba Eufránor, más
digno de ser comparado por su grandeza de ánimo y valor
2 con nuestros hombres que con los griegos. Dada su conoci-
dísima pericia náutica y su entereza, los rodios lo habían es-
3 cogido para comandar su escuadra. Cuando Eufránor se dio
cuenta de las dudas de César le dijo: «Da la impresión, Cé-
sar, de que temes que, caso de entrar el primero con tus na-
ves en los bajíos, vayas a verte obligado a luchar antes de
poder desplegar el resto de la escuadra. Confíanos esta mi-
4 sión: nosotros, sin defraudar tus esperanzas, mantendremos
la posición a la espera de que lleguen los demás. Pues cons-
tituye un gran deshonor y sufrimiento para nosotros que és-
5 tos se vanaglorien más tiempo en nuestra presencia». César,
tras animarlo y elogiarlo, da la señal de combate. Una vez
que el contingente rodio hubo pasado al otro lado de los ba-
jíos, los alejandrinos rodean y atacan cuatro naves rodias.
6 Los rodios logran mantenerse y, con su pericia y destreza,
consiguen desplegarse; y demostraron tanta habilidad que, a
pesar de estar en inferioridad numérica, no permitieron al
enemigo acometer de través contra ninguna de sus naves ni
se vieron obligados en ningún caso a levantar los remos[30],
sino que siempre recibieron de frente a los que les atacaban.
7 Entretanto, las restantes naves les habían seguido. Entonces,
la estrechez del lugar impuso la necesidad de abandonar
cualquier tipo de táctica y todo el combate se fió en el valor.
8 Y ciertamente no hubo nadie en Alejandría, ni entre los
nuestros ni entre los nativos, que, ocupado en trabajar o en

[30] Uno de los peligros más graves a los que se exponía una nave de guerra era el ataque lateral, no tanto porque la nave atacante podía hundirla con su espolón, sino, particularmente, porque podía destrozarle los remos y dejarla inoperativa. Ante una acometida de este tipo la única defensa posible consistía en levantar los remos para evitar su rotura.

combatir, no subiera a las azoteas más altas y que no cogiera sitio para ver el espectáculo en todo su conjunto, y que no pidiera con súplicas y votos a los dioses inmortales la victoria para los suyos.

Ahora bien, no era exactamente lo mismo lo que estaba 16
en juego en este combate, pues, de resultar batidos, los nuestros no encontrarían amparo ni en tierra ni en el mar y, caso de resultar vencedores, el futuro se les presentaba incierto; en cambio, si los alejandrinos sacaban ventaja en el enfrentamiento naval, lo tendrían todo en sus manos y, si se mostraban inferiores, todavía podrían probar fortuna otra vez. Al 2
mismo tiempo, resultaba duro y penoso que del esfuerzo de unos pocos dependiera el resultado final del conflicto y la salvación de todos; ya que, si alguno de aquéllos cedía en su ímpetu o valor, a los restantes no les quedaría más que ocuparse de su salvación sin haber tenido la ocasión de luchar por sí mismos. En los días anteriores, César había expuesto 3
con frecuencia estas reflexiones a los suyos para que lucharan con más ardor al ver que la salvación de todos quedaba depositada en sus manos. Las mismas reflexiones había he- 4
cho cada soldado al acompañar a sus camaradas, amigos o conocidos, instándoles a que no defraudaran su confianza ni la de aquéllos por cuya opinión habían sido elegidos para afrontar el combate. Así pues, se luchó con tanto ardor que a 5
los marinos y marineros enemigos su habilidad y experiencia les sirvió de poca ayuda, como tampoco les dio ventaja la superioridad en el numero de naves; ni tampoco los hombres escogidos por su valor entre tan gran multitud pudieron igualar el valor de los nuestros. Fueron capturadas en este 6
combate una quinquerreme y una birreme, con todos sus defensores y remeros, y resultaron hundidas otras tres, en tanto que todos nuestros efectivos quedaron intactos. Las restan- 7
tes naves enemigas emprenden de inmediato la huida hacia

la ciudad[31], desde cuyos malecones y edificios dominantes se les prestó protección al tiempo que se les impedía a los nuestros acercarse más.

17 Para que esto no pudiera sucederle más a menudo[32], César consideró que tenía que esforzarse por todos los medios en lograr que la isla y el malecón que se extendía hasta ella
2 pasaran a sus manos[33]. Pues una vez realizadas en su inmensa mayoría las fortificaciones en su sector, confiaba en que se podría acometer a un tiempo lo mismo la isla y el male-
3 cón que la ciudad. Una vez tomada esta decisión, embarca en los navios de menor porte y en los esquifes a diez cohortes y, como tropa ligera, a los jinetes galos que le parecían idóneos[34] y, como maniobra de distracción, ataca la otra

[31] Téngase en cuenta que al desarrollarse la batalla en el *Portus Eunostos*, situado en la parte de la ciudad ocupada por los alejandrinos, éstos tenían a sus espaldas el sector amigo, circunstancia que les concedía una fácil línea de escape.

[32] Se refiere César al continuo hostigamiento del que era objeto por parte de las pequeñas naves egipcias que cruzaban bajo los puentes que tenía el Heptaestadio.

[33] La isla que quedaba unida a la ciudad mediante una escollera es, evidentemente, la isla de Faro. Sin embargo, puede sorprender que César intente tomar de nuevo una isla, de la que se había apoderado antes, según se indica en *BC* III 112, 5, pues habría que suponer una pérdida intermedia de la que no se habla en ningún lado. En cambio, el relato resulta lógico si se considera que en *BC* III 112, 5 de lo que se apoderó César fue del islote adyacente a la isla de Faro, en el que se encontraba precisamente el célebre monumento.

[34] Extraña, por lo inusual, este recurso a la caballería ligera del que no se tiene otra noticia más que en capítulo 77, 2 de esta misma obra. Sin embargo, se podría aducir como justificante la apurada situación de César, obligado a explotar todos los recursos disponibles. Esta opción es mas lógica que la adoptada por algunos editores (Justo Lipsio, Schneider, Klotz, Du Pontet) quienes, para evitar la molesta referencia, corrigen el texto: *cohortes X et leuis armaturae electos quos idoneos ex equitibus Gallis ar-*

parte de la isla con naves cubiertas, no sin proponer grandes
premios al primero que se apoderase de la isla. Sin embargo, 4
en un primer momento los alejandrinos lograron contener el
ataque de los nuestros por los dos lados a la vez, ya que si-
multáneamente combatían desde las azoteas de los edificios
y los soldados defendían la costa, con lo que, dado lo abrup-
to del lugar, los nuestros no tenían un acceso fácil; además,
con los esquifes y con cinco naves de guerra a las que ha-
cían maniobrar con gran pericia controlaban las angosturas
del lugar. Pero tan pronto como, una vez reconocido el te- 5
rreno y tanteados los bajíos, unos pocos de los nuestros to-
maron posiciones en la costa y, seguidos inmediatamente de
otros, lanzaron un ataque sostenido contra los enemigos si-
tuados en la parte llana del litoral, todos los de Faro em-
prendieron la huida. Expulsados éstos ***[35], abandonada la 6
vigilancia del puerto, aproximaron las naves a la costa y al
villorrio, y desembarcaron a fin de montar la defensa de los
edificios.

Mas tampoco pudieron mantenerse demasiado tiempo en 18
este emplazamiento, aunque el tipo de edificación no era di-
ferente del de Alejandría —si se nos permite comparar las
cosas grandes con las pequeñas— y las torres altas y segui-
das hacían el papel de muralla, y, además, los nuestros no
habían llegado al asalto pertrechados de escalas, fajinas ni
otros elementos precisos. Pero el pánico quita a los hombres 2
el buen juicio y la razón, y les hace perder la fuerza, como
sucedió entonces. Así, quienes en una situación equilibrada 3

---

bitrabatur, añadiéndole la enclítica *que* al relativo *quos* y disociando, de esta forma, «una infantería ligera» y «una caballería gala».

[35] No parece que esté fuera de lugar la laguna supuesta por Schneider en este punto, ya que se produce un cambio brusco en los referentes de la narración: los expulsados son los alejandrinos y los que llegan son los romanos.

y en terreno llano creían ser iguales a nosotros, esos mismos, aterrorizados por la huida de los suyos y por la muerte de unos pocos, no se atrevieron a mantenerse en los edificios, a una altura de treinta pies, sino que se lanzaron al mar desde el malecón y cubrieron a nado los ochocientos pasos[36]
4 que los separaban de su sector. Sin embargo, muchos de ellos fueron capturados y muertos; el número de prisioneros fue en total de seis mil.

19 César, tras conceder el botín a sus soldados, ordenó arrasar los edificios[37], construyó un fortín junto al puente
2 más cercano a Faro[38] y colocó allí un destacamento. Los de Faro, en su huida, habían abandonado este puente; los alejandrinos mantenían el otro, que estaba mejor defendido y se encontraba más cercano a su sector. Pero, al día siguiente, César lo ataca fundándose en una motivación similar, ya que, si controlaba los dos, veía que se acabarían las incur-
3 siones navales y los actos de bandidaje imprevistos. Y ya había apartado a los que tenían la custodia del lugar arrojándoles proyectiles y flechas desde las naves, los había hecho retroceder al interior de la fortaleza y había puesto en tierra una fuerza equivalente a tres cohortes (pues la estrechez del lugar no permitía más); el resto de las tropas se encontraban
4 apostadas en las naves. Hecho esto, ordena proteger el puente con una empalizada por la parte del enemigo y llenar de piedras y obstruir el punto de salida de las naves, es decir, el
5 arco que sostenía el puente. Acabada la segunda de estas obras, de manera que ningún esquife en absoluto pudiera salir, e iniciada la otra, todas las tropas de los alejandrinos se

[36] Unos 1.200 m. La altura de los edificios sería de unos 10 m.

[37] Se trata de una decisión táctica al carecer de fuerzas suficientes para mantener allá una guarnición. El episodio lo confirma ESTRAB., XVII 1, 6.

[38] Se trata de uno de los puentes que formaban el Heptaestadio.

lanzaron fuera de la ciudad y tomaron posiciones en un lu-
gar más amplio enfrente de las fortificaciones del puente y,
al mismo tiempo, apostaron junto al malecón los navíos que
acostumbraban a enviar a través de los puentes para incen-
diar nuestras naves de carga. Los nuestros luchaban desde el 6
puente y desde el malecón, ellos desde la explanada que es-
taba frente al puente y desde los navíos adosados al ma-
lecón.

En tanto que César se ocupaba de estos menesteres y de 20
exhortar a los soldados, un gran número de remeros y mari-
neros saltó a la escollera desde nuestras naves de guerra.
Una parte de ellos lo hacían inducidos por el afán de ver el 2
espectáculo, otra, también por el deseo de luchar. Éstos en
un primer momento conseguían repeler las naves enemigas
desde el malecón a golpes de piedra y de honda, y parecía que
progresaban gracias a la lluvia de dardos. Pero después 3
que unos pocos alejandrinos se atrevieron a desembarcar al-
go más allá, por el lado descubierto de los nuestros, éstos,
que se habían precipitado sin estandartes, sin formación y
sin ningún objetivo, empezaron a replegarse también desor-
denadamente hacia las naves. Espoleados por esta fuga, mu- 4
chos de los alejandrinos saltaban de sus naves y perseguían
a los nuestros azuzándolos duramente. Al mismo tiempo, los
que se habían quedado en las naves de guerra se esforzaban
por recoger las escalas y alejar las naves de tierra para que
el enemigo no se apoderara de éstas. Los soldados de las 5
tres cohortes, que se habían apostado en el puente y en la
primera parte del malecón, desconcertados por todos estos
acontecimientos, después de oír detrás de ellos el clamor y
de ver la huida de los suyos, y, puestos en la tesitura de te-
ner que aguantar en situación desventajosa la gran presión
que hacía el enemigo con sus tiros, temiendo ser rodeados
por la espalda y verse privados así de toda posibilidad de re-

tirada, dado que las naves se habían alejado, abandonaron la fortificación que habían emprendido en el puente y a toda
6 carrera se dirigieron hacia las naves. Una parte de ellos alcanzó las naves más cercanas, pero se hundió con ellas debido al peso excesivo de la multitud embarcada; otra parte, resistiendo y dudando sobre qué decisión tomar, fue abatida por los alejandrinos; algunos, tras alcanzar en una retirada afortunada unos navíos anclados y prestos para maniobrar, salieron indemnes de la acción; unos pocos, con los escudos levantados y dispuestos a afrontar cualquier riesgo, alcanzaron a nado las naves más cercanas[39].

21 César, mientras pudo con sus exhortaciones retener a los suyos junto al puente y a las fortificaciones, afrontó los mismos peligros; pero, al darse cuenta de que todos cedían, se
2 refugió en su nave. Mas, al seguirle en tropel una multitud de hombres y no tener la posibilidad de maniobrar ni alejarse de tierra, y, sospechando que iba a suceder lo que finalmente sucedió, se arrojó del navío y alcanzó a nado las na-
3 ves que se habían apostado algo más lejos[40]. Enviando desde allí algunos esquifes en ayuda de los suyos, que estaban en apuros, logró salvar a unos cuantos; su navío, en cambio, sobrecargado por la multitud de soldados, se perdió junto
4 con los hombres que transportaba. Las bajas de este combate se cifraron en unos cuatrocientos legionarios y un número
5 algo mayor de marineros y remeros. Los alejandrinos reforzaron en este lugar el baluarte con grandes fortificaciones y muchas máquinas de guerra, y, tras sacar del mar los bloques de piedra, tuvieron total libertad para expedir sus navíos.

---

[39] No aparece suficientemente definida la diferencia entre los dos últimos grupos de combatientes puestos en fuga.

[40] Episodio histórico recogido por otras fuentes que lo han teñido de detalles anecdóticos (SUETONIO, *César* 64; DIÓN CASIO, XLII 40, 4; PLUTARCO, *César* 49).

Este revés no trastocó ni por asomo el ánimo de nuestros soldados, sino que, enardecidos y espoleados, dieron grandes golpes de mano contra las obras del enemigo. En las escaramuzas diarias, siempre que se presentaba la ocasión y los alejandrinos hacían violentas salidas fuera de sus posiciones, su ímpetu era detenido por las fortificaciones y por el ardoroso empeño de nuestros soldados; y las proclamas públicas de César no podían igualar ni el esfuerzo ni el deseo de lucha de las legiones, de manera que más bien se las tenía que retener y disuadir de entablar combates que podían resultar muy peligrosos, antes que incitarlas a la lucha. 22 2

Los alejandrinos, viendo que los romanos se fortalecían con los éxitos y se enardecían con la adversidad, y, sabiendo que en la guerra no existía una tercera vía que les fuera más favorable, o bien, por lo que podemos conjeturar, instigados por los amigos del rey que se encontraban en las posiciones de César, o bien por ser éste su primer propósito, cuya aprobación por el rey conocían a través de emisarios secretos, enviaron legados a César para que dejara en libertad al rey[41] y le permitiera volver con los suyos; pues, le confiaban que toda la multitud, hastiada por el reinado transitorio de una muchacha[42] y por el gobierno crudelísimo de Ganimedes[43], estaba presta a hacer lo que el rey le mandase; y, si por instigación de éste, alcanzaban la confianza y amistad de César, la multitud no tendría ningún miedo de entregarse. 23 2

César, aunque conocía perfectamente la falsedad de esta gente, que piensa unas cosas y finge otras, con todo, decidió que sería útil acceder a sus peticiones, porque, cualquiera que fuese la finalidad que perseguían con sus pretensiones, creía 24

[41] Tolomeo XIV.

[42] Arsínoe, la hija menor de Tolomeo XIII, hermana menor de Cleopatra y hermana mayor de Tolomeo XIV.

[43] Véase cap. 4.

que el rey una vez puesto en libertad se le mantendría leal; pero que si, en cambio, cosa que se adecuaba más a la manera de ser de aquella gente, lo que querían era tener al rey como comandante en la guerra, él podría afrontar una guerra de forma más gloriosa y honorable luchando contra
2 un rey que contra un hatajo de aventureros y fugitivos[44]. Así pues, exhortó al rey a que cuidara del reino de su padre, a que respetara a su esclarecidísima patria, vergonzosamente desfigurada por incendios y destrucciones, y a que a sus súbditos los hiciera entrar primero en razón y después perseverar en ella, y a que mantuviera su fidelidad al pueblo romano y a sí mismo, puesto que el propio César confiaba tanto en él que lo enviaba a sus enemigos puestos en armas; y, estrechándole la diestra, despidió a aquel muchacho, ya
3 casi un hombre. Pero el rey, criado en todas las artes del engaño, para no mostrarse indigno de las costumbres de su gente, se puso a pedir llorando ante César que no le dejara marchar, pues para él ni siquiera el propio reino le resultaba
4 más agradable que la compañía de César. Tras contener las lágrimas del muchacho, César, conmovido incluso él mismo, y asegurándole que pronto estaría de nuevo con él, si
5 así lo quería, lo dejó marchar con los suyos. El muchacho, lo mismo que un caballo al que dejan suelto en los cajones de salida, se puso a guerrear contra César con tanto ardor que daba la impresión de que las lágrimas que había dejado correr en la entrevista con César eran lágrimas de alegría.
6 Sucedió además que muchos legados, amigos, centuriones y soldados de César se alegraban de que la excesiva bondad de éste hubiese sido puesta en evidencia por los engaños del muchacho; como si verdaderamente César se hubiese dejado

[44] Cf. *BC* III 109, 6, donde César valora en sentido contrario el hecho de tener al rey en su poder.

llevar por la bondad y no hubiese obrado así impulsado por un cálculo muy previsor[45].

Al darse cuenta los alejandrinos de que, aun después de 25
haberse hecho con un jefe, ni ellos se habían vuelto en absoluto más poderosos ni los romanos más débiles, sintiendo un gran dolor por las burlas que sus propios soldados hacían de la edad y de la debilidad del rey, viendo que no avanzaban en ningún sentido y existiendo rumores de que le venían en camino a César importantes refuerzos siguiendo la ruta terrestre que procedía de Siria y Cilicia, circunstancia que César todavía no conocía, decidieron cortar el aprovisiona-
miento que les llegaba a los nuestros por mar[46]. Así pues, 2
pusieron al acecho en los lugares adecuados por la parte de Canopo[47] los navíos que tenían disponibles y con ellos in-
terceptaban nuestras naves de carga. Cuando se le comunicó 3
esto a César, ordenó poner a punto y desplegar toda la escuadra. Puso al frente de la misma a Tiberio Nerón[48]. Figuraban en esta formación las naves rodias y con ellas iba Eufránor, sin cuyo concurso no se había entablado nunca ninguna batalla marítima, al menos ninguna que hubiese
acabado con un resultado poco favorable. Pero la fortuna, 4
que a menudo reserva una caída más dura a los que ha col-

[45] Resulta absolutamente imposible pronunciarse sobre el grado de sinceridad de Tolomeo y sobre la veracidad de los sentimientos de César. En cambio, es patente la voluntad del autor de justificar de forma absoluta las decisiones de César.

[46] Se trata de la expedición de Mitridates de Pérgamo, que acudía en ayuda de César respondiendo a la llamada de éste y de la que se da cuenta en el cap. 1. Simultáneamente, bordeando la costa también le llegaba a César un convoy de aprovisionamiento.

[47] Pequeña isla situada enfrente de la boca occidental del Nilo, al este de Alejandría.

[48] Tiberio Claudio Nerón es el padre de Tiberio, sucesor de Augusto en el principado.

mado de grandes favores, perseguía a Eufránor con una dis-
5 posición diferente a la del pasado. Pues como quiera que al
llegar a Canopo las dos escuadras hubiesen entrado en com-
bate y Eufránor, siguiendo su costumbre, hubiese acometido
la batalla en primer lugar, tras embestir y hundir una cuatri-
rreme enemiga, persiguió a otra demasiado lejos, en tanto
que las demás embarcaciones lo seguían con excesiva lenti-
6 tud, así que se vio rodeado por los alejandrinos. Nadie acu-
dió en su ayuda, ya fuera porque pensaran que tenía ya bas-
tante defensa en su valor y en su fortuna, ya fuera porque
temían por su propia seguridad. Así, el único que en este
combate llevó a buen término una acción fue también el
único en perecer junto con su cuatrirreme victoriosa[49].

26 En aquellos días, Mitridates de Pérgamo, personaje de la
alta nobleza en su patria[50] y de gran pericia y valor desde el
punto de vista militar, y que por su lealtad, digna de enco-
mio, hacia su amigo César había sido enviado, al empezar la
guerra de Alejandría, a Siria y a Cilicia con la misión de
traer refuerzos, se presenta, siguiendo por tierra el camino
que une Egipto con Siria, en Pelusio, trayendo consigo las
numerosas tropas que había podido reunir con gran rapidez
gracias a la excelente disposición de las ciudades y a su
2 propio esfuerzo. Esta fortaleza, debido a su estratégica posi-
ción, la controlaba Aquilas[51] con el concurso de una pode-

---

[49] Del testimonio de SUETONIO (*Tiberio* 4) se deduce que la batalla fue favorable a los cesarianos, que pudieron de esta forma mantener expeditas las vías de comunicación.

[50] Era hijo de Menódoto y de la princesa Adobogiona. Había formado parte de la corte de Mitridates VI Eupátor. Murió asesinado por Asandro, yerno de Fárnaces II (rey del Ponto e hijo de Mitridates VI). Acerca de su biografía, véase el cap. 78.

[51] Aparece una vez más aquí una muestra del escaso cuidado del redactor a la hora de unificar o contrastar informaciones procedentes de fuentes diversas: Aquilas, a cuyo cargo había estado la organización de la defensa

rosa guarnición (pues se considera que Egipto se encuentra protegido completamente como por dos cerrojos: en la parte de mar por Faro y en la parte de tierra por Pelusio)[52]; Mitridates la rodeó inopinadamente con gran número de tropas y, gracias a la insistencia de los asaltantes y a su superioridad numérica, lo que les permitía reemplazar con efectivos de refresco a las tropas heridas y cansadas, en el mismo día que la acometió se apoderó de la plaza e instaló en ella un destacamento[53]. Desde allí, una vez completada con éxito esta 3
acción, se dirigió a Alejandría al encuentro de César y todas las regiones que recorría, con la autoridad que a menudo asiste al vencedor, las sometía y las atraía a la amistad de César[54].

Existe un paraje, seguramente el más conocido de aque- 27
llas regiones, situado no muy lejos de Alejandría, que lleva el nombre de Delta; toma esta denominación de su semejanza con la letra del mismo nombre, ya que el cauce del río Nilo se bifurca en dos brazos, que dejan en medio un espacio que aumenta de forma progresiva y que desembocan en el mar por el punto en que la distancia entre ellos es mayor.
Cuando el rey se apercibió de que Mitridates se acercaba a 2
este lugar, y sabiendo que le sería preciso atravesar el río, envió a su encuentro un numeroso contingente de tropas,

---

de Pelusio, había sido ya asesinado por Ganimedes (cf. 4, 1), pero este hecho seguramente era desconocido para Mitridates.

[52] Esta comparación aparecerá de nuevo en Lucano, X 509 y Tácito, *Historias* II 82 y *Anales* II 59.

[53] El episodio aparece confirmado por Dión Casio, XLII 41 y Flavio Josefo, *Antigüedades de los judíos* XIV 130.

[54] Mitridates rodeó el delta por el sur y atravesó el Nilo a la altura de Menfis, ciudad de la que se apoderó sin combatir. El desarrollo positivo de este episodio parece que se vio favorecido por la favorable actitud de la numerosa colonia judía del lugar, según el testimonio de Flavio Josefo, *Antigüedades de los judíos* XIV 131.

con las cuales creía poder vencer y destruir o, en todo caso,
3 retener a Mitridates; pues, lo mismo deseaba derrotarlo que
4 se conformaba con mantenerlo apartado de César. Las pri-
meras tropas que, procedentes del Delta, pudieron cruzar
el río y enfrentarse a Mitridates, entablaron combate con el
apresuramiento de querer privar a las que venían detrás del
5 honor de compartir la victoria. Con gran prudencia, Mitrida-
tes sostuvo su ataque amparado, según es práctica habitual
entre nosotros, en la protección que le ofrecía un campa-
mento vallado. Pero, nada más ver que los enemigos se
acercaban a las fortificaciones de forma desmedidamente
imprudente, dio orden de realizar salidas por todos lados y
6 logró matar a gran número de ellos. Y de no ser porque los
restantes se ampararon en su conocimiento del lugar y, en
parte, pudieron refugiarse en las naves con las que habían
7 cruzado el río, hubiesen sido totalmente aniquilados. Con
todo, después de que se recuperaron del miedo pasado, tras
incorporárseles los que venían detrás, empezaron a atacar de
nuevo a Mitridates[55].

28 Mitridates envía un mensajero a César para darle cuenta de la acción llevada a cabo. Por su parte, el rey conoce lo

---

[55] De lo relatado en este capítulo se deduce que el enfrentamiento tuvo que tener lugar a la derecha del delta y antes de que las tropas de Mitridates atravesaran el Nilo en las cercanías de Menfis. Con todo, la comprensión del capítulo es complicada, ya que parece solaparse con el final del capítulo anterior (26, 3), donde se narraba sumariamente lo que se contará con más detalle en este capítulo 27. Por otra parte, los testimonios paralelos no aclaran la situación como sería de desear; así, Flavio Josefo, *Antigüedades de los judíos* XIV 133 habla de este combate e incluso lo sitúa geográficamente en el lugar llamado «Campo de los Judíos» (Tell el Iahoudieh), si bien yerra al emplazarlo al oeste del Nilo, donde no hay ninguna localidad con ese nombre. La interpretación generalmente admitida es la de Stoffel (II, p. 266), que da por bueno el nombre del lugar de la batalla aportado por Josefo y que corrige, en cambio, su ubicación y la sitúa correctamente al este del Nilo.

sucedido a través de sus propios hombres. De esta forma y casi al mismo tiempo se ponen en marcha, el rey con la intención de aplastar a Mitridates y César con la idea de apoyarle. El rey se benefició de una navegación más rápida por 2
el Nilo, en el que tenía aparejada una gran escuadra. César no quiso utilizar el mismo camino para no entablar un combate naval en el río, sino que tras costear por el lado del mar que se dice que forma parte de África, tal como señalamos antes[56], se enfrentó a las tropas reales antes de que Mitridates pudiera ser atacado, y así pudo recibir a éste como vencedor, con su ejército intacto[57]. El rey se había instalado con 3
sus tropas en un lugar fortificado de forma natural, ya que dominaba la llanura que se extendía a sus pies por todas partes; asimismo, estaba protegido con defensas de índole diversa por tres de sus lados: un costado se encontraba pegado al río Nilo, otro lado se extendía por la parte más elevada, de manera que dominaba un sector del campamento, y un tercer lado se encontraba rodeado por una zona pantanosa[58].

---

[56] Cf. 14, 5. La maniobra de César consiste en alejarse siguiendo la costa hacia el oeste hasta sobrepasar las zonas húmedas del delta y girar luego hacia el sureste, más allá del ramal canópico del Nilo (cf. nota 47); de esta forma, pese a que la distancia a recorrer era mayor, podía imprimir mayor rapidez a sus movimientos al realizarse la marcha por terreno seco.

[57] Son dos, básicamente, las propuestas que se han hecho para situar el lugar del encuentro entre César y Mitridates, y que viene a corresponderse con el sitio de la batalla del Nilo: Ilkam, localidad situada a 130 Km del cabo de Quersoneso; y Chaerea, a tan solo 35 Km de Alejandría. Hay que considerar como más probable este último emplazamiento a partir de la información transmitida por los *Fasti Caretani* (*CIL* I^2, págs. 212-213) y los *Fasti Maffeiani* (*CIL* I^2, pág. 223) en el sentido de que la victoria de César y la toma de Alejandría tuvieron lugar en el mismo día. Una distancia superior a los 40 Km imposibilitaría la coincidencia de los dos acontecimientos en una misma jornada.

[58] Pese a lo preciso de la descripción, no ha sido posible encontrar ningún emplazamiento que responda a estas características.

29 Entre el campamento del rey y el camino que seguía Cé-
sar se interponía un río angosto y de altísimas riberas que
desembocaba en el Nilo; se encontraba a unos siete mil pa-
2 sos[59] del campamento del rey. El rey, habiéndose enterado
de que César llegaba por este camino, envió hacia este río a
toda la caballería y a un contingente escogido de infantería
armado a la ligera para que le impidieran el paso a César e
iniciaran a distancia, desde la ribera, un combate necesaria-
mente desigual: pues ni el valor representaba una ventaja ni
3 la cobardía se exponía a ningún peligro. Esta coyuntura col-
mó de dolor a nuestros soldados y a nuestros jinetes, dado
que durante todo ese largo período de tiempo se estaba lu-
4 chando con los alejandrinos en igualdad de condiciones. Así
pues, a un tiempo, un grupo de jinetes germanos dispersados
en busca de vados logró atravesar a nado el río por un lugar
donde las riberas eran más bajas y los legionarios, después
de cortar árboles altos que alcanzaran en longitud de una ri-
bera a otra, los atravesaron y, cubriéndolos inmediatamente
5 de tierra y cascotes, cruzaron el río. La arremetida de los
nuestros asustó tanto a los enemigos que cifraron la espe-
ranza de salvarse únicamente en la huida; pero fue en vano,
ya que en esta desbandada fueron pocos los que lograron re-
unirse con el rey y casi toda la tropa restante fue extermi-
nada.

30 César, una vez concluida de forma tan brillante la acción
anterior, considerando que su llegada, si se producía de im-
proviso, causaría un inmenso terror a los alejandrinos, se di-
rige inmediatamente y con la actitud propia del vencedor
2 hacia el campamento del rey. Pero al apercibirse de que el
campamento se encontraba fortificado merced a una impor-
tante obra de vallado y que estaba, además, protegido por la

[59] Unos 10,5 Km.

naturaleza del terreno en el que se alzaba, y viendo que un
numeroso contingente de gente armada se apostaba detrás
del vallado, no quiso lanzar a sus hombres, cansados del
camino y del combate, al asalto del campamento. Así pues,
sin dejar una gran distancia con respecto al del enemigo,
montó el suyo. Al día siguiente[60] César, acometiéndolo con 3
todas sus tropas, se apoderó del fortín que el rey había cons-
truido en una aldea cercana, no lejos de su campamento; se
encontraba unido a éste por medio de unos pasos fortifica-
dos con la idea de poder disponer de la aldea; César usó to-
do su potencial no porque pensara que era difícil conseguir
lo mismo con un número menor de hombres, sino porque,
una vez aterrorizados los alejandrinos tras su victoria, quería
atacar inmediatamente el campamento del rey. Así pues, 4
nuestros soldados, extendiendo la acometida contra los ale-
jandrinos que huyendo del fortín trataban de guarecerse en
el campamento real, se plantaron bajo las fortificaciones y
entablaron de lejos un violento combate. Los nuestros tenían 5
la posibilidad de realizar el asalto por dos lados: en primer
lugar, por el que indiqué antes que tenía un acceso franco[61];
en segundo lugar, por el que dejaba un pequeño intervalo
entre el campamento y el río Nilo. El contingente mayor y 6
más selecto de alejandrinos protegía la parte de más fácil
acceso; pero disponían de mayores ventajas para rechazar y
herir a los nuestros los que combatían por el costado del río
Nilo, pues los nuestros se hallaban atrapados entre dos fue-
gos: de frente, por el que tenía su origen en la empalizada

[60] El 24 de marzo (= 6 de febrero) según P. Graindor, «La date de la bataille du Nil», *Mélanges P. Thomas*, Bruges 1930, págs. 364-368, o bien el 27 de marzo (= 9 de febrero) según Stoffel. Las diferencias entre estos dos autores se deben a que cada uno de ellos sitúa la batalla del Nilo en un lugar diferente.

[61] Cf. cap. 28, 3.

del campamento; a sus espaldas, por el procedente del río,
en el que muchas naves con dotaciones de honderos y ar-
queros arremetían contra los nuestros.

31 Viendo César que era imposible que los soldados com-
batieran con mayor ardor y que, pese a ello, la adversidad
del terreno les impedía obtener ventaja, al darse cuenta de
que los alejandrinos habían abandonado la parte más eleva-
da del campamento y de que, en parte fiados en la natural
protección que les brindaba el terreno y en parte llevados
por el afán, ya fuera de combatir, ya fuera de ver lo que su-
cedía, habían acudido al escenario de la lucha, ordenó a tres
cohortes que dieran la vuelta al campamento y atacaran la
posición más elevada; puso al frente de ellas a Carfuleno,
persona eminente por su grandeza de espíritu y por su peri-
2 cía en el arte de la milicia[62]. Al llegar allá, dado que eran
pocas las tropas que defendían la posición, en tanto que
nuestros soldados combatían con todo el ímpetu del mundo,
los alejandrinos, asustados por el fragor del combate que te-
nía lugar en el lado opuesto al que se encontraban, empeza-
3 ron a correr apresuradamente hacia todos lados. Su confu-
sión enardeció a nuestras tropas hasta el extremo de que el
asalto se produjo casi simultáneamente desde todos los pun-
tos[63], si bien la primacía correspondió a las tropas que toma-
ron la parte más elevada del campamento. Lanzándose des-
de allí a la carrera lograron matar a un gran número de
4 enemigos dentro del propio campamento. Muchos alejan-
drinos, tratando de escapar de este peligro, se precipitaron
en desorden desde la empalizada hacia la parte contigua al

[62] Décimo Carfuleno tras la muerte de César se pasó al bando de Octavio y murió en abril del año 43 en la batalla de Módena luchando contra Marco Antonio (cf. CICERÓN, *Fam.* X 33, 4).

[63] El pasaje está deturpado. Incorporamos la conjetura interpretativa de J. Andrieu.

río. Los primeros en salir quedaron aplastados en el mismo 5
foso al desplomarse un gran trecho de la fortificación, los
demás tuvieron más fácil la huida. Se tiene la certeza de que 6
el propio rey huyó del campamento y se refugió en una na-
ve, pero que al zozobrar ésta, debido a la enorme multitud
de hombres que nadaban hacia los navíos cercanos, encon-
tró así la muerte[64].

Concluida favorable y rápidamente esta acción, César, 32
con la gran confianza que le daba la victoria, se dirigió por
tierra a Alejandría con su caballería utilizando el camino
más corto y entró como triunfador en la ciudad por la parte
que estaba en manos de la guarnición enemiga. Y no erró en 2
su convicción de que los enemigos, una vez enterados del
resultado de este combate, ya no pensarían para nada en la
guerra. A su llegada, cosechó el fruto merecido de su valor 3
y grandeza de ánimo, pues toda la ciudadanía, arrojadas las
armas y abandonadas las fortificaciones, con el vestido que
tenían la costumbre de usar en sus súplicas ante los señores,
y presentando los objetos sagrados que les servían de ampa-
ro protector a la hora de implorar ante los espíritus ofendi-
dos y airados de sus reyes, corrieron al encuentro de César y
se le entregaron. César, tras confortarlos una vez aceptada 4
su sumisión, se dirigió por entre las fortificaciones enemigas
a la parte de la ciudad que ya estaba en su poder, en medio
de grandes manifestaciones de alegría de sus hombres, que
no sólo se complacían con el resultado de la guerra y del
combate sino también con su feliz regreso[65].

---

[64] El cadáver del rey pudo ser identificado gracias a su coraza de oro (cf. Floro, II 13, 60, y Orosio, *Historias* VI 16, 2).

[65] Las *Historias* de Orosio (VI, 16, 1) ofrecen un balance de las pérdidas habidas en la batalla del Nilo por parte de los alejandrinos: 20.500 muertos, 12.000 prisioneros y entre 60 y 70 naves hundidas. Por el contrario, sólo se contaron quinientos muertos en el bando de César.

33 César, dueño de Egipto y de Alejandría, impuso como reyes a los que Tolomeo había designado en su testamento, en el que, además, suplicaba al pueblo romano que no los
2 cambiara[66]. Así pues, desaparecido el rey[67], que era el mayor de los dos muchachos, entregó el reino al más pequeño[68] y, con él, a Cleopatra, la mayor de las dos hijas[69], que se había mantenido fiel y se había quedado en el sector dominado por César; a la hija menor, Arsínoe, en cuyo nombre, ya lo hemos señalado, Ganimedes había gobernado despóticamente durante mucho tiempo[70], decidió desterrarla del reino para evitar que surgiera nuevamente otra disensión por parte de personajes sediciosos, antes de que el poder de los dos reyes estuviera consolidado gracias a un largo manda-
3 to[71]. Tomando consigo la experimentada sexta legión[72], dejó allí las restantes[73] para afirmar el poder de estos reyes, que ni podían tener el amor de su pueblo, al haber permanecido

[66] Parte del testamento de Tolomeo XIII se encuentra reproducida en *BC* III 108, 3.

[67] Tolomeo XIV.

[68] Tolomeo XV.

[69] Realmente Tolomeo XIII, tuvo tres hijas (cf. nota 12), pero la mayor de ellas, Berenice, había muerto en el año 55 y, por tanto, ya no podía figurar en el testamento de Tolomeo XIII, muerto en el 51.

[70] Cf. 4, 1.

[71] Arsínoe desfiló en Roma en el triunfo de César del año 46; posteriormente, se la relegó al templo de Éfeso, donde murió asesinada en el año 41 por instigación de Cleopatra (cf. Dión Casio, XLIII 3).

[72] La que, procedente de Acaya, llevaba consigo al arribar a Alejandría. Con toda seguridad, en la expedición a Siria y Armenia contó César también con las tropas de Mitridates de Pérgamo.

[73] Se trata de la legión XXVII, procedente de Acaya y que había llegado con César (cf. *BC* III 106, 1), y de la legión XXXVII, enviada por vía marítima por Domicio Calvino (cf. 9, 3). Junto a éstas quedaría una tercera legión, enviada también por Domicio Calvino, pero que al haber seguido una ruta terrestre llegó a Alejandría con posterioridad a la batalla del Nilo. Ignoramos el número que llevaba esta última legión.

fieles a la amistad de César, ni gozar del prestigio de la vejez, pues hacía pocos días que habían llegado al trono. Al 4
mismo tiempo consideraba conveniente para la dignidad de nuestro imperio y para el bien común proteger a los reyes con nuestras tropas, si mantenían su fidelidad; pero también que, a su vez, en caso de mostrarse desleales, estas mismas tropas pudiesen reprimirlos. Así pues, concluido y resuelto 5
el problema, él mismo partió hacia Siria[74].

Mientras en Egipto tienen lugar estos acontecimientos[75], 34
el rey Deyótaro[76] se presentó ante Domicio Calvino[77], a quien César había encomendado la administración de Asia y de las provincias vecinas, para pedirle que no consintiera que Fárnaces[78] ocupara y devastara la Armenia Menor, su propio reino, ni tampoco Capadocia, el reino de Ariobarza-

---

[74] Los editores excluyen de forma general la expresión *itinere terrestri*, transmitida por los manuscritos en atención al hecho de que el capítulo 66, 1, corroborado por FLAVIO JOSEFO (*Antigüedades Judaicas* XIV 8, 3), deja claro que el viaje a Siria se hizo por mar.

[75] Entre septiembre-octubre del 48 y febrero del 47 a.C.

[76] Tetrarca de Galacia y rey de Armenia Menor, títulos concedidos por el senado de Roma, fue siempre un fiel aliado de los romanos frente a los deseos expansionistas de Mitridates. En la guerra civil fue aliado de Pompeyo, a quien le suministró un contingente de seiscientos jinetes (véase *BC* III 4, 3); posteriormente, tras la batalla de Farsalia, se reconcilió con César (véanse caps. 67-68). Tras la muerte de César se puso de parte de Bruto, pero justo antes de la batalla de *Philippos* se pasó al bando de los triunviros. Murió de muerte natural en el año 40.

[77] Cónsul en el 53 y en el 42, partidario de César, en la batalla de Farsalia comandó el centro de las líneas cesarianas. Tras su segundo consulado fue gobernador de Hispania y alcanzó el triunfo en el año 36.

[78] Hijo de Mitridates VI Eupátor (Mitridates el Grande) se rebeló contra su padre y recibió del senado romano como recompensa por esta acción el Bósforo Cimerio (Crimea). Durante la guerra civil intentó reconstruir el imperio de su padre apoderándose de la Cólquide, Armenia Menor, Capadocia y, finalmente, el Ponto, tras derrotar a Domicio Calvino. César lo derrotó, finalmente, en la batalla de Zela (año 48).

nes[79]; y que si estos territorios no se veían libres de semejante azote, él no podría cumplir las obligaciones contraídas
2 ni satisfacer a César la suma prometida. Domicio, considerando no sólo que este dinero era indispensable para hacer frente a los gastos que imponía la actividad bélica, sino que además era vergonzoso para el pueblo romano y para el vencedor César, e infamante para él mismo que los reinos de unos aliados y amigos del pueblo romano fueran ocupados por un rey extranjero, envió inmediatamente a Fárnaces unos embajadores instándole a que abandonara Armenia y Capadocia, previniéndole de que, confiado en los esfuerzos que exige una guerra civil, no tentara la autoridad ni la ma-
3 jestad del pueblo romano. Asimismo, creyendo que esta reclamación tendría más fuerza si se aproximaba a estas regiones con su ejército, se reunió con sus legiones y, de las tres que tenía, tomó consigo la XXXVI y envió las otras dos a Egipto en ayuda de César, que se las había solicitado por carta; una de éstas no llegó a participar en la guerra de Alejandría, porque había sido enviada por tierra a través de Si-
4 ria[80]. Gneo Domicio incrementó el potencial de la legión XXXVI con otras dos pertenecientes al ejército de Deyótaro, quien las había formado desde hacía muchos años conforme a nuestra disciplina y armamento, y con cien jinetes y
5 con otros cien más que le pidió a Ariobarzanes. Por otro lado, envió a Publio Sestio ante el cuestor Gayo Pletorio con la misión de traerse la legión que se había formado en el Ponto con soldados reclutados precipitadamente, y a Quinto

[79] Ariobarzanes III, rey de Capadocia desde el año 51, partidario de Pompeyo y confirmado luego por César en su reino, murió en el año 43 a manos de Casio, al negarse a prestar su apoyo a los asesinos de César.

[80] Se trata de la legión XXXVII, enviada por mar, y otra, cuyo número se desconoce, enviada por tierra. Véase nota 73.

Patisio, a Cilicia para reunir tropas auxiliares[81]. Todas estas tropas, siguiendo las órdenes de Domicio, se concentraron rápidamente en Comana[82].

Entretanto, los mensajeros traen la respuesta de Fárna- 35
ces: se había retirado ya de Capadocia, pero se había reser-
vado la Armenia Menor, que le correspondía por ley a título
de herencia paterna. Que a partir de aquí toda la capacidad
de decisión sobre la suerte de este reino quedaba en manos
de César, pues él estaba dispuesto a cumplir lo que César
dispusiese. Domicio, dándose cuenta, primero, de que Fár- 2
naces se había retirado de Capadocia movido por la necesi-
dad y no por su propia voluntad, puesto que, al ser colindan-
te con su reino, podía defender más fácilmente Armenia que
Capadocia, que estaba más alejada, partiendo de su creencia
de que Domicio llevaría consigo las tres legiones; y segun-
do, de que se había establecido con mayor arrogancia en
Armenia, tras enterarse de que dos de las tres legiones ha-
bían sido enviadas a César, empezó a obstinarse en que se
retirara también de este reino; porque, consideraba Domicio,
no era diferente el derecho que pudiera tener sobre Capado-
cia que el que tenía sobre Armenia, y tampoco era justa su
petición de dejar intacta la cuestión hasta la llegada de Cé-
sar, pues sólo puede dejarse intacto lo que está tal como
había estado antes. Dada esta respuesta, se dirigió con las 3
tropas anteriormente especificadas[83] hacia Armenia y deci-
dió marchar por la ruta de las montañas[84]: pues desde el
Ponto, a partir de Comana, se extiende una sierra agreste

---

[81] De los tres personajes citados en esta frase no tenemos ninguna otra constancia.

[82] Se trata de la principal ciudad del Ponto (cf. 35, 3).

[83] Cf. 34, 4-5.

[84] La fecha de la partida suele situarse en el 19 de diciembre (= 4 de noviembre).

que llega hasta Armenia y que sirve de frontera entre Capadocia y Armenia. Se había enterado de que este itinerario ofrecía unas ventajas seguras, puesto que en los lugares elevados no podía producirse ningún ataque por sorpresa del enemigo y porque Capadocia, situada al pie de estas montañas, le suministraría provisiones en gran abundancia.

36 Mientras tanto, Fárnaces envía muchas delegaciones a
2 Domicio para tratar de la paz y ofrecerle obsequios regios. Do-
micio los rechazaba todos de forma invariable y respondía a
los legados que nada habría más importante para él que re-
cuperar la dignidad del pueblo romano y los reinos de sus
3 aliados. Al acercarse, a base de etapas largas y seguidas, a
Nicópolis[85], ciudad de Armenia Menor que, situada en te-
rreno llano, tiene dos de sus costados flanqueados por altas
montañas, que, con todo, se hallan bastante separadas de la
ciudad, estableció su campamento a unos siete mil pasos[86]
4 de Nicópolis. Dado que desde el emplazamiento del cam-
pamento era inevitable cruzar un pasaje angosto y difícil,
Fárnaces situó al acecho a un contingente escogido de infan-
tería y a casi toda su caballería, y ordenó soltar una gran
cantidad de ganado entre estos desfiladeros e hizo que los
campesinos y los ciudadanos se dejasen ver por estos luga-
5 res para que, si Domicio cruzaba estas angosturas como
amigo, no sospechara nada de la emboscada al ver ganado y
gente rondando por el campo como cuando se está a la espe-
ra de amigos; pero con la idea de que, si se presentaba como
si estuviese en territorio enemigo, los soldados se dispersa-

[85] Dada su importancia estratégica en el sistema viario, Nicópolis creció en importancia hasta convertirse en la capital de Armenia Menor. En sus alrededores había tenido lugar la batalla que le dio la victoria a Pompeyo sobre Mitridates en el año 66 a. C.

[86] Unos 10,5 Km.

ran en busca de botín para, así, una vez desperdigados, ani-
quilarlos.

En tanto que se ocupaba de estos preparativos, no dejaba 37
de enviar a Domicio mensajeros con palabras de paz y amis-
tad, creyendo que con ello podría engañarlo más fácilmente.
Pero, muy al contrario, la esperanza de un arreglo le dio a 2
Domicio un motivo para permanecer en el campamento. De
esta forma, Fárnaces, perdida la ocasión de una intervención
inmediata y temiendo que se descubrieran sus insidias, hizo
volver a sus hombres al campamento. Domicio al día si- 3
guiente se acercó más a Nicópolis y montó el campamento
al lado de la ciudad; y, mientras los nuestros lo fortificaban,
Fárnaces desplegó sus tropas según su costumbre y su tácti-
ca: así, en un frente simple constituido por una sola fila co- 4
locada en línea recta, cada ala se encontraba reforzada por
tres destacamentos de apoyo; y, siguiendo el mismo esque-
ma, idénticos refuerzos se encontraban instalados en la parte
central del despliegue, en tanto que los intervalos a derecha
e izquierda se encontraban cubiertos por una sola fila. Do- 5
micio acabó las obras del campamento, no sin haber aposta-
do una parte de sus tropas delante del vallado.

La noche siguiente[87] Fárnaces, gracias a la intercepción 38
de unos correos que le llevaban a Domicio noticias acerca
de la situación en Alejandría, tuvo conocimiento de que Cé-
sar se encontraba en una situación muy peligrosa y de que le
pedía a Domicio que enviara refuerzos lo más rápidamente
posible y que él mismo se acercara a Alejandría a través de
Siria. Una vez sabido esto, Fárnaces estaba convencido de 2
que si conseguía ganar tiempo, sería como una victoria, ya
que consideraba que Domicio se vería obligado a retirarse
enseguida. Así pues, partiendo de la ciudad, y por el lugar 3

[87] El 26 de diciembre (= 11 de noviembre) del año 48.

por donde veía que los nuestros tenían el acceso más fácil y
el escenario más favorable para el combate, hizo cavar en
línea recta dos trincheras de cuatro pies[88] de profundidad,
sin dejar entre ellas un gran espacio de terreno; las prolongó
hasta el punto más allá del cual no pensaba desplegar sus
4 tropas. Entre estas dos trincheras ejercitaba siempre su for-
mación de combate, si bien colocaba toda su caballería en
los flancos, al otro lado de las trincheras, pues de otra forma
no le podía ser de utilidad, pese a superar ampliamente en
número a la nuestra.

39 Domicio, por su parte, más inquietado por el peligro que
corría César que por el que le afectaba a él, pero conside-
rando que no podía retirarse con seguridad si aceptaba ahora
las condiciones que antes había rechazado o si se retiraba
sin motivo, sacó a su ejército del campamento y lo puso en
2 línea de combate; emplazó la legión XXXVI en el ala dere-
cha, la legión Póntica en el ala izquierda y situó las legiones
de Deyótaro en medio de la formación, si bien dejándoles
sólo un espacio de frente muy estrecho; las restantes cohor-
tes quedaron en la reserva; así, una vez puestos los dos ejér-
citos en posición, empezó el combate.

40 Dada la señal de ataque casi al mismo tiempo en los dos
bandos, se produce el choque[89]. Se combate ardorosamente
y con suerte dispar; en efecto, la legión XXXVI, habiendo
acometido contra la caballería del rey por la parte de fuera
de la trinchera, se impuso con tanta claridad en la lucha que
llegó a alcanzar las murallas de la ciudad y, tras cruzar la
2 trinchera, pudo acometer a los enemigos por la espalda. En

---

[88] Un metro y 20 cm, aproximadamente.

[89] La batalla tuvo lugar el 28 de diciembre (= 13 de noviembre) del 48. Esta datación concuerda con la información suministrada por Dión Casio (XLII 46) en el sentido de que la batalla de Nicópolis tuvo lugar en los albores del invierno.

cambio, la legión Póntica, que se encontraba en el lado opuesto, habiéndose replegado tras resistir un poco al enemigo, por más que su segunda línea hubiese intentado bordear la trinchera para así poder atacar al enemigo por el flanco descubierto[90], en el mismo momento de cruzar la trinchera se vio sorprendida por una lluvia de dardos y fue masacrada. Por su parte, las legiones de Deyótaro apenas
pudieron resistir el ataque. De esta forma las tropas reales, 3
vencedoras en su ala derecha y en el centro, se volvieron contra la legión XXXVI. Sin embargo, ésta sostuvo bravamente el ataque de los vencedores y, pese a verse rodeada por las tropas enemigas que la superaban en número, combatiendo con gran presencia de ánimo, logró replegarse, formada en círculo, hasta los pies de la montaña, adonde Fárnaces no quiso seguirla a causa de lo desfavorable del
terreno. Así, perdida casi del todo la legión Póntica, muertos 4
la mayor parte de los soldados de Deyótaro, la legión XXXVI se retiró a una posición más elevada, con unas pérdidas que no superaron los doscientos cincuenta hombres.
En este combate perecieron algunos personajes distinguidos 5
e ilustres, caballeros romanos. Tras sufrir este revés, Domicio reunió los restos dispersos de su ejército y, por rutas seguras, a través de Capadocia, se retiró a Asia.

Fárnaces, envanecido por su triunfo y esperando obtener 41
de César aquello que deseaba, ocupó el Ponto con todas sus tropas y allí, actuando en plan de vencedor y comportándose como un rey crudelísimo, como si le estuviera reservada la fortuna de su padre, aunque con un final mejor, asaltó muchas plazas fuertes y se apoderó de los bienes de los ciuda-
danos romanos y de los del Ponto; impuso suplicios peores 2

[90] Es decir, por el derecho, que es el flanco que no queda protegido por el escudo.

que la muerte[91] a los que tenían algún tipo de ascendiente en virtud de su apariencia o edad y, así, sin que nadie se le opusiera, iba ocupando el Ponto, vanagloriándose de haber recuperado el reino de su padre.

42 Aproximadamente en la misma época, sufrimos un revés en el Ilírico, provincia que en los meses anteriores había sido mantenida no sólo sin ignominia sino incluso con ho-
2 nor[92]. En efecto, allí había sido enviado el verano anterior con dos legiones Quinto Cornificio[93], cuestor de César, haciendo las veces de pretor; y, aunque la provincia no era en absoluto lo suficientemente rica para sostener un ejército y, además, se había agotado y había sido devastada a raíz de disputas fronterizas y de disensiones internas, con todo, gracias a su prudencia y actividad, ya que ponía gran cuidado en no hacer salidas azarosas, no sólo la pudo recuperar sino
3 también defender. Así pues, se apoderó de muchas fortalezas, que se levantaban en lugares sobresalientes del terreno y cuya posición estratégica impelía a sus ocupantes a realizar incursiones y a lanzarse a la guerra, y repartió entre sus

[91] Cf. 70, 6.

[92] La provincia de Ilírico, que se extendía aproximadamente por el territorio de la antigua Yugoslavia, al margen de ocupaciones parciales y costeras había sido sometida con cierta profundidad en los años 76-75 a. C. por parte del procónsul Gayo Cosconio. En los años siguientes se dieron con frecuencia revueltas, en algún caso graves como la que en el año 50 vio la derrota de Julio César. Al año siguiente fue ocupada por un lugarteniente de Pompeyo y, todavía en el 48, el propio Pompeyo asedió Salona (actual Split). Por tanto, la tranquilidad de la provincia no iba mucho más allá de unos pocos meses.

[93] Quinto Cornificio, cuestor en el año 48, actuando como propretor en este mismo año ganó para César la provincia del Ilírico; fue pretor en el 47 y gobernador de la provincia de África Vieja desde el 44. En el año 43 fue proscrito por los triunviros y su provincia entregada al gobernador del África Nueva, Tito Sextio, quien lo derrotó y lo mató en el enfrentamiento que tuvieron cerca de Útica en el año 42.

soldados el botín obtenido (el cual, aun siendo escaso, era, sin embargo, de agradecer en una provincia tan desesperada por la pobreza y, muy especialmente, si el botín se había conseguido gracias al valor); y, además, como quiera que Octavio[94] en su huida de la batalla de Farsalia se había refugiado en aquel golfo[95] con una gran escuadra, Cornificio con la ayuda de unas pocas naves de los jadestinos[96], cuyo fervor por la república siempre se había manifestado de forma singular, se apoderó de las naves dispersas de Octavio, de forma que, unidas las naves capturadas a las de sus aliados, estaba en condiciones de combatir con una auténtica flota.
Mientras, César, que se encontraba en el otro confín del 4
mundo persiguiendo, tras la victoria, a Gneo Pompeyo, al enterarse de que muchos de sus adversarios, con los despojos recogidos en la huida, se refugiaban en el Ilírico a causa de su proximidad a Macedonia, envió un mensaje a Gabinio[97] para que con las legiones de reclutas recientemente formadas se dirigiera allí y que, juntadas sus tropas con las de Quinto Cornificio, librara a la provincia de cualquier peligro que pudiera amenazarla; y que si, por el contrario, la

[94] Marco Octavio, oficial de Pompeyo, tras la derrota de Farsalia pasó al Adriático, donde fue derrotado por Vatinio. Pasado de nuevo a África, allá estuvo al mando de la flota pompeyana entre el 47 y el 46. No parece que fuera el mismo Marco Octavio que comandaba el centro de la flota de Marco Antonio en la batalla de Accio (cf. PLUTARCO, *Antonio* LXV).

[95] No parece que el autor se refiera a un lugar concreto, sino al conjunto de las costas del Ilírico.

[96] Los naturales de Iader (actual Zadar). Recogemos en la traducción la correción, *Iadestinorum*, del texto que dan los manuscritos, *Iadertinorum*. Esta corrección está basada en la inscripción contenida en el *CIL* III, 2919.

[97] Es el mismo Aulo Gabinio que aparece citado en 3, 3, y al que ya hemos hecho referencia en la nota 8. Tras dejar Egipto, a su regreso a Roma en el 54 debió afrontar diversos juicios que le condenaron al exilio. Amnistiado en el 49, en el 48 se convirtió en legado de César.

provincia podía mantenerse segura sin el concurso de un gran contingente, que llevara las legiones a Macedonia. Creía, en efecto, que todo este sector y esta región, mientras estuviera vivo Gneo Pompeyo[98], estaban abocados a reemprender la guerra.

43 Desde que Gabinio llegó al Ilírico en medio de las inclemencias de un duro invierno[99], bien fuera porque consideraba la provincia más rica de lo que era en realidad, bien fuera porque otorgaba mucho crédito a la fortuna que asistía a César en sus victorias, o bien porque confiaba plenamente en su propio valor y pericia, amparado en los cuales se había expuesto al peligro en diversas guerras y en su calidad de comandante en jefe había realizado grandes y afortunadas hazañas, la realidad es que ni la provincia le proveía de recursos, en parte por estar exhausta y en parte por no serle leal, ni tampoco podía obtener él provisiones por mar, al estar la navegación bloqueada por culpa del mal tiempo; así, agobiado por estas grandes carencias, conducía la guerra, no
2 como quería, sino como podía. Así, puesto que la escasez le forzaba en los momentos más difíciles a asaltar fortalezas y plazas fuertes, con frecuencia recibía reveses y resultaba tan despreciable para los bárbaros que, en su retirada hacia Salona[100], ciudad marítima poblada por ciudadanos romanos valerosísimos y muy leales, fue obligado a luchar en forma-
3 ción de marcha. En este combate se perdieron más de dos mil hombres, treinta y ocho centuriones y cuatro tribunos[101];

[98] Obviamente se trata del hijo de Pompeyo el Grande; de la muerte del padre se da cuenta en *BC* III 106.

[99] La llegada de Gabinio se sitúa en el 29 de diciembre (= 14 de noviembre) del 48.

[100] Actual Split, en la costa croata.

[101] Esta batalla tuvo lugar el 20 de enero del año 47 (= 4 de diciembre del 48).

Gabinio se retiró con el resto de sus tropas a Salona y allí,
agobiado por dificultades de todo orden, murió de enferme-
dad a los pocos meses. Su infortunio mientras vivió y su re- 4
pentina muerte hicieron concebir a Octavio grandes espe-
ranzas de poder apoderarse de la provincia. Sin embargo,
ni la fortuna, que tiene una gran influencia en las guerras, ni
la actividad de Cornificio ni el valor de Vatinio[102] le permi-
tieron mantenerse largo tiempo en la bonanza.

Estando Vatinio en Brindis, se enteró de los aconteci- 44
mientos que habían tenido lugar en el Ilírico y, dado que
frecuentemente recibía mensajes de Cornificio que le insta-
ban a acudir en socorro de la provincia y que oía decir que
Marco Octavio había sellado un pacto con los bárbaros y
que atacaba en muchos lugares a nuestros destacamentos, a
veces personalmente con la escuadra, a veces con tropas
bárbaras de infantería, pese a que, afectado de una grave en-
fermedad, su cuerpo apenas tenía fuerzas para secundar su
coraje, con todo, superó con su energía los inconvenientes
de la enfermedad y las dificultades que representaban el in-
vierno y la improvisación. Así pues, no teniendo él más que 2
unas pocas naves de guerra en el puerto, envió un mensaje a
Quinto Caleno[103], que se encontraba en Acaya, para que le

[102] Publio Vatinio fue tribuno de la plebe en el 59 y en el desempeño de este cargo apoyó la ley por la que se le otorgaba a César el gobierno de las Galias. Posteriormente fue legado de César en las mismas Galias y defendió Brindis contra el ataque de Lelio (*BC* III 100, 2); en el 47, tal como se narra en el siguiente capítulo, con su victoria sobre Octavio recuperó el Ilírico para César. Como recompensa por esta acción obtuvo el consulado para la parte final del año.

[103] Quinto Fufio Caleno había sido también legado de César durante la guerra de las Galias y su lugarteniente durante la guerra civil y en este momento, desde la batalla de Farsalia, tenía el mando de Grecia. Desde allí, a requerimiento de César, había enviado a Alejandría la legión XXVII (*BC* III 106, 1). Compartió con Vatinio el consulado del año 47.

3 enviara la escuadra. Pero como este asunto se dilataba más de lo que permitía el peligro que corrían nuestras tropas, que ya no podían sostener el ataque de Octavio, procedió a armar con espolones las naves ligeras de las que disponía en gran número, aunque su tamaño no era el adecuado para
4 combatir. Una vez añadidas éstas a las naves de guerra y aumentado así el potencial de la escuadra, y tras embarcar un contingente de soldados veteranos sacados de todas las legiones —tenía a su disposición a muchos que, enfermos, habían sido dejados en Brindis cuando el ejército se trasladó a Grecia[104]—, partió hacia el Ilírico[105]. Las ciudades marítimas que habían hecho defección y se habían pasado a Octavio, unas las recuperaba y otras, si persistían en su decisión, las dejaba de lado y no se permitía ninguna demora ni atendía a ninguna obligación que le impidiese alcanzar lo más
5 rápidamente posible a Octavio. A éste, que se encontraba asediando por tierra y por mar Epidauro[106], donde nosotros teníamos una guarnición, lo obligó con su llegada a desistir del asedio y recuperó la guarnición.

45 Octavio, sabedor de que Vatinio tenía una escuadra constituida en su mayor parte por naves ligeras, fondeó, confiado en el potencial de su flota, junto a la isla de Tauris[107]. Vatinio navegaba en su persecución por aquella zona, no porque supiera que Octavio se había detenido allí, sino porque ha-
2 bía decidido perseguirle por mucho que se alejara. Habiéndose aproximado bastante a Táuride con las naves desperdigadas debido al tiempo borrascoso y a que no había ninguna sospecha de la presencia del enemigo, de repente vio a una nave enemiga dirigiéndose hacia él con las vergas a medio

---

[104] Cf. *BC* III, 6 y ss.

[105] La partida hay que situarla el 23 de febrero del 47 (= 5 de enero).

[106] La actual Dubrovnik, en Croacia.

[107] La actual isla de Korcula.

mástil[108] y repleta de tropas de combate. Al darse cuenta de 3
la situación, rápidamente dio orden de recoger velas y arriar vergas, y de que los soldados se armasen e, izando la enseña de combate, les indicó a las naves que le seguían inmediatamente que hiciesen lo mismo. Las tripulaciones de Vatinio 4
se aprestaban al combate, sorprendidas de improviso; las de Octavio salían aparejadas del puerto de forma escalonada. Se forma por ambas partes la línea de combate: la de Octavio mejor ordenada, la de Vatinio más predispuesta por el coraje de sus integrantes.

Vatinio, dándose cuenta de que ni por el tamaño de las 46
naves ni por su número podía equipararse con el enemigo, prefirió dirimir la cuestión en el azar del combate. Así pues, él fue el primero en acometer con su quinquerreme contra la cuatrirreme del propio Octavio. Puesto que éste navegaba en 2
sentido opuesto y a toda la velocidad que podían imprimir los remos, las naves chocaron con sus espolones con tanta fuerza que la nave de Octavio quedó inmovilizada por la brecha que causó el espolón en su estructura. En los restan- 3
tes escenarios el combate se traba también con fiereza y se ataca especialmente a los jefes, y al querer todo el mundo auxiliar al suyo, en un estrecho brazo de mar se produce un combate a corta distancia de considerables proporciones. Y 4
cuanto más existía, al juntarse las naves, la posibilidad de luchar cuerpo a cuerpo, tanto más se mostraban superiores los hombres de Vatinio. Éstos, con un valor admirable, no vacilaban en saltar desde sus naves sobre las del enemigo y así, en una situación de equilibrio de fuerzas, su manifiesta superioridad de ánimo les empujaba a la victoria. La cuatri- 5
rreme del propio Octavio es hundida, otras muchas naves

[108] Pese a la voluntad de sorprender con la rapidez, el mal tiempo haría desaconsejable navegar a toda vela.

son capturadas o, atravesadas por los espolones, desaparecen bajo el mar. Los miembros de la guardia personal de Octavio en parte son degollados en las naves y en parte son
6 lanzados al agua. El propio Octavio salta a un esquife; pero como eran muchos los que trataban de refugiarse en la misma barquichuela, ésta zozobró, mas Octavio, aun estando
7 herido, logró llegar a nado hasta su nave de escolta. Una vez embarcado, puesto que la noche interrumpió el combate, escapa a toda vela en medio de una gran tempestad. Lo siguen algunas de sus naves que habían escapado casualmente de aquel peligro.

47 En cuanto a Vatinio, una vez culminada con éxito esta operación[109], tocó retirada, y con todas sus tropas indemnes, se retiró vencedor al mismo puerto de donde había partido
2 para el combate la escuadra de Octavio. En este combate capturó una quinquerreme, dos trirremes, ocho birremes y a muchos remeros de Octavio; y tras dedicar el siguiente día a reparar allí sus naves y las que había capturado al enemigo, al tercer día se dirigió a la isla de Isa[110], por creer que Octa-
3 vio se había refugiado allí en su huida. Se encontraba en esta isla la ciudad más notable de estas regiones y, además,
4 estrechamente ligada a Octavio[111]. Al llegar allá, sus habitantes se le entregaron en actitud suplicante y se enteró de que Octavio con unos pocos navíos pequeños, aprovechando el viento favorable, había zarpado hacia Grecia, para desde
5 allí ganar Sicilia y después África. Así, culminada brillantemente la operación en un corto espacio de tiempo, recuperada la provincia y devuelta a Cornificio, expulsada la es-

[109] La batalla tuvo lugar el 16 de marzo (= 12 de enero) del 47.

[110] La actual Vis, al oeste de Korcula.

[111] Desconocemos su nombre; seguramente se correspondería con el de la isla.

cuadra enemiga de todo aquel golfo, Vatinio se retiró como vencedor a Brindis, con su ejército y su escuadra intactos.

Por otro lado, en la época en que César se encontraba 48 asediando a Pompeyo en Durazo[112], obtenía la victoria de Farsalia[113] y combatía en Alejandría en medio de grandes peligros, que eran mayores todavía si se atendía a los rumores, Quinto Casio Longino[114], dejado en Hispania en calidad de pretor con el fin de gobernar la provincia ulterior, ya fuera por la naturaleza habitual de su carácter, ya fuera por el odio que había contraído contra aquella provincia al haber resultado herido allá en una emboscada cuando desempeñaba el cargo de cuestor, se había hecho muy odioso, cosa que podía captar fácilmente, bien fuera a partir de sus propios sentimientos, pensando que la provincia le correspondía, o bien por los numerosos indicios y testimonios de los que difícilmente podían disimular su animadversión, e intentaba compensar la animosidad de la provincia con el afecto de su ejército. Así pues, a la primera ocasión que tuvo de reunir a 2

[112] Cf. *BC* I, nota 106.

[113] El autor del *Bellum Alexandrinum*, según el testimonio de todos los manuscritos, dice *Palepharsali*, en contraste con el capítulo 42, 4, donde leemos *Pharsalici proelii*. Esta lectura, *Palepharsali*, que es la que encontramos en Estrabón (XVII 1, 11), Frontino *(Estratagemas* II 3, 22) y Orosio *(Historias* VI 15), hace pensar en un diferente redactor o en la utilización por parte de éste de una primera redacción no revisada ni uniformada. Añadamos que para referirse a esta batalla César no usa otra expresión que *proelium in Thessalia factum*.

[114] Quinto Casio Longino fue en el año 52 cuestor de Pompeyo en la Hispania Ulterior, donde dio muestras de gran rapacidad; luego, en el 49 se pasó al bando de César y fue uno de los dos tribunos de la plebe que apoyaron a éste vetando la propuesta de Escipión para que César licenciara su ejército. Participó en la campaña de Hispania contra Afranio y Petreyo; como recompensa, al partir César de Hispania el 17 de septiembre (= 15 de agosto) del 49, lo dejó como gobernador de la Hispania Citerior (cf. *BC* II 22, 4).

todo su ejército en un mismo lugar prometió cien sestercios a cada soldado y, no mucho después, a raíz de la toma de Medóbriga[115], ciudad de Lusitania, y del monte Herminio[116], donde se habían refugiado los habitantes de Medóbriga, tras ser proclamado *imperator*, entregó los cien sestercios a los
3 soldados[117]. Además, concedía muchas y grandes recompensas a cada uno; éstas le granjeaban de momento la afección aparente del ejército, pero, paulatinamente y de forma solapada, rebajaban la severa disciplina.

49 Casio, una vez instaladas las legiones en los campamentos de invierno, se retiró a Córdoba para administrar justicia y, dispuesto a pagar las deudas contraídas anteriormente, impuso pesadísimos gravámenes a la provincia; y, como lo pide la práctica de la prodigalidad, bajo el vistoso manto de
2 la esplendidez, se le exigía más al que daba. A los ricos se les exigían cantidades que Longino no sólo consentía que se le ingresaran en su cuenta, sino que incluso lo exigía; además, con motivo de cualquier disputa con él, incluso los pobres pasaban a contarse en la clase de los ricos y no había ningún tipo de riqueza, ya fuera grande y evidente, ya fuera pequeña y miserable, que no tuviera su sitio en la casa y en
3 el tribunal del *imperator*. No había persona alguna que tuviese algo que perder por poco que fuera, que no fuese citada a juicio o incluida en la lista de los acusados. Así, a las pérdidas y quebrantos en el patrimonio familiar, había que añadir también la angustia por los peligros asociados a los procesos.

---

115 La actual Marvão.

116 En la Serra da Estela, al norte del Tajo, en Portugal.

117 Considerando que tras doblar César las soldadas al comienzo de la guerra civil éstas alcanzaban los diez ases diarios, el montante del donativo de Longino suponía aproximadamente el sueldo de un mes.

Por este motivo acaeció que, puesto que Longino hacía 50
como *imperator* lo mismo que había hecho como cuestor, de
forma similar los provinciales comenzaron a urdir de nuevo
planes para matarle[118]. El odio de éstos lo alentaban algunos 2
de sus propios allegados, quienes, aun cuando participaban
en aquella sociedad de latrocinio, sin embargo odiaban a és-
te en cuyo nombre delinquían y consignaban a sus propias
cuentas todo lo que habían robado, en tanto que le adjudica-
ban a Casio las deudas extinguidas o protestadas. Reclutó 3
una nueva legión, la quinta[119]. Se incrementa así el odio, por
el propio hecho de la recluta y por el gasto que supone una
nueva legión. Se completa, encima, una fuerza de tres mil
jinetes cuyo equipamiento supone un grave dispendio; y no
se le da tregua alguna a la provincia.

Entretanto[120], recibió de César la orden de trasladar a 51
África su ejército y de dirigirse a través de Mauritania hasta
los confines de Numidia, ya que Juba[121] había enviado nu-
merosas tropas en auxilio de Gneo Pompeyo y consideraba
que todavía iba a enviar muchas más. Tras recibir esta carta, 2
se vio embargado por una inusitada alegría al pensar que se
ponían a su alcance nuevas provincias y un reino tan fértil.
Así pues, él en persona se dirige a Lusitania en busca de las 3
legiones y con la idea de traer tropas auxiliares; encarga a
sus hombres de confianza que se ocupen del aprovisiona-

---

[118] Cf. 48, 1.

[119] Además de ésta, Longino contaba con otras cuatro legiones: la XXI y la XXX, que el propio Longino había llevado a Hispania desde Italia en agosto (= julio) del 49, más una legión indígena que junto con la II se habían constituido a partir de las tropas que habían estado al mando de Varrón, el legado pompeyano en la Hispania Ulterior.

[120] Nos encontramos en la primavera del año 48.

[121] Este rey de Numidia (cf. *BC* I, nota 32) ya había colaborado con Pompeyo en la batalla de Bagrada (agosto del 49); cf. *BC* II 39-42.

miento de trigo y que aparejen cien naves, y que fijen y recauden los impuestos, para evitar las demoras a su regreso; sin embargo, su vuelta fue más rápida de lo que todos espe-
4 raban, pues Casio no ahorraba esfuerzos ni desvelos, especialmente cuando apetecía alguna cosa.

52 Concentrado el ejército en un solo lugar y establecido su campamento junto a Córdoba, expone a los soldados reunidos en asamblea la misión que debía llevar a cabo por orden de César y les promete que una vez pasados a Mauritania entregará cien sestercios a cada soldado; la quinta legión se
2 quedará en Hispania. Tras la asamblea vuelve a Córdoba y ese mismo día, por la tarde, mientras se dirigía a la basílica, un tal Minucio Silón, cliente de Lucio Racilio, le entrega un escrito, como haciéndole llegar en cuanto que soldado alguna petición e, inmediatamente, so pretexto de esperar la respuesta, se escurrió raudo por detrás de Racilio con el consentimiento de éste (pues Racilio le cubría el costado a Casio) y, sujetando al pretor por detrás con la mano izquier-
3 da, con la derecha le asestó dos puñaladas. En medio del griterío que se levantó, se produjo la acometida de todos los conjurados. Munacio Flaco atraviesa con su espada al lictor más cercano; muerto éste, hiere al legado Quinto Casio[122].
4 Entonces Tito Vasio y Lucio Mercelón secundan con parecida audacia a su conciudadano Flaco: pues todos eran de Itálica[123]. Lucio Licinio Esquilo acude raudo hacia el propio Longino, que ya se encontraba tendido en el suelo, y lo hiere levemente.

53 Acude gente en socorro de Casio, pues desde siempre se había acostumbrado a llevar consigo una guardia de bero-

[122] El legado Quinto Casio no debe confundirse con el gobernador Quinto Casio Longino.

[123] Cf. *BC* II, nota 39.

nes[124] y un importante contingente de veteranos reengan-
chados con el armamento correspondiente. Éstos cierran el 2
paso a los que venían detrás para participar en la masacre;
se encontraban entre ellos Calpurnio Salviano y Manilio
Túsculo. Minucio, al huir, es abatido en medio de unas ro- 3
cas que se encontraban en su camino y conducido a presen-
cia de Casio, quien ya había sido llevado a su propia casa.
Racilio se refugia en el domicilio cercano de un familiar su-
yo a la espera de conocer con seguridad si Casio había
muerto. Lucio Laterense, que no dudaba en absoluto de que 4
así había sido, acude alegre al campamento y felicita a los
soldados indígenas y a los de la segunda legión, pues sabía
que tenían una especial animadversión contra Casio; la mul-
titud lo hace subir al tribunal y lo aclama como pretor. Pues 5
no había nadie, ni entre los nacidos en la provincia, caso de
los soldados de la legión indígena, ni entre los que se habían
convertido en provincianos por su larga permanencia en
ella, caso de los integrantes de la segunda legión, que no es-
tuviese de acuerdo con toda la provincia en su odio contra
Casio; puesto que César le había asignado a Longino las le-
giones XXX y XXI, reclutadas hacía pocos meses en Italia;
y la quinta legión se había formado allí hacía poco[125].

Entretanto se le hace saber a Laterense que Casio vive; 54
más enrabietado que turbado por esta noticia, se rehace rá-
pidamente y se va a ver a Casio. Enterada de los aconteci- 2

[124] Pueblo céltico procedente del norte de Numancia, en la actual provincia de Soria.

[125] Parece que en las dos últimas frases el autor pierde el hilo del relato, pues se olvida de que está explicando el porqué del diferente grado de adhesión de las legiones a Longino, de manera que al llegar a las dos legiones itálicas omite señalar que su procedencia itálica justifica su mayor grado de adhesión; así el relato en este punto se convierte en una relación sobre el lugar y el tiempo de recluta de las legiones XXX, XXI y V.

mientos, la XXX legión se pone en marcha en dirección a Córdoba para auxiliar a su general. Lo mismo hace la XXI.
3 A éstas las sigue la quinta. Al quedar solamente dos legiones en el campamento, los de la segunda, temerosos de quedarse solos y de exteriorizar así sus sentimientos, siguieron los pasos de las otras. Solamente la legión indígena permaneció firme en su decisión y ningún temor pudo apartarla de esta resolución.

55 Casio hace arrestar a los señalados como cómplices del atentado; envía de regreso las legiones al campamento, no
2 sin retener consigo a cinco cohortes de la XXX legión. Por la delación de Minucio se entera de que habían participado en la conjura Lucio Racilio, Lucio Laterense y Anio Escápula; éste era un personaje de la provincia que pertenecía a su círculo de confianza, lo mismo que Laterense y Racilio, y que, además, gozaba de la máxima consideración y prestigio; mas no le duró mucho su aversión a hacerlos ejecutar.
3 Entrega a Minucio a sus libertos para que lo torturen y lo mismo hace con Calpurnio Salviano, quien denuncia a otros y aumenta el número de los conjurados; confesión sincera, según piensan algunos, o extraída por la fuerza, según de-
4 ploran otros. Iguales torturas sufre Lucio Mercelón. Esquilo delata a muchos; a éstos Casio ordena darles muerte, excep-
5 ción hecha de los que se redimieron con dinero. En efecto, se llega públicamente a un acuerdo con Calpurnio por sesenta mil sestercios y con Esquilo, por cincuenta mil[126]. El

---

[126] Estas cantidades son puramente conjeturales, pues los manuscritos dan como lectura *HS X* o *sestertiis X*. La base de la conjetura es el texto de VALERIO MÁXIMO, IX 4, 2: [*Q. Casius*] *qui in Hispania Silium et Calpurnium, occidendi sui gratia cum pugnibus deprehensos, quinquagies sestertium ab illo, ab hoc sexagies pactus dimisit*. Es decir, se toman de Valerio Máximo los multiplicadores (60 y 50) y se reduce el multiplicando de 100.000 a 1.000, cantidad esta última que puede representarse por un trazo

hecho de que éstos, aun siendo los máximos culpables, sólo fueran castigados con una multa, y el de supeditar al dinero el peligro en que había estado su vida y el dolor de las heridas ponían de manifiesto que su crueldad y su avaricia chocaban entre sí[127].

Algunos días después recibe una misiva de César, a tra- 56
vés de la cual se entera de que Pompeyo, vencido en la bata-
lla y perdido su ejército, había huido. Esta noticia le causó 2
un sentimiento encontrado de satisfacción y de tristeza. El
anuncio de la victoria le causaba alegría, el final de la guerra
le limitaba la permisividad de épocas anteriores. Así, se de-
batía en la duda de si era preferible no temer nada o permi-
tírselo todo. Una vez curado de sus heridas, hizo llamar a 3
todos los que le habían adelantado dinero y les ordena ano-
tar que las cantidades han sido reembolsadas; y a los que le
parece que les ha impuesto una cantidad poco gravosa les
ordena ampliar la aportación. Por otro lado, realiza una leva 4
de caballeros romanos; a éstos, alistados en todas las pobla-
ciones y colonias, temerosos de servir en ultramar, los inci-
taba a redimirse de sus obligaciones a cambio de dinero. La
recaudación fue grande, pero, con todo, era aún mayor el
odio que suscitó. Liquidados estos asuntos, pasa revista a 5
todo su ejército; envía al lugar de embarque[128] a las legiones
que iba a llevarse consigo[129] y a las tropas auxiliares. Él, por 6

horizontal superpuesto. Con todo, la cifra resultante (60.000 / 50.000) la podemos considerar baja, mientras la transmitida por Valerio Máximo (6.000.000 / 5.000.000) se adecuaría mejor a la avidez de Longino, por más que requiera intervenciones más drásticas en el texto.

[127] De los participantes en la conjura no se tienen más datos que lo que se especifica en estos dos últimos capítulos.

[128] Málaga.

[129] Las tropas expedicionarias estaban integradas por la segunda legión más la legión indígena.

su parte, se acerca a Híspalis[130] para inspeccionar la flota que estaba preparando y allí se demora con motivo de haber publicado un edicto extensible a toda la provincia instando a que se presentaran ante él todos aquéllos a los que había impuesto una asignación pecuniaria y no la habían hecho efectiva. Esta convocatoria perturbó vivamente a todo el mundo.

57 Entretanto, Lucio Ticio[131], quien a la sazón era tribuno militar en la legión indígena, anuncia que esta legión, mientras se encontraba acampada junto a la ciudadela de Ilipa[132], tras amotinarse y matar a algunos centuriones que se negaban a dar la orden de marcha, se ha separado de la legión XXX, que también comandaba el legado Quinto Casio[133], y se ha dirigido al encuentro de la II, que era conducida por
2 otro itinerario hacia el estrecho. Enterado del incidente, Casio sale de noche con cinco cohortes de la XXI legión y por la mañana llega a Neva[134]. Tras quedarse allí todo el día pa-
3 ra ver lo que pasaba, se dirige a Carmona. Habiéndose reunido allí la legión XXX, la XXI, cuatro cohortes de la V y

---

[130] Cf. *BC* II, nota 31.

[131] Es el padre de los dos jóvenes tribunos detenidos y ejecutados por los pompeyanos en Tapso en el curso de la guerra civil (cf. *BAf* 28, 2). En recompensa por los méritos adquiridos, César lo nombró senador en el año 47.

[132] Es la actual Alcalá del Río, a 14 Km de Itálica remontando el curso del Guadalquivir. *Ilipa* es una conjetura debida a Glandorp, ya que los manuscritos dan la lectura *Leptim*, que es el nombre de dos ciudades del norte de África: *Leptis Magna* y *Leptis Minor*.

[133] Aparece nuevamente el legado Quinto Casio, subordinado de Quinto Casio Longino, con quien no debe confundirse. En la obra siempre se le cita como «el legado Quinto Casio», para distinguirlo de su superior.

[134] La actual Villaverde, en la orilla derecha del Guadalquivir, a unos 27 Km de Híspalis. También se ha indentificado con la cercana población de Cantillana.

toda la caballería, se entera de que cuatro cohortes[135] sor-
prendidas por los soldados indígenas junto a Obúcula[136] se
han dirigido con éstos al encuentro de la II legión, y que allí
se habían unido todos y habían elegido a Tito Torio[137], ciu-
dadano de Itálica, como comandante. Tras celebrar un rápi- 4
do consejo, envía al cuestor Marco Marcelo[138] a Córdoba
para retenerla bajo su jurisdicción y al legado Quinto Casio
a Hispalis. A los pocos días, le dan parte de que la comuni- 5
dad de Córdoba se había sublevado y de que Marcelo, ya
fuera por propia voluntad o movido por la necesidad (pues
recibía noticias de índole diversa a este respecto), se había
puesto de acuerdo con los cordobeses; las dos cohortes de la
V legión, que estaban de guarnición en Córdoba, habían he-
cho lo mismo. Casio, incitado por estos acontecimientos, le- 6
vanta el campamento y al día siguiente se presenta ante Se-
govia[139], plaza situada a la vera del río Síngilis[140]. Allí
arenga a las tropas y tantea el ánimo de los soldados; se
apercibe de que la tropa le es muy fiel, pero no por él mis-
mo, sino por César, que estaba ausente, y de que no rehuirá
ningún peligro con tal de restituirle la provincia a César.

---

[135] No se especifica a qué legión pertenecen estas cuatro cohortes. Sin embargo, dado que en la frase anterior se habla de cuatro cohortes de la V legión y considerando que ésta debía quedar de guarnición en Hispania (cf. 52, 2), no es demasiado aventurado pensar que pertenecerían precisamente a esta V legión.

[136] La actual Monclova, entre Carmona y Écija.

[137] Personaje que con anterioridad, en el año 48, había estado a las órdenes de Varrón, legado de Pompeyo en la Hispania Ulterior y que, por tanto, procedía del campo pompeyano, antes de quedar a las órdenes del cuestor Marco Marcelo.

[138] De este personaje no sabemos más que lo que aquí se indica.

[139] Localidad no identificada, situada a la vera del Genil, entre Écija y Palma del Río.

[140] El Genil.

58 Mientras tanto, Torio conduce las legiones de veteranos[141] a Córdoba y, para que no pareciera que la revuelta se había iniciado por la naturaleza sediciosa de sus soldados y de él mismo, y para oponerle, a la vez, una dignidad de idéntica categoría a Quinto Casio, quien, gracias al nombre de César parecía disponer de mayor fuerza, andaba diciendo en público que quería recuperar la provincia para la causa de
2 Gneo Pompeyo. Y quizá también hiciera esto por odio a César y por apego a Pompeyo, cuyo nombre gozaba de gran predicamento entre estas legiones que había comandado Marco Varrón. Pero todo el mundo hacía conjeturas sobre su verdadera intención. Lo único cierto era lo que el propio
3 Torio pretextaba; y los soldados lo difundían hasta tal punto que llevaban escrito en sus escudos el nombre de Gneo
4 Pompeyo. Una numerosa representación ciudadana, constituida no sólo por hombres, sino también por madres de familia y niños vestidos con la toga pretexta[142], sale al encuentro de las legiones y les ruega que no arrasen Córdoba presentándose como enemigos, pues ellos tenían los mismos sentimientos que todo el mundo contra Casio, pero, en cambio, pedían que no se les forzara a tomar partido en contra de César.

59 El ejército, conmovido por las súplicas y las lágrimas de tan gran muchedumbre, viendo que para perseguir a Casio no había ninguna necesidad de apelar al nombre de Pompeyo ni a su recuerdo, que todos, tanto cesarianos como pom-

[141] La II legión, la legión indígena, las cuatro cohortes de la V legión procedentes de Obúcula (véase nota 136) y las dos cohortes, también de la V legión que estaban de guarnición en Córdoba.

[142] Eran, por tanto, niños no llegados a la mayoría de edad (la mayoría de edad se alcanzaba en torno a los 17 años), momento en que dejaban de usar esta prenda. La toga pretexta llevaba una banda de color púrpura y era símbolo de los senadores y de los adolescentes.

peyanos, odiaban a Longino, y que ellos no podían arrastrar a la comunidad de Córdoba ni a Marco Marcelo contra la causa de César, quitaron el nombre de Pompeyo de sus escudos, tomaron como comandante a Marcelo, que se declaraba dispuesto a defender la causa de César, lo nombraron pretor, se unieron a la comunidad de Córdoba e instalaron
su campamento junto a la ciudad[143]. Dos días después, Casio 2
instala su campamento a unos cuatro mil pasos[144] de Córdoba en el lado de acá del río Betis[145], en un emplazamiento elevado que estaba a la vista de la ciudad; le envía un mensaje al rey Bógudo de Mauritania[146] y otro al procónsul de la Hispania Citerior, Marco Lépido[147], para que, en interés de César, acudan lo más rápidamente posible en ayuda de él y de la provincia. Él, por su parte, comportándose como un enemigo, se dedica a devastar los campos de los cordobeses y a incendiar sus edificios.

Visto lo infame e indigno de tal actitud, las legiones que 60
habían tomado como comandante a Marcelo se presentaron ante éste; le ruegan que los forme en línea de combate y que les dé la ocasión de luchar antes de que, de una forma tan ultrajante y en su presencia, las magníficas y valiosísimas posesiones de los cordobeses perezcan por la rapiña, el hie-

---

[143] En este cambio de actitud de los soldados con respecto a César pudo influir la noticia de la derrota de Pompeyo en Farsalia.

[144] Unos seis Km.

[145] Considerando que Córdoba se encontraba a la derecha del río Guadalquivir y que Longino procedía de Segovia, localidad situada a la izquierda de dicho río, el punto de anclaje de esta referencia tiene que ser la posición del propio Longino.

[146] El reino de Mauritania, formado por la parte norte de Marruecos y Argelia, no pasará a ser provincia romana hasta el año 40 d. C.

[147] Marco Emilio Lépido, el gobernador de la Hispania Citerior, compartió con César el consulado del año 46 y constituyó junto con Octavio y Marco Antonio el segundo triunvirato.

2 rro y las llamas. Marcelo, aun considerando que sería una gran desgracia entablar combate, puesto que las pérdidas tanto del vencedor como del vencido redundarían por igual en perjuicio de César, y que no estaba bajo su potestad ***[148], hace cruzar las legiones al otro lado del Betis y las
3 coloca en orden de combate. Pero al ver que Casio, por su parte, había establecido su formación delante del campamento en un lugar más elevado, alegando que éste no descendería hasta la llanura, Marcelo convence a sus soldados para que se retiren al campamento. Así pues, empieza a re-
4 plegar las tropas. Casio, sabedor de que su punto fuerte se correspondía con el punto débil de Marcelo, atacó con su caballería[149] el repliegue de los legionarios y logró dar muerte a
5 muchos de la retaguardia en la ribera del río. Habiendo comprendido Marcelo, de resultas de este revés, los inconvenientes y las dificultades que comportaba el cruce del río, traslada el campamento al otro lado del Betis[150]; con cierta frecuencia uno y otro disponen sus legiones en línea de combate. Sin embargo, no se entabla la batalla debido a las dificultades que presenta el terreno.

61 Marcelo tenía una infantería mucho más fiable, pues contaba con legiones veteranas, experimentadas en muchos combates. Casio confiaba más en la lealtad que en el valor
2 de sus legiones. Así pues, una vez que estuvieron montados los dos campamentos frente a frente y habiendo tomado Marcelo un lugar adecuado para establecer un fortín que le permitiese impedir el aprovisionamiento de agua a los hombres de Casio Longino, éste, temeroso de verse encerrado en una especie de asedio en una región enemiga y hostil, sale

[148] El texto presenta aquí una breve laguna.

[149] Longino disponía de un contingente de 3.000 jinetes, en tanto que Marcelo carecía de fuerzas de caballería.

[150] Es decir, lo sitúa en la misma orilla en la que lo tenía Longino.

de noche y en silencio del campamento, y en una rápida
marcha se dirige a Ulia[151], porque creía que esta plaza le era
fiel. Allí sitúa el campamento tan pegado a las murallas que 3
la naturaleza del terreno (pues Ulia está situada en lo alto de
un monte) y la propia fortificación de la ciudad lo ponían a
salvo de un ataque por todos los lados. Marcelo lo persigue 4
e instala su campamento frente al otro, lo más cerca posible
de Ulia; y, una vez examinada la naturaleza del terreno, la
necesidad le obligó a hacer aquello que más firmemente que-
ría: no entablar combate (de haber existido la posibilidad, no
hubiese podido hacer frente al ardor de sus soldados) ni
permitir que Casio deambulara de aquí para allá por una
amplia zona de terreno, de forma que no hubiera más ciu-
dades que tuvieran que soportar lo que habían soportado
los cordobeses. Establecidos, pues, fortines en los emplaza- 5
mientos apropiados y trazada una línea continua de fortifi-
cación en todo el perímetro de la ciudad, encerró la ciudad
de Ulia y a Casio dentro de esta línea de asedio. Pero, antes 6
de que la obra estuviera acabada, Longino hizo salir a toda
su caballería, pues creía que le prestaría un gran servicio si
impedía a Marcelo forrajear y aprovisionarse de trigo, y
que, en cambio, constituiría un gran estorbo si se quedaba
asediada e inutilizada, pues consumiría el trigo que él nece-
sitaba.

A los pocos días, el rey Bógudo, en respuesta al mensaje 62
recibido de Quinto Casio, llega con sus tropas: había engro-
sado la legión que traía consigo con muchas cohortes de
auxiliares hispanos. Pues como suele suceder en las con- 2
tiendas civiles, así también en los avatares por los que pa-
saba Hispania, algunas ciudades apoyaban a Casio y otras
muchas favorecían a Marcelo. Bógudo se aproxima con sus 3

[151] La actual Montemayor

tropas a la línea de fortificación exterior de Marcelo. Los dos bandos pelean con ferocidad y la acción se repite en numerosas ocasiones, en tanto que la victoria, por las alternativas de la fortuna, cambiaba a menudo de bando; y sin embargo, en ningún momento Marcelo fue obligado a abandonar la línea de defensa.

63 Mientras tanto, Lépido llega desde la provincia citerior a Ulia con treinta y cinco cohortes legionarias y un gran contingente de caballería y de tropas auxiliares con la intención de, sin tomar partido, hacer de mediador en las disputas en-
2 tre Casio y Marcelo. A su llegada, Marcelo, sin dudarlo un instante, se le confía y se pone a su disposición; en cambio, Casio se mantiene dentro de sus posiciones, ya fuera porque consideraba que tenía mayor rango que Marcelo, ya fuera porque temía que Marcelo con su obsequiosidad se hubiese
3 ganado por adelantado la voluntad de Lépido. Éste instala su campamento junto a Ulia y pegado al de Marcelo; prohíbe que se entable batalla; invita a Casio a salir y le ofrece ga-
4 rantías en todos los aspectos. Casio, tras dudar largo tiempo sobre lo que tenía que hacer o hasta qué punto podía confiar en Lépido, y no encontrando salida alguna si se mantenía en su postura, pide la destrucción de las fortificaciones y que se
5 le permita salir libremente. Y cuando no sólo se había pactado una tregua, sino que, además, se estaban demoliendo las obras de fortificación que estaban a punto de acabarse y se había retirado la vigilancia de las fortificaciones, las tropas auxiliares del rey, para sorpresa de todos (si es que Casio puede incluirse, pues se duda de su connivencia), lanzaron un ataque contra el fortín de Marcelo, que era el más próximo al campamento del rey, y abatieron allí a un gran
6 número de soldados. Y si la indignada intervención de Lépido no hubiese puesto fin rápidamente al combate, se hubiese producido una catástrofe mayor.

Al tener Casio vía libre, Marcelo une su campamento 64
con el de Lépido. Al mismo tiempo que Lépido y Marcelo se dirigen con sus tropas a Córdoba, Casio se dirige a Carmona. Aproximadamente por los mismos días llega Trebo- 2
nio para hacerse cargo de la provincia en calidad de procónsul[152]. Cuando Casio de enteró de su llegada, distribuyó las legiones que había tenido consigo y la caballería por los campamentos de invierno; él mismo, tomadas a toda prisa todas sus pertenencias, se dirige a Málaga y allí, pese a la adversidad del tiempo[153], embarca en una nave, según decía él, para no tener que entregarse a Lépido, a Trebonio o a Marcelo, o bien, según decían sus amigos, para no tener que atravesar de forma menos digna la provincia que en su mayor parte se le había vuelto en contra, o bien, como pensaba el resto, para que las riquezas acumuladas en tantos actos de rapiña no cayeran en poder de nadie más. Habiendo, pues, 3
partido con tiempo favorable, aunque era invierno, se refugió en el río Ebro para evitar los peligros de la noche; pensando que desde allí podría navegar sin mayor peligro, pese a que el tiempo había empeorado un poco, reemprendió la navegación; pero se encontró con que en el propio cauce del río las olas le atacaban de proa y, en la misma desembocadura, al no poder virar la nave a causa de la corriente del río ni mantener el rumbo recto en medio de tanto oleaje, la nave zozobró y él encontró la muerte.

---

[152] Gayo Trebonio fue tribuno de la plebe en el 55, legado en la Galia del 55 al 50 y en el 49 dirigió el asedio de Marsella. Tras ejercer como pretor en el 48, en el 47 fue enviado a Hispania como procónsul. Fue *consul suffectus* (sustituto) en el 45 y al año siguiente tomó parte en el asesinato de César.

[153] El tiempo propio de los meses de diciembre y enero.

65 César, habiendo llegado a Siria desde Egipto y sabedor
por los que habían acudido desde Roma a su encuentro[154] y
por las cartas que le llegaban de la ciudad de que en Roma la
administración funcionaba mal y de forma gravosa y de que
no había sector alguno del estado que funcionara de manera
adecuada, puesto que de las disputas de los tribunos surgían
sediciones perniciosas y de la codicia e inactividad de los
tribunos militares y de los comandantes de las legiones se
originaban muchos comportamientos contrarios a los hábi-
tos y costumbres del ejército, lo cual era causa del relaja-
miento de la disciplina y de la severidad, y viendo, pues,
que estos hechos exigían su regreso, con todo, consideró
preferible dejar organizadas las regiones y provincias a las
que había acudido de forma que quedasen a salvo de las
disputas internas, se dotasen de tribunales y leyes, y perdie-
2 ran el miedo a los enemigos exteriores. Esperaba poder so-
lucionar rápidamente estos asuntos en Siria, Cilicia y Asia,
por ser provincias que no estaban presionadas por ninguna
guerra; en Bitinia y el Ponto veía que le costaría un esfuerzo
3 algo mayor[155], puesto que oía decir que Fárnaces no se había
retirado del Ponto y pensaba que no lo haría, al estar lleno
de arrogancia por el resultado favorable del combate que
4 había librado contra Domicio Calvino. Deteniéndose en casi
todas las ciudades más importantes, distribuye recompensas
personales y colectivas a los que se las han merecido, se in-

[154] Cicerón (*Ático* XI 20) dice que entre estos mensajeros se encontraba Hircio. De ser Hircio el autor del *Bellum Alexandrinum* resultaría extraño que no hiciera mención de ello tal como hace en algunos episodios semejantes del libro VIII del *BG*.

[155] Todas estas provincias eran de constitución relativamente reciente: Siria se constituyó en provincia en el año 64 a. C.; Asia, la más antigua, lo fue en el 133; Cilicia, en 102; y Bitinia lo había sido en el 74; ésta se amplió en el 64 con una parte del Ponto, antes de que esta región se convirtiera ella misma en provincia en el 62.

teresa por las viejas disputas y las resuelve; acoge bajo su protección a los reyes, tiranos y dinastas vecinos de la provincia que habían acudido a su encuentro y, tras imponerles la condición de vigilar y proteger la provincia, los despide, habiéndose ganado su amistad para él y para el pueblo romano.

Tras dedicarle unos pocos días a esta provincia, pone al 66
frente de las legiones y de Siria a su amigo y pariente Sexto César[156]; él, con la misma escuadra con la que había llegado, se dirige a Cilicia. Convoca en Tarso a los representantes de 2
todas las ciudades de esta provincia, por ser Tarso seguramente la ciudad más distinguida y más fuerte de toda Cilicia. Una vez resueltos allí todos los contenciosos de la pro- 3
vincia y de las ciudades vecinas, movido por su deseo de entrar en acción, no se demora más tiempo y, tras atravesar Capadocia a marchas forzadas, se queda dos días en Mázaca y de allí se dirige a Comana[157] para visitar el templo de Belona, el más antiguo y sagrado de Capadocia; el templo es objeto de tanta veneración que el sacerdote de esta diosa, dada su dignidad, autoridad y poder, es considerado de común acuerdo por el pueblo como el segundo en la jerarquía

---

[156] Sexto Julio César era nieto de un tío de Julio César que llevaba el mismo nombre. Anteriormente había servido a las órdenes de César en Hispania. Murió asesinado en el año 46 por instigación del pompeyano Quinto Cecilio Baso.

[157] El texto presenta aquí una laguna que hemos suplido siguiendo, en parte, a J. Andrieu. En este caso, Comana tiene que ser la ciudad de Capadocia, a diferencia de la Comana que se cita en 34, 5 y 35, 3. Con todo, aparece una cierta incoherencia en el relato, pues la Comana de Capadocia se encuentra a unos 100 Km al sudeste de Mázaca, de forma que César tendría que haber retrocedido para ir allá. Por otro lado, la identificación no deja lugar a dudas, si consideramos que ESTRABÓN (XII 2, 3) hace referencia al prestigio de que gozaba el sacerdote de este templo de Capadocia.

4 después del rey. Este cargo lo concedió a un personaje muy
noble, Licomedes de Bitinia, quien, nacido de la familia real
de Capadocia, a causa de los reveses de fortuna de sus ante-
pasados y de un cambio de dinastía, reclamaba este sacerdo-
cio, amparado en unos derechos nada dudosos, aunque in-
5 terrumpidos por la antigüedad[158]. En lo que se refiere a
Ariarates[159], hermano de Ariobarzanes, teniendo los dos her-
manos méritos suficientes para contar con el favor de la re-
pública, para que la herencia del reino no lo soliviantara o
para que, nombrado heredero, no aterrorizara a Ariobarza-
nes ***[160], lo puso bajo la autoridad y a las órdenes de éste.
Él, por su parte, continúa el viaje con la misma rapidez.

67 Cuando César se hubo acercado al Ponto y a las fronte-
ras de Galogrecia, Deyótaro —por entonces tetrarca de casi
toda Galogrecia[161], distinción que los demás tetrarcas afir-
maban que no le había sido concedida conforme a las leyes
ni a la tradición, mientras que, por el contrario, el senado lo

---

[158] Arquelao, el padre de Licomedes, se había fingido hijo de Mitridates el Grande con la finalidad de conseguir el reino de Egipto de manos de Berenice, la hija de Tolomeo XIII Auletes; pero su aventura egipcia duró pocos meses, ya que murió a manos del ejército de Gabinio en el año 55.

[159] Ariarates sucedió como rey de Capadocia a su hermano Ariobarzanes en el año 43. Fue destronado por Marco Antonio en el 34.

[160] La laguna que se encuentra en este punto parece tener una extensión considerable.

[161] Los galogriegos o gálatas eran un pueblo celta originario de los Balcanes que a fines del siglo III a. C. se habían instalado en la parte central de Asia Menor. Estaban divididos en tres tribus: los trocmos al este, los tectósagos en el centro y los tolistóboges al oeste. Cada una de estas tribus estaba dividida en cuatro tetrarquías, comandada cada una por un tetrarca, lo que daba un número de doce tetrarcas. Con el tiempo este número se fue reduciendo hasta llegar a un tetrarca por tribu, si bien se conservó la denominación de tetrarca para los que ejercían el poder. Deyótaro era el tetrarca de los tolistóboges, pero también se había convertido de forma ilegal en tetrarca de los trocmos.

había reconocido sin vacilación como rey de Armenia Menor— se desprende de las insignias reales y, vestido, no ya como un particular, sino como un acusado, se presenta como suplicante ante César para rogarle que le perdone; ya que, situado él en esta parte del mundo que no había participado en la composición de los ejércitos de César, había militado en el campo de Gneo Pompeyo, presionado por las
órdenes del enemigo: que no era su obligación la de erigirse 2
en juez de las disputas entre romanos, sino obedecer simplemente a las autoridades presentes.

César, por su parte, tras recordarle los muchísimos bene- 68
ficios que durante su consulado le había otorgado a Deyótaro mediante decretos oficiales y demostrarle que el alegato de imprevisión en ningún caso podría justificar su defección, puesto que un hombre tan prudente y activo hubiera podido saber quién controlaba Roma e Italia, de qué parte estaban el senado y el pueblo romano, de qué parte estaba el estado, quién, en fin, era el cónsul que había sucedido a Lucio Léntulo y Gayo Marcelo; pero que, con todo, le perdonaba su actuación en atención a los favores anteriores, a la vieja hospitalidad y amistad, a su dignidad y edad, y a la intercesión de los que, huéspedes y amigos de Deyótaro, habían acudido en gran número a suplicarle; en lo referente a la disputa con los tetrarcas, dijo que la consideraría más
adelante, y le devolvió los atributos de la realeza. En otro 2
orden de cosas, le ordenó a Deyótaro que aportara a la guerra la legión que había reclutado entre sus súbditos y que había armado y adiestrado según el modelo romano, junto con toda la caballería.

Tras llegar al Ponto y después de reunir en un mismo 69
lugar todas las tropas, que eran escasas en número y estaban faltas de preparación militar (pues, dejando a parte la legión sexta —que había traído consigo desde Alejandría y que era

una legión veterana puesta a prueba en muchas misiones peligrosas, pero al mismo tiempo tan mermada de efectivos, en parte por la dificultad de las marchas y de las travesías marítimas, y en parte por la abundancia de guerras, que apenas contaba con mil hombres—, las tres legiones restantes eran, una la de Deyótaro[162], las otras dos, las que habían participado en el combate que ya contamos que había librado
2 Gneo Domicio contra Fárnaces)[163], se presentan ante César unos legados enviados por Fárnaces que le piden ante todo que no se presente como enemigo, pues Fárnaces estaba
3 dispuesto a hacer todo lo que se le ordenase. Y ponían especial empeño en recordar que Fárnaces se había negado a prestar ayuda a Pompeyo para luchar contra César, mientras que Deyótaro, que sí lo había hecho, había obtenido su favor.

70 César respondió que se mostraría muy benévolo con Fár-
2 naces si éste cumplía sus promesas. Pero advirtió con afabilidad a los legados, según era su costumbre, que no sacaran a colación a Deyótaro ni alardearan del favor de no haberle
3 enviado ayuda a Pompeyo. Ciertamente él no hacía nada más a gusto que perdonar a los que le suplicaban, pero no podía perdonar las afrentas públicas a las provincias por consideración hacia quienes habían cumplido sus obligacio-
4 nes para con él. Es más, este mismo favor que sacaban a relucir le había sido más útil a Fárnaces, que había procurado así evitar una derrota, que a él mismo, a quien los dioses
5 inmortales le habían otorgado la victoria. En consecuencia,

[162] Esta legión es la que César acababa de exigir a Deyótaro como contribución (Cf. 68, 2); cabe suponer que en parte sería el fruto de la reorganización de los restos de las dos legiones que Deyótaro había cedido a Domicio (cf. 34, 4) y que fueron prácticamente destruidas en el combate contra Fárnaces (cf. 40).

[163] Se trata de la legión XXXVI (la que mejor parada salió del envite) y de la legión Póntica, que mientras tanto debía de haber sido rehecha.

que le perdonaba a Fárnaces las grandes y graves afrentas infligidas a los ciudadanos romanos que comerciaban en el Ponto, puesto que no estaba en sus manos restituir la situa-
ción a su estado anterior; pues ni podía devolverles la vida a 6
los muertos ni la virilidad a los mutilados; y este suplicio peor que la muerte lo habían sufrido los ciudadanos roma-
nos. Ahora bien, que abandonara el Ponto inmediatamente, 7
pusiera en libertad a los esclavos de los publicanos y devolviera a los aliados y a los ciudadanos romanos los bienes
que tuviera en su poder. Y que, sólo una vez hecho todo es- 8
to, le enviara los obsequios y regalos que los generales acostumbran a recibir de sus amigos después de la victoria. Fárnaces, efectivamente, le había enviado una corona de oro. Tras darles esta respuesta, despide a los emisarios.

Pero Fárnaces, después de asentir ampliamente a todo, 71
esperando que César, agobiado por las urgencias y las prisas, confiaría de buen grado en sus promesas más de lo que la situación le permitía, a fin de poder dedicarse más rápidamente y más honrosamente a asuntos más urgentes (pues nadie desconocía que eran muchos los asuntos que reclamaban a César en Roma), empieza a actuar con parsimonia, a diferir el plazo de su retirada, a proponer pactos, en suma,
a engañar. César, al darse cuenta de la astucia del personaje, 2
hizo, movido por la necesidad, lo que en otras ocasiones había acostumbrado a hacer por temperamento natural, entablar combate antes de lo que todos esperaban.

Zela es una fortaleza emplazada en el Ponto, bastante 72
bien defendida por sí misma, dada su situación en medio de una llanura: pues un cerro natural que parece construido a mano y que en todo su perímetro se eleva a una altura con-
siderable sirve de apoyo a la muralla. Rodeando esta forta- 2
leza, hay altas y numerosas colinas separadas por valles; la más elevada de ellas, a causa de la victoria de Mitridates, el

infortunio de Triario y la debacle de nuestro ejército[164] (de hecho se encuentra casi unida a la fortaleza a través de un camino que sigue la línea de las cumbres)[165], goza de gran fama en aquellos lugares y no dista de Zela mucho más de
3 tres mil pasos[166]. Éste es el lugar que Fárnaces, una vez rehechas las antiguas fortificaciones del venturoso campamento de su padre, ocupó con todas sus tropas.

73 César, habiendo emplazado su campamento a cinco mil pasos[167] del enemigo y viendo que los valles que servían de protección al campamento del rey podrían servirle de protección al suyo si lo situaba a la misma distancia, siempre que los enemigos no hubiesen ocupado antes estos lugares, que eran mucho más cercanos al campamento real, ordena hacer acopio de materiales de fortificación dentro de su lí-
2 nea de defensa. Juntado rápidamente este material, a la noche siguiente, en el curso de la cuarta vigilia[168], con todas sus legiones armadas a la ligera y dejando los bagajes en el campamento, al clarear el día y sin que el enemigo se lo esperara, se apoderó del mismo lugar en el que Mitridates
3 había librado con éxito su batalla contra Triario. Ordenó que los esclavos reuniesen fuera del campamento todo el material de fortificación acopiado de manera que ningún soldado tuviese que alejarse de la obra, puesto que sólo un valle escarpado que no alcanzaba más allá de mil pasos[169] separaba

164 Gayo Valerio Triario, lugarteniente de Lucio Licinio Luculo, fue derrotado por Mitridates en Zela en el año 67.

165 El texto se encuentra deturpado, pero el significado no parece dudoso.

166 Unos 4,5 Km.

167 Unos 7,5 Km.

168 Entre las dos y las cinco de la madrugada.

169 1,5 Km, aproximadamente.

el campamento enemigo de los trabajos de castrametación iniciados por César.

Fárnaces, habiéndose percatado de la operación con las 74
primeras luces del día, desplegó todas sus tropas delante del campamento. César creía que este despliegue de tropas, dada la desfavorable naturaleza del terreno que mediaba entre ellos, respondía a una difundida práctica militar tendente a retrasar su trabajo, ya que obligaba a tener más hombres sobre las armas o a hacer ostentación de la confianza del rey, mostrando que Fárnaces no confiaba más en las fortificaciones que en la tropa para defender la posición. Así que César 2
no desistió de su plan de mantener la primera línea apostada delante del campamento, mientras que el resto de las tropas trabajaba en la obra. Pero Fárnaces, bien fuera movido por 3
la buena suerte que estaba ligada a este lugar, bien fuera inducido por los auspicios y presagios, a los que oímos decir después que se había sometido, bien fuera por entender que eran muy escasas las tropas que teníamos sobre las armas, al haber creído que aquella enorme multitud de esclavos que acarreaban los materiales de fortificación, por su dedicación diaria a los trabajos militares, eran parte integrante del ejército, bien fuera por su confianza en un ejército experimentado, del que los emisarios se jactaban al decir que había participado y vencido en veintidós combates, junto con el desprecio que sentía por nuestro ejército, consciente de haberlo derrotado cuando lo comandaba Domicio, tomada la decisión de luchar, empieza a descender por el escarpado valle. Durante cierto tiempo César se burlaba de aquella va- 4
na demostración y del amontonamiento de tropas en un lugar en el que ningún enemigo en su sano juicio se atrevería a aventurarse; pero, entretanto, Fárnaces, al mismo paso que había llevado para descender al escarpado valle, empieza a

subir la empinada colina de enfrente, manteniendo las tropas en formación de combate.

75 César, alarmado por la increíble temeridad o confianza de Fárnaces, viéndose inopinadamente no sólo sorprendido, sino también acosado, retira al mismo tiempo a los soldados de los trabajos, les ordena tomar las armas, interpone las legiones y forma la línea de combate. La inesperada sucesión
2 de órdenes produjo en los nuestros un gran temor. Todavía no estaban formadas nuestras filas cuando las cuadrigas del rey, armadas con hoces, incrementan el desorden entre nuestros soldados; sin embargo, pronto son reducidas por una
3 lluvia de proyectiles. A las cuadrigas les sigue la línea de frente enemiga, de forma que, al grito de guerra, se traba el combate, contando mucho con la ayuda de la configuración natural del terreno y muchísimo con la benignidad de los dioses inmortales, quienes, si bien intervienen en todos los avatares de la guerra, lo hacen especialmente en éstos en los que no se ha podido establecer ningún plan.

76 En medio de un tremendo y violento combate cuerpo a cuerpo, la victoria empezó a fraguarse en el ala derecha, en la que estaba situada la experimentada sexta legión. Mientras que por este lado los enemigos eran precipitados pendiente abajo, mucho más lentamente, pero contando siempre con la ayuda de los mismos dioses, en el ala izquierda y en el centro de la formación la totalidad de las tropas reales son
2 desbaratadas. Con la misma facilidad con la que habían subido a este escabroso lugar, así con igual rapidez fueron rechazadas gracias a lo escabroso[170] del terreno. Así pues, fueron muchos los soldados que encontraron la muerte, también muchos los aplastados por la caída de sus compañeros;

[170] La repetición se encuentra en el original (*iniquum...iniquitate*) en una clara manifestación de las limitaciones estilísticas del autor.

los que podían huir por piernas, lo hacían después de arrojar las armas, de manera que después de cruzar la cañada, al estar desarmados, no podían sacar ningún provecho de su posición más elevada. Por su parte, los nuestros, crecidos con la victoria, no dudaron en subir por un terreno desfavorable y atacar las fortificaciones. Pese a la defensa que hicieron 3
del campamento las cohortes que Fárnaces había dejado para protegerlo, los nuestros se apoderaron rápidamente del campamento enemigo. Muertos o hechos prisioneros la totalidad de sus hombres, Fárnaces emprendió la huida con la compañía de unos pocos jinetes. Y si el asalto del campa- 4
mento no le hubiera dado en su huida mayor libertad de movimiento, hubiese caído vivo en manos de César[171].

César, vencedor en tantas batallas, sintió una increíble 77
alegría por esta victoria, al haber resuelto con tanta rapidez una confrontación tan importante; y la alegría fue todavía mayor al recordar el inesperado peligro por el que había pasado, puesto que en dificilísimas circunstancias se había obtenido una fácil victoria. Recuperado el Ponto y distribuido 2
entre sus soldados todo el botín tomado al rey, al día siguiente emprende la marcha con su caballería armada a la ligera; ordena que la legión sexta se encamine a Italia para recibir las recompensas y honores debidos[172], repatría las tropas auxiliares de Deyótaro y en el Ponto deja dos legiones con Celio Viniciano[173].

---

[171] Cuenta SUETONIO (*César* 37, 4) que en la comitiva triunfal de César que resultó de esta campaña figuraba la célebre expresión *ueni, uidi, uici.*

[172] La legión VI había participado antes en la batalla de Alejandría, de forma que era para con la que estaba más obligado (cf. nota 72).

[173] Marco Celio Viniciano, antiguo pompeyano, había sido tribuno de la plebe en el año 53. Las dos legiones destacadas en el Ponto fueron la XXXVI y la Póntica.

78 Así pues, sigue su camino hacia Asia[174] a través de Ga-
logrecia y Bitinia, y toma conocimiento y resuelve las dis-
putas de estas provincias; reparte prerrogativas entre los te-
2 trarcas, los reyes y las ciudades. A Mitridates de Pérgamo,
cuya afortunada y rápida actuación en Egipto hemos narrado
anteriormente[175], personaje nacido de linaje real y que tam-
bién había recibido una formación regia (pues a éste, Mitri-
dates, rey de toda Asia, se lo había llevado de pequeño con-
sigo a su residencia de Pérgamo a causa de su nobleza y lo
había retenido allí muchos años), lo nombró rey del Bósfo-
ro, reino que había estado sometido al poder de Fárnaces, y
de esta manera, con la interposición de un rey de inquebran-
table amistad, protegió las provincias romanas contra reyes
3 bárbaros y enemigos[176]. Le atribuyó también por derecho de
gentes y de nacimiento una tetrarquía de Galogrecia que po-
4 cos años antes había ocupado Deyótaro[177]. Pero no se demo-
ró en ningún lugar más tiempo del que parecía permitirle la
5 situación sediciosa de Roma. Solucionados los problemas de
forma muy favorable y rápida, llegó a Italia antes de lo que
todos esperaban[178].

[174] La provincia de Asia ocupaba la parte más occidental de Asia Menor.

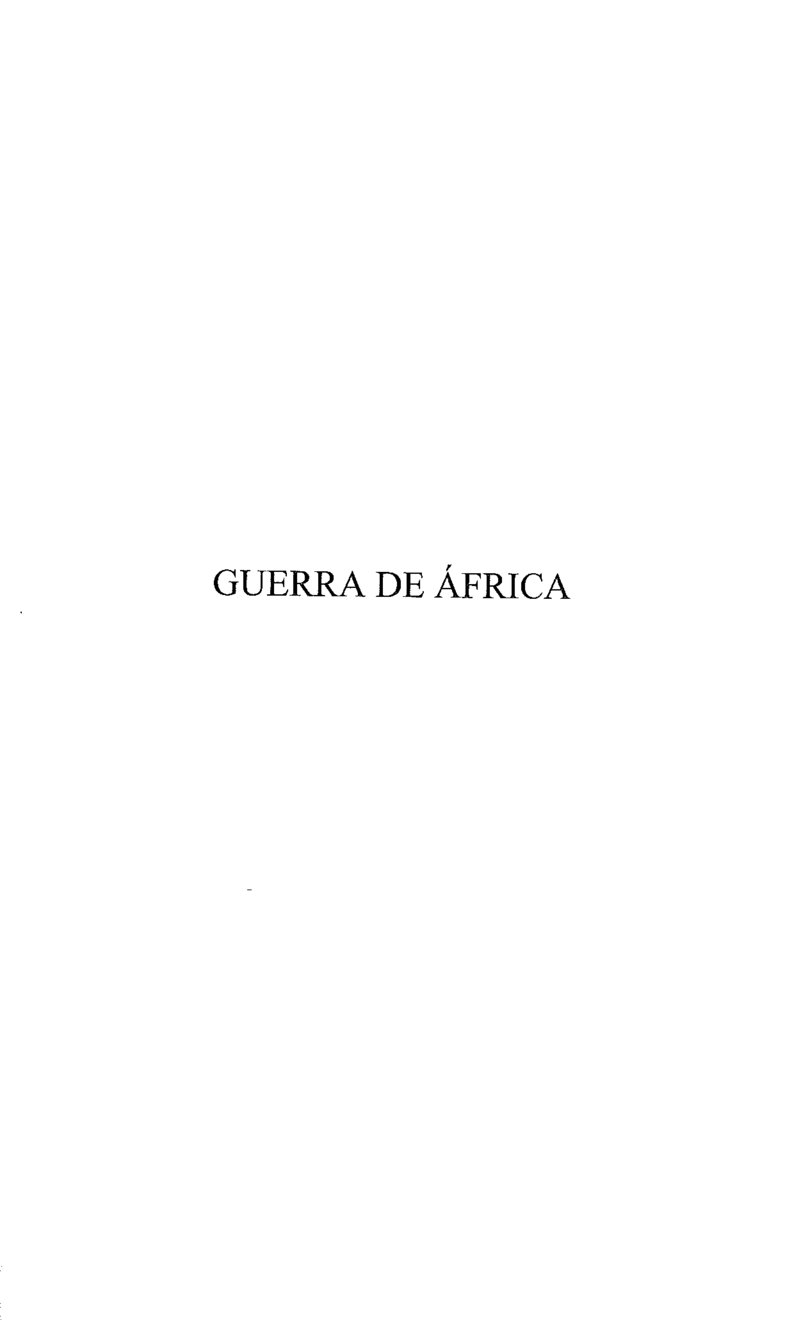
[175] Cf. caps. 26-28.

[176] La realidad de los hechos fue por otro camino: Mitridates de Pérgamo tuvo que pelear por el Bósforo contra Asandro, yerno y asesino de Fárnaces, y en esta lucha encontró la muerte. De esta forma, Asandro pudo continuar reinando hasta el año 16 a. C. (cf. nota 50).

[177] Se trata de la tetrarquía de los trocmos, usurpada recientemente por Deyótaro (cf. cap. 67 y nota 161).

[178] César había partido hacia Asia desde Alejandría el 3 de agosto (= 13 de junio) y parte hacia Grecia, tras resolver los problemas, el 5 de septiembre (= 14 de julio). Sería de aplicación aquí la denominación de campaña relámpago.

ÍNDICE DE NOMBRES



GUERRA DE ÁFRICA

SINOPSIS

Año 46

1-2. César reúne sus tropas en Sicilia y embarca hacia África.

3-5. Desembarco en Hadrumeto de una parte de la flota. Intentos de negociación.

6-9. Hostigado por la caballería númida, marcha hacia Rúspina. Se apodera de Rúspina y Leptis. Llega otra parte de la flota. Pide refuerzos y provisiones a Sicilia. Operaciones de aprovisionamiento.

10-11. Embarca en Rúspina para salir al encuentro del resto de su expedición. Llegada y desembarco de ésta.

12-19. Batalla de Rúspina. Novedosa forma de combatir del enemigo. César logra superar con éxito una situación apurada. Discurso de Labieno.

20-21. César fortifica su posición junto a Rúspina.

22-23. Catón insta a Gneo Pompeyo, hijo, a emular las gestas de su padre. El muchacho, tras fracasar en la toma de Ascuro, recala en las Baleares.

24-25. El ejército de Escipión, Labieno y Petreyo bloquea las posiciones de César. El rey Juba acude en apoyo de aquéllos, pero, al ser invadido su reino por las tropas de Publio Sitio y del rey Boco, tiene que regresar.

26. César pide el inmediato envío del resto de las tropas desde Sicilia.

27. Escipión adiestra a los elefantes para el combate.

28. El gobernador de Tapso, Gayo Vergilio, consigue capturar una nave cesariana.
29-32. Escaramuzas junto a Rúspina y a Leptis. Desafíos continuados de Escipión. Prudencia de César. Deserciones en el campo de Escipión.
33. La ciudad de Acila se pasa al bando de César.
34. La llegada de refuerzos y provisiones mejora la situación de César.
35. Escipión envía a unos getulos como espías al campo de César.
36. Catón realiza levas en Útica. La ciudad de Tisdra se pone a disposición de César. Actuaciones de Publio Sitio en Numidia.
37-40. César cambia el emplazamiento de su campamento y traza una nueva línea de fortificación. Los pompeyanos forman su línea de combate para dificultar la labor. Combate de caballería favorable a César.
41-42. César amenaza la plaza de Uzita y Escipión acude en su defensa.
43. Considio levanta el cerco de Acila.
44-46. Alguna naves cesarianas caen en poder de los pompeyanos. Crueldad de Escipión.
47. Una inusual tormenta causa estragos en el campamento de César.
48. Juba acude a la llamada de Escipión.
49-50. César intenta mejorar sus posiciones. Fracasa una emboscada de Labieno.
51-52. César traza líneas de trincheras entre su campamento y la plaza de Uzita. Fracasa una carga de la caballería y de la infantería ligera pompeyana.
53-54. Arribada de un nuevo convoy de tropas. César impone medidas disciplinarias.
55. El rey Juba tiene que retirar parte de su ejército para hacer frente a la revuelta de los getulos.
56-57. César continúa la fortificación en torno a Uzita. Deserción de los getulos. Confraternización de los dos ejércitos: Escipión y Juba la prohíben.

58-61. Los dos ejércitos se alinean para el combate. Disposición de los efectivos. Combates de caballería con resultado dispar. Prosiguen las labores de fortificación en los dos bandos.
62-64. Varo, comandante de la flota pompeyana de Útica, realiza una incursión contra Leptis. Reacción de César.
65-66. César desbarata un intento de emboscada de Labieno.
67-68. Impelido por la falta de provisiones, César traslada su campamento junto a Agar. Toma de Zeta.
69-73. La caballería y la infantería ligera pompeyanas hostigan la marcha de César hacia el campamento. Contramedidas tomadas por éste. César instruye a sus tropas para hacer frente a este tipo de lucha y para enfrentarse a los elefantes.
74. El rey Juba se apodera de Vaga.
75-76. César presenta batalla. El enemigo no responde. César marcha hacia Sarsura hostigado inútilmente por la caballería de Labieno. Toma de Sarsura. Regreso al campamento de Agar.
77. Toma de Tabena. Arriba un nuevo convoy de tropas.
78. Batalla de Tegea.
79-86. César traslada su campamento junto a Tapso. Escipión acude en auxilio de la ciudad. Configuración del terreno. Disposición de las tropas. Batalla de Tapso. Balance de la misma. César marcha hacia Útica.
87-88. Los restos de la caballería pompeyana causan problemas en Útica. Proceder y muerte de Catón.
89. Camino de Útica, César toma Uzita y Hadrumeto.
90. En Útica, impone sanciones a la ciudad.
91-92. Zama le cierra las puertas a Juba y se pasa al bando de César.
93-94. Muerte de Considio. Vergilio entrega la ciudad de Tapso. Muerte de Juba y Petreyo.
95-96. Sitio derrota a Saburra. Captura y muerte de Fausto y Afranio. Muerte de Escipión.
97-98. César concede recompensas e impone sanciones. Regreso a Roma.

César, siguiendo un ritmo normal de marcha, aunque sin descansar ningún día, llega catorce días antes de las calendas de enero[1] a Lilibeo[2] e, inmediatamente, se muestra dispuesto a embarcar, aunque no disponía más que de una legión de reclutas y de apenas seiscientos jinetes[3]. Plantó su tienda junto a la misma línea de la costa, de forma que casi la batía el flujo de las olas. 1
2 Hizo esto con la intención de que nadie contara con la posibilidad de algún retraso y para que todo el mundo estuviera preparado día a día, hora a hora.
3 Y si bien en aquel momento no se daban las circunstancias adecuadas para navegar, no por ello mantenía en las naves dotaciones inferiores de remeros y soldados para no desaprovechar ninguna ocasión que se le presentase para zarpar.
4 Y aunque recibía noticias, especialmente de parte de los habitantes de la provincia, en el sentido de que las tropas de las que disponían sus enemigos estaban integradas por in-

[1] El 17 de diciembre (= 23 de octubre) del año 47.

[2] Actual Marsala, en el extremo occidental de Sicilia.

[3] Como puede verse, el autor del *Bellum Africum* empieza el relato *in medias res*, siguiendo una práctica común en la historiografía; pero se diferencia de otras obras del *corpus* al no incluir referencias a acontecimientos anteriores, como es el caso del *BH* 1, 1: *Pharnace superato, Africa recepta*.

numerables jinetes, cuatro legiones reales[4], un gran contin-
gente de infantería ligera, las diez legiones de Escipión[5],
ciento veinte elefantes y muchas flotillas[6], con todo, esto no
lo apartaba de su resolución y se mantenía firme y confiado.
5 Entretanto, día a día aumentaba el número de naves de gue-
rra y, también, se le unían muchas naves de carga; se le su-
maron asimismo cuatro legiones de reclutas, la quinta le-
gión, formada por veteranos[7], y alrededor de dos mil jinetes.

2 Reunidas seis legiones y dos mil jinetes, a medida que
iban llegando, las legiones eran embarcadas en naves de
guerra, mientras que los jinetes lo eran en las naves de car-
2 ga. Entonces ordenó que la mayor parte de las naves zarpara
antes que él y pusiera rumbo a la isla de Aponiana[8], que dis-
3 ta diez millas de Lilibeo; él, por su parte, se quedó allí unos
pocos días más a fin de poner en venta a beneficio del tesoro
público los bienes de unos pocos ciudadanos[9]; luego impar-

[4] Pertenecientes al ejército de Juba, rey de Numidia, tradicional enemigo de César. Este rey contaba con tropas regulares de infantería y caballería, aparte de otros contingentes irregulares de tropas indígenas.

[5] Quinto Cecilio Metelo Pío (Escipión), hijo de Publio Cornelio Escipión Nasica (pretor en el 93), fue adoptado por Quinto Cecilio Metelo Pío. Era suegro de Pompeyo y fue con éste cónsul en el 52; en enero del 49 defendió ante el senado la proposición de que César licenciara su ejército; en la batalla de Farsalia había comandado el centro de la formación pompeyana.

[6] La flota de los pompeyanos no era numerosa y, en cualquier caso, incapaz de dificultar seriamente el aprovisionamiento de César. Sabemos de la existencia de tres destacamentos navales ubicados en Útica, el más importante, en Tapso y en Hadrumeto. Todas estas localidades y las que se citarán a continuación se encuentran en la costa de Túnez.

[7] Parece que se trata de la legión V Alauda, formada en el año 51 con galos transalpinos que habían recibido la ciudadanía romana (cf. SUETONIO, *César* 24, 2).

[8] Actualmente Favignana, una de las islas Egates.

[9] Puede tratarse de ciudadanos que, en las incursiones realizadas en Sicilia por Catón y Escipión, comandantes de la flota pompeyana de África,

tió instrucciones de todo tipo al pretor Alieno[10], a cuyo cargo estaba el gobierno de Sicilia, y, especialmente, acerca del
pronto embarque del resto de las tropas. Tras dar estas órde- 4
nes, embarcó el sexto día antes de las calendas de enero[11] y,
enseguida, dio alcance al resto de la flota. Así, al impulso de 5
un viento constante y gracias a la rapidez de su navío, al cabo de cuatro días llegó a la vista de África, acompañado de unas pocas naves de guerra, puesto que las de carga, excepto unas pocas, habían sido dispersadas por el viento y en su errático rumbo cada una llegó a puntos diferentes de la cos-
ta. Con su flota pasa por delante de Clúpea[12] y luego de 6
Neápolis[13], dejando tras de sí muchos fortines y plazas fortificadas que no estaban demasiado alejados del mar.

Al llegar a Hadrumeto[14], donde había una guarnición 3
enemiga al mando de Gayo Considio[15], se presentó acompañado de unos tres mil moros Gneo Pisón[16], quien siguiendo la costa había realizado con la caballería el trayecto desde Clúpea hasta Hadrumeto; César, que se había detenido un

---

en busca de naves y de hierro (cf. DIÓN CASIO, XLII 3), hubieran mostrado una clara predisposición a favor de éstos. Esta muestra de disensión podría provenir también de la revuelta de las legiones que había tenido lugar en Mesina en el mes de agosto del 47 (cf. cap. 28).

[10] Aulo Alieno había sido legado de Quinto Cicerón en Asia en el año 60, tribuno de la plebe en el 55 y pretor en el 49. Gobernó como procónsul Sicilia desde el 48 al 46.

[11] El 25 de diciembre (= 31 de octubre) del 47.

[12] Actual Qulaybiah (o Kelibia).

[13] Actual Nabul (o Nabeul).

[14] El 28 de diciembre (= 3 de noviembre) del 47. Hadrumeto es la actual Souza (o Sousse).

[15] Gayo Considio Longo había llegado como representante de Pompeyo en África en el 49 y allí ejercía el cargo de legado propretor.

[16] Gneo Calpurnio Pisón, había sido procuestor de Pompeyo en la Hispania Ulterior en el año 49 y desde allí llegó a África en compañía de Petreyo y Afranio.

tiempo allí, ante el puerto, a la espera de la llegada del resto
de las naves, desembarca el ejército, integrado en aquellos
momentos por tres mil soldados de infantería y ciento cin-
cuenta jinetes, y, tras situar el campamento delante de la
ciudad, se instala allí sin violencia de ningún tipo y prohi-
2 biendo a todos sus hombres el pillaje. Los ocupantes de la
plaza, entretanto, llenan las murallas de hombres armados y
se agrupan en gran cantidad delante de la puerta para defen-
3 derse; su número era equiparable al de dos legiones. César,
a caballo, da la vuelta a la plaza y, una vez observada la na-
4 turaleza del terreno, regresa al campamento. No faltaban
quienes le acusaban de imprudencia por no haber indicado a
los pilotos y capitanes de las naves el sitio aproximado al
que debían dirigirse y por no haberles dado, según había si-
do su práctica tradicional en épocas anteriores, tablillas se-
lladas que, leídas en el momento oportuno, les facilitaran a
5 todos la llegada al lugar prefijado. César en absoluto se
había olvidado de esto, pero sospechaba que no habría nin-
gún puerto de África a donde pudieran llegar las naves con
la seguridad de encontrarlo libre de una guarnición enemiga;
por eso, fiaba en el azar que se le presentara la ocasión de
desembarcar.

4 Entretanto el legado Lucio Planco[17] le pidió a César que
le autorizara a tratar con Considio, para ver si se le podía
2 hacer entrar en razón de alguna forma. Así pues, obtenido el
permiso, escribe una carta y se la da a un prisionero para
3 que la lleve a la plaza, a manos de Considio. Tan pronto
como el prisionero llegó a su destino e hizo ademán de en-
tregarle la carta a Considio, tal como se le había encargado,
antes de tomarla le preguntó Considio: «¿De quién es esta

[17] Lucio Munacio Planco había sido legado de César en las Galias en el 54 (cf. *BG* II, 3-7) y también había participado en la campaña de Hispania (cf. *BC* I, 40).

carta?». A lo que el prisionero contestó: «Del *imperator* Cé-
sar». Considio replicó entonces: «En estos momentos el 4
único *imperator* del pueblo romano es Escipión». A conti-
nuación, ordena ejecutar, inmediatamente y en su propia
presencia, al prisionero y, sin leer la carta, tal como estaba
sellada, se la entrega a un hombre de confianza para que la
lleve a Escipión.

Después de pasar César una noche y parte del día junto a 5
la fortaleza sin que Considio diera ninguna respuesta y sin
que llegaran en su ayuda el resto de las tropas, puesto que
no andaba sobrado de caballería ni tenía efectivos suficien-
tes para asaltar la ciudad y, encima, éstos estaban formados
por soldados bisoños, no queriendo tampoco a la primera de
cambio causar una grave merma a su ejército y viendo,
además, que la fortificación de la plaza era excepcional, y
que sus accesos hacían difícil el asalto, en tanto que se le
anunciaba que un importante contingente de caballería lle-
gaba en auxilio de los sitiados, no le pareció razonable insis-
tir en el asedio de la fortaleza, no fuera que, estando César
empeñado en dicha operación, la caballería enemiga le cau-
sara problemas rodeándole por la espalda.

Así pues, mientras César se planteaba levantar el cam- 6
pamento, de repente se produjo una salida en masa desde la
fortaleza, en el mismo instante en que por casualidad llega
en ayuda de ésta la caballería enviada por Juba[18] a cobrar el
estipendio; de esta manera ocupan el campamento que César
había abandonado al emprender la marcha y empiezan a
hostilizar su retaguardia. Advertida esta maniobra, los le- 2
gionarios se pararon de golpe y la caballería, aunque escasa
de efectivos, arremetió muy audazmente contra aquel in-

[18] Su adhesión al partido de Pompeyo es lógica si consideramos que, como se dijo en la nota 32 a *BC* I 6, 4, su padre Hiémpsal había obtenido el reino gracias a Pompeyo.

3 menso tropel. Y sucedió algo increíble: menos de trescientos jinetes galos lograron rechazar a dos mil jinetes moros y
4 los obligaron a guarecerse en la fortaleza. Una vez que fueron rechazados y obligados a entrar en las fortificaciones,
5 César reemprendió la marcha según lo planeado. Y, puesto que la maniobra se repetía continuamente, de manera que los enemigos ora nos hostigaban, ora eran perseguidos por nuestra caballería hasta la fortaleza, decidió colocar las pocas cohortes de veteranos que llevaba consigo en la retaguardia con el apoyo de una parte de la caballería y reanudar la marcha pausadamente con el resto de los efectivos.
6 Así, cuanto más se alejaba de la fortaleza, más remisos se
7 mostraban los númidas en hostilizarlo. Entretanto, durante su marcha, desde las plazas y desde los fortines venían delegaciones a prometerle trigo y a decirle que estaban dispuestos cumplir sus órdenes. Así pues, ese día acampó junto a la ciudad de Rúspina[19].

7 En las calendas de enero[20] levantó de allí el campamento y llegó a la plaza fuerte de Leptis[21], ciudad libre y franca. Vienen legados de la ciudad a su encuentro y le prometen
2 hacer de corazón todo lo que él quiera. Así pues, colocados centuriones y guardias junto a las puertas de la plaza, para que ningún soldado entrara en ella ni cometiera ningún abuso contra sus habitantes, emplazó su campamento no lejos
3 de la ciudad, siguiendo la línea de la costa. Allí mismo arribaron por casualidad algunas naves de carga y otras de guerra; a las restantes, según le fue comunicado, se las vio diri-

[19] Este emplazamiento ha sido identificado con el actual Al Munastir (o Monastir), pero también con Henchir Tenir.

[20] El 1 de enero del 46 (= 5 de noviembre del 47).

[21] Se trata de *Leptis Minor;* cf. *BC* II, nota 81.

girse a Útica[22], seguramente a causa de su desconocimiento
de la costa. Entretanto, César no se apartaba del mar ni se 4
dirigía tierra adentro por culpa de las naves extraviadas y
mantenía a toda la caballería embarcada para impedir, en mi
opinión[23], que se devastaran los campos; ordena transportar
agua a las naves. En ésas, repentinamente, unos jinetes mo- 5
ros lanzaron un ataque contra los remeros que habían des-
embarcado para hacer la aguada, sin que los cesarianos se lo
esperaran, e hirieron a muchos con sus venablos y mataron a
algunos. Pues se ponen al acecho escondidos con sus caba- 6
llos entre los barrancos y realizan acometidas de forma in-
opinada, pero sin luchar cuerpo a cuerpo en campo abierto.

César, entretanto, despachó emisarios a Cerdeña y a las 8
restantes provincias vecinas con cartas en las que pedía que
tan pronto como las hubiesen leído le enviaran refuerzos,
avituallamiento y trigo; y, después de haber hecho descargar
una parte de las naves de guerra, envía a Rabirio Póstumo[24]
a Sicilia para que trajera consigo el segundo convoy de tro-
pas. Mientras tanto, ordena a ***[25] que con diez naves de 2
guerra salga en busca del resto de los navios de carga extra-

---

[22] Situada unos 50 Km al noroeste de Cartago, fue la capital de la provincia de África y la principal base marítima de Pompeyo. En la actualidad, debido al avance de la costa, ocupa un promontorio en medio de una amplia llanura pantanosa.

[23] Sorprendente aparición en el curso del relato de la persona del narrador, circunstancia totalmente inusitada en el resto de las obras del corpus. El fenómeno se repite en formas diferentes en 9, 2; 12, 1; 24, 1; 32, 1; 34, 1; 38, 1-2; 41, 3; 48, 2; 51, 6; 55, 1; 59, 1; 74, 1; 80, 3 (dos ejemplos). Véase a este propósito P. Militerni della Morte, *Struttura e stile del Bellum Africum*, Napoli, Loffredo, 1996, págs. 31-32.

[24] Gayo Rabirio Póstumo, hijo póstumo de Gayo Curcio, fue adoptado por su tío Gayo Rabirio. Se dedicó al igual que su tío a la banca: fue banquero de Tolomeo XIII Auletes. Cicerón lo defendió de la acusación de concusión en el *Pro G. Rabirio*.

[25] El texto presenta una laguna.

viados y que al mismo tiempo se ocupe de mantener el mar
3 libre de enemigos. Asimismo, ordena al pretor Gayo Salustio Crispo[26] que se dirija con una parte de la flota a la isla de Cercina[27], que estaba en poder del enemigo, porque oía de-
4 cir que allí había una gran cantidad de trigo. Estas órdenes se las daba a todo el mundo de forma tan tajante e imperativa que, tanto si podían cumplirse como si no, no había lugar
5 para la disculpa ni excusa para el retraso. Él mismo, entretanto, conocidos a través de los desertores y de los habitantes del lugar los acuerdos entre Escipión y quienes con éste peleaban contra él, se compadecía de que la locura de los hombres fuera tan grande —pues Escipión mantenía a la caballería del rey a expensas de la provincia de África—, que prefirieran ser tributarios del rey a tener el pleno disfrute de sus derechos entre sus conciudadanos, en su patria y disponiendo de todos sus bienes.

9 César, cuatro días antes de las nonas de enero[28], levanta el campamento; dejando en Leptis una guarnición de seis cohortes a las órdenes de Saserna[29]; se dirige con el resto de las tropas al mismo sitio de donde había llegado el día anterior, a Rúspina, y, tras dejar allí los bagajes del ejército, marcha con una tropa ligera en busca de trigo por las casas de campo de los alrededores y ordena a los habitantes de la ciudad que le sigan con todos los carros y bestias de carga
2 que haya en la ciudad. Y así, tras hallar una gran cantidad de trigo, regresa a Rúspina. Considero[30] que hizo este acopio

[26] Se trata del famoso historiador. En el año 46 ejercía el cargo de pretor.

[27] Actual Qarqannah (o Kerkenna).

[28] El 2 de enero del 46 (= 6 de noviembre del 47).

[29] No se conoce ninguna otra referencia sobre este personaje, al margen de lo que se dice en el capítulo 57.

[30] Cf. nota 23.

para no dejar vacíos detrás de sí los pueblos de la costa y para consolidarlos con guarniciones de manera que pudieran ser refugios seguros para la flota.

Así pues, tras dejar aquí con una legión a Publio Saser- 10
na[31], hermano del Saserna que había dejado en la cercana
ciudadela de Leptis, ordena transportar a la ciudad toda la
leña posible. Él en persona, con siete cohortes segregadas de
las legiones veteranas que habían prestado servicio en la flo-
ta[32] con Sulpicio[33] y Vatinio[34], sale de Rúspina y se dirige al
puerto que está a dos millas de la ciudad[35], y allí, al atarde-
cer, se embarca con estas tropas. Nadie en el ejército cono- 2
cía los planes del *imperator* y nadie dejaba de interesarse
por ellos, movidos por el miedo y la preocupación. Pues, 3
con unas fuerzas limitadas[36], y aún éstas formadas de reclu-
tas y no desembarcadas al completo, se veían en África en-
frentados a grandes tropas y a la incalculable caballería de
una nación, encima, traidora; y no encontraban ningún con-
suelo inmediato ni ayuda en el consejo de los suyos, a no ser
en el rostro del *imperator*, en su energía y en su admirable
buen humor, dado que César aparentaba una confianza pro-
funda y autosuficiente. Ante él, los hombres se sosegaban y 4

[31] Tampoco disponemos de más información sobre Publio Saserna.

[32] Se trata de los soldados que por causa de alguna enfermedad o dolencia no habían podido seguir a César a África en el 49 (cf. *BAl* 44, 4) y con los que Vatinio equipó su flota para operar en el Ilírico.

[33] Publio Sulpicio Rufo había sido legado de César en las Galias a partir del 45; en el 48 había comandado la flota cesariana que operaba en el estrecho de Mesina.

[34] Sobre Vatinio, véase *BAl*, nota 102.

[35] El puerto de Al Munastir.

[36] César disponía en este momento (principios de enero = mediados de noviembre) de un total de 8.000 hombres distribuidos en 23 cohortes, de las cuales sólo siete estaban integradas por soldados veteranos.

confiaban todos en que su pericia y buen juicio propiciarían un desenlace favorable de los acontecimientos.

11 Cuando César, tras pasar la noche a bordo, se disponía a
partir con las primeras luces del día, sucedió que, inesperadamente, la parte de la flota por la que temía se estaba con-
centrando de vuelta de su periplo en el mismo lugar en que
2 él se encontraba. Conocida esta circunstancia, César ordena
a todos sus hombres que desembarquen rápidamente y, ar-
mados, aguarden en la costa la llegada del resto de las tro-
3 pas. Así pues, puestas a resguardo sin dilación las naves en
el puerto y desembarcadas la caballería y la infantería, re-
gresa de nuevo a la ciudad de Rúspina, y, establecido allí el
campamento[37], él mismo salió con treinta cohortes armadas
4 a la ligera en busca de trigo. De esta manera se supo cuál era
el plan de César: salir, a escondidas del enemigo, con su flota en ayuda de las naves de carga que se habían extraviado, para evitar que la casualidad hiciera que sus naves, sin saberlo, fueran a toparse con la escuadra del enemigo; y no había querido que eso lo supieran los soldados que se habían quedado de guarnición, para que el miedo no los desmoralizara dada la escasez de sus efectivos y el gran número de tropas enemigas.

12 Entretanto, cuando César se había alejado ya unas tres
millas del campamento, los exploradores y las avanzadillas
de caballería le comunican que han avistado al enemigo no
lejos de su posición. Y, ¡maldición![38], al tiempo que se le
daba este parte, empezó a divisarse una inmensa polvareda.
2 Enterado de ello, César ordena rápidamente que toda la ca-
ballería, cuyos efectivos no eran importantes en aquel mo-
mento, y los arqueros, que eran escasos en número, salgan

[37] El emplazamiento habría que situarlo al norte de Rúspina, en una meseta que domina la Sebkha Sahlina.

[38] Cf. nota 23.

del campamento y que las tropas encuadradas en sus unidades le sigan a corta distancia; él se adelanta con un pequeño escuadrón. Y cuando ya podía divisarse a lo lejos el enemi- 3
go, ordena que los soldados se pongan el casco y se apresten para el combate; el número total de sus efectivos era de treinta cohortes, dos mil jinetes y ciento cincuenta arqueros.

Entretanto, el enemigo, a cuyo frente estaban Labieno[39] 13
y los dos Pacideyos[40], se despliega en una línea de batalla compacta y de sorprendente extensión, constituida no por infantería, sino por tropas a caballo, y entre éstas habían intercalado tropas númidas armadas a la ligera y arqueros a pie, y apretaron las líneas de tal forma que de lejos los cesarianos pensaban que eran tropas de infantería; habían reforzado el ala derecha y la izquierda con grandes contingentes
de caballería. Entretanto, César despliega sus tropas en una 2
sola línea, hasta donde se lo permitía la escasez de efectivos; sitúa a los arqueros delante de la línea, coloca la caballería en las dos alas, con órdenes precisas de que no se dejen rodear por la numerosa caballería enemiga; consideraba, sin duda, que al entablarse la batalla se las tendría que ver con tropas de infantería.

Y en tanto que crecía la expectación por ambos bandos 14
sin que César hiciera movimiento alguno, puesto que era consciente de que para enfrentarse con tan escaso número de efectivos a un enemigo de tan gran potencial tenía que fiar más en la táctica que en la fuerza, de repente la caballe-

---

[39] Tito Labieno, tribuno de la plebe en el 63, colaborador de César y eficaz lugarteniente suyo en las Galias (cf. especialmente *BG* VII 59, 6), a comienzos del 49 (= fines del 50) se pasó a Pompeyo y se constituyó en el rival más temible de César en África, donde ejercía como jefe de estado mayor de Escipión. Muere en la batalla de Munda (*BH* 31, 9).

[40] No tenemos ninguna otra noticia sobre la vida de estos dos hermanos, al margen de lo que se indica aquí y en el capítulo 78, 10.

ría enemiga empezó a desplegarse, a extender la línea de su frente, a rebasar las colinas, intentando de esta forma cuar-
2 tear la caballería de César y al mismo tiempo envolverla. La caballería cesariana resistía con dificultades ante la inmensa superioridad numérica del enemigo. Entretanto, cuando los núcleos centrales de las dos líneas estaban a punto de entrar en liza, súbitamente se disgrega de la apretada formación la infantería ligera númida junto con la caballería y dirigen sus
3 venablos contra la infantería legionaria. En este punto, después que los cesarianos lanzaban su ataque, los jinetes enemigos se retiraban, mientras su infantería resistía a la espera de que los jinetes en una nueva carga vinieran en su ayuda.

15 César, advirtiendo que con la nueva táctica de combate adoptada por el enemigo se descomponía su formación, al distanciarse las filas —pues, mientras los jinetes se alejaban demasiado de sus enseñas en sus labores de persecución, la infantería, al tener desguarnecido su flanco, era alcanzada por los disparos cercanos de los númidas, en tanto que los jinetes enemigos esquivaban fácilmente por su rapidez los venablos de nuestros soldados—, hizo correr entre sus filas la orden de que ningún soldado se apartara más de cua-
2 tro pasos de su unidad. Entretanto, la caballería de Labieno, confiada en su superioridad numérica, intenta rodear los escasos efectivos de César; las escasas tropas montadas de César, fatigadas por su enfrentamiento con un enemigo tan numeroso, y con sus caballos heridos, iban cediendo progre-
3 sivamente, y los enemigos empujaban más y más. Así, en un determinado momento, rodeados todos los legionarios por la caballería enemiga, las tropas de César se vieron impelidas a adoptar la formación de defensa en círculo[41], de manera que

[41] Idéntica formación de defensa es la que se vio obligada a adoptar la legión XXXVI para defenderse del ataque de las tropas de Fárnaces (cf. *BAl* 40, 3).

todos estaban obligados a luchar dentro de unos estrechos límites.

Labieno, a caballo, con la cabeza descubierta, iba y ve- 16
nía en primera línea, al tiempo que animaba a los suyos y de vez en cuando increpaba a los legionarios de César de esta forma: «Eh, tú, recluta, ¿por qué te muestras tan valentón? ¿También a vosotros os ha trastornado éste con sus palabras? ¡Por Hércules, que os ha metido en un buen fregado!
¡Me dais pena!». A lo que respondió el soldado: «No soy un 2
recluta, Labieno, sino un veterano de la décima legión». A esto añadió Labieno: «No distingo las enseñas de la décima
legión»[42]. Entonces el soldado replicó: «Pues vas a saber 3
quién soy yo». Al instante se quitó el casco de la cabeza para que lo pudiera reconocer y blandiendo el venablo con todas sus fuerzas, dispuesto a lanzarlo contra Labieno, lo clavó profundamente en el pecho del caballo y añadió: «Que sepas que es un soldado de la décima legión quien te des-
montaba». Sin embargo, estaban todos tan atemorizados, y es- 4
pecialmente los reclutas, que no hacían más que buscar con la mirada a César y tratar de esquivar los disparos del enemigo.

César, entretanto, sabedor del plan enemigo, ordena ex- 17
tender al máximo la línea del frente y, obligando a realizar un cambio de frente a la mitad de las cohortes, de manera que unas lucharan detrás de las enseñas y otras delante de ellas, logró dividir de esta forma la corona envolvente de los enemigos por su ala derecha y por su ala izquierda y, ata-

[42] Labieno no las podía ver, porque la legión como tal no había llegado todavía al teatro de operaciones de África y no lo haría hasta finales de febrero o principios de marzo del 46 (= diciembre del 47 - enero del 46). El soldado en cuestión debía de pertenecer, por tanto, al grupo de los legionarios que habían permanecido en Brindis al principio de la campaña y a los que se hace referencia en el cap. 10.

cando con la infantería el centro de uno de los frentes que la caballería mantenía separado del otro, lo puso en fuga en medio de una lluvia de proyectiles y no avanzó más por miedo a las emboscadas, así que se retiró a su posición. Lo mismo hizo la otra mitad de la caballería y de la infantería
2 de César[43]. Concluida esta acción y rechazado bastante lejos el enemigo y con importantes pérdidas, empieza a retirarse a sus acuartelamientos manteniendo la formación de combate.

18 Entretanto, Marco Petreyo[44] y Gneo Pisón, con mil seiscientos jinetes númidas escogidos y con un contingente bastante importante de infantería de la misma procedencia,
2 acuden enfilados en ayuda de los suyos. Y los enemigos, rehechos del miedo y con el ánimo recuperado de nuevo, hacen volver grupas a la caballería y empiezan a acometer contra la retaguardia de nuestras tropas en retirada, impi-
3 diéndoles refugiarse en el campamento. Advertido esto, Cé-

---

[43] No es fácil dar con la correcta explicación de la maniobra de César, si partimos del dato que al final del cap. 15 sus cohortes ya se encontraban situadas en posición de defensa en círculo, circunstancia que no cuadra de ninguna forma con la maniobra que aquí se describe. En nuestra opinión lo que se describe aquí es una maniobra alternativa a la posición de defensa en círculo. En un primer movimiento, César ordena a sus cohortes que ensanchen los intervalos entre ellas y así logra partir por la derecha y por la izquierda la corona enemiga que lo envuelve, y de esta forma las tropas del enemigo quedan divididas en dos mitades. En esta situación, la mitad de las cohortes de César, de forma alternada, dan media vuelta y con ello la mitad de sus fuerzas se encuentra enfrentada a un sector del enemigo y la otra, al otro. En dos acometidas sucesivas, una en cada sector, consigue alejar al enemigo y aprovecha la circunstancia para retirarse a su campamento.

[44] Marco Petreyo, anticesariano declarado, tenía en su haber la victoria sobre Catilina en Pistoya; en el año 59 apoyó a Catón en su oposición a la ley agraria propuesta por César. Entre el 55 y el 52 actuó, junto con Afranio, en calidad de legado de Pompeyo en Hispania (cf. *BC* II 37-82).

sar ordena dar media vuelta y reemprender el combate en
medio de la llanura. Pero, puesto que los enemigos se ser- 4
vían de la misma táctica y no se llegaba al combate cuerpo a
cuerpo, y la caballería cesariana, exhaustas sus monturas
a causa del mareo todavía reciente, de la sed, de la fatiga, de
la inferioridad numérica y de las heridas, se mostraba dema-
siado lenta para perseguir al enemigo y para seguir cabal-
gando, y siendo ya poco lo que quedaba del día, César, re-
vistadas su caballería y sus legiones, las insta a atacar de
golpe y a no ceder en su ataque hasta haber rechazado a los
enemigos más allá de las colinas y haberse apoderado de
ellas. Así pues, dada la señal, en un momento en que el 5
enemigo ya disparaba sus proyectiles sin fuerza y sin dema-
siado encono, lanza repentinamente al ataque a las cohortes
y a los escuadrones de caballería, y en un instante los ene-
migos fueron arrojados de la llanura sin ningún esfuerzo y
después desalojados de la colina[45]; tomaron la posición los
cesarianos y, tras permanecer un tiempo allá, se retiran a sus
fortificaciones paso a paso, no sin mantener la formación.
Asimismo, los adversarios, tras este revés, se refugiaron fi-
nalmente en sus acuartelamientos[46].

Concluida esta maniobra e interrumpido el combate, 19
fueron muchos y de condición muy diversa los adversarios
que se pasaron de bando, y, además, fueron capturados mu-
chos soldados de la caballería y de la infantería enemigas. A 2
través de ellos se tuvo conocimiento del plan del enemigo:

---

[45] Se trata de las colinas de Mesjed Aïssa, al suroeste de la Sebkha Shalina.

[46] Según Dión Casio (XLIII 1-2), el desarrollo y el resultado del combate fueron muy diferentes, pues los cesarianos habrían sufrido un importante revés, que no llegó a más debido a las heridas sufridas por Labieno y Petreyo. También Apiano (*Guerras civiles* II 95) habla de una derrota sin paliativos de César.

ellos habían venido con la firme determinación de confundir a los bisoños y escasos legionarios de César con una táctica de combate inusitadamente novedosa: consistía en rodearlos con la caballería y masacrarlos, siguiendo el ejemplo de lo
3 acaecido con Curión[47]. Y, en este sentido, Labieno[48] había dicho ante la asamblea de sus tropas que proporcionaría tal cantidad de efectivos auxiliares a los adversarios de César, que los cesarianos sucumbirían exhaustos por su propia victoria y de tanto matar, y que así serían vencidos por los suyos. ¿Quién de aquéllos no iba a confiar en él? En primer lugar, porque había oído decir que en Roma las legiones veteranas se habían insubordinado y no querían pasar a África[49]; luego, porque después de tres años en África se había ganado la lealtad de sus soldados a base de mantener con ellos un trato continuado; por otra parte, contaba con contingentes importantísimos de tropas númidas, tanto de caballería como de infantería ligera, a los que había que añadir los jinetes germanos y galos que, después de la fuga que siguió al combate pompeyano, se había llevado de Butroto[50] y que después en África había incrementado con levas de mestizos, libertos y esclavos, a los que había armado y enseñado a montar caballos embridados. Asimismo, tenía a su

[47] Cf. *BC* II 39-42. La situación a la que se enfrentó Curión era similar a la que se daba en el despliegue descrito en el capítulo anterior: una vasta llanura, tropas inferiores en número y escasa caballería, circunstancias todas ellas que favorecían la táctica númida de acosar y retirarse.

[48] El nombre de Labieno es una restitución, pues todos los manuscritos presentan la lectura *Iubam*.

[49] Mientras César se encontraba en Alejandría y en Asia (cf. *BAl* 77-78), las legiones veteranas, que tras la batalla de Farsalia habían sido llevadas a Roma por Marco Antonio, se rebelaron y se negaron a partir hacia África (cf. Dión Casio, XLII 30, 52-54, y Apiano, *Guerras civiles* II 92, 94).

[50] Actualmente Butrinto, en Albania, frente a la isla de Corfú.

disposición los refuerzos reales: ciento veinte elefantes y un sinnúmero de jinetes; luego estaban las legiones regulares y más de doce mil hombres de todas las armas y cuerpos. La- 4
bieno, esperanzado y enardecido por su audacia, con mil seiscientos jinetes galos y germanos, ocho mil númidas que montaban sin brida, contando además con los refuerzos de Petreyo: mil seiscientos jinetes y cuatro veces más de infantería ligera, junto con arqueros, honderos y muchos arqueros montados; con estas tropas, la víspera de las nonas de enero[51], a los cinco días de la llegada de César a África, libró la batalla en una llanura absolutamente plana y despejada desde la hora quinta del día hasta la puesta del sol. En este combate Petreyo fue herido de gravedad y tuvo que abandonar el campo de batalla.

Mientras tanto, César se afanaba por fortificar más cui- **20**
dadosamente el campamento, reforzaba sus posiciones con más tropas, hacía cavar una trinchera desde la fortaleza de Rúspina hasta el mar, y otra desde el campamento también hasta el mar para que de esa forma la circulación en uno y otro sentido fuera más segura y los refuerzos pudieran acudir en su ayuda sin peligro; hacía transportar armas y maquinaria de guerra desde las naves hasta el campamento; armaba a una parte de los remeros galos y rodios y también de la marinería, y los hacía acudir al campamento con la idea de intercalar la infantería ligera entre su caballería, si se presentaba la ocasión, siguiendo la misma táctica que el adversario; y de todas las naves sacaba arqueros itireos, sirios y de cualquier procedencia para llevarlos al campamento y aumentar así grandemente el número de sus tropas. Pues, a 2
los dos días de haberse librado el combate, ya oía decir que Escipión se acercaba y que unía sus tropas a las de Labieno

[51] El 4 de enero del 46 (= 8 de noviembre del 47).

y Petreyo; y las noticias eran de que estas tropas estaban formadas por ocho legiones y una fuerza de tres mil jinetes;
3 en consecuencia, establecía talleres de forja, se precupaba de que se fabricaran muchas flechas y proyectiles, hacía fundir balas, preparar estacas; enviaba cartas y mensajeros a Sicilia para que se le proveyese de cañizos y de madera para los arietes, pues había escasez de este material en África,
4 y se le suministrase además hierro y plomo. Asimismo, se apercibía de que en África no podía disponer de trigo si no era importándolo, pues el año anterior, a causa de las levas de sus adversarios, no había habido cosecha[52], ya que los labradores sujetos a estipendio habían sido convertidos en soldados; además, sus adversarios habían almacenado todo el trigo de África en unos pocos poblados muy bien defendidos, de manera que toda África se había quedado vacía; todas las plazas, excepto las que podían controlar con sus guarniciones, habían sido destruidas y abandonadas, y sus pobladores obligados a establecerse en el interior de las guarniciones enemigas[53]; los campos estaban abandonados y devastados.

21 César, forzado por la necesidad, presionando y halagando a los particulares, había conseguido almacenar en su guarnición cierta cantidad de trigo y lo administraba cuidadosamente. Entretanto, él recorría a diario los trabajos y mantenía de guardia el doble de cohortes a causa del gran
2 número de enemigos. Labieno, después de curarlos, hace transportar en carros a sus heridos, que eran muchos, a
3 Hadrumeto. Mientras tanto, las naves de carga de César vagaban con rumbo errático al desconocer su posición y la situación del campamento. De una en una eran abordadas por

[52] Se refiere a la cosecha del verano del 47.

[53] La exageración es evidente, pues en los capítulos anteriores hemos visto que Rúspina y Leptis seguían en pie.

nutridas flotillas de esquifes enemigos que las incendiaban y
las asaltaban. Una vez que se le comunicó a César este pro- 4
blema, dispuso flotas de vigilancia alrededor de las islas y
de los puertos para que el aprovisionamiento le pudiera lle-
gar con mayor seguridad.

Entretanto, Marco Catón, que gobernaba la ciudad de 22
Útica[54], no dejaba de reprender a Gneo Pompeyo, hijo, in-
tensa y asiduamente. «Tu padre», le decía, «a tu edad, habién- 2
dose percatado de que la República se encontraba sometida
a la opresión de ciudadanos impíos y criminales, y de que
los ciudadanos honrados habían sido muertos o, castigados
con el exilio, se veían privados de su patria y de sus dere-
chos civiles, impulsado por el ansia de gloria y también por
su grandeza de ánimo, aunque era un particular y un joven-
zuelo, tras reunir los restos del ejército de su padre, ganó la
libertad de Italia y de la propia ciudad de Roma, que se
encontraban sojuzgadas y destruidas casi del todo, y con
admirable rapidez recuperó por las armas Sicilia, África,
Numidia y Mauritania[55]. Con estas hazañas se procuró un 3
prestigio muy brillante y amplio entre las naciones del mun-
do; y, siendo un jovenzuelo y un simple caballero romano,
alcanzó el triunfo[56]. Y eso que él no contaba, como tú, con 4
las abundantes hazañas de su padre, ni con un prestigio tan
magnífico de parte de sus antepasados, ni con tantos clien-

[54] Catón de Útica (cf. *BC* I, nota 20) había luchado en Farsalia al lado de Pompeyo. De allí pasó a África. Acabó suicidándose en la ciudad que gobernaba (cf. 88, 3).

[55] La relación no es exacta, dado que el rey Bógudo de Mauritania era un fiel aliado de Roma, de forma que no se podía reconquistar lo que todavía no había sido conquistado.

[56] Pompeyo el Magno se hizo acreedor al triunfo el 12 de marzo del año 79 por su victoria sobre Jarbas, el usurpador del poder en Numidia. En este instante Pompeyo tenía 27 años de edad y todavía no había desempeñado ninguna magistratura.

tes, ni con un nombre tan ilustre, cuando entró en política.
5 Tú, en cambio, que cuentas con la nobleza y el prestigio de tu padre, y tienes además por ti mismo suficiente grandeza de ánimo y responsabilidad, ¿no vas a esforzarte por acudir ante la clientela de tu padre en demanda de ayuda para ti, para la República y para los hombres de bien?».

23 El muchacho, picado por las palabras de un hombre tan respetable, con treinta pequeñas embarcaciones de todo tipo y sólo unas pocas provistas de espolones, se dirigió desde Útica a Mauritania, se adentró en los dominios del rey Bógudo[57] y, con un ejército de tropas ligeras formado por dos mil esclavos y hombres libres, en parte armados y en parte desarmados, inicia la aproximación a la ciudad de Ascuro[58],
2 fortaleza en la que había una guarnición real. Ante la llegada de Pompeyo, los habitantes de la plaza le dejaron que se acercara hasta casi la muralla y las mismas puertas de la ciudad, y realizando entonces una repentina salida arrollaron y llenaron de pánico a los pompeyanos, empujándolos en
3 desorden hasta el mar y sus naves. Fracasada esta empresa, Gneo Pompeyo, hijo, retiró sus naves de aquel lugar y, sin tocar ningún otro punto de la costa, puso con su escuadra rumbo a las Baleares[59].

[57] Rey de la Mauritania occidental. Tanto Bógudo como Boco, rey de la Mauritania oriental, eran leales a César. El límite entre los dos reinos lo marcaba el río Mouloûya, en Marruecos.

[58] No es segura la identificación de esta localidad. Se apunta como la más probable Rusuccuru, la actual Dellys, al este de Argel; con todo, esta identificación conlleva una contradicción con el texto trasmitido, pues esta ciudad estaba en el reino de Boco y no en el de Bógudo.

[59] Esta expedición debió de tener lugar en los últimos meses del 47. Entre las razones que se podrían apuntar para justificarla está la creencia del joven Pompeyo de encontrar un terreno propicio en Hispania, que, como se recordará (cf. *BAl* 48-54), había vivido momentos de turbación por el levantamiento contra Casio Longino. De hecho las legiones de His-

Escipión, entretanto, con las tropas que antes señala- 24
mos[60], después de dejar una fuerte guarnición en Útica, em-
prendió la marcha; en primer lugar, emplaza su campamento
en Hadrumeto y, tras demorarse allí unos pocos días, realiza
una marcha nocturna y se une con las tropas de Labieno y
Petreyo, y, una vez unificados los campamentos, se estable-
cen a seis millas[61] del de César. Mientras tanto, su caballe- 2
ría patrullaba en torno a las fortificaciones de César sor-
prendiendo a los que salían de la zona atrincherada para
forrajear o hacer la aguada; de esta forma obligaba a todos
los adversarios a mantenerse dentro de la fortificación. Esta 3
táctica causaba graves problemas de abastecimiento a las
tropas de César, puesto que todavía no había llegado el
aprovisionamiento procedente de Sicilia ni de Cerdeña, ni
tampoco, dada la época del año, podían las flotas moverse
sin peligro por el mar. Por otra parte, no disponían más que
de tres millas[62] de tierra africana en cualquier sentido que se
midiera y se veían agobiados por la escasez de pasto. Forza- 4
dos por esta penuria, los soldados veteranos, tanto de infan-
tería como de caballería, que habían acometido muchas gue-
rras, por tierra y por mar, y que a menudo habían sufrido
peligros y carencias similares, recogían algas de la costa y,
tras lavarlas con agua dulce, se las suministraban a los ani-
males para alargarles así la vida.

Mientras acaecían estos hechos, el rey Juba, conociendo 25
las dificultades de César y la escasez de sus tropas, conside-
ró que no se le tenía que dar la oportunidad de reponerse ni
de aumentar sus efectivos. Así pues, tras reunir un impor-

---

pania habían mantenido negociaciones secretas con Escipión (cf. Dión Casio, XLII 56, 4; XLIII 29, 8).

60 Cf. nota 23.

61 Unos 9 Km.

62 Unos 4'5 Km.

tante número de tropas de infantería y de caballería, salió de
2 su reino decidido a ir en ayuda de sus aliados. Entretanto,
Publio Sitio[63] y el rey Boco[64], que habían unido sus fuerzas,
una vez conocida la partida del rey Juba, acercaron sus tro-
pas al reino de éste y acometiendo contra Cirta[65], la ciudad
más rica del reino, tras unos pocos días de lucha, lograron
capturarla y lo mismo hicieron con dos fortalezas de los gé-
3 tulos[66]. Éstos, habiendo rechazado la oferta que les hizo Pu-
blio Sitio de que evacuaran la plaza y se la entregaran vacía,
fueron a continuación todos ellos capturados y muertos. Y
desde allí siguió su avance Publio Sitio, sin dejar de devas-
4 tar campos y ciudades. Conocidos estos hechos, Juba, que
ya no se encontraba lejos de Escipión y de sus comandantes,
consideró que era preferible socorrerse a sí mismo y a su
reino antes que marchar en ayuda de otros, no fuera que ex-
pulsado de su reino se viera abocado a una doble derrota.
5 Así pues, se retiró y se llevó consigo las tropas auxiliares
que le había mandado a Escipión y, temiendo por su futuro
y el de sus posesiones, no sin dejarle treinta elefantes a Es-
cipión, acudió en ayuda de su territorio y de sus ciudades.

26 Entretanto, César, puesto que existían dudas en la pro-
vincia acerca de su llegada y nadie creía que él en persona
hubiese llegado a África con un ejército, sino que se trataba

---

[63] Publio Sitio era un caballero romano muy influyente por su riqueza que en el año 64 se refugió en la Hispania Citerior huyendo del peligro que le suponía el haber sido partidario de Catilina. De Hispania paso a Mauritania, constituido en una especie de *condottiero* que puso sus fuerzas al servicio de los reyes mauritanos. Batió a los restos del ejército pompeyano tras la batalla de Tapso, y César le recompensó con un principado que tenía su centro en la ciudad de Cirta.

[64] Rey de la Mauritania oriental.

[65] Hoy Constantina, en Argelia.

[66] Tribus bereberes que no parece que llegaran a constituir nunca un reino unificado.

de alguno de sus legados, escribe cartas para hacer saber a todas las ciudades, a lo largo y ancho de la provincia, que era verdaderamente él quien había llegado. Al mismo tiem- 2
po, personajes distinguidos empezaron a huir de sus ciudades y a presentarse en el campamento de César, dándole cuenta de la terrible crueldad de sus adversarios. César, 3
conmovido por sus lágrimas y sus quejas, aunque desde antes tenía decidido que sólo a comienzos del verano sacaría de los campamentos todas sus tropas y elementos auxiliares para combatir a sus adversarios, decidió entonces cambiar de planes iniciando una campaña de invierno y escribió inmediatamente una misiva a Alieno y a Rabirio Póstumo, que se encontraban en Sicilia, y se la mandó con una nave de exploración; en la carta les ordenaba que sin demora y sin excusarse en el invierno ni en los vientos se le hiciera llegar los más rápidamente posible su ejército, señalando que la provincia de África estaba a punto de sucumbir y de ser arrasada hasta los cimientos por sus enemigos; y que, si no se acudía prestamente en ayuda de sus aliados, los criminales ardides de los enemigos no dejarían nada, ni siquiera un techo donde guarecerse, excepto la propia tierra de África.
Él mismo se veía preso de tanta impaciencia y expectación 4
que ya al día siguiente de enviar al mensajero con la carta a Sicilia se quejaba del retraso de la escuadra y del ejército, y se pasaba los días y las noches con los ojos y la mente fijos en el mar. Y no es de extrañar, pues veía quemar las fincas, 5
devastar los campos, robar y matar el ganado, destruir y abandonar las ciudades y los fortines, asesinar o encarcelar a los personajes principales de las ciudades, reducir a la esclavitud a sus hijos, so pretexto de tomarlos como rehenes; a los desgraciados que imploraban su protección no podía ayudarles por la falta de tropas. A pesar de todo, César se- 6
guía ejercitando, mientras tanto, a sus tropas en los trabajos,

fortificaba el campamento y no dejaba de levantar torres y fortines, y de construir espigones en el mar.

27 Entretanto, Escipión decidió adiestrar a los elefantes de la siguiente manera: formó dos líneas de combate; una de honderos, puesta enfrente de la de los elefantes, que actuando a la manera de los enemigos debía lanzar pequeñas piedras contra la cabeza de los animales; luego alineó a los elefantes y detrás de ellos formó su propia línea de combate, de manera que cuando los enemigos empezasen a lanzar piedras y los elefantes asustados se hubiesen vuelto hacia los suyos, se les lanzasen también piedras desde las propias lí-
2 neas y se los dirigiera de nuevo contra el enemigo. Pero este trabajo de instrucción resultaba difícil y lento; pues los elefantes, animales toscos, a los que apenas se consigue adiestrar con muchos años de entrenamiento y una larga práctica, cuando se utilizan en un combate son tan peligrosos para el enemigo como para las propias líneas.

28 Mientras en Rúspina los dos comandantes se ocupan de estos preparativos, el antiguo pretor Gayo Vergilio[67], que estaba al frente de la ciudadela marítima de Tapso[68], habiéndose apercibido de que naves aisladas cargadas con el ejército de César andaban errantes por su desconocimiento de la costa y de la ubicación de su campamento, aprovechó la ocasión para llenar de soldados y arqueros una nave ligera que tenía allí, la protegió con una flotilla de esquifes y em-
2 pezó a perseguir de una en una las naves de César. Pero cuando, rechazado y puesto en fuga tras intentar el abordaje de muchas naves, se retiraba de aquel escenario, aunque sin desistir de nuevos intentos, se topó por casualidad con una nave en la que iban los dos Ticios, jóvenes hispanos, tribu-

[67] Había sido pretor en el año 62 y había gobernado Sicilia como propretor del 61 al 58.

[68] Actualmente Ras Dimass, entre Souza y el cabo Kabûdiyah.

nos de la quinta legión, a cuyo padre César había designado senador[69], y con ellos estaba Tito Salieno, centurión de la misma legión, quien en Mesina había asediado la residencia del legado Marco Mesala y había mantenido ante él propuestas muy sediciosas[70], y se había ocupado de retener y vigilar el dinero y los ornamentos destinados al triunfo de César; este comportamiento hacía que temiera por su destino. Consciente de su culpabilidad, convenció a los dos jó- 3
venes de que no opusieran resistencia y se entregaran a Vergilio; y así, fueron llevados por Vergilio ante Escipión, puestos bajo custodia y a los tres días ejecutados. Se dice 4
que, cuando iban camino de la ejecución, el mayor de los Ticios pidió a los centuriones que lo mataran a él antes que a su hermano, cosa que le concedieron sin dificultad, y en este orden fueron ajusticiados.

Entretanto, los escuadrones de caballería que solían per- 29
manecer de guardia delante de las empalizadas no dejan pasar un solo día sin enzarzarse entre ellos en pequeñas escaramuzas. A veces, también los germanos y los galos del ejército de Labieno, tras obtener garantías de parte de los jinetes de César, conversaban con ellos. Entretanto, Labieno 2
intentaba insistentemente penetrar por la fuerza en la fortaleza de Leptis, al frente de la cual estaba Saserna, con un contingente de seis cohortes; la defensa de la posición era fácil y no entrañaba peligro para los defensores a causa de la

[69] En el año 47 César hizo entrar en el senado a un notable grupo de caballeros y oficiales de su ejército.

[70] La revuelta de Mesina tuvo lugar a finales de agosto (= mediados de julio) del 47. Las legiones concentradas en Sicilia por Marco Antonio se insubordinaron ante la llegada de Salustio y de Valerio Mesala, encargados por César de conducirlas a África. Más en concreto, la legión XII recibió a pedradas a Mesala y a Publio Sila (cf. CICERÓN, *Ático* XI 21, 2 y XI 22, 2).

excelente fortificación de la plaza y de la abundancia de
3 maquinaria bélica. La caballería de Labieno no cesaba de intentarlo con mucha insistencia, cuando al apelotonarse por casualidad ante una puerta uno de los escuadrones, el disparo asombrosamente certero de un escorpión alcanzó al decurión y lo dejó clavado a su caballo, ante lo cual los demás, aterrados, se dieron a la fuga y se refugiaron en el campamento. Este hecho les disuadió de intentar tomar la ciudad.

30 Entretanto, casi a diario, Escipión disponía a su ejército en formación de combate a una distancia de su campamento que no superaba los trescientos pasos[71] y, tras consumir en estas exhibiciones la mayor parte del día, se retiraba de nue-
2 vo al campamento. Y como lo hiciera bastante a menudo sin que saliera nadie del campamento de César y sin que nadie se le acercara, despreciando la pasividad de César y de su ejército, sacó a todas sus tropas, formó delante una línea con los treinta elefantes armados con torretas y, al tiempo que avanzaba, montó con sus innumerables tropas de infantería y de caballería una formación de combate a la que dio el mayor frente posible, y de esta forma se situó en medio de la llanura, no lejos del campamento de César.

31 Enterado de esta maniobra, César ordena que los soldados que habían salido fuera de las fortificaciones para forrajear, recoger leña o trabajar en las obras de defensa y los que habían ido en busca de estacas y de otras cosas necesarias para las obras se replieguen todos al interior de las fortificaciones de forma pausada y ordenada, sin desorden ni pá-
2 nico, y que tomen posiciones en la empalizada. Por otra parte, a los jinetes que estaban de guardia les ordena permanecer en la posición en la que se habían situado poco antes hasta que estuvieran a tiro del enemigo; caso de que se acer-

[71] Unos 450 m.

cara más, debían refugiarse dentro de la fortificación lo más
ordenadamente posible. Respecto al resto de la caballería, 3
ordena también que cada uno permanezca en su posición,
armado y a punto. Y todas estas órdenes no las daba perso- 4
nalmente mientras observaba los movimientos desde la em-
palizada, sino que, dotado de un admirable conocimiento del
arte de la guerra, ordenaba, sentado en el pretorio, a través
de exploradores y mensajeros lo que quería que se hiciese.
Efectivamente, tenía plena conciencia de que los adversa- 5
rios, aunque confiados en el gran número de sus tropas,
eran, con todo, los mismos a los que, tras ponerlos en fuga,
derrotarlos y llenarlos de pánico, les había permitido vivir
perdonándoles sus faltas. Por ello, dada su incapacidad y su
estado de ánimo, nunca tendrían tanta confianza en la victo-
ria como para atreverse a asaltar su campamento. Además, 6
su propio nombre y su prestigio reducían en gran manera la
audacia del ejército enemigo. Encima, las magníficas forti- 7
ficaciones del campamento, la altura de la empalizada y la
profundidad del foso, y, fuera del recinto, los pozos de lobo,
admirablemente disimulados, impedían el acceso a los ad-
versarios incluso sin la presencia de defensores; tenía asi-
mismo una gran abundancia de escorpiones, catapultas y
demás máquinas de artillería que suelen usarse en la defen-
sa. Y estos preparativos los había realizado a causa de la 8
parquedad y bisoñez del ejército de que disponía en aquel
momento, y no porque lo inquietaran o asustaran las fuerzas
enemigas, cosa que, sin embargo, era en opinión de éstas lo
que le hacía mostrarse pasivo y temeroso. Y la razón por la 9
que no sacaba sus tropas y las ponía en formación de com-
bate no era la desconfianza en su victoria, pese a que sus
efectivos eran escasos y bisoños, sino la consideración de
que había que tener en cuenta la forma en que se lograba la
victoria; pues estimaba que sería una torpeza por su parte,

después de realizar tantas gestas, de derrotar a tantos ejércitos, de alcanzar tantas y tan destacadas victorias, que se considerase que había logrado una victoria sangrienta sobre las migajas de las tropas enemigas reunidas después de la huida. En consecuencia, había determinado soportar la jactancia y el optimismo de éstos hasta que le llegara una parte de las legiones de veteranos en una segunda expedición.

32 Entretanto, Escipión, después de permanecer un tiempo
en esta posición, tal como he dicho antes[72], como para de-
mostrar su desprecio por César, retira poco a poco sus tro-
pas al campamento y, convocada una asamblea, habla sobre
el miedo y la desesperación del ejército de César, y arenga a
sus tropas prometiéndoles que en poco tiempo les va a brin-
2 dar una victoria definitiva. César, por su parte, ordena a sus
soldados volver de nuevo al trabajo y, so pretexto de seguir
con la fortificación, no concede a los reclutas un instante de
3 respiro en su trabajo. Entretanto, los númidas y los gétulos
no dejan, día a día, de escaparse del campamento de Esci-
pión y de volver, unos, a su país, y otros, dado que ellos
mismos y sus antepasados habían disfrutado del favor de
Gayo Mario y oían decir que César era pariente suyo[73], de
4 refugiarse en masa en el campamento de éste. Elige entre
éstos a los personajes más ilustres y los despide tras darles
misivas para sus conciudadanos en las que les exhortaba a

[72] Cf. nota 23.

[73] El célebre general Gayo Mario, lider del partido popular, se había casado con una tía paterna de César. Anteriormente, se había servido de los gétulos como tropas auxiliares y, como recompensa a sus servicios, les había otorgado la ciudadanía romana y la propiedad de algunas tierras en Numidia. Pompeyo, tras la victoria de Sila en la guerra civil (año 82), participó en la represión de los elementos antisilanos en África y, de resultas de estas actividades desposeyó a los gétulos del derecho de ciudadanía y los puso bajo la autoridad de Hiémpsal, rey de Numidia.

reclutar tropas y a defenderse, ellos y los suyos, y a no someterse a sus enemigos y adversarios.

Mientras en Rúspina se desarrollan estos acontecimien- 33
tos, se presentan ante César unos embajadores de Acila[74],
ciudad libre y franca, y le prometen que están dispuestos a
acometer de buen grado cualquier empresa que les encar-
gue; solamente le piden encarecidamente que les provea de
una guarnición, para que puedan hacerlo con más seguridad
y sin peligro; que ellos, en aras de la común salvación, les
proveerían de trigo y de cualquier cosa que estuviera a su
alcance. Obtenidas fácilmente de César estas concesiones, 2
después de asignarles una guarnición, ordena que Gayo Me-
sio[75], que había desempeñado el cargo de edil, se dirija a
Acila. Conocidos estos hechos, Considio Longo, que con el 3
apoyo de dos legiones y setecientos jinetes tenía a su cargo
el gobierno de Hadrumeto, dejando allí una parte de la
guarnición, se pone rápidamente en camino hacia Acila con
ocho cohortes. Mesio, cubierto el trayecto con mayor rapi- 4
dez, consigue llegar primero a Acila con sus cohortes. En- 5
tretanto, Considio, tras acercarse a la ciudad con sus tropas
y apercibirse de que la guarnición de César estaba allí, no
atreviéndose a exponer a sus hombres al peligro y sin realizar ninguna acción en consonancia con el gran número de tropas que llevaba consigo, se retiró de nuevo a Hadrumeto; luego, una vez que pocos días después Labieno aportó un contingente de caballería, empieza a asediar de nuevo a los acilitanos e instala allá su campamento.

---

[74] Ciudad marítima de difícil identificación. Normalmente se la identifica con la actual Chebba, a unos sesenta Km al sur de Rúspina.

[75] Gayo Mesio, amigo de Cicerón y de Pompeyo, tribuno de la plebe en el 57, en el 55 fue elegido edil curul y tuvo a su cargo la organización de los juegos *Floralia*. En el 54 actuó como legado de César en las Galias y en este momento acababa de ser nombrado legado de César en África.

34 A la sazón, Gayo Salustio Crispo, de quien dijimos[76]
que pocos días antes César lo había enviado con una flota a
2 Cercina, alcanza su destino. A su llegada, Gayo Decimio,
excuestor, que con la ayuda de una importante guarnición
formada por sus propios esclavos tenía a su cargo el avitua-
llamiento, apoderándose de un pequeño navío se embarca y
3 se da a la fuga. El pretor Salustio, entretanto, acogido por
los habitantes de Cercina, encuentra una gran cantidad de
trigo con el que llena la notable flota de naves de carga que
4 allí se encontraba y lo expide al campamento de César. En-
tretanto, el procónsul Alieno, en Lilibeo, embarca en naves
de carga las legiones XIII y XIV junto con ochocientos jine-
tes galos y un contingente de mil honderos y arqueros; y con
estos componentes despacha la segunda expedición al en-
5 cuentro de César en África. Estas naves, maniobrando con
el viento a favor, llegaron indemnes tres días después al
6 puerto de Rúspina, donde César había acampado[77]. Así, Cé-
sar, animado al mismo tiempo por una doble y agradable sa-
tisfacción, el trigo y los refuerzos[78], lo que se traducía en el
contento de sus hombres y en la desaparición de la preocu-
pación por el aprovisionamiento, disipa toda inquietud, hace
desembarcar a las legiones y a la caballería, y toma disposi-
ciones para que se repongan del cansancio y del mareo, y
los distribuye por los fortines y los bastiones.

35 Escipión y los que con él se encontraban estaban admi-
rados y buscaban explicaciones a estos hechos; sospechaban

[76] Cf. cap. 8, 3 y nota 23.

[77] En realidad, la expedición no fue tan plácida, como se pone de manifiesto en el capítulo 44; mas, la redacción día a día de los acontecimientos hace que no se pueda dar cuenta de un incidente del que todavía no se tienen noticias.

[78] César dispondrá a partir de este momento de ocho legiones y 2.800 jinetes.

que Gayo César, que tenía la costumbre de tomar la delantera a la hora de empezar la ofensiva o de incitar al combate, no podía haber cambiado súbitamente de actitud sin un sólido motivo. Así pues, enormemente atemorizados por su pa- 2
sividad, envían al campamento de César a dos gétulos que tenían por muy afectos a su causa, tras ofrecerles grandes recompensas y buenas perspectivas, con la misión de espiar bajo la apariencia de prófugos. Éstos, tan pronto como fue- 3
ron llevados a su presencia, solicitaron que se les permitiera decir la verdad sin temor. Una vez que se les da permiso di- 4
cen: «A menudo, *Imperator*, muchos gétulos que somos clientes de Gayo Mario[79] y casi todos los ciudadanos romanos, encuadrados en las legiones cuarta y sexta, hemos querido pasarnos a tu causa y a tus líneas. Sin embargo, la vigilancia de la caballería númida nos impedía hacerlo sin riesgo. Llegada ahora la ocasión, al haber sido enviados como espías por Escipión para ver si se han construido fosos o trampas para los elefantes delante del campamento y de las puertas de la empalizada, y al mismo tiempo para enterarnos de vuestra táctica contra estos mismos animales y conocer vuestros planes de batalla y comunicárselos después a ellos, estamos encantados de presentarnos ante ti». César los 5
felicita, les concede una soldada y los encuadra junto a los demás desertores. Rápidamente se pudo comprobar la vera- 6
cidad de sus palabras, pues al día siguiente muchos legionarios procedentes de las legiones que habían indicado los gétulos se pasaron del bando de Escipión al campamento de César.

Mientras en Rúspina tienen lugar estos acontecimientos, 36
Marco Catón, que era el gobernador de Útica, no deja pasar un día sin hacer levas entre los libertos, los africanos y, en

[79] Véase nota 73.

fin, los esclavos y los hombres de cualquier clase, con tal de que por su edad estén en condiciones de poder llevar un arma, y los envía al campamento poniéndolos a las órdenes de
2 Escipión. Entretanto, se presentan ante César unos emisarios de la ciudad de Tisdra[80], en donde los mercaderes itálicos y los campesinos habían almacenado trescientos mil modios de trigo[81], y le hacen saber que disponen de este trigo y, al mismo tiempo, le ruegan que les mande una guarnición que les permita conservar más fácilmente el trigo y sus perte-
3 nencias. César les dio las gracias personalmente, les dijo que en breve les enviaría la guarnición y, tras animarles, les
4 ordena regresar con los suyos[82]. Entretanto Publio Sitio, entrando con sus tropas en el territorio de Numidia, se apoderó, asaltándolo por la fuerza, de un fortín situado en un paraje montañoso bien protegido, donde Juba, pensando en la campaña, había almacenado trigo y demás materiales que suelen usarse en una guerra.

37 César, después que hubo incrementado su potencial con dos legiones de veteranos, con la caballería y con la infantería ligera llegadas en la segunda expedición, ordena al punto que las naves vacías pongan rumbo a Lilibeo para transportar al resto del ejército; seis días antes de las calendas de febrero[83], más o menos durante la primera vigilia[84], ordena

---

[80] En la actualidad El Djem, unos 50 Km al sur de Rúspina.

[81] La equivalencia en sistema métrico es de 26.620 Hl de trigo.

[82] El comportamiento que tiene César con los enviados de esta ciudad, a diferencia del que había tenido con los enviados de Acila a los que concedió una guarnición de inmediato, se explica por dos motivos: la conveniencia de no dispersar tropas y la situación tierra a dentro de Tisdra, factor que dificultaba sobremanera el mantenimiento de las comunicaciones.

[83] 26 de enero del 46 = 30 de noviembre del 47.

[84] Entre las cuatro o las cinco de la tarde y las ocho o las nueve de la noche, según el horario que se aplique; en cualquier caso, después de oscurecer.

que los exploradores y todos los mandos se encuentren pre-
venidos y a su disposición. Así pues, sin que nadie lo supie- 2
ra ni lo sospechara, durante la tercera vigilia[85] hace salir del
campamento a todas las legiones y da órdenes de que le si-
gan hasta la ciudad de Rúspina, donde tenía una guarnición,
y que fue la primera ciudad en acogerse a su amistad. Des- 3
cendiendo desde allí por una ligera pendiente por el lado iz-
quierdo de la llanura conduce a sus legiones junto al mar.
En este sitio se extiende una llanura admirablemente despe- 4
jada con una extensión de quince mil pasos[86]; la rodea una
cadena montañosa que nace en el mar y no demasiado alta,
lo que le confiere un aspecto parecido al de un teatro[87]. En 5
esta cadena se encuentran unos pocos puntos prominentes
en los que habían sido colocadas desde muy antiguo torres y
atalayas; en la última de ellas estaban emplazados un puesto
de vigilancia y un destacamento de caballería de Escipión.

César, después de subir a la cadena de la que acabo de 38
hablar[88] y de dar órdenes para iniciar en cada promontorio
la refacción de la torre y de los fortines, lo que no le supuso
ni media hora, y puesto que no se encontraba lejos del últi- 2
mo collado y de la torre más cercana al campamento de los
adversarios, en la que ya dije[89] que había un puesto de vigi-
lancia y un destacamento de caballería de los númidas, de-
teniéndose allá un instante para inspeccionar la naturaleza
del terreno, dejó a la caballería de guardia y dio a las legio-
nes el encargo de construir una línea fortificada que enlaza-
ra la mitad de la cadena, desde el punto al que había llegado
hasta el lugar del que había partido. Después que Escipión y 3

[85] Entre la medianoche y las tres de la madrugada.
[86] Unos 22,5 Km.
[87] Visto desde el norte, éste es el aspecto que ofrece la Sebkha Sahlina.
[88] Cf. nota 23.
[89] Cf. nota 23.

Labieno se dieron cuenta de esto, sacan a toda la caballería del campamento, formándola en línea de batalla, y avanzan unos mil pasos[90] más allá de su fortificación y sitúan a la infantería en una segunda línea a menos de cuatrocientos pasos[91] del campamento.

39 César animaba a sus soldados en su trabajo y no se in-
mutaba por la cercanía de las tropas adversarias. Al advertir
que ya no mediaba más que una milla y media[92] entre la lí-
nea de los enemigos y sus propias fortificaciones, y com-
prendiendo que el enemigo continuaba el avance con la fi-
2 nalidad de estorbar a sus soldados y apartarlos de su tarea, y
que ello le obligaría a retirar a las legiones de las obras de
fortificación, ordena a los escuadrones de hispanos que se
dirijan con presteza a la colina cercana y que expulsen de
allí a la guarnición y se apoderen del lugar; y manda que un
pequeño contingente de infantería ligera los siga para pres-
3 tarles ayuda. Los encargados de la misión arremeten con ra-
pidez contra los númidas, capturan con vida a una parte de
ellos, hieren a algunos jinetes que huían y toman la posi-
4 ción. Cuando Labieno se da cuenta de lo que ocurre, a fin de
socorrer a los suyos lo más rápidamente posible, aparta de la
formación de combate a casi toda el ala derecha de su caba-
5 llería y acude en auxilio de las tropas puestas en fuga. Pero
cuando César advirtió que Labieno se había separado dema-
siado de sus tropas, envió el ala izquierda de su caballería
para interceptar al enemigo.

40 En el terreno donde se desarrollaba la acción había una
gran quinta fortificada con cuatro torres, que limitaba la vi-
sión de Labieno y le impedía darse cuenta de que la caballe-
2 ría de César lo estaba rodeando. Así pues, no vio los escua-

90 1,5 Km.

91 Unos 600 m.

92 Unos 2,5 Km.

drones julianos hasta que se apercibió de que estaban ma-
tando a sus jinetes por la espalda. Este ataque provocó de
inmediato el terror en la caballería númida, que emprendió
en línea recta la huida hacia su campamento. Los galos y los 3
germanos, que se habían mantenido en su posición, copados
entre dos frentes por el enemigo que bajaba de las colinas y
por los que les atacaban por la espalda, pese a resistir ardo-
rosamente, acabaron sucumbiendo todos. Cuando las legio- 4
nes de Escipión, que estaban formadas delante del campa-
mento, vieron lo que sucedía, presas de pánico, se refugian
en su campamento utilizando todas las puertas[93]. Después 5
de que Escipión y sus tropas se vieron forzados a abandonar
el campo y las colinas, y a refugiarse en su campamento,
César, tras ordenar el toque de retirada y recoger a toda la
caballería dentro de las fortificaciones, pudo distinguir, una
vez despejado el campo, los magníficos cuerpos de los galos
y los germanos; unos habían seguido a Labieno desde la Ga-
lia ganados por su autoridad, otros se le habían agregado
movidos por las recompensas y las promesas; finalmente,
algunos, capturados en la batalla que supuso la derrota de
Curión y puestos en libertad, habían querido pagar el favor
recibido con la prenda de su lealtad[94]. Sus cuerpos, de extra- 6
ordinario porte y talla, yacían muertos por todo el campo,
tendidos en mil posturas diferentes.

Concluidas estas operaciones, al día siguiente César sa- 41
có las cohortes de todos sus emplazamientos y formó a to-
das sus tropas en la llanura. Escipión, incapaz de encajar las
muertes y las bajas sufridas por su ejército, se mantiene a
partir de entonces encerrado dentro de sus fortificaciones.

---

[93] La utilización de varias puertas en una operación de repliegue conlleva un peligro cierto, pues supone la rotura y el desorden de la formación.

[94] Véase *BC* II 23-44.

2 César, lentamente, con sus tropas en orden de batalla, se aproxima todo lo que puede a las fortificaciones, siguiendo la falda de la cadena. Y ya las legiones julianas se encontraban a menos de una milla[95] de la ciudadela de Uzita[96], que estaba en poder de Escipión, cuando éste, temiendo perder la posición que le suministraba habitualmente el agua y todo lo necesario para su ejército, hace salir a todas sus tropas, monta una línea de combate en cuatro escalones, desplegando en primera línea, según era su costumbre, a la caballería distribuida por escuadrones en los que se intercalaban elefantes acorazados y provistos de torres, y sale en socorro de
3 la plaza. Cuando César lo advirtió, creyendo que Escipión venía a su encuentro con la firme decisión de combatir, se detuvo ante la ciudadela en el mismo lugar que hace poco indiqué[97] y enmascaró con ella la ubicación del centro de su formación, a la par que desplegó enfrente de los elefantes sus alas derecha e izquierda, en un terreno despejado a la vista del adversario.

42 Habiendo aguardado ya César casi hasta la puesta de sol, y advirtiendo que Escipión no avanzaba más desde el lugar en el que se había detenido, y que preferiría defenderse en esta posición, si se veía obligado a combatir, antes que emplazarse más cerca en campo abierto, no consideró oportuno acercarse más a la fortaleza este día, puesto que se había enterado de que dentro se encontraba una importante guarnición de númidas y que los enemigos habían ocultado la parte central de su formación con la ciudadela[98]; al mismo

[95] 1,5 Km.

[96] Actualmente Henchir el Makrceba.

[97] Cf. nota 23.

[98] Vemos, por tanto, que Escipión recurre a la misma táctica de César, tal y como se describe en el capítulo anterior. En la guerra antigua constituía un elemento esencial el poder sustraerle al enemigo la composición de

tiempo, entendió que le sería difícil asaltar la fortaleza y simultáneamente combatir en el ala derecha y en el ala izquierda desde una posición desfavorable, especialmente cuando sus soldados, puestos en alerta desde primera hora de la mañana, se encontraban en ayunas y muertos de fatiga. En 2
consecuencia, retiradas las tropas al interior del campamento, decidió emplazar al día siguiente las fortificaciones más cerca de la línea enemiga.

Entretanto, Considio, que con ocho cohortes y con mer- 43
cenarios númidas y gétulos estaba asediando Acila —ciudad a cuyo frente estaba Gayo Mesio con tres cohortes—, habiéndolo intentado insistentemente durante bastante tiempo y viendo que no obtenía ningún progreso, puesto que las máquinas que acercaba a la fortaleza eran incendiadas por sus defensores, sorprendido por la inesperada noticia del combate ecuestre, tras quemar el trigo, del que disponía en abundancia en el campamento, y estropear el vino, el aceite y demás provisiones, abandonó el sitio de Acila y, marchando a través del reino de Juba, se repartió las tropas con Escipión y se refugió en Hadrumeto.

Mientras tanto, una de las naves de la segunda expedi- 44
ción enviada por Alieno desde Sicilia, a bordo de la cual iban los caballeros romanos Quinto Cominio y Lucio Tícida[99], apartada por el viento del resto de la flota y empujada hacia Tapso, fue capturada por Vergilio con sus esquifes y naves ligeras, y llevada a Escipión. Asimismo, una segunda 2
nave, una trirreme, de la misma flota, empujada por la tempestad con rumbo errático hasta Egímuro[100], fue capturada

la parte central de la formación, tanto para poder soprenderle en las acciones ofensivas como para no dejarse sorprender en las acciones defensivas.

[99] Sólo son conocidos por este episodio.

[100] La isla de Zembra, que cierra el golfo de Túnez.

por la flota de Varo[101] y Marco Octavio[102]; en esta embar-
cación iban unos soldados veteranos con un centurión y al-
gunos reclutas; Varo los retuvo sin maltratarlos y se ocupó
3 de llevarlos a presencia de Escipión. Éste, una vez que lle-
garon ante él y se situaron delante del estrado, les dice:
«Tengo por cierto que no es vuestro talante, sino la instiga-
ción y las órdenes de vuestro malvado general lo que os im-
pulsa a perseguir de forma abominable a los ciudadanos ro-
4 manos y a todos los hombres de bien. Puesto que la fortuna
os ha puesto en nuestras manos, si hacéis lo que es vuestra
obligación, defender la república junto a las personas de
bien, estoy decidido a perdonaros la vida y a recompensa-
ros. Así pues, decidme, cuál es vuestra decisión».

45 Pronunciada esta arenga, Escipión, considerando que, por
el beneficio que recibían, los prisioneros iban sin duda a darle
2 las gracias, les dio permiso para hablar. De entre ellos toma la
palabra el centurión de la decimocuarta legión y le dice: «Te
doy las gracias, Escipión, por el favor tan inmenso que me
dispensas —como ves, no te doy el tratamiento de *impera-
tor*—, puesto que me prometes la vida y la integridad física,
pese a ser un prisionero de guerra; y quizá aceptaría este fa-
vor, si no llevara aparejada una terrible maldad. ¿Puedo yo

[101] Publio Atio Varo había sido propretor de África con anterioridad a la guerra civil; seguramente por ello Pompeyo lo envió como legado propretor a África donde tomó el poder de una forma irregular en ausencia del propretor Considio. En el momento presente, una vez cedido el mando de la provincia a Escipión y el gobierno de Útica a Catón, estaba al mando de la flota estacionada en esta ciudad.

[102] Había sido comandante de la flota que operaba en el mar Adriático y en el Jónico. Después de la batalla de Farsalia se refugió en el Ilírico, donde consiguió alcanzar una importante cota de poder y dominio, que perdió al resultar derrotado por Vatinio en la batalla de la isla de Tauris, de la que escapó a nado, pese a estar herido; desde allí, con unas pocas naves, buscó refugio en África (cf. *BAl* 42-43 y 45-47).

levantarme en armas contra César, mi *imperator*, a cuyas ór-
denes he obtenido mi grado actual, y contra su ejército, por
cuya dignidad y victoria he luchado más de treinta y seis
años? No estoy dispuesto a hacerlo; y te ruego encarecidamen- 4
te que desistas de tu propósito. Pues ahora tienes la ocasión
de experimentar contra qué tropas vas a combatir, si nunca lo
has hecho antes. Elige entre tus cohortes la que consideres 5
más potente y fórmala enfrente de mí; por mi parte, yo no
tomaré más que a diez de los camaradas que ahora tienes en
tus manos. Así, teniendo como punto de referencia nuestro
valor, te darás cuenta de lo que puedes esperar de tu ejército».

Después que el centurión, con gran presencia de ánimo, 46
sorprendió a Escipión con estas palabras, éste, alterado por
la ira y herido en su orgullo, indicó con una señal a sus cen-
turiones lo que quería: hizo matar a sus pies al centurión y
ordenó separar al resto de veteranos de los reclutas. «Apar- 2
tad, dijo, a ésos que están contaminados por un crimen
abominable y ahítos de la sangre de ciudadanos romanos».
De este modo fueron sacados fuera de la empalizada y
muertos en medio de crueles tormentos. Por otra parte, or- 3
dena que los reclutas sean dispersados entre las legiones y
da órdenes de que no se les permita ni a Cominio ni a Tícida
presentarse ante él. Conmovido por estos acontecimientos, 4
César expulsó del ejército, con una anotación de ignominia
a causa de su negligencia, a los que tenían la misión de con-
trolar con naves de guerra el sector marítimo situado enfren-
te de Tapso para proteger a las demás naves de carga y de
guerra, y dictó un gravísimo edicto contra ellos.

Aproximadamente por la misma época tuvo lugar un su- 47
ceso increíble en el ejército de César. Pues, aunque ya se
había puesto la constelación de las Pléyades[103], se desenca-

[103] La desaparición de esta constelación marca propiamente el comienzo del invierno con la llegada del frío y de la lluvia.

denó súbitamente en torno a la segunda vigilia de la noche[104] una impresionante tormenta de granizo con granos
2 como piedras. Por otra parte, a este inconveniente se añadía el que César, a diferencia de lo que solía en épocas pasadas, no tenía instalado su ejército en campamentos de invierno, sino que al avanzar cada dos o tres días y acercarse más al enemigo iba construyendo campamentos de forma sucesiva, y los soldados, ocupados en las labores de fortificación, no
3 tenían la posibilidad de ocuparse de sí mismos. Además, transportaba el ejército desde Sicilia con tal precariedad de condiciones que, con excepción de los soldados y de sus armas, no se permitía el embarque de utensilios, esclavos[105], ni de ningún otro de los enseres que suelen usar los solda-
4 dos. Encima, en África no sólo no habían podido comprar o conseguir nada, sino que a causa de la carestía de las provi-
5 siones habían consumido lo acaparado con anterioridad. Maltrechos por estas circunstancias, eran poquísimos los soldados que podían reposar en tiendas hechas de piel; el resto se cobijaba en sucedáneos construidos con harapos, cañas y
6 juncos entretejidos. Así pues, sobrecargadas las tiendas por el peso de la repentina lluvia y del granizo subsiguiente, se vinieron abajo y se deshicieron por la fuerza de las aguas, y en lo más negro de la noche, con las hogueras apagadas y estropeados todos los víveres, los soldados vagaban por el campamento y se protegían las cabezas con los escudos. Esta misma noche, las puntas de las jabalinas de la quinta legión ardieron de forma espontánea[106].

---

[104] Aproximadamente entre las ocho y media de la tarde y la medianoche.

[105] No era inusual que los soldados se hicieran acompañar de algún esclavo particular que les ayudaba en la provisión de las necesidades básicas.

[106] Se trata del meteoro ígneo conocido como fuego de Santelmo; suele manifestarse de noche después de las tormentas.

Entretanto, el rey Juba, enterado del combate ecuestre 48
librado por Escipión y requerido por éste por medio de una carta, tras dejar a su prefecto Saburra[107] con una parte del ejército para enfrentarse a Sitio, y con el fin de prestigiar con su presencia al ejército de Escipión y de intimidar al de César, sale de su reino con tres legiones, con ochocientos jinetes montando caballos embridados, con la caballería númida desembridada[108], con una gran fuerza de infantería ligera y con treinta elefantes, y se encamina hacia donde se
encontraba Escipión. Cuando llegó junto a él, el rey se situó 2
con las tropas que he reseñado[109] anteriormente en un campamento separado, no lejos de la posición de Escipión[110]. En 3
los días anteriores corría un gran temor por el campamento de César, y su ejército estaba preso de la ansiedad a la espera de las tropas del rey y estaba con el corazón en un puño antes de la llegada de Juba[111]. Pero después de que el rey estableció su campamento enfrente del suyo, el desprecio que les inspiraron tales tropas les quitó todo atisbo de temor. Así, todo el prestigio del que Juba había disfrutado antes,
mientras estaba ausente, se disipó con su presencia. Con to- 4
do, cualquiera pudo entender fácilmente que la llegada del
rey incrementó el ánimo y la confianza de Escipión. Así 5
pues, al día siguiente Escipión hizo salir a todas sus tropas y

[107] Lugarteniente de Juba, rey de Numidia. Cf. *BC* II 38-42.

[108] Recuérdese que lo característico de la caballería númida era montar sin bridas y dirigir a los caballos por medio de una varita, tal y como se conduce todavía en la actualidad a los camellos.

[109] Cf. nota 23.

[110] Cuenta Dión Casio (XLIII 4, 6) que Escipión le ofreció a Juba toda la provincia de África, si éste se decidía definitivamente a unírsele.

[111] Suetonio *(César* 66) cuenta que César para calmar a sus tropas les lanzó una arenga en la que exageraba hasta lo increíble la composición de las fuerzas de Juba, contando, sin duda, con el efecto contrapuesto que produciría el observar que su número era sensiblemente inferior.

a las del rey, junto con sesenta elefantes, y las formó con la
máxima parafernalia posible, y, tras alejarse de sus fortifica-
ciones un poco más de lo que acostumbraba, no persistió
mucho tiempo en esta posición, sino que se retiró a su cam-
pamento.

49 César, después de darse cuenta de que Escipión había
logrado reunir a casi todos los refuerzos que aguardaba y de
que el combate no podría retrasarse más, empieza a marchar
con sus tropas por las cimas de la cadena montañosa, a ade-
lantar los atrincheramientos y a reforzar los fortines, y con
la captura sucesiva de posiciones elevadas se va acercando a
Escipión. Los adversarios, confiados en la superioridad de
sus tropas, se apoderaron de la colina inmediata[112] y de esta
2 forma le quitaron a César la posibilidad de avanzar más. Fue
Labieno quien tomó la decisión de ocupar esta colina, pues
al estar más cerca, lo pudo hacer con mayor rapidez[113].

50 Había un barranco bastante ancho, profundo y escarpa-
do, en el que se abrían frecuentes socavones a manera de
cuevas y que César tenía la necesidad de atravesar antes
de llegar a la colina de la que quería apoderarse. Más allá
del barranco se extendía un viejo olivar, muy tupido por la
2 abundancia de árboles. Habiéndose dado cuenta Labieno
de que si César quería ocupar este lugar tenía necesariamen-
te que atravesar el barranco y el olivar, mostrando su cono-
cimiento de estos parajes, se emboscó con una parte de la
caballería y con la infantería ligera; también había apostado,
ocultándolo detrás del monte y de las colinas, un destaca-
mento de caballería, a fin de que después de arremeter él de
improviso contra los legionarios, la caballería apareciera
inopinadamente por detrás de la colina, y así, ofuscados Cé-

[112] Se trata probablemente de la colina de Sidi Jeha.

[113] El texto da a entender que el campamento de Labieno se encontraba distanciado del de Escipión y cercano a la colina de Sidi Jeha.

sar y su ejército por esta acción coordinada, y sin posibili-
dad de retirarse ni de avanzar, fueran rodeados y hechos pe-
dazos. Cuando César, habiendo enviado por delante la caba- 3
llería y sin saber que se le tendía una emboscada, llegó a
este lugar, sus adversarios, bien olvidándose de las órdenes
de Labieno, bien temiendo ser aplastados por la caballería
en aquel agujero, salieron en pequeños grupos y de uno en
uno de entre las rocas, y se dirigieron a la cumbre de la coli- 4
na. Los jinetes de César salieron en su persecución y mata-
ron a unos y tomaron prisioneros a otros; luego, sin detenerse,
se encaminan hacia la colina y, tras expulsar el destacamen-
to de Labieno, tomaron rápidamente el lugar. Labieno ape-
nas tuvo tiempo de huir con una parte de su caballería y de
salvar la vida.

Una vez completada esta maniobra por medio de la ca- 51
ballería, César distribuyó el trabajo entre las legiones y en la
colina de la que se había apoderado estableció un campa-
mento. Luego, partiendo de su cuartel general y en dirección 2
a la ciudad de Uzita, ciudad que se extendía en la llanura en-
tre su campamento y el de Escipión, y que estaba en poder
de éste, hizo construir campo a través dos atrincheramientos
y los trazó de manera que confluyeran uno en el lado dere-
cho y otro en el lado izquierdo de la ciudad. El motivo por 3
el que construía esta obra era tener, una vez se hubiese acer-
cado a la ciudad y empezado su asedio, cubiertos los costa-
dos con estas fortificaciones para que la numerosa caballería
enemiga no pudiera rodearlo ni hacerle desistir del asedio;
otro objetivo era el de facilitar el establecimiento de contac-
tos entre sus tropas y las del enemigo, y que si alguien que-
ría pasarse a sus líneas, lo que antes conllevaba a menudo
un gran peligro, entonces se pudiese hacer fácilmente y sin
riesgo. Quiso también experimentar si, habiéndose acercado 4
más al enemigo, éste tenía espíritu de lucha. Se añadía, ade- 5

más, a las anteriores consideraciones el que este lugar se en-
contraba en una depresión del terreno y que allí podían ex-
cavarse muchos pozos, siendo así que el agua escaseaba y
6 había que ir lejos a buscarla. Mientras unas legiones se en-
cargaban de las fortificaciones que antes señalé[114], otra parte
de ellas permanecía formada delante de las obras y casi en
contacto con el enemigo; la caballería bárbara y la infantería
ligera se acercaban más para librar pequeñas escaramu-
zas[115].

52 Cuando, ya al atardecer, César retiraba las tropas del lu-
gar de trabajo y las conducía al campamento, Juba, Escipión
y Labieno lanzaron una violenta acometida contra los legio-
2 narios con toda la caballería y con la infantería ligera. La
caballería de César, acosada por el repentino empuje de to-
3 das las fuerzas enemigas, cedió un poco. Pero el desarrollo
de la acción fue totalmente diferente a lo que esperaba el
enemigo, puesto que César, interrumpiendo la marcha, acu-
dió en ayuda de su caballería; por su parte, los jinetes, ani-
mados por la llegada de las legiones, volviendo grupas aco-
metieron a los númidas que los perseguían con saña y en
desorden, y, aparte de infligirles graves heridas, lograron re-
chazarlos hasta el campamento del rey, no sin matar a mu-
4 chos. Y si el combate no se hubiese prolongado hasta la no-
che y el polvo que levantaba el viento no hubiese impedido
totalmente la visión, Juba y Labieno hubiesen caído en po-
der de César, y la caballería y la infantería ligera de éstos
5 hubiesen sido totalmente aniquiladas. Entretanto, un número
increíble de soldados de las legiones IV y VI de Escipión
desertaron, unos refugiándose en el campamento de César,
otros llegándose hasta donde podían. Del mismo modo, los

[114] Cf. nota 23.

[115] El relato da a entender que el campamento principal de César se hallaba instalado en las cercanías de Uzita, al noroeste de Sidi Jeha.

jinetes del ejército de Curión[116], desconfiando de Escipión y de sus tropas, seguían en gran número los pasos de aquéllos.

Mientras uno y otro comandante realizaban junto a Uzita esas operaciones, dos legiones, la X y la IX, transportadas desde Sicilia en naves de carga, cuando ya se encontraban no lejos del puerto de Rúspina, avistaron las naves de César que montaban guardia junto a Tapso y, temiendo topar de improviso con una flota enemiga puesta allí como para tenderles una trampa, viraron el rumbo hacia alta mar y sólo después de una larga y penosa travesía, pasados ya muchos días, logran alcanzar, agobiados por la sed y la falta de víveres, el campamento de César[117]. 53

Desembarcadas estas legiones, César, que recordaba los pasados casos de indisciplina habidos en Italia y las rapiñas efectuadas por determinadas personas, agarrándose al insignificante pretexto de que Gayo Avieno, tribuno militar de la décima legión, había llenado por completo una nave de la expedición con personal a su servicio y con sus animales de carga, sin traer de Sicilia, por tanto, ni a un solo soldado, convocó al día siguiente de su llegada a los tribunos de las 54
legiones y a los centuriones y les dijo: «Mucho me habría 2
complacido que alguna vez los hombres hubiesen acabado con su petulancia y su excesiva independencia, y hubiesen tomado en consideración mi condescendencia, mi modera-
ción y mi paciencia. Pero puesto que ellos no se imponen a 3
sí mismos límite ni medida, a fin de que los demás adopten un comportamiento diferente, yo mismo daré un escarmien-
to ajustado a la práctica militar. Gayo Avieno, puesto que en 4
Italia instigaste a los soldados del pueblo romano contra la

[116] Se habían quedado al lado de Juba al perdonarles éste la vida tras derrotar a Curión en la batalla de Bagrada. Cf. cap. 40, 5.

[117] Con la llegada de estos refuerzos César reúne bajo su mando un contingente de diez legiones: cinco de veteranos y cinco de reclutas.

república y te entregaste al saqueo por diferentes municipios, y puesto que has demostrado tu inutilidad para conmigo y para con la república al embarcar a tu servidumbre y a tus animales en vez de embarcar a los soldados, por lo cual, debido a tu actuación, la república está falta de soldados ahora que los necesita, por todos estos motivos te expulso de mi ejército con una anotación de ignominia y te ordeno que hoy mismo te vayas de África y partas lo antes posible. Igualmente a ti, Aulo Fonteyo, puesto que te has mostrado como un tribuno militar sedicioso y mal ciudadano, te aparto de mi ejército.
5 Tito Salieno, Marco Tiro y Gayo Clusinas, puesto que conseguisteis los grados de mando en mi ejército por concesión especial y no por vuestro valor, y luego habéis actuado sin poner de manifiesto vuestra valentía en la guerra ni vuestra bondad ni vuestra utilidad en la paz, y sí en cambio os habéis mostrado más activos en promover sediciones y en levantar a los soldados contra vuestro *imperator* que en preocuparos del honor y de la disciplina, por todo eso os considero indignos de ejercer cualquier tipo de mando en mi ejército, os licencio y os ordeno salir lo más rápidamente posible de África». En consecuencia, tras entregarlos a los centuriones y concederles a cada uno un único esclavo, los hizo embarcar por separado[118].

55 Entretanto, los desertores gétulos, que, como antes dijimos[119], César había comisionado dándoles cartas y encargos, llegan ante sus conciudadanos. Éstos, dejándose llevar fácilmente por el prestigio de aquéllos y persuadidos por la fama de César, abandonan al rey Juba y toman todos rápidamente las armas y no dudan en volverse contra el rey.

[118] Los personajes citados en este capítulo sólo son conocidos por este episodio, excepto Tito Salieno, centurión que aparece citado también en 28, 2.

[119] Cf. nota 23 y cap. 31, 4.

Una vez conocidos estos acontecimientos, Juba, forzado por 2
la necesidad, al ver que tenía que atender tres frentes dife-
rentes, toma seis cohortes de entre las tropas que había apor-
tado para luchar contra César y las envía a su reino para de-
fenderlo de los gétulos.

Completados los atrincheramientos hasta llevarlos a don- 56
de no alcanzaban los disparos hechos desde la ciudad, César
construye un nuevo campamento situando una apretada lí-
nea de ballestas y escorpiones en el lado que mira a la ciu-
dad; y con ellos no cesa de hostigar a los defensores de la
muralla; luego hace bajar hasta este recinto a cinco legiones
procedentes del campamento superior. Puesto que se les 2
ofrecía la oportunidad, los personajes más distinguidos y
bien relacionados pedían la presencia de sus amigos y alle-
gados y conversaban con ellos. Y no se equivocaba César en 3
lo útil que era este comportamiento. Pues los gétulos mas
distinguidos de la caballería real y con ellos los prefectos de
la caballería, cuyos padres habían servido anteriormente a
las órdenes de Mario y habían sido recompensados por éste
con tierras y terrenos, y que tras la victoria de Sila[120] habían
sido puestos bajo la autoridad del rey Hiémpsal[121], aprove-
chando la ocasión, ya bien cerrada la noche, huyen, en nú-
mero cercano a los mil, con sus caballos y con sus criados
hacia el campamento de César, que estaba situado en la lla-
nura cercana a la ciudad de Uzita.

Después que Escipión y los que con él estaban se entera- 57
ron de lo sucedido, mientras se hallaban todavía aturdidos
por este contratiempo, casi al mismo tiempo vieron a Marco

[120] Cf. nota 73.

[121] El padre de Juba, rey de Numidia.

2 Aquinio[122] conversando con Gayo Saserna[123]. Escipión manda que se le diga a Aquinio que no tiene ningún sentido conversar con el enemigo. Sin embargo, dado que al comunicarle el mensajero las palabras de Escipión, Aquinio insistía en su actitud para acabar lo que quería hacer[124], fue entonces Juba el que le envió un propio para decirle en presencia de Saserna: «El rey te prohíbe seguir con la con-
3 versación». Asustado por este mensaje, Aquinio se retiró haciendo caso a la orden real. ¡Que un ciudadano romano llegue a esto! ¡Y que, uno, a quien el pueblo romano había confiado sus magistraturas, teniendo todavía una patria segura y todos sus bienes a salvo, hubiera preferido antes obedecer al bárbaro Juba que mostrarse respetuoso con la orden de Escipión, u optara por regresar sano y salvo pese a la
4 muerte de sus partidarios! Y todavía el comportamiento de Juba fue más soberbio, no ya hacia Marco Aquinio, un hombre nuevo y simple senador, sino hacia Escipión, hombre destacado por su familia, por su prestigio y por sus títu-
5 los. Pues, como fuera que Escipión, antes de la llegada del rey, tenía la costumbre de vestir el manto púrpura[125], se dice que Juba trató con Escipión acerca de la inconveniencia
6 de que éste usara la misma vestimenta que él. Y de esta manera, Escipión se pasó al vestido blanco, mostrando su deferencia para con Juba, el más soberbio y estúpido de los hombres.

---

[122] Senador del que no poseemos otras referencias.

[123] Se trata con mucha probabilidad del gobernador de *Leptis Minor*. Cf. cap. 9.

[124] El pasaje está corrompido. La traducción que damos es interpretativa.

[125] El manto púrpura llamado *paludamentum* constituía el signo distintivo del general en jefe. Se llevaba sujeto con una hebilla sobre el hombro derecho.

Al día siguiente, hacen salir a la totalidad de sus tropas 58
de todos sus campamentos[126] y, habiendo alcanzado una
elevación del terreno, no lejos del campamento de César,
montan la línea de combate y allí se quedan. Igualmente, 2
César hace salir a sus tropas y, tras ponerlas rápidamente en
formación de combate, las sitúa delante de las fortificaciones que había realizado en la llanura, con el total convencimiento de que los adversarios, al contar con tan gran número de tropas y con los refuerzos del rey, y al haber salido
con tanta predisposición, se acercarían más y trabarían combate con él. Tras recorrer la línea de frente a caballo, arengar 3
a las legiones y dar la contraseña, se puso a otear el avance
del enemigo. Pues él mismo, y con razón, no quería alejarse 4
mucho de sus propias fortificaciones, dado que en la ciudad de Uzita, que estaba en poder de Escipión, el enemigo tenía unas cohortes armadas y el ala derecha de su formación se encontraba alineada enfrente de esta ciudad, y temía que, si la sobrepasaba, los enemigos pudieran hacer una salida y,
atacándolo de flanco, masacrarlo. Además, también lo retu- 5
vo el hecho de que delante de la línea de Escipión había un terreno absolutamente impracticable que consideraba que era un gran inconveniente para que sus tropas tomaran la iniciativa.

[126] El relato lleva a suponer que en algún momento Labieno se separa de Escipión y monta un campamento en los alrededores de la colina de Sidi Jeha con la finalidad de cortarle a César la línea de avituallamiento hacia el interior de la región; sin embargo, al tomar César Sidi Jeha habría sido inviable mantenerlo en su primer emplazamiento y Labieno se habría visto obligado a trasladarlo más hacia el Sur, a los alrededores de Djemmal.

59 Considero[127] que no hay que pasar por alto la formación de combate adoptada por uno y otro ejército[128]. Escipión
2 dispuso sus tropas de la siguiente forma: había colocado por delante a sus legiones y a las de Juba; y detrás de éstas, en una línea de reserva, a los númidas, pero tan dispersos y en una formación tan extensa en longitud que, a lo lejos, la parte central de su frente daba la impresión de estar formada por una sola línea de tropas legionarias; [en cambio, en las
3 alas, parecía que había una doble línea]. Había situado a los elefantes en las dos alas, derecha e izquierda, dejando intervalos iguales entre ellos; luego, detrás de los elefantes había colocado a la infantería ligera y a los auxiliares númidas.
4 Había apostado toda la caballería embridada en su ala derecha, pues a su ala izquierda la protegía la ciudad de Uzita y
5 no había sitio para desplegar allí la caballería. Además, había colocado un contingente de númidas y una gran cantidad de infantería ligera en el lado derecho de su línea, pero separados por un trecho no inferior a una milla[129], y, además, había hecho que se apoyaran en la base de la cadena de colinas, alejándolos a la vez de los adversarios y de sus tropas. Hacía esto con la intención de que, una vez los dos ejércitos se hubiesen acometido, su caballería alargara su frente longitudinalmente al comienzo del combate y rodeara de improviso con su superioridad numérica al ejército de César, y

---

[127] Cf. nota 23.

[128] Se trata en este capítulo y en el siguiente de poner de manifiesto la desproporción de efectivos que había entre los dos ejércitos. Escipión contaba con once legiones y dos cohortes, no menos de 20.000 jinetes, una cantidad similar de infantería ligera y 60 elefantes. Por su parte, César sólo contaba con nueve legiones, con unos 3.500 jinetes y una cantidad todavía menor de infantería ligera.

[129] 1'5 Km.

lo desbaratara acribillándolo a tiros. Éste fue el plan de bata-
lla ideado por Escipión para la ocasión.

Por su parte, el frente de César estaba organizado, siguien- 60
do una ordenación de izquierda a derecha, de la siguiente
forma: puso en el ala izquierda a las legiones X y IX; en el
centro de la línea a las legiones XXV, XXVIII, XIII, XIV,
XXIX y XXVI[130]. Asimismo, había colocado en el ala dere- 2
cha una parte de las cohortes de las legiones de veteranos,
añadiéndoles unas pocas cohortes de reclutas. Por otro lado, 3
había trasladado la tercera línea hacia el ala izquierda y la
había extendido hasta el centro de su formación, colocándo-
la de manera que el ala izquierda tuviera tres escalones. La 4
explicación de este proceder residía en el hecho de que su
flanco derecho se encontraba protegido por los atrinchera-
mientos, en tanto que le preocupaba la capacidad de su flan-
co izquierdo para resistir la tremenda superioridad de la ca-
ballería enemiga; por ello, había situado en esta misma
posición a toda su caballería y, dado que confiaba poco en
ella, la había reforzado con la quinta legión y había interca-
lado entre los jinetes a la infantería ligera. A los arqueros los 5
había distribuido desigualmente por todas partes, en lugares
determinados y especialmente en las alas.

Así dispuestos los dos ejércitos, dejando entre ellos un 61
espacio no superior a trescientos pasos[131], se mantuvieron
firmes en su terreno desde la mañana hasta la hora déci-
ma[132], sin entablar combate, cosa que con anterioridad quizá
no había sucedido nunca. Y mientras César empezaba ya a 2
retirar su ejército al interior de sus fortificaciones, de repen-

[130] La numeración de las legiones presenta graves problemas de transmisión. El texto de Bouvet sigue literalmente las conjeturas de Nipperdey.

[131] Unos 450 m.

[132] Alrededor de las tres de la tarde.

te toda la caballería desembridada de los númidas y de los
gétulos, que era la que se hallaba más alejada, empieza a
moverse hacia la derecha y a acercarse al campamento cesa-
riano que se encontraba en la colina[133]; por su parte, la caba-
llería embridada de Labieno se mantenía en su posición re-
3 teniendo a las legiones; entonces, de improviso, un sector de
la caballería de César junto con la infantería ligera, temera-
riamente y sin que nadie se lo ordenara, avanza demasiado
lejos al encuentro de los gétulos a través de una zona panta-
nosa y, como que eran pocos en número, no pudieron resis-
tir el inmenso tropel enemigo y, abandonada la infantería
ligera, se retiraron hacia sus posiciones desbaratados y cas-
tigados; en la operación perdieron un jinete, muchos caba-
4 llos resultaron heridos y veintisiete infantes murieron. Una
vez concluido favorablemente este enfrentamiento ecuestre,
Escipión, lleno de satisfacción, retiró, ya de noche, las tro-
5 pas a su campamento. Sin embargo, la fortuna decidió no
conceder un gozo duradero a los combatientes, pues al día
siguiente, habiendo enviado César a una parte de su caballe-
ría a Leptis en busca de trigo, arremetieron de improviso
contra un escuadrón de jinetes númidas y gétulos que en-
contraron a su paso mientras se dedicaba al pillaje, y mata-
6 ron o capturaron a un centenar de sus componentes. César,
entretanto, sacaba a diario a sus legiones al campo y las ha-
cía trabajar construyendo un vallado y un foso a través de la
llanura, y no dejaba de interceptar las incursiones de los ad-
7 versarios. Del mismo modo, Escipión trazaba contrafortifi-
caciones y aceleraba su construcción a fin de que César no
8 le pudiera impedir el acceso a la cadena montañosa[134]; y

[133] Se trata de la fortificación de Sidi Jeha.

[134] No nos parece verosímil pensar, como hacen algunos comentaristas, que César traspasara la línea de la ciudad de Uzita, de forma que la altura mencionada fuera la colina de Mesdur, emplazada a espaldas de Uzi-

aunque los dos comandantes se encontraban ocupados en estos trabajos, sin embargo no dejaban ningún día de enzarzarse en combates ecuestres.

Entretanto, Varo, sabedor de la llegada, procedentes de 62
Sicilia, de las legiones séptima y octava, bota rápidamente la escuadra que con anterioridad había varado en Útica a fin de pasar el invierno, y allí mismo la provee de una dotación de remeros y soldados de marina gétulos y, saliendo de Útica con la idea de tender una trampa, llega a Hadrumeto con cincuenta y cinco naves. Sin saber de la llegada de éste, Cé- 2
sar envía a Lucio Cispio[135] con una escuadra de veintisiete naves a Tapso con la misión de apostarse allá y proteger la expedición; de forma similar, envía a Quinto Áquila[136] con trece naves de guerra a Hadrumeto por el mismo motivo[137].
Cispio llegó rápidamente a donde se le había enviado; en 3
cambio Áquila, empujado por una tempestad, no pudo doblar el promontorio y, alcanzando con su escuadra una ensenada que se encontraba al abrigo del mal tiempo, consiguió evitar que se le localizara desde lejos. El resto de la escua- 4
dra, fondeada junto a Leptis, se encontraba falta de defensores, ya que, habiendo desembarcado los remeros, merodea-

ta, debido al tremendo riesgo que supondría tener una posición aislada entre el campamento de Escipión y la ciudad. En consecuencia, se tiene que referir a la misma cadena montañosa a la que se ha hecho referencia repetidas veces con anterioridad.

[135] No está claramente establecida la filiación de Lucio Cispio; por una parte, se le relaciona con el tribuno Marco Cispio que en el año 57 participó en la campaña a favor del retorno de Cicerón del exilio (cf. CIC., *Sen.* 21); por otra, quizás sea el mismo Cispio Sevo que en el año 43 actúa como legado de Lucio Munacio Planco en la Galia (cf. CIC., *Fam.* X 18, 1; 21, 3).

[136] No se le conoce por ningún otro episodio.

[137] Del relato se infiere que la flota pompeyana estaba repartida en tres bases: Útica, Hadrumeto y Tapso, de las cuales la principal era la de Útica.

ban unos por la costa y otros se dirigían a la ciudad para
5 comprar subsistencias. Varo, sabedor de estas circunstancias por la delación de un desertor, viendo que se le presentaba la ocasión, sale en el transcurso de la segunda vigilia[138] del puerto interior de Hadrumeto, llega con toda su escuadra a Leptis al despuntar el día, prende fuego a las naves de carga que se encontraban fondeadas demasiado lejos del puerto y faltas de defensores, y se apodera de dos quinquerremes sin ninguna oposición.

63 Entretanto, César, informado rápidamente por unos mensajeros mientras recorría los trabajos en su campamento, distante seis millas[139] del puerto, a galope tendido y dejando de lado todo lo demás, llega rápidamente a Leptis y allí arenga a que le sigan todas las naves. Tras embarcar en un pequeño navío, alcanza en su derrota a Áquila, que se encontraba tremendamente asustado por la gran cantidad de naves enemigas, e inicia la persecución de la escuadra ad-
2 versaria. Entretanto, Varo, impresionado por la rapidez y audacia de César, cambia totalmente el rumbo y con toda su
3 escuadra pone proa a Hadrumeto. César, después de perseguirlo durante cuatro millas[140], tras lograr recuperar una quinquerreme con toda su dotación de soldados de marina[141] y capturar también a los ciento treinta soldados que la custodiaban, se apoderó de una trirreme enemiga que, cargada de remeros y de soldados de marina, se encontraba en las proximidades, ya que se había retrasado para hacerle frente.

---

[138] Entre las ocho y las doce de la noche.

[139] Unos 9 Km.

[140] Unos 6 Km.

[141] Este hecho parece contradecir lo expresado al final del capítulo anterior donde se señala que los barcos se encontraban faltos de defensores. Es posible que la falta de dotaciones afectara sólo a las naves de carga, pero no a las de guerra.

El resto de las naves enemigas consiguió doblar el promon- 4
torio y se retiraron todas al puerto interior de Hadrumeto.
César, en cambio, por culpa del mismo viento no pudo do- 5
blar el promontorio y se quedó toda la noche fondeado en
alta mar; al rayar el alba, se acerca a Hadrumeto y, tras in-
cendiar las naves de carga que se encontraban fuera del
puerto interior, en tanto que todas las demás eran varadas o
conducidas a la dársena interior, se quedó allí un corto espa-
cio de tiempo a la expectativa de si el enemigo quería enta-
blar un combate naval, y se retiró de nuevo a su campa-
mento.

En la trirreme fueron capturados Publio Vestrio, caballe- 64
ro romano, y Publio Ligario, antiguo oficial de Afranio, a
quien en compañía de otros César había licenciado en His-
pania[142]; después se había pasado a Pompeyo y, escapando
de la derrota de Farsalia, se había unido a Varo en África. A
éste César lo hizo ejecutar por perjuro y traidor. En cambio, 2
perdonó a Publio Vestrio, porque en Roma su hermano se
había hecho cargo de su rescate y porque él mismo había
defendido su causa ante César, señalando que, después de
ser capturado por la flota de Nasidio[143], se había beneficiado
del favor de Varo, cuando iba camino de la ejecución, y que
después no tuvo la posibilidad de cambiarse de bando.

Existe entre la gente de África la costumbre de tener en 65
el campo y en casi todas las quintas, escondido bajo tierra,

[142] Tras la capitulación de Afranio en la batalla de Lérida (cf. *BC* I 87).

[143] Lucio Nasidio comandaba la flota que en el año 49 Pompeyo envió en auxilio de Marsella. Tras una decepcionante participación en la batalla contra la flota cesariana que asediaba Marsella, se retiró con todas sus naves intactas a Hispania y de allí, enseguida, a África (*BC* II 3-7). No disponemos de más datos sobre la personalidad de Publio Vestrio que los que aquí se indican.

un silo donde guardar el trigo; suelen hacer uso de él con motivo de las guerras y especialmente ante la llegada repen-
2 tina del enemigo. Enterado César de esta práctica por medio de un delator, en el curso de la tercera vigilia[144] envía dos legiones junto con la caballería a diez millas del campamento y los recibe de vuelta cargados con gran cantidad de trigo.
3 Conocida esta incursión, Labieno se aleja hasta siete millas[145] de su campamento a través de la cadena de colinas por la que César había transitado el día anterior, sitúa allí un campamento para dos legiones y, pensando que César haría a menudo el mismo recorrido para conseguir trigo, él mismo se aposta cada día en un lugar propicio para tenderle una emboscada con un gran contingente de caballería y con la infantería ligera.

66 Entretanto, César, enterado a través de unos desertores de la emboscada que quería tenderle Labieno, se mantuvo quieto unos pocos días allí, a la espera de que los enemigos, a fuerza de repetir a diario la misma operación, se descuidaran y, repentinamente, una mañana, ordena que tres legiones de veteranos junto con una parte de la caballería le sigan por la puerta decumana[146] y, enviando por delante a la caballería y sin que se lo esperaran los que estaban emboscados, cayó de improviso sobre ellos, mató a unos quinientos soldados de infantería ligera que se encontraban ocultos en los ba-
2 rrancos y puso en vergonzosa fuga al resto. Entretanto, Labieno acude con toda su caballería en ayuda de los fugitivos.
3 Cuando los menguados efectivos montados de César ya no podían resistir más el empuje de tal multitud, César despliega sus legiones en formación de combate a la vista del ene-

[144] Entre las doce de la noche y las cuatro de la madrugada.

[145] Unos 10,5 Km.

[146] La puerta trasera del campamento y que, por tanto, quedaba fuera de la vista del enemigo.

migo. Esta maniobra atemorizó y detuvo a Labieno, quien optó por retirar intacta su caballería. Al día siguiente, Juba 4
hizo crucificar a todos los númidas que tras perder la posición habían huido para refugiarse en el campamento.

César, entretanto, atosigado por la falta de trigo, concen- 67
tra todas sus tropas en el campamento y, tras dejar guarniciones en Leptis, Rúspina y Acila, y de confiar el mando de la escuadra a Cispio y Áquila a fin de que asediaran por mar, uno, la ciudad de Hadrumeto y el otro, la de Tapso, prende fuego al campamento y en el transcurso de la cuarta vigilia[147], una vez formadas sus tropas en orden de combate y colocados los bagajes a la izquierda de la formación[148], marcha de aquel lugar y llega a Agar[149], ciudad que con anterioridad había sido objeto de repetidos ataques por parte de los gétulos y a la que sus propios habitantes habían defendido ardientemente. Allí César construyó un único cam- 2
pamento en medio de la llanura y salió él en persona con una parte del ejército en busca de trigo por las quintas de los alrededores; habiendo encontrado una gran cantidad de cebada, de aceite, de vino y de higos, aunque poco trigo, y rehechas así las tropas, regresa al campamento. Entretanto, 3
Escipión, conocida la marcha de César, empieza a seguirle con todo su ejército a través de la cadena de colinas y se instala a una distancia de seis millas[150] del emplazamiento de César, repartiendo sus tropas en tres campamentos.

---

[147] De madrugada, entre las cuatro y las ocho.

[148] Esta disposición del orden de marcha da a entender que César marcha hacia el sur y que protege sus pertrechos colocándolos en el lado opuesto a la posición del enemigo.

[149] En la actualidad El Maklouba, al norte de Ksur Essaf.

[150] Unos 9 Km.

68 Había una ciudadela llamada Zeta[151], situada a cinco millas[152] de la posición de Escipión y, por tanto, sometida a la zona de influencia de éste y de su campamento; se encontraba, en cambio, apartada y alejada del emplazamiento de
2 César, pues se hallaba a trece millas[153] de distancia. Hacia allí envió Escipión dos legiones en busca de trigo. Tras enterarse de esto por un desertor, César traslada el campamento de la llanura a una colina, por ser lugar más seguro, y, dejando allí una guarnición, sale él en persona con sus tropas en el transcurso de la cuarta vigilia[154], deja de lado el cam-
3 pamento enemigo y se apodera de la ciudad. Divisa a lo lejos las legiones de Escipión, que andan en busca de trigo, y, cuando intentaba acometerlas, advierte que tropas enemigas acuden en ayuda de esas legiones. Esta maniobra le disuadió
4 de atacar. Así pues, apresado Gayo *** Regino[155], caballero romano, amigo íntimo de Escipión y comandante de esta ciudadela, y Publio Atrio[156], caballero romano, miembro de la comunidad romana de Útica, y capturados veintidós camellos[157] del rey, tras dejar allí una guarnición a las órdenes de su legado Opio[158], César emprende el regreso al campamento.

---

151 De localización incierta, puede identificarse con Sidi Neja o con Beni Hassan.

152 Unos 7,5 Km.

153 Unos 20 Km.

154 A partir de las cuatro de la madrugada.

155 El gentilicio de este caballero romano, por lo demás desconocido, aparece deturpado en los manuscritos.

156 Tampoco tenemos más datos sobre este personaje, aparte de lo que se indica aquí y en el capítulo 89, 5.

157 Es la primera vez que aparece mencionado este animal en la historia de África.

158 No se trata de Gayo Opio, amigo de César; quizá se trate del Espurio Opio al que César promovió a la pretura del año 44.

Estando César no lejos del campamento de Escipión, por 69
el lado del cual tenía que pasar, Labieno y Afranio[159] con
toda la caballería y con la infantería ligera bajan desde las
colinas cercanas, donde se encontraban emboscados, y ata-
can su retaguardia. Al darse cuenta César del ataque, enfren- 2
ta a su caballería con las fuerzas enemigas, ordena a los le-
gionarios amontonar los bagajes y acometer rápidamente al
enemigo. Tan pronto como empezaron a atacar, a la primera 3
embestida de las legiones, la caballería y la infantería ligera
enemigas fueron rechazadas y desalojadas de la colina sin
dificultad. Y cuando ya César, pensando que los enemigos, 4
rechazados y atemorizados, iban a poner fin al hostigamien-
to, empezaba a reemprender la marcha, de nuevo irrumpen
con rapidez desde las colinas y, sirviéndose de la misma tác-
tica que he indicado anteriormente, atacan a las fuerzas le-
gionarias de César los númidas y lo mismo la infantería
ligera que, dotada de una admirable rapidez, estaba acos-
tumbrada a pelear entre las filas de la caballería y a atacar y
a retirarse a la par que ella. Puesto que hacían esto con reite- 5
ración, acosando a los soldados julianos cuando éstos mar-
chaban y retirándose cuando se plantaban, y, sin acercarse
demasiado, se servían de este tipo de combate, como si tu-
viesen suficiente con herir con sus tiros desde lejos, César
comprendió que no intentaban otra cosa que forzarle a esta-
blecer el campamento en aquel sitio, donde no había en ab-
soluto nada de agua, para que de esta manera el ejército, que
se encontraba en ayunas —pues los hombres no habían to-

[159] Fiel seguidor de Pompeyo, de quien fue legado en diferentes ocasiones; particularmente significativa fue su participación en la batalla de Ilerda, donde sus tropas unidas a las de Petreyo capitularon ante César. Había accedido al consulado en el 66. Por el testimonio de PLUTARCO (*César* 58), se sabe que en estos momentos tenía a su mando uno de los dos campamentos situados junto a Tapso.

mado nada desde la cuarta vigilia hasta la hora décima del día[160]—, y sus caballos perecieran de sed.

70 Estando ya a punto de ponerse el sol sin haber avanzado en total más que cien pasos[161] en tres horas, César, para evitar la pérdida de caballos, quitó a la caballería de la reta-
2 guardia y puso en su lugar a tropas legionarias. De esta forma, al avanzar sosegada y lentamente, y gracias a la protección brindada por los legionarios, podía resistir en mejo-
3 res condiciones la presión enemiga. Entretanto, la caballería númida, adelantándose por su flanco derecho y por el izquierdo a lo largo de las colinas, conseguía rodear, aprovechándose de su superioridad numérica, a las tropas de César en una especie de círculo, al tiempo que otra parte le seguía,
4 acosando la retaguardia. Entretanto, sólo con que tres o cuatro soldados veteranos de César se volviesen y lanzasen con energía sus venablos contra los amenazantes númidas, eran más de dos mil los que a una volvían grupas, para a continuación dar la vuelta de nuevo a sus caballos y volver al combate, siguiendo de cerca a la retaguardia y lanzando sus
5 dardos contra los legionarios. Así, César, ora avanzando, ora resistiendo, pudo completar con bastante retraso su trayecto y a primera hora de la noche puso a resguardo en el campamento a todos sus hombres sanos y salvos, excepción hecha
6 de diez heridos. Labieno, a su vez, se retiró a su posición, contabilizando la pérdida de unos trescientos hombres, con muchos heridos y con todas sus tropas exhaustas por el constante acoso. Escipión, entretanto, hizo entrar de nuevo en el campamento a las legiones que había sacado junto con los elefantes, a los que había dispuesto en formación delante del campamento, a la vista de César, para infundirle miedo.

---

160 Es decir, entre las seis de la mañana y la dos de la tarde.

161 150 m.

César, para hacer frente a esta forma de luchar del enemigo, instruía a sus tropas no como un general instruye a un ejército veterano y que ha realizado grandes gestas, sino como un maestro de gladiadores lo hace con sus pupilos novatos: cuántos pies hay que retroceder ante el enemigo, de qué forma hay que volverse contra el adversario, qué espacio se necesita para resistir, atacar, retroceder o simular un ataque, y casi casi desde dónde y cómo lanzar los dardos: este era el adiestramiento que daba César a sus tropas. Pues de forma admirable la infantería ligera enemiga conseguía mantener a nuestro ejército presa de la ansiedad y de la inquietud, ya que no sólo disuadía a los jinetes de entrar en combate, por la mortandad de caballos que causaba con sus venablos, sino que también agotaba a los legionarios con su rapidez; pues tan pronto como la infantería pesada, acosada por ellos, se detenía y les lanzaba un ataque, ellos con su gran velocidad lograban evitar fácilmente el peligro. 71 2

Esta situación inquietaba vivamente a César, puesto que cuantas veces se entablaba combate, él con su caballería y sin la infantería legionaria no podía de ningún modo equipararse a la caballería y a la infantería ligera del enemigo. Por otro lado, le inquietaba también el hecho de que todavía no había podido calibrar el comportamiento de las legiones enemigas, ni sabía muy bien de qué manera podría hacer frente a la caballería y a la infantería ligera adversarias, tropas verdaderamente admirables, si se les juntaban también las legiones. Añadíase también el que el tamaño y la cantidad de elefantes paralizaba de terror a los soldados. Sin embargo, era éste el único inconveniente para el que había encontrado solución. Pues había hecho traer elefantes de Italia, para que los soldados se familiarizasen con ellos y conociesen su aspecto y características, y así supieran a qué parte del cuerpo era mejor dirigir los dardos y, aunque el elefante 72 2 3 4

estuviera enjaezado y acorazado, qué parte de su cuerpo era la que quedaba desnuda y sin protección, para lanzar hacia allí los tiros; y lo hizo, además, para que los caballos no se asustaran por causa del olor, del barritar o del aspecto de los
5 elefantes, una vez acostumbrados a ellos. Gran parte de estos objetivos los había logrado; pues los soldados acariciaban a los animales con las manos, tomaban conciencia de su lentitud, y los jinetes se adiestraban en lanzar venablos embolados contra ellos, y la docilidad de estas bestias había facilitado que los caballos se acostumbraran a ellos.

73 Por los motivos que he mencionado antes, César se encontraba inquieto y se había vuelto más lento y cauteloso, y había abandonado su tradicional táctica de acometer las ope-
2 raciones bélicas con rapidez. Y no es sorprendente este cambio de actitud, pues disponía de tropas acostumbradas a pelear en la Galia, en terreno llano y contra los galos, hombres francos y nada insidiosos, que tenían costumbre de combatir fiados en su valor y no en el engaño[162]; ahora, en cambio, tenía que esforzarse en acostumbrar a sus soldados a conocer los engaños, traiciones y artimañas del enemigo, y qué era lo que convenía hacer y qué lo que convenía evitar.
3 Así pues, para que adquirieran más rápidamente estos conocimientos, procuraba no retener a sus legiones en un solo lugar, sino que con la excusa de ir en busca de trigo, las movía de aquí para allá, con el convencimiento de que las tropas enemigas les seguirían los pasos a él y a los su-
4 yos. Así que, a los dos días, saca sus tropas perfectamente dispuestas tal como les había enseñado y, bordeando de cerca el campamento enemigo, en un terreno llano muestra al enemigo su voluntad de combatir. Cuando ve que éste se

[162] Al noble carácter de los galos en la lucha se refiere reiteradamente César en el correspondiente comentario; también Estrabón, IV 4, 2.

muestra remiso, al atardecer retira sus legiones al campa-
mento.

Entretanto, se presentan unos delegados procedentes de 74
Vaga[163], ciudad vecina a Zeta, de la que César se había apo-
derado, como ya hemos indicado[164]. Le piden encareci-
damente que les envíe una guarnición, «que ellos le sumi-
nistrarán los pertrechos necesarios para la guerra». Casi al 2
mismo tiempo, como prueba de la buena disposición de los
dioses hacia César, un desertor informa a sus conciudadanos
de que el rey Juba había marchado con sus tropas a toda pri-
sa contra Vaga, antes de que la guarnición de César pudiera
alcanzarla, y de que al llegar la había rodeado con sus nu-
merosas tropas y la había tomado; había aniquilado, sin de-
jar uno, a todos sus habitantes y había entregado la ciudad a
sus hombres para que la saquearan y la destruyesen.

César, entretanto, purificado el ejército el día doce antes 75
de las calendas de abril[165], saca al día siguiente todas sus
tropas y, alejándose cinco millas[166] de su campamento, las
sitúa en formación de combate a unas dos millas[167] de la po-
sición de Escipión. Cuando se da cuenta de que los adversa- 2
rios, pese a haberles brindado durante mucho tiempo la oca-

---

[163] La identificación de esta localidad ha sido objeto de controversia al depender de la identificación de Zeta. Los que con S. Gsell sitúan Zeta en Sidi Neja, tienen que emplazar Vaga en Beni Hassan; en cambio, quienes con Veith sitúan Zeta en Beni Hassan, se ven obligados a emplazar Vaga en Zeramedine. Últimamente parece imponerse la opinión de H. H. Abdulwahab de identificar Vaga con Bâja, en la demarcación de Ued Bâja, departamento de Mahdia.

[164] Cf. 68, 1.

[165] 21 de marzo (= 21 de enero) del año 46. Precisamente esta fecha coincide con la de purificación del ejército, ritual que en Roma precedía tradicionalmente al inicio de las campañas militares.

[166] Unos 7,5 Km.

[167] Unos 3 Km.

sión de luchar, rechazan el combate, retira sus tropas y, al día siguiente, levanta el campamento e inicia la marcha hacia la ciudad de Sarsura[168], donde Escipión había colocado una guarnición de númidas y había almacenado trigo.
3 Cuando Labieno se da cuenta de esto, empieza a hostigar la retaguardia de César con la caballería y con la infantería ligera y, así, una vez que pudo apoderarse de los bagajes de los cantineros y mercaderes que transportaban en carros sus mercancías, se sintió más animado y tuvo la audacia de acercarse más a las legiones, pensando que los soldados, exhaustos por el peso de sus equipajes, no estaban en condi-
4 ciones de luchar. Pero esta eventualidad no le había pasado desapercibida a César, quien ya había ordenado previamente que trescientos soldados de cada legión marcharan libres de bagajes y dispuestos para el combate[169]. Y es a éstos a los que envía para enfrentarse a la caballería de Labieno y en
5 apoyo de sus escuadrones de caballería. Entonces Labieno, vuelta la grupa de sus caballos y aterrorizado sólo con ver
6 las enseñas, emprende una vergonzosa huida. Tras matar a muchos y herir a muchos más, los legionarios se reintegran a sus unidades y reemprenden la marcha. Labieno no dejó de seguirlos de lejos por la cresta de la cadena de colinas situada a la derecha.

76 Tras llegar César a la plaza de Sarsura, la guarnición de Escipión fue aniquilada ante la mirada de los adversarios, que no se atrevieron a socorrerlos, y pese a la dura resistencia que opuso Publio Cornelio[170], un reenganchado de Escipión, que se encontraba al mando del lugar; una vez cercado

[168] La actual Henchir el Ksur, al sudeste de Bu Merdas.

[169] Es bastante habitual en César el recurso a cohortes de intervención rápida como las presentes: cf. *BC* I 43, 3; 44, 5; 57, 1; III 75, 5.

[170] No conocido por otros episodios, sino por la valentía demostrada aquí.

y muerto éste gracias a la superioridad de los asaltantes, César se apodera de la plaza y, tras hacer allí mismo un reparto de trigo entre el ejército, llega al día siguiente a la ciudadela de Tisdra[171], en la que por aquel entonces se había instalado Considio con una fuerte guarnición y con su cohorte de gladiadores. César, una vez examinadas las características 2
de la ciudadela y disuadido de asaltarla por la falta de agua, se desplaza inmediatamente a unas cuatro millas[172] de distancia y acampa junto a un lugar de aguada[173]; de allí sale durante la cuarta vigilia[174] y regresa al campamento que había establecido junto a Agar. Hace lo mismo Escipión, y lleva sus tropas a su antiguo campamento.

Entretanto, los tabenenses, que se habían habituado a es- 77
tar bajo el dominio y la autoridad de Juba, pese a encontrarse situados en los confines marítimos de su reino, tras dar muerte a la guarnición real, envían una delegación a César; ponen en su conocimiento la acción que han llevado a cabo y le piden encarecidamente que les mande ayuda para proteger sus bienes en atención al buen comportamiento que habían tenido para con el pueblo romano. César, tras apro- 2
bar su actuación, envía a Marcio Crispo[175] con tres cohortes y muchos arqueros e ingenios de guerra para que se ocupe de la defensa de Tabena[176]. Al mismo tiempo, los legiona- 3
rios que, bien por estar aquejados de alguna enfermedad, bien por disfrutar de permiso, no habían podido pasar antes a África con sus unidades, llegaron junto a César en una so-

[171] Actual El Djem.

[172] Unos 6 Km.

[173] Bir el Aiun, a 6 Km al norte de Tisdra (El Djem).

[174] Entre las dos y media y las siete y media de la madrugada.

[175] Lugarteniente de César; tres años después, CICERÓN (*Fil.* 11, 12, 30) lo sitúa como procónsul en Oriente.

[176] Se trata seguramente del puerto de *Thaenae*, actual Thyna.

la expedición; este contingente lo constituían unos cuatro
mil infantes, cuatrocientos jinetes y mil honderos y arque-
4 ros. Entonces, hace salir a todas sus legiones, reforzadas con
estas tropas, y, adoptando la formación en la que había ejer-
citado a sus tropas, toma posiciones en la llanura a cinco mi-
llas de su campamento y a dos millas[177] del campamento de
Escipión.

78 Más abajo del campamento de Escipión había una ciu-
dadela llamada Tegea[178], donde éste solía tener un destaca-
mento de caballería integrado por unas dos mil unidades.
2 Desplegó esta caballería a derecha e izquierda de la fortale-
za y él en persona dispuso en línea de batalla a sus legiones,
sacándolas del campamento y formándolas en la parte infe-
rior de la cadena montañosa, pero sin alejarse más de mil
3 pasos[179] de sus propias fortificaciones. Dado que Escipión se
demoraba demasiado tiempo en el mismo lugar y el día iba
pasando sin ninguna actividad, César ordena a sus escua-
drones de caballería que realicen una carga contra la caba-
llería enemiga que se encontraba de guardia junto a la ciu-
dadela, y envía, en apoyo de esta acción, infantería ligera,
4 arqueros y honderos. Cuando empezó la maniobra y los ji-
netes julianos habían lanzado su carga a galope tendido, Pa-
cideyo[180] empieza a extender en longitud la línea formada
por su caballería, para que de esta forma tuvieran la posibi-
lidad de rodear los escuadrones julianos, pero sin dejar de
5 combatir dura y encarnizadamente. Cuando César se aperci-
be de esto, ordena que acudan en ayuda de la caballería los
trescientos hombres pertenecientes a la legión más cercana
al combate y que constituían el contingente que César acos-

[177] 7,5 Km y 3 Km, respectivamente.

[178] Se duda entre identificarla con Sidi Dekril o con Henchir Merbesse.

[179] 1,5 Km.

[180] Cf. 13, 1.

tumbraba a mantener expedito en cada legión. Labieno, en- 6
tretanto, enviaba refuerzos de caballería en ayuda de sus ji-
netes y de esta forma substituía a los heridos o a los agota-
dos por tropas de refresco con toda su capacidad intacta.
Cuando los cuatrocientos jinetes julianos ya no podían resis- 7
tir el empuje de los enemigos, que serían unos cuatro mil, y,
alcanzados por los disparos de la infantería númida, iban
cediendo poco a poco, César envió la segunda ala para que
socorriera de inmediato a los que se encontraban en dificul-
tades. Con esta acción, todos los suyos recuperaron el coraje 8
y, cargando contra el enemigo, lo pusieron en fuga; muchos
adversarios murieron, muchos más fueron heridos y, des-
pués de perseguirlos por espacio de tres millas[181] haciéndo-
los retroceder hasta la colina, los nuestros se replegaron
hacia sus líneas. César, tras mantener la formación de com- 9
bate hasta la hora décima[182], se retiró a su campamento con
todas las fuerzas intactas. En este combate Pacideyo fue 10
herido gravemente en la cabeza por un dardo que le atravesó
el casco, y muchos de sus oficiales y los más aguerridos de
sus soldados resultaron muertos o heridos.

Como no podía de ninguna manera obligar a los adver- 79
sarios a bajar a la llanura y a poner a prueba sus legiones, y
era consciente de que tampoco podía situar su campamento
más cerca del enemigo por la escasez de agua, al compren-
der que el adversario no confiaba en el valor de sus propias
tropas, sino que si lo menospreciaban, era precisamente por
la falta de lugares donde proveerse de agua, dos días antes
de las nonas de abril[183], en el transcurso de la tercera vigi-
lia[184], emprende la marcha alejándose de Agar dieciséis mi-

[181] 4,5 Km.

[182] Entre las dos y las tres de la tarde.

[183] Es decir, el cuatro de abril (= 4 de febrero) del 46.

[184] Entre medianoche y las tres de la madrugada.

llas[185] durante la noche e instala su campamento junto a
Tapso[186], plaza a cuyo frente se encontraba Vergilio secun-
dado por una importante guarnición; este mismo día comien-
za el asedio de la ciudad y a ocupar varios emplazamientos
especialmente adecuados para instalar destacamentos, a fin
de que los enemigos no pudiesen entrar en su perímetro de
influencia ni tomar ningún objetivo que se encontrara dentro
2 de él. Escipión, entretanto, conocidos los planes de César y
viéndose en la necesidad de presentar batalla a fin de no in-
currir en el supremo deshonor de abandonar a su suerte a
Vergilio y a los habitantes de Tapso, que habían mostrado
una extrema lealtad a su causa, salió enseguida en persecu-
ción de César amparándose en las alturas, y acabó por insta-
larse en dos campamentos a ocho millas[187] de Tapso.

80 Había una laguna de agua salada separada del mar por
una estrecha faja de tierra de no más de milla y media[188], en
la que Escipión intentaba penetrar para llevar ayuda a los
2 tapsitanos, acción que César había previsto que se produci-
ría. Así pues, tras construir un fortín en aquel lugar el día
anterior y dejar allí una guarnición de tres cohortes, él mis-
mo con el resto de sus tropas se dedicó a bloquear Tapso
con un campamento en forma de media luna y con diversas
3 obras de fortificación. Escipión, entretanto, apartado de su
primer objetivo, bordeó al día siguiente, de noche, el estan-
que por la parte de arriba y, al rayar el alba, se estableció
no lejos del campamento y del fortín arriba citados, a milla

[185] Unos 24 Km.

[186] Ciudad marítima, cuyas ruinas se encuentran junto a la localidad de Ras Dimasse.

[187] Unos 12 Km.

[188] La anchura del istmo sería de unos 2.300 m.

y media del mar, y empezó a fortificar su campamento[189].
Una vez que se le comunicó esto, César retiró inmediata- 4
mente a los soldados de las obras y, dejando al procónsul
Asprenate[190] con dos legiones para proteger el campamento,
se dirigió él mismo a toda prisa hacia este lugar; asimismo, 5
dejando una parte de la escuadra junto a Tapso, ordena que
las demás naves se acerquen lo más posible a la costa por la
espalda del enemigo y estén atentas a su señal; y una vez
dada ésta, prorrumpan de improviso en un gran griterío para
aterrorizar así a los enemigos sorprendidos por detrás, de
forma que, confundidos y espantados, se vean obligados a
mirar a sus espaldas.

Cuando César llegó allí y observó que Escipión tenía a 81
sus tropas dispuestas en formación de combate delante del
campamento y que había distribuido los elefantes entre el
ala derecha y la izquierda, y que, con todo, una parte de sus
efectivos no dejaba de fortificar eficazmente el campamen-
to, se apresuró a montar un dispositivo táctico a base de un
triple escalón, con las legiones X y VII en el ala derecha, y
la VIII y la IX en el ala izquierda; situó, además, cinco co-
hortes de la V legión en un cuarto escalón en las dos alas,

[189] Del testimonio de Dión Casio (XLIII) se puede deducir que el plan de Escipión consistía en cerrarle la salida a César por el istmo norte, en tanto que la salida por el istmo oriental quedaba bloqueada por la línea de fortificación de su campamento unido al de Juba. Esta peligrosa situación explicaría la rápida reacción de César y también su indecisión en el momento de afrontar un combate que tendría consecuencias gravísimas, caso de resultarle desfavorable. Tapso ocupa el extremo de una península ocupada en su parte central por la Sebkha Moknin, de forma que el acceso a la ciudad tiene que hacerse necesariamente por los pasos que quedan entre la Sebkha y el mar, al norte y al este.

[190] Nonio Asprenate es seguramente el mismo personaje que aparece mencionado en *BH* 10, 2; por otro lado, se considera que es el padre del lugarteniente de Varo, que defendió Maguncia tras la afrentosa derrota de Teutoburgo.

como refuerzo para combatir contra los elefantes; distribuyó a los arqueros y honderos por las dos alas, e intercaló a la infantería ligera por entre la caballería; él, a su vez, recorría la unidades a pie y, recordándoles a los veteranos su valor y los combates librados anteriormente, se esforzaba por ani-
2 marles con estos halagos. En cambio a los reclutas, puesto que todavía no habían participado en ninguna batalla, les animaba a emular el valor de los veteranos y a alcanzar la fama, la posición y el buen nombre de aquéllos logrando la victoria.

82 Así, mientras pasaba revista a su ejército, se dio cuenta de que los enemigos que se encontraban en torno a la empalizada andaban asustados y que corrían amedrentados de un lado para otro, y que una veces se replegaban puertas adentro y otras salían faltos de decisión y en completo desorden.
2 Como quiera que fuesen muchos los que empezaron a advertir el mismo hecho, los legados y los soldados reenganchados le pidieron de improviso a César que no dudara en dar la señal de ataque, pues los dioses inmortales le estaban
3 haciendo saber que la victoria decisiva sería suya. Pero mientras César dudaba y se resistía a atender el afán y las ansias de sus hombres, proclamando que no le gustaba nada en absoluto exponerse a las embestidas tumultuosas, al tiempo que trataba de retener una y otra vez a sus tropas, de repente, en el ala derecha y sin que César lo ordenara, un cor-
4 neta, obligado por los soldados, inició el toque de carga. Al oír la señal, todas las cohortes empezaron a marchar contra el enemigo y, aunque los centuriones se oponían plantándoles cara y trataban de impedir por la fuerza que lanzaran el ataque sin la orden de su general, todo fue en vano.

83 Cuando César se dio cuenta de que no había forma de contener los ánimos enardecidos de sus soldados, dando como contraseña el nombre de «victoria», se dirige por entre

las primeras filas a galope tendido al encuentro del enemigo. Entretanto, en el ala derecha los honderos y los arqueros 2
disparan rápida e insistentemente contra los elefantes. Ante esto, los animales, asustados por el silbido de las hondas y por las piedras y las balas de plomo que les lanzaban, se dan la vuelta y no sólo aplastan a los suyos que los seguían en nutrida y apretada formación, sino que también embisten contra las puertas de la empalizada que estaban a medio acabar y las derriban. Asimismo, los jinetes moros que se 3
encontraban en misión de apoyo en la misma ala que los elefantes, al verse desprotegidos, abandonan precipitadamente el campo. Así pues, rodeando rápidamente a los ele- 4
fantes, las legiones se apoderaron del atrincheramiento y, mientras unos pocos soldados resistían vigorosamente hasta morir, los demás se apresuran a escapar hacia el campamento del que habían salido el día anterior.

No parece oportuno silenciar el valor demostrado por un 84
veterano de la V legión. En efecto, como quiera que en el ala izquierda un elefante herido y enfurecido por el dolor hubiese embestido contra un cantinero desarmado, y, tras echarlo bajo sus patas, con la rodilla doblada, lo estuviera aplastando con todo su peso hasta matarlo, mientras agitaba su trompa extendida en medio de enormes barritos, nuestro soldado no pudo resistir el impulso de arremeter con sus armas contra el animal. Pero cuando el elefante lo vio llegar 2
con el arma en ristre, dejando el cadáver, rodea al soldado con la trompa y lo levanta en todo lo alto. El soldado, al 3
ver que en una situación tan peligrosa tenía que obrar con firmeza, no dejó de golpear lo más fuertemente que pudo con su espada la trompa que le aprisionaba. El elefante, es- 4
tremecido de dolor, soltó al soldado y dando la vuelta, en medio de terribles bramidos, regresó a la carrera junto a los demás animales.

85 Entretanto, los que formaban la guarnición de Tapso realizan una salida de la ciudad por la puerta del mar y, bien fuera porque querían acudir en ayuda de los suyos, bien fuera porque abandonando la ciudad buscaban la salvación en la huida, la realidad es que salieron y, metiéndose en el mar de forma que el agua les llegaba hasta la cintura, trataban de
2 alcanzar tierra firme. Pero una vez que los esclavos y los criados que había en el campamento se lo impidieron tirándoles piedras y venablos, se refugiaron de nuevo en la ciu-
3 dad. Entretanto, arrolladas las tropas de Escipión, y mientras tratan de huir en desbandada por todo el campo de batalla, las legiones de César al punto las persiguen sin darles la
4 ocasión de reagruparse. Después que los fugitivos llegaron al campamento que querían con la idea de recuperarse y de emprender la resistencia, de encontrar un jefe que les sirviera de guía y en cuyo prestigio y autoridad pudieran confiar para la acción, al advertir ellos mismos que allí no había nadie de guardia, inmediatamente arrojan cascos y escudos, y
5 emprenden la huida hacia el campamento del rey[191]. Cuando llegan allá, ven que este campamento también está en poder de los julianos. Perdida la esperanza de salvación, se instalan en una colina y, rindiendo armas, saludan al estilo militar. Pero les sirvió esto de poca ayuda a los pobres des-
6 graciados. Pues no sólo era imposible conseguir que los sol-

[191] La situación en que se encuentran los soldados confirma el hecho, transmitido por otras fuentes (Plutarco, *Catón Men.* 58, 60; Apiano, *Guerras civiles* II 97; Dión Casio, XLIII 9, 5), de que Escipión había huido abandonando sus tropas. Por otra parte, es lógico que los cesarianos hubieran ocupado ya el campamento, pues las tropas de Escipión en su huida habían tenido que bordear la Sebkha por la parte exterior, la más larga, en tanto que a las tropas de César les había bastado con recorrer a lo largo el istmo del este; a esta explicación geográfica hay que añadir que las tropas de Juba habían emprendido la huida al apercibirse del descalabro sufrido por Escipión.

dados veteranos, presos de la ira y del rencor, perdonaran al
enemigo, sino que además hirieron o mataron a muchos per-
sonajes conocidos de su propio ejército a los que atribuían la
responsabilidad de ***[192]. Entre ellos estaba el excuestor 7
Tulio Rufo[193] que murió atravesado por un venablo que le
lanzó expresamente un soldado. Igualmente Pompeyo Ru-
fo[194], herido de un golpe de espada en un brazo, hubiese pe-
recido, de no haber buscado rápidamente refugio junto a
César. Ante estos hechos, muchos caballeros y senadores 8
romanos se retiraron del combate por miedo de que también
a ellos los mataran los soldados; pues éstos, de resultas de
tan gran victoria, se habían atribuido el derecho de actuar al
margen de toda disciplina, confiando en que la gran gesta
realizada les valdría la impunidad. Así pues, los soldados de 9
Escipión, pese a implorar la protección de César y a estar en
presencia de éste, que suplicaba a sus soldados que los per-
donaran, fueron todos ejecutados sin excepción.

César, dueño de tres campamentos, dejando diez mil 86
enemigos muertos y puestos en fuga muchos más, se retiró a
su campamento sin registrar más que la pérdida de cincuen-
ta soldados y unos pocos heridos, y nada más llegar se ins-
taló delante de la ciudad de Tapso; toma sesenta y cuatro
elefantes equipados y armados con torres y arneses, y los
coloca en formación de combate delante de la ciudad; su in-
tención era ver si con la evidencia de la derrota de los suyos
podía vencer la obstinación de Vergilio y de los que con él
sufrían el asedio. Luego, él mismo convocó a Vergilio y lo 2
invitó a rendirse, recordándole su benignidad y clemencia.
Pero al ver que éste no le respondía, se alejó de la ciudad. 3

---

[192] El texto presenta una pequeña laguna.

[193] Carecemos de otros datos acerca de este personaje.

[194] No tenemos más información sobre este personaje.

Al día siguiente[195], tras sacrificar a los dioses, convoca una asamblea y a la vista de los habitantes de Tapso y ante la tribuna del campamento felicita a los soldados, concede recompensas a todos los veteranos, otorga premios a los que se lo han merecido por su valor y sus acciones, y, dejando al procónsul Rébilo[196] con tres legiones junto a Tapso y a Gneo Domicio[197] con otras dos en Tisdra —ciudad a cuyo frente estaba Considio— con la misión de continuar el asedio, él parte enseguida de allí y emprende el camino hacia Útica, a donde había enviado por delante a Marco Mesala con la caballería.

87 Entretanto, los jinetes de Escipión que habían logrado escapar del combate, en su camino hacia Útica, arriban a la
2 ciudad de Parada[198]. Allí, al negarse sus habitantes a acogerlos, ya que la noticia de la victoria de César había llegado antes, se apoderan de la ciudad por la fuerza, amontonan madera en medio del foro y, reuniéndolas allá, prenden fuego a las pertenencias de todos los ciudadanos; luego, vivos y atados, echan a las llamas a los habitantes de la ciudad, sin importarles su sexo ni su edad, infligiéndoles así un terrible castigo; a continuación, sin más dilaciones, llegan a Útica.
3 Con anterioridad, Marco Catón, considerando que en los uticenses, dados los beneficios que habían obtenido de la ley

[195] El 7 de abril (= 7 de febrero) del 46.

[196] Caninio Rébilo había sido lugarteniente de César en la Galia y luego en África; como lugarteniente de Curión, fue de los pocos que lograron salvarse de la derrota sufrida ante Juba. Cf. *BC* II 24 y 34.

[197] Cónsul en el 53 y en el 40, partidario de César, en la batalla de Farsalia comandó el centro de las líneas cesarianas. Tras su segundo consulado, fue gobernador de Hispania y alcanzó el triunfo en el año 36 a. C. Cf. *BC* III 34, 3 y 89, 3; y *BAl* 34 y 36-40.

[198] Conocida por otro nombre como *Pheradi Maius*; se corresponde con la actual Henxir Sidi Khalifa.

Julia[199], encontraría poca ayuda para su causa, había expul-
sado de la ciudad a la plebe desarmada y, concentrando a la
muchedumbre en un campamento delante de la puerta Béli-
ca, les había dotado por toda protección de un pequeño foso
y les había obligado a residir allí rodeados de guardias; por
otra parte, mantenía bajo vigilancia al senado de la ciu-
dad[200]. Los jinetes acometen y tratan de tomar este campa- 4
mento, puesto que sabían que sus moradores se habían mos-
trado favorables al partido de César, de forma que pensaban
que con la muerte de éstos vengarían el dolor de su derrota.
Los uticenses, recobrado el ánimo con la victoria de César, 5
los rechazaron a pedradas y a palos. Así, puesto que no pu- 6
dieron apoderarse del campamento, se precipitaron hacia
Útica y allí dieron muerte a muchos de sus habitantes, se
apoderaron de sus casas y las saquearon. Catón, al ver que 7
no podía convencerlos de ninguna forma para que colabora-
ran con él en la defensa de la ciudad y renunciaran a las car-
nicerías y a los pillajes, y, sabiendo perfectamente qué era lo
que querían, les entregó a cada uno de ellos cien sestercios a
fin de calmar su furor. Lo mismo hizo Sila Fausto[201], to- 8
mándolo de su fortuna particular, y en compañía de ellos sa-
lió de Útica y emprendió la marcha hacia el reino del Juba.

[199] No sabemos con exactitud qué beneficios podía procurar a los uticenses esta ley que, como mínimo, debía remontarse al consulado de César del año 59.

[200] Se considera que Útica, como ciudad libre, había mantenido la organización municipal anterior a la caída de Cartago.

[201] Lucio Cornelio Sila Fausto era hijo de Sila y yerno de Pompeyo; sabemos que participó como tribuno militar de Pompeyo en la toma de Jerusalén en el 63; consiguió la cuestura en el año 54 y en el 48 lo encontramos en calidad de procuestor en el ejército de Pompeyo que operaba en Macedonia.

88 Entretanto, son muchos los fugitivos que llegan a Útica;
a todos ellos los convoca Catón junto con los trescientos[202]
que habían aportado su dinero a Escipión para la guerra y
los exhorta a manumitir a su servidumbre y a defender la
2 ciudad. Pero habiéndose dado cuenta de que sólo una parte
estaba de acuerdo con su propuesta, mientras que los otros
estaban asustados y con la mente puesta en la huida, dejó de
ocuparse de esta cuestión y les facilitó unas naves para que
3 cada uno pudiera dirigirse a donde quisiera. Él, por su parte,
después de poner cuidadosamente en orden todos sus asun-
tos y de confiarle sus hijos a Lucio César[203], quien por en-
tonces ejercía junto a él el cargo de procuestor, sin levantar
ningún tipo de sospecha, con la misma apariencia y sirvién-
dose de las mismas palabras que había acostumbrado a em-
plear en los días anteriores al retirarse a dormir, se llevó es-
condida una espada a su habitación y se la clavó en el
4 vientre. Había caído, pero estaba todavía con vida, cuando
acudieron precipitadamente a su habitación, sospechando
algo, el médico y sus allegados, y, cuando intentaban cerrar
la herida y vendársela, él mismo con gran presencia de áni-
5 mo se la abrió de nuevo y se dejó morir[204]. Aunque los ciu-

[202] Pese a que en ocasiones se habla también de la asamblea (*conuentus*) de los trescientos, éstos no constituían una entidad orgánica en el gobierno de la ciudad, sino que eran un grupo de influencia formado por las fuerzas vivas de la ciudad, especialmente mercaderes y comerciantes.

[203] Lucio Julio César era pariente lejano de Julio César. Tras intentar lograr en vano, en el año 49, un acercamiento entre César y Pompeyo, optó por el bando de éste, de quien recibió el encargo de pasar a África para impedir el desembarco de Curión, empresa en la que no destacó demasiado (cf. *BC* II 23, 3).

[204] El relato de la muerte de Catón adquiere tintes más dramáticos en las versiones que dan otros autores como PLUTARCO (*Catón Men.* 72; *César* 54), DIÓN CASIO (XLIII 11), APIANO (*Guerras civiles* II 99), VALERIO MÁXIMO (III 2, 14) y FLORO (II 13, 71-72).

dadanos de Útica lo odiaban en razón del partido que había
tomado, sin embargo, a causa de su singular integridad, por
haber sido muy diferente de los demás comandantes, por
haber fortificado Útica con admirables obras y por haber
aumentado el número de las torres de defensa, le otorgan el
reconocimiento de unas exequias públicas. Una vez muerto, 6
Lucio César, a fin de recabar algún provecho de lo sucedido,
convoca al pueblo y celebra una asamblea en la que exhorta
a todos a abrir las puertas de la ciudad, confesando que él
tiene una gran esperanza en la clemencia de Gayo César. Y 7
así, abiertas las puertas, sale de Útica y marcha al encuentro
de César *imperator*. Mesala, tal como se le había ordenado,
llega a Útica y coloca guardias en todas las puertas.

César, entretanto, sale de Tapso y llega a Uzita, donde 89
Escipión tenía bajo una escasa protección gran cantidad de
trigo, armas, proyectiles y demás pertrechos bélicos. Nada 2
más llegar, se apodera de todo y a continuación marcha a
Hadrumeto. Habiendo entrado allí sin ningún impedimento,
tras hacer inventario de las armas, del trigo y del dinero, les
perdonó la vida a Quinto Ligario[205] y a Gayo Considio,
hijo[206], que por entonces se encontraban allí. Luego, en el 3
mismo día, sale de Hadrumeto, dejando allí a Livineyo Ré-
gulo[207] con una legión, y se encamina a Útica. En el trayecto 4
le sale al encuentro Lucio César y se abalanza a sus pies sin
pedirle más que la vida. César, de acuerdo con su carácter y 5

---

[205] Quinto Ligario, como legado del propretor Gayo Considio, asumió en ausencia de éste el gobierno de la provincia de África en el 50. Cuando estalló la guerra civil, se puso a las órdenes del legado propretor de Pompeyo, Atio Varo, y en colaboración con éste impidió en la primavera del 49 el desembarco del gobernador legal de la provincia, Tuberón.

[206] Acerca del padre, véase nota 15.

[207] Este personaje debía ser a la sazón muy joven, pues no empezó su carrera política hasta el año 43, en que ejerció el cargo de cuadrúnviro; en el año siguiente, el 42, fue *praefectus urbi*.

su costumbre, le concedió fácilmente lo que pedía; del mismo modo trató, siguiendo su tradicional actitud, a Cecina, a Gayo Ateyo, a Publio Atrio, a Lucio Ocela, padre e hijo, a Marco Epio, a Marco Aquinio, al hijo de Catón y a los hijos de Damasipo[208]; ya casi noche cerrada llega a Útica, si bien esta noche la pasó fuera de la ciudad.

90 Al día siguiente entró en la ciudad por la mañana y, tras convocar una asamblea, arengó a los uticenses y les dio las gracias por la fidelidad que habían mostrado hacia él; por otro lado, a los ciudadanos romanos, tanto a los negociantes como a los que formaban parte del consejo de los trescientos, que habían aportado dinero a Varo y a Escipión, tras acusarlos extensamente y dirigirles un largo alegato sobre sus crímenes, al final, les comunicó que podían mostrarse sin temor: que él les concedería por lo menos la vida; y que, en cambio, pondría en venta sus bienes; pero que si alguno los adquiría de nuevo, él registraría la venta y consignaría el dinero a título de sanción, de forma que cada uno podría
2 mantener su integridad. Éstos, que se encontraban muertos de miedo y sin esperanzas de salvar la vida, dada su culpabi-

[208] Carecemos de cualquier otra referencia respecto a Ateyo, Atrio y Aquinio; y lo mismo cabría decir del hijo de Catón, aunque a él se refieren a propósito del mismo episodio PLUTARCO (*Catón Men.* 65-73), APIANO (*Guerras civiles* II 98-100) y DIÓN CASIO (XLIII 11-12). Acerca de los Ocela, plantea dificultades la tramisión textual de sus nombres; con todo, parece clara su amistad con CICERÓN (*Ático* X 10, 4; 13, 3; 17, 3; y XVI 12), y su implicación en los acontecimientos que siguieron a la muerte de César, lo que, tras la batalla de Filipos, forzó su exilio en Samotracia. De Cecina conocemos su amistad con CICERÓN (*Fam.* VI 5-9; XIII 66), su decidido apoyo a Pompeyo y su animadversión hacia César, contra quien escribió un duro panfleto (SUETONIO, *César* 75, 5; CICERÓN, *Fam.* VI 7, 1). Marco Epio era un senador que desde el principio tomó partido por Pompeyo (CICERÓN, *Fam.* VIII 11 B, 1). Finalmente, Licinio Damasipo era uno de los senadores que acompañaban a Juba cuando éste hizo su entrada triunfal en Útica tras derrotar a Curión (*BC* II, 44, 3).

lidad, al ver que súbitamente se les ofrecía la salvación, aceptaron de buen grado y con alegría las condiciones que se les imponían y pidieron a César que fijara para los trescientos una contribución pagadera en forma solidaria. Así 3 pues, una vez que se les impuso la obligación de pagar al erario romano doscientos millones de sestercios en seis plazos durante tres años, nadie se opuso a ello, sino que, confesando todos que en este día habían vuelto a nacer, le dieron las gracias a César en medio de una gran alegría.

Entretanto, el rey Juba, que había huido del combate, es- 91
condiéndose de día en los predios en compañía de Petreyo, logra por fin, a base de marchas nocturnas, llegar a su reino y acercarse a la ciudad de Zama[209], donde tenía su residencia, a sus mujeres y a sus hijos; hacia esta ciudad había acarreado todo el dinero y todas las cosas de valor que había en el reino, y la había fortificado de forma impresionante al comienzo de la guerra. Pero los habitantes de la ciudad, 2
habiendo recibido con anterioridad la noticia, tan esperada, de la victoria de César, le impidieron la entrada en la ciudad, porque, al declarar la guerra al pueblo romano, con la madera acopiada había montado una enorme pira en medio del foro, con la finalidad de, si el azar le deparaba la derrota en la guerra, acumular allí todos sus bienes, arrojar a ella a todos los ciudadanos tras ejecutarlos, prenderle fuego, y luego, finalmente, quitarse él la vida encima de la hoguera y de esta forma quemarse con sus hijos, sus esposas, sus súbditos y todos los tesoros reales. Después que Juba trató 3
de conseguir que los habitantes de Zama le permitieran el

[209] Se trata de *Zama Regia*, actualmente Seba-Bihar, una de las capitales de Juba; situada en una llanura en la que se había producido la trascendental derrota de Aníbal en la segunda guerra púnica. Existen otros emplazamientos que llevan el mismo nombre, pero, a diferencia de ésta, se encuentran situados en terreno montañoso.

acceso, en un largo e intenso debate habido a las puertas de la ciudad, primero, con amenazas en consonancia con su poder; luego, al ver que no avanzaba nada, suplicando que le dejaran acceder hasta sus dioses penates; cuando ve que persisten en su decisión y que no los conmueven ni sus amenazas ni sus súplicas, pide, en tercer lugar, que le devuelvan a las mujeres y a los hijos, a fin de que pueda llevárselos con-
4 sigo. Al ver que tampoco recibía respuesta alguna de los habitantes de la ciudad, sin conseguir nada de ellos, se retira de Zama y se dirige en compañía de Petreyo y de unos pocos jinetes a uno de sus predios.

92 Entretanto, los de Zama le envían legados a César, que se encontraba en Útica, para informarle de estos acontecimientos y le piden que les envíe ayuda antes de que el rey pudiera reunir tropas y atacarlos: que ellos, por su parte, estaban dispuestos a poner en sus manos sus personas y su
2 ciudad, mientras les quedara vida. César, tras felicitarlos, ordena a los legados que le precedan y anticipen a la ciudad el anuncio de su llegada. Él, al día siguiente, sale de Útica
3 con la caballería y se encamina hacia el reino de Juba. En el trayecto muchos comandantes de las tropas reales llegan al
4 encuentro de César y le imploran su perdón. Una vez que les concede la gracia que le suplicaban, llegan a Zama. Entretanto, extendida la fama de su benignidad y clemencia, casi todos los jinetes del reino llegan a Zama al encuentro de César, quien los descarga de miedo y de peligro.

93 Mientras en uno y otro sitio tienen lugar estos hechos, Considio, que ejercía el mando en Tisdra con la ayuda de su tropa de esclavos, de sus gladiadores y de los gétulos, al enterarse de la derrota de los suyos, asustado por la llegada de Domicio y de las legiones[210], y, perdida la esperanza de sal-

[210] Cf. cap. 86, 3.

varse, abandona la ciudad y, cargado de dinero, huye a escondidas en compañía de unos pocos bárbaros y emprende la marcha hacia el reino de Juba. Los gétulos, sus acompa- 2 ñantes, ávidos de botín, le dan muerte a mitad de trayecto y luego se dispersan hacia donde pueden. Entretanto, Gayo 3 Vergilio[211], bloqueado por tierra y por mar, viendo que no tenía salida, que los suyos habían sido muertos o puestos en fuga, que en Útica Marco Catón se había suicidado con sus propias manos, que el rey andaba de aquí para allá, abandonado por los suyos y odiado por todos, que Saburra y sus tropas habían sido destruidas por Sitio, que César había sido acogido en Útica sin oposición y que no quedaba ningún resto de un ejército tan importante, tras recibir del procónsul Gayo Caninio, que lo estaba asediando, la promesa de respetarlo a él y a sus hijos, se entregó al procónsul junto con la ciudad y todos sus bienes.

Entretanto, el rey Juba, puesto que todas las ciudades le 94 cerraban las puertas, perdida la esperanza de salvación, tras intentarlo todo, concierta con Petreyo un duelo a espada entre ellos para dar la impresión de que habían muerto valerosamente, y Petreyo, hombre de mayor fortaleza, acabó fácilmente con el débil Juba a golpes de espada. Luego, tras intentar él mismo atravesarse el pecho con la espada sin conseguirlo, le suplicó a un esclavo suyo que lo matara y logró así su objetivo[212].

---

[211] Cf. cap. 86, 3.

[212] La tradición manuscrita del *Bellum Africum* ofrece de forma unánime la lectura inversa, *Iuba Petreium*, es decir, que fue Juba quien mató a Petreyo. Sin embargo, los editores recogen indefectiblemente la conjetura que da pie a nuestra traducción, a partir de la antigua propuesta de Rubenius basada en las *Períocas* de Livio (114) y en los *Epítomes* de Floro (II 13, 69).

95 Entretanto, Publio Sitio, tras batir al ejército del lugarteniente de Juba, Saburra, y dar muerte a éste, mientras en compañía de unos pocos efectivos marchaba por la costa al encuentro de César, se topó casualmente con Fausto y Afranio, que comandaban la cuadrilla que había saqueado Útica y que trataban de llegar hasta Hispania; su contingente era
2 de unos mil hombres. Así pues, tras montar rápidamente durante la noche una emboscada, los atacó al rayar el alba y, con excepción de unos pocos jinetes de la vanguardia que habían logrado huir, a los demás o los mató o los hizo prisioneros; capturó vivos a Afranio y a Fausto, junto con la
3 mujer y los hijos de éste. Pocos días después, se produjo entre los soldados un altercado en el que resultaron muertos Fausto y Afranio[213]; César le perdonó la vida a Pompeya y a los hijos de Fausto, y les permitió conservar todas sus pertenencias.

96 Entretanto, Escipión junto con Damasipo, Torcuato[214] y Pletorio Rustiano[215], tras ser larga y violentamente sacudidas por el temporal las naves de guerra en las que intentaban llegar a Hispania, son arrojados junto a Hipona la Real[216],
2 donde a la sazón estaba la escuadra de Publio Sitio. Rodeados por una escuadra superior en número, los escasos navíos

[213] Las fuentes difieren sobre la responsabilidad de César en estas muertes; por un lado, lo disculpan el autor del *Bellum Africum* y SUETONIO (*César* 75, 6); por otro, lo hacen directamente responsable DIÓN CASIO (XLIII 12, 2) y FLORO (II 13, 90). Cf. nota 201.

[214] Lucio Manlio Torcuato era amigo de Cicerón; en el año 49 ejerció la pretura y en el 48 se vio obligado a entregarle a César la plaza de Órico en el Epiro, acción con la que consiguió que César le perdonara la vida.

[215] Personaje del que no se tienen otras referencias.

[216] *Hippo Regius* se corresponde con la actual localidad de Annaba (o Bona) en la costa occidental de Túnez.

de Escipión fueron hundidos y allí perdió la vida Escipión junto a éstos que he mencionado poco antes[217].

Mientras tanto, en Zama César subasta las posesiones 97
reales, pone en venta los bienes de quienes, siendo ciudadanos romanos, habían levantado sus armas contra el pueblo romano, concede recompensas a los habitantes de Zama por haber tomado la decisión de cerrarle las puertas al rey, da en arriendo el derecho de cobro de los impuestos reales y, tras convertir el reino en provincia y dejar allí a Gayo Salustio como procónsul con poder militar, abandona la ciudad y
vuelve a Útica. Allí, tras poner en venta los bienes de los 2
que habían servido como oficiales a las órdenes de Juba y Petreyo, impone a los naturales de Tapso una multa de dos millones de sestercios y a la comunidad romana que allí residía otra multa de tres millones; asimismo, tres millones a los de Hadrumeto y cinco millones a la comunidad romana residente; por otro lado, protege contra toda violencia o pi-
llaje las ciudades y los bienes de sus habitantes. A los de 3
Leptis[218], a quienes en los años anteriores Juba les había arrebatado los bienes y que, quejándose a través de legados ante el senado, habían conseguido por medio del arbitraje dictado por éste recuperarlos, los multa con tres millones de libras de aceite anuales, dado que en un principio, a causa de una disputa entre sus principales ciudadanos, se habían aliado con Juba y lo habían socorrido con armas, soldados y
dinero. A los de Tisdra, en atención a la pobreza de su ciu- 4
dad, los multa únicamente con una cierta cantidad de trigo.

[217] Según se deprende del testimonio de LIVIO *(Períocas* 114) y FLORO (II 13, 68), Escipión se suicidó clavándose la espada y tirándose al mar.

[218] Se trata de Leptis Magna, actualmente Lbqy, entre las dos Sirtes. A los problemas internos de la ciudad alude CÉSAR en *BC* II 38.

98 Arreglados estos asuntos, en las idus de junio[219] embarca
en Útica y a los dos días llega a Cerdeña, a la ciudad de Cá-
2 ralis[220]. Allí impone una multa de cien mil sestercios a los
habitantes de Sulcis[221] por haber dado acogida a Nasidio y a
su escuadra, y haberlo socorrido con tropas[222]; y en lugar de
contribuir con el diez por ciento de las cosechas les ordena
hacerlo con el doce y medio por ciento, y pone en venta los
bienes de unos pocos particulares; y así, cuatro días antes de
las calendas de julio[223] embarca y, bordeando la costa desde
Cáralis, a los veintisiete días[224], puesto que el mal tiempo lo
retuvo en puerto, llega a Roma.

---

[219] El 13 de junio (= 14 de abril) del 46.

[220] La actual Cagliari.

[221] Actualmente Sol.

[222] No está claro si el episodio aquí referido tuvo lugar en el año 49, cuando Nasidio hizo escala en la ciudad mientras se dirigía a socorrer Marsella, asediada por César, o con motivo de alguna de las incursiones que la flota pompeyana de África realizó por las costas de Cerdeña en los años 48 y 47.

[223] El 27 de junio (= 28 de abril) del 46.

[224] El 25 de julio (= 25 de mayo) del 46.

ÍNDICE DE NOMBRES

GUERRA DE HISPANIA

SINOPSIS

Año 45

1. Actuación de Gneo Pompeyo, hijo, en la Hispania Ulterior.
2. César llega de improviso a la Hispania Ulterior.
3. Situación de la provincia. César envía ayuda a Ulia, asediada por Gneo Pompeyo.

4-5. César pone cerco a Córdoba, gobernada por Sexto Pompeyo. Su hermano Gneo levanta el asedio de Ulia. Lucha por el control del puente de Córdoba.

6-10. César deja Córdoba y pone cerco a Ategua. Gneo Pompeyo lo sigue. Su caballería se impone a la de César. Gneo Pompeyo instala su campamento entre Ategua y Ucubis. Cómputo de sus fuerzas. Orografía de la región. Lucha por el bastión de *Castra Postumiana*. Le llegan refuerzos a César. Pompeyo se retira hacia Córdoba.

11-19. Continúa el asedio de Ategua. Deserciones en la ciudad. Detenciones diversas. Intercepción de mensajeros. Ofertas de rendición. Pompeyo fortifica el entorno de su campamento y ocupa un reducto cesariano. Salidas diversas de los asediados. Crueldad de la guarnición. Los ategüenses envían una embajada a César. Otros incidentes menores. Rendición de Ategua.

20-21. Gneo Pompeyo instala su campamento junto a Ucubis. Parte de incidentes y deserciones pompeyanas.

22. Fracasa una embajada enviada a Bursavo. Incidentes en la ciudad.
23. César acerca su campamento al de Pompeyo. César fortifica los alrededores del campamento y es hostigado por el enemigo.
24-25. Los dos ejércitos se instalan junto a Soricaria. Lucha por el fortín de Aspavia. Los pompeyanos siguen dificultando las obras de fortificación de César. Combate singular.
26. César otorga recompensas. Nuevas deserciones entre los pompeyanos. Interceptada una carta de Pompeyo a los habitantes de Ursao.
27. Pompeyo da orden de incendiar Ucubis y tralada su campamento junto a Éspalis. César toma Véntipo, marcha hacia Carruca y luego hacia Munda, donde estaba instalado Pompeyo.
28-31. Pompeyo presenta batalla confiado en la ventaja de su posición. Configuración del terreno. Batalla de Munda. Balance de la batalla.
32. Consecuencias de la batalla. Sexto Pompeyo huye de Córdoba. Gneo Pompeyo escapa hacia Carteya.
33-34. César, dejando asediada Munda, marcha sobre Córdoba. Suicidio de Escápula. Asalto e incendio de Córdoba.
35-36. La confusa situación de Híspalis, plaza controlada por los lusitanos. Ardid de César para tomar la ciudad. Los habitantes de Carteya se ofrecen a entregarle a Gneo Pompeyo. Rendición de Hasta y de parte de la guarnición de Munda.
37-39. Estallan disensiones en Carteya. Gneo Pompeyo huye. Perseguido por Gayo Didio, comandante de la flota cesariana, es capturado, ejecutado y su cabeza enviada a Híspalis.
40. Gayo Didio cae en una emboscada de los lusitanos y muere.
41. Los cesarianos toman Munda y ponen cerco a Ursao.
42. César llega a Híspalis y pronuncia un discurso ante la asamblea de ciudadanos.

Vencido Fárnaces y recuperada África[1], Gneo Pompeyo 1
el Joven, contando con la ayuda de quienes en su compañía habían logrado escapar de los anteriores combates[2], alcanza la Hispania Ulterior[3] y, mientras César se entretiene ofreciendo espectáculos públicos en Italia, empieza a recurrir a los vínculos de clientela que tenía con cada ciudad[4], a fin de

---

[1] Con esta frase, el autor del *Bellum Hispaniense* se esfuerza por lograr una continuidad con respecto a las campañas narradas en el *Bellum Alexandrinum* y en el *Bellum Africum*. Véase, a este propósito, *BAl* nota 1. Por otro lado, la recuperación de África debe entenderse desde la perspectiva del bando cesariano, lo que establece un marcado contraste con la continuación del relato en el que el punto de referencia es Gneo Pompeyo.

[2] El texto da a entender, erróneamente, que el joven Gneo Pompeyo había participado en la batalla de Tapso, cuando es evidente que no fue así. Cf. *BAf* 23. De hecho, antes de la batalla de Tapso y siguiendo los consejos de Catón, partió de Útica y tras un fracasado intento de tomar una ciudad númida, puso rumbo a las Baleares, en donde tuvo que quedarse una temporada para reponerse de una enfermedad; por tanto, su presencia en la Hispania Ulterior hay que situarla a finales del año 46.

[3] Los límites entre las dos Híspanias estuvieron marcados en un primer momento por el río Ebro, pero en torno al año 180 a. C. el límite se trasladó a Sierra Morena. Esta nueva compartimentación explica que pudieran establecerse disputas entre *Tarraco* y *Carthago Nova* por la capitalidad de la Citerior. En cuanto a la Ulterior, la capitalidad de Córdoba, pese a carecer de base jurídica, no se cuestiona.

[4] En efecto, su padre, Pompeyo Magno, había establecido pactos de amistad y patronazgo con numerosas ciudades a raíz de su paso por Hispania con motivo de las campañas contra Sertorio (77-72 a. C.).

conseguir más fácilmente apoyos para enfrentarse a aquél[5].
2 Así, tras conseguir, en parte gracias a las súplicas, en parte
por la fuerza, un importante contingente armado, se dedica-
3 ba a devastar la provincia. En tales circunstancias, algunas
ciudades le enviaban refuerzos por propia voluntad, mien-
4 tras que otras, en cambio, le cerraban las puertas. Caso de
conseguir capturar alguna de éstas por la fuerza, aun cuando
alguno de sus habitantes hubiera prestado relevantes servi-
cios a su padre, Gneo Pompeyo, se levantaba contra él algu-
na causa judicial, acorde con la magnitud de su fortuna, a
fin de quitarlo de en medio y repartir luego sus bienes con
prodigalidad entre sus bandoleros. Así, el enemigo, ampa-
rándose en tales demostraciones de amistad, conseguía in-
5 crementar el número de sus efectivos. Por ello, las ciudades
opuestas a Pompeyo enviaban continuamente embajadas a
Italia en demanda de ayuda.

2 Gayo César, dictador por tercera vez y designado para
un cuarto mandato[6], tras resolver previamente muchos asun-
tos[7], se dirigió a toda prisa a Hispania para acabar con la

[5] El texto del inicio de este primer capítulo está claramente corrompido, de modo que la traducción debe entenderse como una aproximación a lo que podría haber sido el sentido que quería darle el narrador.

[6] Magistratura suprema que en principio sólo se concedía en casos de extrema necesidad y por un período limitado de tiempo, normalmente hasta seis meses. La reiteración de mandatos dictatoriales concedidos a una misma persona supuso la desvirtuación de la magistratura y su utilización como medio de perpetuación en el poder. En este sentido, César no hizo sino continuar el camino iniciado por Cornelio Sila.

[7] Entre los asuntos de los que se ocupa César en estos meses está la reforma del calendario, la celebración de juegos públicos a los que se hace referencia en 1, 1, y la organización del gobierno de Roma, para lo cual nombró a ocho prefectos que puso a las órdenes de Lépido, el *magister equitum*, es decir, el cargo más importante tras el de dictador.

guerra[8]. A su llegada, le salieron al encuentro unos emisarios cordobeses que se habían apartado del bando de Gneo Pompeyo, anunciándole que la ciudad de Córdoba podía ser tomada de noche, puesto que había logrado hacerse con la provincia sin que se enteraran sus enemigos y ni tan siquiera los informadores que Gneo Pompeyo había dispuesto por todas partes para que le informaran de su llegada; asimismo, le proponían otras muchas acciones de verosímil ejecución.
Inducido por estos acontecimientos, informa de su llegada a 2
los legados Quinto Pedio[9] y Quinto Fabio Máximo[10], a quienes con anterioridad había puesto al frente del ejército, a fin de que la caballería que hubiesen reclutado en la provincia le pudiera servir de escolta. Pero, como llegó hasta 3
ellos mucho antes de lo que creían, no pudo, como hubiese querido, disponer de la ayuda de la caballería.

[8] La rapidez de acción de César no es retórica, ya que empleó menos de un mes (27 o 24 días, según las fuentes) para trasladarse de Roma a *Obulco* (Porcuna). La cifra parece algo exagerada para un viaje hecho íntegramente por tierra, por lo que no cabe descartar que hasta Sagunto hiciera alguna parte del trayecto por mar. Cf. Estrabón, III 4, 9; Apiano, *Guerras civiles* II 103; Orosio, *Historias* VI 16, 6; y Suetonio, *César* 56, 5. En cualquier caso, César debió de partir de Roma a principios de noviembre del año 46 y estaba ya en *Obulco* a comienzos de diciembre.

[9] Quinto Pedio era hijo de Julia, la hermana mayor de César y, por tanto, sobrino de éste. Participó, a las órdenes de César, en la campaña de la Galias, fue pretor en el 48 y murió en el 43. Algunos autores lo consideran uno de los posibles autores del *BH* (Véase A. J. L. Van Hoof, «The Caesar of the *Bellum Hispaniense*», *Mnemosyne* 27 (1974), pág 136).

[10] Perteneciente a una familia patricia venida a menos, siguiendo la estela de César, consiguió recobrar el lustre familiar al alcanzar el consulado (*consul suffectus*) en el año 45; murió el último día de este año. En el 46 era gobernador de la Hispania Citerior.

3 En estos momentos era su hermano[11], Sexto Pompeyo,
quien con la ayuda de la guarnición tenía en sus manos la
ciudad de Córdoba, pues se la consideraba la capital de esta
provincia[12]; por su parte, el propio Gneo Pompeyo, el Joven
asediaba la ciudad de Ulia[13], y ya hacía algunos meses que
2 se demoraba en estas operaciones. Enterados sus habitantes
de la llegada de César, unos emisarios de la ciudad se pre-
sentan ante él, a escondidas de las tropas de Gneo Pompeyo,
3 y le piden que a la primera ocasión acuda en su ayuda. Cé-
sar, que recordaba que esta ciudad había prestado en toda
ocasión excelentes servicios al pueblo romano, ordena que
durante la segunda vigilia[14] partan seis cohortes y un núme-
4 ro equivalente de soldados a caballo. A su frente puso a un
hombre natural de esta provincia, Lucio Vibio Pacieco, per-

---

[11] Hay que insistir en que, con excepción del comienzo del *BH*, el punto de vista adoptado es el de Gneo Pompeyo, el Joven. Cf. nota 1. Por su parte, Sexto Pompeyo era el hermano menor de Gneo Pompeyo, e hijos los dos de Pompeyo Magno y de su tercera mujer Mucia. No se conoce exactamente la fecha de su nacimiento, lo que deja en el aire la posibilidad de establecer su participación en diversas campañas. Sabemos que, tras la batalla de Farsalia, acompañó a su padre en su huida hacia Egipto y fue testigo de su asesinato; tras participar en la batalla de Tapso, pasó de África a Hispania, donde se puso a las órdenes de su hermano mayor Gneo, quien le encargó la defensa de Córdoba. A la muerte de su hermano siguió defendiendo la causa pompeyana durante diez años más.

[12] El autor recoge exactamente el estatus de Córdoba, que era el de la ciudad más importante de la provincia, pero sin que esta superioridad estuviera amparada por ninguna base jurídica. Quizá su mayor relevancia se debía a su importancia estratégica. En realidad, Córdoba no era más que la capital de uno de los cuatro distritos administrativos en que estaba dividida la provincia.

[13] Actualmente Montemayor (Córdoba). La localidad, ubicada sobre un promontorio, constituía el único núcleo de resistencia contra Gneo Pompeyo.

[14] Entre las diez de la noche y la una de la madrugada.

sonaje destacado y con no poca experiencia[15]. Éste, en el 5
instante mismo de llegar a las líneas de Gneo Pompeyo, se
vio azotado por el viento contrario de una violenta tempes-
tad; su fuerza cegaba la vista de los soldados hasta tal punto
que apenas podían distinguir a quién tenían a su lado. Sin 6
embargo, esta contrariedad les ofrecía una tremenda ventaja.
Así, al llegar al lugar adecuado, ordena que monten dos en
cada caballo[16] y, en línea recta, se dirigen a través de las po-
siciones adversarias hacia la ciudad. Encontrándose en me- 7
dio de las líneas enemigas, uno de nuestros soldados res-
pondió a uno de los centinelas, que le pedía explicaciones,
que guardara silencio, pues en este instante estaban inten-
tando acercarse a la muralla para apoderarse de la ciudad;
así, los centinelas no podían cumplir con su obligación, en
parte dificultados por la tempestad, y en parte disuadidos
por aquella respuesta. Una vez cerca de la puerta, hicieron la 8
señal convenida y los habitantes de la ciudad los dejaron en-
trar; los soldados de infantería se quedaron apostados allí en
estado de alerta, mientras la caballería, levantando un in-
menso griterío, hizo una salida contra el campamento ene-
migo. En esta acción, desarrollada tan de improviso, una 9
gran parte de los hombres que había en el campamento cre-
yeron que iban a caer prisioneros.

Tras enviar este destacamento a Ulia, César, a fin de 4
obligar a Pompeyo a levantar el asedio de esta ciudad, se di-

---

[15] La distinción de este personaje se debe en parte a su padre, quien en el año 85 acogió a Craso en Hispania, cuando huía de los partidarios de Mario y Cinna (cf. Plutarco, *Craso* 4, 2), y que posteriormente pereció luchando contra Sertorio (cf. Plutarco, *Sertorio* 9, 2-3). Por otra parte, nuestro personaje no era desconocido en los círculos de Roma, como se deduce de la familiaridad con que lo cita Cicerón (*Ático* XII 2, 1, y *Fam.* VI 18, 2).

[16] Hay que entender que se trata del propio jinete y de uno de los soldados de infantería.

rige hacia Córdoba y, durante el trayecto, hizo que se adelantara junto con la caballería un contingente de infantería
2 pesada formado por hombres valerosos. Éstos, tan pronto como llegaron a la vista de la ciudad, montaron en los caballos, sin que ello pudiera ser advertido de ninguna manera por los cordobeses. Como quiera que, al acercarse más, una inmensa multitud salió de la ciudad dispuesta a destrozar la caballería, los soldados de infantería desmontaron y libraron un magnífico combate, de forma que de aquella innumerable multitud de enemigos fueron pocos los que lograron
3 retirarse a la ciudad. Atemorizado por esta acción, Sexto Pompeyo envió una carta a su hermano para que acudiera rápidamente en su ayuda, a fin de que César no tomara Cór-
4 doba antes de que él llegara allí. Así pues, Gneo Pompeyo, atendiendo a la carta de su hermano, levanta el sitio de Ulia, ciudad que casi tenía tomada, y se pone en marcha con sus tropas en dirección a Córdoba.

5 César, tras llegar al río Betis[17] y encontrarse con que no podía cruzarlo por la gran profundidad de su cauce, hizo lanzar cestos llenos de piedras y colocar encima de ellos tablones. Una vez construido de esta manera un puente, hizo cruzar a sus tropas, dividiéndolas en tres columnas, con la
2 idea de montar el campamento al otro lado del río[18]. Tenía César encarada la ciudad desde el puente con tres columnas diferentes, como hemos dicho antes. A este mismo lugar llegó Pompeyo con sus tropas y situó su campamento en-

---

[17] El Guadalquivir.

[18] Evidentemente el texto peca de un exceso de concisión. La finalidad de los cestos llenos de piedras era fijar los pontones (barcas de fondo plano), que, unidos entre sí mediante vigas de madera, constituían el soporte sobre el que apoyar los tablones que iban a formar la vía de paso.

frente con una disposición semejante[19]. César, a fin de apar- 3
tarlo de la fortaleza y de la posibilidad de aprovisionarse,
empieza a trazar una trinchera hacia el puente[20]; y lo mismo
hace Pompeyo con la misma intención[21]. Empiezan a porfiar 4
los dos comandantes por ver cuál de ellos ocuparía primero
el puente; consecuencia de esta pugna fue que a diario se
producían pequeñas escaramuzas, de las que salían vencedo-
res unas veces unos y otras veces otros. Pero al llegar la co- 5
sa a mayores y entablarse la lucha cuerpo a cuerpo, cuanto
más ardorosamente porfiaban unos y otros por mantener su
posición, más apretujados se veían a causa del puente y,
arrimándose apiñados a la orilla del río, se caían al agua.
Así, no sólo iban amontonando de forma alternada cadáve- 6
res sobre cadáveres, sino que igualaban unos terraplenes con
otros. Por ello, hacía muchos días que César deseaba atraer, 7

[19] César llega procedente de *Obulco* (actual Porcuna) y se encuentra, por tanto, emplazado en la orilla izquierda del río; una vez cruzado éste, establece el campamento en la orilla derecha, es decir, amenazando directamente Córdoba. No obstante, véase la nota siguiente.

[20] Se refiere aquí al puente fijo de piedra, que por todos los indicios estaba bajo control de los pompeyanos, ya que, en caso contrario, César no tendría que haberse molestado en construir otro provisional.

[21] A partir de 5, 3, el autor parece dar un salto hacia atrás y situar los acontecimientos antes de que César cruzara el río; es decir, se remonta al momento en que César se encontraba todavía en la margen izquierda. De otra forma no podría explicarse que, impidiéndole a Pompeyo el acceso al puente de piedra, le dificultara el acceso a la ciudad y el aprovisionamiento, pues de estar ambos ejércitos en la margen derecha, Pompeyo podría contornear fácilmente la ciudad por detrás. Cuestión diferente es que Pompeyo se dejara desposeer sin más ni más del control del puente, pues esta circunstancia, sin ningún trasfondo especial, sí que sería independiente de la orilla del río en la que se encontrara. En cuanto a las intenciones de Pompeyo al trazar otra trinchera, está claro que lo que pretendía era contrarrestar la trinchera de César y asegurarse el acceso al puente de piedra.

de la forma que fuese, al enemigo a un lugar llano y, a la primera ocasión, decidir la guerra.

6 Mas, al darse cuenta de que los adversarios no querían esto de ninguna manera, siendo así que él los había apartado de Ulia para llevarlos a un terreno abierto, hace que las tropas crucen el río de noche[22] y ordena encender grandes hogueras[23]; y se ponen en marcha en dirección a Ategua[24], el
2 reducto más firme del enemigo[25]. Enterado Pompeyo de esta maniobra por unos desertores, en el mismo instante en que tuvo ocasión, hizo volver a un buen número de carros y a muchos mercenarios a través de puentes y desfiladeros y se
3 retiró a Córdoba. César empieza el asedio de Ategua construyendo fortificaciones y cavando trincheras. Al llegarle a Pompeyo la noticia de esta operación, en el mismo día se pone en marcha. Aunque César había ocupado muchos bastiones para instalar en ellos, de una parte, destacamentos de infantería, de otra parte, escuadrones de caballería, de forma que, por su ubicación, sirviesen de protección al campamento, sucedió que a la llegada de Pompeyo, que tuvo lugar de
4 madrugada, había una niebla espesísima. Así, en medio de aquella oscuridad, con algunas cohortes y con los escuadrones de caballería rodean a la caballería de César y la destrozan, de manera que apenas unos pocos lograron escapar de la masacre.

---

[22] Para dirigirse a Ategua, César pasa de la orilla derecha a la orilla izquierda. Por tanto, enlazamos con el comienzo del capítulo anterior.

[23] Se trata de una maniobra de diversión, ya sea para ocultar el paso del río, ya sea para enmascarar la dirección de su marcha.

[24] Las ruinas de Ategua se encuentran junto al cortijo de Castillejo de Teba, en Teba la Vieja, a unos 25 Km al sudeste de Córdoba.

[25] César, al ver frustrado su intento de tomar Córdoba, trata de nuevo de atraerse a su terreno a Pompeyo, al tiempo que busca hacerse con las reservas de avituallamiento que se encontraban en Ategua.

La noche siguiente Pompeyo quema su campamento y, 7
cruzando el río Salso[26] al amparo de unas depresiones del te-
rreno, instala uno nuevo en un monte situado entre las pla-
zas de Ategua y Ucubis[27]. César, entre las fortificaciones y 2
demás obras necesarias para la toma de la ciudad, hizo cons-
truir un terraplén y diversos manteletes. Estos parajes son 3
montañosos y, por su peculiar configuración, poco aptos pa-
ra el desarrollo de operaciones militares[28]; además, los parte
por la mitad la llanura del río Salso, si bien el río se encuen-
tra más cerca de Ategua. Pompeyo había emplazado su cam-
pamento en los montes, a unas dos millas[29] del contorno de
la ciudad de Ategua, a la vista de las dos plazas, pero no se
atrevió a acudir en ayuda de los suyos. Tenía a su disposi- 4
ción las águilas y enseñas de trece legiones[30]; pero de entre
éstas, las que consideraba que tenían cierta consistencia eran
en principio dos, la indígena y la segunda, que habían deser-
tado de Trebonio[31], y, luego, la constituida por colonos que
habitaban en esta zona, y una cuarta, la Afraniana, que se
había traído consigo de África; las demás estaban formadas 5

[26] El actual Guadajoz, afluente del Guadalquivir.

[27] Ucubis se corresponde con la localidad de Espejo. La ubicación del campamento de Pompeyo hay que situarla con toda probabilidad en el cerro de la Ventosilla, a 3 Km de Ategua y a 5 de Ucubis, lo que le permitía controlar visualmente las dos plazas.

[28] Las colinas, de cumbres redondeadas, se suceden indefinidamente sin ofrecer ninguna llanura adecuada para el despliegue de las tropas.

[29] A unos 3 Km, como se ha señalado en la nota 27.

[30] En la época del *BH* las águilas eran los estandartes representativos de las legiones; a ellas se añadían las enseñas particulares de cada legión, cuya simbología hacía referencia a los éxitos obtenidos por la unidad.

[31] Cayo Trebonio era el legado que había sucedido a Quinto Casio Longino en el gobierno de la Hispania Ulterior, después que esas mismas legiones se amotinaran contra éste (cf. *BAl* 64, 2).

por fugitivos y tropas auxiliares. En lo que respecta a la infantería ligera y a la caballería, nuestros efectivos eran ampliamente superiores en valor y en número.

8 Reafirmaba el interés de Pompeyo por diferir ampliamente la resolución de la guerra, la naturaleza elevada de unos parajes que resultaban bastante idóneos para la fortifi-
2 cación de un campamento. Y es que casi toda la Hispania Ulterior, a causa de la feracidad de la tierra, presenta restricciones y dificultades para un asedio, y una abundancia no
3 excesiva de agua[32]. Asimismo, a causa de las frecuentes incursiones de los bárbaros[33], todos los asentamientos que están apartados de las ciudades se encuentran protegidos con torres y fortificaciones, tal como sucede en África[34]: estas construcciones se encuentran cubiertas con hormigón y no con tejas. Al mismo tiempo, hay instaladas en ellas atalayas que, dada la altura a la que se encuentran, permiten ver en
4 derredor hasta muy lejos. Además, una gran parte de las ciudades de esta provincia se encuentran protegidas por montañas, al estar ubicadas en elevaciones naturales del terreno, de manera que resulta difícil lo mismo entrar que su-
5 bir hasta ellas. Así, gracias a la configuración del terreno, se ven protegidas de los asedios, de manera que no lo tiene fácil un enemigo para apoderarse de las ciudades de Hispania;
6 y esto fue lo que acaeció en esta guerra. Pues, una vez que Pompeyo tuvo instalado su campamento entre Ategua y Ucubis, las dos ciudades antes indicadas, y, estando éstas al

---

[32] A la obvia necesidad de proveerse de agua, se añade la falta de madera con que construir los ingenios bélicos de asedio, debido a la inexistencia de bosques, dado que la mayor parte de las tierras están en cultivo.

[33] Estos bárbaros no pueden ser otros que los lusitanos.

[34] El autor descubre con estas palabras su conocimiento de la campaña de África.

alcance de la vista, resultó que a unas cuatro millas[35] de su campamento sobresalía del terreno una tachuela llamada Castra Postumiana[36], emplazada en una magnífica posición; allí tenía César establecido un fortín de defensa.

En cuanto a Pompeyo, como estaba protegido, gracias a 9
la misma elevación, por la propia configuración del terreno
y, además, se hallaba bastante apartado del campamento de
César, era consciente de lo difícil que le sería a éste mante-
ner aquella posición y, dado que el río Salso se interponía
por en medio, creía que César no estaría dispuesto a arries-
garse para socorrer a los suyos en un terreno tan complica-
do. Así pues, confiando en sus previsiones, en el transcurso
de la tercera vigilia[37] sale de su campamento y empieza a
atacar el fortín. Una vez que estuvieron cerca, en medio de 2
un gran griterío, empiezan a lanzar una lluvia de dardos y
consiguen herir a gran parte de los defensores. Pero, des- 3
pués de esto, en tanto que los ocupantes del fortín iniciaban
la resistencia y llegaba su aviso al campamento principal de
César, éste partió con tres legiones en auxilio de los nues-
tros, que se encontraban en situación apurada. Y habiéndose
acercado a los enemigos, éstos emprendieron, atemorizados,
la huida: fueron muchos los que murieron y muchos más los
capturados, entre ellos dos centuriones. Además, en su hui-
da muchos abandonaron las armas, llegándose a contabilizar
ochenta escudos.

---

[35] Unos 6 Km.

[36] Los *Castra Postumiana* se corresponden con el Cerro Harinillas, situado al sudoeste de Ategua, en la orilla izquierda del Guadajoz. Su nombre se relaciona con la figura de Lucio Postumio Albino, que fue propretor de la Hispania Ulterior los años 180-179.

[37] Entre las doce de la noche y las tres de la madrugada.

10 Al día siguiente llega Arguecio[38] con la caballería desde
Italia. Trajo cinco enseñas que les había tomado a los sagun-
2 tinos[39]. En su momento hemos pasado por alto que se le
había unido a César una fuerza de caballería procedente de
África al mando de Asprenate[40]. Esta noche Pompeyo que-
3 ma su campamento e inicia la marcha hacia Córdoba[41]. Un
rey llamado Indo[42], que junto con la caballería había aporta-
do sus propias tropas, mientras perseguía con excesivo ardor
la columna enemiga, fue capturado y muerto por los legio-
narios de la indígena.

11 Al día siguiente nuestra caballería persiguió hasta bien
lejos, en dirección a Córdoba, a los encargados de llevar
provisiones desde la ciudad al campamento de Pompeyo.
Capturaron a cincuenta de ellos junto con sus bestias de car-
2 ga y los llevaron a nuestro campamento. En este día Quinto
Marcio[43], que, al parecer, había sido tribuno militar en el
bando de Pompeyo, se pasó a nuestras líneas; y por la no-
che, en el curso de la tercera vigilia[44], se peleó con ardor en
torno a la ciudad y se lanzaron proyectiles incendiarios en
abundancia, hasta el punto de que se acabaron los dardos

---

[38] Personaje desconocido, que no debe confundirse con el Clodio Arquicio mencionado en 23, 8.

[39] Verosímilmente estos saguntinos no pueden ser los habitantes de *Saguntum* (en la costa del levante peninsular), sino que debe tratarse más bien de los naturales de *Saguntia* (actualmente Baños de Gigonza, Cádiz). De ser así, hay que suponer que Arguecio habría desembarcado en algún punto del Sur peninsular, quizá en la propia Cádiz.

[40] Cf. *BAf* 80, 4.

[41] Pompeyo, al no poder someter los *Castra Postumiana*, decide trasladarse más allá de esta posición, a fin de no ver dificultada su línea de aprovisionamiento. La ubicación de su nuevo campamento se sitúa en el Cerro de la Torrecilla, al oeste de los *Castra Postumiana*.

[42] No disponemos de otros datos sobre la figura de este reyezuelo.

[43] Personaje de identificación dudosa.

[44] Entre las doce de la noche y las tres de la madrugada.

que se suelen usar para lanzar fuego. A continuación, Gayo Fundanio[45], caballero romano, se pasó del campamento enemigo al nuestro.

Al día siguiente fueron capturados por nuestra caballería 12
dos soldados de la legión indígena que dijeron que eran es-
clavos. Pero al llegar fueron reconocidos por algunos solda- 2
dos que habían estado antes con Fabio y Pedio[46] *** y que
habían desertado del ejército de Trebonio[47]. No hubo lugar
para el perdón y nuestros soldados les dieron muerte. Al 3
mismo tiempo fueron capturados unos correos que habían
sido enviados desde Córdoba a Pompeyo y que, por error,
habían llegado a nuestro campamento; tras cortarles las ma-
nos se les dejó marchar. Siguiendo la práctica del día ante- 4
rior, durante la segunda vigilia[48], dedicaron mucho tiempo a
lanzar mucho fuego y un sinnúmero de dardos desde la ciu-
dad e hirieron a muchos de los nuestros. Pasada la noche, 5
hicieron una salida contra la legión VI, aprovechando que
los nuestros se encontraban ocupados en las labores de forti-
ficación, y acometieron valerosamente el combate; pero su
empuje fue contenido por los nuestros, a pesar de que los si-
tiados se defendían desde una posición más elevada. Al ini- 6
ciar éstos la salida, fueron rechazados gracias al valor de
nuestros soldados que, sin embargo, peleaban desde una po-

---

[45] Se desconoce la exacta filiación de este personaje.

[46] Estos dos legados estaban al mando de las tropas cesarianas de la Hispania Ulterior antes de la llegada de César; cf. cap. 2.

[47] Trebonio es el procónsul que sucedió a Casio Longino en el gobierno de la Hispania Ulterior, tras el amotinamiento de las tropas (cf. *BAl* 64, 2). El sentido, oscurecido por la laguna, es el siguiente: los antiguos soldados de Fabio y Pedio reconocen y denuncian a los supuestos esclavos como desertores del ejército de Trebonio y, por tanto, como pompeyanos.

[48] Entre las nueve y las doce de la noche.

sición más baja y, no sin cargarse con muchos heridos, se retiraron a la ciudad.

13 Al día siguiente[49], Pompeyo comienza a trazar una línea atrincherada desde su campamento hasta el río Salso; y al no haber más que unos pocos jinetes nuestros de guardia, fueron sorprendidos por una fuerza superior en número y expulsados de su posición; tres de ellos encontraron la muerte.
2 Ese mismo día, Aulo Valgio, hijo de un senador y cuyo hermano había estado en el campamento de Pompeyo, abandonando todas sus pertenencias, montó en su caballo y em-
3 prendió la huida[50]. Un explorador de la segunda legión pompeyana fue capturado por nuestros soldados y pasado por las armas; fue por entonces cuando nos lanzaron una bala de plomo con una inscripción que decía que el día en el que nos acercáramos para tomar la ciudad, ellos bajarían sus
4 escudos. Confiados en esta promesa y con la esperanza de poder escalar el muro sin peligro y de apoderarse de la ciudad, algunos empiezan al día siguiente a minar la muralla y, una vez derruido un buen paño del muro exterior de la mu-
5 ralla ***[51]. Hecho esto, nuestros soldados, que habían sido respetados por los ocupantes de la ciudad, como si fuesen de su mismo bando, *** pedían a César que dejara marchar a la infantería pesada que Pompeyo había puesto como guarni-

[49] Al leer este capítulo y otros parecidos, el lector tiene la impresión de que el autor no hace otra cosa que reproducir los partes que los diversos comandantes pasaban al estado mayor dando cuenta de las incidencias de cada unidad, aunque no sean realmente trascendentes para el desarrollo de la guerra.

[50] Hay que entender que se pasó de César a Pompeyo por razones sentimentales.

[51] Del texto se deduce la existencia de una doble línea de fortificación en torno a Ategua, de la que todavía se pueden ver vestigios en la actualidad. Cf. A. Blanco Freijeiro, «Ategua», *Noticiario Arqueológico Hispánico* 15 (1983), 95-135.

ción en la ciudad[52]. César les respondió que él estaba acos-
tumbrado a imponer y no a acatar condiciones. Una vez que 6
aquéllos regresaron a la ciudad y dieron cuenta de la res-
puesta, se levantó un inmenso griterío y, lanzando todo gé-
nero de proyectiles, empezaron a pelear a lo largo de toda la
muralla; por ello, una gran parte de los hombres que se en-
contraban en el campamento no dudaron que en este día
iban a realizar una salida. Así pues, rodeada la ciudad por 7
un cordón de tropas, se luchó con intensidad durante algún
tiempo, a la par que un tiro de ballesta lanzado por los nues-
tros derribó una torre y, con ella, fueron abatidos cinco sol-
dados enemigos que se encontraban en la torre y el mucha-
cho que solía controlar la ballesta[53].

A continuación, Pompeyo levantó un fortín en la otra ri- 14
bera del río Salso[54] y, aunque lo hizo sin oposición por
nuestra parte, se vanaglorió de ello creyendo, falsamente,
que tenía una posición casi dentro de nuestras líneas. Asi- 2
mismo, al día siguiente, continuando con su práctica habi-
tual de avanzar en profundidad, al llegar al lugar donde
estaba instalado un destacamento nuestro de caballería, lan-
zaron un ataque y desalojaron del sitio a algunos escuadro-
nes de caballería y a la dotación de infantería ligera que es-
taba con ellos; y, debido a su escasa entidad, tanto nuestra

[52] Las dos lagunas enturbian el significado exacto del relato. Cabe conjeturar que algunos cesarianos logran penetrar en Ategua y que, o bien entran en contacto amigable con los habitantes de la ciudad, o bien son hechos prisioneros. A continuación, con una representación de la ciudad, bajan a entrevistarse con César para proponerle unas condiciones de capitulación.

[53] Seguramente se trataba del muchacho que vigilaba la orientación del tiro de la ballesta para advertir a los defensores y minimizar de esta forma el daño.

[54] Es decir, en la orilla derecha; lo que le facilitaba las comunicaciones con Córdoba y le franqueaba un posible acercamiento a Ategua.

caballería como nuestra infantería ligera quedaron aplasta-
3 das en medio de los escuadrones enemigos. Esto sucedía a
la vista de los dos campamentos y la vanagloria de los pom-
peyanos aumentaba en la misma medida en que lo hacía la
distancia hasta la que se aventuraban a perseguir a los nues-
4 tros en su retirada. Pero al aguardarlos los nuestros en un
lugar propicio, lanzando gritos y con el mismo valor de cos-
tumbre, los enemigos renunciaron a entablar el combate.

15 Ésta es, en líneas generales, la forma que tienen los ejér-
citos de librar combates ecuestres: llegado el momento de
luchar, los jinetes desmontan y se enfrentan con la infantería
en una lucha absolutamente desigual; esto es lo que sucedió
2 en esta ocasión. Al verse atacada de improviso nuestra caba-
llería por un contingente escogido de infantería ligera, cir-
cunstancia de la que se dieron cuenta ya en plena batalla,
3 muchos descabalgaron de sus monturas. Así, en un instante,
la caballería se pone a librar un combate más propio de la
infantería y la infantería a librar un combate más propio de
la caballería, hasta el punto de que la carnicería llegó casi
4 hasta la empalizada[55]. En este combate perecieron ciento
veintitrés enemigos, otros muchos se vieron obligados a
desprenderse de sus armas y también fueron muchos los que
5 se retiraron heridos a su campamento. Murieron tres solda-
dos de los nuestros; resultaron heridos doce soldados de in-
6 fantería y cinco de caballería. El resto del día, siguiendo una
vieja práctica, se entabló la lucha delante del muro. Cuando
los enemigos habían lanzado ya una gran cantidad de dardos
y de fuego sobre los nuestros, que estaban a la defensiva,
cometieron un crimen impío y muy cruel: empezaron a de-
gollar ante nuestros ojos a los huéspedes que había en la

[55] Dado el desenlace del enfrentamiento, esta empalizada no puede ser otra que la del fortín avanzado de Pompeyo en la orilla derecha del Guadajoz.

ciudad y a echarlos desde lo alto de la muralla, tal como se hace entre los bárbaros; esta fechoría, que se recuerde, no se había producido nunca con anterioridad.

A última hora de ese día los pompeyanos enviaron a es- 16
condidas de los nuestros un mensajero a la ciudad con ins-
trucciones de que durante la noche sus habitantes incendia-
ran las torres y la empalizada, y en el curso de la tercera
vigilia[56] hicieran una salida. Así, tras lanzar fuego y un sin- 2
número de dardos, una vez que ya habían destruido una bue-
na parte de nuestros parapetos defensivos, abrieron la puerta
que estaba enfrente y a la vista del campamento de Pom-
peyo, e hicieron una salida con la totalidad de sus tropas,
llevando consigo colchones para rellenar los fosos, y garfios
para derruir e incendiar las chozas con cubierta de paja que
los nuestros habían construido para pasar el invierno; lleva-
ban, además, plata y vestidos con la idea de que, mientras
los nuestros se entretenían en recoger el botín, ellos, tras
realizar una carnicería, podrían retirarse a las líneas de Pom-
peyo; éste, efectivamente, creyendo que podían llevar a
buen término la empresa, pasó toda la noche al otro lado del
río Salso[57] con las tropas en formación de combate. Y aun- 3
que la acción tuvo lugar sin que los nuestros lo esperaran,
sin embargo, confiados en su propio coraje, los rechazaron,
les causaron muchos heridos y los obligaron a volver a la
ciudad, se apoderaron del botín y de sus armas, y lograron
capturar a algunos vivos; éstos, al día siguiente, fueron pa-
sados por las armas. Más o menos de forma simultánea, un 4
desertor de la ciudad comunicó que Junio, que se encontraba
en una contramina, había proclamado a gritos, tras la dego-
llina, que habían cometido una acción impía y criminal;

[56] Entre las doce de la noche y las tres de la madrugada.

[57] En la orilla izquierda del Guadajoz. Recordemos que César se encontraba en la derecha.

pues los ciudadanos no se habían hecho merecedores de semejante castigo, puesto que los habían acogido en sus casas y hogares, mientras que ellos habían manchado su hospitalidad con un crimen; y les había dicho muchas cosas más. Asustados por este discurso, no habían degollado a más gente[58].

17 Así, al día siguiente, llegó Tulio, en calidad de embajador[59], junto con un lusitano de nombre Catón, y pronunció ante César el siguiente discurso: «¡Ojalá los dioses inmortales hubiesen hecho que yo fuese soldado tuyo y no de Gneo Pompeyo, y que ahora dedicara la perseverancia de mi valor
2 a tu victoria y no a la derrota de aquél! Pues su gloria ha llegado a tal punto de fatalidad que unos ciudadanos romanos, sin protección de ninguna clase y a causa de la luctuosa ruina de la patria, somos contados entre los enemigos sin que hayamos conseguido un primer atisbo de fortuna, cuando la guerra le era favorable, ni ahora una segunda ocasión, cuando las cosas le van mal; mientras, apenas podemos sostener las numerosas acometidas de tus legiones, trabajando de día y de noche para intentar evitar los golpes de tus espadas y el impacto de tus proyectiles; por ello, totalmente abandonados por Pompeyo, superados por tu valor, te pedimos la salvación, fiados en tu clemencia, y te rogamos que nos concedas
3 la vida». A lo que César respondió: «Tal cual me he portado

[58] No sabemos más sobre el personaje citado aquí. Por lo que se deduce del texto, sería uno de los oficiales principales de las tropas pompeyanas acantonadas en la ciudad. Por otro lado, es extraño que no se diga nada sobre su condición. A la vista de ello, no creemos descabellado conjeturar que se trata de una falsa lectura de los manuscritos: *Iunium* en lugar de *Tullium*, personaje que aparece en los dos capítulos siguientes.

[59] Supuesta la bondad de la conjetura avanzada en la nota anterior, se explicaría por sí misma la elección de Tulio para encabezar esta embajada. Por otra parte, Tulio es el único que, como integrante de la guarnición romana, puede tomar la palabra ante César.

con los extranjeros, así me comportaré ante la rendición de
unos conciudadanos».

Despedida la embajada, al llegar a la puerta de la ciudad, 18
Tiberio Tulio se detuvo sin seguir a Catón, que ya estaba en-
trando; éste vuelve a la puerta y agarra a su compañero.
Cuando Tiberio se dio cuenta de lo que sucedía, sacó de in- 2
mediato su puñal y le hirió en la mano. De esta forma, los
dos escaparon hacia el campamento de César[60]. Al mismo 3
tiempo, un portaestandarte de la primera legión se pasó a
nuestras líneas y reveló que en el día en que había tenido lu-
gar el combate ecuestre murieron treinta y cinco hombres de
su unidad, pero que en el campamento de Pompeyo estaba
prohibido divulgar estas noticias o anunciar la existencia de
baja alguna. Un esclavo, cuyo dueño se encontraba en el 4
campamento de César (a su mujer y a su hijo los había deja-
do en la ciudad), degolló a su dueño y luego, a escondidas,
se pasó de las líneas de César al campamento de Pompeyo[61]
*** y envió[62] un mensaje grabado en una bala de plomo pa-
ra que por medio de él César se enterara de los preparativos
de defensa que se hacían en la ciudad. Así, una vez recibi- 5
das las cartas, como hubiese vuelto a la ciudad el que solía
lanzar las balas de plomo grabadas***[63]. A continuación, 6
dos desertores lusitanos, que eran hermanos, revelaron que
Pompeyo había celebrado una asamblea en la que, tras po-
ner de manifiesto que no se podía acudir en ayuda de la ciu-

---

[60] Es difícil la comprensión exacta del suceso dadas las corrupciones que presenta el texto. Entre las alternativas propuestas destaquemos la de A. G. Way (en el apéndice, págs. 401-402, de su edición), quien propone que fueran tres los legados que se presentaron ante César.

[61] Por lo que se dirá luego en 20, 3, el esclavo no se fugó al campamento de Pompeyo sino a la ciudad de Ategua.

[62] Por razones obvias, el remitente no puede ser el esclavo fugitivo.

[63] Las dos lagunas tienen suficiente entidad como para impedir una comprensión cabal del episodio.

dad, instaba a sustraerse de noche a la vista de los adversa-
rios y a alejarse en dirección al mar; y que uno le había res-
pondido que haría mejor en bajar a combatir que en dar se-
7 ñales de huida; y que el que habló así fue degollado. Al
mismo tiempo fueron capturados unos mensajeros de Pom-
peyo que iban camino de la ciudad; las cartas que llevaban,
César hizo que las lanzaran a la ciudad[64] y al mensajero, que
le pedía que le perdonara la vida, le ordenó que incendiara
la torre de madera de la ciudad; y que si lo hacía, se le con-
cedería todo. Era difícil conseguir que alguien incendiara la
8 torre sin peligro. Así pues, habiéndose acercado demasiado,
con una pierna atada a una cuerda, fue muerto por los sitia-
9 dos[65]. La misma noche un desertor anunció que Pompeyo y
Labieno[66] se habían indignado por la degollina de ciuda-
danos.

19 Durante la segunda vigilia[67], debido al lanzamiento de
una enorme cantidad de dardos, sufrió graves desperfectos una
de nuestras torres de madera desde la base hasta el segundo
2 o tercer piso. Al mismo tiempo, los asediados pelearon ar-
dorosamente delante del muro e incendiaron una torre como
3 la anterior con la ayuda de un viento favorable. Al día si-

[64] Proceder incomprensible de parte de César, salvo en el caso de que las cartas revelaran la renuncia de Pompeyo a socorrer la ciudad.

[65] El pasaje está corrompido y resulta de difícil interpretación. La traducción que proponemos no deja de ser conjetural y difiere del texto y del sentido que le da N. Diouron (*fune turri religato* 'à cause des cordages attachés à la tour').

[66] Tito Atio Labieno, miembro de una esclarecida familia ecuestre, fue tribuno de la plebe en el año 63; desde este cargo favoreció la elección de César como sumo pontífice. Entre los años 58 y 50 fue legado de César en las Galias y tuvo un importante papel en el desarrollo de las operaciones contra los galos. De forma sorprendente, en enero del 49, se pasó al bando de Pompeyo, del que no se separó hasta el final de su vida. Siguen siendo inciertos los motivos que le indujeron a cambiar de campo.

[67] Entre las doce de la noche y las tres de la madrugada.

guiente una madre de familia se descolgó por la muralla y se
pasó a nuestras líneas, y dijo que de común acuerdo con su
familia habían decidido pasarse todos a una a César, pero
que el resto de los componentes de su familia habían sido
capturados y degollados. Poco después, fueron lanzadas des- 4
de la muralla unas tablillas en las que se encontró esta ins-
cripción: «Lucio Munacio[68] a César. Si me concedes la vida,
puesto que he sido abandonado por Gneo Pompeyo, estoy
dispuesto a servirte con el mismo valor y constancia con la
que le serví a él». Al mismo tiempo, se presentaron ante Cé- 5
sar unos emisarios de la ciudad que habían salido con ante-
rioridad de la misma y le dicen que si él les concede la vida,
al día siguiente le entregarán la ciudad. Les responde que él 6
es César y que mantendrá la palabra dada. Así, once días an-
tes de las calendas de marzo[69] se apoderó de la ciudad y fue
proclamado *imperator*.

Tras enterarse Pompeyo por unos desertores de que se **20**
había producido la entrega de la ciudad, desplazó su cam-
pamento en dirección a Ucubis y alrededor de este empla-
zamiento instaló fortines y se dispuso a mantenerse firme
dentro de sus fortificaciones[70]. César movió también el suyo

---

[68] Lucio Munacio Flaco había sido uno de los principales participantes en la conjura contra Casio Longino, de la que se da cuenta en *BAl* 52, 3-4. Había sido puesto por Pompeyo al frente de la guarnición de Ategua, donde logró introducirse atravesando las líneas cesarianas de noche y simulando ser uno de lo sitiadores (cf. Dión Casio XLIII 34, 1-2). La estratagema es la misma que la que le sirvió a César para llevar refuerzos a Ulia (cf. cap. 3).

[69] El 19 de febrero del año 45.

[70] Es dudosa la ubicación de este campamento; suele situarse entre el arroyo del Aljibe y el arroyo del Malperdido. En cualquier caso, su pretensión era salvaguardar Ucubis (Espejo), sin cerrarse la línea de retirada hacia Córdoba.

2 y lo situó bastante cerca del de su rival[71]. El mismo día, por la mañana, un soldado de la legión indígena se pasó a nuestro campo y reveló que Pompeyo había convocado a los habitantes de Ucubis y les había ordenado que, poniendo extremo cuidado, indagasen quiénes estaban de su parte y
3 quiénes eran partidarios de la victoria del enemigo. Al poco tiempo, en la ciudad tomada por César[72] fue sorprendido en una contramina el esclavo que antes indicamos que había
4 dado muerte a su amo[73]; se le quemó vivo. En aquellos mismos días, ocho centuriones de la legión indígena, de los pertrechados con armamento pesado[74], se pasaron a César y nuestra caballería libró un combate con la caballería adversaria en el que resultaron heridos algunos soldados de infan-
5 tería ligera. Por la noche fueron capturados unos exploradores enemigos: tres esclavos y un soldado de la legión indígena. Los esclavos fueron crucificados y al soldado se le cortó el cuello.

21 Al día siguiente, unos soldados de infantería con equipo
2 ligero se pasaron del campo de Pompeyo al nuestro. Y el mismo día, unos cuarenta jinetes hicieron una incursión contra nuestros aguadores, matando a algunos y capturando vivos a los demás; entre los capturados había ocho jinetes.
3 Al día siguiente, Pompeyo hizo decapitar a setenta y cuatro hombres que se decía que eran partidarios de la victoria de César, y al resto los hizo trasladar de vuelta a la ciudad;

---

[71] El campamento de César debió de situarse en el Cerro del Peñasco, en la margen derecha del Guadajoz.

[72] Ategua.

[73] Cf. cap. 18, 4.

[74] Esta precisión puede querer indicar que no todos los efectivos de la legión indígena iban dotados del armamento convencional de las legiones, sino de otro más ligero, que podría corresponderse con la dotación de las tropas nativas.

ciento veinte de ellos se escaparon y se vinieron al campo de César.

Al cabo de unos días, los bursavonenses que habían sido 22
capturados en Ategua partieron en compañía de nuestros legados para contar lo sucedido a sus compatriotas de Bursavo[75]: ¿Qué podían esperar de Gneo Pompeyo, al ver que sus huéspedes eran degollados? Eso sin contar los muchos crímenes cometidos por aquéllos a los que acogían para que les
dieran protección. Habiendo llegado a la ciudad, el grupo de 2
nuestros embajadores, constituido por caballeros y senadores romanos, no se atrevió a entrar en la ciudad, cosa que sí
hicieron los que eran naturales de ella. Una vez que se inter- 3
cambiaron mensajes y respuestas, cuando ya los emisarios se encaminaban al encuentro de los que se habían quedado fuera, los soldados que estaban de guarnición en Bursavo los siguieron y, a traición, los degollaron. Dos de ellos escaparon y le contaron a César lo sucedido; mientras tanto, los bursavonenses enviaron observadores a la ciudad de Ategua.
Cuando se cercioraron de la veracidad del relato de los em- 4
bajadores, en el sentido de que los hechos se habían desarrollado tal y como aquéllos les dijeron, se produjo un amotinamiento entre los habitantes de la ciudad, que intentaron apedrear y apalear al responsable del degüello de los lega-
dos: sin duda él tenía la culpa de su perdición. Así pues, 5
apenas logró superar el difícil trance, pidió a los ciudadanos

[75] Se ha identificado esta ciudad con *Vrso* (Osuna) (apelando a un error en la transmisión manuscrita); pero, entre otros factores, el alejamiento de esta ciudad del teatro de operaciones no la hace candidata idónea para respaldar la conjetura. El problema que presenta la lectura transmitida, Bursavo, estriba en que no existe en la Bética ninguna localidad conocida con ese nombre. Pero, a la vista de los elementos que tenemos a nuestra disposición, habrá que creer en su existencia, aunque desconozcamos su exacta ubicación.

que se le permitiera marchar como embajador ante César: él
6 en persona le daría satisfacción. Obtenida la autorización,
después de salir de la ciudad se puso a reunir una partida y,
una vez que logró juntar un buen número de seguidores,
consiguió introducirse de noche en la ciudad mediante en-
gaños y realizó una gran matanza; y, una vez eliminados los
dirigentes que se habían mostrado contrarios a su postura,
7 retomó de nuevo el control de la ciudad. Pasado un tiempo,
unos esclavos fugitivos nos enteraron de la puesta en venta
de las posesiones de los ciudadanos y de la promulgación de
un edicto en el sentido de que no se le permitía a nadie
abandonar el campamento, excepto si iba desarmado, como
consecuencia de que, a partir de la caída de Ategua, eran
muchos los que, aterrorizados de miedo, huían hacia Betu-
ria[76]; y que no tenían a la vista ninguna esperanza de victo-
ria y que si alguno de los nuestros se pasaba a su bando, era
enrolado entre la infantería ligera y no recibía más que siete
denarios al mes.

23 En los días que siguieron, César acercó su campamento
al del enemigo y empezó a cavar un atrincheramiento hasta
2 el río Salso[77]. Entonces, mientras los nuestros se encontra-
ban ocupados en esta labor, muchos enemigos se lanzaron a
la carrera desde su posición, situada a un nivel superior, y,
pese a que hirieron a muchos de los nuestros con la lluvia de
proyectiles que lanzaron, no lograron apartarlos de su traba-
3 jo. En este momento, como dice Ennio: «los nuestros cedie-

[76] Región montañosa de límites poco precisos, situada entre el Guadiana y el Guadalquivir, al norte de la provincia de Huelva. Era un proverbial centro de acogida de refugiados. Véase sobre el particular L. García Iglesias, «La Beturia, un problema geográfico de la Hispania Antigua», *Archivo Español de Arqueología* 44 (1971), 86-97.

[77] El nuevo campamento se encontraría situado en los altos de la Casa de Lerma, todavía en la orilla derecha del Guadajoz.

ron un poco»[78]. Así, al advertir los nuestros que estaban ce-
diendo terreno, en contra de lo que era habitual, dos centu-
riones de la quinta legión atravesaron el río y pusieron en
orden nuevamente las líneas; pero, puesto que ya eran mu-
chos los adversarios contra los que peleaban ardorosamente
y con extraordinario valor, uno de ellos cayó abatido a con-
secuencia de la lluvia de dardos que se le vino encima. Y 4
cuando su compañero, que continuaba la lucha, se dio cuen-
ta de que lo iban a rodear por todas partes, al retroceder,
tropezó. Y dado que, ante la caída del compañero, una mul- 5
titud de enemigos se lanzaba en pos de las insignias de este
valiente soldado, nuestra caballería, habiendo atravesado el
río un poco más abajo, empieza a empujar a los enemigos
contra su empalizada. Así, mientras se afanan con excesiva 6
avidez en realizar una matanza dentro de las líneas enemi-
gas, son rodeados por los escuadrones de caballería y por la
infantería ligera. De no haber sido por su extremo valor, 7
hubiesen sido capturados vivos, dado que los jinetes se en-
contraban tan apretujados contra las fortificaciones que
apenas disponían de espacio para defenderse. Muchos resul- 8
taron heridos a consecuencia de esta doble forma de comba-
tir[79]; entre ellos figuraba también Clodio Arquicio[80]. Lucha-
ron tan cerca unos de otros que los nuestros no tuvieron
ninguna baja excepto los dos centuriones que se llevaron la
gloria.

[78] ENNIO, *Anales* 587 (ed. VAHLEN, 1903^{2}). No deben extrañar las citas de Enio, si se tiene en cuenta que sus *Anales* era el texto escolar por excelencia.

[79] Combates de infantería y de caballería.

[80] Personaje desconocido. No parece que deba identificarse con el Arguecio citado en 10, 1.

24 Al día siguiente los dos ejércitos confluyeron junto a So-
2 ricaria[81]. Los nuestros empezaron a cavar trincheras. Pom-
peyo, al ver que se le cerraba la comunicación con el fortín
de Aspavia[82], que está a cinco millas de Ucubis, comprendió
que esta situación le obligaba a presentar batalla; sin embar-
go, no se atrevía a hacerlo en terreno llano, sino que par-
tiendo de un pequeño montículo trataban de tomar una posi-
ción más elevada, de forma que César se viera constreñido a
3 afrontar un terreno desfavorable. Como consecuencia de
ello, al intentar uno y otro ejército tomar el collado que so-
bresalía[83], los nuestros se lo impidieron y los hicieron retro-
ceder hasta la llanura. Esta maniobra volvía el combate fa-
4 vorable a nuestros intereses. Los enemigos retrocedían por
todas partes y se veían inmersos en una tremenda carnicería;

[81] Es muy dudosa la identificación de este emplazamiento. Se han propuesto cinco hipótesis: Castro del Río, Plaza de Armas (Nueva Carteya), Cortijo de dos Hermanas (junto a Espejo), Cuevas de Carchena y Cerros de las Cuevas de Sequeira. Véase al respecto E. Melchor Gil, «Entre *Corduba* y *Munda*: la campaña militar del 45 a.C. y su desarrollo en las campiñas de Jaén, Córdoba y Sevilla», *Julio César y Corduba: tiempo y espacio en la Campaña de Munda (49-45 a.C.)*, Córdoba, 2005.

[82] También resulta dificultosa la identificación de Aspavia, que podría resolver la de Soricaria, y viceversa. Lo único claro es que se encuentra a unos 7'5 Km de Espejo (*Vcubis*), pero tanto podría ser hacia el Oeste como hacia el Sur. Últimamente, se refuerza la postura de situar el fortín de Aspavia en el Cortijo de Calderón, al sur de Castro del Río (Ferreiro, Diouron, Melchor Gil), e identificar Soricaria con Plaza de Armas (Ferreiro, Diouron); pero, en tal caso, no se entiende muy bien cómo unas operaciones que tienen lugar en torno a Soricaria pueden cortar el acceso de Pompeyo a Aspavia, que se encontraría más cerca de Ucubis. En nuestra opinión, la identificación de Aspavia con el Cortijo de Calderón combina mejor con la identificación de Soricaria con las Cuevas de Carchena o con el Cerro de las Cuevas de Sequeira (cf. Melchor Gil, citado en la nota anterior).

[83] Quizá el Cerro de las Vegas.

fue una colina y no el valor lo que los salvó. Pese a disfrutar 5
de esta ayuda, si no hubiese anochecido, los nuestros con
muy pocos efectivos hubiesen podido cortarles toda posibi-
lidad de ayuda. Así pues, perecieron trescientos veinticuatro 6
soldados de infantería ligera, ciento treinta y ocho legiona-
rios, aparte de los que perdieron armas y bagajes. Así, la
muerte de los dos centuriones del día anterior quedó venga-
da con este castigo infligido al enemigo.

Al día siguiente, continuando con su práctica habitual, 25
se presentó en el mismo lugar un destacamento de Pompe-
yo, utilizando la misma táctica de siempre, pues, excepción
hecha de los jinetes, no se atrevían a aventurarse por ningún
terreno llano. Así, mientras los nuestros se encontraban 2
ocupados en los trabajos de fortificación, la caballería em-
pezó a realizar incursiones, al tiempo que los legionarios
daban grandes voces pidiendo ubicarse, como de costumbre,
detrás de la caballería; uno podría pensar que estaban per-
fectamente dispuestos para luchar. Los nuestros se alejaron
suficientemente de la pequeña hondonada y se colocaron en
un lugar bastante llano. Sin embargo, aquéllos no se atrevie- 3
ron de ninguna manera a bajar a la llanura para luchar, ex-
cepto uno solo, Antistio Turpión[84], quien, confiado en sus
fuerzas, comenzó a proclamar que no había nadie entre los
adversarios que estuviera a su altura. Entonces, como se 4
cuenta del combate entre Aquiles y Memnón[85], Quinto Pom-
peyo Níger, ciudadano romano de Itálica[86], se avanzó a
nuestras líneas, dispuesto a combatir. Puesto que la bravura 5

[84] Los dos protagonistas de este enfrentamiento singular se ganaron un lugar en la historia únicamente por este episodio.

[85] El enfrentamiento entre Aquiles y Memnón era el tema de un poema épico griego, la *Aethiopida*, del que el autor del *Bellum Hispaniense* debía de tener conocimiento seguramente a través de adaptaciones latinas.

[86] Cf. *BC* II, nota 39.

de Antistio había desviado la atención de todos del trabajo
hacia el espectáculo, los dos ejércitos se aprestaron a con-
templarlo; y puesto que era incierto el resultado de la pelea
entre los dos luchadores y campeones, casi parecía que la
6 lucha entre ellos dos decidiría la contienda. Así, todo el
mundo se mostraba muy ansioso de la victoria de su bando
y a todos los tenía ganados la disposición de aquellos dos
7 hombres y de sus partidarios. Animados por el valor de és-
tos, al presentarse en la llanura para luchar, mientras cente-
lleaba la parte cincelada de sus escudos, insignias de gloria,
*** la lucha entre ellos estaba a punto de decidirse definiti-
vamente[87], de no ser por la intromisión de la caballería, co-
mo antes hemos puesto de manifiesto, *** situó como pro-
8 tección a la infantería ligera, no lejos de las obras[88]. De esta
forma, mientras nuestros jinetes se repliegan hacia el cam-
pamento, los adversarios los persiguieron con gran furia y,
prorrumpiendo en un gran griterío, se lanzaron todos al ata-
9 que. Así, aterrorizados de miedo, tras sufrir muchas bajas en
la huida, se refugian en el campamento.

26 César premió el valor demostrado por el escuadrón de
Casio[89] con una recompensa de tres mil denarios; a su pre-
fecto, con cinco collares de oro y a la infantería ligera, con
2 dos mil denarios. Este día, Aulo Bebio, Gayo Flavio y Aulo
Trebelio[90], caballeros romanos de Hasta Regia[91], cubiertos
casi totalmente de plata, se pasaron a César; desvelaron que

[87] N. Diouron, cuyo texto seguimos básicamente, conjetura la presencia de una negación (*non*), que consideramos absolutamente prescindible.

[88] Las dos lagunas hacen imposible el seguimiento exacto de los acontecimientos.

[89] Única mención de este personaje.

[90] De la vida de estos tres caballeros sólo tenemos constancia por su intervención en este episodio.

[91] Actual Mesas de Asta, junto a Jerez de la Frontera.

todos los caballeros romanos que se encontraban en el cam-
po de Pompeyo se habían conjurado para pasarse; que, des-
cubiertos por la delación de un esclavo, habían sido todos
puestos bajo vigilancia; y que ellos, una vez que se les pre-
sentó la oportunidad, habían logrado escapar. Asimismo, es- 3
te día fue interceptada una misiva que Gneo Pompeyo en-
viaba a Ursao[92]: «Si os encontráis bien, me alegro; yo me
encuentro bien. En lo que se refiere a nuestra fortuna, aun-
que hasta el momento han sido rechazados los adversarios
conforme a lo esperado *** si se atreviesen a presentarse en
un lugar llano, yo ya hubiese puesto fin a la guerra más rá-
pidamente de lo que creéis; pero no se atreven a llevar a 4
campo abierto a un ejército de reclutas y alargan la guerra,
confiados hasta ahora en el provecho que sacan de nuestras
posiciones; así, han asediado las plazas, una por una, y de
ellas obtienen sus provisiones. Por ello, conservaré las pla- 5
zas que están de nuestra parte y a la primera ocasión acabaré
la guerra. Tengo la intención de enviaros *** cohortes[93]. 6
Ciertamente, una vez que se encuentren privados de nues-
tras provisiones, se verán obligados a presentar batalla»[94].

Poco después, encontrándose los nuestros ocupados en 27
las labores de fortificación, unos jinetes resultaron muertos
mientras hacían acopio de leña en un olivar. Unos esclavos 2
desertores informaron de que desde tres días antes de las

[92] Actual Osuna.

[93] Una vez más el texto presenta algunas lagunas que, si bien no dificultan la comprensión global del episodio, sí que nos hurtan pequeños detalles.

[94] Es interesante observar la gran divergencia de puntos de vista que encontramos entre el anónimo autor del *BH* y Pompeyo. Según el anónimo, César toma las plazas para cortarle a Pompeyo las líneas de suministro. Según Pompeyo, César toma las plazas, como único medio que tiene de proveerse.

nonas de marzo[95], que fue cuando tuvo lugar el enfrenta-
miento junto a Soricaria, existía un gran temor y que Atio
Varo[96] estaba al mando de los fortines de los alrededores.
3 Aquel día, Pompeyo trasladó su campamento y lo instaló en
un olivar frente a Espalis[97]. Antes de que César llegara a es-
te mismo lugar, alrededor de la hora sexta[98] apareció la luna.
4 Así, una vez movido el campamento, Pompeyo ordenó a la
guarnición que había dejado en Ucubis que incendiara la ciu-
dad y que, una vez quemada la plaza, se replegaran al cam-
5 pamento principal. A continuación César emprende el ase-
dio de Ventipo[99] y, una vez obtenida su entrega, marchó
hacia Carruca[100] y situó su campamento enfrente del de
6 Pompeyo. Pompeyo incendió la plaza aduciendo que ésta le
había cerrado las puertas a sus tropas. Un soldado que había
degollado a un hermano suyo en el campamento fue captu-
rado por los nuestros y muerto a bastonazos. Tras marchar

[95] El cinco de marzo.

[96] Publio Atio Varo fue un ilustre defensor de la causa pompeyana. Había sido propretor en África en el 54 (*BC* I 31, 2). Tuvo un primer enfrentamiento con las tropas de Julio César en el Piceno, a principios del año 49 (*BC* I 12, 13). Poco después se hizo con el gobierno de África, donde se enfrentó con el legado de César, Curión, en una serie de batallas que culminaron con la derrota definitiva de este último (*BC* II 23-26, 33-36, 41-44). Desposeído del mando en favor de Escipión y de Catón, fue puesto al frente de una parte de la flota pompeyana con la que participó en un pequeño enfrentamiento con un convoy de naves cesarianas (*BAf* 62-64). Después de la batalla de Tapso, pasó a Hispania siguiendo los pasos de Gneo Pompeyo. Sobre su muerte, véase cap. 31, 8.

[97] Probablemente la actual Monturque.

[98] Sobre las doce del mediodía.

[99] Probablemente la Atalaya de Casariche.

[100] Aunque son muchas las propuestas que se han hecho para ubicar esta localidad, quizá la más verosímil sea la que la sitúa en el Cortijo de los Cosmes, entre Estepa y Écija.

de aquí, después que llegó al llano de Munda[101], instaló su campamento frente al de Pompeyo[102].

Al día siguiente, cuando César se disponía a emprender 28
la marcha con sus tropas, unos exploradores le informaron de que el ejército de Pompeyo se encontraba en formación de combate desde la tercera vigilia[103]. Una vez que le llegó este
aviso, César dio la orden de izar su estandarte[104]. La realidad 2
era que Pompeyo había sacado sus tropas debido a que, con anterioridad, había enviado a los ursaonenses, que eran partidarios suyos, una carta en que decía que César no quería bajar al valle, por contar con un ejército formado en su ma-
yor parte por reclutas[105]. La carta pretendía reforzar gran- 3
demente el ánimo de los ciudadanos. Confiado, pues, en esta suposición, consideraba que podía maniobrar con plena seguridad; y, ciertamente, no le faltaba razón para pensar así, pues sus tropas contaban con la protección de la naturaleza del terreno y con las fortificaciones de la propia plaza donde
tenía ubicado el campamento. Y es que, como hemos indi- 4
cado más arriba[106], este terreno elevado se encuentra rodea-

[101] El emplazamiento de Munda se ha identificado tradicionalmente con Montilla; sin embargo, a partir de Ferreiro (1986) (seguido por Diouron) parece indudable que hay que situarla en el Alto de la Camorra, a unos 17 Km de Osuna. Siguiendo la línea de esta hipótesis, los llanos de Munda se corresponderían con los Llanos del Águila.

[102] La situación de las posiciones sería la siguiente: Pompeyo se encontraría acampado bajo la protección de las murallas de Munda (Alto de la Camorra) y César tendría instalado su campamento en el Cerro del Águila.

[103] Desde antes de las tres de la madrugada y, por tanto, noche oscura todavía.

[104] Izar el estandarte equivale a dar el toque de generala.

[105] Cf. cap. 26, 3-6. Por tanto, la maniobra consistía en poner en evidencia a César a los ojos de sus aliados.

[106] Cf. 7, 3 y 8, 3-5.

do por colinas, separadas de vez en cuando por una llanura;
y éstas eran las circunstancias que se daban en este caso.
29 Entre los dos campamentos se extendía una llanura de
unas cinco millas[107], de forma que las tropas auxiliares
de Pompeyo contaban con dos defensas: la ciudad y la con-
2 figuración elevada del terreno. A partir de aquí el terreno se
igualaba inmediatamente formando una llanura, cuyo con-
torno superior estaba recorrido por un riachuelo[108] que au-
mentaba inmensamente las dificultades del terreno para los
atacantes; pues por la parte derecha corría por un suelo pan-
3 tanoso y lleno de hoyas. Ante esto, al ver César al ejército
desplegado en línea de batalla, no tuvo ninguna duda de que
los adversarios bajarían hasta la mitad de la llanura para lu-
char en terreno llano; esto le resultaba evidente a todo el
4 mundo. Se añadía que el paisaje aparecía resaltado por la
uniformidad de aquella llanura y que hacía un tiempo mag-
nífico, un día sereno y transparente, el tiempo deseable para
combatir; casi parecía un regalo de los dioses inmortales.
5 Los nuestros se alegraban, también algunos estaban temero-
sos, ya que en este punto confluían el destino y la suerte de
todos, de forma que surgía la duda sobre lo que les depararía
6 la fortuna al cabo de una hora. Así pues, los nuestros avan-
zan dispuestos a luchar, que es lo que pensábamos que ha-
rían los adversarios; sin embargo, éstos no se atrevían a
avanzar demasiado lejos de las fortificaciones de la ciudad,
pues en esta cercanía veían una especie de muro de protec-
7 ción. Así pues, los nuestros prosiguen su avance. De tanto
en tanto, la disposición favorable del terreno inducía a los
enemigos a pelear por la victoria; sin embargo, no llegaban

[107] Unos 7'5 Km.

[108] De acuerdo con la línea de identificación de emplazamientos que venimos siguiendo, tiene que tratarse del Arroyo de Calderón.

a apartarse de lo que era su costumbre y, por tanto, a aban-
donar el emplazamiento dominante y la ciudad. Y aunque 8
los nuestros, con paso precavido, se habían acercado bastan-
te al riachuelo, no por ello los adversarios dejan de amparar-
se en las ventajas que les ofrece el terreno.

La formación de Pompeyo estaba integrada por trece le- 30
giones y sus extremos estaban protegidos por la caballería
junto con seis mil soldados de infantería ligera; se añadían,
además, las tropas auxiliares, con un contingente similar;
nuestros efectivos consistían en ochenta cohortes y ocho mil
jinetes. Así, habiéndose acercado los nuestros casi hasta el 2
final de la llanura, pisando un terreno tremendamente adver-
so, se encontraron con un enemigo apostado en una situa-
ción de clara superioridad, de manera que era sumamente
peligroso proseguir la marcha hacia arriba. Apercibido Cé- 3
sar de esta circunstancia, para que no pudieran achacar nada
a la temeridad, empieza a poner límites al avance. Al llegar 4
esto a oídos de los soldados, acogían molestos y enojados la
noticia de que se les hurtaba la posibilidad de concluir el
combate. Esta dilación envalentonaba más a los adversarios, 5
al creer que era el miedo lo que impedía a las tropas de Cé-
sar librar batalla. Así, llenos de jactancia, brindaban la posi- 6
bilidad de luchar en un terreno desfavorable, cuando incluso
llegar hasta ellos ya representaba un tremendo peligro. En 7
este momento, los soldados de la décima legión ocupaban su
posición natural, el ala derecha[109]; el ala izquierda la ocupa-
ban las legiones tercera y quinta, y, también, otras tropas.

Se inicia el combate en medio de un gran griterío. En- 31
tonces, aunque los nuestros los superaban en valor, los ene-

[109] Era la posición que habían ocupado en las batallas de Farsalia (*BC* III 89, 1) y Tapso (*BAf* 60, 1).

migos se defendían ardorosamente desde la posición más elevada que ocupaban, y de ambas partes se levantaba un fuerte griterío y se producían arremetidas con lanzamiento de proyectiles, de manera que los nuestros casi desespera-
2 ban de la victoria. Las cargas y el griterío, las dos cosas que más aterrorizan al enemigo, eran parejas en aquella batalla.
3 Así, habiendo demostrado uno y otro bando igual valor en la lucha, un gran número de adversarios cae, atravesado por
4 los dardos, y se va amontonando. Como ya hemos indicado, los soldados de la décima legión ocupaban el ala derecha; éstos, pese a ser inferiores en número, sin embargo, gracias a su valor, imprimían con su comportamiento un gran temor en las huestes enemigas, ya que desde su posición empezaron a presionar con tal fuerza al enemigo que éste empezó a desplazar una legión para reforzar el ala dere-
5 cha[110], a fin de que los nuestros no los desbordasen por el flanco. Tan pronto como esta legión se puso en movimiento, la caballería de César empezó a presionar el ala izquierda[111] y a combatir con extraordinario valor para conseguir que aquella legión no tuviera oportunidad de acudir en ayuda del
6 otro extremo del frente[112]. Así, habiéndose mezclado el gri-

[110] La descripción está hecha desde el punto de vista cesariano; se trata, pues, del ala izquierda del frente pompeyano, que era el que se oponía al ala derecha cesariana ocupada por la legión X.

[111] La caballería cesariana, colocada en el ala izquierda de su frente, presiona el ala derecha del frente pompeyano. Una vez más, la perspectiva es la que se tiene desde el bando cesariano.

[112] En contra de la opinión de la mayoría de comentaristas y traductores, consideramos que toda la acción se refiere a la caballería cesariana y no a la legión X. Nuestra interpretación es más coherente con la estricta lógica militar: el empeño de la caballería impide que la legión que trasladan los pompeyanos pueda acudir en ayuda del ala izquierda pompeyana, al tiempo que, al estar en movimiento, no puede reforzar el ala derecha, que era su misión inicial.

terío con los gemidos y llenado los oídos con el estrépito
que produce el entrechocar de las espadas, las mentes de los
que estaban faltos de experiencia se paralizaban de miedo. 7
Entonces, como dice Ennio: «un pie con otro se traba, las
armas se afilan unas a otras»[113], y los nuestros, combatiendo
con gran ímpetu, empezaron a hacer retroceder a los adver-
sarios, que encontraron refugio en la ciudad. Así, en el mis- 8
mo día de las fiestas consagradas a Líber[114], desbaratadas y
puestas en fuga, las fuerzas enemigas no habrían logrado
sobrevivir si no se hubiesen refugiado en el lugar del que
habían salido. En este combate murieron alrededor de trein- 9
ta mil hombres, o incluso algunos más, aparte de Labieno y
Atio Varo, a los que, una vez muertos, se les rindieron exe-
quias fúnebres; asimismo, murieron unos tres mil caballeros
romanos, unos de la propia Roma y otros provinciales. Nues- 10
tras bajas fueron de unos mil hombres, contando caballería e
infantería; los heridos fueron unos quinientos. Se le tomaron 11
al enemigo trece águilas, además de las enseñas *** y las
fasces ***; a éstos se los contó entre los enemigos[115].

Consiguieron librarse de esta desbandada los que se re- 32
fugiaron en Munda, y los nuestros se vieron en la necesidad
de tener que rodearlos. De las armas enemigas ***, en lu- 2
gar de un terraplén se colocaban cadáveres, los escudos y
los dardos hacían las veces de empalizada, además se alineaban las cabezas de los muertos clavadas en la punta de las espadas y vueltas hacia la ciudad. Todo esto para incrementar el temor de los enemigos ***, para que vieran los trofeos al valor y quedaran encerrados dentro del vallado.

---

[113] Ennio, *Anales*, 572 (ed. Vahlen, 1903^{2}).

[114] Las *Liberalia*, fiestas en honor de Baco, se celebraban el 17 de marzo.

[115] La deturpación del texto impide conocer la cantidad de enseñas y fasces tomadas al enemigo.

3 Así, con trágulas[116] y jabalinas [los galos][117] empezaron el
asalto de la plaza, a la que tenían rodeada con los cadáveres
4 de los propios enemigos. Huyendo de este combate consi-
guió llegar a Córdoba el joven Valerio[118] con unos pocos ji-
netes y le cuenta lo acaecido a Sexto Pompeyo, que se en-
5 contraba en la ciudad. Conocido el desenlace de la batalla,
Sexto Pompeyo repartió el dinero que llevaba consigo entre
los jinetes que estaban con él y les dijo a los cordobeses que
se iba al encuentro de César para hacer un tratado de paz, y
en el curso de la segunda vigilia[119] salió de la ciudad[120].
6 Gneo Pompeyo con unos pocos jinetes y algunos soldados
de infantería se dirige al destacamento naval de Carteya[121],
que se encuentra a unas ciento setenta millas[122] de Córdoba.
7 Al llegar al octavo miliario[123], Publio Caucilio[124], antiguo
comandante del campamento de Pompeyo, envía un mensa-

116 La trágula es un arma consistente en una jabalina anudada a una correa, que permite su lanzamiento mediante un movimiento de rotación.

117 Parece desproporcionado el papel otorgado a los galos en este episodio, lo que ha llevado a los editores a considerar una interpolación su presencia en el texto transmitido por los manuscritos. Por otra parte, el capítulo presenta pequeñas lagunas.

118 Personaje sobre el que carecemos de más información.

119 Antes de la medianoche.

120 No conocemos con exactitud el destino de Sexto Pompeyo. Seguramente sería algún punto del nordeste de la península Ibérica.

121 Esta base naval, que se encontraba en poder de los pompeyanos, se corresponde con el actual Cortijo del Rocadillo, situado entre Gibraltar y Algeciras. Puerto magnífico y de excelente posición estratégica, era uno de los principales puntos de conexión con Roma.

122 Unos 255 Km.

123 Los miliarios eran los hitos kilométricos de los romanos. Tenían forma prismática o cilíndrica y junto con la indicación de la distancia solían recoger el nombre de la autoridad que los había instalado. Al instalarse a intervalos de una milla, hemos de entender que Gneo Pompeyo se encontraba a ocho millas (12 Km) de Carteya.

124 Personaje pompeyano; por lo demás, desconocido.

je en nombre de éste diciendo que Pompeyo no se encontra-
ba demasiado bien y que le enviaran una litera en la que se
le pudiese trasladar a la ciudad. Recibido el encargo, Pom- 8
peyo es trasladado a Carteya. Sus partidarios se reúnen en la
casa a la que le habían llevado; pensaban que había venido a
escondidas para responder a sus requerimientos sobre la
guerra. Habiéndose reunido un gran gentío, Pompeyo, acos-
tado en la litera, se confió a su protección.

César, después de la batalla, tras dejar Munda rodeada 33
por una fortificación, llega a Córdoba. El puente estaba
ocupado por los pompeyanos que habían huido de la masa-
cre. A nuestra llegada, empezaron a injuriarnos diciendo que 2
éramos pocos los que habíamos sobrevivido al combate: que
¿a dónde huíamos?[125]. Y en ésas, empezaron a pelear desde
el puente. César atravesó el río e instaló el campamento.
Tras llegar a Córdoba, Escápula[126], cabecilla de toda la sedi- 3
ción, convocó a sus allegados y a sus libertos, hizo levantar
una pira, ordenó que se le sirviera una espléndida cena y,
asimismo, hizo engalanar el lecho con magníficos coberto-
res; repartió personalmente el dinero y la plata entre sus
allegados. Cenó temprano, se untó repetidamente con aro- 4
mas de resina y nardo, y, en el instante final, dio órdenes a
un esclavo y a un liberto que había sido su concubino, al
primero de que le matara y al otro de que encendiera la pira.

[125] El escarnio de los pompeyanos no carece de sentido si tenemos en cuenta que César debía de haber dejado la mitad de sus efectivos asediando Munda.

[126] Tito Quincio Escápula, caballero romano afincado en Córdoba, se había hecho cargo en el año 46 de las legiones amotinadas contra los legados de César, Casio Longino y Trebonio. Es dudoso que se le pueda identificar con el Anio Escápula que participó en la conjura para asesinar a Casio Longino en el 48 (cf. *BAl* LV 2).

34 Tan pronto como César instaló su campamento enfrente
de la ciudad, empezaron en ésta las disensiones entre cesa-
rianos y pompeyanos, hasta el punto de que el griterío lle-
2 gaba casi hasta nuestro campamento. Se encontraban allí las
legiones formadas con la recluta de desertores de nuestro
ejército y, en parte también, con la de los esclavos urbanos
que habían sido manumitidos por Sexto Pompeyo; éstos,
3 con la llegada de César, se avinieron a combatir. La legión
XIII asume la defensa de la ciudad; los nuestros, entablado
el combate decisivo, se apoderaron de parte de las torres y
4 de la muralla. Los partidarios de César le enviaron de nuevo
emisarios[127], para que hiciera entrar las legiones en su ayuda.
Cuando los desertores se dieron cuenta de esto, empezaron a
5 quemar la ciudad. Derrotados por los nuestros, murieron
unos veintidós mil hombres, aparte de los que sucumbieron
6 fuera de la muralla. Así, César se apoderó de la ciudad.
Mientras permanecía allí[128], los que, después de la batalla,
habían quedado asediados en Munda[129], como indicamos an-
teriormente, realizaron una salida, pero, tras sufrir un buen
número de bajas, fueron obligados a volver a la ciudad.

35 Una vez que César emprendió la marcha hacia Híspa-
lis[130], llegaron unos embajadores de esta ciudad a pedirle
clemencia. En consecuencia, al llegar a la ciudad hizo entrar
al legado Caninio[131] con un destacamento y él mismo em-

[127] Los habían enviado ya con anterioridad, nada más llegar César a Hispania (cf. cap. 2, 1).

[128] César se encuentra en Córdoba, donde se halla también el narrador, quien pasa a ocuparse muy sucintamente de lo acontecido simultáneamente en Munda.

[129] Cf. cap. 33, 1.

[130] Cf. *BC* II, nota 31.

[131] Gayo Caninio Rebelio, legado y hombre de confianza de César, le había servido en la Galia (*BG* VII 83, 3), participó después en la desgraciada campaña de Curión en África (*BC* II 24, 2; 34, 3) y, posteriormente,

plazó su campamento en las cercanías. Había dentro un muy 2
importante contingente de partidarios de Pompeyo, que mostraban su indignación, porque se había admitido la presencia de la guarnición cesariana sin contar con el parecer de cierto individuo de nombre Filón[132], que había sido el más encendido defensor del partido pompeyano; éste era muy conocido en toda Lusitania. Este individuo, a escondidas de la 3
guarnición, marcha en dirección a Lusitania y tiene un encuentro en Lenio[133] con Cecilio Níger, un bárbaro[134] que contaba con una muy importante fuerza de lusitanos. Regre- 4
sa de nuevo a Híspalis de noche, escalando la muralla; dan muerte a la guarnición y a los centinelas, cierran las puertas y reemprenden las hostilidades.

Mientras tienen lugar estos hechos, unos emisarios de 36
Carteya le notificaron a César que tenían a Pompeyo en su poder. Como con anterioridad le habían cerrado las puertas, pensaban que con este favor compensaban su mala conducta anterior. En Híspalis, los lusitanos no dejaban de luchar en ningún momento. Dándose cuenta César de esta situación, 2
temió que si se aplicaba a tomar la ciudad, aquéllos en su desesperación la incendiarían y destruirían las murallas. Así, tras convocar un consejo, facilitó que los lusitanos realizaran de noche una salida; posibilidad que ellos no pensaban que se les ofrecía expresamente. Así pues, se abren paso y 3
queman las naves que se encontraban en el río Betis. Mien-

---

participó en la campaña africana de César, quien lo puso al frente del asedio de Tapso (*BAf* 86, 3 y 93, 3).

[132] De la importancia de este personaje sólo podemos hacernos una idea a través de lo que se dice aquí.

[133] Localidad cuyo emplazamiento se desconoce.

[134] No existe contradicción en que un bárbaro lleve un nombre romano, puesto que la romanización popularizó el uso del sistema de los *tria nomina*.

tras los nuestros se ocupan del incendio, ellos huyen y en su
4 huida son masacrados por la caballería. Recuperada la ciu-
dad gracias a esta acción, emprende César la marcha hacia
Hasta, ciudad desde la que llegaron unos emisarios a ofre-
cerle la rendición. Los de Munda que, tras la batalla, se
habían refugiado en la ciudad, al ver que el asedio se pro-
longaba demasiado, deciden rendirse en gran número y, co-
mo fueron repartidos entre las legiones, se conjuran entre sí
para que, dada la señal, los que quedaban en la ciudad hicie-
ran una salida de noche, mientras ellos se ocupaban de rea-
5 lizar una matanza en el campamento. Descubierto el plan, a
la noche siguiente, durante la tercera vigilia[135], una vez que
se repartió la consigna, se les dio muerte a todos fuera de la
empalizada.

37 Los de Carteya, mientras César se ocupa de asaltar las
plazas que encuentra en el camino, empiezan a disentir res-
pecto a Pompeyo. Una facción estaba constituida por los
que habían enviado los emisarios a César, la otra la consti-
2 tuían los partidarios de Pompeyo. Una vez que estalló la
revuelta, los partidarios de César toman el control de las
puertas; se produce una gran matanza; Pompeyo, herido[136],
se apodera de veinte naves de guerra y huye. Didio[137],
que se encontraba en Cádiz al frente de la escuadra, ***[138]
tan pronto como le llegó la noticia, empezó inmediatamente
a perseguirle; una parte de la infantería y la caballería mar-

[135] Entre las doce de la noche y las tres de la madrugada.

[136] Ignoramos si Pompeyo fue herido en este episodio o si la herida la había recibido en Munda.

[137] Gayo Didio, comandante de la escuadra cesariana, había tenido a su cargo el traslado de tropas de Cerdeña a Hispania y, posteriormente, derrotó a Atio Varo en un encuentro naval que tuvo lugar cerca de Carteya (cf. Dión Casio, XLIII 14, 2 y 31, 3).

[138] El texto presenta una pequeña laguna.

charon rápidamente tras él y lo alcanzan enseguida[139]. Al 3
tercer día de navegación, puesto que, en su improvisación,
habían partido de Carteya sin agua, se acercan a tierra.
Mientras están aguando, se presenta Didio con su escuadra,
se apodera de algunas naves y quema las otras.

Pompeyo escapa con una pequeña escolta y se instala en 38
una fortificación natural del terreno. Los jinetes y las cohor-
tes que habían sido enviados en su persecución reciben noti-
cia de ello por medio de los exploradores enviados por de-
lante; marchan de día y de noche. Pompeyo tenía una grave 2
herida en la espalda y otra en la pierna izquierda. A esto se
añadía una torcedura de tobillo, circunstancia que le dificul-
taba especialmente los movimientos. Por ello, los lusitanos 3
lo condujeron en una litera, de acuerdo con la práctica mili-
tar[140], hasta un torreón. Descubierto por las tropas cesaria-
nas, es rodeado rápidamente por la caballería y las cohortes.
El lugar era de difícil acceso. En efecto, Pompeyo había bus- 4
cado un lugar fortificado por la propia naturaleza del terre-
no, de forma que, aun cuando se presentara un gran número
de tropas, unos pocos hombres podían defenderlo desde su
posición dominante. Nada más llegar, los nuestros intentan
la subida y son rechazados a tiros. En su retirada eran perse- 5
guidos con empeño por los adversarios y veían cortado in-
mediatamente su avance. Repetida la operación muchas ve-
ces, resultaba evidente que la maniobra implicaba un gran
peligro para los nuestros. Pompeyo decidió trazar una línea 6
de fortificación en torno a su posición; sin embargo, de for-
ma similar y con parecida rapidez, los nuestros acometen
una obra de contrafortificación orientada hacia la cima, para

[139] Se trata de tropas cesarianas estacionadas en Cádiz, cuya misión consiste en suministrar apoyo terrestre a las operaciones de Didio.

[140] Lo que quiere decir una litera llevada a hombros, por tratarse de un oficial.

poder combatir en igualdad de condiciones con los adversa-
rios. Éstos, al darse cuenta, buscan la salvación en la huida.
39 Pompeyo, tal como indicamos antes, herido y con la tor-
cedura de tobillo, veía retardada de esta forma su huida y
además topaba con la dificultad del terreno y con el hecho
de no poder disponer ni de un caballo ni de un vehículo co-
mo remedio salvador. Los nuestros sembraban la muerte por
2 todas partes. Falto de un refugio fortificado y perdida su es-
colta, Pompeyo trata de ocultarse en una depresión, en un
lugar en que el terreno socavado formaba una cueva, de
forma que no lo hubieran encontrado fácilmente los nuestros
de no ser por la delación de unos prisioneros. Lo matan allí
3 mismo. Y mientras César se encontraba en Cádiz, el día an-
tes de los idus de abril[141], llega a Híspalis la cabeza de Pom-
peyo y se expone a la vista del pueblo.
40 Muerto Gneo Pompeyo el Joven, Didio, a quien hemos
mencionado antes[142], se retiró lleno de alegría al fortín cer-
cano y varó algunas naves para proceder a su reparación y
todo lo que fuesen ***, y empieza a tender a lado y lado una
2 trinchera hacia el mar[143]. Los lusitanos que habían sobrevi-
vido a la refriega se concentraron junto a su enseña y, tras
conseguir reunir un importante contingente, se dirigieron
3 contra Didio. Éste, aunque ponía cuidado en vigilar las na-
ves, de vez en cuando era atraído fuera del fortín a causa de
las frecuentes incursiones de aquéllos y casi salía a escara-
muza diaria ***[144]. Los lusitanos dividen sus fuerzas en tres
4 grupos con la intención de tenderle una emboscada. Unos

[141] El 12 de abril del año 45.

[142] Cf. 37, 2.

[143] La finalidad de esta obra era asegurarse el control sobre la playa en que estaban varadas las naves.

[144] Una vez más, el texto presenta pequeñas lagunas.

estaban preparados para quemar las naves y otros para, una
vez quemadas, rechazar los refuerzos que pudieran llegar;
todos éstos se habían apostado de forma que nadie pudiera
verlos. Los demás, a la vista de todo el mundo, se disponen
a pelear. Así, habiendo salido Didio del fortín con sus tropas 5
para repeler el ataque, los lusitanos dan la señal convenida y
las naves son incendiadas; los que habían salido del fortín
para combatir, mientras persiguen a aquellos bandoleros
que, respondiendo a la misma señal, habían emprendido la
huida, se ven rodeados por la espalda en medio de un tre-
mendo griterío. Didio encuentra la muerte junto con otros 6
muchos, entre grandes muestras de valor; algunos en medio
de la contienda se apoderan de los esquifes que estaban jun-
to a la costa, y son también muchos los que nadando se re-
fugian en las naves que se encontraban ancladas en el mar;
y, recogidas las anclas, pusieron rumbo a alta mar a fuerza
de remos; esta acción les permitió salvar la vida. Los lusita-
nos se apoderan del botín. César desde Cádiz vuelve de nue- 7
vo a Hispalis.

Fabio Máximo, a quien César había encomendado el 41
asedio del reducto de Munda, rodeó la plaza con una contra-
fortificación levantada a base de trabajar ininterrumpida-
mente de noche y de día. Los asediados se peleaban entre sí;
tras producirse una gran mortandad *** hacen[145]. Los nues- 2
tros no dejan pasar la ocasión de tomar la ciudad y capturan
vivos a los demás, que eran catorce mil. Se dirigen a Ursao, 3
ciudad que se encontraba protegida por unas poderosas de-
fensas, de forma que su posición, no sólo reforzada por las
fortificaciones sino también por su configuración natural,
impedía el asalto enemigo. A esto se añadía que, excepto en 4

[145] La laguna del texto nos impide saber cuál fue la actitud de los habitantes de Munda: entregarse, forzar una salida, emprender la huida, etc.

la misma ciudad, no se podía encontrar en los alrededores un solo lugar de aguada a menos de ocho millas[146]; esta cir-
5 cunstancia daba una gran ventaja a sus habitantes. Se añadía, además, que para la empalízada *** [147] y la madera, con la que solían construirse las torres, no podía encontrarse a menos de seis millas[148]. Con el fin de aumentar la seguridad de la plaza ante un asedio, Gneo Pompeyo hizo cortar toda la madera de los alrededores y la almacenó dentro de la ciu-
6 dad. De esta forma, los nuestros se veían forzados a transportar hasta allí la madera desde Munda, plaza que acababan de tomar.

42 Mientras se desarrollaban estas operaciones en Munda y Ursao, César había llegado a Híspalis procedente de Cádiz y al día siguiente convocó una asamblea[149] en la que señaló: que nada más comenzar su cuestura[150] ya había considerado esta provincia como especial entre todas las demás y que entonces le había otorgado todas las prebendas que había po-
2 dido; que durante la pretura[151] que desempeñó a continuación, acrecentado su prestigio, había pedido y conseguido del senado librar a la provincia del pago de los tributos que le había impuesto Metelo[152] y que, al mismo tiempo, tomándola bajo su patronazgo, había introducido en el senado muchas embajadas suyas y que, con la defensa de las numerosas causas, públicas y privadas, que presentaban, se había

[146] Unos 14 Km.

[147] El texto presenta una breve laguna.

[148] Unos 9 Km.

[149] La llegada de César a Híspalis y la subsiguiente asamblea tuvieron lugar en la última semana de abril del año 45.

[150] La cuestura de César de desarrolló entre los años 69 y 68.

[151] César fue pretor en el 62 y al año siguiente, el 61, ejerció la propretura en Hispania.

[152] Estos impuestos debió de fijarlos Quinto Cecilio Metelo en el año 72, tras derrotar a Setorio con la ayuda de Pompeyo.

ganado muchas enemistades; que, igualmente bajo su con- 3
sulado[153], había concedido a la provincia, aun estando au-
sente, cuantos beneficios había podido; y que por esta gue-
rra y por lo sucedido en el pasado se había dado cuenta de
que ni se acordaban de todos estos favores, ni tampoco se
los agradecían a él ni al pueblo romano. «Vosotros, conoce- 4
dores del derecho de gentes y de las leyes del pueblo roma-
no, cual si fuerais bárbaros, una y más veces levantasteis las
manos contra los sacrosantos magistrados del pueblo roma-
no y, a plena luz del día, quisisteis matar de forma impía a
Casio en medio del foro[154]. Vosotros habéis sentido siempre 5
tal odio por la paz que en ningún momento ha podido dejar
de haber en esa provincia legiones del pueblo romano. Entre
vosotros los favores se toman como agravios y los agravios,
como favores. Así, no habéis podido nunca mantener la con-
cordia en tiempo de paz ni el valor en tiempo de guerra.
Gneo Pompeyo el Joven, un particular, acogido por vosotros 6
en su huida, tomó las fasces y el poder, y, después de dar
muerte a muchos ciudadanos, juntó tropas contra el pueblo
romano y, a instancias vuestras, devastó el campo y la pro-
vincia. ¿Qué pensabais que os iba a reportar la victoria? 7
¿Acaso no os dabais cuenta de que, desaparecido yo, el pue-
blo romano disponía todavía de diez legiones que no sólo
podían enfrentarse a vosotros sino que, incluso, eran capa-
ces de derribar el cielo? Con su gloria y su valor ***»[155].

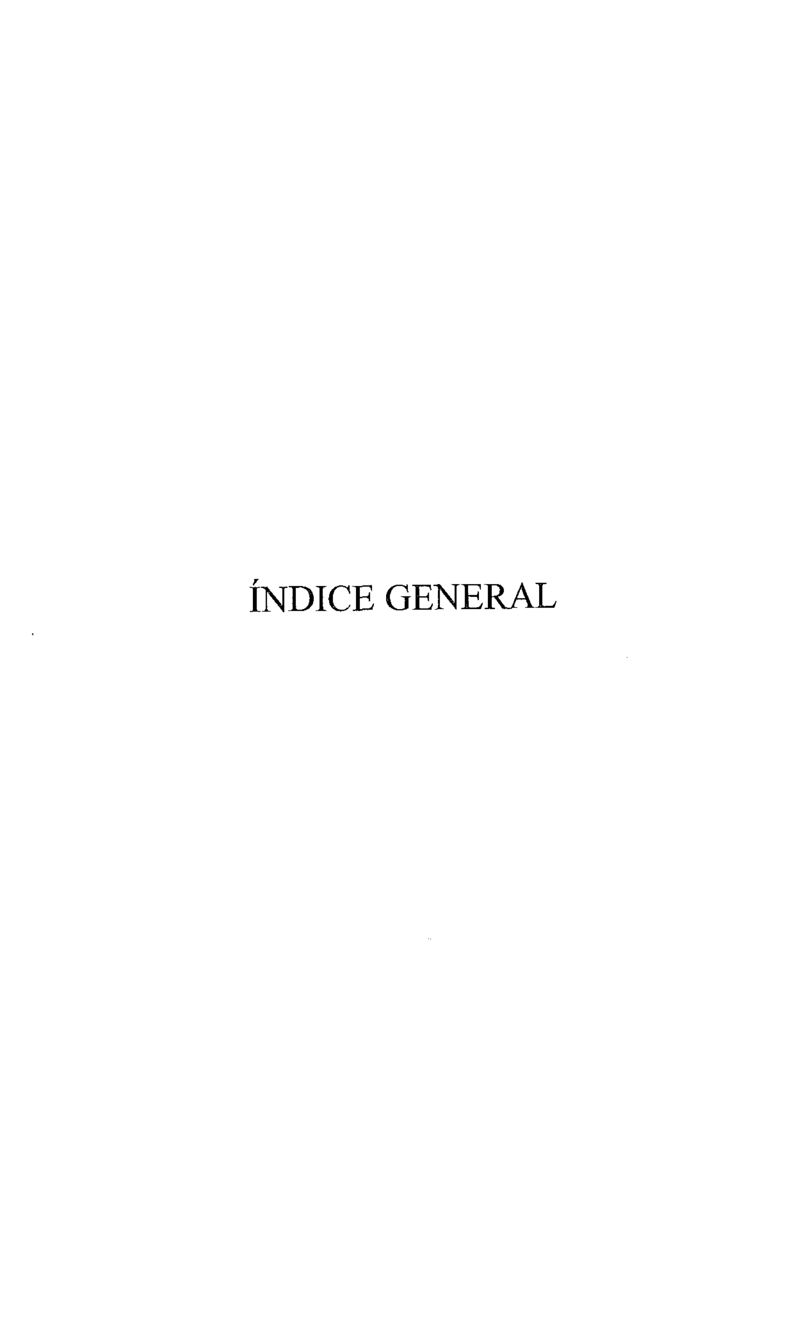
---

153 Se refiere al primer consulado de César, en el 59.

154 Casio Longino había sido objeto de dos intentos de asesinato, que eran reflejo de sus excesos en el gobierno de la Hispania Ulterior (cf. *BAl* 48, 1 y 52, 2-4).

155 El texto se interrumpe bruscamente, pero el tono del discurso y su estratégica posición hacen pensar que la obra no debía extenderse mucho más allá.

ÍNDICE DE NOMBRES



ÍNDICE GENERAL

JULIO CÉSAR

AUTORES DEL CORPUS CESARIANO

